VICTOR DURUY



HISTORIA DE GRECIA

TOMO PRIMERO

HISTORIA
DE GRECIA

POR

VICTOR DURUY,

TRADUCIDA DE LA SEGUNDA EDICION FRANCESA

POR ROBERTO ROBERT.

TOMO PRIMERO.

MADRID
LIBRERÍA DE SAN MARTIN
calle de la Victoria, 9.

BARCELONA
LIBRERÍA DEL PLUS ULTRA
Rambla del Centro, 15.

1859.

PRÓLOGO DE LA PRIMERA EDICION.

La divisa de la ciencia es la misma de Carlos V: «Siempre adelante.» Pero el terreno que hay que desmontar es tan vasto, que ha tenido que repartirse, digámoslo así, entre todas las naciones. Inglaterra y Alemania han tomado hoy por su cuenta el mundo antiguo, que en otro tiempo fué dominio exclusivo de la crítica francesa. Mientras que la Francia, colocada siempre á vanguardia de las ideas, atraviesa la Italia y la Grecia, haciendo hablar á la esfinge de Egipto, reconstruyendo el idioma sagrado de los persas y exhumando las ruinas de Nínive (1); la Alemania sigue la creencia de su escuela de Nieburgo, y cree haber reconquistado á Roma, y la Inglaterra que tiene constamente la mano y los ojos puestos sobre la Grecia, querría, como lord Elgin, llevársela entre los pliegues de su manto; pues la literatura y sobre

(1) Me refiero á los admirables trabajos de Champollion sobre los gereglíficos egipcios y á los de Mrs. Eugenio Burnouf sobre el Zend. Mrs. Burnouf y la *sociedad asiática* de Francia continuan con mayor éxito y actividad el vivo impulso que nuestra patria comunicára á los estudios orientales, gracias á Silvestre de Sacy. Despues de los idiomas de Egipto, de Persia y de la India, las lenguas asiáticas son las que hoy dia ocupan con mas ahinco á nuestros orientalistas. El mayor inglés Rawlinson, tradujo hace poco tiempo muchas inscripciones cuneiformes; pero lo hizo ateniéndose á los datos de los señores Burnouf y Lassen. Las ruinas de Nínive las descubrió el señor Botta, cónsul de Francia en Mosul, y él mismo comenzó á exhumarlas.

todo la historia de ese país es lo que con mas fortuna inspira á sus eruditos. A la historia de Gillies, escrita á la manera del siglo 18, sucede la de Mitford, que no es mas que un largo folleto monárquico; á la de Mitford, la del obispo de Thirlwall, en quien se encuentra ya mas imparcialidad é independencia, y á los ocho volúmenes del mencionado Thirlwall, los diez ó doce tomos de Mrs. Grote (1). No hago aquí mencion del Tucídides de Arnold, cuyas notas y apéndices son una verdadera historia, ni del inmenso trabajo de Clinton, *Fasti ellenici*.

La erudicion alemana se ha aplicado tambien á la Grecia; pero todavía no ha producido sino trabajos de un carácter menos general. Las diversas obras de Muller y de Bœckh ocupan el lugar preferente. Las de Wachsmuth, de Hermann y de Tittmann sobre la arqueología griega, las de Manso sobre Esparta, las de Hœck sobre Creta, las de Schorn y de Brandstater sobre las ligas etolia y aquea, las de Schomann sobre las asambleas de Atenas, las de Ross, sobre las dèmos del Atica, etc. esclarecen muchísimos puntos. Heeren, el mas francés de todos los eruditos alemanes, es mas interesante por lo que dice de Asia y Africa que por lo de Grecia. Dejo aparte a Meiners, Ritter, Herder y Creuzer, cuyas obras van mas allá ó pican mas alto que la historia política (2).

(1) Si bien son ocho los tomos publicados, de seiscientas á setecientas páginas cada uno, el último solo llega á la conclusion de la guerra del Peloponeso. Es una obra notable por la vasta erudicion del autor y por la imparcialidad de sus juicios. No participo de todas las opiniones de Mr. Grote, pero me complazco en declarar todo lo que á él y á Mr. Thirlwall les debo. Ellos me han infundido valor para decir muchas cosas, que quizás no me hubiera atrevido á sostener ante las preocupaciones existentes, á no encontrar en sus libros muchas de mis apreciaciones; y he tenido una gran satisfaccion al ver que en los tres volúmenes publicados por Mrs. Grote, despues de la primera edicion de mi obra, continua el mismo acuerdo entre nosotros acerca de los puntos importantes.

(2) Los principales autores que deben consultarse para hacer un estudio formal de la historia, son entre los modernos los siguientes:

HISTORIA GENERAL: Rollin, *Historia antigua*; Barthelemy, *Viage del jóven Anacarsis*: Levesque, *Estudios sobre la Historia antigua*; Daunou, *Curso de estudios históricos*; Gillies, *History of Greece*: Mitford, *id.*; Thirwall, *id.*; Grote, *id.*; traducida solo la primera; Plass, *Geschichte des alten Griechenlands*; Ziucheisen, *Geschichte Griechenlands*; Hoffmann, *Griechenl, und die Griecher im Alterthum*; Siever, *Gesch. von Griech.* (de 404 á 362); Ott. Muller; *Geschichte Hellenischer Stamme und Stædte*; Flathe, *Geschichte Macedoniens*, etc.; Droysen, *Geschichte Alexanders und der Nachfolger*.

Francia está algo atrasada respeto á este punto, precisamente por lo mucho que ha adelantado respecto al Egipto, á la Asiria, á la Persia y á la India. Fuera de los trabajos puramente filológicos

CRONOLOGÍA; Clinton; *Fasti hellenici*

GEOGRAFÍA: El Atlas de Kiepert y las obras citadas en la nota primera.

ARQUEOLOGÍA: Gronovius; *Thesaurus antiquitatum græcarum;* Bœckh, *Economía política de los Atenienses*, segunda edicion; Wallon, *Historia de la esclavitud en la antigüedad*; Pastoret, *Historia de la legislacion;* Hulmann *Staatsrech des Alterthums*; Wachsmuth, *Griechische Staatsalterthümer*; Hermann, *Lehrbuch der grieschischen Staatsalterthümer;* Tittmann, *Darstellung der griechischen Staatverfassungen;* Schömann, *Antiquitates juris publici Græcorum*: Ross, *Hellenica*.

MONEDAS: Eckhel, *Doctrina Nummorum Veterum*; Mionnet, *Descripcion de las medallas griegas*.

INSCRIPCIONES: *Corpus inscriptionum græcarum* de Boeckh, las inscripciones de la obra sobre la Morea publicadas con comentarios por Mr. Le Bas y las que ha recogido el mismo en su viaje arqueológico.

RELIGION: Sainte-Croix, *Estudios sobre los misterios del paganismo;* Lenormant y de Witte, *Coleccion selecta de monumentos ceramográficos*; E. David, *Introduccion al estudio de la mitología: Jupiter, Vulcano, Neptuno;* Creuzer, *Religiones de la antigüedad*, traducida y refundida por Mr. Guigniaut; Lobeck, *Aglaophamus;* A. Maury, *Estudios sobre la religion y el culto de los pueblos primitivos de la Grecia.*

Para la historia de la FILOSOFÍA: de Gerando, Ritter, las apreciables lecciones de Mr. Cousin, y las muchas obras producidas por el eficaz impulso que él mismo comunicó á la historia de la filosofía, muy especialmente las de Raviasson, Simon y Vacherot.

Para las CIENCIAS: Meiners, *Orígen*, *progreso* y *decadencia de las ciencias entre los griegos y los romanos* (obra no concluida); Rio, *Historia del entendimiento humano en la antigüedad*.

Para las ARTES: Winckelmann, *Historia del arte en la antigüedad;* O.Müller, *Manual de la arqueología del arte;* de Clarac, *Manual de la historia del arte y Museo de escultura*; Gailhabaud, *Monumentos antiguos y modernos.*

Para la literatura: O.Müller, *Historia de la literatura griega;* Schœll, *id.* Pierron, *id.* No me corresponde hacer aquí el elogio de este último libro, que he puesto á contribucion, siempre que he podido tomar de él alguna de las exactas y enérgicas traducciones que han conquistado para el autor la aprobacion de todas las personas de saber y de gusto.

Por último, acerca de toda clase de asuntos, las *Memorias* de la Academia de inscripciones y bellas letras, las que ha producido y seguirá produciendo la Escuela de Atenas, y muchos excelentes artículos de la *Real Encyclopadie der classischen Alterthumswissenschaft.* La sociedad arqueológica de Atenas, reconstituida en 1837, obra mas de lo que escribe, revuelve y restaura en vez de disertar. Ya ha reconstruido el templo de la Victoria, aunque sin el fronton que se ha perdido para siempre; ha vuelto á levantar el Erection, ha limpiado de escombros los Propileos, ha consolidado lo que queda del Olimpeion, ha aislado la torre de los Vientos y el

de los señores Boissonade, Hase etc., lo que es para la historia, despues de Barthelemy, Freret, Sainte-Croix y Larcher, solo tenemos los escritos de Clavier y de Levesque, las sábias lecciones que Mr. Daunou pronunció en el Colegio de Francia, las *Colonias griegas* de Mr. Raoul Rochette, las *adiciones y notas* de Mrs. Guigniaut á su traduccion de Creuzer, los *Griegos de Sicilia* de Mr. Brunet de Presles, la *Historia de la esclavitud* de Mr. Wallon; muchas excelentes memorias de los señores Letronne, Petit-Radel, David, etc.; y en fin la grande obra de la *Expedicion científica á Morea*. El *Viage arqueológico* de Mrs. Le Bas y los trabajos que prepara Mr. Wallon sobre las instituciones políticas, nos volverán con honor á la liza.

El presente libro debe mucho á todas las excelentes obras que le han precedido. El autor, que hubiera querido hacerlo mas extenso, cree que algunas veces carecerá de aire y de luz, este cuadro de la vida del pueblo griego, que debia de ser completo y breve á un mismo tiempo. Por esta misma razon se ha visto obligado á prescindir de notas y de discusiones. Este ya es inconveniente menos grave; porque en efecto, si bien los entendidos gustan de que un libro conserve el andamio que sirvió para su construccion, la otra parte del público, la que carece del tiempo necesario para examinar minuciosamente cada piedra y cada golpe de escoplo, no tiene necesidad de aquel aparato: se le puede presentar el edificio en toda su desnudez. Escritores hay que se aprovechan de esta imposibilidad de confrontacion y de cotejo, para edificar un poco á la ventura y con materiales groseros; nosotros empero creemos que el que por falta de lugar, no puede poner á la vista pruebas que atestigüen sus palabras, debe ser muy cuidadoso, y llevar al último extremo su probidad literaria. Podremos engañarnos; pero en esta ocasion, estamos seguros de haber buscado la verdad con toda la plenitud de nuestra conciencia.

La historia primitiva de la Grecia nos fué trasmitida por los poetas y los mitógrafos, así como debemos al Edda la de los antiguos escandinavos, á los Niebelungen la de los primeros germanos y al Sha Nameh de Ferdusi la de los persas. Esta historia

faro de Demóstenes, y finalmente ha llenado de curiosos fragmentos el templo de Teseo.

romancesca contiene indudablemente un fondo verídico. Pero, ¿cómo buscar y encontrar esas verdades? Hay muchos pueblos, de los cuales no tenemos mas testimonio histórico, que la leyenda: respecto á Persia, Herodoto; para los germanos, Tácito, Jornandes y Gregorio de Tours; para los escandinavos, Bede y Alfredo el Grande. Tratándose de estos pueblos, podemos poner relatos extranjeros, y muchas veces contemporáneos, al lado de la tradicion nacional, para que la sirvan de comprobante; pero tratándose de la antigua Grecia ¿quién ha de deponer en contra de Hesiodo y Homero? ¿Deberemos seguir el ejemplo de Evemero y sus sucesores, convertir en hombres á todos aquellos dioses y reducir la leyenda á términos que la razon encuentre aceptables, ó hacer como los neoplatónicos y no ver mas que alegorías y símbolos en los mitos? Pero ¿dónde está el hilo de Ariadna que nos ha de conducir en tal laberinto? Y por otra parte, ¿qué quedaria de aquellas vistosas y efímeras flores, cuando el soplo de la crítica las hubiese marchitado?

Pensar que la mitología sea ficcion solo en la superficie y verdad en su fondo; pensar que sea un telon de teatro y que no hay mas que levantarlo para que se descubra una accion verdadera, seria desconocer extrañamente el poder creador de la imaginacion del pueblo. Hay una edad en la vida de las naciones en que todo es sentimiento é imágen, todo se anima y personifica; así como hay otra edad en que todo es reflexion y exámen, todo se analiza y descompone. La primera es la época de la fe en los fenómenos, la época de las leyendas que llenan de numerosas divinidades el Olimpo y el Valhala; la que con tantas aventuras aumenta la historia de los héroes, llámense Aquiles ó Rolando, Teseo ó Artus. La segunda época es de duda respecto á todo aquello que parece salirse de las reglas naturales; época del exámen científico de las causas y sus efectos; en una palabra: la época que mata á los dioses y á los héroes, mostrando detrás de aquellos una sola inteligencia suprema; así como no se encuentra mas que una sola causa primera para todos los fenómenos que tienen por teatro el universo. La primera de estas dos edades se prolonga, aun á pesar de los mas eminentes genios de la Grecia, hasta el siglo VI antes de nuestra era; la segunda apenas comienza con Anaxágoras y Tucídides. Herodoto sufre todavía el

yugo de la vieja fe; porque salvo algunas tímidas interpretaciones, acepta los relatos de la antigua musa. Tucídides es mas libre; coloca osadamente su razon en medio de los hombres y las cosas del tiempo pasado. Verdad es que procura no ponerla en pugna con todos los imposibles mitológicos; solo se detiene ante los grandes hechos, los despoja de lo maravilloso, sustituyéndolo con la política, y de aquellos tiempos tan llenos de tinieblas para la crítica y de luz para la fe, solo puede presentar un cuadro sobrio, aun que con muchas probabilidades de verdadero en sus líneas generales.

En otro libro rehusé entrar en el dédalo de los orígenes romanos, ahora con mas razon he puesto mayor empeño en no hacer esfuerzo alguno para sacar una historia entera de las poéticas ruinas que encubren y ocultan entre flores la cuna de la Grecia; así como no iria á buscar en la *leyenda de oro* ni en las *crónicas* del arzobispo Turpin, ó en nuestros *libros de caballerías*, una historia de la edad media, si no tuviese otros materiales con que reconstruirla. Lo que hice con respecto á Roma, he hecho tambien con respecto á Grecia, y aun, por tener menos espacio, he narrado con mas brevedad las leyendas, dejando las antiguas tradiciones para los mitógrafos, que es á quienes pertenecen. De suerte que, despues de algunas palabras acerca de las probabilidades que la historia general y la comparacion de los hechos dejan entrever, he apresurado mi marcha hácia otros tiempos mas conocidos: ejemplo y consejo que he tomado de Tucídides.

El regreso de los Heráclidas y los grandes movimientos que ocasionaron, componen el período romancesco. De pronto desaparecen las tradiciones, calla la musa, se apaga el brillante resplandor que Homero ha proyectado sobre la edad heróica, y entramos en cuatro siglos llenos de tinieblas. Esta oscuridad que desciende sobre la Grecia es el tránsito de la leyenda á la historia, del mundo de la ficcion al de las realidades. La musa épica no se atreve á lo presente, cuyos sucesos son demasiado claros y conocidos para su objeto; solo se goza en medio de los que nos precedieron: con ellos habita, su vida es la que la inspira Está ignorante de los mas grandes hechos que se verifican á su alrededor, y es como el divino ciego de Quio y como el otro ciego inmortal que cantó la primera edad del mundo: no vé, recuerda.

Virgilio no celebra al lado de Augusto la inaudita grandeza de la Roma imperial, sino las fabulosas hazañas de Turno y de Eneas. En presencia del triunfo de Lutero y de Roma que se bambolea, cierra el Tasso los ojos á la gran lucha, trabada en torno del santuario espiritual, y busca cinco siglos detrás de él la lucha trabada en torno del santuario material, para pintarla (1).

De ahí el que en los pueblos que todavía no tienen mas que poetas, haya tan extraordinaria multitud de relatos acerca de la época que les precedió y tan grande oscuridad acerca de la en que precisamente vivieron y cantaron. Pero cuando las sociedades están ya sólidamente fijas, y las mentes bastante esclarecidas para sentir deseos de conocerse con exactitud á sí mismas, entonces nace la prosa y nace la historia. Los primeros prosistas y logógrafos de Grecia pertenecen al siglo VI. La verdadera historia se remonta sin embargo un poco mas, puesto que aquellos escritores pudieron recojer muchas tradiciones auténticas, basadas en hechos fáciles de comprobar; tanto mas cuanto que los mismos hechos ó sus consecuencias existian aun en su tiempo. Desde la fundacion de la era de las olimpiadas, en 776, hubo además un medio seguro de fijar la cronología. Pero ¡qué de lagunas todavía antes de Herodoto! ¡cuántas veces ocupa la poesía el lugar de la historia, como sucede en las guerras de Mesenia!

No tenemos pues nada con que llenar el espacio que media entre el regreso de los Heráclidas y la era de las olimpiadas. De Esparta antes de Licurgo y de Atenas antes de Solon, apenas nos ha dicho la historia una que otra palabra; en cuanto al resto de la Hélada, todavía menos; nada casi.

Desde esta época, sin embargo, queda constituida la Grecia: comienza su vida heróica, y se irá desarrollando lógicamente. Cada una de sus comarcas tiene el pueblo que ha de conservar hasta el último dia de la nacion, y cada uno de estos pueblos adquiere ya, gracias al doble influjo de su posicion geográfica y de las circunstancias de su nacimiento, el carácter que deberá constituir en Grecia la oposicion de razas, de ideas y de intereses.

(1) Solo Camoens puede exceptuarse de esta regla; pero el mismo Camoens ¿cuántas maravillas no vé? Verdad es que lo remoto en el espacio casi equivale á lo remoto en el tiempo.

Desde el siglo X hasta el VI se verifican dos grandes hechos: en lo exterior, el difundirse la raza helénica por todas las playas del Mediterráneo, en lo interior, la lenta revolucion que á los reyes de la edad heróica, hijos de los dioses, sustituye los nobles que aun pretendian descender de orígen divino. Pero esos nobles que no reconocian ningun poder de ellos arriba, no quisieron conocer mas que súbditos de ellos abajo. Los súbditos cuando llegaron á su vez á mayor grado de bienestar, de inteligencia y de moralidad, se creyeron capaces de manejar por sí mismos sus intereses, é hicieron con la oligárquia lo que la oligárquia habia hecho con los reyes. Mas para esta lucha habian elegido jefes que se convirtieron en tiranos, ya por la fuerza y el engaño, ya por el propio consentimiento del pueblo, que les entregaba el poder, esperando en cambio la legalidad y el órden.

Tambien pasaron aquellos tiranos: sus abusos y violencias produjeron una nueva revolucion, que aquella vez fué democrática. Tal es la vida interior de la Grecia hasta la guerra meda: primero los reyes, despues la aristocracia, en seguida los tiranos, que se apoyan en la clase oprimida ó en gentes mercenarias, y por último, la ciudad que se gobierna por sí misma: en unas partes prefiriendo á los ricos, dueños del terreno, y en otras al pueblo que vive de la industria y del comercio. Esta era la forma que prevalecia en Grecia cuando la invasion de los persas, y, Herodoto lo dice, sus libres instituciones la salvaron.

Durante esta larga y penosa tarea de trasformacion interior, la vida intelectual permanece, como si dijéramos, interrumpida en Grecia; pero en las colonias asiáticas ya asoma el genio. Allí nacen el arte y la ciencia, allí la poesía aumenta el legado de Homero, y el mundo griego se ilumina en su circunferencia con el resplandor mas brillante. Al terminar el siglo VI se extiende sobre aquellas inteligentes ciudades una dominacion enemiga; aquella mano extranjera hiela los manantiales de la vida: la civilizacion iba á morir ahogada en su gérmen. Maraton y Salamina la salvaron; nombres gloriosos que la humanidad agradecida repetirá eternamente!

Estas victorias obtenidas por Atenas, decidieron de su destino; la invasion habia sido rechazada; lo que importaba, pues, era impedir que se reprodujese. Este fué el orígen y la legitimi-

dad de su imperio. Esta dominacion que garantiza la seguridad de los mares, que dá pábulo á la industria y al comercio, que derrama el bienestar y estimula la inteligencia, es el momento mas feliz de Grecia, y el mas brillante de la vida de la humanidad. No hay duda que Atenas no está sola en la Hélada, todos obran, todos piensan; pero todo afluye hácia ella, así el genio como la fortuna y el poderío. Ella es el foco que recibe y concentra los rayos esparcidos para devolverlos al mundo en luz resplandeciente.

Sobre los grandes hombres que encierran en abundancia sus muros, domina la noble figura de Pericles. Sus enemigos le llamaban el Olímpico, y tenian razon. Él dirigia y enfrenaba con soberana prudencia aquel pueblo inteligente, apasionado, voluble; aquel pueblo que supo en ocasiones igualar la constancia romana; que cometió faltas, es cierto, pero que las redimió con las innumerables obras maestras y los grandes ejemplos que nos ha dejado. Muchedumbre elegante y espiritual, curiosa en materia de arte, de ciencia y de poesía; muchedumbre en quien ni la educacion, igual para todos, contribuia á crear clases distintas, ni la fortuna era bastante para indicarlas; aristocracia popular mas bien que pueblo, elevada á tamaña grandeza por su propio genio, efecto de su posicion geográfica y de su historia, y por las instituciones mas humanas y mas verdaderamente liberales que hubo en la antigüedad. Sí; si necesario es, yo confieso mi simpático afecto hácia esa gloriosa república que tuvo partidos y revoluciones; pero no guerras civiles ni revueltas de esclavos (1); hácia la ciudad, no de Cleonte, sino de Pericles, de Demóstenes y no de Démade; á la que nunca pudieron olvidar sus dos grandes enemigos Filipo y Alejandro; á aquella cuya historia comienza en Maraton y termina en Queronea con aquel elocuente grito de Demóstenès: «No, atenienses, no os habeis engañado al defender hasta la muerte la libertad de Grecia;» y tambien pudo añadir: la civilizacion del mundo. No hay que olvidar que aquel pueblo á quien tanto se acusa trataba con blandura á los esclavos, acogia al extranjero, condenaba al culpable á

(1) No tuvo mas que una revuelta de esclavos y esta fué puramente local, y una guerra civil que provocó Trasíbulo. Pero ¿fué verdaderamente guerra civil y no nacional? ¿Por ventura no estaba Lacedemonia detrás de los treinta?

la muerte, pero no al tormento (1); aseguraba la subsistencia á los ancianos y enfermos; daba la patria por madre á los niños que la guerra habia dejado huérfanos (2), y fué el único entre todos los pueblos antiguos, dice Pausanias, que en medio de la plaza pública levantó el altar de la Piedad, para que á su alrededor fuesen á acogerse los que imploraban gracia (3).

El siglo de Pericles, la edad de oro del espíritu humano, agitó de tal modo las inteligencias, que se sintieron impulsadas hácia regiones desconocidas. En aquella senda de grandes ideas recogió la Grecia inspiraciones inmortales; mas al propio tiempo apareció un poder nuevo y temible, la filosofía, hija rebelde del politeismo, nacida á las inmediaciones de los templos que debia derribar mas adelante; porque es de esos hijos que matan á su madre, como aquellas plantas que crecen entre las piedras de las paredes antiguas y acaban por desmoronarlas. La filosofía no tardó mucho en atacar la religion primitiva. Destronó á los dioses del Olimpo, único poder moral que, á pesar de todas sus imperfecciones y debilidades, conocian los pueblos; y así como salia del estrecho círculo de las creencias vulgares, así salió del estrecho recinto de la ciudad. Vió á la humanidad colocada sobre el hombre y al mundo sobre el Estado. Y no estoy léjos de creer que tambien contribuyese á la ruina del patriotismo tanto como á la de los dioses, por lo mismo que se elevaba á mas altas ideas respecto á la divinidad y á la virtud verdadera. La bella frase que se lee en Marco Aurelio: «Soy ciudadano del mundo,» es de Sócrates (4).

La misma poesía vino á corroborar las deducciones ateas de

(1) En Atenas el último suplicio era la privacion de la vida, y generalmente se verificaba por el medio menos espantoso y terrible: una copa de cicuta.

(2) Véase el *Menexene* de Platon, *ad finem*.

(3) Plutarco dice (πολιτικα παραγγελματα, cap. III): 'Ο 'Αθηναίων εὐκίνητός ἐστι πρὸς ὀργὴν, εὐμετάθετος πρὸς ἔλεον. Vease tambien (ibid., XVIII, 8 y 9) los interesantes y delicados cuadros de que hace mencion en honor de Atenas. No salgo, sin embargo, responsable del siguiente: Un senador del areopago fué castigado porque ahogó un pajarito que fué á refujiarse en suseno. Calificósele de falto de compasion y aun de cruel. *Phocius*, Biblot., pág. 1591, edicion de 1653).

(4) 'Ο Σωκράτης.... οὐκ 'Αθηναῖος οὐδὲ Ἕλλην ἀλλὰ κόσμιος εἶναι φήσας.... Plutarco, *Del destierro*, 5, Ciceron, *Tusculanus*, V, 37.

Leucipo. Aristófanes con sus sarcasmos, y Esquilo con la titánica audacia de su Prometeo, hicieron resonar aquel grito repetido en Roma por Lucrecio: «¡Los dioses morirán!» Así en el terror que causan á los pueblos el vacío, el silencio de los cielos y las espesas tinieblas que los sofistas derraman sobre cuestiones que en otro tiempo fueron tan sencillas, hieren á los mismos que empuñaban la antorcha del porvenir. Atenas destierra á Anaxágoras y dá á Sócrates la cicuta ¡cruel y estéril triunfo de la intolerancia! No hay mas remedio: los dioses se van, y desgraciadamente el nuevo dios no viene todavía. Sin embargo, parece como que un talento elevado comience á entreverlo: Platon anuncia algunas verdades de la fe futura; pero verdades solo comprendidas por un corto número; la muchedumbre no escucha ni oye sino á aquellos que la predican la duda en todas las cosas: en el cielo, en la patria y en la virtud, y, como únicas creencias, la fortuna y los goces. Entonces el patriotismo perece, la moralidad se pierde, las ciudades flaquean bajo el peso de la corrupcion, y la Grecia, aniquilada, moribunda, se extingue sin rumor bajo la dominacion extranjera. ¿Cuáles fueron, sin embargo, los instrumentos de esta gran catástrofe? Esparta y Macedonia. Roma á su llegada ya no encontró mas que un cadáver.

El siglo XVIII solo supo admirar á Lacedemonia: era la paradoja de Rousseau respecto al hombre de la naturaleza, aplicada á la sociedad. Indudablemente, mucho tiene que admirar Esparta: nos dejó un ejemplo inmortal de sobriedad, de disciplina, y de desprecio á las pasiones, al dolor y á la muerte. Obedecer y morir sabian los espartanos. Segun la magnífica expresion de Píndaro que deberia grabarse en el frontis de todos nuestros monumentos, la ley era para ellos «La reina y emperatriz del mundo (1).» Otra virtud debemos reconocer en ellos; virtud de los tiempos antiguos que yo desearia ver mas floreciente entre nosotros: el respeto hácia aquellos cuya frente ha recibido de los años una corona de cabellos blancos. Si puede existir un pueblo con el único deber de vivir á dia por dia, sin cuidarse del siguiente ni del resto del mundo, adorándose á sí mismo, y practicando ciertas virtudes, Esparta llenó su cometido; pero si todo pueblo

(1) Demóstenes decia: «La ley es una obra y un beneficio de Dios.»

es responsable ante la historia, como todo hombre lo es ante Dios, de sus esfuerzos para contribuir á la obra del inmenso edificio que la humanidad se construye, Esparta, simple máquina de guerra, instrumento de destruccion que acabó por destruirse á sí misma ¿qué contestará cuando se le pregunte cuál ha sido su parte en la tarea comun?

La Grecia florecia tranquila y próspera bajo una dominacion aun no amancillada por ninguna violencia, cuando Lacedemonia comenzó la guerra fatal del Peloponeso. Triunfa, gracias á la loca expedicion de Sicilia, gracias al oro de los medas y gracias al azar de un dia, y arruina la ciudad que por espacio de un siglo habia sido el honor de la Hélade, su espada y su escudo. ¡Y qué mal le sienta entonces la fortuna! ¡qué de violencias, qué de sangre derramada, y por último, qué vergonzoso tratado el de Antálcidas qué nos presenta á los sucesores de Leónidas obedeciendo de rodillas al sucesor de Dario y de Jerjes! (1)

No es Atenas la única que cae al terminar aquella lucha fratricida: la Grecia entera vacila, la misma Esparta amenaza ruina, y no tarda Epaminondas en hundir en su seno la espada de Leuctres y de Mantinea, victorias igualmente inútiles. Así como la abeja, dicen, que clava su aguijon y muere, así Tebas no pudo sobrevivir á su triunfo: todo se acabó entonces. De aquel vasto y sangriento campo donde la muerte se cebó durante tres cuartos de siglo, se elevó un miasma pútrido que tomó cuerpo y al que llamaré *condotierismo*. Los mercenarios lo invaden todo y todo lo corrompen. Hacen depender la fortuna de una guerra, y la suerte de un Estado, de un óbolo mas ó menos en su sueldo, y para colmo de miseria ellos son los que engendran los tiranos. Entonces se asemeja Grecia al palacio de Ulises, de donde no

(1) Véase en la *Andrómaca* de Eurípides, V. 445–453, las violentas imprecaciones del poeta contra la política torcida y pérfida de Lacedemonia:

Ὦ πᾶσιν ἀνθρώποισιν ἔχθιστοι βροτῶν
ψευδῶν ἄνακτες.......
.......ἀδίκως εὐτυχεῖτ' ἀν' Ἑλλάδα.

«¡Oh, los mas odiosos de los mortales.. príncipes de la mentira, artífices de fraudes! no hay justicia en veros prosperar en Grecia. ¿Qué de asesinatos y de vergonzosas connivencias hay entre vosotros!»

Verdad es tambien que Eurípides escribia estos versos durante la guerra del Peloponeso.

vuelven á salir los pretendientes, que están devorando las rentas de sus dominios, é insultan el dolor del hijo y de los servidores fieles. Penélope gime en el abandono y el luto; espera á Ulises, pero Ulises no vendrá. No resonará el arco sonoro en su mano poderosa para rechazar á los importunos. Ellos son los que triunfan: primero Filipo, comprador, mas bien que vencedor, de la Grecia; Alejandro, que la lanzó al inmenso oriente donde quedó perdida; luego sus indignos sucesores que la desgarraron; y por último Roma, que despues de haberla tomado algun tiempo por juguete, acabó con ella en un dia (1).

Ahora bien: ¿cómo cayó Grecia? porque esta es la pregunta que surge espontaneamente ante toda nacion que muere. Las causas fueron dos: en primer lugar, la depravacion de las ideas morales y políticas, en tan alto grado, que llegó á no haber ciudadanos, ni siquiera hombres en las ciudades, y que según la enérgica expresion de Polibio, la Grecia murió por falta de hombres, ὀλιγανδρία. En segundo lugar, porque en el fondo del espíritu griego, siempre existió una insuperable tendencia al aislamiento municipal, efecto de las divisiones del territorio, que se opuso á la formacion de un grande Estado helénico. Si ese Estado hubiese existido, no tendríamos que deplorar tantas guerras intestinas, ni sus deplorables consecuencias, así en lo político como en la moral, y Grecia hubiera sido invencible. Pero tanta era la fuerza de aquel sentimiento de independencia local, que Grecia se entregó á una loca alegría desde el momento en que los romanos proclamaron desecha toda alianza, y devueltas todas las ciudades á su anterior aislamiento. Grecia se creyó libre precisamente cuando comenzaba para ella una servidumbre de veinte siglos.

Esta historia encierra una doble enseñanza: la miseria, la vergüenza y la muerte para la anarquía y la corrupcion; la victoria, la grandeza y la triple corona de las artes, las letras y las ciencias para el patriotismo y la union.

Pero en la historia general de la humanidad ¿cuál es el lugar que corresponde á este noble pueblo? El primero, indudablemente.

En las vastas llanuras que fecunda el sol de los trópicos y rie-

(1) Valerio Máximo, lib. VII, cap. II decia de Filipo: *Majore ex parte mercator Græcia quam victor.*

gan grandes rios, el hombre se proporciona sin mucho esfuerzo alimento abundante. Pero aquel sol abrasa y enerva, aquellos rios al salir de madre arrastran consigo las selvas y las ciudades, y aquella complaciente naturaleza suele agitarse en convulsiones terribles. Allí todo es extremado, así el bien, como mal, y el hombre, ora espantado, ora seducido, se abandona tan fácilmente á los encantos como á los terrores que le rodean y se deja aniquilar sin resistencia. Dominado por esta fatalidad física; incapaz de rebelarse victoriosamente contra ese mundo exterior que ejerce sobre él tan poderoso influjo, reconoce su debilidad, la confiesa, y aquellas formidables fuerzas de la naturaleza llegan á ser para él, imperiosas divinidades, cuyos inmutables representantes son los sacerdotes y los reyes.

Esta naturaleza, tan terrible en sus favores como en su cólera, no es la de la Grecia. Allí el aire es ligero, el invierno á veces riguroso, el suelo mas bien árido que fecundo. En lugar de esas llanuras sin límites que no puede abarcar la vista, donde se pierden los pasos del hombre, y donde así las plantas como los animales adquieren extraordinarias proporciones, la Grecia solo se compone de montañas y valles: por todas partes el mar, los golfos y los puertos; por todas partes penínsulas, promontorios, é islas (1). En ningun sitio se ha realizado con mejor acierto la fecunda union de la tierra y el Océano. Aquí todo se limita en armoniosas proporciones, y mil influencias diversas obran en lugar de una sola, imperiosa é inmutable, como para dejar al hombre su plena libertad de accion. Por esto en los tiempos heróicos lucha con energía para disputar á las bestias feroces un miserable alimento; despues la emprende con las tribus vecinas. En seguida pide á la tierra sus frutos y al mar sus riquezas por

(1) Cuvier ha escrito las siguientes palabras en el *Elogio de Werner*: «Al abrigo de las cordilleras calcáreas desiguales y ramificadas, abundantes en aguas que atraviesan la Italia y la Grecia, en aquellos valles encantadores, enriquecidos con todos los productos de una naturaleza llena de vida; germinan la filosofía y las artes. Allí la especie humana vió nacer á los genios de que mas se envanece mientras que en las vastas y arenosas llanuras de la Tartaria y del Africa los hombres no salieron nunca de la condicion de pastores, vagamundos y feroces.» A esto se objeta que la naturaleza no varia y los pueblos sí, y se hace notar la diferencia que existe entre los griegos antiguos y los modernos; pero hay que tener en cuenta otro elemento que es el de las circunstancias externas.

medio de largos y penosos esfuerzos. Pero obligado á valerse constantemente de su fuerza y su inteligencia, consigue desarrollarlas y se enorgullece con todo lo que consigue por medio de ellas. Léjos de identificarse con la naturaleza, léjos de creerse, como el indio, un accidente, una emanacion efímera del dios-mundo que en breve ha de volver á perderse en el foco de vida de donde salió por un instante, se coloca frente á frente de la creacion, y si consiente en guardar algun respeto hácia los poderes naturales, es con el bien entendido de que se harán hombres como él, y de que en caso necesario podrá luchar contra ellos. En Homero, Diómedes hiere á Venus, Ayax se atreve á pelear con Marte.

En el pueblo que contaba con el poeta esta audacia de los héroes, perdió mucho, á no dudarlo, el sentimiento religioso; mas fué en provecho de otros sentimientos que el Oriente no ha conocido: el de la libertad y la dignidad humana. En las teogonías indias el hombre no se pertenece á sí mismo; las acciones todas le son indiferentes; el bien es la sumision, y el mal la desobediencia á ciertos preceptos arbitrarios. El hombre, al declararse libre, se hace responsable y moral. En esto se vé el paso inmenso que el espíritu griego hizo dar al mundo. Veinte y cinco siglos no han bastado para apurar todas las consecuencias de estos dos principios: la moral privada y la libertad política. Y he aquí porque apesar de la aparente diversidad en las formas, no hay mas que dos civilizaciones: la de Oriente, donde reina la fatalidad en las doctrinas y en la sociedad el despotismo, es decir, que es inmutable, aun cuando de lugar á la elevacion y á la caida de muchísimos imperios, y la de la Europa, griega ó cristiana, que es el movimiento mismo, porque procede de la libertad.

No es, como decia cierto romano envidioso, que la reputacion inmortal de Grecia sea debida á los eminentes y hábiles escritores que tuvo, no; aquel reducido país, hizo cambiar, en el órden moral, si así me atrevo á decirlo, los polos del mundo. Allí aparece por primera vez el hombre en el libre desarrollo de su naturaleza; allí se encendió la antorcha que alumbra todavía á la Europa, y que la Europa á su vez lleva hasta el nuevo mundo, descubierto apenas hace tres siglos, y hasta aquel antiguo Oriente que ha vuelto á encontrar no ha mucho.

Epicarmo, creador de la comedia, decia veinticuatro siglos atrás: «Los dioses nos venden todos sus bienes á precio de trabajo.» Grecia trabajó y recibió los dones del cielo.

Pero precisemos mas todavía.

En cuanto á *religion*, la Grecia es estéril y fecunda al mismo tiempo. En todas partes vé dioses; pero en su politeismo, la forma ocupa el lugar de la idea; esta es mezquina y oscura, aquella, siempre graciosa y elegante. De toda aquella mitología, bella por fuera y cenizas por dentro, ¿qué quedaria si se le quitase su espléndido ropaje? Solo la poesía y el arte salieron gananciosos de aquel sistema que hablaba á los ojos, pero que no ejercia influjo alguno en el alma.

En cuanto á política y filosofía, Grecia es la grande escuela del mundo. En ella se ensayaron todos los sistemas políticos, excepto el de la Europa moderna, el gobierno representativo, incompatible con la idea griega y romana de la soberanía, ejercida siempre directamente y sin delegacion. Realismo ya despótico, ya moderado, tiranía ya violenta ya popular, aristocracia, mas ó menos restringida, democracia, prudentemente contenida y demagogia desenfrenada, la Grecia lo ha visto y practicado todo. Acababa por el único sistema que hubiera podido salvarla, por una democracia moderada, que satisfacia sus naturales instintos de libertad y por un gobierno casi representativo bajo el cual la union era posible. Entonces la unidad no se preparaba en efecto, bajo el dominio imperioso de uno solo como en los tiempos de Atenas, de Esparta, de Tebas y de Filipo, sino bajo condiciones iguales, ofrecidas á todos. Desgraciadamente el carácter revolucionario que tomó entonces Esparta dió lugar al llamamiento á la Macedonia, y la intervencion de esta sirvió de pretexto á la de los romanos.

En los tiempos antiguos el asunto mas importante para el legislador y para el ciudadano fué el Estado (1), y lo fué con razon, puesto que si bien la servidumbre del individuo respecto á la comu-

(1) En Esparta, lo mismo que en la *República* de Platon, el Estado es en verdad, el único padre y el único propietario. Atenas, no llegó á tanto; pero la trasmision de los bienes estaba allí sujeta al principio de la conservacion del culto comunal y privado. Aun despues de Solon, el hijo era heredero necesario del padre.

nidad era demasiada, tambien es cierto que el constituir la ciudad era lo mas importante. En la edad media el objeto privilegiado fué la religion, cosa que se comprende mejor todavía; en nuestros tiempos, no hay mas objeto que el interés privado, y lo siento. Así que, apesar de las profundas diferencias que separan el mundo nuevo del antiguo, á nosotros, los modernos, que vivimos como perdidos en el seno de vastos Estados, nos interesa estudiar la historia de aquellas ciudades griegas, cuyos ciudadanos cifraban todo su afan en el cuidado de la cosa pública. Así aprenderémos á tener mayor cariño á esa gran familia que llamamos patria.

En la sociedad griega la propiedad y la familia descansaban sobre bases mejores que las de Oriente; pero las constituciones helénicas, casi todas hechas exclusivamente bajo el punto de vista del Estado, de su grandeza y su independencia, todavía no bastaban á garantizar medianamente la seguridad de los bienes y de las personas, de lo cual resultaban deplorables consecuencias. El Estado lo era todo; cierto es que los ciudadanos dieron inmortales ejemplos de abnegacion patriótica, pero tambien manifestaron un horror insuperable hácia todo lazo federativo. Como la seguridad de los bienes y personas era muy poca, los ricos solo pudieron mirar con odio aquellas instituciones que, particularmente en las guerras desgraciadas, hacian su condicion intolerable.

A este mal vino á añadirse otro. A fin de que el ciudadano no se distrajese de la vida pública por las labores domésticas, los esclavos trabajan en lugar suyo. Aristóteles, quiere que así suceda expresamente en toda ciudad bien ordenada. Nada tengo que decir acerca de la corrupcion que el esclavo inocula en su amo, ni acerca del menosprecio que recae siempre en el trabajo libre al compararlo con el trabajo forzoso; pero hago observar solamente que, dejando la ley y las costumbres la industria en manos del esclavo, se oponia á la formacion de una clase media bastante fuerte para imponer la paz á los partidos, y conservar el equilibrio del Estado. El trabajo voluntario, beneficio que debemos á Dios, salva á los Estados lo mismo que á los individuos, como se vé en el ejemplo de Esparta, donde la estéril ociosidad de los ciudadanos dió por resultado la desigualdad mas extraordi-

naria. De ahí la poca solidéz de las constituciones, las tramas, las violencias, las revoluciones y el inmenso número de desterrados que vagaban constantemente armados al rededor de la ciudad (1).

Nosotros, los herederos de la Grecia, lloramos todavía aquellas violencias, y estamos dispuestos á considerarlas como un crímen cometido en contra nuestra, puesto que prodigaron en la sangrienta tarea de la guerra las fuerzas que debian emplearse en conquistar los frutos de la benéfica paz. Pero si bien no es la civilizacion la flor de las ruinas ni de las tempestades, tampoco puede decirse que abre siempre su cáliz en medio de la calma y del silencio. La lucha de los intereses y de las pasiones desarrolla los caracteres, comunicando mas energía á la vida, mas actividad y potencia á las facultades. Ocasiones hay en que del taller, en donde los cíclopes baten el hierro, donde no se vé mas que fuego y humo, donde no se oye mas que ruido y gritería, salen los mas delicados productos del trabajo del hombre. De la misma manera de cada una de aquellas reducidas poblaciones tan trabajadas y tan ruidosas sale alguna maravilla del arte ó del pensamiento.

En cuanto á *filosofía*, como la Grecia carecia de libros sagrados, y por consiguiente de cuerpo de doctrinas religiosas fijamente establecidas; como no tenia ninguna casta sacerdotal que guardase ávidamente para sí sola el dogma y la ciencia; permitió el mas libre desarrollo al espíritu de sus hijos. Los griegos son los que constituyeron á la filosofía en su estado de independencia, puesto que separándola de la religion, no la hicieron privilegio de ciertos hombres, sino que fué del dominio de todos. No la señalaron forzosamente un solo objeto determinado y reducido, sino el exámen puro de la verdad, abriendo de este modo á la mente un horizonte inmenso. Todo lo que interesaba al sentimiento pasó al dominio de la razon; dominio extraordinariamente poderoso. ¿En veinte siglos se ha ido mucho mas allá de los descubrimientos filosóficos de los helenos?

En cuanto á las *ciencias*, ellos midieron la tierra y contaron las estrellas. Ellos crearon las matemáticas puras y comunicaron

(1) Isócrates dice á Filipo que para su expedicion al Asia encontrará tantos soldados como quiera porque siendo tantos los desterrados, mas fácil es formar un ejército de ellos que de los ciudadanos. *Filipo* §. 96 edic. de Didot, pag. 65.

grande impulso á la geometría y á la mecánica; ellos dieron comienzo á la geología, á la botánica y á la medicina, y fundaron la higiene (1). Desgraciadamente no marcharon con paso igual y firme por la espaciosa y magnífica via que Hipócrates les abriera, y á donde quiso volverles Aristóteles: la de la observacion y el análisis filosófico de la naturaleza.

Pero respecto á las *letras* ¡ qué esplendor el suyo ! ¡ cuántos géneros creados y llevados á la perfeccion ! : la epopeya, la elegía, la oda, la tragedia, la comedia, la historia, la elocuencia de la tribuna y del foro ! Y ¡ qué imperio tan duradero ! Desde que la Europa nació á la vida intelectual extrae toda su savia del seno griego. Las literaturas germánicas son de ayer, excepto Shakspeare y Milton que no son muy antiguos; excepto Gœthe, tan griego algunas veces, y Schiller que no siempre es aleman. Las literaturas eslavas están por nacer todavía; las del norte no merecen sitio aparte; las del mediodía tuvieron por maestros á los escritores llamados clásicos, escritores que en su mayor parte hablan el idioma de Homero; los mas ilustres romanos no pasaron de discípulos suyos. Las musas latinas son efectivamente hijas tambien del Zeos helénico, y hermanas de Apolo Délfico (2).

De manera que casi toda la literatura laica sale de Grecia, así como la sagrada sale de Palestina. De estos dos paises descienden los dos grandes rios que fecundaron la Europa bárbara.

Respecto á las *artes*, todavía hicieron mas los griegos, puesto

(1) Uno de los hechos notables es la avanzada edad á que llegaron con la plenitud de sus facultades muchos grandes hombres de la Grecia. Dejemos á parte á los conquistadores diezmados por la guerra como Milciades, Cimon, Alcibiades Epaminondas y Alejandro; pero Pitágoras, Solon, Anacreonte, Sofocles, Euripides, Hipócrates, Sócrates, Platon, Jenofonte, Lisias, Isócrates, Cleanto, Demócrito de Abdera etc. mueren coronados de dias y de genio. La naturaleza les prodigó uno de sus mas prodigiosos dones, el tiempo. ¿Pero no secundaron ellos la obra de la naturaleza con su sábia higiene, su templanza y su ordenada vida? Véase en la *República* de Platon, lib. III la importancia que dá á la gimnástica. Respecto á las ciencias propiamente dichas, los griegos tomaron mucho de Oriente; pero como en Oriente no habia nada sistematizado, á los griegos debemos los principios y los métodos, es decir, los verdaderos comienzos, los verdaderos progresos de las ciencias.

(2) Augusto Wolf ha contado que la literatura clásica comprendia 1600 obras completas ó no, cuyas tres cuartas partes pertenecian á los griegos, siendo 450 anteriores á Livio Andrónico, el escritor romano mas antiguo.

que supieron sorprender el momento fugitivo de la belleza, y lo eternizaron en el mármol y en el cobre. Las grandiosas producciones de Egipto, de la Asiria y de la India fueron reducidas en Grecia á las justas y armónicas proporciones de la belleza humana, que irradia con eterna juventud lo mismo en las obras de Fidias y de Praxíteles, que en las de Homero, Sófocles y Platon. El estatuario, el arquitecto y el pintor encontraban en la religion y la poesía el manantial mas precioso, y en las instituciones políticas los estímulos mas enérgicos. «La época de la libertad republicana, dice Winckelman, fué la edad de oro de las bellas artes.» Así vemos que respecto á la belleza plástica el mundo no ha salido del paganismo. Olvidado ya de las pías leyendas con que la Iglesia le arrulló en sus primeros años; olvidado de aquellos arcos góticos, por entre los cuales su plegaria se elevaba ferviente hasta Dios, ha vuelto al culto de la Grecia. Desde Lóndres á Viena, desde Petersburgo á Madrid ¿ hay alguna arquitectura no derivada de Olimpia ó del Partenon ? ¿ Tenemos algun émulo de los grandes estatuarios de Atenas ó de Sicion que se separe de las sendas trilladas? ¿qué arte nuevo, en fin, ha creado el mundo desde hace dos mil años? La Iglesia le dió en la edad media, la arquitectura gótica; los tiempos modernos la música, y añadiré la pintura, apesar de Zéuxis y de Apéles (1).

Es indudable que se necesita ser prudente en los elogios que recaen en la civilizacion griega, y mucho mas en aquellos que

(1) Los romanos solo añadieron á la arquitectura griega la *cúpula y el arco*. Chateaubriand dice (*Itinerario* pág. 143) « Si despues de haber visto los monumentos de Roma me han parecido groseros los de Francia, los de Roma me parecen bárbaros despues de haber visto los de Grecia.» Su suelo les proporcionaba los mejores materiales, su clima los conservaba y en lugar de cubrirlo con esa negra capa en que las nieblas del Norte envuelven los edificios y las estatuas, los doraba con los mas vistosos matices. Por último el pintor y el escultor tenian ante los ojos la raza mas bella, y en el ambicioso anhelo que cada uno de aquellos pueblos tenia por hermosear su ciudad sobre las ciudades rivales, encontraban los mas preciosos estímulos. Hasta la época de Alejandro los artistas trabajaban casi siempre para el Estado, raras veces para los particulares. El *mosáico* solo llegó á ser arte en tiempo de los romanos; tampoco hallamos entre los griegos *vias militares* ni *arcos* de *triunfo*, y bien pocos *acueductos* de aspecto monumental. *Los anfiteatros*, cuyas ruinas admiramos, olvidando la mucha sangre que ha absorvido su suelo, son todos romanos.

no se refieren á Atenas. Así he obrado yo diciendo: que su religion era poética pero sin grande influencia moral; que la familia estaba constituida imperfectamente; la propiedad mal garantizada; la inteligencia siempre brillante, la moralidad muchas veces oscurecida á diferencia de Roma, donde generalmente no fué grande el talento sino el carácter. En sus mas bellos dias, no tuvo seguridad y tuvo perfidias; tuvo guerras civiles con sus consecuencias ordinarias como los destierros, la confiscacion y el correr la sangre á rios; en sus dias tristes una depravacion asquerosa de que nuestro idioma no puede, afortunadamente, dar una idea; y siempre, y en todas partes, la ensangrentada úlcera de la esclavitud con todas las miserias que lleva consigo. Pero á medida que nos vamos apartando y remontando, la luz absorbe las sombras: Démade desaparece, Demóstenes permanece; Pericles eclipsa á Alcibiades; la Atenas de Sófocles á la de Alexis y de los Diogenistas; la ciudad de Leónidas á la de Nabis. Ya no se ven los males con que la Grecia pagó tan cara su laboriosa vida, solo se vé aquello que ha legado al mundo por herencias. «No olvideis, decia Ciceron á su hermano, y Plinio, á Máximo, no olvideis que estais mandando á griegos que civilizaron á todos los pueblos, enseñándoles la blandura y la humanidad, y á quienes Roma es deudora de los conocimientos que hoy posee.»

Rafael quiso un dia pintar la Grecia y no pintó, como Parrasio, un retrato enigmático, compuso la página inmortal de *La Escuela de Atenas*. Bajo aquellos pórticos levantados por la mano de Ictinos ó de Fidias teneis á Sócrates que funda dogmáticamente la moral humana; á Platon y á Aristóteles que abren á la filosofía sus dos grandes vias; á Pitágoras que revela las propiedades de los números; á Arquímides que hace aplicacion de ellos, y teneis tambien á la multitud ilustre que rodea á los maestros para escuchar sus palabras y hacerlas llegar hasta nosotros. Dad vida á esa obra eminente del mas eminente pintor del mundo, y, al igual de la historia, contemplareis amorosos á aquellos héroes del pensamiento, escuchareis enajenados sus voces, ya armoniosas ya austeras, y direis, á propósito de la Grecia, lo que decia de Homero uno de nuestros poetas: Dos mil años han pasado sobre sus ruinas, y conserva todavía la juventud de la gloria y de la inmortalidad.

HISTORIA DE GRECIA.

CAPÍTULO I.

Geografía física (1).

NOMBRE, EXTENSION Y CONFIGURACION GENERAL.—MONTAÑAS Y CORRIENTES DE AGUA. — DIVISIONES GEOGRÁFICAS. — PRODUCCIONES; CARÁCTER GENERAL DEL SUELO GRIEGO.

Nombre, extension y configuracion general.

¿A qué llamais la Grecia? pregunta irónicamente Filipo de Macedonia á los etolios, que le califican de rey bárbaro; ¿cuáles son, á vuestro entender, sus límites? ¿Por ventura sois griegos la mayor parte de vosotros? (2).

El nombre de la Grecia tuvo igual suerte que el de Italia: los

(1) Las principales obras que deben consultarse son las siguientes: Estrabon, *Geografía*; Pausanias, *Descripcion de la Grecia;* Barthelemy, *Viages del jóven Anacársis;* Mannert, *Geografía de los griegos*, etc.; Gosselin, *Geografía de los griegos*; Kruse, *Hellas;* Cramer, *Description of ancient Greece;* Buchon, *la Grecia continental y la Morea*; Pouqueville, *Viaje á Grecia*; Choiseul-Gouffier, *Viaje pintoresco á Grecia;* Stuart *Antigüedades de Atenas;* Dodwell, *Travels in Greece*; Gell., *Itin. of Greece, Journey in the Morea;* el coronel Leake, *Morea* y *Northern Greece,* 1830–5 Cousinery, *Viaje á Macedonia*, 1831; Beulé, *el Peloponeso: la Expedicion científica á Morea* con los excelentes trabajos geográficos de Puillon Boblaye que dicha publicacion contiene, y en fin para las cartas el *Atlas* de Kiepert.

(2) Polib., lib. XVIII.

dos corrieron de un extremo á otro de sus respectivas penínsulas, hasta que por fin se emplearon para designar el país en conjunto. Grecia se llamó al principio un reducido canton del Epiro ó de la Ptiótida; pero poco á poco fué comprendiéndose en aquella denominacion mayor espacio de terreno, y se aplicó á la Tesalia, á los paises al sud de las Termópilas, y al Peloponeso. En lo sucesivo comprendió además el Epiro, la Iliria hasta Epidamia y la Macedonia. Gracias á una singular extrañeza, el nombre de Grecia no era conocido en la Grecia misma, que se llamaba *Hélada*, esto es: país de los helenos. No sabemos qué motivo hizo prevalecer el nombre *Græcia* en la lengua romana; pero ¿no nos sucede á nosotros designar á los pueblos de allende el Rhin con un nombre que ellos no conocen?

Es la Grecia una de las tres penínsulas que terminan al sud la Europa. Si debiésemos juzgar de su extension por el renombre que ha alcanzado en el mundo, de seguro seria una region vasta; y sin embargo, no hay otro país tan pequeño en Europa. Su superficie, inclusas las islas, dista mucho de equivaler á la de Portugal, si bien, gracias á la ventajosa disposicion de sus costas, cuenta de estas una extension mucho mayor que la de todo el litoral español. Confina al Norte con los Alpes orientales, cuya mole la separa del valle del Danubio, una de las grandes vias de las inmigraciones asiáticas en Europa. Al sud se interna en el Mediterráneo por tres puntas, casi á la latitud de Gibraltar, y frente á una de las mas fértiles provincias de Africa. El mar la separa del Asia, del Africa y de Italia; pero á estos paises la avecinan sus islas. Las Cícladas comienzan junto al cabo Sunion y van á confundirse con las Esporades que llegan hasta el Asia. Desde Corcira (Corfú) se vé la Itala; desde el cabo Malio, las nevadas cimas de la Creta; y desde esta isla, las montañas de Rodas y la costa asiática. Dos dias de navegacion bastan para ir de Creta á Cirene, tres ó cuatro para ir á Egipto. ¿Qué raro pues que la Grecia haya resplandecido mucho mas allá de sus fronteras, por su comercio, sus colonias y su civilizacion, si tenia tantos caminos abiertos ante sus ojos? (1).

(1) Estrabon lib. X, pág. 465. En Pikerli, cerca de Atenas, se han encontrado huesos fósiles de elefante, rinocerontes, antílopes y girafas. Estos restos de ani-

Montañas y corrientes de agua.

Lo que para Italia es el Apenino, es el *Pindo* para la Grecia. Destácase de los Alpes orientales, así como aquel de los Alpes marítimos, y desciende al Sud, separando la Iliria de la Macedonia, y el Epiro de la Tesalia, y desparramándose por la península en innumerables ramificaciones. De esa cadena central y al Norte de las fuentes del *Peneo* arrancan los montes *Cambunienses*, que siguen en direccion al Este hácia las orillas del golfo Termaico, donde vuelven á alzarse, formando la masa colosal del *Olimpo*. Esta montaña, alta de mas de tres mil metros, mirada por la parte de Macedonia, parece una inmensa muralla cortada á pico. Al Mediodía baña sus plantas en el Peneo; al otro lado del rio se levanta el *Osa*, rival del Olimpo, que conserva casi tanto tiempo como aquel las nieves del invierno. El paso que el Peneo se ha abierto entre ambos montes, es el *valle de Tempe*, célebre en la antigüedad por el encanto y la imponente belleza de sus pintorescos sitios. Este valle inculto, tan estrecho en algunos puntos que diez hombres bastarian á detener en ellos á todo un ejército, era sin embargo el único tránsito concurrido entre Macedonia y Tesalia. Esta region la cierran al Norte los montes Cambunienses y al Sud el Eta, cuyas últimas fragosidades forman junto al golfo Maliaco el famoso desfiladero de las *Termópilas*.

Entre los montes Cambunienses y Eta se extiende el *Otris* que, separando la hoya del Peneo de la del Esperquio, se une en la costa con el *Pelion*, que es prolongacion del Osa; de manera que todo el norte de la Tesalia viene á ser en realidad lo que Jerjes decia: un valle que fácilmente quedaria sumergido, si se cerrase á las aguas la única salida, que es el ya citado valle de Tempe. En esta region encontró la poesía algunas de sus leyendas mas graciosas y mas terribles. El valle de Tempe, por ejemplo, fué abierto por el brazo del hijo de Alcmena ó por el Tridente de Neptuno; en la cumbre del Olimpo, sobre sus nieves casi perpe-

males del Africa estaban cubiertos de esa arcilla rojiza que aun hoy existe en las playas de aquella region, lo cual prueba que en algun tiempo tocaba la Grecia á aquel continente, lo mismo que el Asia Menor. Las numerosas islas del Mediterráneo, sirven como de *testigos* dejados en medio de las aguas, que dan fe de la union de los tres continentes.

tuas, allá, en medio de las nubes que lo ciñen y que el rayo desgarra, se levantaban los tronos de los doce dioses mayores. En la Tesalia los gigantes provocaron á la pelea á los señores del Olimpo; allí fué donde intentaron escalar el Cielo, colocando el Pelion sobre el Osa; allí tambien predijeron las Musas el nacimiento de Aquiles y la ruina de Troya, en las bodas de Tétis y Peleo. El laurel de Apolo brotaba espontáneo en Tempe (1), y del Pelion se cortaron los troncos de que se hizo la nave Argos, á la que dió Minerva por mástil uno de los robles fatídicos de Dodona.

Al Sud de la Tesalia y del Epiro, cubre la Grecia central una intrincada red de montañas. Una cordillera, que puede considerarse como continuacion del Pindo, baja, entre la Etolia y la Lócrida, hasta el golfo de Corinto; otra que se desprende de esta en la Dórida, corre al Este comprendiendo los célebres montes del Parnaso, donde estaba Delfos; del Helicon, morada de las Musas, que jamás habia producido planta alguna venenosa; del Citeron, donde mató Edipo, á Layo; del Parnesio, del Pantélico que pasa por detrás de Atenas y da asiento á su acrópolis, y por último del Himeto, cuyas últimas mesetas puede decirse que son el Laurion y el cabo Sunion.

De esta cordillera, con frecuencia interrumpida, se desgaja, en direccion al Sud, entre los golfos Sarónico y Corintio un poderoso ramal que forma una segunda península al extremo de la primera y la recorre circularmente; de suerte que el Peloponeso presenta casi la figura de un cono truncado, cuya parte culminante se eleva cinco ó seis mil piés sobre el nivel del mar (2).

Merced á la disposicion de sus montañas, la Grecia es, si así puedo expresarme, una trampa de tres resortes. Los montes Cambunienses y el Olimpo se elevan al norte, á modo de primera barrera. Si el invasor logra salvar tan grave obstáculo ó consigue evitarlo (3) por medio de un rodeo, se encontrará detenido por el

(1) De ocho en ocho años enviaba Delfos á Tempe una teoría solemne á cortar una rama de laurel. Müller, *Die Dorier*, segunda edicion, t. I, pág. 204.

(2) La elevacion de las montañas al rededor de la Arcadia es como sigue: al Norte el Erimanto y el Krátis tienen 2,259 y 1904 metros; al Este el Cileno, 2,412; las alturas al Oriente de Orcomena, 1,821; el Creyon, 1,623; al Sud el Parnon 1,989; el Boreyon, 1,105; al Oeste el monte *Eira* (Ira) 1,416; y el Lampeya, 1,823.

(3) Este obstáculo es fácil de salvar por los muchos pasos abiertos natural-

Eta en las Termópilas y encerrado en la Tesalia; y aun forzado este paso, si bien no queda defendida la Grecia central porque sus alturas no forman una cordillera continuada, la resistencia puede ir retrocediendo hasta el istmo de Corinto, donde vuelve á disponer de una posicion formidable: montañas inaccesibles, entre cuyos escarpados flancos y el mar, se abren solamente dos peligrosas sendas suspendidas sobre las olas.

Las aguas interiores de la Grecia podian quedar igualmente cerradas á las naves de los pueblos antiguos, por tres distintos puntos: al norte de la Eubea, para cubrir las Termópilas; cerca del Eusipo, para impedir toda aproximacion al Atica, y en el estrecho de Salamina, para proteger el istmo de Corinto (1).

Como el mar se encuentra por todos lados á corta distancia de las montañas, no son de mucha extension las corrientes de agua de la Grecia. Los rios mas notables son el *Peneo* y el *Aqueloo* (130 y 175 kilómetros de largo). El Eurotas, el Alfeo, la Estigia y el Estinfalo y otros muchos recorren parte de su curso por debajo de la tierra; casi todos presentan el carácter caprichoso de los torrentes. Las lluvias de otoño y de invierno caen en áridas cumbres, se precipitan en rápido descenso á los valles, y los dejan inundados. Con el calor llega la sequía, porque habiendo absorvido poca agua la compacta calcárea de las montañas, conserva humedad escasa; las fuentes se agotan, y el torrente furioso antes, se arrastra difícilmente por una rambla seca.

Divisiones geográficas.

Al ver el gran número de divisiones políticas hechas en tan reducido espacio, quizás se las pudiera calificar de arbitrarias; pero casi todas están indicadas en el suelo por la misma naturaleza. La *Tesalia* constituyó una sola region, á pesar del Otris,

mente en los montes Cambunienses mas hácia el O. Boué, *Viaje á Turquía.* Tomo 1 pág. 199.

(1) De las cartas de Kieper tomo algunas elevaciones y las reduzco á metros. En el itsmo de Corinto las montañas se elevan hasta 1,392 metros; en el Atica el Parnesio á 1435; el Pantélico á 1128, el Himeto á 1042; el Laurion á 363; en Beocia el Helicon, á 1551; el Citeron á 1433; en la Fócida el monte Licoreo tiene 2498, el Calidromo 1405; en el Eta se han medido en el monte Tinfrestos núcleo del Pindo y del Eta hasta 2346, en el Pindo 1650 á 2000; el Olimpo tiene 2012, el Osa 1985, el Pelion 1545, los montes Cambunienses 1600.

porque si bien esta montaña es bastante elevada para ser una línea de division entre las aguas, no lo es para serlo de demarcacion entre los hombres. Solamente se observa que la vida, á diferencia de lo que aconteció en la solitaria hoya del Peneo, se mostró mucho mas activa en las playas de los golfos Maliaco y Pagaséo que dan á la parte de Grecia, donde las ciudades y las leyendas abundan extraordinariamente.

Las dos Lócridas, opunciana y epicnemidiana, cubren las pendientes que caen al mar Eubeo; así como la *Beocia* las que declinan á lo interior, hácia el lago Copais; sin embargo, esta última region da á dos mares: al Euripo por el país de Aulida, al golfo de Corinto por el valle de Créusida.

La *Fócida*, colocada á mayor altura en la montaña, abrigaba á la Beocia y caía, como esta, á dos mares. La *Dórida*, valle elevado y frio, entre el Eta y el Parnaso, hubiera podido ser una especie de entrada de la Fócida. El montañoso canton de los *Locrenses, Ozoles* ofrecia á su pueblo asilos inexpugnables. Pausanias hace derivar su nombre del olor de sus vestidos, hechos de pieles de animales no curtidas, y uno de sus poetas lo supone derivado de las flores, que embalsamaban el ambiente de sus montañas. Es de temer, en mi concepto, que se equivocase el poeta: las groseras costumbres de aquellas gentes, parecen confirmar el dicho de Pausanias.

Vecinos suyos al Oeste eran los *Etolios*, moradores de un país inculto, cuyas poblaciones levantadas en las pendientes peñascosas se veían en la necesidad de suspender todas sus comunicaciones durante el invierno. Las alturas las forman en aquel suelo las últimas ramificaciones del Pindo y del Eta, que terminan por un lado á orillas del rio Aquelóo y por otro á las del golfo de Corinto, en su parte mas angosta, de donde no dista 1,600 metros la costa del Peloponeso. Por este sitio habian de ir con el tiempo los Etolios á asolar muchas veces la península, así como pasando entre el Pindo y el Eta habian de saquear la Tesalia. Aquellas eran las dos únicas puertas por donde podian penetrar en la Grecia.

El Aquelóo, cuyo delta se va ensanchando constantemente, los separaba de la *Acarnania*, region tambien montañosa, que contenia algunos lagos y espaciosas dehesas, y estaba ceñido por el

mar por tres lados. Por esto el nordeste de la Acarnania, único punto que carecía de defensa, estuvo á merced de las tribus del Epiro que lo invadieron. Los Anfílocos, que habitaban en aquel lado, eran semi-griegos y semi-bárbaros.

Al extremo opuesto y con configuracion mucho mejor, se extendia la península del Atica, separada de la Beocia por el Citeron y el Parnesio, dividida en dos vertientes por el Pantélico y el Himeto, y con vistas á tres mares; mas á pesar de sus divergentes direcciones, era una de las comarcas de mejores condiciones de toda la Grecia. Cubríanla pueblos en abundante número, pero con una sola ciudad, que era el asilo comun, el mercado, el depósito del comercio y la fortaleza del país. Tal era Atenas, situada entre el Hiso y el Céfiso, al pié de escarpados peñascos que sostenian su ciudadela, á ocho kilómetros del Pireo, cuyos tres puertos podian dar abrigo á cuatrocientas naves. Toda la vida del Atica debia refluir hácia aquel punto, y allí se concentró en efecto. Allí fueron á resonar todos los ecos del Asia; allí á tratarse los negocios todos del mundo; todas las doctrinas y las artes todas, allí á depurarse y engrandecerse. Hoy es, y todavía el género humano saluda agradecido la patria de Sócrates, de Fidias y de Sófocles.

Siguiendo la costa que mira á Salamina, en un fértil valle, mansion predilecta de Ceres, se encuentra Eleusis, que Atenas atrajo y mantuvo bajo su influencia; influencia de que se libró Megara, gracias á las dos montañas entre las cuales está situada. Megara es la puerta del istmo, comparado por Píndaro á un puente echado por la naturaleza en medio de los mares, para enlazar las dos partes principales de la Grecia; pero el paso de este puente es muy difícil, puesto que está muy erizado de montañas: mil parajes tiene en donde algunos hombres resueltos bastarian á detener á todo un ejército. La situacion que esta ciudad ocupa y sus dos puertos en los golfos Sarónico y Corintio le valieron toda su importancia; mas teniendo que competir en uno de aquellos mares con la marina de Corintio y en el otro con la de Atenas, debia de sucumbir por fuerza en tan desigual combate. Entre Esquenóo y Lesteyócori no tiene el istmo mucho mas de cuatro á cinco kilómetros de ancho; de modo que, á fin de evitar las dilaciones y peligros de la navegacion por la vuelta del Peloponeso, trasladaban los bajeles de un puerto á otro por la

via de tierra. Con este motivo, Demetrio, Policertes, César y Neron formaron el designio de abrir un canal en aquel punto.

Tres regiones bien caracterizadas tiene el Peloponeso : la hoya central ó sea la Arcadia, encerrada en un círculo de montañas que solo se abre al Oeste, por la parte de Olimpia, formando un angosto desfiladero, por donde se escapan las aguas del Alfeo; la Laconia ú hoya del Eurotas, y la Mesenia ú hoya del Pamiso; estas dos últimas lindantes con los montes de la Arcadia y separadas una de otra por el Taigeto. El resto, es decir, el litoral del Norte, lo constituye una série de cortos valles que guian en descenso al mar, en uno de los cuales habia una ciudad que formaba Estado aparte. Distinguian sin embargo los antiguos tres comarcas particulares : la Elida, region la mas feraz del Peloponeso (1), la Acaya y la Argólida, no exceptuándose de ordinario mas que Sicion y Corinto, que daban su nombre al país circunvecino.

La Argólida casi es una copia de la configuracion del Atica: es tambien una península entre tres mares ; pero su capital no ocupa el centro, su puerto era malo aun para los buques de aquellos tiempos, y tenia á su lado á Esparta. Así que, si bien en la época primitiva arrojó un vivo destello, solo desempeñó un papel secundario, á semejanza de Tebas, y ni aun tuvo, como esta, otra rival de Esparta y de Atenas, la esplendente gloria de Leuctres y de Mantinea, (Mundi) en compensacion á su larga oscuridad (2).

(1) El trigo allí sembrado da 10 y hasta 13 por 1. Leake, *Morea*, I, 14.

(2) Mr. Clinton ha calculado en los *Fasti hellenici*, segun la carta de Arrowsmith, la superficie de las diversas regiones de la Grecia. Vamos á reproducir su cálculo en kilómetros cuadrados :

Tesalia con la Magnesia. . . .	14638
Acarnania.	4053
Etolia.	3006
Fócida.	4051
Beocia.	2887
Atica.	1858
Megárida.	9370
Total de la Grecia central. .	30.863
Acaya, Sicion y país de Fliunte.	2025
Elida y Trifilia.	2528
Arcadia.	4389
Argólida, Corintia, paises de Epidauro, Trezena y Hermione, y Cinuria.	3372
Total. . .	12.314

Suma anterior. . .	12314
Laconia.	4912
Mesenia.	2998
Total del Peloponeso. .	20.224
Eubea.	3638
Corcira.	544
Léucade.	299
Cefalonia.	988
Itaca.	57
Zante.	395
Citera.	325
Egina.	106
Salamina.	72
Total de las islas. .	6.424
TOTAL GENERAL. . .	57.511

Producciones; carácter general del suelo griego.

Las montañas de la Grecia ocupan las nueve décimas partes de su superficie, sin dejar en descubierto mas que un escaso número de llanuras, comprendiéndose en Tesalia, las mayores, motivo por el cual esta provincia fué la única que alimentó una buena y vigorosa raza de caballos. Estas montañas, hoy despojadas de sus bosques, no entrañan en metales preciosos, mucha mayor riqueza que las de Italia; sin embargo, la Eubea producia cobre y amianto; hierro la Beocia, el Taigeto y las islas de Melos, de Serifo y de Eubea. De esta materia se forjaban excelentes armas en Calcos, y sus obreros se jactaban de haber sido los primeros en saber trabajar el cobre. Producian plata el Epiro, Chipre, Sifano y el Atica: Atenas en los dias de su grandeza ocupó en las minas del Laurion hasta 20,000 hombres. El oro se criaba en el Hemo y el Orbelo, en Tesalia, en el monte Pangeo, entre la Macedonia y la Tracia, y en las islas de Sifano y de Ta-

Respecto al Epiro, Clinton no calcula su superficie; pero Sickler la estima en 500 millas geográficas cuadradas.—27500 kilómetros, y la de Macedonia (la de Filipo) en 1200—66000 kilom. c.

En cuanto à la poblacion, Clinton la hace subir en los tiempos comprendidos entre las guerras medas y Alejandro á mas de 3.500,000 almas. En este número entra el Atica por 527,660; atribuye à Tebas 75,000; al resto de la Beocia 55,500; á la Laconia con la Mesenia 300,000 (33,000 espartanos, 66,000 periecos, 170,500 ilotas, etc.); à la Arcadia 161,750; á la Acaya 61,800; á Sicion 46,160; á Fliunte 31,000; à Corinto 100,000; á Argos 110,000, y á las demás ciudades de la Argólida 52,500; á la Elida 186,000; total 1.050,000 en el Peloponeso. Excusado es añadir que en las anteriores cifras no habrá probablemente nada exacto, sino la proporcion que establecen entre las diferentes ciudades; puesto que toda la anterior aritmética es cosa poco menos que imposible, tratándose de tiempos tan remotos. Así vemos que dos hombres tan competentes como los señores Boeckh y Letronne piensan, aquel que el Atica podia alimentar á 500,000 habitantes, y este, que en aquella region apenas hubieran podido vivir 240,000. Hay mas: un párrafo de Demóstenes dice que el producto de cierto terreno del Atica era de 1000 medimnos de trigo; ¿qué extension tenia aquel terreno? Cuarenta estadios de *superficie*, segun Mr. Letronne; pero Mr. Boeckh dice que eran de *circunferencia*. Una coma colocada antes ó despues de una palabra, decide de la existencia de 100,000 hombres. Sucede entre los editores, que unos ponen la coma antes, otros la ponen despues, y aun los hay que hacen como los antiguos griegos, es decir, la suprimen. Ante los problemas que tantas incógnitas encierran, lo mas acertado es renunciar á resolverlos.

so, y el Hebro, en Tracia, lo arrastraba en su corriente. Mármoles preciados y de fama (1) los habia en el Atica y en las islas, sobre todo en Páros; Lemnos daba los mejores vinos de la Grecia.

En los paises montuosos las llanuras son en extremo fértiles. La Tesalia, la Mesenia, el norte de la Elida, y la Eubea (que pudo llamarse granero de Atenas) dejan esta observacion bien comprobada. La Beocia tambien debió á las numerosas corrientes que la surcaban y á los depósitos de sus aguas, de largo tiempo acumuladas, la asombrosa fertilidad de que gozaba, particularmente el valle inferior del Cefiso, fecundado, cual otro Egipto, por inundaciones periódicas. De ahí provino que sus habitantes, confiados en la largueza de su suelo, se entregasen á los placeres sensuales que los enervaron; y mientras que el Atica, tan pobre como era, se llenaba de un pueblo activo y bullidor, superabundante de ingenio, la Beocia veia á sus hijos vivir en la holganza y convertida en proverbio su pereza intelectual, aun cuando entre ellos figurasen Hesiodo y Píndaro. Las altas regiones de la Arcadia y sus verdes praderas, que mil riachuelos bañan, servian de morada á una raza de hombres que presentaban marcados puntos de semejanza con los suizos, tanto por sus costumbres sencillas y pastoriles, cuanto por su espíritu belicoso, su amor al lucro, y su modo de vivir en aldeas diseminadas.

Considerando la Grecia en su conjunto, veremos que ni era bastante fértil para mantener á sus habitantes en el ocio y la molicie, ni estaba tan exhausta de medios, que tuviese que emplear toda su actividad en proporcionarse los de subsistencia. Los diversos caracteres de su territorio la imponian aquella vida diversa tambien y múltiple, que tiende á ensanchar la esfera de las aptitudes, y espolea el genio de los pueblos; que provoca á la variedad de ideas por medio de la de conocimientos, y tiene la civilizacion por término y objeto. En la superficie de su suelo,

(1) El mas célebre de los mármoles antiguos era el blanco de Páros. De esta materia es la Venus de Milo que existe en París, en el palacio del Louvre. El del Pantélico era de grano mas fino; pero de tez menos igual. Las canteras de Luni, cerca de Carrara, compitieron poderosamente en tiempo de los romanos con los dos mármoles griegos que hemos citado.

los griegos vieron escrita, mejor que todos los demás pueblos, la obligacion de ser á un tiempo pastores, labradores, mineros y comerciantes; agregándose á esto la perspectiva que, como estímulo y á no remota distancia les ofrecian las mas civilizadas comarcas de entonces: la Lidia, la Caldea, la Fenicia, el Egipto y Cartago.

Una region hay en Grecia que resume por excelencia todas esas ventajas de posicion y suelo: la estéril Atica, con sus fértiles campiñas de Maraton y Eléusis que daban sesenta de producto por uno de sementera; con sus olivares, su miel perfumada del Himeto, sus mármoles del Pantélico, sus minas del Laurion, su atmósfera tan pura, que desde el cabo Sunion permitia ver el penacho y la lanza de la Minerva del Partenon, y preferentemente á todo, con el mar que la ceñia por tres lados. Siempre que los atenienses subian al Partenon, se presentaba ante sus ojos aquel sin número de islas, sembradas á su alrededor, sobre las aguas, como invitándoles á enseñorearse de ellas, ó á que se llegasen sin peligro á las costas de Tracia, de Asia y de Egipto (1).

Era pues la Grecia un magnífico teatro dispuesto para la actividad humana; mas si el despotismo hubiese penetrado en aquel país, entre aquellos hombres; si Darío ó Jerjes hubiesen vencido en Maraton ó en Salamina, y se hubiese conseguido neutralizar las influencias del suelo y del clima, la antigua Grecia hubiera llegado á ser lo que la Grecia moderna en manos de los emperadores y sultanes: una tierra de desolacion. Empero el genio de la libertad se sentó al hógar de aquel pueblo triunfador, aunque escaso en hombres; levantó su ánimo que se hubiera degradado con la servidumbre, y le ayudó á reportar de su suelo y de sí propio cuantos tesoros depusiera en ellos la naturaleza propicia; tesoros que se hubieran esterilizado con instituciones malas y con circunstancias opuestas.

(1) Eurípides, *Erect.* I, v. 15. «Grata y suave es nuestra atmósfera. Para nosotros no tiene rigores el frio del invierno, ni son ofensivos los rayos de Febo.» Efectivamente, la temperatura media de Corinto y Atenas es 17° centígrados. En esta, aunque el termómetro no baja nunca de 2°22, sube algunas veces á 40°. La brisa del mar favorece para resistir tan elevada temperatura. En Atenas no caen mas que 558 milímetros de agua de lluvia; pero en las montañas se llegan á contar hasta 1017.

PERÍODO PRIMERO.

LOS TIEMPOS PRIMITIVOS Y LA EDAD HERÓICA (1).

CAPÍTULO II.

Tiempos primitivos ó historia fabulosa.

LOS PELASGOS (2200-1600).—COLONIAS ORIENTALES (1600-1300) É INVASION DE LOS TRACIOS.—INVASION DE LOS HELENOS (1400-1300).—MINOS; BELEROFONTE; PERSEO; HÉRCULES; TESEO; LA GUERRA DE TEBAS (1214); LOS ARGONAUTAS (1226). —LA GUERRA DE TROYA (1193) (2).

Los pelasgos (2200-1600).

¿Quiénes fueron los primeros habitantes de Grecia? Esta pregunta es difícil de contestar, sea cual fuere el país á que se refiera; porque las poblaciones primitivas no dejan sino recuerdos muy confusos. Los pelasgos, que segun parece habitaron parte de Italia y del Asia Menor, llevaron sin duda á Grecia los primeros gérmenes de la civilizacion. Segun las tradiciones

(1) Principales obras que deben consultarse: Homero, Hesiodo, Pausanias, Herodoto, Tucídides, Barthelemy, de la Nauze, *Acad. de inscrip.* t. XXIII; Petit-Radel, *Estudios sobre los monumentos ciclópeos;* Treret, *Los primeros habitantes de la Grecia;* Clavier, *Los primeros tiempos de la Grecia*; Hüllmann, *Anfänge der Griechischen geschichte*, y Niebur, Muller, T. Schlegel, Wachsmuth, Hoffmann, Micali, etc.

(2) En la historia de Grecia no hay una sola fecha exacta antes de 776, y aun muchas son dudosas hasta las guerras medas. Suponemos que en las fechas que presentemos hasta el siglo V, no se buscará mas que lo que pueda servir de relacion cronológica entre los sucesos. Por lo general, seguiremos los *Fasti Hellenici* de Clinton.

antiguas, este pueblo no se presenta como una sola y numerosa nacion, sino dividida en multitud de tribus, que formaban quizás en la península situada al sud del Danubio, entre el Adriático y el Mar Negro, tres grupos principales: los *Trácios*, los *Ilirios*, y los *Pelasgos Helénicos* (1). Todos los pueblos establecidos en aquellas regiones parece que estuvieron estrechamente unidos en su orígen, y las leyendas nos los presentan frecuentemente asociados.

Los ilirios se extendieron á lo largo del Adriático desde el Epiro hasta las orillas del Pó, y por la costa opuesta de Italia. Los dardánios, por las fronteras de Macedonia, y mas hácia el norte los panonios que pertenecian á aquella raza de que solo quedan miserables restos, cuales son los albaneses ó árnautas del imperio turco. El Epiro era el punto de contacto, y como si dijéramos de transicion, entre las dos poblaciones iliria y pelasgo-helénica. Los trácios habitaban al oriente de los ilirios y en el Asia Menor con los frígios, los mísios y los bitínios que eran de su misma sangre (2).

En cuanto á las tribus que poblaron la extremidad meridional de aquella gran península, son conocidos bajo los nombres de pelasgos y de helenos; aquellos preceden á estos y estos los heredan, los arrojan del país, los exterminan y los absorben hasta quedar por únicos dueños: revolucion lenta que en tiempo de Homero aun no se habia plenamente consumado. Los helenos designaban con la denominacion general de *pelasgos* á todos los pueblos que les habian precedido en el territorio de Grecia; pero tenian, además, nombres particulares para cada uno de ellos, como los de *caucones*, *lapitas*, *perrebos*, *flegios*, *lelegos*, *aonios*, *hiantes*, etc.

Podemos decir, siguiendo las tradiciones y las probabilidades históricas, pero, sin certeza de ninguna clase, que los pelasgos descendieron de las regiones del Norte á la Grecia. Atravesaron la Tracia y la Macedonia, ocuparon el Epiro y la Tesalia; desde allí paulatinamente fueron penetrando en la Grecia central y el Peloponeso; y el Atica y la Arcadia adquirieron la fama de haber

(1) Von Hahn, *Albanesische studien*, 1854.

(2) M. A. Maury ha resumido y completado los mas recientes trabajos en sus *Estudios sobre la religion y el culto de los pueblos primitivos de la Grecia.*

dado orígen á toda la raza. En las islas que tambien ocuparon, debieron de vivir en union con extranjeros como los *curetas*, los *coribantos*, los *dáctilos ideos* y los *telquinos* que les enseñaron á labrar los metales. Tambien podria ser que estos pueblos que acabamos de citar, no fuesen extranjeros, sino colonias de pelasgos asiáticos mas adelantados en civilizacion, que llevasen su industria y sus nociones religiosas mas desarrolladas á aquellos hermanos suyos que permanecian en la barbarie, haciendo con este objeto un largo viaje al rededor del mar Egeo. Los sitios, testigos del desarrollo de la civilizacion pelasga, fueron principalmente el Epiro, cuyo antiguo templo de Dodona, con sus robles fatídicos y sus palomas sagradas, parece que fué para los pelasgos lo que Delfos para los helenos, es decir, el santuario y el oráculo mas venerado; la Tesalia, cuyos llanos eran fecundos antes de los primeros esfuerzos de la agricultura; y la Beocia, donde se elevó en los alrededores del lago Copais la poderosa ciudad de Orcomena, cuyos habitantes, los minios abrieron, segun se dice, canales de desagüe, taladrando una montaña para preservarse de las inundaciones de dicho lago.

A este período antehistórico hacen referencia monumentos de construccion rara que las generaciones posteriores atribuian á la gigantesca raza de los cíclopes. Aun se vén hoy dia restos de construcciones ciclópeas en Micenas, en Argos, en Tirinto, en Atenas, en Orcomena, en Licosura, y quizás en otras muchas ciudades helénicas. Consisten en enormes pedazos de roca generalmente en bruto, algunas veces tallados, pero siempre puestos unos encima de otros, sin cimiento, y formando polígonos irregulares. Se citan como los mas notables entre estos monumentos, los muros y las galerías de Tirinto, edificados con piedras tan grandes que dos caballos juntos no podrian remover la mas pequeña, y el edificio llamado *Tesoro de Atreo* en Micenas. Parte de los muros de esta ciudad, y una puerta rematada por dos leones, pertenecen á este mismo género.

Estos monumentos que no carecen de analogía con los de Egipto, dan alguna luz sobre la condicion de las tribus que los levantaron. Deben de pertenecer á una época de gobierno sacerdotal y de servidumbre pública, bajo el dominio de un jefe ó de una casta privilegiada de sacerdotes guerreros, que las tradiciones casi

dejan entrever; y los pelasgos fueron indudablemente condenados por sus señores á penosas servidumbres, como los romanos en tiempo de Tarquino el Soberbio, cuando construian la gran Cloaca y el Capitolio, y como los egipcios cuando levantaban sus pirámides y sus templos. Entre las tribus pelasgas dominaba, pues, todavía el influjo oriental, de cuya accion debian los griegos libertar al mundo.

Colonias orientales (1600-1300), é invasion de los tracios.

Generalmente los pueblos pretenden debérselo todo á sí mismos; los griegos, por el contrario, amontonaron en su historia primitiva acontecimientos mas que dudosos, á fin de aparecer enlazados con los grandes pueblos de Oriente. Segun dicen sus relatos, ya conseguia la Grecia salir de los límites de la vida salvaje, sin mas esfuerzos que los de sus indígenas, cuando ciertas colonias procedentes de los paises mas civilizados de Asia y Africa fueron á desembarcar en sus costas orientales, y les comunicaron el conocimiento de las artes útiles y una religion mas pura. Por los años de 1580 Cécrope el egipcio, arrojado de su patria por la guerra civil, llegó al Atica, casó con la hija del rey, y le sucedió á su muerte. Los habitantes vivian aun desparramados, él los reunió en doce caseríos, él enseñó el cultivo del olivo, el modo de extraer el aceite de sus frutos, y el de obtener de la tierra varias especies de granos. Aquellos hombres hasta entonces nómades, se fijaron en un punto dado, se organizaron en sociedad; y Cécrope, para mejor consolidar los lazos del nuevo Estado, instituyó las leyes del matrimonio, los ritos fúnebres que consagraron la memoria de los muertos, y el tribunal del Areópago que debia evitar las violencias por medio de juicios equitativos.

Introducida de esta manera la civilizacion en el Atica, se desarrolló con rapidez notable bajo los sucesores de Cécrope, y comunicó á aquel pueblo la suficiente fuerza para que triunfase de las calamidades físicas, tales como el diluvio de Deucalion, y de los ataques de los hombres, como la invasion de los tracios, que si bien fueron rechazados, dejaron no obstante una colonia en Eleusis. Cécrope antes de morir habia levantado sobre una colina, á ocho kilómetros del mar, una fortaleza, á cuyo pié se formó poco á poco la ciudad de Atenas. Entre sus diez y seis sucesores se

cuenta á Amfiction que reunió á todos los pueblos cercanos á las Termópilas en una liga á la cual dió su nombre; á Erictonio que inmoló á su hija para obtener una victoria; á Erectéo que quizás llevó consigo otra colonia egipcia de la cual aprendió Triptolemo un método mas seguro para sembrar y recoger el trigo; y por último á Egeo, padre de Teseo.

La misma significacion que tiene Cécrope en el Atica tiene el Fenicio Cadmo en Beocia, á donde llegó hácia 1314. Dió muerte al dragon que guardaba la fuente Arcia, y sembró sus dientes por el suelo. De esta simiente nacieron hombres armados que inmediatamente se acometieron unos á otros, y perecieron todos menos cinco, que le ayudaron á construir la fortaleza llamada Cadmea, á cuyo alrededor se levantó despues Tebas, y llegaron á ser los jefes de las cinco principales casas tebanas. Cadmo trajo consigo el alfabeto fenicio que los griegos adoptaron. Tuvo muchos hijos, como Penteo que fué despedazado por las bacantes; Acteon, rival de Diana en la caza, que atreviéndose un dia á contemplar á la diosa en el baño, la irritó de tal manera, que fué convertido en ciervo y fué devorado por sus propios perros; y por último Semele amada de Júpiter. Esta quiso ver al dios en todo el brillo de su majestad, en medio de los relámpagos y truenos, y pereció consumida por el fuego del cielo. No murió empero el hijo que tenia en su seno; Júpiter lo cogió y colocó dentro de su muslo, hasta que llegada la hora de su nacimiento, lo dió á luz: el hijo fué Baco. Licos, Anfion el de la lira armoniosa, Layo y Edipo son nombrados entre los sucesores de Cadmo, que muchas veces pagaron tributo á la poderosa ciudad de Orcomena.

Respecto al Peloponeso, Danao introdujo algun tiempo despues en Argos algunas de las artes de Egipto. Linceo, Preto, Acrisio y Perseo fueron los herederos de sus dominios. Sus cincuenta hijas las Danaides eran célebres en las leyendas, por la muerte que daban á sus esposos, y por el suplicio á que quedaban condenadas en los infiernos, donde tenian que estar constantemente llenando un tonel sin fondo.

Los megarenses citaban tambien entre sus antiguos príncipes á un egipcio llamado Lelego.

De estos tres focos, Atenas, Tebas, y Argos, la civilizacion se fué extendiendo paso á paso al resto de la Grecia central y septen-

trional. Pélope la llevó al Oeste del Peloponeso á mediados del siglo VI antes de nuestra era. Era Pélope hijo del rey frigio Tántalo; arrojóle de los Estados de su padre, un príncipe troyano y se dió á la vela para la Grecia con sus tesoros y algunos servidores fieles (1284). Casó en Elida con Hipodamia, hija de Enomao, rey de Pisa, y sucedió á este en el mando. El influjo que debió á su habilidad y á sus riquezas, y la elevacion á que llegaron sus hijos, le valieron el honor de que se diese su nombre á la península Apia, que desde entonces se llamó isla de Pélope (1).

Las tradiciones de que acabamos de dar cuenta son muy combatidas hoy dia. Se ha observado que la mayor parte de los escritores de la antigüedad, consideran á Cécrope como indígena del Atica; que Tucídides no hace mencion alguna de los colonos orientales, y que, á diferencia de Herodoto (que sirviéndose del interesado testimonio de los sacerdotes egipcios tantas cosas refiere de las edades remotas), el severo historiador duda que se pueda afirmar cosa alguna relativa á aquellos tiempos (2). No

(1) Algo mas que esto decia la leyenda respecto á Pélope. Un dia que su padre tuvo á los dioses convidados, quiso poner á prueba el poder que se les atribuía. Para conseguirlo, inmola á su hijo y sirve á la mesa sus miembros. Júpiter vé el crímen, precipita al culpable á los infiernos, condenándole á sufrir cruelmente hambre y sed en medio de la abundancia, y vuelve la vida á Cécrope. Pero ya se habia comido uno de sus hombros Minerva ó Ceres, que sumergida en el dolor que le causaba la pérdida de su hija Proserpina, no habia puesto atencion en aquel manjar detestable; y Júpiter le dió un hombro de marfil, cuyo solo contacto curaba todos los males. En Elida se propone Cécrope obtener á Hipodamia. Trece son ya los pretendientes que han perecido, porque sabiendo Enomao por el oráculo que su yerno ha de ser quién le dé la muerte, desafía á la carrera á todos cuantos pretenden la mano de su hija; está seguro de que ha de vencerles, gracias á sus voladores caballos, y los mata déspues de haberlos vencido. Seduce Pélope al cochero de Enomao, y el carro de este, falto de uno de los clavos de las ruedas, cae derribado en la carrera. Muere Enomao y le sucede Pélope. Segun dicen otros Neptuno le habia dado un carro de oro y caballos alados. Pero ese favorito de los dioses tuvo una posteridad abominable. Tieste mancilló el tálamo de su hermano; Atreo renovó con el hijo de aquel el festin de Tántalo; sus nietos fueron Agamenon y Menelao. Egisto, fruto de Tieste y de su hija, Pelopea, asesina á Agamenon y muere á manos de Orestes, el cual fué tambien matador de su madre Clitemnestra.

(2) Lib. I, cap. XX. Está casi demostrado que la fusion reconocida por Herodoto entre las religiones griega y egipcia, no se remontaba mas allá del siglo VII antes de nuestra era, época en que comenzaron las grandes comunicaciones de los griegos con el Egipto.

nos comprometeremos á separar el error de la verdad de estos relatos; pero creemos poder decir que los paises bañados por el Mediterráneo oriental, ejercieron indudablemente sobre la Grecia primitiva una favorable influencia. La forma de las antiguas letras griegas, idéntica á la de los caracteres fenicios, la imitacion de ciertos tipos, y ciertos procedimientos de arte antiguo (1), y mas de un rasgo de la mitología helénica y de la historia de los héroes podrian servirnos de pruebas irrecusables. Por otra parte, las regiones situadas al norte de la Grecia y aun el Asia misma, no estaban entonces tan tranquilas, para que sea difícil comprender que entre los pueblos que allí se entrechocaban unos con otros, algunos pudieron penetrar en aquel territorio, que por su posicion geográfica y la disposicion de sus montañas debió de parecerles asilo seguro. ¿No vemos en las tradiciones á los frigios pasar ora del Asia á Europa, ora de Tracia al Asia? no vemos á las amazonas llegar hasta el Atica y al fabuloso Memnon hasta la Tróada; á los carios las Cícladas, y á las costas del golfo Sarónico, y á los telquinos de Rodas á Sicion? Téngase tambien en cuenta que con aquella época se hace coincidir la proscripcion de los *impuros* en Egipto, la salida de los hebreos, y las grandes expediciones de Sesostris que conmovieron toda el Asia hasta la India y quizás parte de Europa. Todo pues era movimiento al rededor del mar Egeo, y alguno de sus efectos podia hacerse sentir en Grecia; pudieron arribar á sus playas algunos de aquellos hombres, introducirse en su seno algunas ideas y costumbres del Asia. No queremos adelantar mas nuestro juicio : no precisaremos mas acerca de este punto.

La invasion de los tracios es menos problemática que las colonias egipcias de Dánao y de Cécrope. Parece como que una rama de aquel pueblo se extendió hasta el Piréo, pasando por Macedonia. A estos tracios, adoradores de las musas, cuya cuna se meció al pié del Olimpo; adoradores tambien de Júpiter que se asienta sobre las nubes, en la montaña inaccesible; adoradores

(1) «La puerta de los Leones de Micenas recuerda el guardian simbólico de la ciudadela de Sardes y de los palacios de Ninive, al paso que la estructura de los *Tesoros* de Minias y de Atreo, nos trae á la memoria la de los edificios análogos y en parte subterráneos de la Frigia y de Armenia.» Mr. Guigniaut *Relig. de la Antig.*, II, p. 1063.

de Apolo, cuyo laurel crece en el valle de Tempe; adoradores en fin, de Baco y Ceres; á estos tracios, decimos, pertenecian los antiguos poetas Orfeo, Museo y Eumolpes. Homero no conoce á aquellos primeros cantores de la Grecia heróica; pero habla de Tamiris, músico tracio que osó desafiar á las musas á la lucha del canto, y á quien castigaron estas por su propia derrota, rompiéndole la lira y apagando su voz. Estos tracios penetraron con sus dioses y sus leyendas en Daulida, en la Fócida, donde los poetas colocaban la trágica historia de Filomela y la del sangriento festin de Tereo, uno de sus reyes; hasta la cumbre del Helicon, donde mostraban la tumba de Orfeo y el templo de las Musas; y quizás hasta el Atica, donde, en tal caso, establecerian en Eléusis el culto de Céres.

Invasion de los Helenos (1400-1300).

De todos los acontecimientos de aquella edad remota, el mas importante para la Grecia fué la invasion de los helenos. Dicen las tradiciones griegas que un hijo de Prometéo, llamado Deucalion, reinaba en Tesalia en el siglo XVI antes de nuestra era. Irritado Júpiter por los crímenes de los hombres, envió un diluvio que hizo perecer á todo el pueblo. Deucalion fué el único hombre que, con su esposa Pirra, se salvó de la catástrofe, acogiéndose á una nave que habia construido conforme á los consejos de su padre Prometeo. Al cabo de nueve dias, el arca se detuvo en la cima del Parnaso. Una vez retiradas las aguas, Deucalion y Pirra consultaron el oráculo de Delfos, quien les mandó que arrojasen piedras hácia atrás, por encima de sus hombros. Hiciéronlo así, y las piedras arrojadas por Pirra se convirtieron en mujeres, y las de Deucalion en hombres: de esta manera pudo poblarse de nuevo la Grecia.

Segun esta leyenda, resultaba ser Deucalion el autor de la raza helénica; puesto que añadia que tuvo por hijo á Helen, el cual engendró á Doros, quien obtuvo la Grecia central; á Eolos, á quien cupo Tesalia; y á Zuto, padre de Jon y de Aqueo, de quien fué el Peloponeso. Por medio de esta genealogía tan fuera de sazon se explicaba el primitivo parentesco que unia á las cuatro ramas principales de la nacion griega, y las estrechísimas relaciones que mediaban entre los dorios y los eolios, y entre los jonios

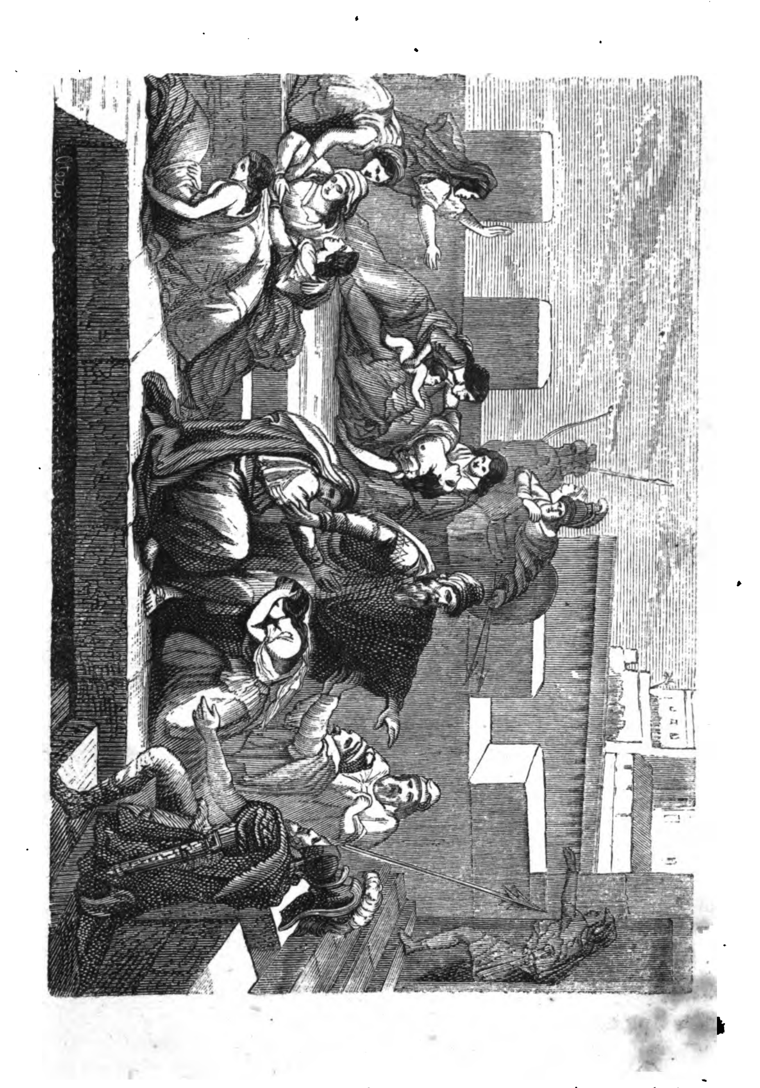
y los aqueos, aquellos mas helénos que pelasgos, y estos viceversa. Esparta representó á los primeros, y Atenas á los segundos (1).

Los últimos que llegaron no eran en efecto extraños á los antiguos habitantes del país; la facilidad con que los pelasgos se dejaron absorber por los helenos, prueba que existia entre los dos pueblos una afinidad, debida sin duda á la comunidad de orígen y á la semejanza primitiva de sus idiomas. Pero las nuevas tribus que avanzaban á la conquista de la Grecia, estaban animadas de un espíritu muy diferente, mas libre, mas heróico; concedian menos á los dioses, y mas al hombre. El sacerdote iba á ceder su sitio al guerrero. Con justicia, pues, colocaban los helenos al frente de su raza como padre de Deucalion á aquel Titan que arrebatára el fuego del cielo, para dárselo á los hombres y hacer rival de los dioses á una raza degradada, valiéndose para ello de la invencion de las artes. Así vemos á Júpiter hiriendo á Prometeo, encadenándole á la cumbre del Cáucaso, haciendo que un águila permanezca constantemente devorándole el hígado; pero el Titan vencido espera todavía, y predice su triunfo. «Júpiter caerá del antiguo trono de los cielos, precipitado por un gigante indomable, que ha de encontrar un fuego mas poderoso que el fuego del rayo, y fragores mas retumbantes que los del trueno; que romperá en la mano de Neptuno el tridente que agita el Océano y hace estremecer la tierra.» (Esquilo, *Prometeo*, v. 916—925). Los dioses morirán; este es el grito de Prometeo. ¡Cuántas voces clamarán un dia: «Los dioses han muerto!»

Los helenos aparecieron primero al Norte de la Grecia, en la Tesalia, desde donde se esparcieron durante los siglos XV y XVI antes de nuestra era por el resto de la península. Los que mejor fortuna alcanzaron fueron los *aquéos*. En tiempo de la guerra de Troya poseian además de parte de la Tesalia la mitad oriental del Peloponeso, y Homero dá muchas veces su nombre á la nacion entera. Agamenon y Menelao eran entonces sus principales jefes. Los *eolios* poblaron los alrededores del golfo Pagaséo, parte de la Beocia, la Fócida, la Etolia, la Lócrida, la Elida y la Mese-

(1) Herodoto (I, 56) supone á los jonios descendientes de los pelasgos, y á los dorios, antecesores de los helenos.





nia. Aquiles, Podalizo, Macaon, Filoctétes, Ulises, Nestor y Ayax, hijo de Oileo, pertenecian á esta raza, y aun las leyendas añaden á estos á Atamante, padre de Frixos y de Hele, á quienes Júpiter salvó, enviándoles un carnero con vellon de oro, que los trasladó fuera de Europa; Sísifo, fundador de Corinto, que arrastra eternamente en los infiernos un peñasco enorme, y el adivino Melampos, que comprendia el canto de los pájaros. Los *jónios* ocuparon la Egialea y el Atica. En cuanto á los *dorios* permanecieron largo tiempo situados en las montañas de la Driópida. Estas dos razas, oscuras al principio, debian suceder á las dos razas primeras, que parecian aniquiladas por sus esfuerzos en los tiempos heróicos; pero á quienes estaba reservado el reaparecer en los últimos momentos de la Grecia, para ocupar el puesto de Esparta y Atenas arruinadas.

Minos; Belerofonte; Perseo; Hércules; Teseo; la guerra de Tebas (1214); los Argonautas (1226); la guerra de Troya (1193).

La época que sigue al establecimiento de los helenos en Grecia, constituye el período de los tiempos heróicos (1400-1200), que encierra las hazañas de los héroes, el reinado de Minos, la expedicion de los Argonautas, las guerras de Tebas y la de Troya.

Minos, hijo de Júpiter y de Europa, hermano de Eaco y de Radamanto, y como ellos juez en los infiernos, fué el mas poderoso de los príncipes de aquel tiempo. Este sábio rey mandaba en Creta, donde habia reunido todos los pueblos bajo su dominacion, y donde habia fundado tres ciudades: Gnoso, Cidonia y Festos. Sus leyes estaban basadas sobre el principio, ajeno á las legislaciones orientales, de que los ciudadanos son iguales entre sí. Si lo que se le atribuye no es importacion posterior de alguna colonia dórica, prohibió la propiedad particular, é hizo que los habitantes todos se reuniesen al rededor de mesas comunes dispuestas en sitios públicos. En tiempo de guerra, el poder real no conocia límites; en tiempo de paz, un cuerpo de senadores administraba el Estado. Solo á los esclavos correspondia el cultivo del suelo; los jóvenes cretenses, libres de trabajos materiales, recibian una educacion severa, que tenia por objeto desarrollar sus fuerzas é inspirarles las virtudes que constituyen á los ciudadanos útiles. Minos fué un conquistador tambien; creó una flota y

arrojó del Archipiélago á los piratas carios y lelegos que lo infestaban. Reconocieron su poder todas las islas desde Tracia hasta Rodas, poder, cuya duracion aseguraron las colonias que habia fundado en algunas de dichas islas, y las que estableció en las costas de Asia, Megara y el Atica le pagaron tributo, y fué muerto en una malograda expedicion que dirigia contra Sicilia. Sin embargo, en la isla hay una ciudad que lleva su nombre.

Como eran excesivas en número las aventuras atribuidas á Minos, de este personaje se hicieron dos: procedimiento muy usado entre los escritores que desean hacer lo que Plutarco confiesa haber hecho con Teseo, esto es, dar á la leyenda las apariencias de historia. Así es que una generacion despues del legislador de Creta, aparece otro Minos, en cuyo tiempo se supone existió el industrioso Dédalo, inventor del laberinto en que encerró al Minotauro, muerto por Teseo, con el auxilio de Ariadna. En tiempo de Mínos II, Creta era la potencia mas grande de la Grecía, pero decayó despues de él, de manera que en tiempo de la guerra de Troya, el rey de Creta solo ponia un corto número de buques.

Entretanto muchos héroes recorrieron la Grecia para libertarla de los facinerosos, de los opresores y de las bestias feroces. Aun cuando la historia maravillosa de Belerofonte, Perseo, Hércules y Teseo pertenezca á las narraciones mitológicas, recordaré sus principales rasgos.

Belerofonte era nieto de Sísifo, el mas sagaz de los mortales. Preto, rey de Tirinto, creyendo tener que vengar en él una injuria, quiso darle la muerte; mas no se atrevió á hacerlo por su mano porque era su huésped. Envióle, pues, junto á su suegro Yobata, rey de Licia con un mensaje secreto, en el cual encargaba á este príncipe que hiciese desaparecer á Belerofonte. El rey recibió magníficamente al extranjero. Celebró por espacio de nueve dias banquetes en obsequio suyo, y en cada uno de ellos inmoló á los dioses un toro en accion de gracias por su bienvenida. Hasta el décimo dia no le pidió cuenta de su mensaje, y al enterarse de su contenido, le mandó que fuese á dar muerte á la Quimera, mónstruo con cabeza de leon, cola de dragon y cuerpo de cabra, de cuya boca, desmesuradamente abierta, salian torbellinos de llamas. Ayudado el héroe por Minerva, que le dió el

caballo alado llamado Pegaso, mató al mónstruo. Yobata le mandó en seguida que fuese á combatir á los solimos y á las amazonas, y los venció tambien. Desesperando ya el rey del éxito por medio de la fuerza, colocó en emboscada á los hombres mas valientes de su pueblo, pero ni uno de aquellos guerreros volvió á su morada. Entonces reconoció Yobata al favorecido de los dioses y le dió una hija suya por esposa. A los últimos de su vida, ginete el héroe sobre el Pegaso, quiso escalar el Olimpo y sufrió una caida de muerte. Su cuerpo quedó hecho pedazos, pero su divino corcel pasó á formar una constelacion entre las estrellas.

Acrisio, rey de los argivos y descendiente de Dánao, como Preto, tenia una hija llamada Dánae que fué amada de Júpiter. De esta union nació Perseo. Un oráculo habia vaticinado á Acrisio que perderia la corona y la vida á manos de su nieto; y así que el rey supo el nacimiento de este, lo mandó encerrar con su madre en una caja que arrojó á merced de las olas. La caja fué llevada á la isla de Sérifos por el natural movimiento de las aguas, y el rey de aquel país libró á entrambos de su carcel. Perseo creció muy pronto en valor y en fuerzas; su primera empresa se dirigió contra las Gorgonas que llevaban serpientes entrelazadas en sus cabellos, y convertian en piedra á todo aquel á quien miraban; mas Pluton habia dado al jóven héroe un casco que le hacia invisible; Minerva le habia cedido su escudo, Mercurio sus alas y una espada diamantina. Perseo sorprendió en su sueño á las Gorgonas y cortó la cabeza á Medusa. De la sangre de la Gorgona nació Pegaso, del cual se apoderó Perseo. Atlas, rey de Mauritania se negaba á darle hospitalidad; pero él le presentó la cabeza de Meduza, que lo dejó convertido en montaña. Despues de libertar en la costa de Palestina á Andrómeda, entregada á un mónstruo marino, se casó con ella. Fineo, tio de la princesa, se proponia turbar la fiesta nupcial en compañía de sus partidarios; mas la cabeza de Medusa los dejó petrificados. Igual suerte le cupo al rey de Sérifos que queria obligar á Dánae á que lo aceptase por esposo. Despues de esta última hazaña, el héroe devolvió á los dioses las armas que de ellos habia recibido, y añadió á la égida de Minerva la cabeza de Medusa. De regreso á Grecia mató á su abuelo, con un disco arrojado á la ventura, y fundó á Micenas, cuyas murallas hizo levantar por los

cíclopes; y despues de un largo reinado, murió en aquella ciudad á manos de un hijo de Acrisio, que vengó en él la muerte de su padre.

Hércules, hijo de Júpiter, tuvo por madre á Alcmena, simple mortal, esposa de Anfitrion, descendiente como ella de Perseo y legítimo heredero del trono de Tirinto. Nació Hercules en Tebas (1262), donde se habia refugiado Anfitrion, por haber dado muerte involuntaria á su tio Electrion, rey de Micenas. Juno envió á dos serpientes para que lo matasen en la cuna; pero el niño las ahogó con sus robustas manos. Ablandada la diosa con los ruegos de Palas, consintió en darle su seno para hacerle inmortal; pero él la mordió con tanta fuerza, que brotó la leche, subiendo hasta la bóveda celeste, donde quedó formada la via láctea. La infancia de Hércules transcurrió en medio de los rudos ejercicios de los pastores del monte Citeron. Allí se le aparecieron Venus y Minerva: el placer y la virtud. Defendió cada una su causa para atraérselo, y Hércules se decidió por Minerva, y dió en seguida comienzo á sus gloriosos trabajos. Libró los campos de Tespias de un leon enorme que los devastaba; libertó á Tebas del yugo de los orcomenios, cerrando las salidas del lago Copais y trocó la llanura de Orcomena en un vasto pantano. Júpiter se valió de su brazo contra los Titanes que querian escalar el cielo; mas no por esto amparó á su hijo, sometido á los extravagantes caprichos de Euristeo, rey de Micenas, ya fuese por cumplir un juramento pronunciado sin prudencia por el dios mismo, ya fuese en expiacion de una muerte cometida por el héroe. Tuvo que matar al leon de Nemea; á la hidra de Lerna, cuyas cabezas rebrotaban siempre como no las cortasen todas de una vez; al javalí de Erimanto, á los gigantescos pájaros del lago Estinfalo y al toro de Creta. Despues de un año que la andaba persiguiendo, se apoderó á la carrera de la cabra de piés de cobre; limpió los establos de Augias, cambiando el curso del Alfeo; hizo que el rey de Tracia Diomedes muriese devorado por sus propios caballos, á los que habia estado alimentando de carne humana; robó las manzanas de oro del jardin de las Hespérides, á pesar del dragon que las guardaba; mató el triple Gerion y encadenó al Cerbero para libertar á Teseo preso en las cárceles de Pluton.

Tales fueron sus doce trabajos; pero otros muchos llevó á ca-

bo en sus largos viajes por Asia, África y Europa. Libertó á Hesiona, tomó á Troya; mató al bandido Caco y á Anteo, á quien ahogó suspendiéndolo entre sus robustos brazos; porque habia observado que cada vez que derribaba al gigante, este cobraba nuevas fuerzas con el contacto de su madre la tierra. Exterminó á los centauros, salvó á Alceste de manos de la Muerte, y á Prometeo del águila que le roia el hígado; ayudó á Atlas á sostener el cielo, y abrió el estrecho, cuyos límites demarcan las columnas de su nombre. Desterrado por una muerte, vendióle Mercurio en Lidia por tres talentos, é hiló á los piés de Onfala. De regreso á Grecia, socorrió á los dorios contra los lapitas, se apoderó de los estados de Amintor, rey de Orcomena, y mató al rey de Ecalia y á todos sus hijos á excepcion de la jóven Tole. Al contemplar á esta, comprendió Deyanira, mujer de Hércules, que iba á perder el amor de su esposo, y para que así no sucediese, siguió el pérfido consejo de Neso, y envió á su marido una túnica teñida en sangre del Centauro, y empapada en el veneno de la hidra de Lerna. Apenas la vistió el héroe, empezó á devorar su cuerpo un fuego oculto y terrible; trató de quitársela, y solo conseguia arrancar sus carnes á pedazos. Vencido por el dolor, mandó levantar una hoguera en la cima del monte Eta, y se arrojó á ella, despues de entregar sus flechas á Filoctetes. Aquella fué su última prueba; los dioses recibieron en el Olimpo al héroe purificado por el dolor, y le dieron á la jóven Hebe por eterna compañera (1210).

El principal teatro de las hazañas de Belerofonte y Perseo fué el Oriente; la leyenda de Hércules es mas nacional, aun cuando en todo el mundo entonces conocido vaya dejando testimonios de su fuerza invencible; la de Teseo es casi exclusivamente griega. Este héroe, hijo de Egeo ó de Neptuno, nació en Tresena. Egeo habia colocado su espada y su calzado debajo de una enorme piedra. A los diez y seis años se sintió con fuerza bastante para levantarla; pero no quiso mostrarse á Atenas sin haberse hecho digno del trono con sus hazañas. La Argólida, el istmo de Corinto y el Atica estaban llenos de bandidos; Sinis ataba á los extranjeros á dos pinos que inclinaba uno hácia otro, y soltándolos despues, volvian á enderezarse, despedazando á las víctimas; Esciron los precipitaba al mar desde un elevado peñasco; Cercion les obligaba á luchar con él, y despues de vencerlos les

daba muerte; Procusto los sujetaba á un lecho de hierro, y los mutilaba si excedian de su largo, ó los estiraba por medio de unas correas, si no llegaban, hasta ajustarlos á aquella medida. A todos los mató Teseo, y entrando por último en Atenas, hizo que Egeo lo reconociese por hijo á pesar de la encantadora Medea que, repudiada por Jason, habia ido á refugiarse á la ciudad de Minerva, en un carro tirado por serpientes con alas.

En la misma Atica encontró el héroe ocasion de manifestar su valor y su fuerza: venció á los palántidas, que querian despojar á su padre, y cogió vivo al toro que asolaba las llanuras de Maraton. Atenas pagaba á Creta un tributo de siete mancebos y otras tantas doncellas, que iban á ser pasto del Minotauro, y Teseo se ofreció á ser una de las víctimas. Valiéndose del hilo que le dió Ariadna, penetró en el laberinto de Dédalo; mató al mónstruo, y volvió á salir con Ariadna, á quien abandonó en la isla de Náxos. Habiéndose olvidado de quitar de su nave las velas negras que la habia puesto antes de su partida, su padre Egeo se figuró al ver aquella señal de luto, que su hijo habia muerto, y se precipitó al mar que desde entonces llevó su nombre. Heredó Teseo su poder, y dió sábias leyes al Atica. Instituyó fiestas en honor de Minerva y de Apolo. El buque en que habia ido embarcado desde Creta llevó todos los años ofrendas á Delos. Este buque, conservado con religioso celo y reparado cuidadosamente, duró siglos. Mil años despues todavía llevaba á Délos la *teoría* sagrada.

Teseo, que no perdia su aficion á las aventuras, volvió á la vida errante. Tomó parte en la caza del javalí de Calidonia y en la conquista del vellocino de oro; combatió á las Amazonas á orillas del Termodonte, robó á Helena, y quiso ayudar á su amigo Piritoo en el rapto de Proserpina; mas Piritoo fué despedazado por Cancerbero, y Teseo, preso en los infiernos, no volvió al mundo hasta que Hércules fué á libertarle. Regresó á Atenas despues de dos años de ausencia; acogió las quejas de Fedra respecto á Hipólito, y pronunció contra su hijo inocente, maldiciones que fueron oidas de Neptuno. Un mónstruo marino, salido de entre las aguas, espantó á los caballos del jóven príncipe que, cayendo de su carro y enredado en las riendas, murió despedazado entre las rocas, por donde le arrastraban sus caballos desbocados.

Desde entonces todo fueron adversidades para Teseo. A pesar de sus servicios, faltóle al héroe el amor del pueblo, arrojáronle de su seno los atenienses, y rechazóle una tormenta de Creta á la isla de Esciros, cuyo rey le hizo dar traidora muerte. Al cabo de cierto tiempo recogió Cimon sus cenizas, y los atenienses le honraron como semidios.

Poco partido puede sacar la historia de las leyendas de Belerofonte y Perseo; son únicamente una especie de eco de las antiguas relaciones que mediaron entre la Argólida y los paises situados al oriente y al sur de la Grecia. La de Hércules contiene indudablemente hechos históricos; pero ¿cómo separarlos de lo maravilloso en que están envueltos? ¿cómo averiguar la parte que corresponde á cada uno de los pueblos, y las épocas que han ido contribuyendo á aumentar la gloria y los trabajos del héroe por excelencia? En primer lugar es preciso admitir muchos Hércules: el héroe griego y el dios Fenicio. Este verifica los viajes al rededor del Mediterráneo, es el mismo sol ó el que representa al pueblo navegante, cuyos establecimientos cubrieron las costas de África, de España y de la Galia. El héroe griego contiene tambien muchos personajes: el uno, (el que rompe las peñas, desvía los rios, abre las montañas para que corran las aguas y destruye las bestias feroces) pertenece á los tiempos de la civilizacion primitiva, á los primeros esfuerzos de una sociedad naciente contra el mundo material; el otro que, á la cabeza de sus adictos compañeros, defiende al débil contra el fuerte, castiga á los tiranos, derriba á los opresores, y regala reinos á los valientes, es de otra edad menos remota, de la época en que las tribus helénicas se disputaban la posesion de la Grecia. Por último, aun podríamos hallar al Hércules tebano que aparece como un jefe poderoso, como un conquistador invencible; y al Hércules de Micenas, sometido, no se sabe bien por qué causa, á los extravagantes caprichos de su primo Euristeo. Mas ¿á qué buscar lo histórico, donde solo se encuentran vagas reminicencias y poesía romancesca, enriquecida con pormenores nuevos á cada nueva generacion de poetas?

Teseo parece personificar en sí toda una época de poderío, que debió de tener el Atica con su grande historia. Hércules que con sus trabajos habia dado celebridad á todos los demás sitios

de Grecia, nada hizo en favor de aquella provincia. Teseo fué el héroe del Atica y de la raza jónica, así como Hércules lo fué del Peloponeso y de la raza dórica. Despues veremos las instituciones que se le atribuyeron.

Hácia la misma época fué la Beocia teatro de trágicos sucesos. Layo, rey de Tebas, atemorizado por siniestros oráculos, mandó dejar abandonado á su hijo Edipo en el monte Citeron. Recojen unos pastores al recien nacido, y lo llevan á Corinto, donde el rey Polibio, cuyo himeneo era infecundo, lo adopta y manda educar como si fuese nacido en su propia casa. Llegado á la edad de hombre, Edipo sabe que ha de ser funesto para todos los suyos. Deseando libertarse de su sino, huye á toda prisa de Corinto y de aquellos de quienes cree ser hijo. Encuentra en las montañas de Beocia á un anciano que con voz imperiosa le ordena que le ceda el paso; tienen con este motivo una reyerta, y el anciano cae mortalmente herido. Al llegar Edipo á Tebas sabe que un mónstruo, la esfinge, con cabeza y pecho de mujer, cuerpo de leon, y alas y garras de águila propone á los viajeros sus indescifrables enigmas, y despedaza á los que no alcanzan á desentrañar su sentido. Creonte ofrece dar por esposa á su hermana Yocasta, viuda de Layo, al que liberte á la ciudad del mónstruo. Edipo arrostra el peligro, descubre el sentido del enigma, y el mónstruo vencido se precipita desde lo alto de las rocas y muere.

Instrumento inocente y víctima de una fatalidad implacable, Edipo se ha hecho matador de su padre, esposo de su madre, y hermano de sus hijos. Cuando llega á descubrir sus involuntarios crímenes, se condena él mismo, para castigarse, á no gozar mas de la luz del dia. Acompañado de su hija Antígona, que guiaba piadosa sus pasos, anduvo errante mucho tiempo por diversos paises y fué á morir á Colona, cerca de Atenas, «la única ciudad que socorre al extranjero.» (Sófocles, *Edipo en Colona*, v. 261).

Entretanto sus dos hijos, Eteócles y Polinice, se disputaban el trono ; el segundo lanzado de su país por el primero, se dirigió á Adrasto, rey de Argos, el cual le dió una de sus hijas por esposa, y le acompañó frente á los muros de Tebas con un ejército mandado por otros cinco jefes ilustres (1214). Meneceo, hijo de Creonte, salvó la ciudad entregándose voluntariamente á la muerte, para ofrecer á Marte la sangre real que el adivino Tiresias exi-

giera en su nombre. Murieron todos los jefes menos Adrasto que escapó á los tebanos vencedores, gracias á su caballo Arion, que Neptuno habia hecho brotar de la tierra á un golpe de su tridente. Capaneo, que era tambien uno de aquellos, se habia atrevido á desafiar á Júpiter, y el dios le hirió con un rayo; su esposa Evadne no pudo sobrevivirle, y se arrojó á la hoguera que consumia su cuerpo.

Eteócles y Polinice se habian dado muerte en singular combate, y la corona pasó á su tio Creonte, que prohibió dar sepultura á sus cadáveres. La piadosa Antígona osó infringir aquel bárbaro mandato, y el tirano la quitó la vida; pero Teseo, custodio vengador de las leyes morales, le declaró la guerra, y á su vez le dió muerte. Tiempo despues, los hijos de los siete jefes, llamados *Epígonas* marcharon contra Tebas (1197), y la tomaron no sin sangrientos combates. Loadamao, hijo de Eteócles, fué muerto ó huyó á Tesalia con parte de los tebanos, y Tersandro, hijo de Polinice, reinó sobre la asolada Tébas. Aquí se interrumpió la terrible leyenda, y con ella Tiresias que habia vaticinado sus espantosos incidentes, acaba tambien despues de haber vivido siete edades de hombres. Si quisiéramos detenernos ante todos los personajes de los tiempos heróicos, encontraríamos además en Micenas á los Pelópidas Atreo y Tieste y su festin sangriento; en Esparta á Píndaro y Leda que fué amada de Júpiter, y dió el ser á los dioscuros Cástor y Pólux y á sus hermanas Elena y Clitemnestra, bellezas bien funestas; en Egina á Eaco, el mas justo entre los mortales, y á sus hijos Telamon y Peleo, menos ilustres que Ayax y Aquiles, nacidos de ellos; en Corinto al sagaz Sísifo que encadenó á la Muerte y engañó á Pluton, obstinándose en vivir por segunda vez cuando Pluton le hubo permitido que volviera por algunos dias á la tierra; en Sicion á la raza real mas antigua; en Arcadia á Atalanta, la atrevida cazadora que vencia en la carrera á los griegos mas veloces, y los mataba despues de su triunfo; pero que al fin quedó vencida por Hipómenes, quien para mitigar la velocidad de la indomable vírgen, dejó caer á su vista tres manzanas del jardin de Hespérides, que le habia dado Venus. Tambien hablan las tradiciones de la existencia en Pilos del adivino Melampos, que comprendia el canto de los pájaros, y del prudente Nestor, hijo de Neleo, el único que escapó á la car-

nicería que Hércules hizo en los suyos; en el Atica, de Erecteo que por alcanzar una victoria inmoló á sus tres hijas, víctimas voluntarias; de Céfalo, amante de la Aurora, y de Oritia, que fué robada por Boreas, mientras jugaba con sus compañeras á orillas del Iliso. En la Etolia citan á Meleagro que dió muerte al jabalí mandado por Diana á asolar el país, y á Tideo, padre de Diómedes; en Tesalia á Pirotoo y la lucha de los lapitas y los centauros; en la Ptiotida á Peleo, con su hijo Aquiles, nacido de Tétis, una de las Oceánidas, y al centauro Quiron, que conocia todos los simples que daban aquellas montañas, y sabia leer el destino de los hombres en las estrellas, entre las cuales pasó á formar despues de su muerte la constelacion del sagitario; y por último, en Féres, á Admeto, que debia ofrecer á su suegro Pelias, como regalo de boda, un carro tirado por un leon y un jabalí salvaje, y cuya esposa Alceste se entregó voluntariamente á la muerte, para conservarle la vida.

Con motivo de dos expediciones célebres se encontraron reunidos casi todos los jefes: fueron aquellas la de los Argonautes y la guerra de Troya (1). La primera satisfacia la necesidad de aventuras y de botin que vemos en la infancia de todos los pueblos guerreros. La fama habia llevado muy lejos la noticia de que Eetas, rey de Colcos, era dueño de inmensas riquezas, riquezas que la poesía simbolizó en un vellocino de oro, consagrado á Marte y custodiado por un dragon. Eran los despojos del carnero que Júpiter habia dado á Frixo y á Hele, para que evitasen la cólera de su padre Atamante. Al pasar, ambos, montados en dicha res, el estrecho que separa la Europa del Asia, Hele cayó al mar que conservó su nombre. Frixo llegó á Cólcos, inmoló el carnero á Júpiter, y dió á aquel rey su vellocino, que vino á ser el paladion del país, prenda de su riqueza y engrandecimiento. Jason, hijo de Eson, rey de Colcos, á quien su hermano Pelias habia privado del trono, se propuso recobrar el precioso vellocino. Construyó el navío Argos, cuyo mástil, hecho de uno de los robles fatídicos de Dodona, pronunciaba oráculos. Cincuenta guerreros lo montaron, siendo los mas ilustres Hércules, que abandonó la expedi-

(1) La fecha mas verosímil de la guerra de Troya es la que fija Erastótenes. Respecto á Homero han corrido 18 tradiciones que le suponen nacido entre 24 años antes y 500 despues de la guerra mencionada.

cion, despues de libertar del mónstruo marino á Hesione que iba á ser devorada; Ceseo, Piritoo, Cástor y Pólux, Meleagro, Peleo, el poeta Orfeo, cuyos cantos gratos á los dioses desvanecian la discordia, y el médico Esculapio, hijo de Apolo, á quien no se resistia enfermedad alguna. Despues de muchos acontecimientos, llegó Jason á Colcos, y gana la voluntad de Medea, hija del rey y poderosa encantadora, la cual le descubre los peligros que le aguardan y el medio de arrostrarlos y vencerlos. Valiéndose de su tremendo arte, coje y domeña á dos toros de pezuñas y cuernos de cobre, que vomitaban llamas; los unce á un carro de diamante, y labra con ellos dos fanegas de tierra de un campo consagrado á Marte. De los dientes de un dragon que ha sembrado, nacen hombres cubiertos de armas que le acometen, pero lanza él una piedra en medio de ellos, y en seguida los ve volver las armas contra sí mismos. Entonces se acerca Jason al mónstruo que custodiaba el maravilloso vellocino, le adormece por medio de una pocion mágica, le mata y le roba el tesoro. Síguele Medea en su nave; mas para escapar á la empeñada persecucion de Eetas, hacen los Argonautes rumbo nuevo, vuelven á subir por el Faso el rio Océano, que como un anillo inmenso rodea el disco de la tierra; costean las playas de Oriente, y vuelven á entrar por el Nilo en el Mediterráneo.

Otras leyendas suponen que los atrevidos navegantes bogaron hácia el N. y el O. por la region afortunada donde los macrobios vivian doce mil siglos sin enfermedades; por la de los cimerios que estaban envueltos en eternas tinieblas, y finalmente por el mar de hielo y el Océano occidental hasta las columnas de Hércules. Los que se empeñaban en armonizar la leyenda con la historia, solo les hacian subir por el Danubio, desde donde, llevando á rastras su nave, pasaban al Adriático, despues al rio Eridano, al Ródano, y al mar de Toscana. Circe, aquella encantadora que despues fué tan funesta á los compañeros de Ulises, socorre á los de Jason; las Nereydas levantan con sus manos el buque, para que pase el peligroso estrecho de Caribdis y Escila; llámanles las Sirenas con sus armoniosas voces; pero Orfeo desvanece su funesto encanto con los acordes de su lira. Arrojados por una tempestad á la costa de Africa, visitan el jardin de las Hespérides, cuyas manzanas de oro acaba de llevarse Hércules; pa-

san otra vez el mar de Creta y por último regresan á Grecia, que gime espantada de los furores de Medea. Esta durante el viaje estuvo expuesta á ser víctima de su hermano; pero lo entregó á las iras de Jason y despedazando luego su cuerpo, habia sembrado sus carnes lívidas y sus huesos rotos por el camino que llevaba su padre, á fin de que diese treguas á su persecucion. En Colcos rejuvenece por medio de su arte al viejo Eson y hace despedazar á Pelias por sus hijas, prometiéndolas que, cocidos sus miembros con unas yerbas mágicas en una caldera, recobrarán nueva vida cuando hayan hervido. Abandonada por su esposo Jason, degüella á sus propios hijos, da á su rival una túnica emponzoñada, y elevándose por los aires en un carro tirado por dragones, busca asilo en el Atica, en donde se casa con Egeo.

En esta leyenda, que contiene dos, mal refundidas, la grande, encantadora eclipsa á los héroes que al principio se llevaban la atencion por completo. Al referir la remota expedicion de estos, los poetas quisieron resumir las diversas empresas de los griegos hácia el mar Negro, así como las correrías del Hércules de Tiro resumian todos los viajes de los Fenicios al O. En cuanto á los pormenores del regreso, se fueron aumentando á medida que se extendian los conocimientos y las hipótesis de los griegos respecto á las regiones del N. y del occidente.

La guerra de Troya dejó mas grandes recuerdos en la memoria de los griegos, y ejerció un influjo mas duradero en el arte y la poesía. Este suceso es indudablemente histórico, y algunas de las circunstancias que á él se refieren, tienen un grado de certeza mayor que ninguno de los hechos de la expedicion de los Argonautas; pero la poesía envolvió todos sus incidentes en detalles maravillosos, que el genio de Homero consagró para siempre en su *Iliada*. Del conjunto de las tradiciones resulta que frente á frente de Grecia, y en las costas opuestas del mar Egeo, se elevaba un reino poderoso, á cuyos príncipes pertenecia parte del Asia Menor, y cuyos aliados eran los pueblos independientes de esta península. Su rey era entonces Príamo. Troya ó Ilion, su capital, levantada al pié del monte Ida, era célebre por sus fuertes murallas, por sus riquezas y el lujo de sus habitantes, cuya lengua, costumbres y religion eran tambien las de los helenos. A pesar de esto existia entre ambos paises un odio nacional pro-

fundo, inveterado, que acabó por armarlos uno contra otro. Sus recíprocas ofensas no explican satisfactoriamente aquella rivalidad de muerte. Herodoto vé en ella la primera lucha de la Grecia pobre y belicosa contra el Asia rica y civilizada. Otros han presentado la ciudad de Príamo como una poblacion pelasga, y su ruina á manos de los helenos como el último, término de aquella lucha de las dos razas, que despues de tener la Grecia por campo de batalla, fueron á concluir de un modo mas ruidoso en un teatro mas vasto. Para la leyenda, el odio de los dos pueblos no es mas que el de dos familias. Los pelópidas lanzados en otro tiempo de Frigia por un príncipe troyano, y á quienes Paris habia además insultado con el rapto de Elena arrastran en su querella á toda la Grecia.

Armáronse todos los jefes desde Creta á Macedonia, y en 1186 embarcaciones, salidas del puerto de Aulida, pasaron al Asia mas de 100.000 guerreros. Príamo apenas pudo oponerles la mitad de este número, aun cuando habia recibido socorros de Tracia, de Macedonia y hasta de Etiópia.

Los griegos tenian por jefe al Atrida Agamenon, rey de Micenas, de Corinto y de Sicion. Despues de él iba su hermano Menelao, rey de Esparta y ofendido esposo de Elena, Aquiles y su amigo Patroclo á la cabeza de los mirmidones; Diómedes, los dos Ayax, rey, de los locrenses el uno y de Salamina el otro; despues Aquiles el mas bello y valiente de los griegos, el prudente Nestor; Ulises, sagaz rey de Ítaca; Filoctetes, poseedor de las flechas de Hércules; el etolio Tersito, tan cobarde como burlon é insolente. Entre los troyanos el valiente Hector eclipsaba á todos los demás jefes; tanto que solo despues de él se citaba á Eneas.

El primer griego que posase el pié en el suelo de Troya, debia morir, así lo habian decidido los dioses. Protesilao, para poner término á la indecision de los jefes, fué el primero que se arrojó á la playa, y el destino se cumplió; puesto que á manos de Hector fué muerto. Entretanto los griegos que habian ido desembarcando ganaron una batalla que les permitió construir un campo atrincherado; campo que guardaban unos pocos soldados, mientras que los demás iban á saquear las ciudades inmediatas, ó á cultivar el Quersoneso para proveer de víveres al ejército. Esta divi-

sion de las fuerzas griegas y las disensiones que mas de una vez hubo en su campo, permitieron á los troyanos una larga resistencia. Sus enemigos permanecieron por espacio de diez años ante los muros de la ciudad inexpugnable. La muerte empero de Patroclo, amigo de Aquiles, que habia perecido á manos de Hector, hizo olvidar al héroe su antiguo resentimiento contra Agamenon y los griegos. Para vengar á su amigo, se presentó en los combates cubierto con las armas divinas que su madre Tétis, habia obtenido de Vulcano. Heridos por su lanza, perecieron gran número de troyanos, y Hector entre ellos. Troya con la muerte de este, perdia su mas firme baluarte; pero socorrida por Pantasilea, reina de las Amazonas y por el etiópe Memnon, prolongó su resistencia. Tambien cayó Aquiles á su vez, herido en el talon por una flecha que despidió el arco de Páris, y cuya puntería dirigió Apolo. Ayax y Ulises se disputaron sus armas: la asamblea de los griegos se las adjudicó á este, y Ayax lleno de furor y de desesperacion, se atravesó con su propia espada.

Troya, sin embargo, no podia caer á menos que la robasen una estátua (el Paladion) regalada en otro tiempo por Júpiter á Dardano, ó que Filoctetes, poseedor de las flechas de Hércules, fuese conducido al campo griego. El héroe, herido en el pié por una de aquellas flechas, bañada en la sangre de la hidra de Lerna, quedó abandonado de los griegos en la isla de Lemnos, á causa de la insoportable fetidez que exhalaba su herida. Pirro, hijo de Aquiles, venció su repugnancia; Macaon le curó y Páris murió atravesado por otra de aquellas flechas, que daban siempre en el blanco. Pero el Paladion permanecia encerrado dentro de la fortaleza de Troya, y para que no les fuese robado, los troyanos habian hecho otras muchas imágenes semejantes. Ulises penetró en la ciudad, disfrazado de mendigo, y salvando todos los obstáculos, trasladó la estátua fatal al campo de los griegos. Troya empero no sucumbió sino por la astucia. Escondidos los jefes en el anchuroso seno de un caballo de madera, pérfida ofrenda que dejaron despues de embarcar á sus soldados, fueron así introducidos en la plaza por los mismos troyanos, á pesar de las siniestras previsiones de Laocoonte. Decididos los dioses á perder á Troya, habian castigado la patriótica prudencia de este, enviando contra él dos serpientes que le ahogaron, junto con sus

dos hijos, entre sus tortuosos anillos, al pié del mismo altar, donde sacrificaba. A la noche siguiente, los cien jefes, escondidos en el seno del coloso, salieron fuera para abrir las puertas á sus compañeros, que habian vuelto á toda prisa. Troya fué destruida, Priamo degollado; Hécuba y sus hijas, llevadas como cautivas, y una de ellas, Polixene, inmolada sobre la tumba de Aquiles. Andrómaca, la viuda de Hector, entregada á su hijo Pirro, y Casandra, otra hija de Príamo, á Agamenon. Eneas, hijo de Venus y de Anquises, y Antenor fueron los únicos que se libraron de la muerte y del cautiverio (1184).

Pero estábanles reservadas á los vencedores expiaciones terribles. Ulises anduvo diez años errante por los mares antes de volver á su Ítaca; Menelao fué juguete de las tempestades durante ocho años; Agamenon murió asesinado por Egisto y por su mujer Clitemnestra; Diómedes, amenazado en Argos de un fin semejante, huyó á Italia. Minerva, cuya cólera perseguia á Ayax, hijo de Oileo, despedazó su nave. Refugiado en un peñasco exclamaba: «Me libraré á pesar de los dioses;» cuando Neptuno partió el peñasco con su tridente, y precipitó al blasfemo al abismo. Teucro, á quien rechazó la maldicion paternal porque no habia vengado la muerte de su hermano Ayax, partió á fundar una nueva Salamina. La tradicion llevaba tambien á Filoctetes, Idomeneo y Epeo á las costas de Italia, que igualmente dió asilo al troyano Antenor y al hijo de Anquises. Los poetas habian cantado estas desgracias de los héroes, y sus cantos formaban todo un ciclo épico, del cual solo queda la *Odisea*.

Con todo, Troya no quedó del todo destruida, ó bien volvió á levantarse; porque el antiguo historiador Janto (1) referia que mucho tiempo despues cayéra en manos de los frigios. Entonces fué cuando cayó para siempre. Hasta sus ruinas desaparecieron (2), y el viajero que las buscaba, en vano pudo llenar mas fácilmente la soledad de aquellas grandes escenas de que las hace teatro el inmortal poema. Las mas poderosas ciudades desaparecen de la haz de la tierra, y la voz de un pobre poeta, ciego y mendigo, desafia la fuerza destructora de los siglos.

(1) Estrabon, lib. XII y XIV, p. 490 y 500, de la edic. Didot.

(2) ....*Etiam periere ruinæ.* Lucano, *Farsalia*, IX, 969.

CAPÍTULO III.

Costumbres y religion de los tiempos heróicos (1).

ORGANIZACION POLÍTICA, REYES, NOBLES Y PUEBLO.—RELIGION.—COSTUMBRES, ARTES Y CONOCIMIENTOS.

Organizacion política, reyes, nobles y pueblo.

La primera edad de la Grecia ha sido como la de todos los pueblos heróicos. Algunos jefes, algunos grandes acontecimientos fueron asunto de numerosos cantos, de los cuales se formó despues la historia nacional. El Edda escandinavo y las poesías de los escaldas, los Niebelimgen germánicos y los cantos cuyos héroes eran Teodorico, Carlomagno y sus doce pares, hubieran sido tambien el único manantial de la historia de los primeros siglos de la Europa moderna, si los escritores latinos, así clérigos como seglares, no nos hubiesen conservado monumentos mas auténticos. Conociendo lo que la imaginacion añade á los hechos verdaderos en esos cánticos populares, hay que renunciar á la idea de extraer de las antiguas tradiciones, una historia cierta, y fuerza es contentarse con tales ó cuales hechos, tomados en su generalidad. Una cosa hay sin embargo, que debe de ser exacta, y es la impresion que dejan en nosotros del carácter de aquellos tiempos las leyendas que á ellos se refieren, y particularmente los dos grandes poemas *La Iliada* y *La Odisea*. Tengamos en cuenta que toda aquella poesía se refiere en su conjunto á dos épocas. La una pinta á la Grecia luchando en la vida bárbara contra los azotes materiales y las bestias de las selvas, contra las rapiñas de los fuertes y las violencias de los poderosos. Aquel es el tiempo de los héroes. La otra presenta un estado de mayor civilizacion, una vida mas estable, razas reales respetadas, y en lugar de luchas intestinas, el acuerdo de todos para una misma empresa; la unidad reemplazando á la anarquía; el patriotismo nacional haciéndose superior á las rivalidades y á los odios. En vez de tribus hostiles, se encuentra por fin un pueblo, cuyas diversas fracciones que

(1) Añádanse á los autores que hemos indicado: Helbig, *Die Sittlichen Zustænde des Griech. Heldenalters* 1839. Humpert, *De civitate Homérica*, 1839.

se han adherido para siempre con motivo de la guerra de Troya. Es evidente que en el primer período continua la lucha de los griegos y los pelasgos; en el segundo, queda definitivamente asegurada la victoria de los griegos, y establecida la unidad de la nacion helénica, por mas que en Homcro no tenga por nombre general sino el, de panaqueos.

Ya en este poema se muestra la independencia del carácter griego. Nada de castas; los nobles son los mas fuertes, los mas ágiles y los mas bravos; solo porque poseen estas cualidades se les cree hijos de los dioses, y se les tributa respeto y obediencia. Pero ¿á quién se puede negar semejante orígen, si lo prueba con su valor? No hay ninguna barrera insuperable entre el pueblo y lòs nobles, ni hay quien pueda vivir ociosamente de la gloria de sus abuelos; todo pertenece al mas valiente, como entre los antiguos escandinavos. Apesar de la supuesta descendencia divina, el hombre se abre lugar por sí mismo, primeramente por la fuerza, despues por la inteligencia. ¡A qué distancia no nos hallamos ya del inmóvil oriente? Va á nacer una civilizacion nueva; comienza ya una segunda vida del hombre. En Oriente, donde reinaban los dioses, todo debia permanecer inmutable como la divinidad misma. En Grecia, donde reina el hombre, todo será movimiento, pasion, deseos sin límite, esfuerzos audaces; Prometeo ha quebrantado sus cadenas y arrebatado el fuego del cielo, el fuego de la vida!

Esos hijos de los dioses, que empuñan el cetro y lo trasmiten á su primogénito, no son mas que los jefes militares de su pueblo. En todos los asuntos consultan á los nobles que los rodean, y se dan á sí mismos el título de reyes. Si pronuncian algun juicio, lo hacen con el concurso de los ancianos y los sábios. Sus rentas consisten en donativos voluntarios,en lo que les producen sus dominios, en una parte mayor que les corresponde en el botin, y en una doble porcion de la carne de las víctimas en los sacrificios. Para hacerse reconocer, no tienen mas insignia que el cetro, ni otra guardia que los heraldos, y el sitio de preferencia en las reuniones; pero ni rastro de aquella adoracion de formas serviles que los reyes de Oriente imponen á los que viven en torno suyo.

Si en la *Ilidia*, Agamenon, el rey de los reyes, parece revestido

de mucho mas poder, es que una expedicion á tanta distancia y una lucha tan peligrosa, exigian mayor concentracion en el mando. Por otra parte, Agamenon, además de su título, poseía lo que en aquel tiempo era la principal causa de respeto, la fuerza: por su valor era de los mas notables, y sus soldados eran los mas numerosos. Véase no obstante como le desafía Aquiles, y como le insulta Tersito; véase tambien en la *Odísea* á cuánta decadencia van á parar aquellos reyes de la edad heróica, cuando les agobia el peso de los años, y como le sucede á Laertes: tienen que renunciar al respeto, puesto que ni los rodea el recuerdo de grandes hazañas, ni poseen la voz armoniosa de Nestor. El mismo Ulises se encuentra muchas veces el igual y no el jefe de los suyos.

En cuanto á los nobles, los buenos ó los justos, como los llamaban, eran los descendientes de ciertas familias amadas de los dioses, de quienes recibian como por derecho hereditario, la fuerza, el valor y la elocuencia, es decir: familias que habian conquistado la nobleza con su valor, y la conservaban con sus hazañas. Además de esto, solo aspiraban á los sitios mas peligrosos en el campo de batalla, al singular combate con los mas bravos, y á ciertas prerogativas mas bien honoríficas que útiles en la vida de la ciudad. Entre uno y otro combate se ejercitan en los juegos, imágenes de la guerra. Unos pulsan la lira á ejemplo de Anfion y Orfeo, y cantan los altos hechos de los hombres valerosos, ó escuchan á los rapsodas que eran tenidos en grande estimacion como los bardos celtas; porque al conservar la genealogía de los héroes, conservaban la gloria de las familias. Sin embargo, aquellos guerreros no desdeñaban los trabajos manuales, imitando en esto á Vulcano, hijo del soberano de los dioses. Uno de ellos que pereció en el sitio de Troya, es celebrado por Homero como hombre muy hábil en toda clase de labores, y amado de Minerva por este mismo motivo. Ulises, maneja el hacha tan bien como la lanza: él mismo construyó su lecho y su nave. Aquiles hace por su mano todos los preparativos del festin, y los carpinteros mas hábiles son admitidos á la mesa de los reyes, al lado de los médicos, y de los cantores inspirados de las musas.

Y sin embargo, aquella aristocracia está destinada á vivir por espacio de siglos; porque no solo tiene en su favor la fuerza y el

respeto tradicional de los pueblos, sí que tambien la riqueza. La clava de Hércules y su piel de leon, no bastan á los guerreros; necesitan un carro de guerra, caballos fogosos, y una armadura completa, de tanto precio, que suele ser tenida por un presente de los dioses, y de tanta resistencia, que en medio de la pelea asegura al jefe, como le sucedia al caballero de la edad media, una ventaja inmensa sobre la muchedumbre expuesta sin defensa á sus golpes.

Detrás de los nobles, vienen los numerosos hombres libres, que componen el consejo del rey, y forman en la batalla la línea de los carros de guerra; despues vienen los esclavos. Los primeros, componen en toda ocasion importante, un congreso que se reune al rededor del círculo de piedras lisas, que en medio de la plaza pública sirven de asiento al rey y á los jefes. Si bien es verdad que aun no toman parte en el debate, oyen discutir todos los intereses graves, é influyen con sus murmullos de aprobacion ó desaprobacion, en las resoluciones que vayan á tomarse. Cuando acaba de hablar un rey, «la asamblea conmovida, se parece á las grandes oleadas del mar Icario, que revueltas por el Euro y el Noto, se precipitan de las nubes, ó como el campo de mieses cuyas espigas se agitan y doblegan al impetuoso impulso del viento.» Por esto quiere Homero que Caliope sea la asidua compañera de los reyes, á fin de que con su elocuencia calme los arrebatos del pueblo.

El hecho es que por mucho que nos remontemos, siempre encontramos en la historia de Grecia el uso de las asambleas, y de la discusion pública. La necesidad de convencer antes de mandar, aguzó el ingenio de aquel pueblo; y todas sus facultades permanecieron siempre en actividad y en disposicion de emprender el mas levantado vuelo.

Aquel pueblo tan libre ya por su constitucion política, lo fué mas aun por su organizacion religiosa: para él, nada de sacerdotes, ó mas bien nada de casta religiosa, hecho fundamental en la historia del desarrollo intelectual de los helenos. El rey es el primer pontífice, él es quien inmola la víctima sin que por esto se suponga que está revestido de carácter sagrado: cuando sacrifica por su pueblo, no hace mas que desempeñar una funcion pública. Todo jefe de familia es el sacerdote de su casa.

El templo de Dodona tenia sin embargo ministros que hacian hablar á sus nobles proféticos y á sus palomas sagradas. En Fócida tambien eran sacerdotes los que traducian los oráculos de Delfos; y ciertas divinidades y templos tenian servidores consagrados. Pero esos sacerdotes, ya fuesen hombres ya mujeres (1), nunca formaron cuerpo aparte ni casta sacerdotal, ni se vé que ejerciesen mucha influencia. Los adivinos que explicaban los presagios y á quienes se creia en relaciones con los dioses, tenian mas autoridad: tales fueron Orfeo, que acompañó á los argonautas; Anfiarao, que apareció en la primera guerra de Tebas; Tiresias y su hija Manto, célebres en la misma ciudad durante la guerra de los epígonas, y por último Calcas, adivino de los griegos en la guerra de Troya.

Religion (2).

¿Cuáles eran las ideas religiosas de aquel pueblo? En los primeros tiempos, la Grecia recibió una especie de reflejo de las religiones de Oriente; y es posible que las persecuciones de que fueron objeto los pelasgos durante largo tiempo, tuviesen por causa el odio de las tribus guerreras de los helenos contra un pueblo en cuyo seno prevalecia aun la organizacion sacerdotal de las naciones asiáticas. Sin embargo, los advenedizos tomaron de los antiguos, dueños del territorio, la mayor parte de sus dioses: Zeos (3), Juno (4), Poseidon ó Neptuno, Vesta, Hermes ó Mercurio, Palas, Atenea ó Minerva (5); y no falta quien ha sostenido, aunque

(1) Eran muchos los sacerdocios desempeñados por mujeres: la sacerdotisa de Ceres llevaba la frente coronada de espigas y adormideras; la de Minerva, en Atenas, la égida, la coraza y el casco. Baco en uno de sus templos tenia por sacerdotes catorce vírgenes, como las Vestales de Roma. Demost., *in Neær.*, §. 73. Muchas de las citadas sacerdotisas, se veian obligadas á hacer voto de castidad, segun se lee en varios párrafos de Pausanias.

(2) Gigniaut, *Religiones de la antigüedad.* A Maury. *Estudios sobre la religion y el culto de los pueblos primitivos de la Grecia.*

(3) En latin, Júpiter ζεῦ πατήρ en el fondo es sensiblemente la palabra θεὸς, *deus*, cuyo radical sanscrito, *Div*, significa brillar.

(4) Ó dionea que es la misma palabra, y femenino de ζεῦς, esto es, la diosa por excelencia. Llamábasela tambien Ἥρα, la señora.

(5) La tradicion de este dualismo religioso, que corresponde al dualismo político, se encuentra á cada paso en Esquilo. Los nuevos dioses no siempre son los

sin acompañar el aserto con pruebas seguras, (1) que en los misterios se habian conservado algunas creencias pelasgas, eco de los grandes sistemas teológicos de Oriente. Nada hay empero menos cierto. Los misterios tienen un orígen probablemente mas moderno, y diferian de la religion popular, no tanto en su fondo como en su forma. Esta no encerraba á sus dioses en un santuario impenetrable: antes queria que se pudiese verlos y tocarlos. «El hombre fué hecho á imágen de Dios,» dice el Génesis, y explica nuestras imperfecciones presentes por medio de la caida del primer hombre. El politeismo griego hacia á sus dioses á imágen del hombre, solo que los dotaba de cualidades superiores. Marte fué mas fuerte, Apolo mas diestro, Vénus mas hermosa, que los que les ofrecian víctimas. En esta diferencia del punto de partida de las dos religiones la hebráica y la griega, se encontraba ya de antemano la oposicion de las dos civilizaciones que de ellas salieron.

Aquellos dioses del Olimpo helénico, sensibles al gozo y al dolor, y en comunicacion constante con los habitadores de la tierra, no eran muy terribles por su aspecto ni por su poderío. Tenian todos los defectos de la naturaleza humana, todas nuestras pasiones: la cólera, el odio, la violencia y hasta nuestras miserias. Apolo y Neptuno fueron esclavos de Laomedonte. Los alcidas tuvieron durante trece meses encerrado á Marte en una cárcel de

mas morales, como lo muestran Júpiter y Prometeo, personajes de *Prometeo encadenado*, y Apolo y las Furias en las *Eumenides*, «Dios nuevo, dicen estas á Apolo, estás ofendiendo á diosas antiguas.»

(1) Tal era la opinion de Ottfried Müller. Lobeck ha demostrado en su *Aglaophamus* que los misterios, en particular los de Eleusis y Samotracia pocas revelaciones podian hacer respecto á Dios, el hombre y el mundo, y que nada de misterioso encerraban, como no fuese el secreto con que rodeaba la celebracion de los ritos. Todo el mundo podia solicitar la iniciacion; pero hay en todas las religiones tendencias místicas que desean verse satisfechas. Como la religion popular no contentaba todos los ánimos, quisieron algunos ir un poco mas allá, y este deseo quedó cumplido, gracias á las asociaciones en cuyo seno las ideas religiosas se fueron separando poco á poco de las groseras concepciones de la religion oficial. En los misterios se espiritualizó el politeismo, si así me atrevo á decirlo; mas por otra parte, el culto, que hablaba mas á la imaginacion, producia muchas veces entre los iniciados una sobrescitacion nerviosa, que fácilmente degeneraba en licencia ó en escenas extrañas y aun violentas. Cosa que pertenece á todos los tiempos, porque es propio de la naturaleza humana.

cobre. «¡ La servidumbre ! exclama un poeta, la misma Ceres la sufrió, y la sufrieron tambien el herrero de Lemnos, y Neptuno, y Apolo, el del arco de plata y el terrible Marte.» En las luchas de Troya, Venus, Marte, Pluton y hasta Juno, reina del Olimpo, fueron heridos por simples mortales (1). «Corre su sangre, dice Homero, pero una sangre, cual es la de los dioses, semejante al rocío; una especie de vapor divino; porque los dioses no se nutren de los dones de Ceres, ni de los presentes de Baco; no es su sangre terrenal y grosera como la nuestra; uno de los motivos tambien porque son inmortales.» El propio Homero, sin embargo, presenta á veces á los dioses bajo un aspecto mas grandioso. Cuando Minerva se arma para el combate, su casco es de oro, y de tales dimensiones, que bien podria cubrir á las numerosas tropas que cien ciudades enviasen á la guerra; sus caballos atraviesan de un salto todo el espacio que pueda descubrir en la inmensa extension de la cerulea llanura un hombre sentado en un cabo eminente, en dia claro y sereno.

El imperio de semejantes dioses tenia que ser forzosamente frágil y limitado. El dios de una ciudad, no era el dios de la inmediata. Minerva reinaba en Atenas, Ceres en Eléusis, Juno en Argos, aunque en su orígen no era la esposa de Zeos, sino la vírgen celeste; Apolo en Delfos, Baco en Tebas y Venus en Chipre; pero en las demás partes solo recibian honores secundarios. En esta division de la divinidad, perdió el sentimiento religioso; pero ganó la poesía. De ahí en efecto el rico desarrollo de la poesía romancesca: teniendo cada divinidad sus poetas, y respetando estos los rasgos principales de la historia del dios á quien cantaban, la añadian mil incidentes que por espacio de siglos dieron pasto á la imaginacion popular y á la escena, unidos á las aventuras de los héroes.

Esta mitología conservaba no obstante una especie de recuerdo de las teogonías orientales; porque sus dioses estaban hasta cierto punto indentificados con las fuerzas de la naturaleza. Júpiter era, no solamente el soberano del Olimpo, esposo de Juno y héroe de muchísimas aventuras en las que el padre de los dioses se dignaba humillarse hasta las hijas de la tierra, sino que tam-

(1) Véase en la *Iliada* v. 364 y siguientes, el modesto discurso de Dionea á Venus, herida por Diomedes.

bien era el aire que rodea toda la creacion. Apolo, dios de la poesía y de las artes, era además el mismo sol, y Neptuno el Océano. Los rios, los bosques y las montañas estaban poblados de divinidades, ora confundidas con el elemento al cual presidian, ora separadas de él, para tomar una forma y pasiones completamente humanas: la Náyade por ejemplo, era el manantial y al mismo tiempo la casta y medrosa divinidad que se escondia en el fondo de las oscuras grutas.

Los doce dioses mayores del Olimpo eran los que contaban mayor número de adoradores, y se llamaban: Júpiter, Juno, Neptuno, Apolo, Minerva, diosa de la sabiduría; Venus, que lo era de la hermosura; Vulcano, de las artes útiles; Marte, de la guerra; la casta Vesta, que presidia á las virtudes domésticas; Ceres, que hacia madurar las mieses; Diana ó la Luna, y Mercurio, mensajero de los dioses, protector del comercio y árbitro de la elocuencia. Habia empero otros muchos dioses: Pluton, soberano de los infiernos, hijo de Saturno, al igual de Júpiter, Neptuno, Ceres y Vesta; Baco y Esculapio, divinidades quizás de orígen asiático y mas modernas (1); y todos los dioses secundarios de los campos, las selvas y las aguas, como: Pan, los Faunos, los Sátiros, las Driadas, las Náyades, y las Oceánides, las Nereydas, los Tritones que, jugando sobre las aguas, seguian el carro de Neréo y Anfitrite; Eolo y los Vientos; las Musas y las Parcas, etc. El politeismo griego, puesto que divinizaba todos los fenómenos de la naturaleza y todas las pasiones del hombre, debia efectivamentemultiplicar sus dioses hasta lo infinito (2).

Sin embargo, la idea de la unidad divina ya se llegó á entrever desde los tiempos mas remotos. Júpiter, el señor del universo, que lo hacia estremecer con solo fruncir el ceño, reunia en torno suyo en el Olimpo á los dioses mayores, su familia y su consejo (3). Estos obedecian sus órdenes; pero aun él mismo es-

(1) En Homero Esculapio no era todavía nada mas que un hombre. Es probable tambien que el culto de Venus fuese producto de una mescolanza de ideas helénicas y asiáticas.

(2) Las Peliades ó sacerdotisas de Dodona la invocaban así: ζεὺς ἦν, ζεὺς ἔστι, ζεὺς ἔσσεται, ὦ μεγαλε ζεῦ. Pausanias, *Phoc.*, XII. En el Atica, en el Peloponeso se le daba con frecuencia los sobrenombres de ὕπατος, ὕψιστος Ibid. *Attic.* XXVI, *Corinto* II, *Arcad.* XIV.

(3) Marte, Mercurio, Vulcano, Apolo, Vesta, Juno, Ceres, Diana.

taba sometido al Destino, divinidad ciega é implacable, creada para explicar lo que de explicacion carecia, para hacer comprender lo que no podia comprenderse. De estas oscuras nociones de un poder supremo habian de llegar con el tiempo los filósofos á la idea de un Dios único, á quien no querrian los pueblos sacrificar las divinidades locales.

Una religion que sometia los seres divinos á todas las flaquezas humanas, hubiera tenido poca influencia moral, si los dioses del Olimpo, que tanto se ocupaban en sus placeres, no hubiesen sido tambien, en el concepto del pueblo, los celosos guardianes de la justicia. Ellos velaban por la santidad de los juramentos, y sus altares eran el asilo inviolable de los que tenian plegarias que dirigirles. Las Furias, sombríos é inexorables ministros de las venganzas celestes, perseguian al culpable en vida y en muerte. Tejidos de serpientes los cabellos; con el látigo de culebras en una mano y la antorcha en la otra, sembraban el espanto en su alma y en su corazon los tormentos; un furioso frenesí se apoderaba inmediatamente del impío que osaba penetrar en su templo.

Las Furias, deificaciones terribles de los remordimientos, eran tanto mas necesarias (como sancion moral) á aquella religion, cuanto menos explícita era esta respecto á la vida futura. Indudablemente los culpables debian encontrar suplicios en los infiernos, y recompensas los justos; pero por muy brillante que sea la imaginacion de los griegos, ¡cuán estéril la vemos cuando trata de describir los goces del sombrío empíreo! En los Campos Elíseos, en medio de bosquecillos llenos de frutas y de flores, gozando de una eterna primavera, las almas de los bienaventurados continuan disfrutando de los mismos placeres que les fueron gratos en la tierra. Minos seguia juzgando como en su isla de Creta; Nestor referia sus hazañas; Tiresias pronunciaba oráculos hasta para los vivos qué se atrevian á bajar á los infiernos; Orion cazaba otra vez las bestias feroces que en otro tiempo habia muerto en el monte, pero todos deploraban la pérdida de su existencia. «No me consoleis de mi muerte, dice Aquiles á la sombra de Ulises, preferiria cultivar la tierra al servicio de un labrador pobre y mal acomodado, que reinar aquí sobre todas las sombras de los muertos (1).» Hesiodo, que tambien conoce la genealogía de

(1) *Odis.*, XI, 488.

los dioses, no está mas enterado que Homero acerca de este punto. «Sus héroes inmortales gozan pacíficamente de la felicidad en las islas Afortunadas, á orillas del profundo Océano. Tres veces al año recolectan frutos dulces como la miel de unos árboles siempre floridos.» Y aun esta inmortalidad solo está prometida á los héroes; la muchedumbre solo debe contar con los bienes y los males que los dioses la dispensan en la tierra; advirtiendo que son solidarios todos los individuos de una misma ciudad y de una misma familia. Los hijos han de ser castigados ó recompensados hasta la tercera generacion por las faltas ó las virtudes de los padres; los pueblos por las de los reyes, los reyes por las de los pueblos. Un crímen individual atrae el hambre ó la peste; la piedad las aleja: creencia preciosa, á falta de otro estímulo mas enérgico, y lazo poderoso entre la ciudad y la familia.

Homero dice: «Cuando los hombres, despreciando las leyes y la presencia de Júpiter, violan la justicia en las plazas públicas, y la hacen esclava de sus pasiones, el dios irritado desencadena las tempestades bajo las cuales gime la tierra. Los rios, ministros de su cólera, salen de madre; los torrentes arrastran montañas, árboles y peñascos, y los campos del labrador no son mas que miseria y desolacion (1).» Hesíodo dice mejor todavía: «¡Oh Perseo, atiende á la justicia... Envuelta en una nube espía á los pueblos para castigar á los malos!... La ciudad que la acata prospera, y habita en ella la paz alimentadora, porque Júpiter que lo ve todo, no lanza jamás la impía guerra ni el hambre entre los hombres justos. Para ellos da la tierra las ricas mieses; la encina brota sus frutos en el monte; los ganados se cubren de pesado vello, y las mujeres conciben hijos á semejanza de sus padres. Pero á veces cae el castigo sobre una ciudad entera á causa de uno solo que es malo, falta á la virtud y medita criminales proyectos. Desde lo alto del cielo, el hijo de Saturno lanza sobre ellos un doble azote: la peste y el hambre; y los pueblos perecen, las mujeres no conciben, y mengua el número de las familias; ó bien destruye su vasto ejército, derriba sus murallas, ó se venga en sus buques que sumerge en el mar. ¡Oh reyes! pensad vosotros

(1) *Iliad.*, XVI, 385. Y representa todas las desgracias que los griegos experimentaron en los muros de Troya como castigos de otras tantas faltas ó de la impiedad de sus jefes.

tambien en esas venganzas, porque treinta mil genios, ministros de Júpiter, tienen los ojos abiertos á las acciones de los hombres, y recorren incesantemente la tierra; la Justicia, vírgen inmortal, se sienta al lado del soberano de los dioses.» (Obras completas V, 213).

Cinco siglos despues se encuentra la misma idea en Esquilo (los *Siete Jefes*, 597—698), y en Herodoto (VI, 86). Consultada la Pitia acerca de un depósito que un espartano trataba de negar, le dice: «Piensa que del juramento nace un hijo sin nombre, sin manos y sin piés, que con rápido vuelo se arroja sobre el hombre perjuro, y no le abandona hasta que le ha destruido á él, á su casa, y á su raza entera, así como vemos prosperar á los descendientes de aquél que ha cumplido religiosamente su palabra.» De manera, que si los griegos no tenian mas que una idea vaga y confusa de la otra vida, como los antiguos judíos, creían en la pronta y terrible intervencion del cielo en la vida presente; y esta creencia, bajo el punto de vista del influjo moral, hacia menos necesaria la otra.

Pero estos dioses se aplacaban por medio de piadosas ofrendas, de libaciones y de rezos, de votos y sacrificios. Si el olor de las víctimas quemadas en los altares, era para ellos un delicioso perfume, es que la oblacion que hacia el suplicante de parte de sus bienes, era indicio de un corazon humilde y arrepentido. Por otra parte, el dios permitia á sus adoradores, como el amoroso padre á sus hijos, tomar asiento en el festin que se le servia y compartir con él la víctima. Un sacrificio venia á ser una comida sagrada, una especie de comunion religiosa entre el dios, los sacerdotes y los fieles. La mejor acogida no era siempre para el que se mostraba mas suntuoso. Un rico habitante de Tesalia inmolaba en Delfos cien bueyes de cuernos dorados; acercóse al altar un pobre ciudadano de Hermione, y arrojó un puñado de harina. «De estos dos sacrificios, dijo la Pitia, el último es mucho mas grato al dios». (Porfiro, *de Abstin.* II, 15). Antes de llegar á los altares era necesario purificarse. A la puerta del templo habia un sacerdote que derramaba agua lustral en las manos y la cabeza de los fieles.

La voluntad del cielo se manifestaba por medio de señales. Dos águilas que desgarrándose mútuamente el cuello se cernian sobre la asamblea convocada por Telémaco en Itaca, vaticinaron á

los pretendientes la funesta suerte que les esperaba. Las entrañas de las víctimas, los sueños enviados por Júpiter, revelaban tambien lo venidero. Los adivinos interpretaban los presagios y los sacerdotes hacian hablar á los dioses. (Véase *Oráculos*).

El Olimpo de los griegos no estaba muy léjos de la tierra; y aun acortaron ellos la distancia que separaba á los hombres de los dioses, adoptando la doctrina de los semidioses y de los héroes. Este nombre daban á los hijos de los dioses, ó á los hombres que se habian hecho célebres por sus hazañas ó sus servicios, y les tributaban un culto sin libaciones ni sacrificios, pero con rezos y honras fúnebres, venerándolos como genios tutelares que velaban por sus adoradores, los socorrian en sus infortunios, y les enviaban sueños proféticos. Tales fueron, no solo Hércules, Teseo, Jason, Perseo, etc., sino varios jefes de inmigraciones, fundadores de ciudades, y patronos de familias ó corporaciones; y cada ciudad, cada aldea tenia los suyos, así como tenia sus divinidades locales. Hasta en el fondo de la Fócida encontró Pausanias esta clase de leyendas maravillosas, que hubieran llegado hasta nosotros, si no hubiesen nacido en el seno de ciudades tan oscuras.

Costumbres, artes y conocimientos.

Las costumbres eran sencillas, sin fausto, y reinaba en ellas una libertad desconocida en Oriente. En Grecia apenas existe la clase servil; los que han caido prisioneros de guerra ó provienen de compras, mas bien que esclavos pueden llamarse servidores. Eumeo esperaba que al regresar Ulises á Itaca le hubiera dado una casa, un campo y una mujer, y cuando encuentra al hijo de su dueño, le besa en la frente y en los ojos. Alceste al morir, tiende la mano á sus esclavas, dándolas el adios supremo.

La condicion del esclavo es llevadera, la de la mujer es honrada. La sociedad doméstica; la familia está mejor constituida que entre los pueblos orientales, exceptuando á los judíos; garantía segura de que la sociedad política tendrá tambien una constitucion mejor, mas justa y mas libre. La mujer griega es todavía objeto de venta (1); pero ya no está condenada á la soledad

(1) Aristót., *Polit.*, lib. II. Agamenon dice á Aquiles que le dará por esposa una

y á la oscuridad del harem; vive á la luz del sol, acaso mas de lo que le será permitido algun dia, cuando la corrompida existencia de las ciudades exija su clausura en el gineceo (1). Algunas de ellas poseen ya la dignidad severa de la matrona romana, y no consienten rivales. Laertes compra á Euriclea por veinte bueyes, aunque ella era muy jóven; mas dice Homero que «no la tomó por compañera por temor á su esposa.» Así como el héroe no tiene en menos los trabajos manuales, así la mujer toma parte en los quehaceres domésticos. Las hijas de los reyes van por agua á la fuente; como hacia la hermosa Nausicaa; Andrómaca dá por su propia mano el alimento á los caballos de Hector; Elena trabaja en bordados preciosísimos, y Penélope solo consigue poner freno á la impaciencia de sus pretendientes enseñándoles el último traje que prepara para el viejo Laertes: la tela que teje de dia y desteje de noche. «¡Qué dirian las mujeres de Grecia si yo dejase sin mortaja á este héroe, cuando la Parca cruel lo haya entregado á la muerte!» Sin embargo, en aquella edad en que se honra la fuerza y la audacia, no se considera como crímen imperdonable la infidelidad á la fe prometida. Al volver Elena de Esparta, recibe trato de reina y de esposa en casa de Menelao. Si Andrómaca y Penélope son modelos de piedad conyugal; si Alceste, Laodamia y Evadne mueren por sus esposos, ó no quieren sobrevivirles, Clitemnestra, Antea, Fedra, Alcmena y todas las mujeres robadas ó seducidas por los héroes y los dioses, comprueban la indulgencia de los hombres de aquel tiempo hácia las debilidades que tantas veces habian provocado ellos mismos (2).

Apesar de estos harto famosos ejemplos, los lazos de familia eran estrechos; la autoridad paterna respetada hasta por los hijos de edad madura. Estos se repartian á partes iguales la heren-

de sus hijos, sin exigirle presente alguno. *Iliad.*, IX, v. 146 Eurípides, *Medea*, v. 232, y Pausanias, lib. III, cap. XII.

(1) Solon puso condiciones al acto de salir las mujeres por las calles. Habia magistrados que tenian el encargo de vijilar su conducta, y no podian presentarse en público sino vestidas de cierto modo.

(2) Junto á Mantinea enseñaron á Pausanias un sepulcro que, segun la tradicion local, era el de Penélope que, arrojada de Itáca por Ulises, fué á terminar allí su vida y su deshonra. Pero no demos oidos á esos maldicientes: mejor es creer lo que dice el poeta.

cia; porque la propiedad individual, principio de todo social progreso, estaba reconocida en aquellos tiempos remotos. Si se cometia una muerte, hasta el mismo rey pagaba el precio de la sangre, y en caso de que los parientes de la víctima se negasen á recibirlo, el matador tenia que huir á toda prisa ante la venganza conjurada de la familia ó de la tribu, porque todos los individuos eran solidarios en la ofensa.

Esos odios que solo se apagan con sangre, nos trasportan al fondo de las selvas de la Germania y del Nuevo mundo. Pero los feroces guerreros de Odin y del Grande Espíritu, no tienen nada que ver con los héroes de Homero, con ese pueblo griego que siempre se atrae el cariño apesar de sus defectos, sus ardides y sus violencias; porque no hay otro que mejor desenvolvimiento haya dado á los benévolos afectos de nuestra naturaleza. Con esa imaginacion que en seguida les hizo crear una poesía encantadora; con ese corazon abierto á todos los nobles sentimientos, los griegos parecen dotados de una juventud eterna. Como á todos nos sucede en ese momento de la existencia, aman apasionadamente todo lo bello, y arrojan á los cuatro vientos del cielo la vida y el sentimiento, tan fecundos en ellos, que rebosan por toda la naturaleza y la animan. Nunca los vemos en prolongadas comidas, ni en placeres groseros, ni menos en la embriaguez, como sucede en los pueblos del norte. Así que el griego ha dado al cuerpo el nutrimiento necesario, necesita juegos, ejercicios, danzas y bardos que le canten la gloria de los héroes. Preséntese el extranjero á sus umbrales, y se verá festejado sin curiosidad indiscreta, como un enviado de los dioses, aunque sea un desterrado, un homicida prófugo; «porque el huésped y el mendigo vienen de Júpiter.» Su cólera es terrible. En el campo de batalla no tiene piedad para el contrario rendido, y deja su cadáver entregado á los ultrajes y á los buitres; pero no concibe odio que no se apacigüe, ni venganza que no se aplaque con presentes y plegarias; «hijas cojas, pero infatigables, del gran Júpiter, que siguen á la Injuria, curan los males que esta ha causado, y siempre saben conmover el corazon de los valientes.» El griego, gracias á su naturaleza espansiva, necesita amigos: todo guerrero tiene un hermano de armas. Hércules y Iolao, Teseo y Piritio, Orestes y Pílades que quieren morir el

uno por el otro; Aquiles y Patroclo, Idomenéo y Merion, Diómedes y Estenelos, forman esas indisolubles amistades, cuya primera ley es la abnegacion. Diez años despues de su regreso á Lacedemonia, Menelao solia encerrarse aun en su palacio, para llorar á los amigos que habia perdido al pié de los muros de Ilion.

Despues se desarollaron dos cualidades repugnantes del carácter helénico: la venalidad y el artificio. Todo Aquiles tendrá algo de Sinon pero no de Tersito.

Valiéndonos de Hesiodo y de Homero podríamos tambien trazar el cuadro de los conocimientos y de las artes que ya poseian los griegos en aquellas remotas edades. No tenian mas que un arado de madera para abrir el seno de la tierra, ni querian de esta mas que una abundante cosecha de cebada, algunas legumbres, y un poco de trigo, vino y aceite. El grano lo machacaban á mano, entre dos piedras anchas; los racimos de uvas los ponian á secar al sol, despues de cortados y pisados en el lagar; el aceite solo servia para condimento ó para untarse el cuerpo. Su alimento ordinario eran tortas de cebada, legumbres, y pescados salados ó frescos; muy raras veces, á no ser en las fiestas y sacrificios, pan de trigo y carne fresca. Sabian trasquilar las ovejas y tejer la lana; labraban el cobre, y muy poco el hierro por ser mineral de mas difícil laboreo; sus armas eran de aquel metal y tambien de bronce (1). Podian levantar sólidos y vastos edificios; mas no sabian tallar el mármol. Una piedra informe ó un tronco de árbol apenas desbastado, representaban en un templo hasta el Amor y las Gracias. Los cuadros del escudo de Aquiles no son mas que un sueño del poeta. La música estaba en su nacimiento. Los tiempos heróicos habian oido los armoniosos sones de la lira de Anfion y de Orfeo; Aquiles en su nave distrae agradablemente sus largos ocios con los sonidos del formiux.

El Centauro Quiron, habia descubierto ó aprendido las propiedades medicinales de ciertas plantas, y toda la ciencia de Podaliro y Macaon consistia en incisiones y en un medicamento externo. El mismo Esculapio creia, que para mitigar el dolor, eran mejores los cánticos armoniosos y las palabras místicas. En es-

(1) Entre sus útiles cita Homero el verbiquí, el cepillo, el hacha y el nivel; (*Odis.*, 234 y siguientes) mas parece desconocer la sierra, la escuadra y el compás.

te concepto la medicina formaba parte de la religion, y los médicos una especie de cuerpo religioso.

A pesar de la guerra de Troya y de la expedicion de los argonautas, la navegacion y el arte de construir buques permanecian en la infancia. Algunas constelaciones habian recibido los nombres de Osa mayor y menor, Pleyades, Hiades, Orion y estrella del Can. Pero el navegante no se atrevia á dejar las costas, y todas las noches tocaba con su embarcacion á la playa. La tierra era considerada todavía como un cuerpo inmenso que Júpiter tenia suspendido de una cadena de oro sobre el abismo, y ceñido por el Océano. Pero los conocimientos geográficos se iban extendiendo á cada nuevo poema que cantaba las errantes correrías de un héroe, fuese Jason, Ulises ó Menelao. El rapsoda, eco animado de la musa popular, recogia todos los rumores, los aumentaba con sus ficciones, y por medio de sus cantos, donde se confundia todo, moral, arte y religion, era á un tiempo mismo el cuadro, el pintor, el poeta y el primer maestro de aquella sociedad; salvaje todavía, pero no grosera; llena de violencias, pero tambien de poesía, por lo mismo que aun se hallaba tan próxima á la naturaleza. Homero y Hesíodo resumen todo lo de aquellos bardos antiguos: Hesíodo, cantor del trabajo y de la buena fe, poeta amado del labrador y el artesano, poeta de los ilotas, como le llamaba con desden Cleomenes, arrojándole de Esparta, donde solo permitia entrar á Homero, poeta de los héroes y la guerra.

PERÍODO SEGUNDO.

DESDE EL REGRESO DE LOS HERÁCLIDAS HASTA LAS GUERRAS MEDAS (1104--490.).

AISLAMIENTO DE LOS ESTADOS GRIEGOS.—REVOLUCIONES INTERIORES.—COLONIAS.

CAPÍTULO IV.

Invasion de los dorios (1104 (1).)

MOVIMIENTO EN GRECIA DESPUES DE LA GUERRA DE TROYA.—REGRESO DE LOS HERÁCLIDAS (1104); SUS CONSECUENCIAS.

Movimientos en Grecia despues de la guerra de Troya.

La guerra de Troya, que por espacio de diez años tuvo á los griegos léjos de su patria, fué causa, en último resultado, de que otra vez cambiasen de sitio las moradas de las tribus helénicas. Antes de aquella guerra, dominaban en Grecia los aqueos, y entre ellos la familia de los Pelópidas. Pero las trágicas aventuras de los jefes, y la dispersion ó ruina de su grande ejército, dieron lugar á que otras nuevas tribus se apoderasen de la preeminencia. Volvieron á comenzar los trastornos interiores; la mayor parte de las antiguas casas reales desaparecieron; y muchos de los pobladores emigraron á otros paises.

El movimiento partió del oeste. Dos hijos de Tesalo, descen-

(1) Esta es la época en que Eforo y Calístenes suponen que comienza la historia cierta de la Grecia. Pero ¡cuántas incertidumbres tenemos aun desde el siglo XII hasta el VI!—Las principales obras que deben consultarse son: la *Descripcion de la Grecia*, de Pausanias, la *Biblioteca* de Apolodoro y las historias generales.

diente de Hércules, se establecieron en las costas del Epiro, á donde fueron arrojados por una tempestad á su regreso de la guerra de Troya. Sus súbditos tomaron el nombre de Tesalios ó Tesalienses. Al cabo de algunos años, hácia 1124, reunidos estos á los habitantes de otros pueblos, invadieron la Hemonia, de donde arrojaron á muchos de sus moradores, y sometieron á los restantes (los penestos). De los que abandonaron el país, unos llegaron hasta Asia, en donde fundaron las primeras colonias eolias; otros volvieron á Beocia, de donde en otro tiempo los arrojáran los pelasgos, y mas recientemente los epígonas. Los dorios abandonaron por la misma época la Hemonia, y fueron á establecerse al sur del monte Eta, en la region que conservó su nombre. En la Etolia y en la Acarnania se verificaron movimientos semejantes entre otros pueblos: de manera que el norte y el oeste de la Grecia habian variado de habitantes. Esta revolucion parece que arrebató á aquellas comarcas la importancia de que gozaban en los tiempos heróicos. Decayó su civilizacion como decayera su poderío, y toda la vida de la nacion griega se concentró en las regiones del este y del sur.

Regreso de los heráclidas (1104); sus consecuencias.

El regreso de los Heráclidas fué un movimiento mas importante. Los descendientes de Hércules, arrojados del Peloponeso por Euristeo, se habian retirado al Atica, al lado de Teseo, compañero del héroe. Negándose Teseo á entregar los prófugos, Euristeo invadió su territorio; pero su ejército fué destruido. Alcanzado en medio del istmo de Corinto por Hilos, hijo mayor de Hércules, pereció con todos sus hijos (1208), no quedando de la raza divina de Perseo (1) sino Hilos y los suyos. Una vez forzado el paso del istmo, los Heráclidas vencedores se habian esparcido por la península; mas fueron diezmados por una peste terrible, y el oráculo que consultaron, respondió que habian penetrado en el Peloponeso antes de la época señalada por los destinos. Segun dice otra tradicion, un numeroso ejército de jonios, aqueos y arcadios, les cerró el paso. Hilos propuso resolver la

(1) Segun los mitógrafos, Perseo, hijo de Júpiter y de Dánae, tiene por hijo á Estenelos, padre de Euristeo y de Electrion, padre de Alcmena que fué madre de Hércules.

querella por medio de un combate singular, con el bien entendido que los heráclidas permanecerian apartados durante tres generaciones en caso de que él fuese vencido. Resultó así, en efecto (1204); volvieron sus compañeros al Atica, y entre tanto el pelópida Atreo, yerno de Euristeo, sucedia á su suegro en el trono de Micena. Los nuevos esfuerzos que en adelante hicieron, no dieron mas resultado que aumentar el poderío de los pelópidas, á cuyo alrededor se colocaron muchos pueblos del Peloponeso, para defender la entrada de la península contra los que se presentaban como conquistadores. A los reinos de Micenas y de Tirinto añadieron los pelópidas el de Esparta, cuando Menelao casó con la hija y heredera de Tindaro la hermosa Elena. Corinto, Sicion y siete pueblos de las cercanías de Pilos, reconocian tambien sus leyes. Desesperando ya del éxito los Heráclidas, abandonaron el Atica, donde por otra parte ya no reinaba Teseo, y se retiraron entre los dorios, quienes, en memoria de los servicios que Hércules les prestára en otro tiempo, los acogieron satisfactoriamente, hicieron propia su causa, y para hacerla triunfar les pusieron á su cabeza 40 años despues de la guerra de Troya.

Orestes, despues de vengar en Egisto y Clitemnestra el asesinato de su padre Agamenon, y de recobrar la corona de Micenas (1176), habia reunido además los reinos de Esparta y Argos. Al fin de su largo reinado dejó á su hijo Tisamenes un dominio que se extendia sobre mas de la mitad del Peloponeso. Contra este príncipe marcharon los dorios, guiados por el etolio Oxilos y al mando de tres jefes: Temenos, Cresfonte y Aristodemo.

En vez de presentarse en el istmo de Corinto, cuya defensa era tan fácil, construyeron en Naupacta una escuadra que los llevó á la orilla opuesta del golfo, mientras que un cuerpo poco numeroso llamaba hácia el istmo, por medio de un ataque falso, la atencion de los pelópidas. En número de 20,000 guerreros atravesaron la Egialea y la Arcadia; apoderáronse sin luchar de la Laconia y arrojaron de la Mesenia á Melantos, descendiente de Nestor. Tisamenes reunia sus fuerzas en la Argólida; pero ellos lo rechazaron hácia la Egialea, y despues hicieron el reparto de su conquista. A Temenos le correspondió Argos, y sus descendientes reinaron sobre Trezena, Epidauro, Egina y Fliunte;

Cresfonte obtuvo la Mesenia y estableció su residencia en Estenidaros; Euristenes y Procles, hijos de Aristodemo que murió durante la expedicion, tuvieron la Laconia. El cuarto descendiente de Hércules, Aletas, reinó despues en Corinto (1075). Sicion fuè patrimonio de otro Heráclida; y por último, la Elida recibió sin oposicion á Oxilos y á sus etolios. cuyo orígen era el mismo que el de los antiguos habitantes del país. La Arcadia conservó su independencia, pero hizo un pacto con los nuevos señores del Peloponeso. En cuanto á Tisamenes, arrojó de la Egialea á los jonios que la habitaban, y se estableció en ella con sus aqueos que dieron su nombre al país. Los jonios despojados se retiraron al Atica, donde los habia precedido Melantos con los eolios expulsados de la Mesenia y parte de los habitantes de Fliunte, Corinto y Epidauro (1104).

Así el Atica venia á ser el asilo de todos los fugitivos del Peloponeso. Los dorios quisieron ir á perseguirlos al cabo de algunos años, y durante su marcha se apoderaron de Megara; pero detenidos por la abnegacion de Codro, se volvieron á su península (1045). Al cabo de algun tiempo, se elevó una columna, en el istmo que la separaba de la Grecia central, y en una de sus fazes, la que miraba al Peloponeso, estaban grabadas las palabras siguientes: «Aquí están los dorios,» y en la que miraba al Atica: «Allí está la Jonia.» Una larga y desastrosa rivalidad debia venir á probar esta diferencia.

Tal es la tradicion generalmente seguida respecto al regreso de los Heráclidas; pero ciertos sucesos, cuya memoria se conservó tambien, hacen creer que la conquista dórica no se hizo tan pacíficamente, y que hubo muchos pueblos que no abandonaron los inexpugnables baluartes de sus ciudades, sino despues de una larga resistencia. Para Sicion, Epidauro, Cleone, Fliunte y Trezena no hubo combates; pero Argos y Corinto cedieron solo á reiterados ataques, y Micenas y Tirinto, nunca. Los descendientes de Nestor, que ocupaban la Mesenia, permanecieron independientes en Pílos, y si Lacedemonia, ciudad abierta, cayó en poder de los conquistadores, parece que estos tardaron mucho en salir del valle superior del Eurotas. Incapaces de tomar una plaza defendida por buenas murallas, deteníanse los dorios en alguna buena posicion de los alrededores, como en el *Temenion*,

cerca de Argos, y en el *Soligion*, cerca de Corinto, y desde allí tenian en constante alarma á la ciudad, esperando que el hambre, una sorpresa ó una traicion, les abriesen sus puertas.

Una de las mas graves consecuencias de todos estos trastornos en la morada de los pueblos griegos, fué la fundacion de colonias en las islas del mar Egeo, y en las costas del Asia Menor. Mas adelante historiaré estas fundaciones; respecto al mismo Peloponeso, la conquista dórica, produjo efectos que se hicieron sentir durante toda la vida histórica de la nacion. No en todas partes fueron arrojados los antiguos habitantes; en la Elida, hubo fusion entre los antiguos y los nuevos señores del territorio. En Sicion, en Corinto y en la Argólida, hubo tambien mezcla, si bien fué en provecho de los conquistadores, cuyos descendientes constituyeron la nobleza del país. En la Mesenia, fueron tratados con blandura los vencidos que no habian emigrado; pero ocuparon desde luego una condicion inferior. Unicamente los laconios sintieron el peso de su yugo odioso, yugo que hicieron aun mas pesado sus malogradas revueltas. Esta superposicion del pueblo conquistador al pueblo conquistado, dió orígen, donde quiera que llegó á verificarse, á gobiernos aristocráticos; y esta organizacion social, hija de una necesidad política, se introdujo de tal modo en las costumbres de la raza dórica, que llegó á constituir su carácter distintivo. Se la encuentra en la Tesalia, entre los beocios y hasta en Atenas; porque en aquella época fué un hecho tan general como las conmociones que lo habian producido; si bien ordinariamente solo se le estudia en Esparta, porque la separacion de las dos razas y la dominacion de una sobre otra, llegó á ser, en la ciudad de Licurgo, el verdadero principio de la constitucion.

Una aristocracia poderosa y un pueblo avasallado: tal es el punto de partida de la historia de los griegos en el siglo XI antes de nuestra era, y la causa de todas sus catástrofes interiores hasta su última hora. Esta historia tiene dos grandes representantes: el pueblo espartano y el pueblo ateniense; el uno sube hasta la aristocracia mas exquisita, el otro desciende hasta la mas amplia democracia. Comencemos por estudiar estas dos imponentes figuras de la raza helénica.

CAPÍTULO V.

Esparta hasta las guerras medas (1).

LA LACONIA.—ANTIGUOS REYES; LOS DORIOS; SU POSICION EN EL PAIS.—LICURGO (884).—REPARTIMIENTO DE LAS TIERRAS; LOS LACONIOS Y LOS ILOTAS.—LOS ESPARTANOS, TRIBUS, ASAMBLEAS, SENADO, REYES. DISPOSICIONES REFERENTES Á LA PROPIEDAD Y Á LA POBLACION.—EDUCACION DE LOS NIÑOS; MUJERES ESPARTANAS.—DISPOSICIONES CONTRA EL LUJO; OCIOSIDAD; IGNORANCIA.—ORGANIZACION MILITAR.—MUERTE DE LICURGO; JUICIO ACERCA DE SUS LEYES.—PRIMERAS GUERRAS (743—723); ARISTODEMO.—SEGUNDA GUERRA (685—668); ARISTÓMENES.—GUERRA CON TEGEA Y ARGOS.—PODERIO DE ESPARTA EN 490.

La Laconia.

De la confusa masa de montañas de la Arcadia salen las dos cordilleras del Taigeto y del Parnon, que se prolongan hácia el Sur hasta los cabos Ténaro y Malio. Entre ellas corre el Eurotas. Este rio, que sale de los montes de la Arcadia, desciende en forma de torrente hasta mas abajo de Esparta, donde encuentra una llanura un poco inclinada, y desde allí sigue un curso mas lento que le conduce al mar. Tal es el país de la *honda Lacedemonia* (2).

Este valle cerrado entre las súbitas vertientes de las montañas, como si lo estuviese entre dos muros, y sembrado de numerosas colinas, recibe durante el estío los abrasadores rayos de un sol semitropical, no suavizado por las brisas del mar; al paso que se ven en lo alto los cinco picos del Taigeto cubiertos frecuentemente de nieve. En cambio su invierno es notablemente crudo.

(1) Principales obras que deben consultarse: Plutarco, *Licurgo;* Jenofonte, *Rep. de Esparta;* Aristót., *Polit.*, II, 7; Platon, *Leyes* III. IV; Barthelemy, cap. XLII-LI; Pastoret, *Historia de la legislacion;* Müller, *Dorios;* Manso, *Esparta;* Lachmann, *Diespart. Staatsverfassung.* 1836.

(2) Κοίλην Δακεδαίμονα..... *Iliad.*, II, v. 581. Los números siguientes justifican el epiteto homérico. El Parnon mide sobre la frontera de Cinuria 1689 metros; al E. de Lacedemonia, 1549; las montañas de la parte de Arcadia miden 1154, el Taigeto 1632; en la costa las elevaciones son de 823 hácia Tiro, de 1138 hácia Zarax, de 1805 en el cabo Malio, de 929 hácia Helos, y de 1302 en el grupo del Ténaro.

Este país, tanto por su naturaleza como por su clima, debia hacer á sus moradores enérgicos y duros. No es infecundo, pero solo rinde sus dones á cambio de trabajos penosos; el arado tiene que penetrar por los flancos de las montañas, porque no tiene mas que una llanura, si bien deliciosa, bañada por la corriente inferior del Eurotas. Por otra parte, hasta en las cumbres del Taigeto crece la vid en medio de bosques de plátanos, y en ciertos collados produce vinos celebrados por Alcman y Teognis; en otros sitios se encuentra, de repente, al lado de la mas rica vegetacion, un suelo árido y ferruginoso.

Para un pueblo batallador, las minas de hierro de la Laconia eran un recurso precioso. El país tenia tambien una disposicion excelente para llevar la guerra á los otros, sin que ninguno la pudiese introducir en su seno; verdadera fortaleza abierta solo al Noroeste por el valle superior del Eurotas, muy fácil de defender, y al Nordeste por el de Selasia; casi impracticable en su extremo superior (1). Por la parte de Mesenia, no habia mas que un sendero estrecho y peligroso á través del Taygeto. Todos estos caminos conducian á un mismo punto: á Esparta.—Eurípides hace en dos versos la pintura de la Laconia: «País rico en producciones, pero de difícil cultivo, cerrado completamente por una barrera de ásperas montañas, casi inaccesible al enemigo.»

Antiguos reyes; los Dorios; su posicion en el país.

El primer rey de Laconia, hácia 1700, habia sido Lelego un autóctono, cuyo nieto, Eurótas hiciera abrir una especie de canal que llevase al mar el agua estancada en la llanura. No teniendo hijos varones, Eurótas dió su hija Esparta y su reino á Lacedemon, hijo de Taigete y de Júpiter. Tan activa es la imaginacion de los pueblos jóvenes que les bastan unos cuantos nombres para crear toda una historia y largas genealogías. Uno de los sucesores de Lacedemon fué Tíndaro, á quien arrebató el trono su hermano Hipocoon; pero Hércules se lo devolvió con condicion de que á su muerte lo dejaria á los Heráclidas. Olvidó aquel su promesa, y dió su hija Elena y sus estados al átrida Menelao. Su heredera

(1) «El camino que conduce de la Laconia á la Argólida era en la antigüedad lo que es aun hoy dia: uno de los mas fragosos y mas incultos de la Grecia.» Chateaubriand, *Itin.*, p. 87.

Hermione casó con Orestes. En tiempo de su hijo Tisamenes fueron los Heráclidas á reclamar el trono prometido á la descendencia de Hércules. La Laconia tocó en suerte á los hijos de Aristodemo, que eran Euristenes y Procles; eran gemelos y se decidió que ocupasen el trono juntamente: así lo habia ordenado la Pitia. Ellos fueron los fundadores de las dos casas reales de los agidas y los euripóntidas que reinaron simultáneamente en Esparta, por espacio de mas de 900 años. La rama primera tomó el nombre de Agis, que era el del hijo de Euristenes; la segunda tomó el de Euripon, que era el del nieto de Procles.

Los nuevos señores de la Laconia, en lugar de dispersarse por los campos, se concentraron en Esparta, á fin de estar prevenidos contra toda sorpresa. Al principio habian dejado á los antiguos habitantes las leyes que tenian, bajo el reinado de Euristenes, los laconios llegaron á ser iguales á los conquistadores; pero Agis dejó sin efecto esta concesion. Los dorios ó espartanos tuvieron derechos políticos; pero los laconios, convertidos en súbditos, no tuvieron mas que los civiles. Aceptó la mayor parte este cambio de condicion, y los habitantes de Hélos, que lo rechazaron, fueron vencidos y reducidos á la servidumbre. Igual suerte les cupo á todos cuantos los imitaron.

Tal es la narracion ordinaria. Ya hemos visto como los dorios solo ocuparon al principio el alto valle del Eurotas por donde habian entrado. Pausanias habla de la prolongada resistencia de muchas ciudades: de Gerantrea, de Fárida, y sobre todo de Amiclas, antigua capital de los reyes aqueos que no fué tomada hasta la época de Teleclos, una generacion antes de la primera olimpiada. Por lo demás, lo que no admite duda es la posicion, que tomaron los Dorios, de raza dominante y opresora. De ahí los odios que extallaron al fin á pesar de su contínua vigilancia. Necesitaron permanecer, digámoslo así, siempre sobre las armas sometidos á la disciplina militar, como un ejército acampado en país enemigo. Ellos solos componian el Estado, para ellos solos era el derecho de asistir á las asambleas, donde se hacian las leyes, y el aspirar á los cargos públicos; bajo su poder tenian á los súbditos: en las ciudades abiertas los *laconios*, en los campos los *ilotas*, esclavos de la gleba, condenados á trabajar eternamente para sus señores.

Los dos reyes primeros, Euristenes y Procles, vivieron siempre en desacuerdo. Nada mas á propósito para debilitar el poder: objeto que tal vez se propuso la aristocracia dórica, al establecer aquel doble reinado. Pero á imitacion de las dos casas reinantes se dividieron todas las familias ; desapareció la igualdad primitiva tanto en las fortunas como en las condiciones, y hasta en la misma raza dominante hubo oprimidos y opresores, pobres y ricos. Esta fué la causa de las sacudidas que conmovieron el Estado, y arrojaron del país á algunos de los conquistadores. Teras condujo una colonia á la isla que tomó su nombre ; otros fueron á establecerse al oeste del Peloponeso, en la Trifilia. Esparta, sin embargo, á pesar de sus discordias, encontró en el vigor de la savia bárbara, el medio de hacer conquistas; atacó á los cinurios que ya se echaban sobre la Argólida, ya sobre la Laconia, y los arrojó de su territorio. Habiendo querido los argivos apoderarse de aquel reducido país, se volvió Esparta contra ellos y fueron derrotados. Este fué el orígen de una querella que duró muchos siglos.

Licurgo (884).

Los disturbios interiores comprometian la fortuna de Esparta ; hubo un hombre que se propuso poner un dique á aquella prematura decadencia. Respecto á Licurgo y á sus leyes ocurren muchas dudas. Se cree que nació en el siglo X (1), y que fué hijo del rey Eunomos. Su padre recibió una cuchillada mortal, queriendo separar á unos hombres que se peleaban. Su hermano mayor Polidéctes tuvo tambien un fin prematuro, y Licurgo fué rey mientras no se supo el embarazo de la reina su cuñada, quien le ofreció que si se casaba con ella, mataria al hijo que llevaba en su seno. Aparentó él aceptar tan culpable ofrecimiento; pero consiguió salvar al hijo de su hermano. Su prudente administracion durante la minoría de su sobrino Carilao, desagradó á los grandes que le obligaron á salir de su pátria, y anduvo largo tiempo viajando para relacionarse con los sábios y estudiar las

(1) Aristóteles y Erastótenes lo suponen contemporáneo de Ifito, el restaurador de los juegos olímpicos, que renovó esta institucion atribuida á Hércules, á Tiso y á Pélope, 108 años antes de la olimpiada de Corebo que está fijada en el año 776. Por esta cuenta floreció Licurgo en 884; Tucídides supone que aun no tenia 60 años en 822.

costumbres de los paises extranjeros. En la isla de Creta hizo que el poeta Taletas le instruyese en todas las leyes de Mínos; del Asia Menor no llevó consigo mas que las poesías de Homero; pero los sacerdotes de Egipto lo contaron, segun se dice, entre sus discípulos. Los espartanos de los últimos tiempos suponian que habia ido hasta la India á interrogar la antigua sabiduría de los brahmas, y á visitar aquellos lugares, cuna del dia, de donde creian los antiguos que toda luz debia emanar.

La analogía entre las instituciones de Esparta y las de Creta es evidente. La division en esclavos, vencidos de condicion libre y conquistadores, la division de estos en tres tribus, las comidas públicas, la influencia de los ancianos, y un senado de estos, se encuentran en la isla; pero existian en todos los pueblos dóricos por efecto de usos comunes á la raza entera, y por las necesidades políticas, hijas de situaciones análogas. Licurgo no inventó pues su legislacion, ni la trajo hecha del extranjero; porque las leyes duraderas nacen de las costumbres; despues el legislador las da á la vida civil. Licurgo resucitó y coordinó antiguas costumbres; concretó lo que era vago, completó lo que era imperfecto, y de elementos esparcidos, pero activos, hizo un cuerpo de leyes con el mejor enlace encadenadas.

A su regreso, despues de una ausencia de 18 años, encontró la ciudad profundamente conturbada: el mismo pueblo sentia la necesidad de una reforma. El momento era por lo tanto favorable. A fin de añadir á la autoridad de su nombre la autoridad de Apolo Délfico, que era el dios nacional de los dorios, consultó el oráculo acerca de sus proyectos, y la Pitia le saludó llamándole amigo de Júpiter.

Fuerte ya con el apoyo del Dios, comprado ó cómplice, comenzó por interesar en sus planes á un partido grande en número y poder, de modo que en caso necesario podia contar con la fuerza para que sus leyes fuesen aceptadas. Carilao era uno de sus mas celosos partidarios.

Repartimiento de las tierras; los Laconios y los Ilotas.

Todos los males de Esparta eran hijos de la anarquía que produjo la extremada riqueza de los unos y la extremada pobreza de los otros, puestos frente á frente y despedazándose á la vista de

los vencidos, que contaban sin duda aprovecharse de aquellas discordias para sacudir el aborrecido yugo. El mal que mataba al Estado era la desigualdad; Licurgo se propuso curarlo por medio de la igualdad.

La base de la constitucion fué el repartimiento por igual de las propiedades. Dividió la Laconia en 39,000 partes, de las cuales fueron 30,000 para los laconios y 9000 para los espartanos; estas eran mucho mas considerables que aquellas, y comprendian los mejores terrenos del país, pero casi iguales unas á otras, sino por la extension, por su valor y productos (1).

Las personas se dividian en tres clases: *espartanos*, *provincianos*, é *ilotas*. Los espartanos, el pueblo soberano, eran los descendientes de los conquistadores dorios, y vivian reunidos en Esparta. Los provincianos ó *periocos* eran los antiguos aqueos que no habian huido con Tisamenes hácia la Egialea, los extranjeros que habian acompañado á los conquistadores y hasta los mismos dorios que por cualquiera causa hubiesen perdido el título de

(1) Plut., *in Lic.* Difieren los autores acerca del número de los lotes. Su desacuerdo y el silencio de Herodoto, Tucídides, Jenofonte, Platon y Aristóteles, hicieron creer á Lachmann, Kortum, Kopstadt y Grote que semejante repartimiento no se habia verificado. El último solo atribuye á Licurgo leyes relativas á la educacion de los niños y á las comidas públicas. «*Lykurgus*, dice, *is the trainer of a military brotherhood, more than the framer of a political constitution.*» (T. II, p. 525). Convengo en que Licurgo no pudo repartir todos los terrenos de la Laconia, por que no estaba del todo conquistada en su tiempo; mas la constitucion de Esparta y las ideas que inspiraba en la antigüedad estaban basadas en la igualdad de bienes, y por lo mismo no dudo de que se hubiese establecido algun dia esa igualdad, por medio de un repartimiento de tierras. Esta es tambien la opinion que prevalece en la mayor parte de los escritos en que se trata este punto, como son los de Hermann, Titmann, Wachsmuth, Manso, Müller, Schömann y Thirlwall La aficion al dinero, uno de los rasgos del carácter espartano que hace resaltar Aristóteles, podia probar que su gran deseo de poseer riqueza mueble provenia de la dificultad de poseerla inmueble; y aun fueron muchos los que en Esparta la consiguieron. ¿Pero cómo pudo ser así, puesto que aquellos lotes son generalmente considerados como inalienables é indivisibles? Antes de la guerra del Peloponeso, por medio de la extension de muchas casas primitivas; despues de dicha guerra, por la ley del éforo Epitadeo, que autorizaba al padre á disponer de sus bienes como mejor le pareciese. Aristóteles (*Polit.*, II, 7) dice que vender ó comprar un lote de tierra era herir profundamente el sentimiento público; pero que habia mucha libertad en cuanto á legados y donaciones. De ahí pues la concentracion de los bienes en un corto número de individuos.

ciudadanos. En cuanto á los ilotas (1) ya hemos visto cual era su orígen.

El espartano y el ilota no pueden estar separados: se completan uno á otro.

Los laconios ó provincianos habitaban las campiñas y muchísimas ciudades abiertas; *cien ciudades de la Laconia*, representadas por una hecatombe anual, no serian mas que miserables chozas. Carecian de derechos políticos; para la administracion de sus comunas estaban sujetos á la vigilancia de los espartanos, pagaban un tributo, hacian el servicio militar y poseian las tierras menos fértiles. Los éforos, é indudablemente antes que estos los reyes, tenian derecho para mandarlos ejecutar sin juicio previo. Pero su situacion tenia muchas condiciones que la dulcificaban; si bien es cierto que no gozaban de los derechos de los espartanos, tambien lo es que no estaban condenados á la austeridad de sus costumbres. Pertenecíanles la industria y el comercio que eran mirados con desprecio por los conquistadores, lo cual no era mucho, porque el lujo estaba completamente prohibido á los espartanos; pero en cambio el Estado desplegaba mucha magnificencia en los templos y en las fiestas. Algunos productos de su industria eran solicitados del exterior. Cuando Esparta tuvo flotas, ellos las tripularon en gran parte, por cuyo medio vinieron muchos á alcanzar dignidades. Hay quien pretende que el famoso Lisandro, Calicrátidas y Gilípos pertenecian á aquella clase; lo que no tiene duda es que lo fueron muchos vencedores de Olimpia y algunos artistas. Antes de la guerra del Peloponeso habia desaparecido todo indicio físico de diferencia de orígen entre periecos y espartanos: todos hablaban dórico.

Los ilotas eran mas numerosos que los esclavos de cada una de las demás ciudades griegas, y representaban la esclavitud en su forma mas completa. Su servidumbre es doble porque el ilota tiene dos amos: el espartano cuya tierra cultiva, y el Estado. Pertenece á todos en general, y á uno en particular. Su voluntad y su vida están en manos de Esparta que hace de una y otra lo que mejor le agrada. El poder del dueño tiene sin embargo un

(1) Unos hacen derivar la palabra ilota de Helos; otros de εἱλῶτες, prisioneros. La ciudad de Helos no fué tomada sino despues de Licurgo.

límite: el no poder matar ni vender á sus ilotas fuera de su país; estos permanecen unidos á la tierra como los siervos de la edad media; y esta posicion fija es para ellos causa de una especie de bienestar. Como el espartano, hace una vida sencilla é invariable, aunque propietario del terreno, no exige de los ilotas que lo cultivan sino un rendimiento siempre de igual naturaleza, bastante para alimentarle á él y á los suyos; fuera de esto nada absolutamente les pide, y el resto de los productos queda á favor del esclavo, que puede beneficiarlo y hacer mas llevaderas las condiciones de su existencia. La esperanza de la libertad no le está negada para siempre, puede llegar á ella por medio de la emancipacion, y esta puede alcanzarla por sus servicios en lo interior ó por su valentía en la guerra; porque el Estado lo emplea en sus trabajos, y muchas veces lo llama al honor de pelear por la patria comun.

Esta posicion no podia llamarse intolerable, y la palabra ilota no hubiera llegado á ser la expresion de todo lo mas terrible de la servidumbre, si su condicion hubiese sido únicamente tal como la acabamos de describir. Pero esta clase activa, industriosa y numerosa sobre todo, tenia á los espartanos en continua alarma. Peligroso es para el esclavo el inspirar miedo á su amo. Esparta tuvo para los suyos un código mas atroz que nuestro código negro. Primeramente los degradó; para que fuesen conocidos les hacia llevar siempre un traje especial; prohibíales reunirse y cantar los himnos guerreros de los espartanos. Para embrutecerlos mas, ó mejor dicho, para complacerse en sus vicios y sacar de ellos una leccion que creian útil para los niños, imponia al ilota la obligacion de embriagarse. Pero ¡terrible cosa! Esparta debilitaba aquella clase tan temida extrayéndola la sangre. Todos los años se lanzaba á los espartanos jóvenes, armados de puñales, contra los ilotas para que se acostumbrasen á la sangre y al manejo del arma. Todos los infelices á quienes se encontraba en la calle despues de cierta hora, morian degollados; esta caza de hombres tenia un nombre oficial: se llamaba la *criptia*. A veces, en lugar de hacerse al pormenor, la ejecucion se hacia en masa. Tucídides refiere que en cierta época «teniendo Esparta motivos para temer una insurreccion de los ilotas, invitó públicamente á todos los que por sus servicios pasados creyesen

haber merecido salir de la servidumbre, á fin de que reclamasen la recompensa á que se juzgasen con derecho. Presentáronse en efecto los mas valientes y ganosos de libertad. Entre estos fueron escogidos 2000 como los mas dignos, que se reunieron llenos de gozo y coronados de flores al rededor de los templos para dar gracias á los dioses; pero al cabo de poco tiempo los lacedemonios los hicieron desaparecer. Nadie supo cual habia sido su suerte: nadie volvió á ver á ninguno de ellos.» Este hecho, referido con la mayor llaneza por un historiador que no es hostil á los espartanos, obliga á creer que no habia exageracion en lo que los antiguos nos contaban de la *criptia*. Hay un crítico inteligente (1) que en esta extraña institucion no ve mas que una ley de represion como otras muchas, una medida de buen gobierno contra los vagos y las reuniones nocturnas; y aunque en ninguna parte fueron los castigos tan atroces como en Esparta, la explicacion no nos parece fuera de camino. Efectivamente, Esparta, como si fuera una plaza fuerte sitiada, necesitaba para defenderse un rigor mucho mas severo que ninguno de los que han establecido las leyes militares. Aristóteles, á quien no se acusará de excesiva blandura para con los esclavos, decia: «Los bárbaros castigos impuestos á los ilotas, los convierten en otros tantos enemigos y conspiradores,» y es cierto que sin cesar estaban conspirando. Ya les veremos sacar partido de todos los peligros de los lacedemonios.

Los espartanos, tribus, asambleas, senado, reyes.

El espartano no está completo sin el ilota. Combate, se ejercita ó delibera; pero así que deja el campo de batalla, el platanisto ó el consejo, ya ha terminado su tarea: de este modo tiene el solaz que Aristóteles exigia para el perfecto ciudadano. A fin de que se encuentre siempre dispuesto al servicio de la ciudad, esta le prohibe toda ocupacion doméstica, aun en aquellos momentos en que para nada le necesita; por lo cual es indispensable que el ilota trabaje en su lugar, y le alimente con la mitad del producto de sus tierras. Suprimid al ilota, y desaparece el espartano; porque las leyes de Licurgo caerán así que el hacha y el rastro sustituyan la lanza en las manos de los dorios, así que

(1) M. Wallon. *Estudios sobre la criptia.*

olviden la guerra por la agricultura y el comercio. El trabajo de los unos, es consecuencia del ocio de los otros. Por este motivo la esclavitud fué hasta el último momento la condicion necesaria de la existencia de la misma Esparta, y se agravó á medida que, decayendo esta, se hizo mas recelosa.

Pero el mismo espartano conserva su título y su rango sino bajo dos condiciones; es menester que se someta á la severa disciplina de Licurgo, y que proporcione el contingente que la ley le señala para las comidas públicas. Si no cumple con sus obligaciones queda privado de sus derechos. Todo espartano tiene su parte asegurada en el gobierno, sea como rey, como senador ó como simple ciudadano. El gobierno de Esparta es efectivamente democrático; es decir que los espartanos, considerados solos, forman una sociedad de individuos iguales; pero si se considera todo el imperio de Esparta, es una aristocracia con asomos de oligarquía; tan grande es la desproporcion que hay entre la masa de sus habitantes y el número relativamente mucho menor de los que gobiernan (1).

A mas de que, como he dicho, todos los espartanos eran iguales, Licurgo quiso tambien que estuviesen estrechamente unidos por una especie de fraternidad de armas. Dividiolos ó mejor conservó la division en tres tribus hermanas: hileos, dimanos, y panfilios, que solo se distinguian por el privilegio que tenia la primera de poseer la familia de los reyes. Cada tribu fué dividida en 10 secciones, llamadas obeos, y estos subdivididos en 30 *triacadas*, que componian 30 obeos y 900 triacadas. Cada triacada comprendia 10 familias, de cuyas cifras resultaba el número de 9000, que fué el de los lotes de tierra destinados á los espartanos, y el de los ciudadanos en estado de llevar armas.

Todos los meses á la luna llena se reunia la asamblea pública, en la cual la misma influencia legal tenia un heráclida que el último de los ciudadanos. Esta asamblea votaba, sin deliberar,

(1) Mrs. Wallon, *Historia de la esclavitud*, etc., t. I, cap III, pág. 108, cree que cuando la batalla de Platea habia unos 8000 espartanos, ó sea, contando las mujeres y los niños, 31,400 personas, 120,000 periecos y 220,000 ilotas; de lo cual resulta que la poblacion dominada era diez veces mayor que la clase dominante. El cálculo de Clinton, (véase nuestro cap. I,) es muy diferente; pero está fuera de duda la enorme desproporcion que existia entre las dos clase

contestando *si ó no* á las proposiciones que los magistrados la presentaban. Solo al cabo de mucho tiempo se introdujo el uso de la discusion y de las enmiendas, y aun entonces fué necesario que el orador obtuviese de los magistrados permiso para hacer uso de la palabra. Despues hubo la asamblea grande y la pequeña: esta se reunia para hacer los nombramientos de magistrados y sacerdotes, aquella para resolver las cuestiones, así de paz como de guerra, los cambios que debian introducirse en la constitucion, y la sucesion al trono vacante.

Sobre esta asamblea se instituyó un senado, segun la verdadera acepcion de la palabra γερουσία. Era de institucion democrática, puesto que no exigia en sus individuos condiciones de nacimiento ni de fortuna; pero tenia algo de aristocrático, puesto que para entrar en él, era preciso tener 60 años. Precisamente á causa de esta condicion rigurosa que solo daba acceso á los ancianos, tuvo aquel senado un espíritu propio que se observa en la política habitual de Esparta, donde dominan la lentitud, la circunspeccion, una prudencia excesiva á veces y tanta desconfianza respecto á los hombres como respeto á la fortuna.

Componíase el senado de 30 individuos, uno por cada obeo; entre ellos estaban los reyes que representaban cada uno el suyo, pero sin mas privilegio que el de un voto preponderante concedido al rey Agida. El senado deliberaba acerca de las proposiciones que se debian presentar á la asamblea; juzgaba al criminal y ejercia parte de las funciones censoriales que despues fueron invadidas por los éforos. Era singular el modo de elegir á sus individuos: desfilaban todos los candidatos por delante del pueblo, y este saludaba á sus predilectos con aclamaciones mas ó menos ruidosas. Unos ancianos, encerrados en un cuarto inmediato, desde donde podian oir pero no ver, declaraban cuales habian sido los saludos mas entusiastas, y los individuos á quienes se habian dirigido eran declarados senadores. Su cargo era vitalicio y ellos inamovibles é irresponsables; circunstancias que contribuian á darles carácter aristocrático, porque no hay nada mas opuesto á la democracia que una funcion política conferida para toda la vida, y una asamblea que no deba volver á la multitud.

Los dos reyes se conservaron. Acabamos de ver á cuan estre-

chos límites estaba reducida su influencia, así en el senado como en la asamblea, y solo dejándola así limitada consiguió Licurgo salvar los tronos de Esparta, cuando en todas partes sucumbian. Sujetos al mismo régimen y al mismo traje que los simples ciudadanos, solo se distinguian de estos por sus prerogativas, entre las cuales habia algunas que recordaban el realismo heróico.—Tienen el mando del ejército en el que los sigue una guardia de 100 hombres, y fuera de la Laconia ejercen un poder casi absoluto (1). Por esto son partidarios acérrimos de la guerra; porque en el campamento se encuentran libres de las trabas que en la ciudad les amolestan. Si no son muy grandes sus prerogativas públicas, el pueblo en cambio respeta en ellos á los descendientes de Hércules, y considera como punto religioso la conservacion de su dinastía y su título. Esparta creia que no la habia de faltar el apoyo de los dioses, mientras reinasen en ella los heráclidas. Por esto son los guardianes de los oráculos y hacen de intermediarios entre la ciudad y el templo de Delfos; en union con los oficiales pitios, al servicio de su persona. En los dias primero y séptimo de cada mes, el Estado les da una víctima, y como sacerdotes de Júpiter, hacen sacrificios en las ceremonias públicas, á nombre de todos los ciudadanos. Correspóndeles siempre porcion doble, no porque coman doble que los demás, sino como manera de honrarles y para que puedan ofrecer su mesa á las personas que sean de su agrado. Dáseles tambien un cerdo de cada cria, para que no carezcan de víctimas, cuando sea preciso consultar la voluntad de los dioses. Todo el mundo permanece en pié delante de los reyes, á excepcion de los éforos, que toman asiento; y tienen el sitio de preferencia en todos los sacrificios públicos que hacen los ciudadanos. Renuevan todos los meses el juramento de fidelidad á las leyes de la república. Con motivo de su muerte hay diez dias de luto público; con el de su advenimiento se hacen fiestas y quedan perdonadas todas las deudas contra el Estado.

No hablo aquí de los éforos, que se encuentran en otros pue-

(1) Tambien con el tiempo fué menos grande este poder: primero, cuando los éforos mandaron al ejército dos de sus cólegas; despues cuando en toda expedicion iba al lado del rey un consejo de diez espartanos.—El poderío real era considerable.

blos dóricos, y cuyas atribuciones muy oscuras, que al principio se limitarian sin duda á la vigilancia de los mercados, debieron de acrecentarse considerablemente hasta «obligar á los reyes, dice Polibio, á que les respetasen como padres.» Eran en número de cinco, y elegidos de nuevo todos los años de una extraña manera, que permitia llegar á aquel puesto al último de los ciudadanos. Su creacion la hace remontar Aristóteles á un siglo despues de Licurgo, en tiempo de los reyes Teopompo y Polidoro. Mas adelante me ocuparé de ellos. A esta misma época se atribuye una ley que autorizó al senado para casar los fallos de la asamblea, cuando habia votado mal; autorizacion que corroboraba el carácter oligárquico del gobierno espartano.

Disposiciones referentes à la propiedad y à la poblacion.

Hasta aquí no hemos visto cosa alguna que pertenezca exclusivamente á Licurgo ó á Esparta. La mente del legislador se descubre mas bien en las instituciones que hacen referencia á la vida privada. El principio que en ellas domina es el mismo de toda la antigüedad: el ciudadano nace y vive para el Estado. Su tiempo, sus fuerzas, sus facultades, al Estado son debidas. Pero en ninguna parte se aplicó este principio con tanto rigor como en Esparta. Con él, enlazó Licurgo todas las antiguas costumbres que no le eran opuestas, y todas las innovaciones que introdujo.

Habia hecho un repartimiento por igual de las tierras; pero se guardó muy bien de conceder á los espartanos todos los derechos que en los demás paises están anexos á la propiedad. En rigor se puede decir que el derecho de propiedad no existia en Esparta; porque lo que realmente constituye la propiedad, es el derecho de disponer arbitrariamente de los bienes. Esta libertad no la tenia el espartano; sus lotes de terreno, eran, como entre los judíos, inconmutables. La ley judía permite enajenar el lote, salvo el restablecer las cosas en su primer estado al llegar el jubileo; entre los espartanos fué prohibida toda enajenacion de patrimonio. Ni siquiera podia el padre hacer partes de su herencia, ni disponer de ella en su testamento: era preciso que la dejase á su primogénito ó primogénita.

De este modo la libertad del ciudadano, considerado como pro-

pietario, está herida en lo mas vivo; pero queda asegurada la inmovilidad al estado de los terrenos.

Lo mismo sucede en cuanto al estado de la poblacion, merced á ciertas medidas que deben conservar al mismo nivel el número de los ciudadanos. La idea predilecta y constante de los legisladores y políticos de la antigüedad, consiste en que la ciudad conserve siempre exacto su cuadro, sin permitirla modificacion alguna, ni en mas ni en menos. Al exceso de ciudadanos opone Licurgo como remedio, la exposicion de los niños débiles ó mal conformados; á bien que en un pueblo reducido y guerrero, los combates bastan y sobran para limitar la poblacion, y lo que mas debe procurarse es evitar que se extinga. A este peligro responde el legislador con las penas impuestas á los célibes, y con la especie de deshonra que cae sobre los ciudadanos sin hijos. Preséntase un dia ante una asamblea el general Dercílidas, hombre de gran reputacion, y el antiguo guerrero se admira de que un jóven lacedemonio permanezca sentado en su presencia, contra la costumbre; pero este le contesta: «Tú no tienes hijos que puedan un dia tributarme esta honra;» y nadie lo censuró. Algun tiempo despues, el gobierno señaló recompensas á los ciudadanos que tuviesen mas hijos, y fomentó las adopciones y los matrimonios entre las herederas ricas y los ciudadanos pobres. Los reyes, que debian sancionar todas las adopciones y disponian de la mano de las huérfanas, cuando el padre habia muerto sin manifestar su voluntad, pudieron, durante algun tiempo, salvar de la indigencia á ciudadanos útiles é impedir la acumulacion de muchas riquezas en pocas manos.

Educacion de los niños; mujeres espartanas.

Resulta pues que todo ciudadano es deudor á la patria de los hijos que tener pueda, y esta deuda es tan real y verdadera, que los hijos pertenecen mas á la ciudad que al padre. Desde el seno materno, cae el niño espartano en manos del Estado: el mismo padre tiene obligacion de exponerlo en la Lesquea, sitio de reunion de los ancianos. En vano será que trate de salvar á su hijo: si los ancianos lo dan por débil ó mal constituido, se le precipita desde la cumbre del Taigeto, y el pobre niño es castigado de muerte al primer dia de su vida, solo porque no prome-

te ser bastante robusto para soldado. ¡Cruel y monstruosa práctica, que políticos y filósofos, empezando por Platon y Aristóteles, aceptaban como necesaria!

Despues de este terrible exámen acerca de los que han de ser sus miembros, el Estado devuelve el hijo al padre y se lo deja hasta la edad de siete años, que es cuando se apodera de él para no soltarlo, y desde aquel instante la vida del niño no es mas que un largo aprendizaje de la paciencia y del dolor. Inmediatamente queda clasificado entre las *bandas* dirigidas por maestros escogidos entre los mas valientes, bajo la vigilancia de un magistrado que se llama *pedónomo*. Se le ejercita en la lucha, en la carrera, en el manejo de las armas, en todo lo que puede dar fuerza y agilidad al cuerpo, valor y paciencia al ánimo. «Difícilmente encontrareis, dice Jenofonte, hombres mejor constituidos y mas ágiles de cuerpo que los espartanos; lo mismo se aplican al ejercicio de las manos, que al del cuello y las piernas.» Nada de calzado para ellos; un mismo traje para el invierno y el verano; su lecho son cañahejas cortadas por ellos mismos en el Eurotas; su alimento escaso, á fin de que se vean obligados á adquirirlo con engaño y destreza para satisfacer su apetito. Extraño es ver enseñar de esta manera el robo; pero no debe llamarse tal, si se atiende á la comunidad que une á los espartanos. El que se deja coger es castigado, no por culpable, sino por torpe. Cuando en la guerra quieran engañar al enemigo, se acordarán de las mañas que emplearon cuando niños para proporcionarse el alimento. Uno de ellos que habia robado un zorro jóven, sintió ruido de gente, y lo escondió bajo su vestido antes que ser descubierto y prefirió dejarse roer el vientre y las entrañas sin exhalar un grito. Para hacerles sobrellevar los sufrimientos, los sometian á rudas pruebas, como hacen aun hoy dia los indios del Nuevo Mundo; los azotaban ante el altar de Diana, y se establecia entre ellos la competencia sobre quién soportaria mas dolor: de modo que se vió caer á algunos muertos sin que con un solo gemido revelasen sus sufrimientos.

Además de estos ejercicios se dedicaban tambien á tocar la flauta y la lira, y á cantar himnos religiosos ó poesías guerreras. Homero, Tirteo, toda poesía varonil, propia para elevar y fortalecer el ánimo era altamente estimada; así como estaban

prohibidos los versos de Alceo que habia cantado vergonzosamente su fuga y su escudo abandonado al enemigo. Despues de su abnegacion por la patria, la virtud que mas se les procuraba inculcar era el respeto á la ancianidad: cosa la mas necesaria en una poblacion donde casi todos los magistrados eran ancianos, y donde la ley que no estaba escrita debia salir de boca de ancianos. Creian obedecer á los dioses honrando á aquellos que la divinidad habia considerado acreedores á una larga vida. Sucedió un dia en el teatro de Atenas, que un viejo buscaba asiento entre la muchedumbre, y recorria los bancos, rechazado por unos, escarnecido por otros. Repararon en él unos diputados lacedemonios, y le hicieron sentarse entre ellos. «Ya veo, dijo entonces el anciano, que los atenienses conocen lo bello; pero veo tambien que solo los lacedemonios lo practican.»

Los jóvenes eran admitidos en el ejército á la edad de veinte años, y hacian el servicio dentro ó fuera de su patria. A los treinta años se casaban y ejercian los derechos de ciudadano. A los sesenta concluian su carrera militar, y entonces se dedicaban á la administracion de los negocios públicos y á la educacion de los niños.

No se crea que fuese mas suave la educacion de las lacedemonias. En vez de acostumbrarlas á hilar lana y á la vida sedentaria, Licurgo dió á las esclavas el cuidado de preparar los vestidos, y solo quiso de las jóvenes espartanas que pudiesen á su tiempo dar á luz hijos robustos para el Estado. Con esta mira estableció para ellas, lo mismo que para los hombres, ejercicios corporales, carreras, luchas; y á ellas se entregaban á presencia de los ciudadanos, casi sin mas velo que el de su virtud. Esta educacion que las criaba sanas y robustas, elevaba sus sentimientos y su valor. «Vosotras las lacedemonias sois las únicas mujeres que mandais á los hombres, dijo un dia una extranjera á la mujer de Leónidas; y esta contestó: Es que tambien somos las únicas que damos el ser á hombres.»

Esparta queria ser el único objeto del cariño de sus hijos; y para conservarlo íntegro, habia procurado en lo posible destruir por medio de sus leyes el amor del padre hácia el hijo, y hasta condenó el del esposo á la esposa. Era vergonzoso para el hombre el presentarse en compañía de su mujer, y que le

viesen entrando ó saliendo de su habitacion. Sin embargo de esto, á la mujer espartana se la trataba con respeto; y en los buenos tiempos de Lacedemonia dió repetidas pruebas de una grandeza y elevacion de carácter que la colocan en digna rivalidad con la matrona romana. Un jóven soldado enseñó su espada á su madre, diciéndola: «Muy corta es;» y ella le contestó: «Avanza un paso mas.» Otra madre, al entregar el escudo á su hijo que partia para la guerra le dijo: «Vuelve encima ó debajo; (es decir, mata ó haz que te maten); pero nada de deshonra; mas vale la muerte.»

Disposiciones contra el lujo; ociosidad; ignorancia.

Licurgo quiso que los espartanos tuviesen costumbres austeras. Quiso que no hubiese lujo, y dió buena cuenta de él con su pesada moneda de hierro que para muy reducidas sumas necesitaba ser trasportada en carros (1). Lo que hizo contra el lujo hizo tambien contra el comercio que lo lleva consigo. Si algunos extranjeros hubiesen anunciado ideas nuevas, se les habria prohibido entrar en Esparta, excepto en ciertos dias (2). Tampoco podia un espartano viajar sin permiso de los magistrados, y habia pena de muerte contra el que se establecia en país extranjero.

El mismo objeto se propuso con la institucion de las comidas en comun á las que debia asistir todo espartano, inclusos los reyes, so pena de perder sus derechos políticos, á menos que el ausente no tuviese la excusa de algun sacrificio, ó de una cacería prolongada que prometiese á los comensales un presente para el festin. Estas comidas, llamadas *fidicias*, eran sobrias (3) cada uno presentaba un contingente igual de harina de cebada, vino, que-

(1) Esta prohibicion debió ser posterior á Licurgo, puesto que en aquella época aun no habia moneda en la Grecia.—Véase el cap. VII.

(2) Herodoto no conoce mas que dos hombres que hayan obtenido derecho de ciudadanía en Esparta: el adivino Tisamenes y su hermano.

(3) Hay que notar, sin embargo, que los espartanos solian comer mucho. Segun las cantidades que presenta Tucídides, IV, 16, la racion diaria de un hoplita lacedemonio era como sigue: 2 jenices de harina=2 litros, ó en kilog. 1,626, que daban 1,839 de pan, con mas 2 cotilos de vino,=0 lit.,54 y un pedazo de carne; que excede á la racion del soldado francés, pues carece de vino y solo percibe 750 gramos de pan. Los antiguos comian mas que nosotros porque necesitaban mas sus fuerzas corporales.



so, higos y alguna corta cantidad en metálico para los condimentos. Solo podia añadirse á esto el producto de la caza, ó una porcion de las víctimas inmoladas á los dioses. El que por su extremada pobreza no podia contribuir con algo, quedaba excluido. Su plato de preferencia era aquel guiso negro que hizo torcer el gesto á Dionisio, tirano de Siracusa. «Algo le falta;» le dijo el cocinero que se lo habia preparado; ¿Qué es? preguntó él; y el otro le replicó: «Que os hubieseis bañado en el Eurotas.» A estas comidas asistian tambien los viejos y los niños; en ellas se relataban con elogio las acciones plausibles, y se condenaban las vergonzosas, estimulándose unos á otros con dichos graciosos y picantes (1).

Esta costumbre mantenia entre los espartanos una confraternidad que dejaria admirados á nuestros mas atrevidos utopistas que toman por cosas nuevas lo que lleva ya dos mil quinientos años de fecha. Todo ciudadano podia castigar á los hijos de otro. En caso necesario era permitido tomar prestados de un vecino los esclavos, los perros de caza, y los caballos, á condicion de devolvérselo todo en el mismo lugar y estado. Los espartanos llevaron el principio de la comunidad de bienes hasta un extremo admirable para Jenofonte; pero que repugnaria extraordinariamente á nuestras ideas sobre la santidad de los lazos de familia, si bien en Esparta la existencia de la familia era por el mismo estilo que la de la propiedad.

Fuera de la guerra y sus ejercicios preparatorios, las únicas ocupaciones del espartano son la caza y la conversacion en los sitios públicos, donde se acostumbra á aquel lenguaje breve y compendioso que ha tomado el nombre de *laconismo*. Cuando ha cumplido sus deberes para con la patria, como desprecia la industria, el comercio y todo trabajo manual; como no se ocupa de filosofía, de bellas artes, ni de literatura, si bien aprende algunos versos y un poco de música (2); se entrega á su preciosa ociosidad que él considera como el privilegio del hombre libre. Dícese

(1) Las mesas comunes las vemos, no solo en Creta, sino en Megara, en Corinto y hasta entre los enotrios de Italia. Arist., *Polit.* VII, IX, 3. El uso las conservó en Atenas para los pritanos. Platon dice que eran hijas de la necesidad.

(2) Tenian á gala el no conocer ciencia alguna; generalmente no sabian leer ni escribir, y raras veces contar. (Isócrates, *Panath.*; Platon, *El primer Hipias*).

que estando en Atenas un espartano, oyó decir que un ciudadano de aquella ciudad acababa de ser condenado á una multa por ocioso. Sorprendióle mucho la noticia, y solicitó que le permitiesen ver al individuo á quien se castigaba por haberse portado como hombre, despreciando, dijo, las artes mecánicas y las tareas serviles que si proporcionan la riqueza, tambien envilecen.

Pero preciso es convenir en que aquella ociosidad y aquella vida uniforme no daban á los espartanos el ingenio, la habilidad, el atrevimiento, los numerosos recursos, y el don de gentes que poseían en alto grado los atenienses. Eran en extremo supersticiosos, y no habia para ellos obstáculo pequeño, como se ve en sus guerras: un sitio, el mar, todo lo que no les es habitual los tiene desorientados al instante. En Platea tuvieron que esperar á los atenienses para forzar las trincheras de Mardonio; los sitios que ellos ponen alcanzan una duracion homérica: díganlo Ira é Itoma.

Organizacion militar.

La organizacion militar de los espartanos fué admirada en la antigüedad por hombres tan entendidos como Tucídides y Jenofonte. Una disciplina rigurosa, una gerarquía perfecta desde el rey hasta el simple jefe de fila; una regularidad de movimientos intachables, el aspecto imponente y terrible de aquellos hermosos hombres, con sus fisonomías graves é inmóviles, de aquellas picas erizadas, de aquellos trajes de escarlata que usan los guerreros, de sus cascos y escudos de cobre que brillan con fulgor sombrío, de sus batallones que avanzan al son de las flautas con paso lento ó precipitado, pero irresistible, arrancan á Jenofonte este grito de admiracion: «Creeríais que solo la república de Esparta ha producido verdaderos soldados, mientras que el arte militar ha permanecido en la infancia entre la mayor parte de las naciones.» Para que sus virtudes guerreras fuesen mas indispensables, Licurgo habia prohibido que se fortificase Esparta: sus únicas murallas debian ser los pechos de sus hijos.

Hay quien pretende, sin embargo, que Licurgo intentó moderar el belicoso ardor de los espartanos; que les prohibió hacer la guerra durante ciertas fiestas, y que estableció treguas sagradas. Cuando menos, les dió consejos muy prudentes para la guerra,

como por ejemplo los siguientes. «No hacer mucho tiempo la guerra á un mismo pueblo,» para que no aprenda á guerrear bien. —«No perseguir hasta muy léjos al enemigo vencido:» esto es cobarde y algunas veces peligroso.—«No despojar á los muertos antes de que termine el combate:» esto es imprudente.

La constitucion de Licurgo era sobre todo muy propia para hacer héroes, y en efecto los hizo. Servir á la patria y morir por ella: hé aquí la mas alta ambicion de los espartanos. *¡Victoria ó muerte!* hé aquí su grito de guerra; el honor era su ley suprema. «Lo que mas admiracion causa en Licurgo, dice Jenofonte, es que supo hacer preferible una honrosa muerte á una deshonrosa vida. Este gran legislador miró por la felicidad del hombre valiente y entregó al cobarde á la infamia. En otras repúblicas, cuando hay un cobarde todo el mundo se contenta con llamarle así, pero él sigue deliberando en la plaza pública con el hombre valiente, se sienta junto á él, y con él lucha. En Lacedemonia seria vergonzoso comer en compañía de un cobarde ó acompañarse con él en los ejercicios. En el juego de pelota, se ve rechazado por uno y otro bando. En los salones de baile y en los espectáculos, le corresponde el último sitio. En las calles cede la acera á otros mas jóvenes que él. Su infamia recae hasta en sus hijas, que son excluidas de las mesas públicas, y no encuentran quién las quiera por esposas. Recibe mil ultrajes: vestido de harapos, afeitada la barba de un solo lado, sufre los golpes de los unos, mientras los otros se apartan de él con horror. Sabido esto, ¿será de extrañar que en Esparta se prefiera la muerte á una vida condenada al oprobio y á la infamia?

Muerte de Licurgo; juicio acerca de sus leyes.

No sin graves contratiempos consiguió Licurgo establecer sus leyes. Cuando quiso introducir la frugalidad en las comidas públicas, los ricos, acostumbrados ya al lujo y á los excesos, promovieron una sedicion y querian matarle á pedradas; persiguiéronle hasta dentro del templo, y llegaron á herirle de cuyas resultas perdió un ojo. Triunfaron, sin embargo, el patriotismo y la idea de los peligros que corria la ciudad con aquellas turbulencias, y sus leyes fueron aceptadas.

Dícese que desde aquel momento hizo jurar á los reyes, á los

senadores y á todos los ciudadanos, que no las alterarian en un ápice hasta su vuelta. Entonces partió á consultar el oráculo de Apolo, quien le contestó que Esparta eclipsaria la gloria de todas las demás ciudades mientras observase sus leyes. Licurgo envió á Lacedemonia la respuesta del oráculo, hizo un nuevo sàcrificio, abrazó á sus amigos y á su hijo, y para que sus conciudadanos permaneciesen fieles á su juramento, se dejó morir de hambre.

El mejor comentario de las leyes de Licurgo es la historia de Esparta; léase, y se juzgará del árbol por sus frutos.

Licurgo, y comprendo bajo su nombre todas las leyes de que acabo de hablar, sin entrometerme en si son ó no suyas por completo; lo habia combinado todo con rara sagacidad, para que Esparta permaneciese incólume y su constitucion fuese eterna. Pero hay un gran enemigo de las cosas que quieren ser eternas en este mundo; el anciano de cabeza calva y barba blanca que la antigüedad representaba armado de una hoz. Los legisladores y los poetas no se avienen á contar con él; dicen con la mayor confianza que han levantado un edificio mas sólido que si fuese de metal; pero el tiempo sigue su marcha, y todo se derrumba (1). Esparta á lo menos arrostró el poder de largos siglos; pero fué á expensas de la libertad de los ciudadanos, á quienes mantuvo bajo la mas ruda disciplina. Larga fué su duracion; mas ninguna su vida. Porque en efecto, desde que aquella constitucion inflexible é inmoral, que hacia comunes los hijos, las mujeres y los bienes (y que por consiguiente quedaba establecida fuera de las condiciones de la humanidad) se sintió conmovida, su decadencia fué rápida, é irrevocable.

Licurgo quiso que fuesen inmóviles el hombre, el terreno, la condicion, el número y la fortuna de los ciudadanos; y por último no hubo ciudad donde fuesen mas grandes las desigualdades de clase y de riqueza.

Él habia destruido, digámoslo así, la propiedad individual para dárselo todo al Estado; y Aristóteles dice: «En Esparta el Estado es pobre; el particular rico y codicioso.»

Él habia violado las leyes de la naturaleza respecto á la suerte

(1) Esquilo dijo admirablemente: «El tiempo marcha: es un gran maestro.» (*Prometeo encadenado*, v. 981.)

y la educacion de las mujeres, para que Esparta las tuviese sanas y fuertes; y Aristóteles, censurando sus costumbres, su avidez y hasta su mismo valor, vé en su licencia una de las causas de la caida de Lacedemonia.

Él colocó á los ilotas bajo el sistema del terror, y estos á su vez se lo impusieron á sus dueños.

Él prohibió las guerras largas; pero al propio tiempo las hizo atractivas, dispensando al soldado de los deberes del ciudadano; y la guerra, la misma victoria dieron muerte á la república.

Él quitó toda libertad de accion á sus conciudadanos, señaló el empleo que correspondia á cada uno de los instantes de su vida; y Esparta acabó por ser una ciudad revolucionaria.

Él habia proscrito el oro y la plata para proscribir así la corrupcion, y despues de las guerras medas, en ninguna parte fué tan comun y tan deshonesta la venalidad.

Él desterró las artes (1) excepto la música, la danza y la poesía severa; y de esto obtuvo buen resultado. Esparta permaneció en el estado de ciudad bárbara en medio de la Grecia, un punto de sombra en la luz. Ni siquiera supo bien el arte que practicó: la guerra. En Platea y delante de Itoma tuvo que llamar á los atenienses para forzar las trincheras.

Aristóteles lo ha dicho: Lacedemonia, criada para la guerra se enmoheció en la paz, como una espada dentro de la vaina. Todas sus instituciones la enseñaban á combatir, ninguna á vivir en reposo. Paz y guerra, todo fué funesto para aquel pueblo apenas salió de la honda Lacedemonia para tomar parte en la vida comun de las naciones. Solo podia durar mientras continuase siendo una excepcion, un hecho anómalo, una monstruosidad, bella bajo ciertos puntos de vista, asquerosa bajo otros muchos. Esparta, virtud egoista y feroz, pudo en efecto satisfacer el orgullo de sus hijos y conquistar los aplausos de los que admiran la fuerza y el triunfo; pero ¿qué hizo en pro del mundo? Máquina de guerra buena para destruir, inútil para producir; ¿qué ha dejado? Ni un artista, ni un hombre de genio, ni siquiera una

(1) Prohibió su ejercicio á los espartanos; pero estos llamaban con frecuencia á los artistas extranjeros, para que levantasen templos ó esculpiesen las estátuas de sus dioses. Desde el siglo VIII, muchos artistas procedentes de Magnesia ó del Meandro esculpieron el trono colosal de Apolo en Amíclas.

ruina, una piedra con su nombre, ¡tan completa fué su muerte! Es preciso confesar, sin embargo, que aquella legislacion severa llenó de estupor á los demás pueblos; y aseguró gran nombradía á los espartanos, aun entre sus mismos enemigos. «Los lacedemonios, dijo el enviado de Atenas á Melos, no hacen sino lo que la virtud aconseja (1).» Y efectivamente, dieron un grande ejemplo de sobriedad, de disciplina y de desprecio hácia las pasiones, el dolor y la muerte. Sabian obedecer y morir. La ley era para ellos, segun la magnífica expresion de Píndaro y de Montaigne, «la reina y emperatriz del mundo (2).» Otra virtud de los tiempos antiguos debemos reconocer en ellos, virtud que yo quisiera ver mas fortalecida entre nosotros: el respeto hácia aquellos cuya cabeza han coronado los años de cabellos blancos.

Primera guerra (743-723), Aristodemo (3).

Todo pueblo recibe su carácter particular del suelo que le sustenta, y de las circunstancias que concurren á su desenvolvimiento histórico. Mientras permanece fiel á ese carácter, mientras marcha por las sendas naturalmente abiertas á su paso, es fuerte, porque obedece dócil á las influencias que comunican la regularidad y la potencia á su vida, si estas se combinan armonizadas; pero que la conturban y la aniquilan si se ponen en lu-

(1) Tucídides, V, 105; Platon. *El primer Hipias*, Polibio, VI, 48.

(2) Νόμος πάντων βασιλεύς, Herod, III, 38. Montaigne, I, cap. XXII, dice: «La reina y emperatriz del mundo.» Esparta que nos encuentra tan severos, porque creemos que todos los pueblos son responsables ante la humanidad, ha tenido ardientes defensores. Barthelemy en *Anacársis* reunió los juicios que la son favorables; defiéndenla todos los enemigos de Atenas y de la democracia. Tucídides, á quien castigó Atenas con un destierro merecido, I, 18; Jenofonte, tan odiosamente parcial con su patria adoptiva, *Hel. Agesilao; Rep. de Esparta;* Platon, soñador sublime que todavía excedió á Licurgo en cuanto á poner su república fuera de las condiciones de la humanidad, y que, sin embargo «condena en general la intencion del legislador: *Leyes*, lib. III, IV;» Isócrates, el retórico macedonio, etc. Los que son partidarios de Aristóteles no deben de haber leido el cap. VII del lib. II de su *política*. El mismo Platon es bien severo en el libro VIII de su *República*.

(3) Casi todo lo concerniente á las guerras de Mesenia está tomado de Pausanias, que siguió principalmente el poema de Riano de Creta. Por esto abunda mucho lo maravilloso en toda esta historia, que mas propiamente debe llamarse leyenda, donde es imposible separar lo verdadero de lo falso.

cha unas contra otras. En este último caso, cualquiera esfuerzo que tienda á reconducir á ese pueblo á su antigua senda, le volverá su primitiva fuerza; y esto es lo que Licurgo acababa de hacer en Lacedemonia. Infiel á sus antiguas instituciones y costumbres, hijas del mismo suelo, como los guerreros de Cadmo, Esparta agonizaba en la anarquía. Así que Licurgo reanimó su antiguo espíritu, volvió á ella la fortuna.

Desde luego se dedicaron los espartanos á sujetar á los laconios que no estaban aun sometidos, ó que habian sacudido el yugo. Bajo Teleclos y su hijo Alcamenes fueron reducidos á la esclavitud los habitantes de Egida; y en seguida los de Fárida, Gerantrea y Amiclas salieron del Peloponeso y marcharon á Italia; Helos fué arruinado completamente (860-815). En la misma época, Carilao, sobrino de Licurgo, invadió el territorio de Argos, y atacó á los tegeos bajo la fe de un oráculo: «Yo os daré, habia dicho el dios, el territorio de Tegea; podreis hollarlo con vuestra planta, bailando y medir á cordel sus hermosos campos.» El oráculo se cumplió tristemente: Carilao fué hecho prisionero; los espartanos, amarrados á las cadenas que habian llevado consigo, y se les midieron á cordel las tierras de Tegea, á fin de que las cultivasen para sus vencedores.

Estos reveses llamaron hácia otro lado el ardor de los espartanos. Al oeste de la Laconia se extendia un país casi tan vasto y mucho mas atractivo, con montañas menos elevadas y ásperas, con fértiles llanuras, particularmente la de Esteniclaros atravesada por el límpido Pamiso y «la llanura afortunada» que se extiende en suave declive hácia el golfo de Mesenia. Los heráclidas lo habian ocupado al mismo tiempo que la Laconia. Entre tanto que los compañeros de Aristodemo entraban en el valle del Eurotas, Cresfonte hacia alianza con los arcadios, casaba con la hija de su rey, y apoyado por un numeroso ejército de este pueblo, penetraba con sus dorios en la Mesenia, estableciéndose despues en Esteniclaros. Este relato era harto sencillo para la leyenda, que para explicar la enemistad de los espartanos y los mesenios, contaba que despues de la conquista, hecha en comun, de los dos países, Cresfonte se habia hecho dar, valiéndose de engaños, y con perjuicio de sus dos sobrinos, Procles y Euristenes, la Mesenia, que era mucho mas fértil y rica que la Laconia.

Habíanse convenido en echar dos bolas dentro de un vaso de agua, y en que la primera que saliese daria el derecho de elegir. Cresfonte hizo las bolas, secó al sol la de los hijos de Aristodemo, y coció la suya á la lumbre. La primera se disolvió en el agua y, como es de suponer, la suya salió á la superficie, y él eligió la Mesenia. El templo de Diana Limnátida, colocado en el límite comun de entrambos pueblos, sirvió de recuerdo á su fraternal orígen.

Con todo, la benevolencia que Cresfonte manifestó á los vencidos, irritó á los dorios, que le dieron la muerte. Su hijo Epito huyó á Arcadia. Llegado á la edad viril regresó á su país, castigó á los asesinos, y alcanzó tanta gloria, que sus descendientes, dejando el nombre de heráclidas, tomaron el de epítidas. Fueron estos los continuadores de su política, mostrándose blandos con los vencidos, amigos de la paz, y fomentadores de la agricultura y el comercio en su pueblo. Tambien hicieron el puerto de Motonea. Habian pasado ya cinco generaciones, cuando unas jóvenes lacedemonias que habian ido al templo limítrofe de Diana limnátida, fueron acometidas por varios mesenios, los cuales además mataron al rey de Esparta que queria evitarles accion tan fea. Este era el relato de los lacedemonios. Los mesenios sostenian que las supuestas doncellas no eran sino jóvenes espartanos disfrazados y con armas escondidas, que iban á degollar á los principales ciudadanos de Mesenia para apoderarse de su territorio.

A la generacion siguiente ocurrió otro disgusto. El mesenio, á quien un sacerdote lacedemonio habia robado los rebaños y asesinado al hijo, fué á Esparta á pedir venganza; mas como el rey y los éforos ni aun se dignaron escucharle, corrió furioso á ponerse en acecho en la frontera, y fué matando á cuantos lacedemonios por allí pasaban. Esparta pidió á su rey que le fuese entregado Policaris y tuvo que sufrir una negativa. Entonces amenazó con tomarse la justicia por medio de las armas; los mesenios se prestaron á someter su litigio á los anfictiones de Argos ó bien al Areópago de Atenas; no aceptaron la propuesta los lacedemonios, y rompieron traidoramente las hostilidades. Hicieron secretos preparativos, juraron no volver á Esparta sin haber conquistado la Mesenia, y se arrojaron de noche sobre An-

fea, ciudad limítrofe, que podia servirles muy bien de plaza de armas; la tomaron sin resistencia, y degollaron á sus habitantes (743).

Durante los tres años primeros no hubo mas que escaramuzas y saqueos, porque Eufaes, rey de Mesenia, quiso, antes de combatir, hacer aguerrido á su pueblo que se habia relajado en el seno de una paz prolongada. A los cuatro años presentó una gran batalla. El ardor impétuoso, pero desordenado de los mesenios, no pudo triunfar del tranquilo y ordenado esfuerzo de los espartanos: la victoria quedó indecisa. Durante el combate, los esclavos de los mesenios habian levantado á retaguardia y á los flancos del ejército una trinchera de estacas que por la noche continuaron á su frente; de manera que Eufaes y sus soldados se hallaron tan seguros como en un campo fortificado. Los dias siguientes pasaron en escaramuzas entre las tropas ligeras de ambos partidos; pero los mesenios evitaron todo combate formal;los espartanos, que no tenian medio alguno de forzar la trinchera, se retiraron á Anfea. Allí querian dar por terminada la guerra; pero los reproches de los ancianos les hicieron volver en sí, y continuaron las hostilidades.

Al año siguiente se dió otra batalla, cuyo éxito fué tambien dudoso; ninguno de los dos partidos levantó trofeos; enviáronse sus heraldos, y de comun acuerdo retiraron y dieron sepultura á sus muertos.

Así se arrastraba la guerra indecisa pero desastrosa para los mesenios, porque se veian obligados á gastos enormes para conservar guarniciones en las ciudades; sus labradores no se atrevian á cultivar los campos, cuyos frutos recogian los espartanos, y sus esclavos se les desertaban á bandadas. El hambre y, á consecuencia de ella, una enfermedad epidémica causaron entre ellos daños mayores todavía. Decidiéronse los mesenios á abandonar las ciudades del interior, y se retiraron á Itoma, en la montaña que lleva este nombre, masa aislada que domina toda la Mesenia como un castillo, y cuyas escarpadas pendientes facilitan su defensa (815 metros). Enviaron además á consultar al oráculo, que les contestó: «Echad suertes entre las jóvenes vírgenes y puras de la sangre de Epito, é inmolad una durante la noche á las divinidades infernales. Si la suerte no dá buen re-

sultado, bastará otra víctima ofrecida voluntariamente.» Designó la suerte á la hija de Licisco; pero apenas tuvo el padre conocimiento de su terrible destino, huyó con ella á Esparta. El pueblo estaba consternado. Aristodemo, uno de los epítidas, hombre poderoso é ilustre guerrero, ofreció voluntariamente su propia hija; pero esta estaba prometida á un jóven mesenio, que para salvarla sostuvo que él y no el padre tenia derecho á disponer de ella, y que además su muerte no podia satisfacer al oráculo, por cuanto la jóven era esposa y madre. Enfurecido Aristodemo con esta oposicion tan ofensiva, mató á su hija, le abrió las entrañas, é hizo patente á todos que estaba vírgen; y aun cuando este sacrificio no se consumó á intencion del dios, empezó á correr la noticia de que el oráculo estaba satisfecho; y el pueblo, persuadido de que en efecto se iba á apaciguar su cólera, celebró su reconciliacion con el cielo, por medio de alegres fiestas. Esta misma idea sembró la consternacion en el ánimo de los espartanos, y se suspendió la guerra. Aprovecharon la tregua los mesenios y celebraron alianzas con los pueblos que veian ya con recelo la ambicion de Lacedemonia, como Arcadia y Argos.

Seis años trascurrieron así, antes de que el rey de Esparta Teopompo se atreviese á conducir un nuevo ejército contra Itoma. Eufaes cometió la imprudencia de trabar la lucha antes de la llegada de sus auxiliares; mas á pesar de esto, duró el combate hasta la noche y la victoria quedó indecisa. Los jefes se habian citado para combates singulares: Eufaes, que atacó á Teopompo fué herido gravemente, y murió á los pocos dias sin dejar sucesor. En vano advirtieron al pueblo los adivinos Epebolo y Ofioneo, para que desconfiára del hombre que se acercase al trono manchado de sangre: Aristodemo fué elegido rey. La blandura de su gobierno le concilió el afecto del pueblo y de los grandes, y mas de una vez le ayudaron los arcadios á talar la Laconia. Los de Sicion y Argos esperaban una ocasion favorable para unírsele; ocasion que no se presentó hasta pasados cinco años. Los dos pueblos procuraron terminar por medio de una accion general aquella lucha tan prolija que los tenia fatigados; y dirigieron un llamamiento á sus aliados, que por parte de Esparta, solo produjo la presentacion de los corintios. Aristodemo apoyó el grueso de sus fuerzas en el monte Itoma, y colocó de embos-

cada entre las quiebras sus tropas ligeras que, apareciendo de súbito en lo mas récio del combate, cayeron sobre el flanco de la falanje lacedemonia, causándola pérdidas considerables.

Abatidos estos por tan sangrienta derrota, quisieron apelar á la traicion. Un centenar de ciudadanos, desterrados muy públicamente, se refugió en Mesenia; Aristodemo comprendió su intento y los rechazó diciendo: «Los crímenes de los lacedemonios son nuevos, pero sus ardides son ya muy antiguos.» No fué mejor el resultado que consiguieron en sus propósitos de romper las alianzas que los mesenios formáran con otros pueblos; pero un oráculo hizo renacer sus esperanzas. Consultando los mesenios la Pitia, habia esta contestado lo siguiente: «Los dioses darán el país de Mesenia á los primeros que coloquen cien trípodes al rededor del altar de Júpiter Itomeo.» Como el templo de esta divinidad estaba intra-muros, parecia imposible que los lacedemonios pudiesen cumplir el oráculo. Pero supiéronlo los espartanos por cierto habitante de Delfos; y uno de aquellos hizo bien ó mal cientrípodes de barro, los metió en un saco, y provisto de unas redes, á guisa de cazador, se mezcló entre los hombres del campo que entraban en Itoma, donde, llegada la noche, ofreció á la divinidad sus trípodes, y volvió á Esparta diciendo lo que acababa de hacer.

La vista de los trípodes llenó de turbacion á los mesenios: Aristodemo se propuso tranquilizarles; pero bien pronto conoció que era llegada fatalmente la hora de la ruina de su pueblo. Un dia que iba á sacrificar á Júpiter Itomeo, los carneros corrieron á chocar con sus cuernos contra el altar, con tanta violencia, que quedaron muertos en el acto. Este presagio y otros no menos amenazadores le aterraban; pero tuvo un sueño que acabó de quitarle toda esperanza. Soñó que se hallaba armado y dispuesto á marchar al combate. Sobre una mesa que tenia delante estaban las entrañas de las víctimas, cuando se le presentó su hija, vestida de negro, señalándole con un dedo su pecho entreabierto, y arrojando al suelo lo que tenia sobre la mesa, le arrancó las armas de las manos y le dió en cambio el largo traje blanco y la corona de oro con que adornaban los mesenios en los funerales á los muertos ilustres. Aquel sueño era un presagio de muerte; y Aristodemo lo realizó por sí mismo, matándo-

se sobre la tumba de su hija. Siete años habia reinado. Aun faltándoles aquel intrépido jefe, resistieron los mesenios al enemigo y al hambre; pero llegó el momento en que fué preciso ceder (723). Todos cuantos tenian lazos de hospitalidad en Argos, en Sicion, ó en alguna ciudad de Arcadia, en ellas se refugiaron. Los que pertenecian á la raza de los sacerdotes y al culto secreto de las grandes diosas, pasaron á Eleusis. Los lacedemonios arrasaron á Itoma hasta los cimientos, y se apoderaron de las demás ciudades, á excepcion quizás de Motonea y de Pilos. Exigieron de los vencidos que permanecieron en el país el juramento de no rebelarse nunca, y «encorvados como el asno bajo un peso enorme, se vieron en el duro extremo de dar á sus señores la mitad de los frutos que producian sus campos.» Hombres y mujeres fueron obligados, bajo severas penas, á ir de Mesenia á Esparta para asistir con traje negro á los funerales de los reyes y grandes personajes. «Ellos y sus esposas lloran siempre que la Parca corta los dias de alguno de sus señores. (Tirteo).»

Aquella prolongada guerra modificó en muchos conceptos la constitucion de Esparta. Para llenar los vacíos que los combates habian dejado en la poblacion, el rey Polidoro elevó á la categoría de ciudadanos á cierto número de laconios, á quienes se les hizo tomar por esposas las viudas de los guerreros. Sin embargo, los nuevos ciudadanos no fueron completamente iguales á los antiguos. Estos formaron una asamblea aparte que tuvo el privilegio exclusivo de nombrar á los senadores, y un reglamento sancionado por el oráculo de Delfos, dejó ó la asamblea general con el único derecho de aprobar ó desechar las proposiciones, sin introducir en ellas enmienda alguna.

La primera guerra de Mesenia dió tambien márgen á la fundacion de Tarento por colonos lacedemonios, que serian sin duda algunos de los nuevos ciudadanos descontentos de la escasa participacion que se les daba y deseosos de encontrar aunque léjos, una nueva patria que no les escatimase tanto la libertad. Si la expedicion fracasaba, se les debia dar una quinta parte del territorio de la Mesenia.

Decia por último la tradicion, que los éforos habian sido creados por Teopompo, cólega de Polidoro. «La guerra contra Mesenia, dice Cleomenes, no permite, por su larga duracion, que

los reyes hiciesen justicia, y estos eligieron para que los reemplazasen, á alguno de sus amigos, á quienes dieron el nombre de éforos.» Ciceron compara á estos con los tribunos de Roma; comparacion que es exacta bajo ciertos puntos de vista; porque unos y otros eran elegidos por el pueblo, algunas veces de entre las últimas clases, y tenian, como indica su nombre, el derecho de velar por la constitucion y las buenas costumbres. Mas adelante veremos (cap. XVI) el grado de poderío que alcanzaron.

Segunda guerra (685-668); Aristómenes.

Entretanto habia ido creciendo en Mesenia una nueva generacion, llena del recuerdos de las desgracias y las brillantes azañas de sus padres. Deseando ardientemente sacudir el vergonzoso yugo que pesaba sobre ella, no esperaba mas que un jefe y un momento oportuno.

Vivia entonces en Andania un jóven guerrero de la raza de Epito, llamado Aristómenes. Resuelto á remontar á su pueblo á la altura de que habia caido, no cesó de reanimar la esperanza de los desterrados y excitar la cólera de los oprimidos. Hizo que formasen causa comun con ellos los antiguos aliados de Mesenia, que eran Argos, Sicion y los arcadios. Los habitantes de la Pisátida y de Trifilia ofrecieron socorrerles. Se trató de proclamarle rey, pero Aristómenes no quiso mas título que el de general. La segunda guerra de Mesenia comenzó á los 39 años de la caida de Itoma.

La primera batalla se dió en la llanura de Derea; ninguno de los dos pueblos llevaba consigo á sus aliados, y la victoria quedó indecisa. Los combates parciales fueron mas favorables á los mesenios. Aristómenes en sus resoluciones manifestaba su ardiente valor y su audacia. Un dia partió solo, traspuso las montañas, y entró de noche en Lacedemonia, y suspendió del templo de Minerva *Calciecos* un escudo con esta inscripcion: Aristómenes á Minerva, de los despojos de los lacedemonios.» Esparta, llena de terror, consultó el oráculo de Delfos. El dios contestó que debia pedir un jefe á los atenienses. Atenas no queria contribuir al engrandecimiento de Esparta; pero no se atrevia á desoir las órdenes de Apolo. Así que, para cumplir, envió á Lacedemonia á Tir-

teo, que era un maestro de escuela, cojo, con fama de loco (1). Pero el loco era un poeta; cantó, y su enérgico canto infundió el valor en todos los corazones.

«Bello es para el valiente caer en las primeras filas de la batalla y morir en defensa de su patria. Pero no hay destino mas lamentable que abandonar su ciudad, sus fértiles propiedades, y andar mendigando por el mundo, llevando en pos una madre querida y un anciano padre y niños de corta edad y una legítima esposa.

«Luchemos con valor por este suelo, y muramos por nuestros hijos. No seais avaros de vuestra sangre, jóvenes guerreros, abrigad en vuestro pecho un corazon grande y valeroso, y no abandoneis á vuestros mayores, esos veteranos, cuyas piernas perdieron su ligereza; porque es vergonzoso ver caido al suelo en presencia de hombres jóvenes, á un soldado viejo, cuya cabeza ha encanecido ya, y que exhala en el polvo su alma generosa, sosteniendo con sus manos las ensangrentadas entrañas y las carnes despedazadas. Mientras dura la preciosa flor de la juventud, el guerrero es objeto de admiracion; y es bello tambien al caer en las primeras filas de la batalla.»

Estas ardientes frases valian mas que la fria experiencia de un jéfe entendido. Hay que advertir, sin embargo, que Esparta recibió socorros mas materiales, enviados por Corinto y los lepreatas enemigos de Elis; pero los mesenios desterrados volvieron á su patria acompañando á los sacerdotes que antes se habian refugiado en Eleusis. Todo el Peloponeso, menos los aqueos, iba á tomar parte en aquella lucha suprema. Un año despues de la batalla de Derea, sostenidos los mesenios y los espartanos por todos sus aliados, trabaron otro combate en el llano de Estenicláros, junto al monumento del Jabalí. Aquel dia el admirable valor de Aristómenes aseguró la victoria á los mesenios. Ni un espartano hubiera escapado con vida, «á no ser por Cástor y Pólux que detuvieron á Aristómenes cuando los iba persiguiendo, y le hicieron perder el escudo.» Cuando el vencedor volvió á Andania, las mujeres cubrian de flores su camino, y cantaban: «Por entre

(1) Casi todos los escritores antiguos lo dan por ateniense; algunos le tienen por milesio. Sus elogios están en dialecto jónico.

los campos de Esteniclaros y hasta la cumbre de la montaña, Aristómenes ha perseguido ó los lacedemonios.»

Abandonado sin duda de los aliados despues de aquel triunfo que rechazaba al enemigo á su valle del Eurotas, Aristómenes continuó persiguiéndole, y desconcertando á todos sus espías con sus marchas rápidas é imprevistas. Una tarde, al caer el sol, entra en Laconia, se dirige á Fárida, la saquea y se vuelve con el botin. Encuentra en su camino á Anaxandros, rey de Esparta, con sus hoplitas y los dispersa. Hubiera atacado á la misma Esparta, si Elena y sus dos hermanos los dioscuros, no se le hubiesen aparecido en sueños, disuadiéndole de este propósito. En otra ocasion, robó en Caries á las jóvenes que estaban bailando en coro en honor de Diana, y solo las entregó en cambio de un crecido rescate. En Egila no consiguió tan buen éxito. «Allí tiene Ceres un templo muy venerado. Sabiendo Aristómenes y los suyos que las mujeres estaban celebrando la fiesta de la diosa, trató de sorprenderlas; pero ellas, animadas sin duda por la misma Ceres, hirieron á la mayor parte de los mesenios con los cuchillos y los hierros que las servian para los sacrificios. Deslumbrado Aristómenes con la luz de las antorchas, fué cojido prisionero y cargado de cadenas. Pudo escapar sin embargo aquella misma noche; pero Arquimadia, sacerdotisa de la diosa, fué acusada de haberle proporcionado la fuga, arrastrada por el amor que desde largo tiempo le profesaba.»

Y ya que estamos narrando mas bien una leyenda que una historia, vamos á hacer mencion de otro rasgo poético. Cae un dia Aristómenes en manos de siete cretenses que estaban al servicio de Esparta, y se detienen á pasar la noche en una casa, donde habitaba una jóven que la víspera habia soñado que daba libertad á un leon encadenado por unos lobos. Antójasela en su sorpresa, que Aristómenes es el leon y sus indignos guardianes los lobos. Embriaga á estos, y rompe las ataduras del héroe; este da muerte á los cretenses y casa á la jóven con uno de sus hijos.

Entre tanto Tirteo desempeñaba como poeta las funciones de general; sus órdenes eran cantos de guerra, y al mismo tiempo lecciones de disciplina y de táctica.

«¡Ea, hijos del invencible Hércules, alentad; Júpiter no os ha abandonado. No temais á los soldados por su número. No tem-

bleis... Los que tienen ánimo para permanecer unidos y apretados unos contra otros, y atacar de cerca la primera línea enemiga, estos mueren en menor número y protegen al pueblo que les sigue... Vergüenza para el que cae muerto en el polvo atravesada la espalda por la acerada lanza. Permanezca firme el guerrero, abiertas las piernas; posando sólidamente ambos piés en el suelo; mordiéndose el labio y cubierto el pecho con un ancho escudo. Blandiendo con la diestra una robusta lanza, agite sobre su frente un penacho terrible; manténgase al alcance de los dardos; pero aprenda á combatir en medio de las atrevidas obras de Marte; persiga al enemigo de cerca con su larga pica; hiérale con su espada, y hágale prisionero. Pié contra pié, escudo contra escudo, penacho contra penacho, casco contra casco, pecho contra pecho, luchemos con espada ó lanza en la mano. Y vosotros, soldados de las tropas ligeras, cubiertos todos con el escudo, derribad al enemigo con ponderosas piedras, y lanzad contra él afilados dardos sin apartaros de las panóplitas.»

Al mismo tiempo que restablecia Esparta la disciplina en sus ejércitos, preparaba la victoria por medio de una traicion. Aristócrates, rey de los arcadios, se dejó ganar con dádivas y prometió hacer defeccion en la próxima batalla. Esta se verificó cerca de un sitio llamado la Hoya grande, y se peleaba en ella con ardor, cuando retirándose Aristócrates con sus soldados, dejó descubierta la izquierda de los mesenios, que en su consecuencia vieron en un instante desordenadas sus filas. Aristómenes, á pesar de muchos prodigios de valor, tuvo que ceder; y la causa de Mesenia se hundió con aquel sangriento desastre. Retiráronse al monte Ira así como en la guerra anterior habian ido al monte Itoma. Para que el hambre los acabase, convirtieron los espartanos la Mesenia en un desierto, y prohibieron á los labradores laconios de los cantones limítrofes, que cultivasen sus campos hasta la terminacion de la guerra. Esta prohibicion fué causa de hambre en la misma Esparta, y estallaron rebeliones que apaciguó Tirteo, cantando la concordia y la obediencia á las leyes.

Pero Aristómenes no queria dejarse encerrar en Ira. En cierta ocasion salió de noche con los 300 hombres escogidos que le acompañaban siempre, y caminó con tanta prisa, que antes de salir el sol estaba en Amiclas. Entró en su recinto, la saqueó, y ya

se habia retirado, cuando llegaron los socorros enviados de Esparta. En otra expedicion le sorprendieron los dos reyes de Lacedemonia. Herido de una pedrada en la cabeza, cayó desvanecido, y fueron hechos prisioneros él y cincuenta de sus compañeros. Todos fueron precipitados á un abismo donde se arrojaba á los malhechores, y murieron hechos pedazos; pero al llegarle el turno á Aristómenes (segun dice la leyenda que extractamos), le sostuvo en su caida un águila con las alas extendidas, de manera que llegó al fondo, sin recibir ningun daño. Tres dias permaneció en el abismo, envuelto en su capa, esperando la muerte. Por fin sintió un ligero ruido, asomó la cabeza, y como su vista estaba acostumbrada á la oscuridad vió que un zorro devoraba los cadáveres. Ocurriéndosele en seguida que aquel cuadrúpedo habia penetrado allí por algun paso secreto, dejó que se le acercase, le cojió con una mano, y con la otra recogió su capa para presentársela al zorro cada vez que fuese á morderle. De este modo llegaron juntos hasta una abertura que daba paso á una débil claridad, donde le soltó, ensanchó la abertura con sus manos, y regresó corriendo á Ira.

Inmediatamente volvió á emprender sus correrías, destrozó á una porcion de auxiliares corintios, y ofreció por tercera vez á Júpiter Itomeo el sacrificio llamado *hecatonfonia*, por estar reservado á los guerreros que habian dado muerte por su mano á cien enemigos. En tanto se acercaba la época fijada para la toma de Ira. El oráculo habia dicho: «Cuando un macho cabrío beba en el tortuoso Neda, dejaré de defender á los mesenios.» El rio Neda está cerca de Itoma. Para impedir que se cumpliese el oráculo, se tuvo cuidado de alejar de allí todos los machos cabríos; pero en el país se cria una higuera silvestre que se llama *tragos* (macho cabrío). Sucedió que uno de estos árboles creció horizontalmente á orillas del rio, de tal modo que el extremo de las ramas llegaba al agua. El oráculo se habia cumplido: el *tragos* habia bebido en el Neda.

Algun tiempo despues, caia la lluvia á torrentes en una noche sombría, y como en los baluartes de Ira no habia sitio á propósito para cobijarse los centinelas, se retiraron todos mientras duraba la tormenta. Un esclavo, tránsfuga de los lacedemonios, se apercibió de ello, y aprovechando la ocasion de volver á la gracia

de sus antiguos dueños, corrió á dar la noticia al campo de los espartanos. Emprendieron estos la marcha inmediatamente, con la favorable circunstancia de que, el ruido de la lluvia y los truenos, apagaba el ruido de sus pasos, y llegaron á la ciudad, sin ser descubiertos. Los primeros que los divisaron fueron Aristómenes y el adivino Teoclos, que dieron en seguida la voz de alarma. Reúnense en tropel los mesenios, suben las mujeres á los terrados, desde donde ofenden con tejas á los lacedemonios; y se prolonga tres dias la batalla, disputándose el terreno palmo á palmo, en medio de la tormenta que no cesa. Pero los espartanos estaban alentados por los relámpagos que brillaban á su derecha, lo cual era un presagio favorable, y tenian tambien la ventaja de ser mas en número. Cuando ya hubo perdido toda esperanza, Teoclos se arrojó en medio de sus enemigos, y murió matando. Aristómenès dió á entender á los lacedemonios que queria retirarse con los suyos, y nadie se atrevió á reducir á la desesperacion á aquel puñado de héroes. Aristómenes colocó á los ancianos, las mujeres y los niños, entre sus soldados y salió de Ira con la fortuna de Mesenia (668).

Pero este hombre infatigable todavía no desesperaba. Apenas se hubo retirado en Arcadia, propone á los quinientos mesenios que le quedan el marchar apresuradamente hácia Laconia y tomar á Esparta, ó á lo menos entrar en ella y salir llevándose preciosos rehenes. Acojen todos entusiasmados el atrevido proyecto, y aun se unen á ellos trescientos arcadios; pero Aristócrates, repitiendo su traicion, destruyó esta última esperanza. «Cuando los arcadios descubrieron tamaña infamia, apedrearon á Aristócrates, y estimularon á los mesenios para que hiciesen otro tanto. Estos consultaron con la mirada á Aristómenes, que bajó los ojos y rompió á llorar, los arcadios, despues de apedrear al traidor, arrojaron su cuerpo fuera de los límites de su territorio, y lo abandonaron insepulto.

Los mesenios fueron repartidos entre los ilotas; pero los habitantes de Pilos y de Motonea se metieron en sus buques y pasaron á Cilene, entre los eleos. Allí propusieron á los compatriotas suyos que se hallaban en Arcadia, que se embarcasen con ellos para ir á buscar algun país extranjero donde establecerse, y rogaron á Aristómenes que se pusiese á su frente. Contestó el héroe

diciendo que mientras alentase haria la guerra á lòs lacedemonios,y que estaba bien cierto de que aun tenia que causarles muchos males. Dióles empero por jefe á sus hijos Gorgos y Mantidos, á cuyo mando se dirigieron á Regio á donde ya se habian retirado muchos mesenios despues de la primera guerra. Dos siglos despues, Anaxilao, mesenio tambien, que llegó á ser tirano de Regio,se apoderó de Zancla ó Zanclea, en donde estableció á los descendientes de los desterrados, los cuales en memoria de la patria de sus abuelos, dieron á esta ciudad el nombre de Mesene; nombre glorioso que aun hoy dia recordamos por el de Mesina.

Poco tiempo despues estaba Aristómenes en Delfos, cuando un rey de la isla de Rodas fué á consultar al oráculo respecto á la eleccion de esposa. Habiéndole dicho la Pitia que eligiese á la hija del mas valiente de los griegos, pidió á Aristómenes su hija, por creer que no habia en Grecia quien pudiese competir con este en valentía. Accedió Aristómenes á su demanda, y se trasladó á la isla de Rodas, acompañando á su hija. Llevó consigo su ódio á Esparta, y andaba buscando aun los enemigos que podria levantar contra ella, cuando la muerte le sometió á su eterno reposo. Su pueblo conservó tanta fidelidad como él á la memoria de su perdida patria, y nunca se reconcilió con los que le habian arrebatado sus hogares, las tumbas de sus antepasados y la libertad. Todos los enemigos de Esparta, como Atenas y Epaminondas los encontraron siempre y en todas partes dispuestos á combatir contra aquel eterno enemigo; y cuando ya Esparta no existia, cuando ya no existia Grecia, los últimos mesenios seguian cantando, nueves siglos despues de la caida de Ira: «Por entre los campos de Esteniclaros, y hasta la cumbre de la montaña, Aristómenes persiguió á los lacedemonios.»

Guerras con Tegea y Argos; poderio de Esparta en 490.

Gracias á la legislacion de Licurgo y á la conquista de Mesenia, Esparta habia llegado á ser el Estado mas poderoso del Peloponeso; pero despues del grande esfuerzo que hizo contra los mesenios, tuvo necesidad de reposo. Hasta el año 620 no volvió á tómar las armas y á atacar á los tegeos, que en otro tiempo la habian causado humillantes derrotas. Esta guerra duró setenta

y cuatro años, si bien con largas interrupciones, y por espacio de mucho tiempo Esparta no hizo mas que sufrir reveses. A esta época pertenece una de esas tradiciones que tanto le gustan á Herodoto, y que con tanta gracia refiere. Consultado el oráculo por los espartanos, les contestó que vencerian cuando hubiesen trasladado á su ciudad los huesos de Orestes, sepultados en los sitios donde soplan vientos contrarios, donde el tipo choca con el antítipo, y donde el mal está sobre el mal. Aconteció que un lacedemonio llamado Licas, que fué á Tegea, entró en casa de un herrero, quien casualmente lè contó que cavando en su corral, habia dado con un féretro de muy extraordinarias dimensiones. Inmediatamente se le vino á Licas á la memoria la respuesta del oráculo : los vientos contrarios eran los del fuelle de la fragua; el tipo, el martillo; el antítipo, el yunque; el mal sobre el mal, el hierro que se forja sobre el hierro. Regresa pues á Esparta, revela á los magistrados lo que acaba de descubrir, y estos le destierran, para que nadie pueda desconfiar de él. Entonces se vuelve á Tegea, arrienda el corral del herrero, recoge los huesos, y los devuelve á su patria. Desde aquel hecho, creyeron los espartanos en la victoria, que es lo principal para alcanzarla, y vencieron en efecto. Tegea conservó sin embargo su territorio y sus leyes; pero cayó entre el número de los pueblos que Esparta arrastraba á la guerra, y solo obtuvo el estéril honor de formar una de las alas del ejército. Antes de esta guerra ó durante ella, muchos cantones, habitados por arcadios, fueron incorporados al territorio de los espartanos, que desde entonces tuvieron libre la entrada en la Arcadia.

El motivo de la guerra entre Argos y Esparta era la posesion de Tirea y de la Cinuria. En manos de los de Argos, aquel país montañoso habria sido una barrera inútil contra las excursiones de Esparta, y por otra parte les servia de punto de comunicacion con el resto de su terrritorio; puesto que poseian toda la costa oriental de la Laconia hasta el cabo Malio y las islas adyacentes hasta Citera. Para no derramar muchísima sangre, convinieron los dos pueblos hácia 547 en escoger trescientos combatientes de cada parte, siendo la Cinuria el premio del que venciese. Un dia entero duró la batalla. De los espartanos solo sobrevivió Otriades, y aun gravemente herido y con-

fundido entre los muertos; de los de Argos, quedaron dos guerreros, Alcenor y Cromio, sin herida alguna. Estos al ver que no tenian ningun enemigo delante, fueron á noticiar la victoria á sus conciudadanos. Durante su ausencia hácia Otriades el postrer esfuerzo, levantaba un trofeo con las armas de sus enemigos, y se atravesaba en seguida el pecho para no sobrevivir á sus compañeros. Al dia siguiente los dos pueblos pretendian haber salido victoriosos; de modo que fué preciso resolver la cuestion por medio de una batalla general, en la que triunfaron los lacedemonios. Los de Argos cedieron los paises disputados, y sin duda tambien la costa oriental de la Laconia que, desde mediados del siglo VI antes de nuestra era, parece formar parte del territorio lacedemonio.

Al cabo de algun tiempo se renovó la guerra con Argos; pero siempre fué el resultado favorable á los lacedemonios. En 514 su rey Cleomenes, despues de una gran victoria en que habian perecido seis mil argivos, avanzó hasta el pié de los muros de la ciudad, y prendió fuego á su bosque sagrado; la hubiera tomado indudablemente, si los niños, los ancianos, y hasta las mujeres, entusiasmados todos por la poetisa Telesilla, no la hubiesen defendido heróicamente. El mismo príncipe invadió dos veces el Atica; la primera por órden del oráculo de Delfos, para arrojar á los pisistrátidas, la segunda para establecer en aquella ciudad un gobierno aristocrático. Por último, en 491, salvando la autoridad de Esparta las plazas de la península, se extendió hasta Egina, cuyos hábitantes entregaron rehenes.

Tambien habian ocupado otro baluarte del Peloponeso, cual era Citéra, al sur del cabo Malio. Era esta una isla árida y peñascosa, donde, segun la fábula, se encontró Vénus al salir del seno de las aguas, si bien añadia que la diosa de los placeres se habia escapado muy pronto á Chipre. Los espartanos la estimaban como una buena estacion naval para los buques procedentes de Egipto y Africa. Tenian una guarnicion en su ciudadela, y mandaban todos los años un magistrado que la gobernase.

De manera que Esparta se habia apoderado por sí misma de las dos quintas partes del Peloponeso, y era temida ú obedecida en todo el resto; cuando invitaba á los pueblos á que la siguiesen en sus guerras fuera de la península, ninguno desoia su lla-

mamiento. Era la primera potencia de la Grecia, y su reputacion era conocida hasta en Asia; puesto que en tiempo del combate de los seiscientos recibieron los espartanos una embajada del rico Creso, rey de Lidia, solicitando su socorro, y ya se disponian los buques y soldados que debian enviársele, cuando se supo su derrota. A Esparta se dirigieron tambien las víctimas de Polícrates, Meandro desterrado de Samos, los jonios en su rebelion contra los persas, Platea que queria separarse de la Beocia, y por último Atenas que queria vengarse de Egina. En una palabra, antes de las guerras medas, Esparta estaba reconocida así por los griegos como por los bárbaros, como cabeza de la Hélada.

CAPÍTULO VI.

Atenas hasta las guerras medas (1).

EL ATICA Y LOS ATENIENSES.—LOS REYES.—EL ARCONTADO (1132); PODERÍO DE LOS EUPATRIDAS; DRACON (624), CILON.—SOLON Y EPIMÉNIDES.—CONSTITUCION DE SOLON (595); MEDIDAS REFERENTES Á LAS DEUDAS.—LAS CUATRO CLASES DEL PUEBLO.—ARCONTES, SENADO, ASAMBLEA DEL PUEBLO; HELIASTAS; AREOPAGO.—LEYES CIVILES.—INDUSTRIA Y COMERCIO; EXTRANJEROS Y ESCLAVOS.—LEYES REFERENTES Á LAS SEDICIONES Y Á LA REVISION DE LA CONSTITUCION.—PISÍSTRATO.—HIPIAS.—CLISTENES; EL OSTRACISMO.—PRIMERA RIVALIDAD ENTRE ESPARTA Y ATENAS.

El Atica y los Atenienses.

El reducido país que al nordeste del Peloponeso entra en forma de promontorio en el mar Egeo, flanqueado por la larga Eubea á la derecha y por las islas de Salamina y Egina á la izquierda; es el Ática: el sitio mas célebre del mundo en la historia del entendimiento humano. Está dividido en tres hoyas semicirculares, que son los llanos de Eleusis, Atenas y Maraton, cerrados completamente, en la apariencia, por las montañas y el mar; pero abiertos en todas partes por comunicaciones naturales, puesto que en varios puntos las montañas forman declives que permiten el tránsito del hombre y la abertura de caminos; de manera que en la con-

(1) Obras que deben consultarse: Plutarco, *Teseo y Solon*; Herodoto, Tucídides, lib. I; Pausanias, lib. I. etc.

figuracion del Atica hay unidad y variedad al mismo tiempo. Su superficie no llega en extension á la mitad de la que tienen los departamentos mas reducidos de Francia; su suelo, pedregoso en lo general, no da la rica vegetacion que su vecina la Beocia. Una escasísima cantidad de trigo, algo mas de cebada, higueras, vides, olivos, las abejas del Himeto (1), y las canteras de mármol del Pantélico, tal es toda la riqueza del país, si no se toma en cuenta la mas fecunda y gloriosa de todas, que es el genio de sus habitantes, genio que difiere muchísimo del carácter de los espartanos.

Es el de aquellos franco y abierto como su horizonte sin límites, que permite á la vista vagar á lo léjos por el mar Egeo; vivo y ligero como el aire sutil y refrigerante que envian las brisas marítimas; ávido de saber, atrevido é industrioso como suele ser el de los que habitan regiones que no se bastan á sí mismas (2). Los atenienses eran sobrios, gracias á la naturaleza de su territorio que no producia cosa alguna en abundancia; pero tambien tenian la sobriedad del ánimo, circunstancia mucho mas ventajosa. No se encuentra en ellos nada exagerado ni excesivo; todo es limpieza, proporcion, claridad exquisita; nada hay pesado ni falso: todo verdadero, exacto y elegante por naturaleza. Fué un pueblo de pensamientos ingeniosos y delicados, de vida activa y plena. Licurgo no hubiera realizado su política entre los atenienses; las pesadas leyes que sometian á Esparta á la inmovilidad no habrian podido obrar sobre aquellas inteligencias llenas de viveza, sobre aquellos hombres difíciles de disciplinar bajo una sola regla imperiosa; porque conocian todas las maneras de vivir. Eran mineros en la montaña, marinos en la costa, labrado-

(1) Los griegos no conocian el azúcar; la miel era para ellos un objeto de comercio importante, puesto que la empleaban en los pasteles y aun en los guisados; y además, lo consideraban como alimento necesario á los ancianos y propio para prolongar la vida. (Ateneo, II, 7; III, 25).

(2) El aire del Atica, ya lo he dicho otra vez, es de extremada transparencia, y, hay que añadir, tambien de sonoridad extremada. Allí se ve y se oye desde muy léjos; de modo que los sentidos, que son vehículos de las ideas, están constantemente despiertos y reciben sensaciones mucho mas vivas y repetidas que en otros climas nebulosos. Ciceron dice en el *de Fato*, IV, *Athenis tenue cœlum: Thebis autem crassum*. Hipócrates, *De aere*, cap. LV y Plinio, *Hist. nat.*, II, 80.

res en el llano, y tenian en sus venas la sangre mas mezclada (1), pelasgos, aqueos, jonios, tracios, eolios, quizás tambien colonos orientales, todos se habian ido á reunir en aquel punto, no como conquistadores, sino como fugitivos, y en tal proporcion numérica que ninguna de las tribus habia podido someter á las demás. Atenas fué el grande asilo de las razas helénicas, así como Roma lo fué de las razas italiotas; por cuyo motivo las dos ciudades son, cada una á su manera, la mas alta expresion, esta de Italia, aquella de la Grecia, y una y otra del antiguo mundo.

Esparta, el polo opuesto de la sociedad helénica, no hizo grandes progresos en ningun ramo: en política tomó en seguida su forma definitiva, la aristocracia. Atenas, que debia llegar hasta la democracia, tuvo que andar mas camino antes de dar con la constitucion que mejor convenia á su genio; por esto tardó mucho mas en conseguir el poderío en lo exterior.

Los reyes.

Muchas revoluciones políticas: he aquí lo que encontramos en la historia de Atenas hasta las guerras medas. Esta historia comienza propiamente en Teseo que sucedió á su padre Egeo hácia 1300; aunque ciertas instituciones como el Areópago y la division del pueblo en nobles, labradores y artesanos, fuesen quizás mas antiguas. Teseo es, digámoslo así, el patrono de Atenas, así como Hércules lo es del Peloponeso, y Quirino de Roma. Es uno de esos personajes, mitad hombres, mitad dioses, cuyo recuerdo, embellecido por la imaginacion popular, se cierne sobre la cuna de una nacion. Su historia es verdaderamente nacional en el Atica y de los pormenores maravillosos de su vida habia recuerdos en la religion, en las fiestas y hasta en el calendario de los atenienses. De aquellos nos hemos ocupado en su lugar correspondiente, en la historia fabulosa. Aquí solo insistiremos sobre el hecho político de la fundacion de Atenas como metrópoli del Atica.

(1) A pesar de lo que dice Isócrates (*Panegir*. 24, 25) de que los atenienses eran autóctonos; si bien hace notar acerca de esto el hecho curioso de que en su tiempo aun enviaban los pueblos griegos á Atenas las primicias de sus mieses, deber religioso á cuyo cumplimiento les obligaba la misma Pitia, porque en el Atica habia nacido, y del Atica habia salido la agricultura para derramarse por el resto de la tierra (*Ibid.*, 31).

«Teseo, dice Plutarco, reunió en un solo cuerpo á todos los habitantes del Atica, formando con ellos una sola ciudad. Desparramados anteriormente en muchas aldeas, era difícil congregarlos para deliberar sobre asuntos públicos, y aun muchas veces estaban en guerra unos contra otros. Teseo recorrió las aldeas para proponer su proyecto, y hacer que lo aceptasen. Los simples ciudadanos y los pobres lo adoptaron sin vacilar, y para persuadir á los mas poderosos, les prometió un gobierno sin rey y puramente democrático, en el cual solo se reservaba la intendencia de la guerra y la ejecucion de las leyes, dejando para todo lo demás en completa igualdad á todos los ciudadanos. Algunos se persuadieron en efecto, otros cedieron por miedo. Mandó Teseo derribar en todas las aldeas los pritaneos y las casas de consejo, destituyó á todos los magistrados, edificó un pritaneo y un palacio comunes en el sitio que ocupan aun hoy dia, dió á la ciudad y á la fortaleza el nombre de Atenas, y estableció una fiesta para todo el pueblo con el nombre de *Panateneas*.

»En otros términos, el Atica, dividida antiguamente en muchos estados, como las demás provincias de la Grecia, quedó refundida en uno solo, cuya capital fué Atenas. Esta revolucion, dejó sin embargo en pié las divisiones que se encuentran al comienzo de casi todas las historias: las *tribus*, las *fratrias* y las *familias*. Las tribus eran cuatro, compuestas de tres fratrias cada una, subdivididas en 30 γένη, que como las *gentes* romanas, no solo contenian hombres unidos por la sangre, sino hombres unidos por sacrificios comunes en honor del héroe ó del Dios que se suponia haber sido el antecesor de toda la raza; por el derecho á heredar los unos de los otros, á falta de herederos naturales, por la obligacion de mútua asistencia, y por la posesion de un tesoro, unos sacerdotes y unos jefes comunes. Cada *genos* contenia cierto número de *genetas* ó jefes de familia. Toda esta organizacion descansaba sobre un sentimiento que por desgracia se va debilitando en nuestra Europa: el culto de la familia, la veneracion á los mayores. Atenas consideraba como una calamidad pública la extincion de una sola de sus familias, no tanto por los ciudadanos que perdia, cuanto porque los antecesores, los manes, los dioses tutelares de aquella casa iban á quedar sin honores, y tal vez á perder su afecto hácia una ciudad, que no

haria arder el fuego de los sacrificios en sus desiertos altares.

Al lado de la division religiosa y social de las fratrias y de las familias, habia otra mas política y probablemente menos antigua. Cada una de las tribus se subdividia en tres *tritrias* y en doce *naucrarias*. Las cuarenta y ocho naucrarias de las cuatro tribus eran divisiones territoriales, y en cada una de ellas los naucraros ó principales propietarios de distrito percibian la contribucion y el contingente de guerra. Los pritanos de los naucraros componian en Atenas un cuerpo supremo.

Estos naucraros pertenecian á la clase de los ricos, de los nobles, que en la ciudad de Teseo componian una aristocracia bastante parecida á la que encontramos en la ciudad de Rómulo; en esta los patricios, en aquella los eupatridas, unos y otros tenian al pueblo bajo su dependencia. En Roma, donde la guerra hizo que un segundo pueblo se viese cara á cara con el primero, los plebeyos fueron bien pronto bastante fuertes para obligar á los patricios á contar con ellos; en Atenas, donde no hubo vencidos que despues de su derrota se instalasen en la ciudad, acreciendo constantemente el número y el poderío del pueblo, la aristocracia permaneció mucho tiempo incólume.

Segun las leyendas recogidas por Plutarco, esta aristocracia fué la que derribó á Teseo. «Durante una ausencia del héroe, los Tindáridas, Castor y Polux, invadieron el Atica para recobrar á Elena que les habia sido robada; y aun en la misma Atenas se hizo un movimiento contra aquél. Mnesteo, descendiente de Erecteo, trató de sublevar á los principales ciudadanos contra el hombre que les habia privado del imperio que ejercian cada uno en su aldea ó burgo, y que, encerrándolos en una sóla ciudad, los habia convertido en súbditos, ó mas bien en esclavos suyos. Tambien excitaba Mnesteo á los hombres del pueblo, diciéndoles que Teseo no les habia dejado mas que una libertad imaginaria; que en el hecho les habia privado de su patria, de sus sacrificios, y que en lugar de muchos reyes legítimos, buenos y humanos, les habia dado por dueño á un extranjero desconocido.» Al volver Teseo, no tuvo mas remedio que emigrar á Esciros, donde terminó sus dias. Gozó Mnesteo el fruto de sus intrigas: reinó en efecto; pero despues de su muerte volvió la corona á la familia de Teseo, que la conservó hasta la invasion de los eolios. Arroja-

dos estos de Mesenia por los dorios y los heráclidas, se dirigieron al Atica, conducidos por Melanto, Alcmeon y Pisístrato, hijo de Peon, descendientes todos de Neleo y Nestor. Es probable que en Atenas se hiciesen dueños del poder por medio de la violencia; pero por respeto á la vanidad nacional, los atenienses no lo decian así, suponiendo que aquellos extranjeros se habian establecido como simples particulares en el Atica; que poco despues un rey de Tebas que estaba en guerra con los atenienses habia desafiado á combate singular á Timetes, descendiente de Teseo; que este no habia aceptado el desafío, y sí Melanto en lugar suyo; el cual venció por medio de la astucia al rey tebano, y en recompensa fué nombrado rey por los atenienses. Lo cierto es que Melanto dejó el trono á su hijo Codro, y que sus hermanos fueron los jefes de los Alcmeónidas, Pisistrátidas y Peónidas, tres familias que ocuparon el primer lugar en Atenas.

Bajo el reinado de este Melanto, el Atica admitió de grado ó por fuerza á los jonios de la Egialea, expulsados de su país por los aqueos, y á otros emigrados de Epidauro, de Fliunte y de Corinto. Estos llevaron consigo un sentimiento que se arraigó en su nueva patria: el odio al nombre dórico. Reinaba Codro en Atenas cuando los dorios invadieron la Megárida y el Atica, persiguiendo á los pueblos á quienes habian arrojado del Peloponeso. Un oráculo habia dicho que serian vencidos si llegaban á matar al rey de Atenas, por cuyo motivo procuraban con sumo cuidado no darle muerte; pero Codro tuvo conocimiento del sacrificio exigido por la divinidad, y quiso aceptarlo. Dirigióse en traje de labrador al campo que ocupaban los enemigos; provocó la cólera de uno de los soldados hiriéndole con su hoz, y se hizo dar muerte. Los dorios, al saber que habian quitado la vida al rey de Atenas, desesperaron del éxito de su empresa, y se volvieron al Peloponeso, y Atenas se conservó para el singular destino que la esperaba.

El arcontado (1045); poderio de los eupatridas; Dracon (624); Cilon (612).

Despues de la muerte de Codro se dijo que no habia quién fuese digno de sucederle, y bajo este pretexto fué abolido el trono (1045). Esta revolucion fué debida á los jefes nuevamente entra-

dos en Atenas, eolios y jonios, los cuales en union con la antigua nobleza del país, componian la poderosa aristocracia de los *eupátridas* (nobles) ó de los *pedieos* (hombres del llano) en oposicion á los antiguos habitantes, llamados *hiperacrios* (hombres de la montaña) y *paralios* (hombres de la costa). Habiéndose hecho fuertes en Atenas, cuya fortaleza ocupaban, suponian ser todos de sangre real, y eran los jefes políticos y los sacerdotes del pueblo. De este modo una aristocracia extranjera, de acuerdo con la aristocracia nacional, amagaba las antiguas libertades, y se proponia someter el Atica al régimen de castas que pesaba sobre los paises allende el istmo. El espíritu de las instituciones que se atribuyen á Teseo, unido á la actividad industrial y mercantil de la poblacion, pudo mas con el tiempo que aquel despotismo. Atenas no fué como Esparta, y la Grecia se libró de una uniformidad, con la cual es indudable que el mundo hubiera perdido el rico desenvolvimiento del ingenio ateniense.

Celosos del poder real los eupátridas (aunque desde la eleccion de Melanto siempre habia estado en manos de uno de ellos), lo despojaron de sus prerogativas principales, convirtiéndolo en una magistratura vitalicia y responsable. En lugar del pomposo título de rey, no hubo mas que el de jefe ó *arconte*. Consintieron, es cierto, en dejar aquel mermado poder á Medon, hijo de Codro, y á doce descendientes suyos; mas una vez abolido el principio hereditario é impuesto el de la responsabilidad, no habia barrera suficiente á contener á una aristocracia recelosa. En 752 el arcontado dura diez años. Sucédense siete arcontes decenales, y en 633 termina esa lenta descomposicion del realismo. Los eupátridas llegan á tocar al poder; pero cada uno de ellos quiere parte de él: de ahí que mermase tanto el arcontado y los estrechos límites á su duracion impuestos. Al arcontado decenal que existia desde 752, se sustituyen nueve arcontes anuales (683). Entre esos nueve arcontes habia tres que compartian las antiguas prerogativas del trono. El primero, llamado *arconte epónimo*, daba su nombre al año; representaba al Estado; era el protector legal de las viudas y de los huérfanos, el guardian de los derechos de las familias, y de las fratrías. El segundo, llamado *arconte rey*, juzgaba los crímenes de impiedad y homicidio. El tercero llamado *arconte polemarca*, tenia el mando del ejército

y juzgaba los litigios entre los ciudadanos y los extranjeros. Los seis restantes, llamados *arcontes tesmotetas*, entendian en las numerosas causas que no eran de la competencia de aquellos. Cada uno de los nueve arcontes podia publicar edictos.

Al lado de los arcontes, pertenecientes todos á familias nobles, estaban el pritameo de los naucraros, compuesto exclusivamente de eupátridas y el senado del areópago, donde tampoco entraba nadie sino ellos; puesto que se componia de arcontes que ya habian cumplido el tiempo de su nombramiento. Ocupaban pues los eupátridas todas las magistraturas; pero no se contentaron solo con esto, y el pueblo se vió amenazado con la servidumbre civil despues de la servidumbre política; como que ordinariamente suelen ir una tras otra.

Los nobles poseian toda la riqueza, y llevaron hasta la usura el interés del préstamo. «Los pobres, dice Plutarco, agobiados por las deudas que habian contraido con los ricos, se veían obligados á cederles la sexta parte del producto de sus tierras, sinó ya reducidos á entregarles su propia persona; en cuyo caso los acreedores se apoderaban de ellos como esclavos, ó los mandaban vender en país extranjero. Muchos desgraciados hubo que vendieron los hijos, las hijas y aun las hermanas, cosa que ninguna ley les prohibia, ó abandonaban su patria para evitar la crueldad de los usureros.»

¡Notable analogía la que se observa entre el Atica de aquella época y la Roma del siguiente siglo! El pobre á la merced del rico, no puede invocar ninguna ley escrita: la única regla, regla impotente, que reconocen los tribunales, son algunas costumbres conocidas por *leyes reales*. Por otra parte, entre los jueces no hay mas que eupátridas, puesto que el arcontado y el areópago no se forman sino de hombres de su clase. Tamaña tiranía no habia de hacer dichosa y fuerte al Atica; así es que durante el oscuro período de los cinco siglos y medio que trascurrieron entre la abolicion del trono y las leyes de Solon, la historia no recogió suceso alguno digno de su recuerdo.

El pueblo tenia sin embargo en favor suyo la fuerza numérica, y aun encontró poderosos auxiliares en algunos eupátridas, que poco satisfechos con la parte de autoridad que les tocaba, hacian oposicion al gobierno. Pusiéronse los alcmeónidas al frente de los habitantes de la costa, y los pisistrátidas se hicieron jefes

de los montañeses. Estos jefes regularizaron la oposicion del pueblo, que en 624 obtuvo por la fuerza la redaccion de un código de leyes que les sustrajese á la arbitrariedad de los tribunales. Dracon recibió el encargo de escribirlo; y no alteró en lo mas mínimo la constitucion política; pero fijó hasta en sus mas insignificantes pormenores la vida del ciudadano, desde el punto de su nacimiento hasta su muerte. Se dice que segun su código, todos los delitos, desde el hurto mas leve hasta el asesinato y el sacrilegio, debian ser castigados de muerte. Suponia Dracon que las menores ofensas merecian aquel castigo, y que él no conocia ningun otro para los crímenes. ¿Es exacto este aserto? Mucho lo dudo, puesto que yo tengo conocimiento de otros castigos, como las multas, la privacion de las franquicias, y aun en ciertos casos de homicidio, el destierro. Dracon instituyó ó reorganizó el tribunal de los *Efetas*, que residian en el Paladion, para los homicidios involuntarios, cuyos autores eran condenados á destierro temporal; en el Delfinion, cuando el agresor solo habia acometido en defensa propia, ó para castigar un adulterio flagrante; en el Freatis, á la orilla del mar, cuando el hombre desterrado por un homicidio involuntario, cometia otro antes de abandonar el Atica. Como el acusado no podia volver á pisar el suelo patrio, defendia su causa desde el puente de un buque. En el Pritaneion *los reyes* de las tribus procesaban á los objetos inanimados que habian causado la muerte de un hombre, y los arrojaban fuera de los límites del territorio.

Aun esta organizacion podia llamarse blanda, comparada con las antiguas costumbres; porque hasta entonces toda causa de homicidio iba al areópago, el cual, sin pararse en las circunstancias, decretaba siempre la muerte ó el destierro con la confiscacion de los bienes. Sin embargo, Dracon tiene fama de hombre tan severo, que se dice que sus leyes se escribieron con sangre. Una represion tan cruel, es prueba indudable de la severidad de su autor; pero tambien atestigua lo violento de la situacion en que el país se encontraba.

Montesquieu ha observado que las leyes mas severas, no son siempre las mas eficaces; y en efecto, tienen la doble desventaja de exasperar á los que las sufren, y de aterrar por su severidad á los mismos que las aplican; de modo que al poco tiempo caen en

desuso. Así sucedió con las de Dracon; fué menester abandonarlas, y el Atica volvió á caer en los pasados desórdenes. Aquella anarquía dió márgen á una tentativa de usurpacion, como suele suceder con harta frecuencia en las épocas críticas de los Estados libres.

Cilon era un eupátrida rico é ilustre por haber alcanzado un triunfo en los juegos olímpicos. Teágenes, tirano de Megara, le habia dado su hija, y le excitaba á que siguiese su ejemplo, por cuyo medio su usurpacion se hubiera consolidado. Consultó Cilon el oráculo de Delfos, como hacian todos los griegos de aquel tiempo, y el dios le contestó que el dia de la gran fiesta de Júpiter podria apoderarse de la ciudadela de Atenas. Entonces pidió Cilon á Teágenes que le auxiliase, dió participacion en el proyecto á sus amigos, y al llegar la época de las fiestas solemnes de Olimpia, en el Peloponeso, se apoderó de la ciudadela, creyendo que aquel era el tiempo indicado por el oráculo. «Se habia engañado, dice Tucídides; la divinidad no se habia referido á la fiesta que celebraban los helenos, sino á la que solemnizaban los atenienses en otra época del año. Apenas se divulgó la audaz tentativa, acudieron en tropel desde el campo los atenienses, y atacaron la ciudadela. A poco carecieron los sitiados de agua y víveres; y aun cuando Cilon y su hermano lograron escaparse, los demás se sentaron, en ademan de pedir gracia, junto al altar de Minerva que estaba en el Acrópolis. El arconte Megacles, con el objeto de sustraerlos á la proteccion de la diosa, les aconsejó que comparecieran en juicio; y como ellos temian perder el derecho de asilo, les dijo que podian atar un hilo á la estátua de la diosa, y que aunque se apartáran, no lo soltasen de la mano. Hiciéronlo así en efecto; pero al aproximarse al altar de las Euménides, el hilo se rompió por sí mismo. Esta circunstancia queria decir, en opinion de Megacles y sus cólegas, que la diosa se negaba á protejerlos. Los que se hallaban fuera del templo murieron á pedradas; los que ya habian emprendido la fuga fueron degollados al pié de los altares. Salváronse unos pocos; mas fué porque fueron á prosternarse á las mujeres de los arcontes, pidiendo gracia (612). Aquella carnicería dió margen á la acusacion de sacrilegio que cayó sobre Megacles, acusacion que siguió pesando sobre su descendencia. Los partidarios de Cilon,

ó mas bien, los enemigos de los grandes, que eran numerosos, clamaron venganza en nombre de la religion violada, y los bandos volvieron á turbar la paz, y se renovó la lucha entre la democracia, que ascendia, y la aristocracia, que no queria retroceder ni ir á menos. Aprovecharon la ocasion los megarenses para hacerse dueños de la isla de Salamina que señorea las inmediaciones de los puertos de Megara y Atenas. Los atenienses no podian sin rubor, ni tampoco sin peligro, dejar la isla en manos de sus enemigos; hicieron grandes esfuerzos por recobrarla; pero tras muchas alternativas, y viendo que la lucha se prolongaba demasiado, se disgustaron hasta el extremo de no poder oir hablar del asunto, y prohibieron bajo pena de muerte toda proposicion de nuevas tentativas.

Solon y Epiménides.

Habia entonces en Atenas un descendiente de Codro, que sin distinciones públicas, pasaba sus dias confundido entre la muchedumbre de sus conciudadanos. En su juventud se habia dedicado al comercio, con el objeto de reponer el patrimonio que su padre habia amenguado mucho. Habia viajado largamente, buscando entre los numerosos pueblos que pasaban ante sus ojos, la fortuna por medio de los negocios, y la ciencia por medio del estudio de las costumbres y las cosas. Tenia renombre de sábio, pero de sábio templado, que no despreciaba los placeres del mundo, los manjares exquisitos, ni el amor; y hasta cantaba estos placeres en versos bastante ligeros, intercalados, es verdad, con buenas y profundas máximas. Este hombre se llamaba Solon.

Primeramente hizo un uso singular de su talento poético. Como toda la juventud de Atenas, sufria impacientemente la vergüenza de la última guerra; pero estaba amenazado de muerte todo el que hablase de Salamina. Solon se fingió loco, y durante algun tiempo hizo el papel de tal. Un dia salió á la plaza pública como delirando, y declamó en voz alta unos versos que empezaban así: «Vengo en calidad de heraldo de la hermosa Salamina, y voy á recitaros los versos armoniosos que Apolo me ha dictado.» Al principio le escucharon creyéndole loco; pero sucedió que al concluir toda la muchedumbre de sus oyentes enloqueció con él, y ya solo se trataba de tomar á Salamina, la isla amable, como

el poeta la llamaba. Nombrado general de la expedicion, venció á los megarenses valiéndose de la astucia, hizo un desembarco en la isla, y la volvió á poner bajo el dominio de los atenienses (604). Este asunto no se terminó con esto; pues los megarenses se obstinaban en recobrar por su parte la isla amable. Los dos partidos, despues de haberse causado recíprocamente muchos males, remitieron la cuestion al arbitraje de Lacedemonia, que pronunció en favor de los atenienses, bajo la fé, segun se dice, de un verso que el mismo Solon habia intercalado en la *Iliada*, dándolo por un verso de Homero.

Solon acreció todavía el renombre de que gozaba, con la parte que tomó en la guerra de Cirra; debiéndose, se dice, á sus consejos la toma de la ciudad culpable. Se sirvió de la influencia que sus servicios le dieron para calmar las discusiones que destrozaban siempre la ciudad. Los descendientes de Cilon y los alcmeónidas, descendientes de Megacles, se hacian una guerra encarnizada, y él persuadió á los últimos, llamados los sacrílegos, á que se sometieran al juicio de trescientos ciudadanos los mas honrados de la ciudad. De resultas del juicio fueron condenados y desterrados, exhumados los huesos de los que habian muerto, y arrojados fuera del Atica.

Este severo castigo hizo desaparecer un elemento de discordia; pero eran tantos los que habia, que no por eso dejaron de continuar los desórdenes. Por otra parte se creia haber visto aparecer espectros y fantasmas; y una peste que desoló el Atica, parecia efecto evidente de la maldicion de los dioses. Las víctimas anunciaban que era necesario purificar la ciudad manchada por crímenes y profanaciones. Para calmar la ansiedad de los ánimos, se hizo venir, segun los consejos del oráculo de Delfos, al cretense Epiménides. Este era un amigo de los dioses; pasaba por hijo de la ninfa Balte, y se contaban acerca de él historias misteriosas. En su juventud, un dia que su padre le envió en busca de una oveja descarriada, entró en una apartada cueva para evitar el calor del sol. El sueño le sorprendió, y durmió en ella cincuenta y siete años. Todo era extraño é imponente en su persona; sus cabellos largos, su mirada sombría y penetrante, la solemnidad misteriosa de sus gestos, su gravedad oriental, su conocimiento maravilloso de las cosas pertenecientes á la re-

ligion y á la naturaleza. Afirmaban que conocia todas las propiedades de las plantas, y que sabia leer en el porvenir.

Su aparicion produjo grande efecto en el pueblo curioso de Atenas, el cual se apresuró á hacer todo cuanto él ordenaba. Hizo conducir muchas ovejas blancas y negras sobre la colina del areópago, y las dejó marchar. Cada una de ellas fué inmolada en el mismo sitio donde se habia parado, y en él se consagró un altar á los dioses desconocidos. Seis siglos despues San Pablo debia recordar este hecho, y mostrar á los atenienses su dios en el dios desconocido de Epiménides. Trabajo cuesta el decir que este sábio respetable exigió el sacrificio de víctimas humanas, pero tenemos noticia de dos: Cratino y Aristodemo, jóvenes atenienses, ligados por una estrecha amistad, que se ofrecieron á la cuchilla sagrada por la salvacion de la patria. Epiménides hizo construir, sobre la colina de Marte, donde estaba instalado el areópago, un templo dedicado á las Euménides, que sirvió para sus reuniones. Introdujo algunas reformas en el culto, y prohibió á las mujeres, en la muerte de sus esposos, aquellas bárbaras demostraciones de dolor, que dejaban sobre su cuerpo y su rostro largas y asquerosas huellas. En cuanto vió cumplidas estas reformas, se apresuró á marchar; quisieron colmarle de presentes y riquezas; pero solo llevó una rama del olivo de Minerva, y un tratado de alianza entre Atenas y Gnoso, su patria.

La mision de Epiménides habia sido la de restaurar entre los atenienses el respeto hácia las cosas santas, abolir en nombre de la religion ciertos hábitos crueles, y especialmente extirpar los temores supersticiosos y vagos. Fué instruido acerca de las verdaderas necesidades de la ciudad por Solon, á quien asoció á todas sus medidas, y que poco tiempo despues fué tambien llamado á dar leyes á su país.

Constitucion de Solon (595); medidas referentes á las deudas.

El genio de Solon era esencialmente humano, por lo cual su constitucion fué tambien humana. No consideró el Estado como una máquina artificial de la que los hombres fuesen piezas, y que se pudiese combinar y mover á capricho, para las necesidades del servicio. Esparta fué un campo de guerra con el enemi-

go siempre delante. Atenas se aproximó mas á lo ideal de la ciudad, que consiste en armonizar con el órden general, la mayor libertad posible de los individuos. Este respeto á los derechos de la naturaleza humana, esta percepcion clara del objeto que la sociedad se propone, introdujeron en el código de Solon, el principio democrático que ya estaba en el corazon de su pueblo, y dieron á sus leyes un carácter mas noble: el jóven dejó de ser esclavo, y el extranjero no fué rechazado; punto capital en la historia de Atenas y en la de la civilizacion.

Existian en la ciudad tres partidos: los montañeses, que querian cambiarlo todo; los parálios, que querian cambiar muy poco; los pedieos, que nada querian cambiar. Atraidos por la moderacion de Solon, decidieron todos poner en sus manos los poderes, los cargos, las rentas, é investirlo, en una palabra, de una verdadera dictadura en tanto que constituia el Estado (595). Sus amigos le apremiaban para que la retuviese, y se hiciese tirano en vez de legislador; pero les respondió con punzantes epígramas, y continuó su obra.

Antes de pensar en la constitucion, era preciso poner remedio al mal presente, que eran las deudas, y poner dique á sus progresos. Y esto es lo que hizo por medio de su ley del descargo, la cual facilitaba el pago de las deudas por un cambio en el tipo del interés y en el valor nominal de la moneda (1). Por medio de otra disposicion, se concedió la libertad á todos los que la usura habia sumido en la esclavitud, y quitó para en adelante al acreedor, todo derecho sobre la persona del deudor (2). Viéronse desaparecer de los campos del Atica los lindes y los rótulos que indicaban, segun costumbre, las deudas con que estaban gravados: por lo cual se gloriaba Solon de haber desenajenado el territorio de Atenas.

Esta ley fué por de pronto objeto de murmuraciones; pero

(1) El valor del dracma quedó reducido à sus tres cuartas partes. La mina antigua contenia 73 dracmas; la nueva contuvo ciento. Así, el que debia 73 dracmas antiguos y pagaba 73 nuevos, pagaba en realidad algo menos de las tres cuartas partes de su deuda.

(2) Montesq., *Espíritu de las leyes*, lib. XX, cap. XV. «La ley no debe ordenar la prision, porque estima en mas la libertad de un ciudadano que la comodidad de otro.» Y sin embargo, hace una impropia excepcion en favor de los negociantes.

presto se reconoció su grande eficacia. De todos modos, y esto hace honor á la democracia ateniense, no volvió á poner en vigor las medidas de Solon en los tres siglos de su existencia. El respeto á la propiedad echó raices tan profundas en los ánimos, que nadie se atrevió á reclamar una abolicion de las deudas, ó la depreciacion de la moneda. La calma que produjeron estas medidas preliminares dió á Solon mas libertad para sus demás leyes, que marcó con el sello de la moderacion, procurando conciliar en ellas los principios y los intereses contrarios, y unir, como él mismo decia, la fuerza á la justicia.

Ante todo decretó una amnistía general de la que no excluyó ni aun á los alcmeónidas; sino solamente á los asesinos y traidores.

Las cuatro clases del pueblo.

Solon conservó cosas del antiguo código, y suprimió otras. Principió por abolir todas las leyes de Dracon, excepto las que concernian al asesinato. El arcontado, el areópago, y las cuatro tribus con sus subdivisiones fueron conservados; mas permitió que formasen parte del pueblo los extranjeros establecidos con su familia y su fortuna en el Atica.

Hizo dos innovaciones capitales: por la primera, todo ciudadano tenia cierta parte en los derechos que el título de tal supone; por la segunda, toda la poblacion quedaba dividida en cuatro clases, segun la fortuna de cada uno. La primera era puramente democrática; la segunda era democrática en cuanto abolia la nobleza hereditaria, y aristocrática en cuanto ponia á los ricos á la cabeza del Estado.

Las cuatro clases tuvieron la organizacion siguiente: la primera comprendió á todos los ciudadanos que poseian por lo menos una renta anual de quinientos medimnos de productos áridos ó líquidos, los que por esta razon se llamaban *pentacosiomedimnos* (1). Para estos eran el arcontado, los elevados cargos, y el mando en jefe del ejército y la armada.

(1) Un medimno igual á dos ánforas romanas, igual á 52 litros peso idéntico en trigo á 39 kilógramos. Los individuos de la primera clase eran pues aquellos ciudadanos cuyas tierras producian anualmente 260 hectólitros de trigo por lo menos. Segun dice Plutarco, en tiempo de Solon el medimno de trigo valia un dracma, que es el precio mas bajo á que llegó á venderse en Atenas. En tiempo de Aristófanes cos-

La segunda clase se compuso de los *caballeros*, es decir, de los que poseian mas de trescientos medimnos de renta, fortuna que se juzgaba necesaria para poder mantener un caballo. Esta clase constituia la caballería, y desempeñaba algunos cargos subalternos.

La tercera era la de los *zeugitas*, es decir, de los que tenian una yunta de bueyes, lo cual equivalía á una renta de ciento cincuenta á doscientos medimnos. Constituía la infantería pesadamente armada, y solia ejercer algunos cargos inferiores.

La cuarta clase, en fin, comprendia bajo el nombre de *tetas* ó mercenarios á todos los que tenian menos de ciento cincuenta medimnos. Las tropas ligeras y la tripulacion de las flotas se reclutaban entre ellos, estaban excluidos de los cargos y los honores, pero se les admitia en la asamblea del pueblo y en los tribunales.

Esta desigualdad en la reparticion de los honores estaba compensada por la manera con que se hallaba organizado el impuesto territorial. La clase cuarta no pagaba, lo cual era una compensacion justa. Sobre las tres primeras pesaban todas las cargas onerosas, y pagaban el impuesto segun una progresion á todas luces justa. Pagaban en razon del valor nominal que se atribuia á sus propiedades; pero, mientras que este valor se estimaba para la primera clase al par del valor real, se reducia para la segunda de un sexto, y para la tercera de cuatro novenos. Así, una propiedad que producia quinientos medimnos de renta estaba valuada en doce veces esta suma, es decir, seis mil dracmas, ó un talento, mientras que los bienes de los caballeros, en vez de ser estimados doce veces trescientos dracmas, ó tres mil seiscientos, solo ascendian á tres mil, y la de los zeugitas á mil en vez de mil ochocientos. Pero debe tenerse presente que el impuesto territorial solo se establecia en Atenas para los casos de urgente necesidad, mientras que el impuesto indirecto sobre las mercancías importadas era permanente, y lo pagaban así los pobres como los ricos.

taba tres. En tiempo de Pericles un dracma valia 86 céntimos; de modo que 500 medimnos valian por lo menos 430 francos ó sean 1720 reales.

Arcontes; senado; asamblea del pueblo; heliastas; areópago.

Cuatro cuerpos políticos se repartian el gobierno, á saber: los arcontes, el senado, la asamblea del pueblo y el areópago.

Los arcontes fueron en número de nueve, y se repartian, del modo que ya dejamos indicado, el poder ejecutivo, asemejándose bastante á nuestros ministros. Conservaron tambien sus funciones judiciales, salvo los casos de apelacion que se cometian á tribunales formados de todas las clases, y cuyos individuos se sacaban por suerte (1). A su entrada en el cargo juraban mantener las leyes; y á su salida daban cuenta de su administracion en presencia de la asamblea general. En tanto que se hallaban en el ejercicio de sus funciones, su persona era sagrada.

Las dos áncoras que afianzaban, segun Plutarco, la nave del Estado, aun en medio de la tempestad, eran el areópago y el consejo de los cuatrocientos. Estos cuatrocientos senadores eran elegidos de las tres primeras clases, y cada tribu suministraba cien miembros elegidos por mayoría de votos y despues designados por la suerte, cuyos errores fueron entonces corregidos por medio de la prueba severa á la cual se sometian los candidatos. Una cosa sola prueba bien la diferencia entre el senado de Atenas (βουλή) y el de Lacedonia (γερουσία), al mismo tiempo que el carácter de las dos repúblicas. En Esparta solo se admitia en el senado á los sesenta años; el cargo era vitalicio, y las decisiones de la asamblea estaban á cubierto por la irresponsabilidad de sus miembros. En Atenas la edad que se fijaba era la de treinta años; el senado era anual y responsable. Ya hemos tenido ocasion de indicar hasta qué punto es democrático este principio. Además ¡qué diferencia, en cuanto á la enérgica actividad del gobierno, entre las resoluciones de un senado de ancianos, y las de un senado de hombres en todo el vigor del cuerpo y del

(1) Esos tribunales eran los de los *heliastas*; hablaremos de ellos mas adelante. A pesar de la positiva afirmacion de Plutarco dudan muchos escritores que se pudiese apelar de los fallos de los arcontes. M. Grote no cree ni aun en el poder judicial de los heliastas antes de las reformas de Clistenes. Cierto que es muy difícil de distinguir lo que en la organizacion de los heliastas pertenece á Solon, á Clisténes ó al siglo de Pericles; pero á no ser por aquellos ¿hubiera tenido el pueblo aquel escudo protector que el mismo Solon se envanece de haberle dado?

espíritu !—El senado preparaba las leyes que debian someterse á la asamblea del pueblo, se ocupaba de la Hacienda y de la administracion; daba edictos que tenian fuerza de ley durante el año; en fin, podia imponer ciertas multas. Se dividía en doce comisiones de igual número, llamadas pritanias que sucesivamente tenian por espacio de un mes la presidencia del senado y de la asamblea. La Pritania en ejercicio se reunia en el Pritáneo y en él tomaba ciertas medidas de interés inmediato. El Estado atendia á su manutencion.

El senado era el consejo perpétuo del pueblo, pero el pueblo era el único soberano. La asamblea popular, convocada por el senado, se componía de todos los ciudadanos, cuyo número variaba de quince á veinte mil. Aun cuando la entrada en la ciudad era bastante fácil para los extranjeros, cualquiera de ellos que se hubiese introducido en la asamblea antes de haber obtenido el título de ciudadano, hubiese sido castigado con la muerte, porque en este hecho veian una usurpacion del poder soberano. La asamblea comenzaba por un sacrificio y una plegaria, despues se leía en voz alta el asunto puesto á deliberacion, y el heraldo invitaba á subir á la tribuna á todos los que tenian que dar algun parecer útil al Estado. La votacion se hacia levantando una mano, sin distincion de clases ni fortunas. Confirmaba las leyes, elegía los magistrados que debian darle cuentas al espirar el tiempo de su cargo, y deliberaba sobre los asuntos públicos que á su decision sometia el senado. Ella aprobaba, desechaba, y modificaba. Todo ciudadano podia tomar la palabra en la asamblea desde los veinte años; pero los de cincuenta tenian el derecho de hablar primero; leve privilegio dado á la vejez, y bien inferior á la omnipetencia de que se hallaba revestida en Esparta. ¿Era esto conceder bastante á los derechos de la experiencia? ¿No era permitir demasiado á la fogosidad de la juventud? Siglo y medio despues Aristófanes se quejó amargamente del desden con que los atenienses miraban á los viejos.

Convengamos empero en que el uso era mas severo que el derecho, y que no se veia de ordinario en la tribuna sino á los oradores del Estado, ó sean los diez ciudadanos que estaban encargados, prévio exámen público, de defender de palabra los intereses de la república. Esta era, pues, una especie de cargo público de

los mas honrosos y de los mas influyentes. Todo ciudadano tenia el derecho de perseguir judicialmente al orador, si su vida no era intachable; si habia sido mal hijo ó mal soldado; si habia propuesto un decreto contrario á las leyes existentes. En este último caso se le abria un proceso en nombre de las antiguas leyes, y el orador podia ser castigado con el destierro ó con una ruinosa multa.

El número necesario para hacer valederas las decisiones de las asambleas, no era fijo, excepto en ciertos casos, en que se necesitaban los votos de seis mil ciudadanos. Tucídides hace notar que pocas veces constaba de cinco mil hombres la asamblea ordinaria, y es porque los atenienses no eran, como los espartanos, una asociacion oligárquica mantenida por ilotas. En el Atica era preciso ganar el sustento por medio de la agricultura, la industria, y el comercio. Por otra parte, la ley que prohibia la ociosidad y obligaba á todos los ciudadanos á declarar todos los años cuales eran sus medios de subsistencia, tenia por objeto conservar los hábitos de trabajo. Hubo con el tiempo necesidad de indemnizar al pueblo para que asistiese á la asamblea; pero entonces el ateniense callejero se entretenia conversando en el mercado, mientras que los pritanos con algunos fieles esperaban inutilmente en el Pnix, y no habia mas remedio que lanzar contra el olvidadizo soberano á los escitas pagados por el Estado, que desempeñaban los oficios de la policía. Entonces todos querian llegar los primeros para que no los multasen; pero los magistrados idearon tender al rededor de la plaza una cuerda teñida de encarnado, con la cual envolvian á los morosos; sus vestidos quedaban señalados con el color de la cuerda, y así no podian negar que habian llegado tarde. Júzguese si aquel pueblo alegre, petulante y turbulento podia divertirse en una sesion larga, y en una asamblea de la cual estaba prohibido salir antes de terminarse los debates so pena de una multa. Por esto los concurrentes solian presentarse con disgusto. *Véase en los arcaneos* de Aristófanes aquel amigo de la paz, que si bien es hombre de buen fondo, se instalaba en el Pnix resuelto á interrumpir á todo el que hable en pro de la guerra. ¡Qué vida, qué movimiento, qué tiroteo de chistes y dichos llenos de gracia! Ni ¿cómo no hablar al volver del Pireo, de las disputas de los marineros, del movimien-

to de las naves y de la muchedumbre y la gritería del puerto, y del ruidoso mar, si los ojos y los oidos tienen todavía presentes tantas escenas diversas llenas de vida, de contrastes y de tumultos? Pero no es aun en tiempo de Solon cuando es completamente exacta esta pintura.

Al lado de la asamblea general, ejercian tambien el poder popular los tribunales presididos por los arcontes, y sobre todo el cuerpo de los *heliastas* que, segun un reglamento quizás posterior, se componia de seis mil ciudadanos, de edad de treinta años á lo menos, elegidos por la suerte sin distincion de fortunas, pero solo de entre aquellos que gozaban de buena reputacion y no debian nada á la hacienda pública. Estos eliastas (1) pronunciaban sus fallos (á veces reunidos en cuerpo y á veces divididos en comisiones de quinientos, mil, ó mil quinientos, sobre las causas mas graves y los delitos políticos. Su extraordinario número, les hacia aparecer como la justicia del pueblo en accion, y no permitia á los acusados ricos y poderosos, citados ante ellos, enseñorearse por la venalidad y las amenàzas, de un tribunal en el cual tenia asiento casi el pueblo entero (2). El juramento que prestaban implicaba la obligacion de juzgar segun las leyes, y de castigar á los autores de proposiciones ilegales. Esta institucion era un complemento y una sancion del poder político ejercido por la asamblea, y como sus individuos eran reelegidos todos los años, se hallaban animados del mismo espíritu del pueblo del cual salian y en el cual volvian á entrar.

Para impedir la aglomeracion de procesos en el tribunal de los heliastas, Solon habia establecido que los ciudadanos de edad de sesenta años, aceptados por las dos partes, pudiesen constituirse en tribunal de arbitraje. Sus sentencias no tenian apelacion. El número de estos árbitros oficiales, que nos hacen recordar los jueces de paz de nuestros dias, era tan grande, que una inscripcion recientemente descubierta nombra 104 por solo un año.

(1) Tomaron su nombre de la plaza Heliea, donde celebraban sus sesiones ó tal vez porque se reunian al aire libre δγcoς.

(2) Las antiguas repúblicas no tenian cuerpo de magistratura respetado ni fuerza armada para protejer al tribunal. Por tener Atenas una justicia incorruptible y eficaz, hizo que se aplicara esta casi del mismo modo que se hacian las leyes. Roma tuvo tambien muchos tribunales de justicia; pero no pudo evitar la escandalosa venalidad á que se entregaban.

El areópago es el cuarto de los cuerpos de que hemos hablado; este era un antiguo tribunal de justicia, muy respetado, que juzgaba los crímenes de asesinato, mutilacion, envenenamiento y traicion. Celebraba sus sesiones al aire libre, en la colina de Marte, y se componia de arcontes que habian cesado en su cargo, y por consiguiente hombres de edad y prácticos en los negocios generalmente. Solon lo erigió en tribunal supremo; encargóle la vigilancia de toda la ciudad, las buenas costumbres, la educacion y la religion. Tambien le mandó que revisase hasta los decretos del pueblo, autorizándole para que pudiese mandar instruir de nuevo una causa, cualquiera que fuese su carácter. Sus cargos eran vitalicios. Las formas del procedimiento ante el areópago eran solemnes y severas. Reuníase de noche presidido por el segundo arconte. Los oradores no apelaban nunca á largas digresiones, ni menos trataban de apasionar ni enternecer á sus oyentes; no hacian mas que referir llanamente los hechos precediendo siempre á su discurso el juramento de hablar la verdad y solo la verdad. En la votacion los areopagitas cogian una piedra de las que estaban preparadas encima del altar, y cada cual deponia silenciosamente la suya, ó bien en la urna de la Piedad, que era de cobre, ó bien en la de la Muerte, que era de madera. Si resultaba empate en los votos, el heraldo echaba otra piedra en la urna de la Piedad; cuyo voto se llamaba el voto de Palás; siendo creencia del pueblo que Minerva por semejante medio habia salvado á Orestes. El fallo del areópago no admitia apelacion; pero el culpable podia desterrarse voluntariamente antes de que se pronunciase la sentencia. Este tribunal tan venerado se apoyaba principalmente en la opinion pública; de manera que cuando en Atenas se comenzó á perder el respeto á las antiguas instituciones, la influencia del areópago quedó perdida.

Segun hemos visto en lo que acabamos de decir acerca de los tres cuerpos deliberantes, la asamblea representaba la democracia, y el movimiento como se dice hoy dia; el senado, la aristocracia del dinero y la cautela de los intereses; y por último, el areópago, bastante parecido al senado de Esparta, la aristocracia de la edad y de los honores, la experiencia en los negocios, y el espíritu de conservacion, que, llevado demasiado léjos por las corporaciones y los partidos viejos, puede muchas veces con-

vertirse en deseo, en necesidad de estacionarse. Este régimen mixto y templado caracteriza tanto el genio de Solon como las dificultades que tuvo que vencer: él concilió ingeniosamente los intereses encontrados, en lo cual ganó mucho el pueblo, sin oposicion por parte de la nobleza que, poseyendo entonces todos los bienes, no comprendió el alcance de aquella sustitucion democrática de la riqueza al nacimiento, es decir de la fortuna que se pierde ó se gana, á la nobleza que solo se tiene por gracia de los antepasados.

Faltábale á Atenas una magistratura que dió mucho esplenplendor á Roma. Nos referimos á los censores. Mas ya hemos visto que no por eso carecia de censura, por cuanto la que ejercia el areópago, podia tambien ejercerla todo ciudadano, y por último, cada uno de los candidatos á los empleos y cargos públicos quedaba sometido á un exámen que podia ser muy severo.

Es posible que algunas de las disposiciones reglamentarias de que hemos hecho mérito fuesen mas modernas, y aun posteriores á Clistenes; mas áparte de estos pormenores, el espíritu de las leyes de Solon se deja comprender muy bien en su conjunto. Puso, como él mismo decia, un dique á la irritacion de los pobres contra los ricos, y dió á cada uno de los dos partidos, no una espada con que atacarse y obtener una victoria funesta, sino un escudo con que cubrirse y defenderse.

No debemos tampoco dejar pasar desapercibido que la parte que Solon dió hasta á los mas pobres en la asamblea general y en los tribunales, demuestra que aquel verdadero sábio abrigó en el mas alto grado el sentimiento de la dignidad del hombre, y comprendió que las leyes buenas son las que enaltecen y no las que rebajan al ciudadano. En Atenas no se conocen parias políticos: Solon quiere que todo ciudadano sea bastante conocedor de los grandes intereses de la ciudad para votar con acierto en la asamblea, y de las leyes y la moral para fallar en los tribunales. ¡Cuánto no se ha de educar un pueblo con el contínuo ejercicio de las mas altas facultades! no es de admirar que los atenienses lleguen á formar el pueblo mas inteligente del mundo, despues que les veamos llamados á los concursos artísticos para juzgar entre Esquilo y Sófocles, Aristófanes y Eupolis, Zeuxis y Polinoto, Fidias y Policleto.

Leyes civiles; industria y comercio; extranjeros y esclavos.

En Atenas se siente ménos que en Esparta el lazo que une las instituciones civiles á las políticas; no aparece todo como hecho de una pieza, como sucede en la ciudad de Licurgo, en donde el hombre desaparece, y solo se vé al ciudadano, esclavo del Estado siempre y en todas partes.

El Estado no absorve la propiedad en Atenas, la deja por el contrario toda la libertad é independencia que verdaderamente la constituyen, libertad fundada por Solon en su ley sobre los testamentos. «Antiguamente, dice Plutarco, los atenienses no tenian libertad de testar: los bienes del ciudadano que moria sin hijos volvian á sus *genctas*. Solon, que preferia la amistad al parentesco, y la libertad en la eleccion á la violencia; Solon, que deseaba que cada cual fuese verdaderamente dueño de lo que tenia, permitió á los ciudadanos sin hijos disponer á voluntad de sus bienes. No aprobó empero toda especie de donacion; sino las que se hacian con entendimiento sano, sin debilidad ni enfermedad mental, producida por brebajes ni hechizos, sin haber experimentado seduccion ni violencia; en cuyos casos solo heredaban los *genetas* cuando no aparecia el testamento. Si habia hijos, los varones compartian por igual la herencia, con obligacion de dotar á sus hermanas; no habiéndolos, heredaban las hembras.

En Atenas el matrimonio alcanzó verdaderamente mas dignidad que en Esparta, á pesar de cierta ley contra el viejo que movido de la codicia casase con una rica heredera; puesto que Solon quiso que el matrimonio «fuese una sociedad íntima entre el hombre y la mujer que se proponian fundar una nueva familia, y participar unidos de una recíproca ternura.» Esto explica sus reglamentos acerca de los dotes, cuyo objeto era evitar que tales uniones degenerasen en tráficos. La desposada solo debia llevar á su marido tres trajes y algunos muebles de poco precio. Celoso de la dignidad de las mujeres, dignidad que él comprendia de un modo muy diferente que el legislador de las *fanemérides*, restringió su libertad en obsequio á la decencia; dió reglas para sus viajes, su luto y sus sacrificios; las prohibió salir de la ciudad con mas de tres vestidos, llevar provisiones por valor de mas

de un óbolo, y andar por las calles de noche como no lo hiciesen en carro y precedidas de una luz. Tambien consagró un antiguo derecho de las familias (γένη) que imponia al pariente mas cercano en la línea paterna la obligacion de casarse con su parienta huérfana, á menos de dotarla, en proporcion de sus bienes y buscarle marido conveniente. En cambio abolió la ley opuesta á la naturaleza que permitia al ciudadano la venta de su hijo ó hija y aun de la hermana que pasaba á ser su pupila, si la conducta de esta no justificaba tan severa medida.

La familia conserva en Atenas todo su misterio, y es respetada y no despojada de todo su encanto como en Lacedemonia. El niño nace y crece en los brazos del padre y de la madre, sin que el Estado vaya indirectamente á fijar sus miradas en aquel santuario. De esto resultan relaciones y deberes particulares de padre á hijo y recíprocamente, de todo punto conformes con la naturaleza. En Esparta, el hijo no debe apenas mas respeto á su padre que á cualquier otro ciudadano de edad madura, puesto que su padre no vale mas á sus ojos, que otro cualquier anciano, individuo del Estado. En Atenas el hijo, estaba obligado á sostener á su padre achacoso, y antes de encomendar una alta magistratura á un ciudadano, la ley obligaba á inquirir si habia sido buen hijo, y habia honrado á sus padres en vida y despues de su muerte (1). Esta ley quizás contribuyó tanto como la piedad filial, á que Cimon comprase los restos de Milciades en cincuenta talentos.

Hasta los diez y seis años, los padres criaban á los hijos del modo que mas les agradaba: costumbre que reprueba Aristóteles suponiendo que la educacion confiada á los padres es las mas veces débil y caprichosa, y contribuye á disolver la ciudad. Desde aquel momento el jóven ateniense se convertia en un discípulo del Estado. A los diez y seis años pasaba á los gimnasios públicos, donde se ejercitaba hasta los diez y ocho bajo la inspeccion de los magistrados llamados *cosmetas*, *sofronistas*, *pedotribas*, y estaba sometido á una disciplina severa.

A los diez y ocho años cumplidos, mayoría civil: el jóven puede tomar posesion de su patrimonio. En la misma época hace su

(1) Durante el mes antesterion (febrero y marzo) se celebraba en Atenas una fiesta de los muertos. Meursius, *Græc. feriæ*, apud Gronov., t. X.

aprendizaje del servicio militar en las fortalezas de las costas y fronteras.

A los veinte años, mayoría política: el jóven se convierte en ciudadano en toda la acepcion de la palabra; vota en la asamblea general, y puede tambien tomar en ella la palabra. Como ya hemos indicado, estos oradores de veinte años debian llevar gran movimiento y actividad, mas tambien turbulencia y desórden á las asambleas públicas. Entonces comienza seriamente para él el servicio en el ejército. Desde los diez y ocho años habia prestado el juramento militar, no menos heróico que el de Esparta; pues el soldado ateniense se obligaba á no deshonrar sus armas, ni abandonar á su compañero; á combatir hasta el último aliento en defensa de los altares y el territorio de la patria; á dejar su país en un estado mejor del que tenia; á prestar obediencia á las leyes y á los magistrados, y á respetar la religion de sus mayores.

Esta mayoría civil y política era harto prematura; muy temprano se empezaba ó ocupar al jóven de sus derechos, dejando muy poco para los deberes; y sin embargo, solo al llegar á la decadencia general de las costumbres, cuando ya son impotentes las mejores leyes, solo entonces, decimos, veremos á la disipada juventud ateniense presentar verdaderos tipos en la escena griega y en la latina.

A los treinta años el ciudadano puede entrar en el senado.

A los sesenta ha cumplido en la carrera militar, y puede entregarse al descanso.

He dicho ya que el suelo del Atica era generalmente estéril, y que solo la industria y el comercio podian dar que comer á sus habitantes. Licurgo habia proscrito el trabajo, Solon lo hizo objeto de una ley que obligaba á todo ciudadano á aprender un oficio. Jerusalen tenia tambien una ley semejante. ¡Extraña coincidencia! Las dos ciudades que mas profundamente han conmovido el mundo, son aquellas en cuyo seno se vió mas honrado el trabajo del hombre. Segun una ley de Solon, el padre que no habia enseñado un oficio á su hijo, no podia exigir de este que lo alimentase en la vejez; y el areópago, encargado de averiguar los medios de subsistencia de cada uno de los ciudadanos, tenia que imponer un castigo á los que vivian ociosos.

Para mantener á bajo precio los artículos de primera necesidad, prohibió la exportacion de los productos del suelo, exceptuando la del aceite, lo cual era un estímulo para la industria. Una ley vedaba echar en cara al ciudadano las ganancias que hubiese podido hacer en el mercado; pero otra ley prohibia hacerlas por medios fraudulentos; en una y otra se vé la tendencia de moralizar el comercio.

El de Atenas, por la parte de tierra solo era posible con la Beocia y Megara, que tenia al Norte; por todos los demás lados el mar la rodeaba. Solon, el conquistador de Salamina, fué uno de los primeros que reconocieron la excelente situacion marítima del Atica, aun que todavía no se apreciaban las ventajas que el Pireo ofrecia; y fué tambien el que echó los cimientos del poder marítimo de Atenas, estableciendo cuarenta y ocho *naucrarias* que comprendian todos los contribuyentes, cada una de las cuales tenia obligacion de montar una galera. En Lacedemonia, donde todas las cosas eran comunes, los jóvenes eran prácticos en el hurto, lo cual solo revelaba astucia. En Atenas se imponia muerte civil á todo el que robaba en el gimnasio por valor de mas de 10 dracmas.

Los pueblos mercantiles é industriosos, no desdeñan altivos á los extranjeros, al contrario, su prosperidad solo se desarrolla y asegura con las frecuentes relaciones con aquellos. Solon, léjos de cerrarles las puertas del Atica, mandó que se acogiese á los muchos que á sus costas emigraban, atraidos por su libertad; pero el título de ciudadano solo lo concedia á los que estaban desterrados perpétuamente de su patria.

El extranjero establecido en Atenas, se llamaba *meteca* (el que vive con); pagaba un impuesto personal de 12 dracmas como cabeza de familia, y de 6 por sus hijos, en cambio de la proteccion que el Estado le daba, so pena de ser vendido como esclavo en caso de insolvencia. Debia elegir entre todos los ciudadanos uno que lo patrocinase, respondiendo, como fiador de su conducta. Cumplidas estas obligaciones, podia con toda libertad dedicarse á los negocios y á una profesion cualquiera. Pero los metecas no podian adquirir propiedad territorial, y aun se introdujo el uso de imponerles ciertos servicios humillantes en las festividades, como era por ejemplo, el llevar en las panatenéas, ellos los vasos

y utensilios sagrados, y sus mujeres, el quitasol de las matronas atenienses. Algun tiempo despues, Jenofonte se empeñó en que desapareciesen tan irritantes distinciones, y en efecto, á consecuencia de las largas guerras, muchos fueron admitidos al rango de ciudadanos, y su condicion fué, aun que poco, mejorando.

El mismo espíritu liberal vemos dominar en lo que respecta á los esclavos, y por las mismas razones. Solon quiso que en el caso de ser maltratados por su señor, pudiesen exigir la venta y pasar así bajo una autoridad menos dura. La ley les aseguraba un defensor, y en tanto que aguardaban el juicio, hallaban un asilo inviolable en el templo de Teseo. Ni era tampoco permitido maltratarlos; su muerte, un ultraje cualquiera, se vengaban como si la víctima hubiese sido un hombre libre. Y hé aquí la razon segun Jenofonte: «Si la costumbre autorizaba á un hombre libre á maltratar á un esclavo, un extranjero, ó un liberto, el ciudadano podria ser las mas veces víctima de una equivocacion. Nada hay ni en el porte, ni en su traje que lo distinga del extranjero ó del esclavo.» Demóstenes no tiene esta avidez enteramente espartana. El vé en todo esto una ley grande y gloriosa de humanidad. «Y ¿qué dirian los bárbaros, exclama, si se les dijese que vosotros protejeis hasta contra el ultraje al esclavo comprado en las naciones que os han dado un justo motivo de saña hereditaria, y que los infractores de esta ley han sido castigados muchas veces con la muerte?»—«La ley era justa, dice Montesquieu, no queria que tras la pérdida de su libertad, tuviesen que temer la de la de seguridad de su individuo.»

Es pues indudable que la constitucion ateniense abogaba en pro del esclavo; y Atenas recibió la recompensa debida á su blandura. Jamás, ni aun en tiempo de sus mas terribles pruebas, nunca, decimos, vió estallar en contra suya aquellas guerras serviles que tantas veces pidieron á Roma y á Esparta terrible cuenta de sus crueldades (1).

(1) La revuelta de los esclavos que trabajaban en las minas de Laurion es un hecho aislado, local y de fecha muy posterior. Sin embargo, en la misma Atenas se prohibia á los esclavos y metecas la música y la gimnástica, que eran consideradas solo propias de los hombres libres. Los libertos pasaban á la clase de los metecas, mas no podian llegar á ciudadanos. Dion Crisost., *Orat.* XV. Si un liberto quedaba convicto de ingratitud por su patrono, volvia á su condicion pri-

Leyes referentes à las sediciones y à la revision de la constitucion.

Como lazo de su legislacion estableció Solon la solidaridad de los ciudadanos. Tenian que prestarse proteccion mútua; el testigo de un ultraje inferido á otro estaba obligado á participárselo inmediatamente á los jueces; en caso de homicidio, los parientes de la víctima, y en su defecto los *genetas*, debian reclamar de los tribunales el castigo del culpable. Ultimamente; para acabar con el indeferentismo político, que en una república es un mal de muerte, hizo la siguiente ley, que es esclusivamente suya. «Todo ciudadano debe tomar las armas en caso de guerra civil;» ley excelente para un pueblo pequeño y muy ilustrado, porque asegura el triunfo de la verdadera mayoría, y termina lo mas pronto posible la discordia. Tambien es buena en todas aquellas regiones que se encuentran en momentos de crísis, cuando las cuestiones que se discuten están claramente colocadas entre el sí y el no; pero es mala en un estado considerable, donde la vida regular, no puede ser mas que una série de concesiones recíprocas, alcanzadas por la persuacion, y donde todo buen ciudadano tiene señalado su puesto entre las pasiones de los partidos extremos. Aun suponiendo que haya uno que tenga la verdad en favor suyo, una sociedad numerosa no puede llegar de un salto á aquella verdad nueva sin graves daños y trastornos, que se evitan por medio de transiciones. Montesquieu (XXIX, III) aprueba que Solon quisiera «mezclar entre los sediciosos el corto número de hombres juiciosos y tranquilos; porque la fermentacion de un licor se hace cesar echándole una sola gota de otro.» Y nosotros debemos añadir que, como en las repúblicas antiguas los tribunales carecian de fuerza armada que les protegiese contra los atentados, los amigos de las leyes debian estar siempre dispuestos á defenderlas.

Solon no imaginaba haber hecho una obra eterna; ó mejor dicho, Solon, para eternizar su obra, hizo de manera que su constitucion flexible y capaz de elasticidad, pudiese ceder, sin romperse, á las exigencias del tiempo, en lugar de romperse con la

mera La ley le dice: «Puesto que no supiste ser libre, serás esclavo.» Valerio Máximo, II, 6.

resistencia. Reconoció en la asamblea general, el derecho de resolver todos los años en la primera reunion, si habia ó no lugar á la creacion de un cuerpo legislativo que intrudujese una ley nueva ó modificase las antiguas. Pero en estas alteraciones se procedia con toda la solemnidad y todas las pruebas de un juicio público. Se colocaba en los sitios públicos la proposicion para que llegase á conocimiento de todos. Se daba á cinco oradores el encargo de defender la ley que se trataba de abolir, y la comision legislativa que acabamos de mencionar, cuyos individuos eran heliastas designados por la suerte, en número de quinientos y hasta de mil, resolvia el punto. Si una disposicion, nuevamente introducida en el código, era causa de desórden, los *tesmotetas* (quizás de creacion posterior) provocaban de oficio un exámen que debia restablecer el órden y claridad de antes. Con semejantes condiciones se consigue que así una constitucion como todas las demás cosas de este mundo, llegan á ser duraderas, trasformándose con tino y prudencia; pues como dice Aristóteles, la verdadera vida es el movimiento y la accion, el estudio de lo bueno y aun de lo mas excelente. Solo en la muerte se encuentra el reposo absoluto.

Cuando Solon publicó sus leyes, se grabaron en columnas giratorias de madera, colocadas en el Acrópolis. Pero se vió asaltado con tantas solicitudes y tantas súplicas para interpretar ciertas leyes, que pidió á sus conciudadanos permiso para alejarse, despues de haber hecho jurar á los senadores y á los arcontes que conservarian sus instituciones intactas por espacio de diez años. Entonces fué cuando visitó el Egipto, donde los sacerdotes le hablaron de la Atlántida, aquella grande isla del Océano que se hallaba sumerjida por las aguas. Vió á Chipre, donde fundó una ciudad que conservó su nombre, *Soli*; las costas del Asia menor, y la capital de Lidia. Si hemos de dar crédito á una tradicion que la cronología rechaza, debió de haber hablado con Creso; Dicen que este, no pudo fascinarlo con sus inmensos tesoros, y rechazó sus prudentes consejos, de los cuales se acordó, sin embargo, en los dias de la desgracia.

Pisistrato.

Los principios que servian de base á las leyes de Solon estaban

en armonía con el carácter y las necesidades del pueblo ateniense; sus leyes, por consecuencia, estaban destinadas á larga vida. Pero se necesita tiempo para que los antiguos partidos abdiquen y dejen obrar regularmente las nuevas instituciones. Lo pasado no se borra de golpe. Por mas que esté irrevocablemente condenado á morir, prolonga por largo tiempo todavía su influencia, y hánse visto sociedades conmovidas hasta en sus cimientos, sin poder arrancarlo de su seno, para principiar libremente una nueva vida. Y esta resistencia es legítima hasta cierto grado, porque impiden que se precipite el movimiento. Así en el Estado como en la familia, la tradicion es un elemento que debe tener su parte de influencia. No hay que admirarse, pues, de que la sabiduría de Solon, no hubiese podido desarmar inmediatamente todas las ambiciones, estinguir todas las rencillas, y reunir todos los partidos en uno solo, el de la paz pública y de la grandeza nacional.

Cuando Solon entró en Atenas de vuelta de sus viajes, halló tres facciones que mútuamente se combatian. Las gentes del llano, que tenian á su cabeza á Licurgo: las de la ribera á Megacles, y los montañeses á Pisístrato. A estos últimos se habia agregado la turba de los tetas, enemigos declarados de los ricos. Todavía se respetaba la reciente constitucion, ó á lo menos no se la violaba abiertamente; pero cada uno por su parte esperaba alcánzar la autoridad por medios revolucionarios. Solon, que fué recibido con honores y consideraciones, trató de reconciliar á los tres jefes rivales; pero no tardó mucho en distinguir entre ellos á un ambicioso hábil y para la libertad muy temible. Este era Pisístrato, que se habia hecho popular por su intrepidez en las guerras contra Megara, y con arte maravilloso sabia allanar todos los caminos. «Era de carácter amable, dice Plutarco, de frases suaves y expresivas, caritativo con los pobres, blando y moderado con sus enemigos. Tan bien sabia fingir las dotes que le negó la naturaleza, que generalmente era tenido por modesto, por prudente, por celoso partidario de la justicia y de la igualdad, y por enemigo declarado de los que querian introducir leyes y usos nuevos.» Cuando creyó llegado el momento de renovar la tentativa de Cilon, se valió de una singular estratagema, cual fué la de herirse á sí propio, herir á sus cabalgaduras y

echar á correr con ellas desordenadamente hasta llegar á la plaza pública, diciendo que huia de los que querian darle muerte. Indígnase la muchedumbre, uno de los confidentes del herido propone que inmediatamente se dé una guardia de cincuenta hombres al amigo del pueblo. Al rumor de tan maliciosa idea, se dirije á la plaza Solon, á pesar de su avanzada edad, y se opone enérgicamente; pero le abandonan los ricos, se encuentra solo en medio de la amenazadora muchedumbre de los pobres, y por último vuelve á su casa, toma sus armas, y colocándolas delante de su puerta, dice : «Mientras me ha sido posible, he defendido la patria y las leyes.» Pisístrato, á fuerza de deferencias, le obligó, ya que no á aprobar su usurpacion, á ayudarle alguna vez con sus consejos. El sábio dedicó sus últimos dias á las musas y á la ciencia. «Por mas que envejezco, decia, siempre voy aprendiendo.» Murió en 559. Su nombre es uno de los mas grandes y mas queridos que registra la historia. Accion é idea, política y poesía, todo lo reune, sobre todo derrama su grata sabiduría, su virtud amable.

Gracias á la guardia que habia obtenido, se apoderó Pisístrato de la ciudadela (560), y se enseñoreó acto continuo de Atenas. Los descontentos la abandonaron, y dirigidos por Milcíades fueron á fundar una colonia en el Quersoneso de Tracia. El usurpador usó de su poder como político hábil. Satisfecho con ser él el árbitro de todo, obró en lo demás como un simple ciudadano y mantuvo las leyes de Solon. Acusado de homicidio, se presentó ante el areópago. Apesar de esta moderacion, no acertó á conservar el poder, perdiéndolo y recobrándolo muchas veces. Megacles y los alcmeónidas habian emigrado voluntariamente. Permanecia en la ciudad Licurgo, reconcilióse con aquellos, y los dos bandos unidos consiguieron derrocar á Pisístrato. De acuerdo estuvieron para derribarlo, mas no para compartir sus despojos; andaba entre ellos la discordia, y Megacles propuso á Pisístrato que si queria casarse con su hija, volveria al mando. Pisístrato aceptó : tan grande era todavía su influjo en la ciudad, que despues de su destierro, nadie se atrevió á presentarse á la licitacion de sus bienes. Para dar mayor realce á su vuelta, ideó Pisístrato una pompa que ha sido mal interpretada. «Vivia en el arrabal de Peania una mujer de elevada estatura y

hermoso rostro. Megacles y Pisístrato la vistieron una armadura completa, y condujéronla á la ciudad en un carro, precedido de los heraldos que en alta voz decian: «Atenienses, acoged favorablemente á Pisístrato, el hombre á quien mas distingue Minerva; ella misma lo conduce á la ciudadela.» Pisístrato cabalgaba detrás del carro. Persuadidos los atenienses de que en efecto aquella mujer era Minerva en carne y hueso, se prosternaron en señal de adoracion y dejaron entrar á Pisístrato. Con su influencia y la de Megacles no tenia necesidad de un ardid tan grosero. Las puertas de la ciudad estaban para él abiertas, mas para entrar con mayor solemnidad, se habia puesto bajo la proteccion de la diosa. En vez de llevar su estátua, les mostraba su imágen viva; y hubo en todo ello tan poco fingimiento, que la pretendida diosa se casó con uno de sus hijos, despues de la ceremonia.

La condicion impuesta por Megacles era el matrimonio de la hija con Pisístrato; pero este no queria mezclar su sangre con la de una raza maldita. El desprecio que demostró á la jóven arrojó á Megacles al partido de Licurgo, y Pisístrato se vió obligado á salir otra vez de Atenas. Retiróse á Eretria, en la Eubea, donde permaneció diez años. Hipias, su primogénito, le decidió á hacer un nuevo esfuerzo. Con las rentas de sus bienes de Tracia y los subsidios de las ciudades á quienes habia prestado algunos servicios, especialmente á Tebas, reunió una suma bastante crecida. Los argivos le permitieron levantar un cuerpo de mercenarios, y el naxio Ligdamis vino á unírsele con soldados y dinero. Los atenienses salieron á combatirlo, pero hiciéronlo sin órden y fueron fácilmente derrotados. Pisístrato entró con los fugitivos en Atenas, de donde emigraron á su vez los alcmeónidas, y aseguró su poder, prometiendo á todos seguridad y amnistía, á condicion de que cada uno volviese tranquilamente á sus negocios. Pero no se fió sino de las tropas extranjeras que pudo conservar á su sueldo, merced á las ventas que percibia, tanto de las minas de la Atica, como de las del Estrimon. Hizo además que le diesen en rehenes los hijos de los principales ciudadanos, y los relegó á la isla de Naxos que él sometió, y que gobernó su amigo Ligdamis. En fin, quitó las armas á los atenienses, y las depositó en el templo de Aglauro.

La tiranía de Pisístrato fué á lo menos una tiranía inteligente. Creó una marina poderosa é hizo entrar bajo el dominio de Atenas la ciudad de Sigeo, en la Troada. Un oráculo habia pedido la purificacion de Délos, y él la dió cumplimiento. De todos los puntos de la isla que podian percibirse desde la cúspide del templo, se quitaron las tumbas y se trasladaron á otro sitio los muertos. Él comenzó á adornar á Atenas con aquellos monumentos, que debian ser una de sus glorias (1). A él fué debida la fuente de Calirœ, el templo de Apolo y el de Júpiter olímpico: este último tenia unas proporciones tan colosales, que no fué posible concluirlo sino despues de setecientos años; ningun templo del universo igualaba la extension de su recinto; tambien fué obra suya el Liceo, ese bello jardin, próximo á la ciudad, donde la juventud ateniense se ejercitaba en la palestra. Él tuvo la primera biblioteca que se vió en Grecia y la abrió al público; hizo, en fin, lo que nosotros llamaríamos una primera edicion de los poemas de Homero, hasta entonces conservados solamente por los rapsodas, y quiso que dichos poemas fuesen recitados en la fiesta de las grandes Panateneas, que él fundó, y se celebraban de cinco en cinco años. Pisístrato no habia abolido la última constitucion, pero nada se hacia, eleccion, ley ó cualquiera empresa, sino por su influencia y bajo su direccion. A juzgar por las apariencias, Atenas era una república; mas en realidad tenia un tirano, aunque tirano popular. Sin embargo de esto, mantuvo severamente las leyes referentes á la policía, y las que obligaban al trabajo. Hizo general una disposicion de Solon en favor de los soldados mutilados en la guerra: todo ciudadano estropeado ó valetudinario, recibió un obolo por dia (65 céntimos). Para conservar su popularidad, hizo distribuciones á los pobres y abrió al pueblo sus jardines. Sus liberalidades revelaban inteligencia: enviaba por ejemplo á los indigentes de la ciudad á los trabajos

(1) Aristóteles (*Política*, lib. V, cap. IX, 4) coloca á Pisistrato entre los tiranos que sometieron á su pueblo á grandes trabajos, para asegurarse mejor de su obediencia. Platon que es muy partidario de lo que hoy se llama principio de autoridad, dice acerca del gobierno de Pisístrato: «Era el reinado de Saturno.» *Hiparco*. No queria que hubiese gente ociosa en la ciudad, y multiplicó las plantaciones del laurel, que llegó á constituir una de las riquezas del Atica.

de los campos, y aun les ayudaba á reponerse dándoles ganados y semillas.

Era difícil llevar á cabo tantas empresas sin gravar el presupuesto de gastos, y en efecto, se hizo necesario imponer un diezmo sobre las producciones del suelo. Cuéntase que paseando Pisístrato cierto dia vió á un labrador trabajando con gran pena en las faldas del Himeto, y le preguntó cuánto le producia su campo. «Disgustos, respondió aquél; mas poco le importa á Pisístrato con tal que perciba su impuesto.» Soltó la risa el tirano y mandó eximirle del diezmo. Pisístrato murió en 527; tan arraigado en el poder que lo trasmitió sin obstáculo á sus hijos. Así se afirmaba la tiranía en Atenas, hasta hacerse hereditaria. Atenas habia recorrido ya toda la série de las trasformaciones políticas, cuya teoría expone Aristóteles, presentándola regularmente continuada en casi todos los estados de la antigüedad: monarquía heróica, aristocracia, oligarquía, democracia y tiranía. Mientras que la pausada y cautelosa Lacedemonia se detenía al primer paso entre la monarquía heróica y la aristocracia, la impaciente é inquieta Atenas, corria de un extremo á otro, ensayaba todas las formas de gobierno, y llegaba al último período de aquella larga revolucion: á la tiranía, de la cual debia redimirse muy pronta y gloriosamente para practicar el verdadero gobierno republicano y democrático.

Hipias.

Pisístrato habia dejado tres hijos: Hipias, Hiparco y Tesálos, amantes de las letras; pero como se habian criado en el poder, no eran tan prudentes, tan cautos como su padre. Gobernaron de consuno, segun parece; y si Hipias era considerado como soberano, únicamente lo debió á su calidad de primogénito. Tucídides, que quizás no los trata con severidad por haber pertenecido á su casa, dice lo siguiente: «Aquellos tiranos afectaron durante mucho tiempo virtud y sabiduría; satisfechos con percibir de los atenienses la vigésima parte de sus rentas, hermoseaban la ciudad, sostenian la guerra, y pagaban en las fiestas los gastos de los sacrificios. En todo lo demás, la república gozaba de sus derechos, y la familia de Pisístrato solo cuidaba de que alguno de los suyos pudiese desempeñar un cargo público.» Hiparco, atrajo

á Atenas á Anacreonte y á Simónides de Cea; acogió tambien á Onomácrito; pero desterróle al sorprenderle interpretando las profecías de Museo. Atribúyesele el establecimiento de los hérmes, que adornaban las plazas y encrucijadas de Atenas y de las aldeas del Atica, donde mandó grabar versos que contenian los mas bellos preceptos de moral, por ejemplo: «Sea siempre vuestra guia la justicia,» y «Jamás violeis los derechos de la amistad.» Si el texto de Tucídides es exacto, durante aquel gobierno, esto es, en 519, tuvo efecto la alianza entre Atenas y Platea, que se separó de la liga beótica.

Sin embargo, de cuando en cuando asomaba la tiranía. Cimon, padre de Milciades, fué asesinado de órden suya; y el tirano Hiparco se vengó tambien cobardemente de Harmodios, que preferia á su amistad la de Aristogiton, ciudadano de mediana clase. «Tenia Harmodios una hermana á la que se invitó á llevar la cesta sagrada en una fiesta pública; pero apenas se presentó para ello, fué rechazada ignominiosamente, bajo el pretexto de que nadie la habia llamado á aquella honrosa distincion, de la cual no era digna; pues solo se reservaba para las hijas de las familias mas distinguidas. Irritóle en alto grado á Harmodios tamaña injuria, y Aristogiton tomó parte en su ira. Buscan entrambos á varios enemigos de los Pisistrátidas, tratan secretamente de asesinarlos, y aplazan la ejecucion de su proyecto para la fiesta de las grandes Panateneas, único dia en que los ciudadanos se reunen armados. Llega el momento; Hipias ordenaba con sus guardias el cortejo en el Cerámico, fuera de la ciudad; Harmodios y Aristogiton, armados de puñales que ocultaban entre ramas de mirto, se adelantaban ya para herirle, cuando le vieron hablar familiarmente con uno de los conjurados; puesto que el tirano era de fácil acceso para todo el mundo. Imaginan los dos amigos que se les está delatando; y con el ansia de morir vengados á lo menos, quitando la vida primero al causante de sus desgracias, salvan el paso de las puertas, penetran en la ciudad, divisan á Hiparco en el sitio llamado Leocorion, y arrojándose sobre él instantáneamente, lo hieren de muerte. En los primeros momentos consiguió Aristogiton sustraerse á la vista de los guardias; pero á poco rato cayó en sus manos. A Harmodios le habian dado muerte en el acto. Llegada á Hipias, que se hallaba

en el Cerámico, la noticia de este suceso, en vez de volar al teatro de la catástrofe, compuso su rostro de manera que no revelase sus ideas, dirigióse á los ciudadanos armados que estaban á cierta distancia, formando el cortejo de la fiesta, y les mandó que, depuestas las armas, se reuniesen en un sitio dado. Una vez allí, hizo prender á aquellos que tenia en concepto de sospechosos, y á los que llevaban puñales escondidos (Tucídides).»

Relatos posteriores á la época, suponen que Aristogiton antes de recibir la muerte, fué sometido al tormento, en cuya ocasion denunció á los amigos mas predilectos del tirano, quien los mandó degollar en seguida. «¿Quiénes son los demás?» preguntaba éste. «Tú eres el único cuya muerte deseo; contestó el ateniense; pero á lo menos he conseguido que matases á los que mas amabas.» Para hacer mas glorioso aquel dia, el primero de su libertad, contaban además los atenienses, que Leena, amiga de Aristogiton, habia sufrido tambien el tormento; y que temerosa de que el dolor la arrancase la delacion, siquiera involuntaria, de alguno de sus cómplices, se cortó la lengua con los dientes y la escupió al rostro del tirano. A la caida de los pisistrátidas representaron los atenienses á Leena bajo la forma de una leona sin lengua; levantaron estátuas á los dos amigos, y en sus fiestas y festines cantaban: «Yo encubriré mi espada entre ramas de mirto, á semejanza de Harmodios y de Aristogiton, el dia que mataron al tirano y establecieron la igualdad en Atenas.

«Harmodios muy amado nuestro, tú no has perecido; vives sin duda en la isla de los bienaventurados, allí donde nos dicen que habitan Aquiles, el de rápida carrera, y Diomedes, hijo de Tideo.

«Entre ramas de mirto ocultaré mi espada, á semejanza de Harmodios y de Aristogiton, cuando en las fiestas de Atenea dieron muerte al tirano Hiparco.

«Harmodios muy amado, y tú, Aristogiton, vuestro renombre vivirá en la tierra, porque matasteis al tirano y fundasteis la igualdad en Atenas (514).»

El carácter de Hipias pareció cambiar desde la muerte de su hermano. Sombrío, receloso, hizo morir á muchos ciudadanos, abrumó á los otros á fuerza de impuestos, y estrechó sus alianzas con los extranjeros. Su hermano poseia á Sigeo; Milciades el segundo tenia por él, el Quersoneso; y además conquistó la amis-

tad del tirano de Lampsaco (que tenia mucho crédito con Darío) dándole á su hija por esposa. Olvidó sin duda Tucídides que la precaucion podia mas que el orgullo en el tirano, y así exclamó con su orgullo ático: «¡ El, un ateniense, unirse con un hombre de Lampsaco!» Por otra parte, Hipias tenia otros muchos amigos, como Lacedemonia, el rey macedonio Amintas, y los tesalienses: ¿qué podia temer pues?

Los alcmeónidas, que desterrados por Pisístrato, habian hecho una tentativa inútil para volver á entrar en el Ática por la fuerza, andaban buscando aliados. Entonces se reunia dinero en toda la Grecia para reconstruir el templo de Delfos, que habia perecido en un incendio en 548; y los délficos tenian que contribuir por sí solos con la cuarta parte del total de gastos, calculado en 300 talentos de Egina. Contrataron los alcmeónidas con los anfictiones la reconstruccion del templo, y en efecto cumplieron ventajosamente para estos, su promesa, puesto que en lugar de hacer el fronton de piedra comun, lo hicieron de mármol de Páros. Apreciaron en gran manera los délficos tan generosa conducta, y siempre que la Pitia tenia que responder á los lacedemonios, que la consultaban, ya fuese en nombre del interés particular, ya en el del Estado, les intimaba que volviesen la libertad á Atenas. Los espartanos se inclinaban naturalmente en favor del partido aristocrático ateniense, representado por los alcmeónidas, y tenian por el contrario aversion al espíritu democrático que diera á los pisistrátidas la preponderancia, y sobre todo no podian ver, sin envidia, los rápidos progresos que Atenas habia hecho bajo Pisístrato y sus hijos. Verdad es que habian hecho alianza con estos; pero como hasta el mismo dios parecia declararles dispensados de cumplir con este compromiso, se resolvieron á mandar una expedicion que devolviese á Atenas su libertad, es decir, la aristocracia de las familias poderosas. La expedicion fué marítima, mandóla Anquimolios, y desembarcó en el puerto de Falera. Hipias habia recibido el refuerzo de mil ginetes de Tesália, y tomado la precaucion de arrancar todos los árboles y vallados de los alrededores de Falera. En cuanto los lacedemonios quisieron salir al llano, acometiéronles por todos lados los ginetes tesalienses, rechazándolos á la playa, y causándoles gran pérdida de hombres, entre los cuales pereció su jefe.

Este revés les sirvió de estímulo, tanto que su rey Cleomenes, tomó el mando de otra expedicion, que atacando á Atenas por la parte de tierra, fué de mejor resultado; como que derrotó á los tesalos, y Atenas quedó sitiada.

«Los tiranos se habian refugiado detrás de la muralla pelasga, dice Herodoto, y como era punto donde no podian obtener ventaja los lacedemonios, no pensaban siquiera en comenzar un sitio contra enemigos que tenian provisiones de toda clase. Hasta llegaron á calcular si se retirarian despues de unos dias de bloqueo, cuando se resolvió la ruina de los pisistrátidas, gracias á un suceso imprevisto. Este fué, que deseando Hipias poner á sus hijos á cubierto de los peligros de la guerra, determinó embarcarlos; pero cayeron en poder del enemigo, el cual declaró, que solo los entregaria á condicion de que el padre abandonase el Ática en el término de cinco dias. Hipias pasó por todo mientras que le devolviesen sus hijos (510), y se retiró á Sigeo con sus parciales mas notables.

Clistenes; el ostracismo.

Parecia que con los alcmeónidas debian ir unidos y penetrar en Atenas la influencia de los espartanos y la índole de sus instituciones. Pero iba á la cabeza de los emigrados que regresaban, un hombre como Clistenes, que habia aprendido mucho en el destierro. Herodoto lo pinta como un ambicioso que, viendo un rival en Iságóras (uno de los mas ricos y nobles ciudadanos de Atenas) resolvió imitar á Pisístrato en lo de apoyarse en la clase ínfima, y destruir la influencia de los nobles, rompiendo los lazos de clientela que les aseguraban la dependencia de cierta parte del pueblo. Acaso no hizo mas que llevar á cabo la patriótica reforma, comenzada un poco antes en Roma por el rey Servio: la fusion entre los ciudadanos nuevos y los antiguos. Solon habia conservado las cuatro antiguas tribus que unidas estrechamente por motivos religiosos, no querian, á pesar de las benévolas disposiciones del legislador, abrir sus puertas á los extranjeros, establecidos en gran número en el Ática, y algunos de ellos desde muchas generaciones. La opresion que habia estado pesando sobre todos, estrechó las distancias, confundió los orígenes, y si la revolucion no estaba hecha, estaba por lo me-

nos preparada en los ánimos, cuando Clistenes la llevó á cabo.

Al ser nombrado para el cargo de arconte epónimo, abolió las cuatro tribus antiguas y en su lugar estableció diez nuevas, que por de pronto comprendieron diez demos cada una, y despues mas, como que se llegaron á contar ciento setenta y cuatro. No era indispensable que todos los demos de una tribu perteneciesen á un canton dado, por ejemplo : de los cuatro demos que rodeaban el Pireo, los tres pertenecian á otras tantas tribus. De lo cual resultó que como la tribu no representaba un solo interés territorial, nunca llegó á convertirse en foco de una faccion política. Cada uno de los demos tenia por administrador un demarca, poseia su registro de ciudadanos, y celebraba sus asambleas municipales y sus fiestas.

Las *fratrías*, subdivisiones de las tribus antiguas,ya no fueron reconocidas sino en lo concerniente á los negocios civiles. Los derechos políticos partieron de la nueva organizacion; nadie gozó de los derechos de ciudadano, como no estuviese empadronado en un demo. Gracias á este simple cambio, introducia Clistenes en la ciudad, á muchos que hasta entonces permanecieran excluidos, y verificaba una transformacion en el pueblo ateniense. Es indudable que á partir de este punto, lo ha de animar un nuevo espíritu; si que Clistenes lo ha emancipado de la influencia tradicional, que los nobles se transmitian como una herencia en sus fratrías ó en sus γένη y que de generacion en generacion se iba perpetuando en unas mismas familias. Antes la unidad política era el *genos*, compuesto de ciudadanos enlazados por las tradiciones y la religion y sometidos al influjo de jefes hereditarios; pero desde Clistenes la unidad fué el demo, compuesto de hombres unidos solo por la comunidad de intereses, y la proximidad de sus posesiones, y agenos á todo influjo, escepto el del patriotismo; es decir, sirviéndonos del lenguaje positivo moderno, era nada menos que el establecimiento del sufragio universal.

Aumentando el número de las tribus, aumentó tambien el de los senadores, subiendo de cuatrocientos á quinientos, de manera, que salieren cincuenta individuos, ó sea la décima parte de cada tribu, quizás ya desde aquel momento, designados por la suerte. Este senado tenia que celebrar sesion todos los dias

no festivos. Cada seccion funcionaba por turno durante una décima parte del año; sus individuos, á quienes suministraba el Estado los alimentos en todo aquel período, se llamaban *pritanos*. Cada seccion se subdividia en cinco comuniones y cada una de estas funcionaba siete dias, presidiendo el senado bajo la direccion de uno de los vocales, llamado *epistata*, designado por la suerte. A cargo de este, estaban las llaves del Acrópolis, las del tesoro, y el sello del Estado; solo desempeñaba estas funciones por espacio de un dia. Los demás senadores podian tomar asiento entre los pritanos y ninguna resolucion era válida mientras no hubiese tomado parte en la deliberacion de estos, un senador por lo menos, de cada una de las otras nueve tribus.

Desde entonces se reunió la asamblea del pueblo en cada *pritania* (espacio de treinta y cinco á treinta y seis dias) y mas tambien si era necesario, convocada por el senado, ó por los generales, y presidida por los pritanos, cuyo jefe ó epístala señalaba los puntos que debia votar la asamblea.

Tambien formaron los helias diez tribunales, division que prevaleció en la mayor parte de las corporaciones; pero no en el colegio de las arcontes, los cuales continuaron en número de nueve, nombrados por votacion y no por la suerte, como lo fueron despues, cuando ya habian perdido las mas importantes prerogativas que les habia dejado Clistenes.

La nueva organizacion fué tambien militar; cada tribu tenia sus hopólitas, su caballería y su general; si bien el arconte tercero ó polemarca, conservaba voto y autoridad decisivas en el consejo de guerra. Los generales solo desempeñaban mando durante un año; pero sus funciones tomaron incremento con la democracia del Estado. En tiempo de Perícles los arcontes se ven reducidos á cuidar de la policía de la ciudad y á preparar los fallos de los expedientes, mientras que los generales dirigen no solo los asuntos de guerra sí que tambien la política respecto á los extranjeros.

El establecimiento del ostracismo se atribuye tambien á Clistenes. Todos los años, al llegar al sexto mes, se podia discutir en el senado, y ante la asamblea, la proposicion siguiente: «¿Exige la seguridad del Estado que se dé un voto de ostracismo?» Si la

contestacion era afirmativa, el pueblo acudia á dar un voto. Nadie le designaba nombre alguno: cada votante escribia en una concha que tenia un baño ó capa de cera, (ὄστρακον) el nombre del ciudadano cuyo destierro le parecia conveniente. La votacion era secreta, y los arcontes contaban y examinaban los votos que debian ascender á un mínimum de seis mil. El ciudadano designado por la mayoría, tenia que alejarse por espacio de diez años; aunque no con menos cabo de su buen nombre, ni confiscacion de sus bienes, cuyos productos seguia percibiendo. Desde la época de Clistenes, sufrieron el destierro por este medio diez ciudadanos: Hiparco, un pariente de los pisistrátidas, Alcibiades, Megádes y Calias tres jefes de familias poderosas, Arístides, Temístocles, Cimon, Tucídides el mayor, Damon, uno de los maestros de Pericles, é Hiperbolos, cuya injusta condena deshonró el ostracismo, que despues de él, fué abolido.

Aquella institucion dió márgen á muchas declamaciones contra la democracia ateniense; mas si bien la condenó Plutarco, estuvo muy cerca de absolverla Aristóteles (1); el cual la considera, y lo fué ciertamente, como un medio de conservar el Estado en tales condiciones, que no permitia á nadie adquirir en la ciudad una extremada preponderancia. «El pintor, dice, no pondrá en ningun cuadro un pié desproporcionado, por admirable que sea; y el maestro de coros exigirá que hasta la voz mas hermosa cante al unísono con las restantes.» Se suele echar en olvido que cuando Atenas la estableció, acababa de salir de una tiranía odiosa; que el nuevo gobierno, no tenia fuerza armada para su defensa, y que su libertad tantas veces violada, desde el tiempo de Solon, tenia justos motivos para ser recelosa. Todo ciudadano que se encumbraba mucho, le parecia temible; pero hasta ese mismo temor era un homenaje: honraba hasta cuando heria; tanto, que el ostracismo vino á ser el sello de las grandes reputaciones. Despues del juicio de Aristóteles, debemos hacer mencion del de Arístides que decia: «Solo hay un medio de devolver la paz á las ciudades, y es que Temístocles y yo nos arrojemos al *báratro.*» Atenas fué mas prudente y se contentó con desterrar á uno de los dos

(1) *Política*, lib. III, cap. IX. El ostracismo existió tambien en Siracusa donde produjo males, porque fué desordenado (el *petalismo*). Diodoro, lib. XI, y en Argos, Aristot., *Polit.*, lib. V, cap. III.

rivales; y Temístocles, una vez desembarazado de aquella lucha diaria, tuvo mas facilidad para servir á su patria. Él fué quien salvó á Atenas; Arístides á su regreso supo ilustrarla con sus virtudes.

Montesquieu ha dicho que: «En los Estados donde mas se estima la libertad, hay leyes que la atacan con beneficio general y perjuicio de uno solo... Ciceron quiere que esas leyes perezcan... Yo, sin embargo, veo que la costumbre observada por los pueblos mas libres de la tierra, me hace creer, que en ciertos casos, se debe cubrir momentáneamente con un velo, la libertad, así como se cubria las estátuas de los dioses (1).» No me parece mal la idea de Ciceron; pero ¿nos es lícito tanta severidad para con Atenas, á nosotros los modernos que tantas veces hemos condenado al ostracismo hasta á los niños?

Primera rivalidad entre Esparta y Atenas.

La aristocracia de Lacedemonia creyó que restableciendo á los alcmeónidas en Atenas, derribaba un tirano y fundaba una oligarquía; mas al ver fallidas sus esperanzas, dió oidos á las quejas de Iságoras, y un heraldo fué á reclamar el destierro de Clistenes, como individuo de una familia mancillada. Clistenes salió de la ciudad, porque no se creyó bastante fuerte para resistirle. Llega Cleomenes á Atenas; destierra sietecientas familias por indicacion de Iságoras; suprime el consejo de los quinientos y trata de dar todo el gobierno á trescientos ciudadanos de la faccion oligárquica, pero el pueblo irritado le sitia en la ciudadela, obligándole á retirarse dos dias despues que Iságoras. Los que le apoyaban fueron condenados y ejecutados.

Los atenienses, al verse libres, llamaron á los desterrados; y despues, temiendo un ataque por parte de Esparta, y quizás por la de Hipias, que estaba retirado en Sigeo (Asia), enviaron diputados á Sardes, solicitando la alianza del gran rey. Exigia el sátrapa, que Atenas prestase á su señor, el homenage de la tierra y el agua, y concediéronlo los diputados; mas su conducta fué abier-

(1) *Espíritu de las leyes*, lib. XII, cap. XIX. En otra parte, XXVI, 17 dice: El ostracismo demuestra la blandura del popular gobierno que lo empleaba, y XXIX: «En Atenas fué una cosa admirable.»—Los ingleses tienen algo peor que el ostracismo, y es el *bill of attainder* que condujo á Strafford y otros muchos al cadalso.

tamente censurada. Volvió Cleomenes á la carga cuando Atenas no tenia mas aliados que los de Platea; al paso que él estaba de acuerdo con los beocios, enojados contra Atenas por la reciente defeccion de Platea, y con los calcidios, celosos del poderío de aquella. Mientras que Cleomenes marchaba contra Eleusis, los aliados atacaban el norte del Atica.

Corrieron los atenienses á su encuentro; «los ejércitos, dice Herodoto, iban ya á trabar la batalla; pero reconociendo en seguida los corintios que hacian una guerra injusta, desistieron y se retiraron. Demarate, segundo rey de Esparta, siguió su ejemplo, y arrastró con él á todas las tropas, que abandonaron el campo. Esta disidencia dió motivo á la ley que prohibe á los dos reyes de Lacedemonia, el encontrarse juntos en el ejército.» Los atenienses, al verse libres de los espartanos, se volvieron contra los beocios, matándoles muchos hombres, y cojiéndoles setecientos prisioneros. En aquel mismo dia verificaron su desembarco en Eubea y alcanzaron una victoria tan completa, que pudieron mandar cuatro mil colonos á las tierras de los mas ricos habitantes de Calcia, colonia que contribuyó mucho al engrandecimiento de Atenas, ya por los recursos que la proporcionaba en trigo y en caballos, ya por el influjo que la dió en la isla.

Así, pues, la democracia inauguraba gloriosamente su advenimiento con dos importantes victorias alcanzadas en dos dias: no habia hecho Atenas otro tanto durante los setenta años que habia vivido en la tiranía. «Despues de este suceso, dice Herodoto, Atenas fué creciendo continuamente; y la prosperidad que alcanzó, ha demostrado allí y en todas partes, la ventaja de que en un Estado gocen todos de unos mismos derechos. En efecto, mientras que los atenienses sufrieron el yugo de los tiranos, nunca se les vió superiores á los pueblos que les rodeaban; pero les llevaron mucha ventaja, desde el momento en que supieron sustraerse á la tiranía. Tambien es indudable que no tuvieron deseo de ilustrarse, mientras consideraron que pertenecian á un amo, pero apenas se vieron libres, lo desearon y lo consiguieron; porque entonces cada uno trabajaba en beneficio propio.»

Deseosos los beocios de vengar su derrota, pidieron socorro á los de Egina, apoyándose muy particularmente en que Tebas y Egina, hijas del rio Asopo, que dieron el nombre á dos ciudades,

eran hermanas. A tan razonable argumento, contestaron los de Egina, de una manera tambien mitológica: mandaron las estátuas de los héroes eacideos al campo de los beocios; á pesar de este refuerzo, fueron estos los vencidos y solicitaron un socorro algo mas humano. Como entre Atenas y Egina existia un motivo de disgusto de que pronto nos haremos cargo, los eginenses resolvieron aprovecharse de la situacion de Atenas; y en tanto que los tébanos atacaban por el norte, armaron una escuadra y saquearon aquellas costas aun antes de declarar la guerra. Atenas dispuso inmediatamente una expedicion contra Egina; mas las noticias que recibió del Peloponeso, la impidieron llevar adelante su propósito. Tambien entonces, Lacedemonia habia tomado á su cargo la direccion de la liga, sobre todo con el designio de reponer en el mando á Hipias, pues se acusaba de haberle derribado, á cada nueva victoria de Atenas; y habia descubierto la traza de que se valieran los alcmeónidas para sobornar al oráculo. «Por otra parte, (Lacedemonia) creia que si el Africa llegaba á ser libre, podria tal vez contrarestar su poderío, mientras que uncida al yugo, por fuerza tendria que ser débil. (Herodoto).» Hipias fué llamado de Sigeo á Esparta y los magistrados propusieron á la liga una grande expedicion para reponerlo en el mando. Atenas carecia de buques, y por lo tanto Corinto no temia su competencia; al paso que la inspiraba cierto terror el despotismo de Esparta. Socicles, uno de sus diputados, manifestó del modo mas enérgico que los corintios no contribuirian al restablecimiento de la tiranía, cuyos funestos efectos habian experimentado. La mayor parte de los aliados se adhirió á este dictámen; la liga que se estaba consolidando quedó repentinamente disuelta, y el tirano Hipias regresó tristemente á Sigeo, desde donde no cesó de solicitar del rey de Persia un ejército para sujetar á su patria al antiguo yugo (505).

Acabamos de ver á Atenas, despues de muchos trastornos y revoluciones, entrar rápidamente en las vias democráticas, y despues de restablecer el órden en lo interior, tomar incremento en lo exterior y llegar en poco tiempo á ser bastante temible para poner espanto en la aristocrática y omnipotente Lacedemonia. Muchos pueblos, muchas aristocracias se unieron para combatirla; con objeto de poner término á sus medros, hizo Lacedemo-

nia, todo cuanto en su mano estuvo; ya arrojando á los tiranos, ya lanzándolos de nuevo contra su enemiga; mas todo fué inútil. Atenas triunfó de todas sus artes, como el vigoroso arbusto cuya savia se quisiese comprimir para privarle del desarrollo, y hacer que languideciesen sus ramas destinadas á producir juntos la flor y el fruto.

De seguro no hubiera Esparta renunciado á su enconada envidia, á no ocurrir de súbito un grande acontecimiento, que impuso á los griegos, el olvido de sus injurias y la union. Estamos próximos á las guerras medas; antes de emprender su relato, es menester que el mundo helénico se presente á nuestros ojos en conjunto. Vamos á ocuparnos de los pequeños Estados de la Grecia y de aquellas numerosas colonias que fueron la causa primera de aquel gran conflicto en que se entrechocaron el Asia y la Europa, que desde entonces no han dejado de revolverse una contra otra.

CAPÍTULO VII.

Estados secundarios.

ABOLICION DE LAS DINASTÍAS DE RAZA HEROICA; OLIGARQUÍA; TIRANOS; DEMOCRACIA. —ESTADOS SECUNDARIOS DEL PELOPONESO.—ESTADOS SECUNDARIOS DE LA GRECIA CENTRAL.—TESALIENSES, ETOLIOS, ACARNANIOS, ETC.

Abolicion de las dinastias de raza heroica; oligarquia; tiranos; democracia.

Los Estados fueron muchos en número, y cada uno de ellos tuvo su historia, aunque muy poco conocida; á bien que respecto al movimiento interior fueron una copia de lo que encontramos en Atenas ó en Esparta, y respecto al exterior, todas están frecuentemente enlazadas á la de las principales repúblicas. Solo notamos un hecho comun á todos aquellos pequeños pueblos, y es la lenta revolucion que en su seno se verifica, conduciéndolos desde la soberanía real, como nos la mostraba Homero, á la democrácia tal cual Tucídides y Herodoto nos la describen.

Aquel gobierno de la edad heroica, con sus reyes descendientes de los dioses, su senado de nobles, su consejo y la asamblea general de hombres libres que desecha ó aprueba sin deliberar; vemos que prolonga su vida en Esparta y en el Epiro hasta el siglo III antes de nuestra era. En el resto de la Grecia desapareció al desaparecer las causas que lo habian producido, es decir, las guerras contínuas, las invasiones súbitas, los cambios de territorio. Cuando la sociedad se encontró mejor sentada, ya no necesitó tanto de aquellos hijos de los dioses; y, mas tarde ó mas temprano, desapareció de todas las ciudades la soberanía real, ocupó su lugar una oligarquía que databa del tiempo de la conquista, y gobernó por medio de pritanos ó de arcontes, con honra y provecho de los nobles. La transicion fué suave en algunos puntos, por ejemplo en Atenas donde se pasó del rey á un arconte con cargo vitalicio, decenal despues, y anual ultimamente. La revolucion oligárquica quedó completamente realizada, en el siglo VII, en todo el mundo griego, así en las colonias como en la metrópoli.

Mas sucedióle otra desde 650 á 500; porque una vez emancipada la Grecia de la soberanía de raza de dioses, no se detuvo sino en el extremo opuesto, esto es: en la democracia. Los nobles que no reconocian ya señor alguno superior á ellos, no quisieron ver debajo sino súbditos; pero los súbditos hicieron á su vez contra la oligarquía lo que la oligarquía habia hecho contra los reyes. Sin embargo, desconfiando todavía mucho de sí mismos para llevar á cabo el establecimiento de un gobierno popular, pusieron á su frente á alguno de los grandes que se habia pasado á su partido, y le dieron el mando, con tal que les diese la igualdad en cambio. Así llegaron á ser tiranos Pisístrato en Atenas, Cipselo en Corinto, Panetios en Leontini, Pítaco en Mitilene, etc.; tiranías brillantes y populares que daban paz y prosperidad á las ciudades (1).

Sin embargo, no todas las tiranías llegaron por la misma ruta, ni fué siempre el carácter popular su distintivo. En Argos, el rey Fidon rompió las trabas que contenian su poder, y sometió á su voluntad á grandes y pequeños. En Mileto, y en toda la

(1) En griego la voz *tiranía* no lleva consigo la idea de crueldad; sino la de poder ejercido por uno solo, allí donde las leyes lo confian á muchos ó á todos.

Jonia, los magistrados, instituidos por los mismos nobles, se alzaron con el poder omnímodo. En Sicilia, el agrigentino Fálaris, lo usurpó y lo ejerció tanto mas cruelmente, cuanto que no representando á ninguna clase las tuvo á todas por enemigas. En Gela, Cleandro é Hipócrates lo debieron á sus numerosos mercenarios sículos. En Cumas (Italia) Aristodemo se hizo con él por medio de la violencia. En el Quersoneso de Tracia, el primer Milcíades lo obtuvo como jefe de una colonia rodeada de enemigos.

Las tiranías pasaron á su vez como las oligarquías que las habian motivado; porque el uso prolongado de un poder irresponsable produjo sus consecuencias naturales: los abusos y las violencias que dieron márgen á una nueva revolucion. Acababa de verificarse esta, cuando estallaron las guerras medas. Tal es la vida interior de la Grecia: primero los reyes, en seguida la aristocracia, despues los tiranos que se apoyan en la clase oprimida ó bien en los mercenarios, y por último la ciudad, gobernándose por sí misma, en unas partes concediendo preeminencias á los ricos propietarios del suelo, en otras concediéndoselas al pueblo. Esta última trasformacion debia ser la mas excelente; porque de la rivalidad entre las clases, nació aquella emulacion, aquella actividad mental que fué el orígen de la civilizacion de la Grecia. Como síntoma y consecuencia de la revolucion política, se verificó otra en la organizacion militar que hizo que la primera fuese irrevocable. La igualdad de las armas vino á acompañar la igualdad de los derechos. A los guerreros de la época homérica que combatian aisladamente en sus carros, sucedieron los hoplitas, dispuestos en muchas y apretadas filas. Antes, solo los héroes atacaban de cerca, sembrando en torno suyo el terror y la muerte; despues, todo el pueblo trababa y sostenia la batalla. No hay ciudadano que no esté armado de todas armas, y en vez de las maravillosas hazañas de algunos jefes intrépidos, se vé el espectáculo de la ciudad entera que marcha serena, disciplinada y resuelta á buscar la victoria ó la muerte. Esta organizacion democrática es la que prevaleció cuando la aparicion de los medas y la que salvó á la Grecia.

En el compendio histórico de los Estados secundarios, encontraremos algunos pormenores de aquellas sucesivas trasformaciones.

Estados secundarios del Peloponeso.

Detrás de su elevado anfiteatro de montañas, tiene la Arcadia un suelo muy accidentado, que no contiene grandes depósitos de aguas; puesto que, exceptuando el valle del Ladon, en todas partes, corren aquellas precipitadas en varias direcciones, chocando á cada paso contra las eminencias cuyo pié van zapando, y cuya masa taladran para abrirse paso por debajo de tierra. La historia de este país, imágen y casi reflejo de su suelo, carece de unidad; habitábalo un gran número de pueblos diseminados en aquellos valles sin número, donde vivian aislados. Decíase sin embargo, que al principio habia gobernado en toda la Arcadia una gran série de reyes, y aun se citaba como el primero al que le dió su nombre, Arcas. Cipselo era su soberano cuando la invasion de los dorios, que no se fijaron en su suelo. Tomaron sus sucesores parte en la guerra de Mesenia; el postrero, Aristócrates II, aseguró con su traicion la victoria definitiva de los espartanos. Los arcadios indignados le apedrearon y derribaron del trono (667).—Poco á poco se elevaron dos ciudades sobre las demás poblaciones: Mandi ó Mundi (*Mantinea*), donde los argivos favorecieron la democracia, y Tegea, que por estar mas cerca de la Laconia, tuvo largas guerras con Esparta y despues entró en su alianza y en las miras de su gobierno; de ahí las perpétuas rivalidades y las sangrientas luchas entre las dos ciudades arcadias. Los de esta última ciudad, como pobres y sobrios, fueron los primeros en ir á buscar fortuna en el servicio extranjero.

La costa del noroeste, una de las mas fértiles regiones del Peloponeso, contenia en su orígen tres pequeños Estados, así como tenia tres valles que daban al mar de Jonia: la *Trifilia*, cuya capital era Pilos, ciudad de Nestor; la *Pisátida*, donde se hallaba Olimpia, situada sobre el Alfeo; y la *Elida*, donde se estableció Oxilos con los etolios en tiempo de la invasion dórica. El trono subsistió en la Pisátida hasta la conquista de aquel país por los eleos, por los años de 580, despues de largas guerras para la presidencia de los juegos. Los eleos lo habian abolido anteriormente. El mas célebre de sus reyes fué Ifitos, que restableció los juegos olímpicos (776). Esta institucion hizo la felicidad de la Elida; fué destinada cada cuatro años para sitio de reunion de toda

la Grecia; por cuyo motivo se consideró su suelo como sagrado. La guerra no penetraba en su recinto; las tropas extranjeras que pisaban su territorio, deponian las armas en sus fronteras, y no las requerian de nuevo hasta la salida. Así es que sus campiñas estaban bien cultivadas y pobladas; siendo residencia habitual de muchos ciudadanos ricos y de tribunales que resolvian los litigios; de manera que allí la capital no ejercia sobre el resto del país, la atraccion que en otras partes acumulaba en las ciudades, la vida que faltaba en los campos. El poder, pertenecia á una aristocracia muy limitada. Dos magistrados supremos, (que despues llegaron á ser diez) llamados *helanodices*, estaban encargados de vigilar los juegos. El senado, compuesto de 90 individuos, cuyo cargo era vitalicio, cubria por sí mismo las plazas que resultaban vacantes. En la costa se extendia Zante, llamada hoy dia por los marinos, la Flor del Oriente (*Fior di Levante*). Sus habitantes suponian descender de los troyanos y fueron los fundadores de Sagunto.

Al este de la Elida está la *Acaya*, donde reinaron los descendientes de Tisamenes, hasta que cierto Giges, dió márgen con sus crueldades, á que se derribára el trono, no sabemos en qué época, y se estableció en el país la democracia, formando una confederacion de doce ciudades. La Acaya no tomó parte alguna en los asuntos generales de la Grecia, y vivió tranquila y feliz. Ponderábase la excelencia de su constitucion, que imitaron muchos pueblos, y sus ciudades brillaron fugazmente en los últimos momentos de la Grecia.

En *Argos* reinó primero, Temenos, jefe principal de la casa de los heráclidas. Los dorios de esta ciudad, que habian colonizado Sicion, Cleone, Fliunte, Epidauro y Egina, consideraron como su metrópoli la ciudad de Argos. Hermione, que creia estar situada cerca de una de las entradas del infierno (por cuyo motivo se abstenia de poner en los lábios de los muertos la moneda de plata que todos debian pagar á Caronte), Asinea y Nauplia reconocieron tambien su supremacia; de modo que se encontró al frente de una confederacion que llegó á comprender toda la Argolida. El dios protector de la liga, era Apolo Pitio, cuyo santuario se elevaba en la ciudadela de Argos, á donde todos los confederados iban por obligacion y con gusto á hacer sus sacrificios. Los

argivos, custodios del templo, estaban autorizados para emplear la fuerza contra todas las ciudades que no enviasen sus víctimas obligatorias, así como para imponer multas á los individuos de la liga que no cumpliesen las condiciones de su mútuo contrato. En 514 Sicion y Egina ausiliaron al espartano Cleomene en la invasion del Argia; Argos impuso á las dos ciudades una multa de quinientos talentos y Sicion reconoció que merecia aquel castigo.

La reunion de todos los dorios en la Argolida, bajo la direccion de Argos, dió á esta ciudad la preeminencia en el Peloponeso. En tiempo de su rey Fidon, sexto ó décimo descendiente de Temenos, hácia 750, ejerció en la península, la supremacía que Esparta no consiguió sino al cabo de muchos años. Él fué el que despojó de la presidencia de los juegos olímpicos á los eleos y se la dió á los piseos; él fué quizás el que sometió toda la costa oriental de la Laconia hasta el cabo Malio, con la isla de Citera; y finalmente, el primero que mandó acuñar moneda de plata y estableció un sistema de pesas y medidas que se llamó el sistema de Egina y que en la Beocia, en la Tesalia, en la Macedonia, en todo el Peloponeso fué adoptado. Despues de él, la soberanía real volvió á caer en la bajeza de que él la habia levantado y ya no fué mas que un título vano. La poblacion se dividia en tres clases, como en todos los Estados dóricos. Gobernaba la clase superior, que se componia de los descendientes de los conquistadores; los vencidos formaban la clase intermedia y eran libres como los laconios; los siervos, eran una especie de ilotas, llamados por desprecio, *gimnosianos*, ú hombres desnudos. Argos, como ciudad dórica y aristocrática deberia de haber permanecido siempre en alianza con Esparta; pero recordando el elevado puesto que en otro tiempo ocupaba en la Grecia, no podia mirar sin despecho la creciente preponderancia de Lacedemonia. Asi es que tuvo repetidas guerras con esta, por la cuestion de fronteras, y perdió parte de la Cinuria. Despues, abrazó la causa de Atenas y de la democracia, solo por odio contra Esparta; pero puso en práctica este difícil sistema de gobierno sin la prudente templanza que empleó Atenas por largo tiempo. Ciceron observó que en ninguna parte se ha hecho mencion de un orador argivo.

Al este de Argos, en la península de *Acte*, se eleva *Epidauro*, si-

tuada en la costa del golfo Sarónico y delante de *Egina*, cuyos destinos estuvieron mucho tiempo unidos con los suyos, llegando á obligar á los habitantes de esta á llevar sus pleitos ante sus tribunales. En el siglo VIII, cayó bajo el poder de Fidon de Argos; despues de la muerte de este, recobró su independencia. A fines del siglo VII y principios del VI, cayó otra vez bajo el yugo extranjero. Su rey era entonces Prodes, cuyo yerno le destronó, y se hizo dueño de la ciudad. Inmediatamente Egina debió su emancipacion á este acontecimiento. Tenia Epidauro una clase de esclavos semejantes á los ilotas y á los gimnosianos; dábales el nombre de *conipodas* (hombres de piés polvorientos) palabra despreciativa que espresaba sus ocupaciones rurales.

Al recobrar *Egina* la libertad, floreció considerablemente y llegó á tener la marina mas poderosa de la Grecia. Vengóse con crueldad de los de Epidauro, atacándoles varias veces en su territorio; pero desgarraron su propio seno dos facciones violentas compuestas, una, de los antiguos conquistadores dorios, y otra, de una multitud enriquecida en el comercio. Otra enemiga tenia tambien Egina, y era Atenas. La causa natural de su enemistad era que los dos pueblos solo estaban separados por un mar estrecho donde solian encontrarse sus naves. Herodoto la esplica como tiene de costumbre, sacando á relucir un cuento que por otra parte demuestra las mezquinas rivalidades, los chismes, que otro nombre no merecen, con que recíprocamente se molestaban aquellos reducidos Estados, donde vemos á las mujeres eternizando sus disensiones y conservando el recuerdo de las injurias en sus ceremonias y hasta en el corte de sus vestidos. «En cierta época de hambre, dice el autor citado, los de Epidauro recibieron de la Pitia el mandato de consagrar á Céres y á Proserpina, dos estátuas de madera de olivo; dirigiéndose á los atenienses pidiéndoles madera de los suyos, que tenian fama de sagrados, y estos les permitieron que se la tomasen; pero á condicion de que fuesen todos los años á Atenas y ofreciesen un sacrificio á Palas y á Erecteo, condicion que fué aceptada y fielmente cumplida por los de Epidauro, hasta que, habiéndoles robado los eginenses las estátuas, cesaron en sus sacrificios. Quejáronseles los atenienses, y los de Epidauro se escusaron con los de Egina; acudieron á estos, y estos se negaron á cumplir con la condicion que habian acep-

tado los de Epidauro. Los atenienses irritados, hicieron una expedicion á Egina; fueron vencidos, y solo volvió uno de sus soldados, el cual apenas hubo dado cuenta del desastre, fué muerto or las esposas de sus compañeros que hundieron en sus carnes los alfileres con que prendian sus vestidos. Horrorizados los atenienses de tamaña crueldad, castigaron á las mujeres, haciéndoles dejar el trage dórico que hasta entonces habian usado, y tomar el de las jonias; que por ser una túnica de lino no necesitaba prenderse con alfileres. Desde este suceso se estableció entre los argivos y eginenses el uso, que aun subsiste hoy dia, de hacer los alfileres para prender la mitad mas grandes que antes, y entonces tambien las ofrendas de sus mujeres consisten principalmente en esta clase de alfileres consagrados. Hay una ley que prohibe á aquellos pueblos, usar en las ceremonias públicas, utensilios fabricados en el Atica, y emplear vagilla elaborada en dicho territorio. Aun hoy dia las mujeres de Argos y Egina, para insultar á las de Atenas, gastan alfileres mucho mas grandes que antes.»

Entre Argos y la Acaya se elevaban Sicion y Corinto. *Sicion*, que poseía un territorio fértil y Argos, pasaban por el reino mas antiguo de la Grecia; la primera hacia mencion con la mayor gravedad, de los príncipes que reinaban en su suelo diez siglos antes de la guerra de Troya. Cuando la invasion dórica, un hijo de Temenos se apoderó de ella; despues cayó la soberanía real y desgarráronla prolijas guerras de que solo tenemos muy oscuras noticias. Lo que no podemos dudar es que tenia una aristocracia dórica, una poblacion de otro orígen, y una clase de siervos llamados por desprecio *catonacóforos* (hombres que llevan pieles de bestias) y *corinéforos* (que llevan bastones). Por los años de 680, Ortágoras, hombre del pueblo, se levantó contra aquella oligarquía y fundó la tiranía mas duradera que ha conocido la Grecia puesto que no cayó en un siglo. A Miron, su sucesor, solo se le conoce por un triunfo que obtuvo en los juegos olímpicos; de su nieto Clistenes han quedado mas noticias, merced á Herodoto. Secundó á los anfictiones en la guerra contra Crisa y con sus despojos hermoseó su patria con preciosos monumentos. Tan grande fué su renombre, que muchos y muy ilustres competidores, así de la misma Grecia como de países extranjeros, se dispu-

taron la mano de su hija, que él dió al ateniense Megacles. Sin duda la antigua aristocracia dórica hizo alguna tentativa para recobrar su preponderancia; porque vemos á Megacles degradar sus tribus dándolas nombres bajos y ridículos, mientras que daba á los individuos de la suya el nombre de *Arquelaos*, esto es, jefes del pueblo. Despues, al caer su dinastía, hácia 580, recobrando los dorios el mando, dejaron aquellas denominaciones humillantes y tomaron las de las tres tribus de Esparta: Hileos, Dimanos y Panfilios. Los arquelaos pasaron entonces á ser egialeos. Parece que Argos se propuso sostener el partido dórico de Sicion y que Clistenes la impuso por castigo la prohibicion de sus juegos, en los cuales sus rapsodas disputaban un premio cantando versos de Homero, porque habia celebrado á los argivos. Su lucha contra el héroe Adrastro es mas singular y presenta toda una faz de la vida religiosa de los griegos: el culto de los hombres *santificados* por sus grandes hechos. Este rey de Argos, antiguo jefe de los confederados contra Tébas, tenia en Sicion una capilla, donde todos los años se cantaban coros ditirámbicos en memoria de sus hazañas y de sus desdichas. Esta funcion era una de las mas brillantes en esta ciudad, y Clistenes se propuso lanzarle de ella para afrentar á los argivos; mas la empresa era difícil y grave. Trató de intentarlo autorizado antes por el oráculo de Delfos, y la Pitia le contestó que el verdero rey de los siciones era Adrasto, y él, solo un bandido. Al ver que no podia emplear la fuerza abiertamente, imaginó un modo de obligar á Adrasto á que abandonase espontáneamente el puesto. Hizo pedir á los tébanos el cuerpo del héroe Melanipos, y en cuanto lo obtuvo, le consagró una capilla en el Pritaneo, levantada en el sitio mas fuerte, para que en su caso fuese de mayor defensa. Melanipos habia sido enemigo mortal de Adrasto y habia dado muerte á su hermano y á su yerno. Clistenes dedicó al recien llegado las fiestas y los sacrificios que hasta entonces se celebráran en nombre del rey de Argos; restituyó á Baco sus coros y tuvo por seguro que ofendido Adrasto de tamaño abandono y de las honras tributadas á su rival, se volveria, motu propio, á Argos. Sicion solo debia hacer un papel importante en el último período de la Grecia. Su escuela de pintura pertenece al siglo IV.

Corinto tenia un territorio estéril, pero era árbitra de abrir y

cerrar el istmo de su nombre, que delante de la ciudad solo tiene cinco kilómetros de ancho. Una fuerte muralla de doce estadíos, unia la ciudad á Lesteyocori, que era uno de sus puertos. En Grecia era proverbial el dicho siguiente: «antes de doblar el cabo Malio, olvida lo que mas ames en el mundo.» Las dificultades que presentaba la navegacion al rededor del Peloponeso, hizo la suerte de la ciudad que por sus dos puertos en los golfos, Corintio y Sarónico, ponia en comunicacion el mar Egeo con el de Jonia. Su prosperidad databa de antiguo. Segun dice Tucídides, los antiguos poetas la llamaban Corinto la rica; hácia el año 700 se construyó en sus astilleros el primer triremo; treinta y cuatro años antes, habia dado el ser á dos poderosas ciudades: Siracusa y Corcira. Ejerció gran vigilancia en el mar, para proteger su comercio contra los piratas, y en 664 dió á los corcirios, (que se habian olvidado muy pronto de su orígen), el combate naval mas antiguo de que habia memoria en tiempo de Tucídides. Tambien fué la primera en vaciar figuras en el molde, precedió á las demás ciudades griegas en el arte del dibujo, y andando el tiempo tenia que dar su nombre á un nuevo órden arquitectónico, el mas rico de todos. Por desgracia, las frecuentes visitas de sus buques á los puertos de Tiro y del Oriente, y la gran concurrencia de extranjeros en sus puertos, desarrollaron en su seno, al par de la industria y el lujo, las supersticiones y los vergonzosos vicios que encontramos en el Asia, en Tiro y en Cartago. Un antiguo legislador, llamado Fidon habia intentado, en vano, curar aquellos males. El ejemplo de Corinto prueba cuan superior es la influencia geográfica á la influencia de raza, de que tanto se habla hoy dia. Los corintios, que eran los griegos mas afeminados, eran de la misma sangre que los dorios de Esparta.

Su primer rey dorio fué el heráclida Aletas, cuya dinastía dió once generaciones de reyes. Los báquidas, que pertenecian á la misma familia y eran en número de doscientos, se apoderaron en 777, no del trono que cayó derribado; pero sí de la autoridad, que ejercieron con el nombre de pritanos, magistrados anuales, elegidos de entre ellos mismos. De manera, que tenian una asamblea popular y un senado; pero una y otro dominado por aquella poderosa casa.

Esta oligarquía cayó derribada por Cipselo en 655. Los báquidas tenian por ley el casarse todos dentro de su raza; pero uno de ellos tuvo una hija coja, llamada Labda, que ninguno de los nobles quiso tomar por esposa, y que irritada de tamaño desprecio, se casó con un hombre lapita de orígen ajeno á la aristocracia. Nació de esta union un niño que los báquidas hicieron buscar cuidadosamente para darle muerte; puesto que un oráculo habia anunciado que si llegaba á vivir les seria funesto. Diez de aquellos nobles se presentaron en casa de Labda, y creyendo esta que el ir á visitarla no era mas que un acto de deferencia para con su padre, dejó que cogiesen al niño; y aunque todos se habian comprometido á que aplastaria al inocente el primero en cuyas manos cayese, el báquida que lo tenia se enterneció al contemplar su dulce sonrisa, no se atrevió á matarlo, y lo pasó á un compañero; á este le sucedió lo mismo, y se lo dió á otro, y este á otro tambien ¡porque el niño les miraba á todos sonriendo! Entonces salieron de la casa, se echaron en cara su cobardía, y resolvieron volver y darle muerte todos juntos; pero ya la madre lo habiá oido todo, y escondió á su hijo en una arquilla de trigo, donde no pudieron encontrarlo. Despues que lo estuvieron buscando largo rato, determinaron ir á los que les habian dado el encargo, y decirles que le habian muerto. El niño tuvo por nombre Cipselo, en commemoracion del objeto dentro del cual se habia salvado (κυψελίς, arquilla).

Cuando Cipselo tuvo edad para ello, se puso al frente del partido popular, y llegó á ser tirano de Corinto. Impuso fuertes contribuciones á los ricos, atacó las oligarquías y conservó el amor del pueblo hasta tal punto, que durante los treinta años de su reinado, no tuvo necesidad de guardias. Esta tranquilidad, la debió acaso á las numerosas colonias que envió al exterior; pues bajo su reinado fué cuando Corinto, para disputar á los corcireos el comercio del Epiro, y asegurarse estaciones navales en el mar de Jonia, fundó á Anactorion y á Ambracia al rededor del golfo de este nombre, y á Léucade en una península, que despues, por medio de un canal, la separaron sus habitantes del continente.

En 625 dejó Cipselo el trono á su hijo Periandro, cuyo carácter se nos ha presentado bajo muy distintos aspectos. Es proba-

ble que fuese querido del pueblo y odioso á la aristocracia como su padre. Tenia correspondencia con Trasíbulo de Mileto, y le consultó un dia acerca de lo que deberia hacer para que el poder no se le escapase. Trasíbulo condujo al mensajero á un campo de trigo, tronchó á bastonazos las espigas que sobresalian, y le despidió sin contestarle. Regresó el enviado y refirió lo que habia visto, admirándose de que le hubiesen dirigido á un extravagante que echaba á perder su trigo. Mas Periandro comprendió el mudo lenguaje de Trasíbulo, y desde aquel dia derribó á todo aquel que en su Estado sobresalia de la muchedumbre. Rodeóse de guardas extranjeros; hizo leyes suntuarias, que probablemente serian tambien políticas, como la que limitaba el número de los esclavos, y, para agotar los recursos de los grandes, les impuso el deber de consagrar ofrendas muy costosas en el templo de Olimpia. A los últimos de su reinado, ocurrió la toma de Epidauro, de donde arrojó á su suegro Procles. Murió en 585 con la pena de haber dado muerte á su esposa Melisa, y de que su hijo, que le echaba en cara este crímen, se negase á ser su heredero. Habia reinado cuarenta años. Su sucesor Psaméticos solo conservó el mando cuatro años; al cabo de cuyo tiempo la oligarquía sostenida por tropas espartanas abolió la dignidad real, cuando tambien el partido dórico volvia á levantar cabeza en Sicion. Entonces cayó Corinto del poder que habia alcanzado con los cipsélidas; perdió á Corcira que Periandro habia conservado bajo su autoridad hasta el último momento, y sus colonias de Léucade, Ambracia y Anactorion se emanciparon de toda dependencia.

Estados secundarios de la Grecia central.

Lo que era Corinto al sud del istmo, lo era Megara al norte: con sus dos puertos en ambos golfos, tenia la llave de aquel paso. El trono fué abolido en Megara antes de la conquista dórica; y tuvo en su lugar unos magistrados que se llamaban *esimnetas*, y eran una especie de reyes electivos y amovibles. Despues de la invasion de los dorios, cayó en poder de los corintios, y sus habitantes se vieron obligados á asistir á los funerales de los báquidas, así como los mesenios asistian á los de los espartanos. Despues de algun tiempo pudo librarse de aquella dominacion,

con el auxilio que la prestó Argos; mas quedó sometida á los ricos propietarios dorios hasta 620 en que, Teágenes, suegro del ateniense Cilon, se apoderó del gobierno. Indudablemente debió de ser bajo su reinado cuando los de Megara arrebataron Salamina á los atenienses. Sin embargo, fué lanzado del poder y estallaron violentas discordias, cuya causa eran las deudas; desgraciadamente no habia allí un Solon que encerrase las reformas en los límites de la prudencia, y los acreedores tuvieron que renunciar al cobro de sus créditos, y aun devolver los intereses que habian cobrado. Entonces vinieron los destierros y las confiscaciones. Esto sucedia por los años de 600. El poeta Teognis, que vivia en aquella época en Megara, y pertenecia al partido aristocrático, nos ha dejado versos en que se ve patente la animosidad de los partidos en la agonía. «Esta ciudad es ciudad aun; pero es indudablemente otro pueblo: gente que antes no conocia tribunales ni leyes: ceñian su talle con pieles de cabras, y vivian como los ciervos fuera de la ciudad. Y ahora ellos son los *buenos*, y los que antes eran los valientes, son hoy los *cobardes*.» Llevado de su odio feroz cree ya que ve alzarse al tirano vengador de la aristocracia, y dice: «Venga pues cuanto antes el hombre que ha de hollar con su planta á ese pueblo insensato; que ha de clavar en él su aguijon, y ha de humillar su cerviz bajo el yugo.» En cuanto al poeta, «quisiera beber la sangre de sus enemigos.»

En los versos que acabamos de citar, se adivina la revolucion que entonces se estaba verificando: aquellos hombres que ceñian su talle con pieles de cabras, como en señal de su condicion, son los *catonacóforos* que en Sicion y en otras partes, hemos visto: su vestido tiene analogía con el de los ilotas laconios. Parémonos tambien en esa comparacion del ciervo que vive léjos de la morada del hombre, en la del buey que sufre el aguijon y humilla su cerviz bajo el yugo; porque esas comparaciones, muestran bien á las claras, que las aristocracias dóricas, los que se daban á sí mismos los nombres de *buenos* y *valientes*, colocaban á los vencidos al nivel de las bestias de carga.

Apesar de sus disturbios en lo interior, á pesar de que su desarrollo intelectual no era envidiable, segun opinion de los atenienses, jueces harto interesados para ser imparciales, parece que

en el siglo VI alcanzó Megara un poderío que despues vino á perder para siempre. Cuando no otra cosa, sus lejanas colonias de Sicilia, de las costas de Bitinia y del Bósforo de Trácia hacen suponer una poblacion numerosa y un comercio floreciente. Tres mil hoplitas envió por su parte á Platea; «hoy dia, dice Plutarco, la Grecia entera no podria hacer otro tanto.» Algun tiempo despues, fué cuna de dos escuelas de filosofía. Megara suponia que dentro de sus muros estaban los sepulcros de Alcmena y Euristeo.

De la Megárida entramos en la *Beocia*, donde la dignidad real fué abolida muy pronto, es decir, en 1126. Entonces se dividió la Beocia en tantos Estados cuantas eran sus ciudades: en diez ó doce. Orcomena habia decaido mucho de su antigua grandeza, Tebas la heróica, Platea, Tespias que ve cerca de sus muros la aldea de Ascrea, patria de Hesiodo; Tanagra, que dió el ser á Corina, rival de Píndaro; y por último Queronéa, eran las mas considerables; cada una tenia su territorio y su régimen propio: el gobierno era generalmente oligárquico. En Tebas ocurrieron disensiones en el seno mismo de la clase dominante, con motivo de la desigualdad de las propiedades, y mandaron llamar al legislador de Corinto Filolao, para que les hiciese un código de leyes. Este trató de organizar la aristocracia de un modo duradero, limitando á un número determinado las familias que debiesen gozar de los derechos políticos, y excluyendo de las funciones públicas á todo tebano, que en los diez años anteriores, hubiese ejercido algun oficio. Bien claramente se ve que dominaba en esas leyes, el espíritu dórico mas puro (1); mas con todo no pudieron impedir que Tebas fluctuase entre continuas violencias (2) promovidas por la oligarquía y una desenfrenada demo-

(1) Prohibia sin embargo el dar muerte á los recien nacidos, derecho practicado ó hecho tolerado casi en todas partes, hasta en la misma Atenas. Permitia al ciudadano pobre que llevase á su hijo ante un magistrado, para que este se lo vendiese á un rico. Este contraia la obligacion de educarle; pero era su dueño. *Eliano*, *Variæ Historiæ*, lib. II cap. VII.

(2) «Los asesinatos son frecuentes en Tebas,» dice Dicearco, *Stat Gr. apud geogr. minores*, t. II, pág. 15. Permitian el rescate á todo esclavo caido en sus manos por la suerte de las armas, á menos que no fuese beocio de nacimiento, en cuyo caso lo condenaban á muerte. (Pausan., IX, pág. 740).

cracia. Tambien en Tespias era considerado como denigrante el ejercer un oficio.

Las ciudades de Beocia formaron una liga, á cuyo frente se puso Tebas; preeminencia que llegó á convertirse en dominacion absoluta. Quisieron rechazarla algunas ciudades, como Platea y Tespias, lo cual dió motivo á guerras, cuyo resultado fué la destruccion de dichas poblaciones por los tebanos. Los intereses del país se trataban en cuatro consejos que se celebraban en los cuatro distritos de que se componia la Beocia; al frente de la confederacion, habia once *beotarcas*, que eran como magistrados supremos: disponian de los ejércitos, pero estaban obligados bajo pena de muerte, á resignar sus poderes á fin de año. Los individuos de la liga, se reunian en las fiestas solemnes, celebradas en los campos de Coronea al rededor de la estátua de Minerva. Tebas por sí sola nombraba á dos de dichos individuos, uno de los cuales presidia la corporacion. Si los beocios no hubiesen tenido tan malas constituciones, ni tantos celos de Tebas, hubiesen podido representar el primer papel en Grecia, porque la extension de su territorio era grande, y el número de sus pobladores muy crecido.

La *Lócrida* estaba situada al este de la Beocia; gobernáronla reyes primero, y despues debió de caer en manos de una aristocracia. Su posicion geográfica la hacia en cierto modo independiente del movimiento general; su historia es poco conocida.

En frente de esta region, y al otro lado del Euripo (1) se prolonga una isla estrecha y muy quebrada; la *Eubea*, que solo tiene una llanura grande y fértil en su centro, donde se elevaban sus dosciudades principales, llamadas Eretria y Cálcis, edificada esta en la pendiente de una colina, á cuyo pié tenia un buen puerto. Dominaba en una y otra una oligarquía de ricos propietarios llamados *hipobotas* (el que mantiene caballos). Eretria tuvo una época de poderío: mandaba entonces en Andro, en Tenos, en Cea y podia poner en pié de guerra tres mil infantes, seiscientos

(1) El Euripo, estrecho en que se repite con irregularidades contínuas el fenómeno del flujo y reflujo, desconocido en el Mediterráneo. En un momento se percibe la alteracion de la corriente. El estrecho está tan cerrado, que en el siglo IV antes de J. C., se le puso un dique que no tenia mas que un puente levadizo, para el paso de los buques.

caballos y sesenta carros. Las dos ciudades estuvieron largo tiempo en guerra, por unas minas cuya propiedad se disputaban. En estas luchas Cálcis representaba la aristocracia, Eretria la democracia : por esto interesaron á toda la Grecia, y dieron ocasion á la primera liga entre ciudades apartadas : Mileto se hizo aliada de Cálcis, Samos de Eretria. Un convenio extraño y muy leal se hizo entre ambos Estados : el de no emplear dardos ni proyectiles en los combates : no querian que el cobarde pudiese matar desde léjos al valiente. La Eubea, fértil y rica, no supo conservar su libertad, y vino á convertirse en una especie de cortijo de Atenas. Ni aun su contacto con la ciudad de Minerva fué bastante á despejar sus oscuras inteligencias: la Eubea no dió el ser á ningun filósofo, á ningun poeta. Muchas veces los paises que poseen la riqueza, no tienen mas que la riqueza, y Dios dá por limosna á los pobres, el brio ó el genio.

La *Fócida* que lindaba con el golfo de Corinto y por la ciudad de Dafnos con el mar Eubeo, comprendia veinte ó treinta pequeñas repúblicas confederadas, cuyas reuniones se celebraban en un vasto edificio llamado *Focicon*. Delfos, que vivia de su templo, queria permanecer fuera de aquella alianza, y á ello le ayudó Esparta. Su gobierno absolutamente aristocrático estaba en manos de las familias encargadas de la administracion del santuario. En los tiempos mas antiguos, el primer magistrado tuvo el título de rey y despues se llamó pritano. Lo perteneciente al oráculo lo tenian en administracion cinco personas de la familia de Deucalion.

Mas no conservó siempre Delfos esta independencia. Antiguamente habia sido una pertenencia de la ciudad de Crisa, edificada en una cordillera desprendida del Parnaso, debajo de las peñas Fedriadas, pero dominando el profundo lecho del Pleistos, que corria muy encajonado hasta cerca del mar, donde atravesaba una llanura fértil que se extendia hasta Cirra. Esta última ciudad era el puerto de los criseos. Con el tiempo y gracias á los muchos peregrinantes, Cirra y Delfos se engrandecieron y sacudieron toda dependencia. Terminada la lucha con Crisa , siguió entre los habitantes del puerto y los del santuario, porque aquellos imponian á los peregrinos exacciones y violencias, que los segundos procuraban impedir por interés propio. Esta rivalidad

dió márgen á la primera guerra sagrada que los tesalienses, los siciones y los atenienses acometieron en 595 por órden de los anfictiones, y cuyo resultado fué la destruccion de Cirra. Las disposiciones tomadas por los sacerdotes de Delfos, despues de aquel sangriento suceso, revelaron una habilidad admirable. En primer lugar, los despojos de Cirra sirvieron para instituir los juegos pitios que rivalizaron en brillo con los de Olimpia, con gran provecho del templo y de sus ministros. Despues, á fin de que no se fundase otra ciudad sobre las ruinas de la vencida, consagraron sus tierras á Apolo; de manera que debian permanecer incultas é inhabitadas, so pena de sacrilegio; mas podian servir de dehesas, porque era necesario que los peregrinos encontrasen víctimas que ofrecer en los altares; puesto que el oráculo no permitia que se le consultase sino despues de un sacrificio.

No debemos hablar de la *Dórida*, region triste y pequeña con cuatro aldeas que se envanecian con el nombre de ciudades; aunque honrada como metrópoli por Lacedemonia.

Tesalos ó Tesalienses, Etolios, Acarnanios, etc.

Al Norte de la Fócida se extiende la Tesalia, dividida en cuatro distritos: Tesaliótida, Pelasgótida, Ptiótida, Histieótida. Los tesalienses, propiamente dichos, se nos presentan como un pueblo grosero, violento, y quizás extraño á la raza helénica, si bien hablaban un dialecto algo semejante al eolio. Su caballería era famosa porque en aquel país la nobleza combatia á caballo; su infantería era mala: no tenian mas que tropas ligeras, mal armadas, poco belicosas, y que no peleaban para sí, sino para sus señores. Los tesalienses habian acometido efectivamente á los aqueos, á los ptiotas, á los perrebos, á los magnesios, á los malios, á los dolopes, y aun fuera de los límites de la Tesalia subyugaron á los habitantes de muchos cantones de la Macedonia y del Epiro. Para defenderse de ellos, habian construido los de Fócida un muro en las Termópilas, que Leonidas encontró. En la clase inferior á los tributarios estaban los *penestos*, antiguos habitantes de la Tesaliótida y las regiones vecinas, que al igual de los ilotas de Esparta, cuidaban de los numerosos rebaños de los tesalios, cultivaban sus tierras, formaban su cortejo en la ciudad,

y los seguian en los combates; mas no era permitido venderlos fuera del país, ni despojarlos sin justo motivo de la granja que habian recibido, ni tampoco privarles del derecho de adquirir y contraer matrimonio. Así se vió á algunos ser mas ricos que sus dueños. En la ciudad, los penestos habitaban un barrio aparte, y el *Agora*, punto de reunion de los señores, no debia mancillarse jamás con la presencia de los esclavos. Los tesalienses se asemejaron á otras muchas aristocracias militares, es decir que fueron desordenados, violentos, amigos de la vanidad y el lujo. Faltábales empero la elegancia del ingenio y de las costumbres; eran poco sensibles á la poesía; Simónides no pudo lograr que le escuchasen. Otro indicio de la rudeza de ingenio de aquel pueblo es que en Tesalia pululaban las magas, cuando en Atenas se las condenaba á muerte.

Si los tesalienses hubiesen tenido union, habrian representado un papel notable: pero aquella nobleza orgullosa y turbulenta se despedazaba en sus contínuas disensiones. No solo los grandes cantones eran allí independientes, sino que cada canton se subdividia en distritos que hacian vida aparte. El país de los eteos, por ejemplo, estaba dividido en catorce distritos; los habitantes de cada uno de ellos, podian tomar ó dejar de tomar parte en las guerras de los restantes. En algunas ciudades se elevaron familias dominantes, como en Cranon los escópadas, en Larisa los alebadas, que se decian descendientes de Hércules, y que para extender su renombre por la Grecia, mas bien que por aficion á la poesía, hicieron que Simónides y Pindaro cantasen su gloria. Algunas veces sucedió sin embargo que el país entero se ponia bajo el poder de un *tagos*, que venia á ser como los dictadores de Roma. Uno de ellos, dos generaciones antes de la guerra de los persas, usurpó el poder en Larisa, pero lo tuvo poco tiempo. Esta antigua ciudad pelasga, la mas rica de Tesalia, era famosa por sus corridas de toros. En sus cercanías se celebraba una fiesta que recuerda las saturnales de Roma: en cierto dia del año, los señores servian á sus criados (1).

No haremos mas que nombrar á los *locrios ozoles*, á los *etolios* pueblo de bandidos y medio salvaje, cuya lengua no comprendió

(1) *Ateneo*, XIV, 44 y 45; recuerda que en Creta y en Trezena habia la misma costumbre.

Tucídides, y á los *acarnanios* que no se llegaron á civilizar ni aun por medio de las colonias que los corintios habian fundado en Anactorion y en Léucade. Tucídides dice, que estos tres pueblos conservaban las costumbres de la edad heróica, el hábito del pillaje, y el de no abandonar nunca las armas. Mas arriba está el *Epiro;* pero ya dejamos el mundo griego, y nos encontramos entre los bárbaros (1).

¿Qué es lo que mas resalta en el cuadro anterior? En primer término, el hecho singular de que la civilizacion y la importancia, repartida casi por igual entre todas las provincias de la Grècia de Homero, se concentraron y acumularon en la partè de oriente. Los pueblos del norte y del oeste declinan; algunos otros, casi permanecen separados de la vida comun. El segundo hecho notable es, que jamás hubo país mas dividido en lo interior, y por lo tanto mas agitado que el de los griegos: fué pueblo que vivió largo tiempo, pero que sobre todo vivió mucho. Buscad en la verdadera Grecia un rincon que haya estado envuelto en el reposo y la apatia; de seguro no lo encontrareis: en todas partes pasiones, ambiciones, luchas, revoluciones. Esta vida era una ruda educacion, así para lo moral como para lo físico. Así es que no importa que vengan los persas: los poderosos afectos de libertad, de amor á la gloria y de emulacion que en todas partes germinan; esos cuerpos sanos y robustos, educados en los combates y en los ejercicios, darán buena cuenta de aquella muchedumbre, que arrastra perezosamente sus largos vestidos, azotada por el látigo de sus señores.

(1) Los tesprotas, cuyo territorio comprendia Dodona y la caverna del Aqueronte, donde se evocaba á los muertos, y los molosos, son considerados como helenos por Herodoto; Platon da el mismo título á los atamantes; Tucídides y Estrabon no ven sino bárbaros en dichos pueblos. El Epiro carece de puertos, y por lo tanto tuvo poca parte en la colonizacion griega.

CAPÍTULO VIII.

Colonias griegas (1).

CAUSAS DE LAS EMIGRACIONES; COLONIAS DE LOS SIGLOS XII Y XI, PRINCIPALMENTE AL ESTE.—SEGUNDO MOVIMIENTO DE EMIGRACION EN LOS SIGLOS VIII Y VII HÁCIA EL NORTE, EL OESTE Y EL SUD.—RELACIONES ENTRE LA COLONIA Y LA METRÓPOLI.—PROSPERIDAD DE LAS COLONIAS DEL ASIA MENOR, É INFLUENCIA DE LOS PAÍSES VECINOS EN SU DESARROLLO INTELECTUAL.—PROGRESOS DE LAS ARTES; POESÍA Y PROSA.—ESCUELAS FILOSÓFICAS; TALÉS, JENÓFANES, PITÁGORAS.—DECADENCIA Ó SUMISION DE LAS COLONIAS; REBELION DE LOS JONIOS.—SAMOS, LESBOS, CIRENE, LA LICIA, CHIPRE, LA CRETA.—LOS GRIEGOS ITALIOTAS, PODERÍO DE SIRACUSA; MARSELLA.

Causas de las emigraciones; colonias de los siglos XII y XI, principalmente al Este.

Acabamos de ver cuán múltiple era la vida en la Grecia continental. La prodigiosa actividad de este pueblo va á ofrecerse de nuevo á nuestros ojos; porque vamos á encontrarlo en todas las playas y en todas las islas de aquellos mares que se comunican desde las columnas de Hércules hasta la laguna Meótis.

Mil eran las causas que impulsaban las emigraciones de los griegos: religion, carácter, posicion geográfica, revoluciones interiores y exceso de poblacion; y mas adelante el deseo de extender las relaciones políticas de la madre patria, y de ocupar en su nombre y en lejanas tierras, puntos de apoyo para su dominacion ó su comercio. Eran confiados é intrépidos: cualquiera señal de la divinidad, el oráculo mas oscuro, les hacia montar sus naves y lanzarse al mar. Prostérnase temblando el hombre de Oriente en presencia de sus dioses terribles; nunca inspirarán terror semejante los del Olimpo; en Homero vereis como sus fieles hablan familiarmente con ellos. Al dirigirles una plegaria, ¿no llevan la mano á la rodilla y á la barba de sus estátuas, co-

(1) Herodoto, Tucídides, Estrabon, Pausanias, etc.; Raoul Rochette, *Historia de las colonias griegas*; Sainte-Croix, *Del estado y de la suerte de las colonias de los pueblos antiguos*. Pfefferkorn, *Die Colonien der Altgriechen*, 1838.

mo hacen los niños con sus padres? El griego es atrevido y los dioses son buenos; bajo sus auspicios se entrega al mar, que con sus numerosos golfos, parece que va á buscarle en lo mas internado de sus tierras, y se abandona al soplo de los vientos. El dios le guia, porque es tan amigo como él, de aquellas expediciones lejanas que multiplican sus altares y sus honores; «se regocija con la fundacion de nuevas ciudades, y acude él mismo á colocar la primera piedra (1).»

No volveré á ocuparme del período romancesco á propósito de las colonias. Por tanto, pues, ni trataremos de los pelasgos, á quienes se hace aparecer en tantos pasajes; ni de Danao á quien Virgilio conduce á Ardea en el Lacio; ni de Mínos y su expedicion á Sicilia, ni de la dispersion de los jefes griegos despues de la guerra de Troya. Solo hablaré de aquel gran movimiento de emigracion que en el siglo XII siguió á la conquista de los tesalienses y á la invasion dórica.

La primera colonia fué la de los eolios (1124). Arrojados de la Hemonia por los tesalienses, se reunieron á otras poblaciones, y conducidos por el pelópida Pentilos, se embarcaron en el puerto de Aulida, de donde habia salido la expedicion contra Troya. Siguiendo igual rumbo, llegaron á la costa noroeste del Asia Menor. Una vez abierta aquella senda, prosiguió la emigracion bajo el hijo y el nieto de Pentilos, y se esparció poco á poco por la Misia y las islas vecinas, Lesbos, Tenedos y Hecatonesa. Toda la parte del continente que ocupó, desde el Helesponto hasta el rio Hermo, tomó el nombre de Eolida; su principal ciudad fué *Cima*.

La emigracion jónica, la mas considerable de cuantas han salido de la Grecia, se verificó en 1040. Los jónios arrojados de la Egialea permanecian en el Atica desde hácia mas de cincuenta años; cuando la carestía, que era inevitable en un país tan reducido y excesivamente poblado hizo que por necesidad se apelase á una emigracion. Ofrecióse á guiarla como jefe Neleo, hijo de Codro; que despues de disputar el poder á su hermano Medon, fué excluido de él por un oráculo de la Pitia (2). La emigracion

(1) Çalimaco, *Himno á Apolo*, 55. Séneca, *Consolatio ad Helviam*, cap. VI.

(2) Neleo fundó á Mileto, su hermano Androcles fundó á Efeso, donde sus descendientes conservaron grandes privilegios honoríficos, y el cargo hereditario de sacerdote de Ceres.

no solo se compuso de jónios, sino que la fama de los jefes atrajo á su alrededor é hizo imitar su ejemplo á abanteos de Eubea, á minios de Orcomena, á tebanos, á gentes de Fócida, de Driope, de Molosia, de Epidauro y hasta á pelasgos de Arcadia. No es de extrañar que Herodoto (I, 162) encontrase cuatro dialectos entre los jónios asiáticos. Los colonos jónios reunidos bajo los auspicios de Diana, partieron del Pritaneo de Atenas que consideraban como su metrópoli. La travesía fué larga y difícil; detuviéronse en las Cícladas donde levantaron algunos establecimientos, y de ahí vino que en lo sucesivo casi todas aquellas islas se consideraron como jónicas. Por fin tocaron los emigrados á la costa del Asia Menor; pero allí tuvieron que sostener combates contra los carios, los lelegos y los migdones, y solo pudieron gozar pacíficamente de aquel suelo, despues que hubieron esterminado ó arrojado de allí á todos los hombres. «Las carias, dice Herodoto, viéndose obligadas á tomar por esposos á los invasores, conservaron largo tiempo su resentimiento: juraron no acompañar nunca á la mesa á sus maridos, y no darles este nombre: juramento que trasmitieron á sus hijas.» Estas violencias eran comunes en la fundacion de las colonias; los que emigraban, no solo iban á buscar un país nuevo, sino familia nueva. Desvanecida la primera impresion, volvia á renacer la tranquilidad, y solo quedaban algunos usos, como los que menciona Herodoto, y que quizás prueban menos el dolor de las mujeres que el altivo orgullo de los hombres, que trataban á aquellas extranjeras mas bien como esclavas que como esposas.

Los jónios ocuparon al Sud de las colonias eolias toda la costa que se extiende desde el Hermo hasta el Meandro y aun mas allá. Sus doce ciudades eran desde el Sur al Norte, *Sámos* y *Quio* en las islas de este nombre; *Mileto* que entonces tenia cuatro puertos, cegados despues por los aluviones del Meandro; *Mius*, *Priene*, *Efeso*, *Colofonte*, *Lebedos*, *Teos*, *Eritrea*, *Claromena y Fócea*, que, segun dice Pausanias, no fué admitida al Panionion hasta que puso á su frente jefes de la raza de Codro; y mas adelante en fin *Esmirna* que se convirtió de eólica en jónica.

En 1049 habia comenzado la emigracion dórica. Compúsose en su mayor parte de minios á quienes los dorios de la Laconia habian acogido en su territorio; pero se mostraron tan indóciles

que fué indispensable alejarlos; se les dieron dos jefes Polis y Delfos, y se les prometió que serian considerados como colonia dórica. En otras épocas siguió sus huellas gente de Argos, de Trezena y de Epidauro. La isla de Melos, la Creta, Cos, Rodas y toda la costa Sudoeste del Asia menor, fueron ocupadas por colonias dóricas, que dieron el nombre de Dórida á esta parte del continente.

¿La Licia fué colonizada en aquella época por los griegos? no se sabe. La leyenda de Belerofonte presenta este país relacionado con Argos. Tampoco sabemos mas respecto á dos ciudades de la Pisidia, que son *Selgea* y *Sagalasos* que se decian lacónias de orígen; respecto á *Aspendos* y *Side* en Panfilia; á *Tarso* en Cilicia, antigua ciudad fenicia ó asiria; á *Pafos*, *Salamina* y Citio en Chipre, por las que la mayor parte de la isla pasó de los fenicios á los griegos. Tambien estos al apoderarse de aquel país, tomaron algunos ritos licenciosos y crueles de la religion púnica.

Las ciudades griegas de Chipre querian que su fundacion se remontase cuando menos á la guerra de Troya; pretension que tenian tambien muchas ciudades de Italia. Solo *Cumas* podia con alguna verdad remontar su orígen al siglo despues del regreso de los heráclidas; y esta atribuia su fundacion á unos habitantes de Cálcis en Eubea, y de Cima en Eolia, hácia 1050. Su prosperidad fué grande desde el siglo VIII hasta el VI. Unida con Roma contra los etruscos y los samnitas, rechazó muchas veces sus ataques. Debió su decadencia á la tiranía de Aristodemo y á sus crueles luchas intestinas; y aun en 474 con la ayuda del siracusano Hieron, venció á una grande escuadra etrusca y quizás tambien cartaginesa. Sin embargo, la conquista de Cápua por los samnitas y las continuas hostilidades de estos turbulentos vecinos, la arrastraron al último término de la decadencia.

Segundo movimiento de emigracion en los siglos VIII y VII hácia el norte, el oeste y el sud.

Cuando se amortiguó el impulso comunicado á la Grecia por la invasion dórica; cuando aquella se halló desembarazada del exceso de sus pobladores, pasó muchos siglos sin que ninguna

emigracion ocurriese en su territorio. Otra se verificó en el siglo VII con direccion al Norte y al Oeste, cuando la paz y la prosperidad de los Estados hubieron acrecido el número de sus habitantes.

En esta segunda época de la emigracion griega, representaron el papel mas importante Eretria, Calcis, Megara y Corinto, que eran entonces las ciudades mas ricas de la Grecia europea, y estaban sometidas á una aristocracia que favorecia de buen grado el alejamiento de los ciudadanos pobres. La Calcidia toda se cubrió de colonias eubeas. *Metonea*, en la Pieria; *Meudea* y otras cinco ciudades de la fértil península de *Palene*, fueron hijas de Eretria: *Sanea, Acanto, Estagira* y *Argiles*, en el golfo Estrimonio, debian su orígen á Andro, que tambien era colonia de Eretria. Calcis fué madre de ocho ciudades de la península Sitonia. Pero las dos ciudades mas célebres de dichas regiones, fueron *Potidea*, fundada por Corinto, y *Olinto*, que lo fué por la tribu tracia de los bocianos; despues dominó en esta última la influencia griega y desapareció el elemento bárbaro. Al este del Nestos comenzaban las colonias de los griegos de Asia, que cubrieron de factorías todas aquellas playas hasta el Bósforo, y del Bósforo hasta el Danubio. Entretanto Megara se abrió paso por entre estas fundaciones de los griegos asiáticos, y á mediados del siglo VII fundó á Bizancio en el sitio que debia de ocupar una de aquellas ciudades, que por su posicion llegaban á ser reinas, como Constantinopla. Selimbria, en la Propóntide, Calcedonia, frente á Bizancio, y Heraclea del Ponto, cuyos habitantes sojuzgaron á los indígenas de las cercanías, llamados Mariandinios, reduciéndolos á la condicion de los ilotas de Esparta, fueron tambien colonias de Megara.

Las dos islas de la costa de Tracia, *Samotracia* y *Taso*, fueron arrebatadas, la primera á los pelasgos por los jónios, y la segunda á los fenicios por colonos de Paros. Arquíloco decia que Taso era una albardilla cubierta de bosques vírgenes; bosques que en efecto abundaban en ricas minas de oro. En la costa vecina, particularmente en *Escapta-Hilea* habia otras mas ricas. Los de Taso, apesar de algunas derrotas en las que Arquíloco perdió su escudo, se las quitaron á los tracios, y las beneficiaron de tal modo, que todos los años les daban dos ó trescientos talentos.

Corinto, precedida por Calcis y Eretria solo tenia á este lado dos ciudades: *Potidea* y *Enia;* pero se resarció asentando en los mares Jonio y Adriático un grupo de fundaciones exclusivamente corintias: *Corcira* en la isla de este nombre; y á la entrada ó al rededor del golfo de Ambracia, *Léucade*, *Anactorion* y *Ambracia;* mas hácia el Norte, *Apolonia*, en las bocas del Aous, y *Epidamno* (Dyrrachium) en el territorio de los taulancios. Estas ciudades esplotaban el comercio del Epiro y de la Iliria. Corcira era el lazo de union entre la Italia y la Grecia: deteníanse en su puerto todos los buques que hacian el viaje del mar Jonio.

Las fechorías de los piratas tirrenos que vagaban por los mares de la Sicilia y la Italia y las terroríficas tradiciones popularizadas por los poemas de Homero, acerca de la estatura y ferocidad de los habitantes de Sicilia mantuvieron á los griegos largo tiempo apartados de los paises del Occidente; una casualidad vino á desvanecer aquel pánico. El ateniense Teocles, arrojado por la tempestad á la costa de Sicilia, observó que sus habitantes en vez de ser tan terribles como los suponia la fama, eran por el contrario muy débiles y de fácil conquista. Contó á su regreso lo que habia visto: el hermoso cielo, la riqueza, la extraordinaria fertilidad de la isla. Una colonia de calcidios á los que se unieron algunos habitantes de Naxos se resolvió á seguirle y en efecto llegaron á la costa oriental de la Sicilia, donde fundaron á *Naxos* (735).

Habia en Sicilia cuatro distintas poblaciones: los sicanos, tribu ibérica; los sículos que probablemente serian de orígen Pelasgo; los fenicios, que ocupaban algunos puntos de la costa, y en fin, los elimios, pueblo que se decia de orígen troyano, pero donde dominaba el elemento bárbaro. Los elimios eran dueños de la punta occidental del triángulo siciliano y de las ciudades de *Erice* y *Egesta*. Los sículos, ante los griegos se retiraron á lo interior de la isla y hácia la costa septentrional; los fenicios que se fundieron poco á poco con los cartagineses, hácia la costa occidental, donde ocuparon á *Motiea*, *Solous* y *Panormos* (Palermo). Los calcidios de Naxos, dueños de componerse á su voluntad, cubrieron una gran parte de la costa oriental hasta el estrecho de Mesina, donde fundaron las ciudades de *Lemtini* y *Catania*.

Los dorios no tardaron en seguir las huellas de Teocles. En 734 la peste asolaba á Corinto; consultada la Pitia, ordenó á Arquias, descendiente de Temenos, que saliese desterrado de su patria. Arquias habia cometido un acto de violencia brutal, dando muerte al jóven y hermoso Acteon; cuyo padre, no pudiendo conseguir que se le hiciese justicia se suicidó en los juegos ístmicos encargando á Neptuno su venganza. Temerosos los báquidas de las consecuencias de aquella maldicion paternal, obligaron á Arquias á cumplir su destierro. Partió este en efecto llevando consigo cierto número de corintios; dejó de camino parte de sus compañeros en la isla de Corcira, y desembarcó en la costa oriental de la Sicilia. Allí encontró la isla de Ortiga de tres quilómetros de circunferencia, situada á la boca de un vasto puerto que el mar iba ahondando por detrás y tan cercana á la tierra firme que en adelante se comunicaron por medio de un puente. Andando el tiempo vino á manar la pura y abundante fuente de Aretusa que inspiró á los poetas narraciones llenas de gracia (1). En el propio sitio fundó Arquias una ciudad que fué llamada *Siracusa*, del nombre de un lago cercano. Gracias á su admirable posicion, Siracusa fué en breve la ciudad mas considerable de la Sicilia y estableció colonias á sus alrededores, como *Acras*, en 664, *Casmena* en 644 y *Camarana* en 599 (2). El impulso estaba dado; de todas partes salieron gentes para aquel nuevo mundo : unos megarenses levantaron la ciudad de *Magara Hibla*, que dió orígen á *Selinous* (Selinunte) (628); rodios y cretenses fueron los fundadores de *Gela* (687) que fundó á su vez á orillas del Acagras, á *Agrigento*, rival de Siracusa (582).

Hasta la época de Tucídides no hubo mas que dos establecimientos griegos al norte de la isla: *Zancla* ó Mesina, fundada por habitantes de Cumas ó de Cálcis, é *Himera*, que varios siracusanos unidos á algunos colonos de Zancla fueron á fundar con

(1) El manantial nacia en la tierra firme; hace poco tiempo que se encontraron las ruinas de su acueducto. Sus cimientos tenian 8m, 50 de profundidad y el acueducto se eleva á 5 metros sobre el fondo del mar.

(2) Como las ciudades podian llamar colonizadores de todas partes, asi una sola de aquellas podia formar muchas colonias. Queriendo los habitantes de Zancla levantar una ciudad en Cala-Actea, en Sicilia, enviaron á Jonia y sin duda á otras partes, dando á conocer su designio é invitando á todos los que quisieran concurrir á su obra. Herodoto, lib. VI; cap XXII.

notable audácia, cerca de los establecimientos fenicios dé Solous y de Panormos. Es de advertir que la Fenicia, atacada entonces por los reyes de Nínive, no podia llevar socorros á sus lejanos establecimientos: comenzaba su decadencia, si bien no era llegada la hora del engrandecimiento de Cartago. Entre estos dos momentos ocurrió la fácil ocupacion de la Sicilia por los griegos.

Unos cincuenta años despues de haber desembarcado en Sicilia, se establecieron los griegos en la Italia meridional; esparciéndose de tal modo por esta region, que tomó el nombre de Magna Grecia. En ella fundaron los aqueos á *Síbaris*, metrópoli de *Posidonia*, donde todavía podemos admirar ruinas magestuosas; á *Caulonia*, á *Crotona*, que aun existe, y á *Metaponto*, á donde la tradicion condujo, despues de Troya, á los compañeros de Nestor; los locrenses fundaron á Locres epicefiria y los dorios á *Tarento*. Ya hemos visto antes cuál fué la causa de la fundacion de esta ciudad. La tradicion, que no permite que las cosas conserven esta sencillez, referia, que mientras los espartanos permanecian lejos de sus hogares con motivo de la primera guerra de Mesenia, las mujeres lacedemonias contrajeron segundas nupcias con aquellos que no habian prestado el juramento de no volver á Esparta sino despues de la victoria. De estos enlaces ilegítimos nació una generacion que se llamó de los *partenios*, y que mas adelante, no pudiendo soportar los desprecios de que era blanco, abandonó la Laconia guiada por Falantos. Estos debieron de ser los fundadores de Tarento (707).

Locres tuvo probablemente un orígen semejante y selló ignominiosamente las primeras páginas de su vida con una perfidia. Desembarcaron sus habitantes en el territorio de los sículos y les juraron vivir en paz con ellos en tanto que tuviesen la tierra bajo los piés y la cabeza sobre los hombros, pero cada uno de ellos llevaba la tierra en su calzado y una cabeza de ajos sobre los hombros; y creyendo que con esta estratajema quedaban satisfechos los dioses y su conciencia, á la primera ocasion, atacaron y despojaron á los sículos, aunque á muchos les admitieron en la nueva ciudad que conservó gran parte de sus costumbres. Buscando los locrenses remedio á sus prolijas disensiones consultaron el oráculo de Délfos; este les dijo que buscasen un legislador, y en efecto, se dirigieron con este objeto al pastor Zaleu-

cos, de quien se llegó á decir que Minerva le habia inspirado y dictado las leyes, mientras él dormia. El pastor las escribió y promulgó en 644, cuarenta años antes de Dracon, de cuya severidad participaba. El preámbulo acerca de la divinidad, que precedia al código, era magnífico. El orden del universo, decia, prueba de un modo indudable que la divinidad existe; y en seguida explicaba las virtudes que esta exige de los ciudadanos y los magistrados. El jefe de estos se titulaba *Cosmópola*, nombre que debia recordar á todos, que la vida social consiste en el órden y la armonia. Los locrenses se conservaron tan adictos á sus antiguas leyes, que, segun dice Demóstenes, el ciudadano que queria proponer una disposicion nueva, se presentaba ante la asamblea con una cuerda al cuello. Si su proposicion era admitida, no recibia daño alguno; si no, lo extrangulaban en el acto.

Regio, era una colonia de calcidios, á quienes se unieron los mesenios; su legislador fué el de Catania, Corondas, contemporáneo de Zaleucos, que tambien puso á sus leyes un preámbulo de mucha elevacion moral; si bien es de temer que aquella declaracion de los derechos del ciudadano, no sea obra de algun pitagórico de época mas reciente (1).

Estas fundaciones en Italia y en Sicilia, abrieron á los griegos la hoya occidental del Mediterráneo. Hácia 629 un buque sámio fué arrojado por la tempestad mas allá de las columnas de Hércules y fué á parar á Tartesos (Tarifa), en las bocas del Bétis, país rico en minas de plata y uno de los grandes mercados de los fenicios. Allí cambiaron sus mercancías los samios, con tanta ventaja, que del diezmo de su ganancia mandaron hacer una crátera de cobre del valor de seis talentos, adornado de cabezas de grifo y sostenido por figuras puestas de rodillas, de siete codos (9 metros) de elevacion. Herodoto vió esta ofrenda en el templo de Juno. Sin embargo, los samios no supieron sacar partido de su descubrimiento. Los focenses, que no tenian tanto miedo á navegar por los mares occidentales, aportaron á su vez á Tartesos. Reinaba entonces Argantonio, que sin duda por odio á los

(1) Tal es la opinion de Heyne, *Opúsculos académicos*, tom. II pág. 74-176. Sainte-Croix, *Memorias de la Academia*. tom. XLII, pag. 317, supone inútilmente que existieron dos Corondas, uno en Catania y otro en Turios. El preámbulo se encuentra en Estobeo.

fenicios, acogió bien á los griegos. Este príncipe, que, segun dice Herodoto, vivió 120 años, indujo en seguida á los focenses á que dejasen la Jonia y pasasen á establecerse al punto de su territorio que mas les agradase, y aunque no pudo conseguir que así lo efectuasen, con todo, les dió la cantidad necesaria para que ciñesen su ciudad de fuertes murallas.

En una de esas escursiones hacia los países del Oeste, fué cuando los focenses fueron llevados á las playas de Córcega, y de allí á las de la Galia, donde fundaron á *Marsella* (hácia el año 600). Hablando del orígen de esta ciudad, referian los Griegos la siguiente graciosa historia. Decian que un mercader focense llamado Euxenos, arrojado á la costa de la Galia, desembarcó en el territorio de los Segobrigos, al Este del Ródano. Naun, rey de aquel país, recibió benévolo al extranjero y le convidó al gran festin que aquel mismo dia tenia preparado para la boda de su hija. A los postres se presentó la vírgen con la copa que, segun costumbre, debia ofrecer al que eligiese por esposo. Fuese por curiosidad, fuese suceso casual, fuese inspiracion divina, la jóven se detuvo ante el huésped de su padre, y le ofreció la copa. Naun aceptó al focense por yerno, y le dió en dote el lugar en donde habia desembarcado, donde se levantó Marsella. Esta es la ciudad mas rica y poblada de las colonias de la antigua Grecia, que vive todavía. Marsella, á su vez, fué teniendo sus factorías en las costas de la Galia y de España.—En este último país, una colonia salida de la isla de Zante, fundó á *Sagunto*, no se sabe en qué época. Rodas, envió tambien colonos á *Rhodos* (Rosas, en Cataluña) y quizás á las bocas del Ródano, que le debió su nombre. Entre los fundadores de *Parténope* (Nápoles), colonia de Cumas, habia tambien Rodios.

Por último, los griegos tuvieron tambien en Africa un establecimiento importante, de manera que ninguna de las playas del Mediterráneo, permaneció agena á su genio colonizador. Ya hemos visto que los dorios habian ocupado á Tera. Grinos, rey de esta isla, fué á Délfos á ofrecer una hecatombe al dios; entre los que le acompañaban, habia un ciudadano llamado Bato. Al contestar la Pitia á sus preguntas, le dijo que debia fundar una ciudad en Libia. «Señor, replicó el rey de los teranos, son muchos mis años y poca mi agilidad para emprender un viaje; dad

esa órden á uno de esos jóvenes que esté en mejor disposicion que yo, para cumplirla.» Y al decir esto, señalaba al jóven Bato. De regreso á Tera, dieron al olvido la órden del oráculo, porque ignorando donde estaba situada la Libia, no se atrevieron á expedir una colonia para un país desconocido. Sucedió, no obstante, que dejó de llover en la isla, por espacio de siete años consecutivos y se secaron todos los árboles que habia en ella, á excepcion de uno solo. Volvieron los teranos á consultar el oráculo, y la Pitia les echó en cara su desobediencia á la divinidad. Entonces comenzaron á informarse de alguno que conociese la situacion geográfica de la Libia. Despues de varios informes que recogieron en Creta, tripularon dos naves, y bajo el mando de Bato, fundaron la ciudad de *Cirene* (632) en una de las mas fértiles y deliciosas regiones del Africa. Al poco tiempo, se elevaron otras cuatro ciudades en el propio territorio: Apolonia, el puerto de Cirene, Barce, Tauquira y Hésperis; ciudades que sometieron á su influjo á los nómadas que las rodeaban en una extension de tres grados de longitud, desde las fronteras de Egipto hasta la Sirte mayor.

Desde el año 650, algunos aventureros de Caria y Jonia, que servian á Psaméticos, rey de Egipto, habian obtenido de este un establecimiento en sus tierras. El favor que este príncipe y sus sucesores dispensaron á los mercenarios griegos, atrajo á muchos de estos á Egipto. Detrás de los soldados, acudieron los mercaderes y tuvieron una factoría en Naucratis, sobre el brazo canópico del Nilo (1). Amasis confirmó sus privilegios y su organizacion en Naucrates, cuya factoría ejerció el monopolio del comercio griego. Todo mercader que llegaba á cualquiera otra de las bocas del Nilo, estaba obligado á jurar, que solo se habia dirigido á aquel sitio, para librarse de la tempestad; y despues de prestar el juramento, tenia que volver con su nave á la embocadura canópica, á menos que los vientos no fuesen absolutamente contrarios, en cuyo caso debia remitir sus mercancías bien acondicionadas y selladas por los canales del Delta, á Naucratis, único punto donde le era permitido ponerlas de manifiesto y venta.

(1) Naucratis era para los griegos exactamente lo mismo que las factorias de Bërgen, Novogorod, etc., eran en la edad media para la Hansa teutónica, lo que ha sido en los tiempos modernos Canton para el comercio europeo.

Los griegos, establecidos en la ciudad de que hablamos, tenian una comunidad llamada *Holenion*, con oficiales propios elegidos por la misma, con un templo con su cerca consagrada, edificado á partir gastos, por cuatro ciudades jónicas, que eran Quio, Teos, Focea y Clazomena; cuatro dóricas: Rodas, Gnido, Halicarnaso y Faselida; y una eólica: Mitilene. Tales ventajas reportaba la comunidad á todos sus miembros, que muchas ciudades para tener derecho á ellas, suponian haber contribuido á levantar el templo del Holenion. Samos, Egina y Mileto, que siendo harto ricas y poderosas, no tenian porque unirse á otras, habian formado una factoría particular cada una, y tenian su templo y sus jueces.

Relaciones entre la colonia y la metrópoli.

Si bien las colonias se separaban de la madre patria para gobernarse libremente, no quedaban por lo general dispensadas de todo deber para con ella, sino que continuaban con la adhesion que á la jóven desposada inspira su madre, lazo de familia, compuesto de benevolencia, respeto y veneracion (Platon, *De las Leyes*, lib. VI). Estas relaciones fueron variando segun los tiempos y las circunstancias del nuevo Estado. Las primeras colonias, casi todas lanzadas de su país por una raza extranjera y conquistadora ó por una faccion enemiga, rompen completamente con su metrópoli, que las pierde de vista y las olvida. Despues casi siempre se forma la colonia por mandato del oráculo; entonces se separa de su madre en buena armonía, y continúa unida á ella, por esos lazos de religion y piedad filial de que hablamos hace poco; lleva consigo sus divinidades, su culto, su gobierno, muchas veces hasta su nombre, algunas sus sacerdotes y un símbolo de eterna union, como el fuego sagrado que encendieron los jonios en el Pritaneo de Atenas y que sólo era permitido encender de nuevo, en los altares de la madre patria. Si la amenaza algun peligro, le pide un jefe, un adivino, los sacerdotes de sus dioses ó socorros de hombres y naves (Tucídid., I. 56). Hasta cuando fundaba una ciudad nueva, era la madre patria la que generalmente daba el jefe á los que emigraban. Cuando la colonia celebraba fiestas, reservaba un sitio de honor, para los ciudadanos de la metrópoli, que eran los primeros en catar la carne de las víctimas; cuando las celebraba la metrópoli, la colonia le envia-

las diputaciones y ofrendas. Despues de las guerras medas, el Estado puso empeño en hacer constar ciertos derechos sobre las colonias que enviaba. Ya no se contentó con las antiguas relaciones de mútuo buen afecto: sino que comenzó á considerar á las nuevas ciudades, nada mas que como plazas de guerra y mercantiles, cuyo objeto era extender su comercio y poderío. Esta clase de colonizacion adoptaron Atenas en el siglo de Pericles, Cartago, y con mas severidad aun la gran ciudad que debia ser la heredera de todo el mundo antiguo.

Las relaciones entre las colonias, cuando eran una hija de otra, eran las mismas que las de la colonia con la metrópoli: Epidamnia, por ejemplo, tenia para con Corcira, las mismas obligaciones que esta para con Corinto. Entre las colonias de parentesco, digámoslo así, menos próximo, el carácter de sus relaciones dependia de la mayor ó menor afinidad de sus razas. Cuando esta afinidad era muy estrecha, daba lugar á confederaciones bastante análogas á las anfictionias. Es de notar, sin embargo, que tales confederaciones solo se encuentran en las colonias asiáticas, lo cual parece indicar, que en la época en que estas se fundaron, estaba en todo su vigor la institucion anfictiónica, y que mas adelante debió de perder mucho de su prestigio, puesto que las nuevas colonias no las tuvieron presentes. Las once ciudades eólicas tendrian probablemente un templo comun, el de Apolo Gríneo. Las doce ciudades jónicas enviaban diputados, en épocas fijas, para los juegos y las fiestas, así como para tratar de los intereses nacionales en el *panionion*, al rededor del templo de Neptuno, que se elevaba sobre el monte Micala, frente al mar de Samos. Sin embargo, aun entre los jonios, el lazo fué mas religioso que político; y solo en los breves momentos en que se vió amenazada toda la Jonia, solo entonces sus ciudades opusieron al peligro comun, la comun defensa. Los dórios tenian una confederacion análoga, tambien mas religiosa que política, cuyo centro era el templo de Apolo Triopios; pero solo admitian en ella á seis ciudades: Lindos, Jalisos, Camiros, en la isla de Rodas, Halicarnaso y Gnido en la costa, y Co, en la isla del mismo nombre. Este era el hexápolo dórico que quedó reducido á pentápolo, cuando Halicarnaso fué excluido por haber violado las leyes que en la asociacion regian.

Prosperidad de las colonias del Asia Menor, é influencia de los paises vecinos en su desarrollo intelectual.

Es cosa digna de notarse, que en cuanto á civilizacion, las colonias asiáticas precedieron á sus metrópolis. La razon de este hecho es muy sencilla. Miéntras que la Grecia se agitaba en sus revueltas intestinas, producidas por la invasion dórica, ó permanecia inmóvil bajo el dominio de las recelosas oligarquías herederas de la soberanía real, las colonias hallaban en nuevas playas la independencia que el genio exige, con los elementos de su desarrollo: esto es, la paz interior, en el seno de una actividad fecunda, y las honrosas distinciones que una sociedad inteligente y libre tributaba sin tasa, á las artes que la hacian sentir sus encantos. Tambien fué otra causa de emancipacion intelectual, el tener vecindad y contacto con civilizaciones que iban á perecer; pero que eran entonces las mas avanzadas del mundo, en la Lidia, en Tiro, en Egipto, hasta en Babilonia y en aquella Nínive donde la Francia acaba de encontrar un arte cuya grandeza nadie sospechaba. No olvidemos, por último, el influjo de un suelo admirablemente dispuesto, ni el de un clima que parece apropósito para fecundar y madurar las mentes, siempre que las malas instituciones no derramen el entorpecimiento y la muerte del alma, allí donde la naturaleza ha sembrado tan pródigamente la vida.

Sentadas al pié de todos los promontorios, á la salida de todos los valles, en el fondo de todos los golfos, ante un mar tachonado de innumerables islas, las colonias griegas se veian convidadas por su misma posicion á llevar de un país á otro, las producciones propias de cada uno de ellos. La lana de la Frigia artísticamente tejida en Mileto y en toda la Jonia; los metales que daban sus minas, los objetos de arte elaborados por sus artistas, el papiro de Egipto, el aceite, los frutos y vinos de la Grecia, las maderas de construccion de Trácia, los trigos del Quersoneso Táurico, las salazones del Euxino, el incienso y demás perfumes de la Arabia, el marfil del África depositado en Tiro y en Sidonía, el ámbar que Corcira iba á comprar á lo último del Adriático, el *silphium* (laserpicio) de Cirene, el barro cocido de Atenas, los mil productos de la industria de los lidios, de la Fenicia y de

Babilonia, les proporcionaban numerosos objetos de cambio, sin olvidar el género de comercio mas estimado en aquella época: el hombre, el esclavo, mercancía que circulaba entonces en todos los países. Anteriormente, los fenicios eran los únicos que comerciaban con los objetos mencionados; despues los griegos los arrojaron del mar Egeo, y cubrieron con sus factorias, las costas de la Tracia y del Ponto Euxino.

Dos eran las ciudades que marchaban al frente de las que seguian esta senda: Focea y Mileto. Mientras que la primera se extendia hácia el Occidente, exploraba las costas de la Italia, Córcega, la Galia y España hasta dejar atrás las columnas de Hércules; la segunda avanzaba hácia el Oriente por otro mar, dándole el nombre de hospitalario (Ponto Euxino), á pesar de su peligrosa navegacion, así como los portugueses dieron, al cabo de las Tempestades, el nombre de Buena Esperanza. Mileto bordó las riberas del Helesponto, de la Prepóntide y del Ponto Euxino con mas de 80 colonias: Abidos, Cizica, Sinope, Amisos, etc. Focea la siguió tambien por este lado y fundó á Lampsaco, en el Helesponto.

La prosperidad mercantil de los griegos del Asia, llegó á su apogeo en los siglos VII y VI. En 704 los samios no poseian ni un triremo; en 630 ni un solo buque griego habia visto la Lidia. En 550 dominan los jonios en el mar Egeo; Corcira y Corinto en el mar Jonio: la Italia se ha convertido en la Magna Grecia; la Sicilia se ha helenizado; Marsella suplanta á los fenicios en la Galia, y por último Cirene y Barca florecen, y Naucratis es el mercado de toda la Grecia y del valle del Nilo. Porque las antedichas ciudades han llegado á su mayor grado de poblacion y riqueza y al mismo tiempo se han verificado dos sucesos: la abertura del Egipto, al comercio griego hácia 630, y la decadencia de la Fenicia sojuzgada en aquella época por los asirios. De modo que por una favorable coincidencia, en el momento en que un país rico se entregaba expontáneamente á la explotacion extranjera, los inmensos obstáculos en que tropezaban los eternos rivales de los griegos, contribuían á que estos encontrasen el camino mas llano. Tambien se atribuye á la misma época, la grandeza de los griegos italiotas; de manera, que desde una á otra orilla del Mediterráneo, trababan relaciones activas; la prosperidad de Síbaris correspondia á la de Mileto, la fortuna de Crotona á la de Focea.

El estado de servidumbre á que los persas redujeron á la Jonia, los incesantes ataques de los sabelios contra los griegos italiotas, y por último, los peligros que corria hasta la madre patria amenazada en su libertad, contuvieron aquel envidiable impulso; pero ya se habian cogido los preciados frutos que con aquella prosperidad debian llegar á sazonarse.

La civilizacion de los pueblos mercantiles, es mas rápida que la de los pueblos agrícolas ó pastores, particularmente si sus buques y sus comerciantes pasan á otros países ya civilizados; puesto que al visitar muchas regiones, eligen de ellas lo que les parece mas propio para proporcionarse los goces de la vida mas grata. Al mismo tiempo que adquieren la suficiente riqueza para fomentar las artes, su mente se activa y se excita con el espectáculo de numerosos objetos, y su anhelante curiosidad se goza en lo nuevo en lugar de rechazarlo. La naciente civilizacion de la Grecia tenia mucho que desear de los egipcios y los asirios, primogénitos del mundo occidental; y en efecto tomó mucho de ellos, no sólamente por medio de sus mercaderes, sino por medio de sus viajeros y sus desterrados. Antes de Herodoto, mas de un griego sintió curiosidad por las cosas del Asia; antes de Jenofonte, hubo mas de un soldado que fué á ofrecer su valor á aquellos reyes, que tanto oro poseian, para recompensar los servicios. Alceo celebra las hazañas de su hermano que «vuelve de los confines de la tierra, con un acero, cuya empuñadura es de marfil con labrados de oro.» Cada una de aquellas ciudades era un punto de contacto del mundo griego, con las antiguas sociedades de Oriente y extraía de los países situados á su espalda, en primer lugar, sus géneros de comercio, y en segundo lugar, algunas de sus ideas, costumbres y creencias (1).

Herodoto, Diodoro y Pausanias, son de parecer que todo, así el

(1) El trigo y la cebada cultivados en Grecia, son iguales á los que se encuentran en los sepulcros de los reyes de Egipto. Ambos cereales son originarios de Oriente. Los otros dos, el centeno y la avena, lo son del Norte y no se cultivaban en Grecia. Moreau de Jonnes, *Estadística de los pueblos de la antigüedad*, tom. I, pag. 141. Tambien habia mezcla entre las poblaciones. Un griego, tirano de Efeso, era cuñado de Creso; Creso era hijo de una jonia; Amasis se casó con una griega de Cirene. (Herodot., lib. II, cap. CLXXXI). Tantos eran los griegos que habitaban en Egipto, que fué preciso crear una casta de intérpretes, (*Ibid.*, cap. CLIV).



arte como la religion (1), pasaron del Egipto á la Grecia. Lo que de poco tiempo á esta parte hemos descubierto acerca del arte asirio, lo que sabemos respecto á la ciencia, la industria y la religion de Babilonia, de la Fenicia y de la Lidia, nos inclina á dar mucha mayor importancia á la influencia asiática en la formacion de la civilizacion griega.

Las letras griegas son caractéres fenicios, como el alfabéto latino y el de los etruscos. El sistema métrico usado desde mas antiguo en la Hélada, el de Egina, con sus divisiones en talentos, minas y óbolos, es idéntico al sistema babilónico y fenicio. La voz mina (*mna*) unidad de sistema, ès de orígen caldeo (2).

De allí vinieron tambien la division duodecimal del dia, el uso de la esfera celeste y el del gnomon, que sirve para medir las horas por la sombra que proyecta un cuerpo sólido, en una superficie plana.

De los tres modos de la música griega, el uno es lidio, el otro frigio. La flauta es de Frigia, como su inventor Hiagnis, y Marsias que, segun dicen los griegos, se atrevió á luchar con Apolo. Olimpos era Misio.

El Egipto dió la Geometría; la Caldea, la astronomía (3); la Fenicia, el contagioso ejemplo de un pueblo activo, industrioso y navegador, y todos estos países juntos con el Asia Menor, y la Tracia, unas creencias que en la remota antigüedad fueron sin duda el primer fondo de la religion griega, y se modificaron al poco tiempo en sentido deplorable, infiltrando en su culto sencillo, claro y humano, un misticismo que debia de falsear su moral y su espíritu.

En cuanto al arte ¿quién seria capaz de ponderar la influencia ejercida en los artistas helénicos, por el espectáculo de las obras maestras persas y asirias? Al vér en las producciones que nos restan de la Grecia, las todavía numerosas huellas de la imita-

(1) Hoy dia conocemos los nombres de las divinidades egipcias, que nada tienen de comun con los de las helénicas, cuyas raices los dan á conocer por derivados de las lenguas indo-europeas. Gigniaut, *Religiones de la antigüedad*, tom. II, parte III, pag. 1056.

(2) Boeckh., *Metrología*, cap. IV, V, VI. Herodoto dice (lib. I, cap. XCIV) que los Lidios inventaron el arte de acuñar moneda.

(3) Ptolomeo cita trece observaciones astronómicas de los caldeos. Estos y los egipcios habian determinado con bastante exactitud la duracion del año solar.

cion oriental, tenemos derecho para afirmar, que si los griegos no fueron serviles copiantes de artistas orientales desconocidos, á lo menos les debieron la inspiracion primera (1). Debemos confesar, empero, que su favorecido ingenio sacó partido de aquellas naciones extranjeras. Los griegos, cuya religion pesaba suavemente en las almas, eran ajenos al poderoso ideal que arrebata á las rejiones de lo infinito, ó postra á los piés de ídolos groseros, Ni hicieron suya la forma monstruosa del arte indio ó egipcio, que muestra antes que todo la fuerza, ni la forma injenua y transparente del arte cristiano, que muestra principalmente el alma. Bajo la inspiracion de una naturaleza blanda y suave, dieron cima, con armoniosas proporciones, á lo que los artistas de Persépolis y Nínive habian emprendido con proporciones grandiosas, pero exajeradas. Poseyeron el arte libre y laico, el arte

(1) La influencia que ejerció sobre la Grecia la vecindad de los grandes pueblos del Oriente, se reconoce «en esas representaciones de animales fabulosos, de cacerias y de luchas fantásticas, en esos extraños adornos compuestos de plantas y acompañados de símbolos evidentemente asiáticos que se ven en una clase entera de vasos pintados desde lo mas antiguo, y en muchos otros objetos de arte cincelados y grabados que se han descubierto en los sepulcros de Etruria..... La Quimera, las gorgonas, los centauros y los grifos, la esfinge mujer y leon, el caballo alado Pegaso, que una y otro han sido hallados entre las esculturas asirias de Nimroud, son plagios de este género, que pasaron de las tradiciones. Las monedas griegas mas antiguas , de Egina, Corinto y Atenas que se remontan á las primeras olimpiadas, presentan en sus tipos simbólicos la huella de lo que tomaron del Asia Menor, de Fenicia y de la Asiria, asi como mas adelante las escenas heróicas grabadas al estilo antiguo por los exajerados músculos, sus adornos, su tocado, su traje inclinan á creer que fueron imitaciones de lo mismo que produjo tantas piedras grabadas, cuyo asunto y ejecucion recuerdan de un modo tan notable los cilíndricos babilónicos y persepolitanos.» M. Gigniaut, notas á Creuzer, tomo II, pág. 1063,4. La figura grabada en relieve en el sarcófago fenicio, trasladada al Louvre hace poco tiempo, recuerda las cabezas de Korsabad y las mas antiguas esculturas griegas; sobre todo ciertas figuras de barro cocido que representan á Gea y se encuentran en los antiguos sepulcros helénicos. Tal es á lo menos la opinion de Mr. Longperier (véase su *Noticiario de las antigüedades del museo del Louvre*, 2.ª edicion). Eurípides habia ya dicho que los muros de Micenas se habian levantado conforme á la regla fenicia. (*Hércules airado*, v. 948). La puerta del tesoro de Atreo en Micenas, de forma piramidal, recuerda efectivamente la de una ciudad ciclópea de la Fenicia, Omm-el-Aamid (*la madre de las columnas*) á cuatro leguas al sud de Sour; de Vogué en el *Atenæum* del 30 de diciembre de 1854.

humano por excelencia: el mas perfecto equilibrio entre la forma y el pensamiento.

Los Jonios, enriquecidos en poco tiempo, se entregarian tambien á una vida de molicie y regalo que se hizo proverbial; pero que no impidió, á lo menos al principio, el desenvolvimiento de su brillante genio. «Jamás ha producido la naturaleza en tan corto espacio de tiempo, tan gran número de hombres distinguidos y de genios sublimes: Herodoto nació en Halicarnaso; Hipócrates, en Có, Tales, en Mileto, Pitágoras, en Samos, Parrasio, en Efeso, Jenofanes en Colofonte, Anacreonte en Teos, Anaxágoras en Clazomena, Homero en todas partes (1).»

Progresos de las artes: poesia y prosa.

La arquitectura ha conservado el recuerdo de los progresos que debió á los griegos de Asia: aun hoy dia, las voces *dórico* y *jónico*, sirven para designar dos órdenes diferentes, severo el uno y mas elegante el otro, aunque tambien grave. Desde el siglo VII, levantaba Sámos, el templo mas elegante que vió Herodoto, despues del cual, no habia otro mas notable que el de Diana, en Efeso. Los de Posidonia en Italia, y de Selinunte en Sicilia, son de la misma época, y en aquella época la Grecia continental, no tenia aun monumento alguno con que envanecerse.

La pintura, nacida en Corinto, levantó el primer vuelo en la Jonia (si hemos de dar crédito á la sospechosa noticia sobre Bularcos), con un cuadro que con varios colores, representaba la destruccion de Magnesia del Meandro, y que el rey Candaulo compró á peso de oro.

La escultura solo podia llegar á la perfeccion en un país que fué el único, cuyas instituciones contribuian al dessarrollo y vigor del cuerpo; donde para juzgar mejor de los golpes; para encontrar mejor las posiciones, las actitudes, y los ademanes necesarios, los atletas, los corredores, y los hombres del pugilato, se ejercitaban desnudos en el gimnasio y desnudos entraban en la liza (2). Como medio práctico, la escultura dió un paso conside-

(1) Barthelemy, *Viaje de Anacarsis*.

(2) Platon, *República*, lib. V. Véase el pasaje de Zenofonte, que citamos, sobre los espartanos. Respecto á la higiene pública de los antiguos tan admirablemente concebida y de la cual hemos hecho muy mal en no conservar nada, Mr. Littré

rable cuando un poco antes del año 600, Teodoro de Samos, inventó ó importó del Asia, el medio de vaciar estátuas de bronce, y cuando hacia 580, dos artistas cretenses, Dipenos y Escilis, hicieron preferir para la estatuaria, el mármol á la madera. Hasta entonces se habian hecho las estátuas de trozos ensamblados y clavados. El citado Teodoro, fué el mismo que grabó la famosa esmeralda que Policrates de Samos arrojó al mar. Quio fué cuna de algunos escultores célebres: de Glauco, por los años de 600, que inventó el modo de soldar el hierro y entre 630 y 550 dió el ser á una familia que durante cuatro generaciones se consagró al cultivo del mismo arte. Hácia 556, Baticles de Magnesia, hizo para el templo de Amiclas, una obra magnífica donde se veia una estátua de Apolo sostenida por las de las Estaciones y las Gracias, y adornada de bajos relieves, que representaban la historia de los dioses y los héroes (1).

Al principio, los escultores, no habian probado su talento en la estatua de los dioses, que conservaron durante mucho tiempo las formas duras é ingratas que la piedad no permitia que se alterasen, ni aun para embellecerlas, sino en las estátuas de los vencedores de los juegos. Poco á poco la religion, menos severa, dejó de encadenar el arte con formas invariables. En vez de la imitacion servil, hubo el estudio de lo ideal. El don de la libertad, vino á equivaler al génio mismo, puesto que el artista tenia ante los ojos, la raza mas hermosa que ha existido en el mundo. La figura jónica, dice Dion Crisóstomo, reune todos los caracteres de la belleza, é Hipócrates declara, que la sangre jónica era la mas pura de la Grecia.

La religion griega habia reemplazado á los dioses abstractos y simbólicos de Oriente con seres morales y personales; y esta transformacion, abrió á la poesía un campo inmenso. En seguida, dió fácil orígen á la epopeya; pero una epopeya que nunca anonadó al hombre con el exceso de lo maravilloso. Esta poesía na-

dice en su *Hipócrates*. tomo IV, pág. 662: «Se sabia exactamente lo que era necesario para formar un soldado, ó para hacer un atleta y particularmente un hombre que se destinase á la lucha, á la carrera, á la danza ó al pugilato.»

(1) Debo advertir que hay muchas dudas acerca de la exactitud de estas fechas apesar del *Estudio sobre la colocacion cronológica de los escultores griegos* de Emerico David, y del *Catálogo* de Sillig.

ció en la Jonia. Esmirna y Quio, son las dos ciudades que con mayor verosimilitud se atribuyen la gloria de haber dado la vida á Homero (entre 1000 y 900). Inmediatamente despues del cantor de Aquiles, apareció una muchedumbre de poetas épicos, de los cuales quedaron veinte ó treinta nombres, pero casi nada de sus obras. Se les dió el nombre de *cíclicos*, porque sus poemas reunidos, formaban como un conjunto completo de los tradiciones de la edad heroica. Y efectivamente celebraron las hazañas de los héroes antiguos, ó los incidentes de la guerra de Troya, de que Homero no habia hecho mérito.

Los poetas épicos, habian celebrado los recuerdos heróicos y religiosos de la Grecia. Sus cantos cesaron cuando el génio griego sintió relajados los lazos de su antigua creencia, comenzó á interrogarse á sí mismo, y se ocupó algo menos de los dioses y algo mas del hombre; menos de la vida anterior que la imaginacion habia ocupado en sus ficciones, y mas de la vida presente que llenaba la pasion de sus amores y sus odios. A la musa épica, sucedió la musa elegíaca y lírica; que comenzaba á entonar sus cantos en los mismos sitios en donde habia aparecido Homero, y que los continuó durante tres siglos, desde el VIII al V, con una gloria fácil de recónocer en los escasos restos que á nosotros llegaron. Allí no hay Homero alguno cuya gloria eclipse ó absorba la de sus émulos. Píndaro, que termina gloriosamente el catálogo, no es bastante grande para hacer olvidar á los que le precedieron, aun cuando el tiempo, que los mutiló, haya sido con él mas propicio. Terpandro, el de Lesbos, que dió siete cuerdas á la lira; Alceo y Safo, la gloria de Mitilene y de la Grecia entera; Arion de Metinna, que componia himnos y cantares tan dulces que los griegos suponian que con ellos encantó á su Delfin, al cual tuvo que agradecerle la vida; Alcman de Sardes, que vivió en Esparta y por la energía de sus versos mereció ser declarado ciudadano de la ciudad de Licurgo; los jonios Anacreonte, de Teos, y Simónides, de Cea, y su sobrino Baquílido, no murieron del todo, aunque sea muy escaso el número de versos que de ellos quedaron. Estesicoro de Himera, al introducir el épodo en sus grandes poemas líricos, preparaba una innovacion mas importante: el relato de una leyenda hecho por un personaje distinto del coro, en una palabra: la accion, el drama añadido al canto. Allí estaba en gérmen la tragedia.

La musa nueva rayaba en la epopeya, cuando por medio de los poetas líricos, cantaba los héroes; cuando espresó sentimientos mas personales, pasó á ser la elegía. Caliños de Efeso, que inventó el verso elegíaco, lo empleó como Tirteo para cantos guerreros; despues de aquél, Mimnermo de Esmirna ó de Colofonte, lo aplicó á la expresion de los dolores y los placeres. Un contemporáneo de Calinos y Tirteo, Arquíloco de Paros, inventó el yambo, hácia 680 y se sirvió de él para sus crueles sátiras. El efesio Hiponax, heredó su fantasía y su vehemencia. El siglo VII terminó con los poetas á quienes se dió el nombre de *gnómicos*, ó decidores de sentencias, prólogos y apólogos, como Focílido de Mileto, Solon de Atenas, Teognis, el poeta aristocrático de Megara, y Esopo, que vivió en Samos, aunque era hijo de las costas de Tracia. Estos poetas muestran la nueva tendencia del espíritu griego, hácia la observacion y la abstraccion filosófica. Un paso mas en esta senda, y la prosa escrita, libre de todo ritmo, de toda traba, saldrá á luz: despues del idioma de los dioses, el idioma de los hombres.

Toda la savia poética de aquella época, brota y se derrama por las costas é islas del Asia. Las colonias de Sicilia, solo pueden citar á Estesicoro y á Epicarmo, inventor de la comedia, natural de Co, y habitante de Siracusa. La madre patria no podia citar mas que tres nombres. Tirteo, Solon y Teógnis. Es verdad que habia tenido á Hesíodo; pero aun este era natural de Cima, en la Eólida. Y ¿qué vale el poeta beocio, comparado con el ciego divino que Esmirna y Quio se disputan? Las colonias asiáticas, habian recibido, como hemos visto, todos los dones de las musas: la epopeya, la elegía, la oda, la sátira, la fábula, y la música, compañera inseparable de la poesía á la que somete al ritmo y á la médida. ¿Que les faltaba en poesía? El drama. Esta era una de las glorias que estaban reservadas á Atenas.

Tambien son las colonias las que dan vida á los primeros prosistas. Ferecide de Esciros, escribió por los años 550 una teogonia, primer libro en prosa del que conservamos algunos fragmentos. Cadmo de Mileto, redacta la historia de su patria. Su compatriota Hecatéo (510-490), Helanicos de Mitilene y Ferecide de Leros, preceden á Herodoto, que iba á escribir, ó mejor dicho, á cantar el triunfo de la Grecia sobre el Asia en las guerras medas.

Escuelas filosóficas; Talés, Jenofanes, Pitágoras.

Esa actividad moral, que empujaba á los griegos asiaticos, por todas las sendas del arte y del pensamiento, debia conducirlos al estudio de los grandes problemas de la naturaleza del hombre, de Dios y del mundo, problemas que la muerte humana plantea aun involuntariamente, y se propone resolverlos, valiéndose solo de la luz de la razon, cuando no le satisfacen las soluciones que la religion popular le ofrece. Este exámen, este estudio, se llama filosofía.

Como la Grecia no tuvo, como el Egipto, una casta sacerdotal que reservase para ella sola, lejos del vulgo profano, la religion y la ciencia, ocultas por medio de una escritura misteriosa; todos pudieron beber en el manantial divino, del cual manó el libre desarrollo del espíritu filosófico. La ciencia vivia en el oriente, indisolublemente unida á la religion; en Grecia, vivió separada de esta; y encontró, conforme lo habian encontrado las letras y las artes, aquella independencia, sin la cual la civilizacion no hubiera conseguido nunca romper sus ataduras.

En sus primeros pasos, vemos á la filisofía envuelta en los lazos de la religion y de la poesía; no podia ser de otro modo. Cuando se desprendió de ellos en el siglo VI, aun quedaba reducido á reflexiones confusas sobre el hombre y la naturaleza, con una propension extraordinariamente temeraria á darse á conjeturas y sistemas que abarcasen el mundo entero.

Algunos de estos filósofos, fueron llamados los *sabios*, y se ocupaban especialmente de moral práctica. Hay opiniones acerca de quienes y cuantos fueron. Unos hacen mencion de siete, otros de diez. Talés de Mileto, Bias de Priene, Pítaco de Mitilene y Solon de Atenas, son los únicos generalmente reconocidos. Por lo comun se citaba entre ellos á Quilon de Esparta, á Cleobulo de Lindos y á Periandro de Corinto, sin embargo de que fué un cruel tirano. Se han conservado algunas de sus máximas como: «Aprende á conocerte»;—«nada con exceso»—«la desgracia te sigue de cerca»;—«la experiencia es madre de la ciencia;»—«la verdadera libertad es una ciencia pura;» y sobre todo el gran precepto:«no hagas lo que censuras en los otros.»—Bias, que no reconocia mas bienes que los intélectuales, decia, al salir desnudo de su ciudad

natal tomada por los enemigos «conmigo llevo todo lo mio.» Quizás tambien fueron ellos los autores de aquella inscripcion grabada en la puerta del templo de Delfos «tu eres», que parece un eco del Génesis, pues solo en la divinidad reconoce la existencia absoluta (1).

La primera escuela de filosofía, fué la de Jonia, fundada por Talés, gran geómetra: el primer griego que vió fuerzas naturales allí donde Homero y Hesíodo no habian visto mas que dioses. Algunas observaciones muy someras acerca de la humedad y la creencia general de que el rio Océano daba vuelta á la tierra, fueron, segun dice Aristóteles, los elementos con que Talés compuso su sistema del mundo, en el cual el agua era considerada como principio de todas las cosas, porque carece de forma y puede tomarlas todas. «Todo viene de ella, y á ella vuelve;» decia Talés; pero si bien determinaba el principio componente, no separaba de este, el poder creador. Como físico, no se atrevió á salir del mundo material para llegar hasta Dios. Creyó que el Universo, era un organismo viviente; los dioses, fueron en su concepto las fuerzas de la naturaleza: las causas productoras de los fenómenos. Anaximandro que, segun dicen, fué el primero que construyó en Grecia un cuadrante solar, una esfera y un mapamundi, encabezó su sistema con el axioma de que ninguna cosa viene de la nada, y en lugar del elemento primitivo de Talés, colocó un principio, cuya esencia era el producir por su propia fuerza la gran muchedumbre de los fenómenos. De modo, que sustituia á un principio físico, uno metafísico, y el raciocinio puro á la observacion que tan bien le habia guiado al principio. Anaximenes volvió á la senda de Talés; solo preferia al agua, el aire que rodea la tierra, y parece el orígen de toda vida. Heráclito de Efeso tomó otro agente primordial: el fuego, y adujo la notable idea de la constancia de las leyes generales, á despecho de la infinita variedad de las formas. Las variaciones de la materia, no eran á sus ojos, sino cambios transitorios. Generacion y destruccion, no significaban otra cosa que union y separacion; el órden

(1) Mr. A. Garnier leyó en la Academia de Ciencias morales una Memoria sobre los *sábios* de Grecia, en la cual ordenó sus máximas con un método que permite asegurar que aquellos habian reconocido ya todas las partes de la moral individual y social.

de la naturaleza, era el equilibrio de fuerzas contrarias; ideas que no ha rechazado la ciencia moderna. Diógenes de Apolonia de Creta, fué algo mas léjos: consideró el Universo como producto de un principio inteligente que lo habia verificado y coordinado; pero aun no se atrevió á proclamar este principio, como sér distinto del mundo. Ese gran paso, no se dió hasta un siglo despues de Talés, cuando Anaxágoras separó la causa primera, esto es, Dios, de la materia; por cuyo sublime esfuerzo mereció ser llamado ὁ Νοῦς, la Inteligencia.

Elea, ciudad de Italia, fundada por los focenses, vió nacer la escuela eleática. Jenofanes de Colofonte, introdujo en ella hacia 536, aquella poderosa dialéctica que separándose de la observacion exterior, para dar oidos solo á las revelaciones de la razon pura, se convirtió en arma de una escuela austera, cuya tendencia consistió en absorberlo todo en Dios, sér sin principio ni fin; infinito en el tiempo y en el espacio, de manera que no habia espacio ni tiempo, y que el sér y el todo, eran idénticos; inmutable, de manera que no habia cambios, ni movimientos; siempre idéntico asimismo, de manera que no podia haber nada nuevo, ni acto ni pensamiento. Así que la razon, en este primer vuelo, antes de ser señora de sí misma, iba á abismarse en sus propias abstracciones.

Pitágoras, que nació en Samos por los años 580, fundó otra escuela, conocida por su nombre. Emigró á Italia, al parecer por odio al tirano Policrates, y se estableció en Crotona. Habia viajado por el Oriente, ó cuando menos por Egipto y Babilonia; en donde tal vez adquirió su aficion á las ciencias matemáticas, que caracteriza á su escuela. Se le atribuyen muchos descubrimientos en geometría, y astronomía y música; pero debió muy particularmente la fama, á su teoría de los números y á su doctrina de la metemsícosis.

En el pitagorismo se pueden distinguir dos partes, griega la una, oriental la otra. A esta pertenecen los puntos siguientes: el principio de las cosas es el fuego central, el sol, el alma del mundo, el dios de vida. Las almas de las esferas que gravitan al derredor del primero, son dioses inferiores; de los cuales emanan dioses de tercer órden. Las almas de los hombres y de los animales, emanan tambien del fuego central rayos inmortales de la

divinidad imperecedera; entran en el cuerpo al nacer, y de él salen al morir, para animar un cuerpo nuevo, subiendo ó descendiendo, segun sus méritos, por toda la escala de los seres. A la parte griega corresponde lo siguiente: el alma es doble; una parte está en el cerebro, y es el νοῦς; la otra está en el pecho, y es el θυμός; la una es razonable é inmortal, la otra principio de la fuerza y perecedera. Los animales, solo tienen la segunda, el hombre tiene las dos; pero debe procurar someter siempre esta á aquella.

Su teoría de los números, aunque muy extraña á primera vista, no carace sin embargo de relacion con las doctrinas de la escuela jónica. El punto es en geometría lo que la unidad es en aritmética, y la molécula en la materia: estos son los tres elementos generadores sometidos á unas mismas leyes. Esta idea, aplicada á los números, conduce á considerar la *monada* como principio activo, y la *diada* como principio pasivo; la accion del primero sobre el segundo dió la *triada*, de lo cual se dedujo que: el impar, es el tipo de las cosas perfectas, y el par, de las imperfectas. Esta conclusion se aplicaba tambien en las ciencias morales: lo bello, lo bueno y lo verdadero, consistian en la armonía que resulta de la unidad, así como consistia lo feo, en la falta de acuerdo y armonía, y lo malo y lo falso, en lo múltiplo é indeterminado.

Los sucesores de Pitágoras fueron mas allá: dijeron que los números, en vez de ser el símbolo numérico de una verdad real, eran los mismos principios de las cosas. El número tres, tipo de lo perfecto, cuatro, el primer cuadrado, y diez, suma de los cuatro números primeros, tuvieron entonces grandes propiedades místicas. De ahí todos los sueños á que se entregó su escuela, la cual proclamaba sin embargo, una gran verdad: la armonía del Universo, al cual no llamaba ya τὸ πᾶν, el todo, sino κόσμος, en latin *mundus*, el órden, palabra é idea que no han pasado.

Pitágoras no se limitó á estas especulaciones. A fin de darlas autoridad y propagarlas, fundó un instituto célebre, una especie de órden monástica, compuesta de trescientos jóvenes, que durante su severo noviciado, se preparaban para las revelaciones religiosas, filosóficas y políticas de su maestro. Pitágoras queria que por medio de aquella corporacion, medio sacerdotal, medio política, llegase á predominar el imperio de la sabiduría y la virtud en el Estado, y la razon en el individuo. La disciplina y el

entusiasmo de sus discípulos, le conquistaron en seguida una autoridad tan grande, que le permitió hacer una revolucion moral en Crotona, en Locres, en Caulonia, en Tarento y en Metaponto. Se fueron empero desenvolviendo los principios de gobierno aristocrático, que encerraban sus doctrinas, y provocaron una reaccion en el partido popular. Desapareció el Instituto, perecieron muchos de sus discípulos (504); mas sobrevivieron sus doctrinas, y el paganismo moribundo las combinó con las de Platon para combatir el cristianismo. De Pitágoras se cree que murió en Metaponto, algun tiempo despues de la desaparicion de su Instituto. Hasta sus mismos contemporáneos le habian considerado como un ser sobrenatural, que se comunicaba con los dioses. Cuentan que en Grecia, al pasar á Olimpia, mostró á los circunstantes un muslo de oro ó de marfil, y que fascinó con su mirada á un águila que se lanzaba sobre él. Ya hemos visto á Epiménida de Creta, rodeado del mismo respeto, y por decirlo así, de la misma adoracion (1).

Si bien las doctrinas de Tales, Jenofanes y Pitágoras, no eran mas que los primeros vacilantes esfuerzos de la mente, muy sometida todavía á las ilusiones de la imaginacion, sus tres escuelas abrian una nueva era, no solo para el espíritu griego, sino para el espíritu humano. Al politeismo de Hesiodo y Homero, á aquella naturaleza atestada de divinidades, cuyos diversos elementos é infinitos aspectos estaban personificados en otros tantos seres divinos, sustituian una materia sometida á cierto órden de leyes fijas, κόσμος, que podia ser abarcada por la inteligencia del hombre. Este mundo divino, este antiguo Proteo de mil diversas formas, tenia numerosos lazos, y debia de responder bajo su propia fe: por consiguiente, allí habia toda una revolucion moral. La duda y el exámen sucedian á la fe tímida y ciega, el estudio científico de las causas, á la adoracion servil de los fenómenos; la edad histórica y racionalista, á la edad romancesca y mística. Oid sino á Jenofanes, que desesperando ya de las fuer-

(1) Hay muchas dudas todavía acerca de Pitágoras y sus doctrinas. El monumento mas antiguo de esta escuela es aquel cuya autenticidad ha probado Mr. Bœckh, no los *versos dorados* de Pitágoras, sino los fragmentos de Tilolao, contemporáneo de Sócrates. Véase Ritter, *Historia de la filosofía pitagórica;* y respecto á Jenofanes, el artículo de Mr. Cousin en la *Biografía universal.*

zas de la razon decia: «Nadie llega á adquirir la certeza; nadie puede saber cosa alguna respecto á los dioses y al mundo. En todas las cosas hay opiniones, pero nada mas que opiniones.»

En este reducido cuadro, hemos procurado con empeño demostrar el ardor con que todas las colonias griegas, particularmente las del Asia, se inclinaron siempre hácia todos los puntos donde el entendimiento humano puede hallar lo bello y lo verdadero. Las colonias, han abierto grandes sendas por donde se lanzará á su vez la Grecia propiamente dicha, ensanchándolas mas todavía. Por tanto, pues, las colonias tienen derecho á la gratitud de la Grecia y del mundo entero, porque á no ser por ellas, á no ser por sus trabajos de toda clase, siempre magníficos, aunque algunas veces incompletos por falta de experiencia, ó no hubiera llegado aquel siglo de Pericles, tan fecundo en obras maestras que tendremos ocasion de contemplar en breve, ó hubiera sido muy inferior á lo que fué realmente.

Decadencia ó sumision de las colonias; rebelion de los Jonios.

Las colonias jónicas estuvieron largo tiempo gobernadas por príncipes de la casa de Codro; aun en tiempo de Estrabon, sus descendientes gozaban, en Efeso, de prerogativas que recordaban su antiguo poderío; mas era indispensable que alzase pronto el vuelo la democracia en aquellas ciudades mercantiles, compuestas de elementos tan diversos. Poco despues de la llegada de los colonos á las costas de Asia fué abolido el poder real. Allí, lo mismo que en la madre patria, quiso la aristocracia ocupar el puesto que dejaban vacante los reyes, y las ciudades se desgarraron el seno con sus discordias. Herodoto, refiriéndose á Mileto, habla de una guerra que duró dos generaciones. Triunfó al cabo la libertad; mas si bien su espíritu de independencia contribuyó al desenvolvimiento de las fuerzas de cada una de las ciudades, tambien las aisló á unas de otras, preparando así su sumision al yugo extranjero, que con su union hubiera sido imposible.

Las colonias del Asia menor no permitian que los reyes de Lidia se acercasen al mar; pero cuando en el siglo VII salieron estos de su oscuridad, volvieron sus armas contra aquellos extranjeros, establecidos en sus dominios. Giges y Ardis comenzaron á someter algunos de aquellos griegos; mas en la misma época, un

gran movimiento puso en conmocion todo el mundo bárbaro al norte del Ponto Euxino, del Cáucaso y del Oxus. Los nómadas que vagaban por aquellas vastas soledades, se arrojaron sobre el Asia por dos lados á un tiempo. Mientras que los escitas avanzaban hasta Egipto, atravesando los paises de los medas y de los babilonios, los cimerios penetraban en el Asia Menor, cuya parte occidental dejaron asolada. Sardes cayó en sus manos, y la misma Jonia sufrió males cuyo eco de dolor ha llegado hasta nosotros con las poesías de Calinos. Esta invasion, sin embargo, no contuvo la invasion de los reyes lidios contra los griegos. Mileto se salvó, despues de largos padecimientos, por medio de una estratagema; pero Esmirna fué tomada, y las demás ciudades cayeron unas tras otras, á los golpes de Creso, que las obligó á derribar parte de sus murallas, para que sus tropas tuviesen siempre libre la entrada. Hasta pensaba ir á hacer la guerra contra los insulares; pero Bias le hizo desistir de su propósito, diciéndole: «Corre la voz de que los habitantes de las islas están reuniendo diez mil ginetes para venir á atacaros en Sardes.—Ojalá sean bastante insensatos para hacerlo, exclamó Creso; y entonces replicó Bias:—En efecto, muy insensatos serian los griegos si viniesen á atacaros con la caballería que es la fuerza de los lidios; pero ¿no lo seriais vos tambien, ¡oh Creso! si fueseis á buscarlos al mar donde tanta ventaja os llevan?»

La dominacion lidia fué bastante suave, por cuyo motivo rechazaron los griegos asiáticos las proposiciones que les hizo Ciro cuando atacó la Lidia. Creso, que estaba casado con una jonia era un rey poderoso, nada avaro, amigo de las artes, casi griego; consultaba con frecuencia el oráculo de Delfos, recibia en su corte á Bias de Priene, á Pítaco de Mitilene y al ateniense Solon (1), enviaba á pedir socorros á Lacedemonia, y en una palabra, estaba sometido al imperio que en todas partes ejercen la civilizacion y el genio.

Creso habia extendido su dominio hasta el Halis. Cuando cayó Astiages, creyó llegado el momento de apoderarse del Asia, y

(1) Si es cierto lo que dice Herodoto sobre la visita de Solon á Creso, la cronología nos obliga á admitir que Solon solo vió á Creso cuando este estaba asociado á su padre Halya en cuyo nombre gobernaba á Adramita. Creso no subió al trono hasta 560; entonces Solon estaba en Atenas.

marchó en efecto contra los persas; mas fué vencido, y despues cogido en su capital. Entonces mandaron los jonios sus embajadores al vencedor, el cual les respondió con un apólogo preñado de amenazas. Comprendiéronlo los jonios, y comenzaron á restaurar sus murallas, y se reunieron en el Panionion, todos excepto los milesios que eran los únicos con quienes habia tratado Ciro, y allí resolvieron pedir socorros á Esparta.

Llegaron sus diputados á Lacedemonia, é hicieron hablar á un focense, vestido de púrpura, que pronunció un largo discurso. Los espartanos disgustados nada les concedieron, y despidieron á los embajadores; pero al mismo tiempo mandaron por su parte emisarios que se informasen del estado de las cosas; los cuales verian sin duda demasiada debilidad por un lado, y demasiada fuerza por otro, para aconsejar la intervencion á sus compatriotas; de manera que los jonios quedaron abandonados á su suerte. El pueblo de Focea dió un grande ejemplo: sitiados por Harpago y viendo próxima la necesidad de rendirse, montaron sus naves, llevándose las imágenes de sus dioses, y dirigieron las proas á la isla de Quio, á cuyos habitantes ofrecieron cierta cantidad de dinero en cambio de las islas Enusas; pero estos no quisieron aceptar, temerosos de la competencia que podria hacerles un comercio rival, establecido cerca de ellos. En vista de tan mal resultado, volvieron á sus naves para pasar á Córcega, donde veinte años antes habian fundado á Aleria; mas antes de emprender esta ruta, volvieron á Focea, desembarcaron de improviso, y pasaron á cuchillo toda la guarnicion que Harpago habia dejado. Pronunciaron en seguida imprecaciones solemnes contra los que abandonasen la flota, y arrojando al mar un pedazo de hierro enrojecido al fuego, juraron que «ninguno de ellos volveria á Focea antes que aquel hierro saliese á la superficie.» Sin embargo, al partir la flota para Córcega, mas de la mitad de los ciudadanos, enternecidos al aspecto de aquellos sitios, y por el amor de la patria, fueron perjuros y volvieron á entrar en Focea. Los demás siguieron su navegacion hácia el Oeste. En la costa de Italia fundaron á Elea, cuya prosperidad fué rápida y duradera.»

Los habitantes de Teos, imitaron á los de Focea, y fundaron á Abdera en Tracia; estos dos pueblos fueron los únicos que prefirieron el destierro á la servidumbre. Los otros, aun los de las is-

las cercanas al continente en donde tenian posesiones, como Lesbos y Quio, consintieron en pagar tributo.

«He sabido, dice el mismo Herodoto, que en una reunion general del Panionion, Bias de Priene habia dado un aviso muy sensato, aconsejando á los jonios que reuniesen todas sus naves en una sola flota, y que todos juntos partiesen para Cerdeña á fundar una ciudad única, que comprenderia toda la Jonia. Demostróles que en aquella grande isla estarian al abrigo de la servidumbre, y que serian superiores en fuerzas á todos los demás insulares. Tambien les habia dado un consejo muy útil Tales de Mileto, antes de que la Jonia estuviese subyugada. Proponíales que no hubiese mas que un solo consejo general que establecerian en Teos, ciudad situada en el centro de toda la Jonia, lo cual no impediria que las demás ciudades continuasen gobernándose interiormente como poblaciones separadas. Prudentes eran estas proposiciones; pero no las aprovecharon los jonios.» Se hubiesen adoptado el parecer de Bias, el porvenir del mundo occidental pudiera haber cambiado.

La sumision de los griegos de Asia al gran rey era un acontecimiento grave; porque daba ocasion á que sus señores aspirasen tambien á la conquista de la Grecia de Europa. Y he ahí en gérmen las guerras medas con todas sus consecuencias: el imperio de Atenas, de Esparta, de Alejandro, y la propagacion de la civilizacion griega en el Asia occidental.

Samos, Lesbos, Cirene, la Licia, Chipre, la Creta.

La ruina de los jonios del continente, trasmitió el poder marítimo á una isla vecina: á Samos, donde Policrates, auxiliado por Ligdamis, tirano de Naxos habia usurpado el poder entre 536 y 532. Compartíalo al principio con sus dos hermanos; mas al poco tiempo se desembarazó de ellos, asesinando al uno y desterrando al otro, por cuyo medio reinó solo. Tenia hecha alianza con Amasis, rey de Egipto, y su poderío se acrecentó de manera que llegó á tener cien buques de cincuenta remeros, y mil arqueros. Con tales fuerzas protegia al comercio de los de Samos y aun se enriquecia él mismo en ciertas expediciones, mas propias de un pirata que de un príncipe. Se enseñoreó de muchas islas y aun de muchas ciudades del continente, y segun dice Herodoto, fué el primer

griego despues de Minos, que concibió el proyecto de hacerse con el imperio del mar. Entretanto, empleaba sus riquezas en hermosear á Samos con obras útiles y magníficas, como un acueducto un muelle, y aquel templo de Juno, que Herodoto contaba entre las maravillas de la Grecia. Estas obras, tenian en favor de Policrates la ventaja de distraer al pueblo y hacerle olvidar la libertad. Por lo demás, era amigo de los artistas y poetas: Ibicos y Anacreonte, fueron huéspedes suyos; la corte del tirano de Samos, eclipsaba la de los pisistrátidas.

Sin embargo, lo mismo en Samos que en Atenas, habia descontentos. Cuando Cambises invadió al Egipto, Policrates le ofreció cuarenta buques, tuvo buen cuidado de embarcar en ellos á todos sus contrarios, y suplicó á su aliado que les hiciese morir despues que le hubiesen servido. Un convenio como este, entre un tirano y un rey loco, no era mas que un cambio de servicios. Desgraciadamente, las víctimas sospecharon el peligro que las amenazaba, y apoderándose de la flota, dieron la vuelta á Samos con el objeto de revolucionarla. Viéronse rechazados, y pidieron auxilio á los espartanos, que eran entonces los que á su placer enderezaban los tuertos, sobre todo, si se trataba de derribar algun tirano poderoso en favor de una oligarquía. Tambien les envió socorros Corinto, que habia sufrido por las piraterías de Policrates. Los aliados, permanecieron cuarenta dias á la vista de Samos. El tirano tenia tomadas sus precauciones, no se hizo el menor movimiento en la ciudad inexpugnable, y fué necesario retirarse. Hay quien supone, que Policrates habia comprado la retirada de los espartanos, pagándoles con unas monedas de plomo dorado,que estos por su inexperiencia tomaron por oro finísimo. Los de Samos que los habian llamado, saquearon á Sifano y á Hidrea, y descendieron á Cidonia de Creta, donde cinco años despues fueron derrotados, hechos prisioneros, y vendidos todos como esclavos.

Despues de pasar por esta prueba, se sintió Policrates mas fuerte que nunca. Habia llegado al apogeo de su fortuna y comenzó á temblar, recordando que Amasis habia rechazado su alianza por creerle demasiado feliz, es decir, demasiado próximo á una espantosa catástrofe. Determinóse á hacer un sacrificio para conjurar la cólera y la envidia de los dioses, y mandándose conducir

embarcado, al encontrarse en alta mar, arrojó una preciosa sortija al fondo de las aguas, despues de lo cual, volvió á su palacio para entregarse al pesar que le causaba la pérdida de aquella alhaja. Creia haber comprado dicha para bastante tiempo, y no habia hecho mas que un arriendo con la fortuna. A los tres dias, coge cierto pescador un magnífico pescado; se lo presenta al rey, lo abren y ¡ oh prodigio ! le encuentran dentro el anillo ; de manera que la ofrenda de Policrates, habia sido rechazada. Efectivamente, algun tiempo despues el sátrapa Oretes supo atraerle al continente, bajo pretexto de auxiliarle en sus proyectos de dominacion, y lo mandó crucificar. Herodoto no duda de la verdad de toda esta leyenda que halagaba la imaginacion de los griegos, y que además estaba en armonía con sus mas íntimos afectos religiosos. Creian que sus dioses envidiaban toda prosperidad demasiado grande para un mortal, y detrás de la dicha, veian siempre á Némesis, armada de venganzas y dispuesta á herir para humillar en su orgullo, al que olvidase lo mísero de la naturaleza humana. Tal es tambien el fondo, mas bien moral que histórico, de la bella cuanto trágica historia de Crese, segun nos la refiere Herodoto.

Al caer Policrates, cayó tambien el poderío de Samos. Meandrios, á quien habia nombrado guardador del Acrópolis y de sus tesoros, quiso abdicar la tiranía ; pero en vez de ser celebrado por tamaño desinterés, le pidieron cuentas y le injuriaron. Entonces volvió á apoderarse de lo que iba á abandonar; «los samios, dice tristemente Herodoto, no quisieron ser libres.» Vióse atacado por un ejército persa al mando de Siloson, hermano de Policrates, y huyó con sus riquezas. Los persas entraron en Samos, y no dejaron hombre con vida. Otanes volvió á poblarla con el tiempo, y la dejó en poder de Siloson, convertido en tributario del gran rey.

De otras dos islas deberíamos ocuparnos : de Naxos, muy poderosa en aquella época, y de la cual hablaremos al referir la rebelion de los jonios, y de Lemnos, donde los griegos, con el objeto de explicarse sus erupciones volcánicas, suponian las fraguas de Vulcano, y en sus ruidos subterráneos, creian escuchar el estrépito de los martillos de los cíclopes que forjaban los rayos de Júpiter. Tambien lo merece Lesbos, á quien dieron celebridad

Pítaco, uno de sus sabios, y sus músicos y poetas Terprando, Arion, Alceo y Safo. La leyenda sabia bien el orígen de aquel raudal de poesía. Cuando Orfeo fué presa, en Tracia, de las Bacantes furiosas y despues de muerto y despedazado, todavía producían sonidos armoniosos su cabeza y su lira arrojadas al Hebro que la corriente fué llevando hasta las playas de Metimna, los de Lesbos dieron sepultura á la cabeza del poeta, y suspendieron su lira en el templo de Apolo; y este recompensó su piedad, con el don de la música y la poesía. Lesbos, una de las grandes islas del mar Egeo, contenia cinco ó seis Estados. Metimna y Mitilene ocupaban el lugar preferente; esta tenia tiranos en el siglo VII. A uno de ellos, dieron muerte Pítaco y los hermanos de Alceo. Los de Mitilene disputaban entonces á Atenas, la posesion de las costas de la Troada. Nombrado Pítaco jefe de aquellos, provocó al general enemigo Frinon á singular combate: desafío comun en la edad media, pero raro en la historia de Grecia. Frinon, que habia alcanzado muchos triunfos en los juegos olímpicos, aceptó pero fué muerto. Pítaco lo habia envuelto en una red que ocultaba bajo el escudo. Sin embargo, los mitilenios quedaron vencidos, y Alceo abandonó en la fuga su escudo, que fué el adorno principal del trofeo que levantaron los atenienses. El poeta osó cantar su vergüenza; Horacio que hizo otro tanto, tenia á lo menos la excusa de tener que adular forzosamente á Augusto. Periandro, tirano de Corinto, que fué nombrado árbitrio entre los dos pueblos, dejó á cada uno con lo que poseia (612).

Entretanto, los bandos continuaban asolando la ciudad; uno de los partidos, consiguió desterrar á sus contrarios; pero estos tuvieron á la ciudad como sitiada. Por último, Pítaco fué elegido *esimneta* por diez años con poder ilimitado. No sabemos que medidas tomaria; pero sí sabemos, que aquel amigo de Solon, supo, como este, restablecer la calma, y resistir á la tentacion de conservar el mando: al cabo de los diez años, lo dimitió, y volvió á quedar de simple ciudadano. Causaba admiracion tan desacostumbrada conducta, y Pítaco dijo: «Me estremecí al ver que Periandro el de Corinto, se convertia en tirano de su pueblo. Es demasiado difícil conservarse siempre virtuoso.» Cuando Lesbos se vió amenazada de cerca por la dominacion de los persas, entró

en tratos con Ciro; despues de la derrota de Lada, sufrió la suerte de la Jonia.

Tamblen Cirene perdió su libertad, y tuvo los mismos dueños. Compuesta de elementos harto contrarios, la poblacion griega de Cirene, vió en la agitacion de las revoluciones, que no la dejaron un momento de reposo. Dominóla durante muchas generaciones la familia de Bato. En tiempo de Bato III, el Dichoso (de 574 á 554) el oráculo mandó acojer indistintamente á todos los griegos, cualquiera que fuese sú tribu; de manera, que fueron acumulándose en la ciudad, que ya contenia muchos libios, una multitud considerable, compuesta de elementos diversos y heterogéneos. Para dar á los recien venidos las tierras que se les habian prometido, fué preciso desposeer á los libios de las cercanías. Subleváronse estos, é invocaron el auxilio de Apries, rey de Egipto, el cual les envió un numeroso ejército; pero no por ser numeroso dejó de ser derrotado. Este desastre causó una revolucion en Egipto, por la cual fué destronado Apries. Su sucesor Amasis hizo las paces con los cirenios, y casó con una mujer de la familia de sus reyes.

Arcesilao II, que reinó en seguida (554 á 544), vió á sus hermanos apartarse de su lado. Estos fundaron á Barce, y sublevaron á los libios. Arcesilao los atacó; pero dejó tendidos en el campo siete mil de sus hoplitas. Ninguna ciudad griega habia sufrido jamás tamaño desastre. Cirene no dió muestras de sentirla mucho. Arcesilao á su regreso murió á manos de su hermano Learcos; mas fué vengado por su esposa, que dió muerte al asesino. En tiempo de Bato el cojo, mandó la Pitia llamar á Demonax, legislador de Mundi ó Mantinea, y este dividió los habitantes en tres tribus, una de teranos, otra de peloponesios y cretenses, y otra de todos los griegos insulares. En seguida, y no reservando para el rey sino el sacerdocio y las tierras consagradas, Demonax devolvió al pueblo todas las demás propiedades y funciones públicas (543). Pero estas reformas no dieron la paz á Cirene. Arcesilao III, hijo de Bato el cojo, reclamó los privilegios que habia perdido el trono, y á fin de hacerse con amigos de fuera, pagó tributo á los persas, que acababan de conquistar el Egipto. Aterrorizado por un oráculo que le amenazara con grandes desgracias si no ejercia su gobierno de una manera paternal, abandonó á

Cirene, en donde habia derramado muchísima sangre, y se retiró á Barce, cuyos habitantes le asesinaron. Su madre Feretima, pasó entonces á Egipto, y obtuvo del sátrapa Ariandes, un ejército formidable, que se apoderó de Barce despues de un trabajoso sitio. Por órden de Feretima, fueron crucificados al rededor de la ciudad todos sus enemigos, se abrió el seno á sus mujeres, y se adornaron las murallas con trofeo tan sangriento. El resto de los barcenses fué enviado á Dario, que les dió tierras en la Bactriana. Los bátidas quedaban restablecidos; pero la Cirenáica era tributaria del gran rey, que con sus soldados emprendió la expedicion contra la Grecia. Hasta 450 no reconquistó Cirene su gobierno republicano.

Para que sirvan de contraste á tantas revoluciones y tantas desgracias, hijas de la division, presentemos la sensatez y la oscura prosperidad de un reducido pueblo, que desde remota fecha, entrevió las ventajas del sistema político que practica la Europa moderna: el sistema representativo. Los licios habian dividido en tres clases sus veinte y tres ciudades. Cada una de las que pertenecian á la primera clase, tenia tres votos en la asamblea general; las de la segunda, dos; las de la tercera, uno; pero tambien cada una contribuia á las cargas del Estado en la misma proporcion. Este congreso de diputados, que decidia de la paz, de la guerra y de todos los grandes intereses de la nacion, no tenia sitio señalado para la celebracion de sus sesiones; de manera, que no habia una capital que absorbiese toda la vida de la patria. Todo el cuerpo liciense eligia un magistrado y algunos jefes secundarios; un tribunal superior, juzgaba las causas que entre los miembros de la confederacion se debatian. Cada ciudad, tenia la parte que le tocaba, segun su categoría, en el cuerpo liciense, en el nombramiento para los cargos administrativos. La Grecia no comprendió bien esta sensata organizacion, de la cual fué solo una pálida y tardía imitacion la liga aquea.

Este pequeño pueblo griego, perdido en medio de los bárbaros, ofreció otro ejemplo notable, cuando la conquista del Asia Menor por los persas. Al presentarse Harpago ante los muros de Janto, salieron los habitantes á su encuentro, y viéndose rechazados hácia la plaza, arrojaron á una hoguera á sus mujeres, hijos y tesoros, y volaron á morir con las armas en la mano, allí donde

estaba el grueso del ejército persa. Leónidas y sus trescientos espartanos son mas célebres, pero no fueron mas heróicos.

Mas léjos aun que la Licia, *Chipre*, se habia visto sometida ya á los fenicios, ya al Egipto, ya á los persas. Su poblacion, que se componia de muchas razas extranjeras, apenas tenia algunas gotas de sangre griega en las venas. No obstante, Salamina se acordaba de su orígen helénico, y lo habia de demostrar con sus reiterados esfuerzos por sacudir el yugo persa.

En medio del mar y del mundo griego, hemos olvidado á la Creta, que por su fecundidad mereció llamarse *isla de los Afortunados*, y de cuya posicion, decia Aristóteles, que no habia otra mejor para el establecimiento de un grande imperio. Efectivamente, toca por una parte al Asia, por otra al Peloponeso, y domina en las comunicaciones entre los mares Egeo y Mediterráneo. Pero exceptuando una época, siempre los hombres desmintieron allí á la naturaleza. Desde la edad heróica, desde Minos é Idomeneo, vivió la Creta en la sombra y el apartamiento. Licurgo pasó á esta isla, de ella salió Epiménides; el primero la halló con las antiguas leyes dóricas. Montesquieu ha dicho (exagerando la tendencia de los ripios de Licurgo), que las leyes de Creta sirvieron de original para las de Esparta, y que las de Platon, eran estas mismas leyes corregidas. Entre esas leyes habia una que reconocia el derecho á la insurreccion contra los magistrados prevaricadores. Montesquieu la aprueba (1) «porque los cretenses, dice, estaban dotados del patriotismo mas ardiente y menos expuesto á equivocarse. El amor á la patria, lo enmienda todo.» Cierto que tiene razon; pero la tiene mientras no trate de aplicar esta ley fuera de las poblaciones cortas, donde se manifiesta fácilmente la verdadera mayoría de los ciudadanos. Nada sabemos de las largas facciones de la Creta, ni de la rivalidad entre sus dos poderosas ciudades Gnoso y Gortina; pero no es muy lamentable la pérdida de su historia; si nada se recuerda de ella, es porque no tuvo cosa memorable. Los cretenses empezaron muy pronto á dar el fatal ejemplo de los soldados mercenarios. La Creta se hizo con todos los ejércitos de arqueros y honderos (2).

(1) *Espíritu de las leyes*, VIII, II (Aristóteles, Polit., II, x).

(2) Hack, *Creta*, tres tomos en 8º, 1823-28.

Los griegos italiotas; Siracusa y Marsella.

En la otra concha del Mediterráneo, brillaron primero Síbaris y Crotona. La riqueza y el poderío de la primera, fueron debidos á la extraordinaria fertilidad de su suelo, que producia ciento por uno; á su comercio con Mileto y la Jonia, y á su política liberal para con los extranjeros (600 á 550). Sus hombres de á caballo ascendian á cinco mil, y se dice, con evidente exageracion, que podia poner en pié de guerra trescientos mil hombres. Pero tambien se abandonó muy pronto á la molicie que su clima la comunicaba, y el nombre de Sibarita, llegó á ser en todos los idiomas el epiteto adoptado para designar el mas completo refinamiento del ocio y de la voluptuosidad. Un desastre grande, pero uno solo, bastó para destruirla; porque ni los pueblos que se relajan, ni los individuos enervados, son capaces de perseverar en sus esfuerzos. En 510, Síbaris, gobernada hasta entonces por una democracia moderada, arrojó de su recinto á los ciudadanos mas poderosos. Crotona los acogió en su seno, y se negó á su extradicion. Armáronse los dos pueblos uno contra otro, marchando al frente de los de Crotona, el famoso Milon, armado como Hércules, de una clava. Tambien tomó su partido el espartano Dorieos, que andaba buscando fortuna en aquellas comarcas, é hicieron terribles extragos en sus adversarios. Apoderáronse de Síbaris, y se cebaron en su ruina, con el furor que á las pasiones comunica aquel clima, semejante al del Africa. Arrasaron sus casas y sus muros, y para que no quedasen ni vestigios de su existencia, abrieron nuevo cauce á un rio inmediato, á cuyas aguas dieron paso por el mismo sitio que antes ocupara la rival vencida.

Esa ciudad de Crotona, tan cruel en la victoria, habia sido fundada en 710 por unos aqueos, lo mismo que Síbaris. Un siglo despues, ya ponia en pié de guerra ciento veinte mil hombres. Es indudable que al principio fué gobernada democráticamente. En su recinto estableció Pitágoras su célebre instituto (540). En 510, un jefe popular (Cilon) hizo estallar un movimiento contrario á las aspiraciones despertadas por aquel filósofo, y desencadenó los partidos, hasta que llegó Clinias á establecer su tiranía (494). Con la destruccion de Síbaris, Crotona se habia

elevado á la categoría de la primera ciudad de la Magna Grecia; dominaba sobre otras muchas poblaciones, y llamaba á los griegos italiotas, á las fiestas comunes que se verificaban al rededor del templo de Juno Lacinia. Esta union religiosa, no tuvo empero fuerza bastante, para que por su medio se realizase la union política, bien necesaria sin embargo; porque en el siglo V los antiguos pueblos de la Italia, dejaban las montañas interiores de la península, y volvian á ocupar su primitivo suelo. Los sabelios, se apoderaron de Cumas y Posidonia, y dos pueblos nuevos, los lucanos y los brucios, ocuparon todo el centro del país, desde Benevento á Regio. Los griegos, vivieron continuamente sobresaltados en las costas, hácia donde los iban arrojando. La misma Tarento experimentó en 473, una espantosa derrota que la causaron los yapigas, y si pudo resistirse á sus ataques, lo debió á los reiterados socorros que recibia de la madre patria.

El mundo griego flaqueaba en sus extremos en Asia, en Africa y en Italia; solo dos ciudades, Siracusa y Marsella se eximian de la decadencia general de las colonias.

En Sicilia, la preponderancia pertenece en primer lugar, á Agrigento y Gela. Pocas noticias tenemos de Agrigento, fuera de la crueldad de Falaris. Encargado de levantar el templo de Júpiter en el acrópolis, por los años de 570, reunió un gran número de obreros, los armó el dia de la fiesta de Ceres, y estos se apoderaron en su nombre de la fortaleza. Bien conocido es el hecho de aquel toro de cobre que mandó hacer para encerrar en su hueco á sus víctimas y quemarlas á fuego lento; sus gritos de dolor, sonaban en sus oidos como si oyera mugir al mónstruo de metal. Reinó diez y seis años, y no fué el único tirano que hubo en la isla; casi todas las demás ciudades tenian el suyo, porque su estado interior era muy ocasionado á las usurpaciones. Cuatro clases sociales se hallan frente á frente unas de otras. Los fundadores de la ciudad, dueños de vastos dominios, cuyas tierras hacian labrar por colonos indígenas; los extranjeros, fuesen ó no griegos, establecidos en la ciudad, pero excluidos de los empleos públicos; los colonos, reducidos casi á la condicion de siervos de la gleba; y en lo interior de la isla los sículos, siempre dispuestos á vengarse de los que los habian desposeido, peleando, como mercenarios, en pro del que mejor paga les ofrecia.

En medio de tantos elementos opuestos, un hombre ambicioso y hábil podia facilmente valerse del favor de los unos contra los otros, y acabar por dominarlos á todos. Este medio emplearon en Gela, Cleandros é Hipócrates, que se rodearon de un gran número de mercenarios indígenas. Hipócrates mandaba la mitad de Sicilia. En 491 le sucedió Gelon, uno de sus oficiales. Habíanle llamado los ricos de Siracusa para que combatiese contra el pueblo, y él se apoderó de la ciudad, á donde hizo trasladar los habitantes de Camarana, la mitad de los de Gela, y todos los ricos de Megara y Eubea. A los hombres del pueblo de estas dos ciudades, los mandó vender como esclavos, bajo condicion expresa de que fuesen trasladados fuera de la isla, porque, segun Herodoto, estaba persuadido, de que con el pueblo no hay gobierno posible; quinta esencia del espíritu dórico. Los nuevos habitadores, no cabian todos en la isla de Ortiga y se extendieron por la tierra firme, edificando la Acradina, donde estableció Gelon su residencia. Fuera de Mesina (que obedecia al tirano de Regio), y de Agrigento, Himera, Selinonte, toda la Sicilia griega y parte de las tribus sículas, le estaban sometidas. Corrian á rodearle numerosos mercenarios, y, si hemos de dar crédito á Herodoto, habia prometido á los griegos, amenazados por Jerges, veinte mil hoplitas, doscientos triremes, dos mil ginetes, dos mil arqueros, otros tantos hombres de honda y de caballería ligera, y el trigo suficiente para mientras durase la guerra.

Estos ofrecimientos, eran muy exagerados y poco sinceros, por cuanto Gelon estaba comprometido en una guerra con los cartagineses, á los que queria expulsar de Sicilia, y que en aquella sazon precisamente disponian contra él formidables armamentos. En tanto que Jerges invadia la Grecia, sus aliados los cartagineses fueron en número, segun dicen, de trescientos mil, á sitiar á Himera. Gelon solo pudo hacerles frente con cincuenta mil infantes y cinco mil caballos; mas no por eso dejó de ganarles una batalla, cuyo resultado fué la destruccion completa del ejército cartaginés: ciento cincuenta mil africanos perecieron, y el número de cautivos fué tan extraordinario, que á algunos particulares de Agrigento, les llegaron á corresponder quinientos á cada uno. Por muy exagerados que sean estos

números, la victoria fué sin duda muy considerable; puesto que, Simonides celebró á Gelon al igual de los vencedores de Salamina y de Platea. Los cartagineses no fueron arrojados de la isla; pero tuvieron que comprar la paz por dos mil talentos, y Siracusa bajo la gloriosa tiranía de Gelon, llegó á ser la primera ciudad griega de Occidente (480).

En esta misma region occidental habia otra famosa ciudad griega, que no alcanzó tanto poderío, pero que tampoco sufrió los reveses de que habian sido víctimas tantas colonias, y que amenazaban á la misma Siracusa. Marsella, á pesar de esa turbulencia que se considera como el principal distintivo del carácter jónico, se diferencia mucho de aquellas conturbadas poblaciones dóricas. Siempre se ha encomiado la paz interior de que disfrutó aquella ciudad jónica y la suavidad de sus costumbres. La cuchilla destinada á las ejecuciones, llegó á enmohecerse por falta de uso. Gobernábala una aristocracia templada: un consejo de seiscientos individuos de nombramiento vitalicio, que solo podian ser elegidos de entre los ciudadanos casados, con hijos, y descendientes de ciudadanos durante tres generaciones. Este consejo estaba presidido por otros quince individuos; tres magistrados componian el poder ejecutivo. Esa paz interior que Marsella supo conservar, se la aconsejaba su posicion comprometida, por hallarse en medio de tribus belicosas. Se sabe, aunque confusamente, que sostuvo prolongadas guerras con los cartagineses y los etruscos. Hacia un considerable comercio con vino y aceite, á apesar de lo reducido de su territorio.

En esta historia general de las colonias, resaltan dos hechos: su prosperidad y su explendor en los siglos VII y VI, cuando la madre patria permanecia aun en la oscuridad y como sin vida; su decadencia (exceptuando á Siracusa y Marsella), en el siglo V, cuando los griegos del Asia y del Africa habian perdido su libertad, bajo el dominio persa; cuando los de Italia defendian trabajosamente la suya contra los pueblos sabelios, bajados del Apenino. Entonces, por el contrario, se engrandece la metrópoli, manifestando una fecundidad extraordinaria. Momentos antes, solo brillaba la luz en los puntos extremos del mundo griego; y en seguida se condensa en el centro, donde brilla con fulgor incomparable.

CAPÍTULO IX.

Instituciones generales (1).

ANFICTIONÍAS. — ORÁCULOS. — JUEGOS PÚBLICOS.

Anfictionias.

Acabamos de recorrer todo el Mediterráneo, desde la Licia á Marsella y desde Cirene á Macedonia. Lo mas digno de observar ha sido un doble movimiento, de expansion en lo exterior y de aislamiento en lo interior. Los griegos pueblan todas las costas y se dividen en tantos Estados como chozas han levantado. La soberanía, á sus ojos, es esencialmente municipal. Para formar un Estado, les basta un recinto bien defendido, donde guardar la cosecha y hallar abrigo en caso necesario, y aun á veces ni siquiera esto necesitan. Un peñasco estéril, es sobradamente vasto para una sola de sus repúblicas. Islotes como Peparetos y Amorgos, contienen cada uno dos ó tres ciudades independientes.

Existe sin embargo un pueblo griego; porque todos, desde el Olimpo hasta el cabo Ténaro, todos llaman bárbaros á los pueblos que no hablan su idioma y no adoran á sus dioses.

Es indudable que entre el grosero pastor de Arcadia y el elegante ciudadano de Atenas ó de Mileto, la diferencia es grande; pero mas grandes son aun los puntos de semejanza. A mas de hablar un mismo idioma y adorar á unos mismos dioses, hay entre ellos comunidad moral. El horizonte del uno es inmenso, el del otro es limitado; pero uno y otro rechazan una cosa que se encuentra en los demás pueblos contemporáneos suyos: los sacrificios humanos, las mutilaciones, la poligamia, la venta de los hijos por el mismo padre, como sucedia en Tracia y en la misma Ro-

(1) Autores que pueden consultarse: Barthelemy sobre los *oráculos:* Bulenger, *ap.* Gronov., t. VII; sobre los *juegos:* Villoison y Mussien, *Memorias de la academia de inscripciones*, t. XXXVIII y V; Córsini, *Dissertationes agonisticæ*; Krause, *Olimpia*, 1838; sobre los *anfictiones*: Sainte-Croix, *de los antiguos gobiernos federales de la Grecia*; Tittmann, *Ueber den amphiktyonischen Bund*, 1812; Letronne, *Memorias de la academia*, t. VI, 1822; W. Goette, *Das Delphische Orakel*, 1839.

ma, y la servil obediencia del asiático á su gran rey. Uno y otro corren á luchar desnudos en los juegos públicos, cosa que, segun Herodoto y Platon, seria vergonzosa entre casi todos los bárbaros; y pasando á otro órden de ideas, uno y otro, con el sentimiento de un orígen comun, rechazan la idea, de que su ciudad vaya á perderse en uno de aquellos vastos Estados, que con tanta facilidad ven levantarse en el Asia.

Existe pues un pueblo griego, diferente de los bárbaros; pero existe tambien un cuerpo helénico τὸ ἑλληνικὸν, como dice Herodoto (VIII, 144).

Esta manera comun de sentir y de vivir, debia efectivamente llevar á los griegos, aun á pesar suyo, á aceptar ciertas instituciones generales, menos notables, es cierto por su poder coercitivo que por cierta fuerza de atraccion y de cohesion: me refiero á las anfictionías, á los juegos públicos y á los oráculos.

Las anfictionías eran asociaciones políticas y religiosas al mismo tiempo, formadas, como indica su nombre, de cierto número de Estados limítrofes, con el objeto de arreglar amigablemente sus mútuas relaciones. Nunca, sino en sus últimos momentos, se elevaron los griegos hasta la idea de darse una constitucion federal que aumentase sus fuerzas, reuniendo como en un haz, las de todas las ciudades. Pero siempre vivió en su mente la idea de una union fraternal, á pesar de las guerras que no dejaban un momento de despedazarlas. A esa idea fué debido el establecimiento de las anfictionías. Estas ligas fueron numerosas en los primeros tiempos. Hubo una para la Beocia en Onquesta, otra en el istmo de Corinto para Atenas, Sicion, Argos y Megara; otra en la isla de Calauria frente á Trezena, para Hermione, Epidauro, Egina, Atenas, Orcomena, y dos ciudades, Prasias y Nauplia, que despues fueron reemplazadas por Esparta y Argos, y otras hubo por último, en el templo de Juno, entre Argos y Micenas, en el promontorio Samicon en la Trifilia, en Amarinta, cerca de Eretria, en Delos, en la Jonia, en la Dórida, etc.

La mas célebre de todas estas anfictionías, fué la que se reunia durante la primavera en Delfos y en el otoño en las Termópilas, en la llanura de Antela, antes y despues de las labores del campo. La voz pública atribuia á Anfiction, hijo de Deucalion, el establecimiento de este consejo, cuyo orígen hace remontar Estra-

bon hasta Acrisios, rey de Argos; pero fuera ó no este el fundador, es lo cierto que la institucion era antigua, como lo prueban los nombres de los pueblos que la componian. Estos son en número de doce: tesalios, beocios, dorios, jonios, perrebos, magnesios, dolopes, locrenses, eteos ó enianos, aqueos-ptiotas, malios y focios. Siete de estos doce pueblos pertenecen á la otra parte del monte Eta: prueba de que la liga se formó en la época del poderío de Tesalia, es decir, en tiempo de la primera civilizacion griega.

Cada uno de estos pueblos tenia dos votos: veinticuatro entre todos; número que se conservó sin alteracion hasta Augusto, con la sola diferencia, de que algunas veces el derecho de votar fué trasmitido de un pueblo á otro, ó dividido entre dos partes de un mismo pueblo. Esparta y Atenas, por ejemplo, no tuvieron mas que uno de los dos votos de los dorios y los jonios, siendo trasmitido el otro á las colonias. Los dolopes, á causa de sus piraterías, fueron privados del derecho de anfictionía y, segun parece, sus votos pasaron á los délfios. Por último, despues de la tercera guerra sagrada, fueron admitidos los macedonios en lugar de los focios. Así en la institucion anfictiónica, como en todas las instituciones primitivas, la política estaba colocada bajo el amparo de la religion. Por otra parte, entre los antiguos y mas particularmente en la Grecia, no vemos ningun acto, por poco solemne que sea, que no se verifique al pié de los altares, antes ó despues de un sacrificio. Esta es la causa de que, con dificultad podamos distinguir el carácter religioso del carácter político en las incumbencias del consejo de los anfictiones. Tambien podria ser que esta reunion no fuese en su principio otra cosa que una fiesta religiosa en honor de Ceres, cuyo templo ocupaba las inmediaciones de las Termópilas. Allí se reunian en gran número hombres, mujeres, niños, familias enteras que, una vez libres de las labores agrícolas, iban á solazarse todas juntas y á consagrar á los altares de la divinidad, algun corto tributo que separaban de sus mieses. Otros concurrian tambien atraidos por la devocion, la curiosidad ó los negocios y mientras que la muchedumbre se entregaba á los placeres ó trocaba unos géneros por otros, los diputados de las doce tribus unidas, deliberaban acerca de los intereses comunes. Porque es de advertir

que debemos hacer distincion entre dos elementos: el congreso general de todos los individuos presentes de la confederacion, ó (como dice Esquino), el comun de los anfictiones, á quien solo se consultaba en muy raras ocasiones, y el consejo propiamente dicho, ó sea los magistrados que los Estados nombraban para que los representasen. Estos magistrados se llamaban *Hieromnémonas* y *Pilágoras*: los primeros, segun lo indica su nombre, parece que debieron de estar revestidos mas especialmente del carácter religioso, y se cree que á ellos correspondia convocar el consejo, presidirlo, y dar órdenes á la fuerza encargada de ejecutar sus decretos; pero en cambio quizás no tenian voto. Cada una de las ciudades, tenia un solo voto, y enviaba un solo hieromnémon, pero muchos pilágoras. En Atenas, aquel era designado por la suerte, y estos por eleccion.

Al oir hablar de un consejo de toda la Grecia, se podia creer que en Delfos residia un verdadero gobierno encargado de los intereses generales del país; pero no era así en modo alguno. En todas las épocas, cada uno de los Estados griegos dispuso soberanamente de sí mismo; ni aun cuando dos millones de asiáticos se arrojaron sobre la Helada, ni aun entonces, decimos, se ve que los anfictiones se encargasen de dirigir la defensa; á menos que se quiera admitir la improbable congetura de Tittmann, de que el Estado preponderante entonces, esto es, Lacedemonia, aprovechándose de la turbacion general, se apoderase audazmente del cargo que á aquellos pertenecia. A estos, solo les vemos reaparecer y obrar despues de la victoria. Entonces ponen á precio y consagran á los dioses, la cabeza del traidor que habia abierto á los enemigos la entrada de la Grecia, mandan levantar en Delfos las estátuas de Escilis y de su heróico hijo Cianeo y elevan un monumento fúnebre con una inscripcion inmortal, á los héroes de las Termópilas.

Estos hechos, son los que nos conducen al verdadero carácter de los anfictiones. Señalar recompensas nacionales, levantar estátuas y tumbas á los que habian servido bien á la patria comun, ó lanzar la maldicion sobre la frente del culpable; son actos verdaderamente anfictiónicos, ya se atienda al género de los castigos y de las recompensas, que llevan el sello de la religion, ya porque esa elevada aplicacion de las penas y las recompen-

sas, era el verdadero pacto del tribunal supremo de la raza helénica, imágen del consejo de los doce dioses mayores. Tambien á título de tribunal religioso, el consejo de los anfictiones, ejercia, en lo interior de la Grecia, una especie de justicia suprema, pacífica y conciliadora. Así como en la edad media, el clero procuró enfrenar las pasiones violentas por medio de la *tregua de Dios*, así tambien los anfictiones impusieron ciertos límites y trabas á las guerras, entre los miembros confederados. El ejército que sitiaba una ciudad anfictiónica, no podia cegar los conductos del agua ni desviar el curso de los rios; una vez tomada la ciudad, los vencedores tenian prohibido el destruirla; durante la guerra, debian acordarse treguas para enterrar á los muertos, pues solo á los sacrílegos se les negaba la sepultura; despues del triunfo, no podia levantarse ningun trofeo de mucha duracion, con el objeto de que no se eternizasen los odios, excepto cuando los trofeos recordaban un triunfo contra los bárbaros, como fueron los de Salamina y Maraton; eran respetados, los que se refugiaban en los templos, y por último, la asistencia á los juegos públicos, era libre para todos, lo mismo que el consultar los oráculos, el concurrir al templo comun, y hacer en él sus sacrificios, etc. Tal era entre los griegos el derecho de gentes, cuyos custodios eran los anfictiones.

Las reglas anteriores, atraian sobre el infractor, verdaderos anatemas. «Si algun particular, ciudad ó nacion cometiese un atentado, sean consagrados á Apolo, á Diana, á Latona, á Minerva-Pronea; pueda la tierra no dar para él fruto alguno; que sus esposas dén á luz monstruos horribles; que sus ganados no procreen conforme al órden de la naturaleza; que tengan mala ventura en sus guerras y en sus tratos; que perezcan miserablemente ellos, sus casas, y toda su raza, y que sus sacrificios á Apolo Pitio, á Diana, á Latona y á Minerva-Pronea, ofrecidos de un modo ilegal, sean siempre rechazados por estos dioses y diosas.» Lanzadas estas imprecaciones, el anfiction juraba emplear su voz, sus piés y sus manos, en perseguir y alcanzar al culpable. Desdichado podia llamarse el que violase los reglamentos anfictiónicos; para castigarle, el tribunal hasta suspendia sus leyes de clemencia. En la primera guerra sagrada, cuando el asedio de Cirra, los anfictiones, siguiendo el consejo de Solon, desviaron

el curso del Plistos, cuyas aguas eran las que entraban en la ciudad, y las volvieron á su primitivo lecho despues de emponzoñarlas con heléboro. Cuando al cabo de diez años consiguieron apoderarse de Cirra (595), la arrasaron completamente, y prohibieron, con imprecaciones, cultivar su suelo. Todo griego estaba obligado á responder al primer llamamiento de los anfictiones, y á prestar su cooperacion al cumplimiento de sus decretos. Clístenes de Sicion, que secundó enérgicamente contra Cirra, recibió de ellos en cambio un apoyo eficaz en sus proyectos de tiranía contra su patria.

Pero ¿cuál era el crímen de Cirra? Haber ofendido á Apolo Délfico, abrumando con exacciones á los peregrinos que se acercaban con sacrificios á sus altares. La proteccion del templo y su territorio, y de los que en sus altares deponian ofrendas pertenecia efectivamente á los anfictiones. Algunos *teoros* (1) del Peloponeso, al atravesar el país de Megara, de vuelta para Delfos, fueron derribados de su carro por gente de aquella comarca, y arrojados á una laguna, donde perecieron varios de ellos; y el tribunal anfictiónico exigió inmediatamente la muerte de los principales culpables, y el destierro de los demás. Cuando en 548, las llamas consumieron el templo de Delfos, los anfictiones negociaron su reconstruccion con los alcmeónidas. Ellos eran, los que administraban el tesoro de la Divinidad, lo prestaban mediante interés á las ciudades y á los particulares, y no carecian de influjo para con el oráculo.

Las discusiones respecto á los demás templos, fueron muchas veces sometidas á su arbitrio; y resolvieron entre Atenas y Delos, su debate sobre la preeminencia en el santuario de Apolo. Tambien los de Samos, para conservar en tiempo de los romanos, su derecho de asilo en el templo de Juno, citaron en su apoyo un decreto de los anfictiones. Despues de la victoria de Platea, Pausanias habia consagrado en Delfos un trípode en el que solo se leia su nombre y el de los lacedemonios; reclamaron los de Platea contra aquella usurpacion de gloria, y los lacedemonios se vieron obligados á borrar sus nombres.

Pero ¿por qué á pesar de tales prerogativas, fué tan limitado el

(1) Las diputaciones que enviaban las ciudades con algun objeto religioso, se llamaban *teorías*, y sus individuos, *teoros*.

influjo de aquel consejo? Porque toda autoridad central, cuya accion se extendiese fuera de lo puramente religioso, inspiraba temores á las ciudades helénicas; por esto Esparta y Atenas que, conforme á la antigua reparticion de votos, no eran en aquel congreso mas ni menos que los pueblos de las cercanías del Pindo, no gustaban de una institucion que las sometia á un nivel tan bajo. Hubo un momento en que dicho congreso estuvo á pique de experimentar una reforma, y fué cuando Lacedemonia, despues de Platea, propuso excluir de la union, á los pueblos que no habian combatido contra los persas. Temistocles obró con mucha prudencia al hacer que se rechazase semejante medida; porque el consejo anfictiónico, colocado en manos de Esparta, reformado y engrandecido por ella, le hubiera servido como un medio de dominacion muy poderoso.

Durante las guerras medas, y en los ochenta años de preponderancia de Atenas y de Lacedemonia, el congreso de Delfos permanece inactivo y oscuro. Despues de Leuctres, cuando pasa la supremacía á una ciudad del norte de la Grecia, le vemos otra vez, como si tratase de recobrar su energía. Tebas vé la conveniencia de apoyarse en sus decisiones, y obtiene en él un fallo contra los espartanos. Poco á poco se vá convirtiendo en instrumento político, que Filipo sabrá aprovechar muy bien.

Oráculos.

Otras instituciones que tendian menos abiertamente á conservar la unidad de la raza helénica, contribuyeron mucho mas á ello: hablo de los oráculos y de las fiestas. No eran ciertamente para los griegos esos lazos de federacion, solo tolerables para los pueblos dóciles y disciplinados; pero que tome creces la reputacion de un oráculo; que se levante un templo magnífico; que se despliegue la pompa de las ceremonias religiosas; que se anuncien juegos, fiestas, luchas, competencias; y aquellos hombres crédulos, curiosos, amigos de las artes, de los espectáculos y de la gloria, atraidos por el cebo de sus gustos y placeres, abandonaran las reducidas ciudades que les son tan caras, y correrán á sentarse al lado de aquellos á quienes combatian el dia anterior y á quienes combatirán al dia siguiente; mas en aquellos

momentos se les representan como individuos de una misma familia.

Existian en Grecia muchos oráculos célebres, sin contar con el antro de trofonios en Beocia, donde se verificaban misterios tan extraños (1), ni con los robles proféticos de Dadona, en el fondo del Epiro, cuyos rumores interpretaban sus sacerdotisas en medio de los vientos y de las tempestades (2). El mas famoso de todos los oráculos era el de Delfos, cuya autoridad se extendia aun mas allá de los límites del mundo helénico, hasta la Lidia, hasta entre los etruscos y los romanos. En Delos, se levantaba aquel magnífico templo de Apolo, que reducido á pavesas en 548, fué reconstruido con mayor magnificencia, á espensas de la Grecia entera. Las ofrendas de los pueblos, de los reyes y de los particulares, se conservaban en un vasto recinto al rededor del templo. Estátuas, trípodes, cuencas, vasos magníficos y metales preciosos, componian una riqueza considerable que excedia en mucho á la suma de diez mil talentos (unos 208 millones de reales) que

(1) Véase el singular relato de Cébes en Plutarco, *Del Genio de Sócrates* y la descripcion de Pausanias. La boca del antro estaba en una gruta que no tenia 3 metros de elevacion ni llegaba á dos en su ancho. Bajábase á un fondo de noche, por medio de una escala, despues de largos preparativos y de un exámen religioso. Al llegar á cierta profundidad la abertura se iba estrechando hasta quedar reducida á un agujero por donde se metian los piés. Entonces el paciente se sentia arrebatado con una rapidez extraordinaria, hasta el fondo de la gruta, al borde de un abismo. Allí se oian sonidos espantosos, confusos mugidos y voces que en medio de aquel tumulto respondian á las preguntas, ó bien se veian extrañas apariciones, fulgores que cruzaban las tinieblas, é imágenes que equivalian á una contestacion con la imaginacion turbada con tales prestigios, se volvia á la boca del antro, con la cabeza hácia abajo, despedido con la misma velocidad y violencia que á la bajada. Era necesario tener en ambas manos unos pastelitos de miel que, al decir de los sacerdotes, tenian la virtud de impedir las mordeduras de las serpientes que llenaban la cueva; pero cuyo objeto verdadero era impedir que el devoto reconociese con el tacto los resortes de todas aquellas máquinas. Un servidor de Demetrio, enviado con el fin de descubrir el misterio, pudo entrar en el antro, pero no salir de él. Algunos dias despues fué hallado su cuerpo, arrojado por una boca secreta. Los sacerdotes habian adivinado su intento y lo inmolaron.

(2) Las tres sacerdotisas leian el porvenir en los susurros de las hojas y en el ruido de las ramas; en el murmurio de las aguas de un manantial que brotaba al pié del roble profético y en el ruido de los vases de cobre colgados alrededor del templo. Tambien se averiguaba el sino en una urna, segun lo que decia la contestacion sacada del azar.

los focenses se llevaron al apoderarse del templo en el siglo IV. Varios edificios, llamados *tesoros*, contenian aquellas riquezas; en el tesoro de Corinto estaban los presentes de Giges y de Creso, reyes de Lidia.

Las contestaciones del oráculo las trasmitia la Pitia. Esta en su orígen fué un jóven, despues fué una mujer que por lo menos debia tener cincuenta años, y por último, se establecieron tres Pitias, porque no bastaba una sola para contestar á los innumerables preguntadores. Aquellas desdichadas se dejaban arrastrar casi desfallecidas hacia una abertura de la tierra, que exhalaba ciertos vapores, y allí sentadas sobre un trípode, donde los sacerdotes las hacian permanecer por medio de la fuerza, recibian la exhalacion profética. Veíase palidecer su semblante y estremecerse convulsivamente sus miembros. Empezaban con profundos ayes y gemidos, despues con encendidos ojos, echando espuma por la boca, erizados los cabellos, pronunciaban, en medio de sus rugidos de dolor, palabras entrecortadas, incoherentes, que eran cuidadosamente recogidas, y en las que se procuraba con maña encontrar un sentido y una revelacion del porvenir. Estas respuestas, sin embargo, no siempre eran producto de un delirio insensato; porque los sacerdotes que, merced al gran concurso de peregrinos, podian estar muy al corriente de todos los asuntos de los Estados y aun de los particulares, daban á aquellas voces inarticuladas, una interpretacion que el miedo ó la esperanza aceptaban, y que la fe solia realizar á veces; porque la fe de los griegos, no era inerte como el fatalismo de los orientales, sino activa; y muy cerca se está del triunfo, cuando se cree tener por cómplices á los dioses. Es de notar, por otra parte, que aquellas respuestas, á pesar de su ambigüedad, fueron siempre patrióticas en las horas de grandes peligros para la Grecia, y mas propias para sembrar la confianza, que el desaliento en el ánimo de los griegos.

Juegos públicos.

Agradábanles á los griegos los oráculos. Pueblo curioso é impaciente, que quiere saberlo todo, hasta lo porvenir, gusta del enigma, porque en él ejercita la sutileza de su ingenio; pero gusta tambien de la pompa y el esplendor de las fiestas, tan brillante bajo su hermoso cielo. En Atenas habia mas de ochenta dias

del año destinados á fiestas y espectáculos; pero fiestas y espectáculos, que no eran la vana distraccion de una multitud ociosa como la plebe de Roma en tiempo de los Césares, sino que formaban parte de la religion, del culto nacional, y á las cuales no eran admitidos los culpables. Cada ciudad celebraba sus fiestas, y para aquel dia tenia sitios reservados á los habitantes de otra ciudad aliada, de una colonia ó de la metrópoli. Alguna de estas solemnidades tenian un carácter menos local, por ejemplo: las que habian instituido las tres confederaciones de los griegos asiáticos, ó la fiesta de Diana y Apolo en Delos, que cada cuatro años reunia á los jonios de Europa y de Asia. Habia tambien los cuatro grandes juegos nacionales, ó ístmicos, cerca de Corinto, en honor de Neptuno, juegos de Nemeo en la Argólida, que, como los anteriores, se celebraban cada dos años, los de Delfos y los de Olimpia.

En la risueña llanura de Cirra se celebraban los juegos pitios en honor de Apolo, vencedor de la serpiente Piton. Desde allí se abarca con una mirada la ciudad de Delfos, que se extiende en forma de anfiteatro y domina el Parnaso, cuya doble cumbre cantaron tantos poetas;descúbrese tambien el templo, rodeado de una gran multitud de estátuas de bronce y de mármol, enviadas por los pueblos de la Grecia y los bárbaros. Los juegos pítios, organizados en 586, se celebraban cada cuatro años; período que parece consagrado entre los griegos, pues era tambien el de las fiestas de Delos y de Olimpia. Los juegos olímpicos tienen la particularidad de haber servido de regla para la cronología de los griegos. A contar desde el año 776 antes J. C., se inscribia en el registro público de los eleos, el nombre del que ganaba el premio en la carrera del estadio; uso que duró hasta los últimos tiempos; los nombres de todos aquellos vencedores, indicaron las diferentes *olimpiadas*. Tambien tenian el privilegio de suspender las guerras y de ser una especie de paz pública para toda la Grecia, durante todo el tiempo necesario para ir y volver de los juegos. Corta era la tregua, puesto que los juegos no duraban mas que quince dias; pero despertaba sin embargo, sentimientos pacíficos y humanitarios. Anunciábanla con tiempo los heraldos coronados de hojas y flores, y el pueblo que osaba violarla, era castigado con una fuerte multa. Un ejército lacedemonio que en 420 in-

vadió el territorio de Elida despues de la proclamacion de la tregua sagrada, tuvo que pagar una multa de dos minas (unos setecientos reales) por cada uno de sus soldados. También tenian su tregua sagrada los demás juegos nacionales. Mas de una vez rechazaron los argivos una invasion, declarando abiertos los juegos nemeos. En Esparta no se podia emprender expedicion alguna durante las fiestas de Apolo Carnio.

Estos juegos consistian en ejercicios de todas clases, todos estimados con igual aprecio por los griegos, bien que á nosotros los modernos nos parezcan muy diferentes en mérito. Las corridas á pié, las corridas de caballos y de carros, el disco, el salto, la lucha, el pugilato, el pancracio ó bien la música y la poesía, todo excitaba su entusiasmo (1). Ni el oro, ni la plata, ni el cobre, fueron nunca objeto de un premio con tanta vehemencia disputado: la recompensa del vencedor, era una corona de laurel ó de olivo silvestre. Pero en todos los juegos sin distincion, el salir vencedor, era una honra insigne, no ya solo para el que obtenia premio, si que tambien para la ciudad de su nacimiento. Terminados los juegos, le conducian á su patria en un carro magnífico; derribaban paredes para abrirle paso; todos los labios pronunciaban su nombre; cantábanle los poetas, y los pintores y escultores reproducian su imágen, para que sirviese de adorno en las plazas y en los pórticos de los templos. Hubo padre que murió de gozo al estrechar en sus brazos al hijo que volvia vencedor de los juegos. En Atenas habia establecido Solon que se diese al vencedor una cantidad de quinientos dracmas; pero ninguna recompensa era tan digna de héroes como la de Esparta, que para la primera batalla reservaba al vencedor de los juegos olímpicos el sitio mas expuesto, el honor de arrostrar el mayor número de peligros por su patria.

No podemos menos, sin embargo, que confesar en honra de los griegos que concedian algo mas á los poetas que á los atletas. En los juegos pítios se vió á Píndaro, obligado por los concurrentes, á sentarse en un asiento elevado, coronada la frente y con la

(1) Los dorios, fundadores de los juegos olímpicos, no incluyeron en ellos las competencias en música y poesía que se celebraban en las fiestas de Delos y en los juegos pítios. Las fiestas de Olimpia no fueron abolidas hasta el año 394 de nuestra era por Teodosio.

lira en la mano, arrancar con sus versos entusiastas aclamaciones. El magistrado le señaló un aparte de las primicias ofrecidas á los dioses, y despues de la muerte del poeta, el trono donde estuvo sentado pasó al templo de Olimpia y tuvo su lugar entre las estátuas de los dioses. Arquíloco y Simónides obtuvieron homenajes semejantes. Algunas veces tambien un ilustre espectador hacia apartar de la arena las miradas del público, y se convertia en objeto del espectáculo. Temístocles, Pitágoras, Herodoto y Platon alcanzaron esta honra; y el primero declaró que en ella habia encontrado el mas grato placer de toda su vida.

No solamente concurrian á estos juegos gentes de la Grecia, sino de las colonias y de los países extranjeros, aunque solo los griegos podian tomar parte en ellos. Alejandro el macedonio, para conseguir este derecho, tuvo que probar su orígen helénico, no siendo este el único rey que ambicionó la gloria de un triunfo olímpico; pues en la lista de los vencedores se leían los nombres de Gelon y Hieron, reyes de Siracusa, de Teron, rey de Agrigento; de Arquelao, rey de Macedonia, y de Pausanias, que lo era de Lacedemonia (1). Reinaba en esos juegos la igualdad mas completa; ni la fortuna ni el nacimiento tenian asiento distinguido. Pobres y ricos, nobles y obscuros, todos eran admitidos, con tal que fuesen griegos, libres de nacimiento, y no hubiesen cometido acciones deshonrosas. Antes del combate, el heraldo se informaba en público de todos estos pormenores. Era la igualdad sometida á las únicas condiciones del honor y la virtud. Si ocurria algun desórden, los helanodices acababan con él al momento; el baston de los servidores de los juegos caía indistintamente sobre la espalda del noble y del hombre obscuro y pobre; así fué castigado Licas, uno de los principales personajes de Esparta.

Tales eran en la antigüedad aquellos famosos juegos, que constituian un lazo de union para todos los pueblos de la Grecia, obligándoles á deponer sus odios al llegar al suelo sagrado, é influyendo en ellos para que los olvidasen al volverse. Mas de una vez ciudades enemigas ó indiferentes se reconciliaron ó celebraron alianzas en medio de aquellas solemnidades; el heraldo leia en alta voz su pacto, que en seguida se grababa en una co-

(1) Las corridas de caballos y de carros no eran forzosamente personales. Alcibiades hizo correr en su nombre siete carros á un mismo tiempo.

lumna en el mismo sitio. Allí se despertaba con energía el sentimiento de la gran nacionalidad helénica, tantas veces adormecido, cuando Herodoto referia á los hijos las hazañas de los padres en pro de la libertad comun, ó cuando Lisias les llamaba á las armas para que siguiesen defendiéndola contra los dos peligros que la amenazaban por Oriente y Occidente: el rey de Persia y el tirano de Siracusa.

Los juegos conservaban entre los griegos la aficion á los ejercicios saludables para el cuerpo y el alma; porque el alma es mas libre y mas activa en un cuerpo sano y ágil, que cuando arrastra penosamente una envoltura miserable y trabajada. Tambien eran beneficiosos para el arte. La escultura y la pintura, vivian entre una raza que aquellos ejercicios habian hecho la mas hermosa del mundo, y con estímulos mayores que los de ningun otro pueblo; porque el objeto de los viajeros, no era solamente asistir á las luchas, sino admirar tambien las producciones de los artistas. En el Altis, vasto recinto al rededor del templo de Júpiter en Olimpia, se elevaban millares de estátuas, todas capaces de despertar gloriosos recuerdos, y obras maestras en gran parte. En medio de aquel inmenso concurso de hombres procedentes de todos los paises, unos deseosos de ver, otros de ser vistos y brillar, otros para vender objetos de todas clases, otros en fin, para llamar la atencion pública con sus improvisaciones y sus ingeniosos sofismas, los griegos iban adquiriendo ese carácter eminentemente sociable, esa aficion á las cosas nuevas, exenta de preocupaciones y fácil á todos los conocimientos, que hizo de ellos los innovadores por excelencia, y de su patria la grande escuela de la política y de la filosofía. ¡Qué diferencia entre sus coros, sus *teorías*, que llegaban á orillas del Alfeo y al pié del Parnaso en suntuosos carruajes, ó á Delos en embarcaciones doradas con velas purpúreas; entre sus corridas de caballos y de carros, entre sus competencias de poesía y de música; qué diferencia, decimos, entre todo esto y los espectáculos de Roma, que no tenia fiesta agradable si no corria en ella la sangre bajo el hierro de los gladiadores ó los dientes de los leones! Pero, lo repetimos: anfictionías, oráculos, fiestas nacionales, union de muchas ciudades, lazos de hospitalidad entre los particulares, todas estas costumbres ejercian mucha influencia en los ánimos

y ninguna en los intereses. Hubo en el mundo griego unidad moral, pero jamás unidad política. En Olimpia, en Délfos eran hermanos, eran helenos, honraban á los mismos dioses, gustaban de las mismas artes, aplaudian los mismos cantos; pero fuera del territorio sagrado volvian á ser enemigos espartanos y atenienses, beocios y focios. A pocos pasos del país natal el ciudadano pisaba suelo extranjero, donde no podia adquirir un inmueble, ni tratar matrimonio, ni perseguir personalmente en justicia; y ¡cuantas veces no encontraba en él, la guerra y la esclavitud! De ahí el estado incómparable, respecto á la inteligencia, de aquel mundo griego tan unido y al propio tiempo tan dividido, y de ahí tambien su debilidad política. Ante el formidable ejército de Jerjes los griegos se unieron y vencieron; ante Macedonia y Roma permanecieron desunidos y fueron derrotados.



PERÍODO TERCERO.

LAS GUERRAS MEDAS (1), (492--479). UNION Y VICTORIAS.

CAPÍTULO X.

Primera guerra meda (492-490).

REBELION DE LA JONIA (501-494).—EXPEDICION DE MARDONIO (492).—MARATON (490).—MUERTE DE MILCIADES; ARÍSTIDES Y TEMÍSTOCLES; PODERÍO MARÍTIMO DE ATENAS.—REBELION DE LA JONIA (501-494); EXPEDICION DE MARDONIO (492).

Rebelion de la Jonia (501—494).—Expedicion de Mardonio (492).

Herodoto, que nació durante las guerras medas, en 484, admirado de aquel gran choque entre el mundo griego y el bárbaro, fué á buscar sus causas mas allá de la guerra de Troya, en los tiempos mitológicos. No es necesario ir tan léjos ni recordar á Yo y á Elena robadas por asiáticos, ó á Europa y Medea arrebatadas por griegos para explicar el odio de los dos mundos. La fuga del médico Democedes, que engañó á Darío para volver á ver á Crotona, su patria, y el deseo de Atosa que queria tener mujeres de Esparta y Atenas entre sus esclavas, no son mas que incidentes pueriles. Las instancias de Hipias para ser restablecido en Atenas, y las de los alebadas de Tesalia para que los librasen de adversarios que les incomodaban, tuvieron una influencia mucho mas grave. Pero la verdadera causa fué el poderío de la misma Persia, imperio que ya se habia extendido en-

(1) Para este período véase HERODOTO, I. IV.-IX; PLUTARCO, *Vidas de Temístocles*, *Arístides* y *Cimon*.

tonces hasta sus límites naturales. Rodeábanlo por todas partes los desiertos, el mar, grandes rios ó altas montañas. Solo por un lado podia continuar extendiéndose; pero á este lado, que era el Noroeste, tenia un país famoso, la Grecia, cuya independencia irritaba el orgullo del gran rey. Ciro habia conquistado el Asia, Cambises una parte del Africa; Darío, para no ser menos que sus predecesores, atacó la Europa.

Habia reorganizado su imperio, y restablecido en sus provincias el órden tan profundamente alterado á su advenimiento; pero necesitaba dar pábulo al belicoso ardor que los persas conservaban todavía y preparó una expedicion considerable. Los escitas habian en otro tiempo invadido el Asia: el recuerdo de esta injuria y el deseo de someter la Tracia que colindaba con su imperio, decidieron á Darío respecto á la conducta que debia observar. Salvó el Bósforo seguido de setecientos á ochocientos mil hombres, entre ellos los griegos asiáticos, mandados por los tiranos de sus respectivas ciudades; atravesó la Tracia, pasó el Danubio ó Ister por un puente de barcas dispuesto y guardado por los griegos, y se internó en la Escitia en pos de un enemigo de difícil alcance. Darío habia dicho á los griegos que solo le esperasen por espacio de sesenta dias; trascurrido este tiempo y viendo que no tenian noticia alguna suya, el ateniense Milcíades, tirano del Quersoneso, propuso que rompiesen el puente para no dejar la Tracia abierta á los escitas, sin duda vencedores, ó para entregarles el ejército persa si es que aun existia. A esta proposicion se opuso Histieo de Mileto, haciendo presente á los jefes, todos tiranos de ciudades griegas, que serian derribados el dia en que les faltase el apoyo del extranjero. Esta objecion salvó á Darío, que regresando de su inútil empresa, dejó ochenta mil hombres á Megabaza para terminar la conquista de Tracia y hacer la de Macedonia (508).

Megabaza sometió á Perinto, á los tracios que seguian resistiéndose, la Peonia tambien, y exigió del rey de Macedonia el homenaje de la tierra y del agua. Amintas se lo concedió, desde cuyo momento Megabaza podia decir á su señor, que su imperio tocaba á la Grecia de Europa. Sin embargo, no pasó de allí la expedicion. Los servicios de Histieo fueron recompensados con un vasto territorio que le dieron á orillas del Estrimon, sitio elegi-

do á propio intento, y donde floreció en breve Mircina, fundada por Histieo. Megabaza lo vió con recelo, advirtió al rey que urgia apartar aquel griego de las vastas empresas que meditaba. Darío, en efecto, mandó decir á Histieo que necesitaba consultarle acerca de un proyecto importante, y á la llegada de este á Sardes, el gran rey le manifestó que no podia vivir privado de su amistad y de sus consejos; por lo cual, le fué preciso aceptar aquel dorado cautiverio.

Algunos años habian trascurrido en profunda paz, cuando un ligero incidente y un hombre oscuro, vinieron á trastornarlo todo (301). Naxos, la mayor de las Cícladas, era entonces poderosa; daba la ley á otras muchas islas, poseia una marina considerable, y podia armar ocho mil hoplitas. Desgraciadamente en Náxos, como en todos los Estados griegos, habia dos partidos: el del pueblo y el de los ricos. Estos últimos, arrojados de la isla, propusieron á Aristágoras, yerno de Histieo y tirano de Mileto en ausencia de este, que les volviese á admitir. Aristágoras aprobó con satisfaccion este proyecto, que, una vez llevado á cabo, le dejaba entrever las Cícladas y quizás la misma Eubea, sometidas á su mando. No podía por sí solo realizar tamaña empresa; pero supo interesar en ella al sátrapa de Sardes, Artafernes, que puso á su disposicion una flota de doscientas velas, cuyo jefe era Megabaza. Este, que era persa, se indignó de verse bajo la autoridad de un griego, y despues de una desavenencia que hubo entre ellos, Megabaza, para vengarse de una humillacion, avisó por debajo de cuerda á los de Naxos. El éxito de la expedicion dependia del secreto: una vez descubierta, fracasó como no podia menos de suceder. Aristágoras se empeñó obstinadamente en llevarla adelante por espacio de cuatro meses, y gastó en ella todos sus tesoros y los que el rey le habia dado para el mismo objeto. Temió que le obligasen á reintegrar los gastos hechos, inspirole confianza la idea de hacer extallar una rebelion, y al fin se resolvió en este sentido, alentado por los secretos consejos de Histieo. El ejército que habia conducido hasta delante de Naxos, se hallaba reunido todavía, y como formaban parte de él todos los tiranos de las ciudades, se apoderó de ellos y los mandó á las ciudades que gobernaban, donde se les dió muerte ó se les condenó al destierro, y restableció en todas partes la democracia. Des-

pues de este golpe, lo que importaba era hallar un aliado poderoso, y con este propósito Aristágoras fué á Lacedemonia. El rey Cleomenes le preguntó cuanto distaba la costa de la capital de los persas. «Tres meses,» contestó aquel. «Pues mañana, le replicó el rey, saldreis de esta ciudad. Es una insensatez proponer á los lacedemonios que se aparten del mar á una distancia de tres meses.» Trató Aristágoras de comprarle; pero la virtud espartana fué incorruptible, y el jonio tuvo que pasar á Atenas. Al ser presentado á la asamblea, ponderó las riquezas de la Persia, las ventajas que obtendrian los griegos peleando contra hombres que no conocian la pica ni el escudo, y recordó por último, que Mileto era una colonia de Atenas. Los atenienses tenian mas de un motivo de queja contra los persas. La exigencia de la tierra y el agua con que antes habian ido á sus embajadores, el asilo que habian dado á Hipias, y la órden, que recibieron sus diputados al quejarse, de volver á llamar al tirano, habian ofendido vivamente su orgullo. Muy difícilmente pudo Aristágoras persuadirles á que procurasen évitar una guerra que era inminente para ellos al introducirla en casa del enemigo. Indudablemente ellos no creyeron sino en una desavenencia personal, entre el sátrapa y Aristágoras, y decretaron el envio de veinte buques á los que se juntaron cinco triremes de Eretria, que habiendo recibido en otro tiempo socorros de Mileto, pagaba con aquello una deuda. Los aliados se apoderaron de Efeso y en seguida de Sardes, que fué entregada al pillaje. Los techos de las casas estaban cubiertos de cañahejas; prendióles fuego por casualidad un soldado, y á excepcion de la ciudadela donde se habia refugiado Artafernes, ardió la ciudad entera y un templo de Cibeles tan venerado por los persas como por los lidios. Entretanto Artafernes habia llamado al ejército que estaba sitiando á Mileto; las tropas de todos las provincias se iban reuniendo tambien, y los atenienses acordaron emprender la retirada. Una derrota que sufrieron en territorio de Efeso, acabó de disgustarles de aquella guerra, y reembarcándose en sus naves, se volvieron á Atenas, dejando á sus aliados que se arreglaran como pudiesen para salir de aquel aprieto.

Los jonios continuaron la lucha, arrastrando en su movimiento todas las ciudades del Helesponto y de la Propóntida con Cal-

cedonia y Bizancio, los carios y la isla de Chipre. Los persas juntaron varios ejércitos. Uno de estos, dirigido desde luego hácia el Norte contra las ciudades del Helesponto, tomó algunas plazas, y despues corriéndose hácia el Sur, atacó á los carios, que perdieron dos batallas y quedaron sometidos. Otro ejército atacó á Chipre con la flota fenicia construida por los jonios; pero la traicion de un jefe chipriota entregó la isla al enemigo. Operaban en el centro Artafernes y Otanes, que se apoderaron de Clazomena y Cima y avanzaron con fuerzas considerables contra Mileto, último baluarte de la Jonia. Ya no era jefe suyo Aristágoras, que huyendo cobardemente, se habia retirado á Mircina, y poco despues murió en un ataque contra una ciudad de Tracia. En cuanto á Histieo, engañando con promesas á Darío, consiguió que este le devolviese la libertad; pero los de Mileto no querian ya tirano y se negaron á recibirle. Consiguió reunir algunos mitilenios, en cuya compañía ejerció el oficio de pirata, y pereció en una expedicion que hicieron á la costa de Asia. Los jonios, reunidos en el Panionion deliberaron acerca de los medios de salvar á Mileto, decidiéndose por presentar una batalla. Quio contribuyó con cien naves, Lesbos con setenta, Samos con sesenta, y la misma Mileto con ochenta; sus embarcaciones llegaron á trescientas cincuenta y tres triremes y las de los persas á seiscientas.

Habia en la flota griega un hombre hábi' que hubiese salvado la Jonia, si la Jonia hubiera querido salvarse. Era un focense llamado Dionisio, el cual hizo comprender á los aliados, que observando una estricta disciplina y habituándose á las maniobras, podian estar seguros del triunfo. A este fin empezó á ejercitarles en todos los movimientos de un combate naval; pero á los siete dias, los afeminados jonios se cansaron, tocaron á tierra, y levantaron tiendas en la playa olvidándose del enemigo. Como en semejante estado se falsean los sentimientos, no tardó la traicion en penetrar entre ellos. Llegó el dia de la batalla, y en lo mas recio de la accion abandonaron su puesto los de Samos, volviéndose hácia su isla. Los jonios fueron vencidos á pesar del heróico valor de los marinos de Quio, y á pesar del de Dionisio, que tomó tres galeras enemigas, y que al ver perdida la batalla, se adelantó osadamente hasta llegar frente á Tiro, y echó á pique varias naves mercantes. Retiróse con su botin á Sicilia y pasó el resto de

su vida dando caza á los buques fenicios, cartagineses y tirrenos.

Perdida estaba toda esperanza para Mileto; tomáronla sus enemigos, y sus habitantes fueron deportados á Ampea, en la embocadura del Tigris (494). Quio, Lesbos y Tenedos, sufrieron igual suerte, y muchas ciudades del Helesponto fueron presa de las llamas. Los habitantes de Calcedonia y de Bizancio abandonaron sus ciudades buscando asilo en la costa N. O. del Ponto Euxino, en *Mesemberg* (Mesembria). Milcíades creyo prudente tambien dejar el Quersoneso, y regresó á Atenas; donde no habia de tardar en verse cara á cara con los persas, de quienes iba huyendo. La ruina de la Jonia resonó dolorosamente en toda la Grecia, llorándola muy especialmente Atenas. Frinicos dió al teatro una composicion titulada *La Toma de Mileto*; los espectadores todos prorumpieron en llanto, y el poeta fué condenado á una multa de mil dracmas, «por haber avivado el triste recuerdo de las desgracias domésticas» Aquellas lágrimas bien pueden servir de expiacion á muchas faltas.

Entre tanto Darío, no habia olvidado que, despues del incendio de Sardes, juró vengarse de los atenienses, y dió á su yerno Mardonio el mando de un nuevo ejército que debia penetrar en Europa por Tracia, mientras que las naves irian siguiendo la costa. Mardonio para tener de su parte á los griegos del Asia, les devolvió el gobierno democrático. Sin duda recordaba tambien, que los autores de la reciente rebelion, fueron dos de aquellos tiranos, que sostenia la Persia y que la habian vendido.

Todas las naciones comprendidas entre el Helesponto y Macedonia, habian sido sometidas por Megabaza. Pasó Mardonio el Estrimon, advirtiendo á su flota que navegase hácia el golfo Termaico. Apodérose esta flota de Taso y costeaba la Calcidia, cuando al doblar el promontorio del monte Atos, que como un peñasco gigantesco, se eleva á mil nuevecientos cincuenta metros sobre el nivel del mar, acometióla un viento furioso, que hizo pedazos contra las rocas trescientas naves, y causó la muerte de veinte mil hombres. Al mismo tiempo, atacado una noche Mardonio por los tracios, brigos, perdió mucha gente y recibió una herida. No abandonó por esto la expedicion; mas cuando hubo subyugado á los brigos, estaba tan estenuado de fuerzas, que le fué preciso volver al Asia (492).

Otro armamento mas formidable se preparó en seguida. Antes de que se pusiera en accion, Darío envió á la Grecia heraldos que reclamaron en su nombre el homenaje de la tierra y el agua, y un contingente de galeras á las ciudades marítimas, homenaje que rindieron la mayor parte de las islas y muchas ciudades del continente. Egina se anticipó á los deseos del gran rey; pero Atenas y Esparta se indignaron tanto que dieron al olvido el derecho de gentes. ¿Venís á pedirnos la tierra y el agua? (dijeron los espartanos á los enviados), pues ambas os daremos;» y los arrojaron á un pozo. Los atenienses los precipitaron al *báratro*, y segun un dicho, de dudoso crédito, condenaron á muerte á su intérprete, por haber mancillado el idioma griego, traduciendo las órdenes del bárbaro.

Atenas continuaba en guerra con los de Egina, é interpretando su reciente conducta, los acusó ante la Lacedemonia de traidores á la causa comun. Esta manifestacion, dirigida á los espartanos, equivalia á reconocer las pretensiones de esta á la supremacía; pero lo crítico de las circunstacias contuvo los impulsos de su orgullo; de manera, que los lacedemonios eran decididamente los jefes reconocidos de la Helada. Cleomenes, que participaba tambien del resentimiento de los atenienses, se dirigió aceleradamente á Egina para coger á los culpables; pero su cólega Demarate, que ya le habia vendido en una expedicion al Atica, dió aviso á los de Egina, y el castigo no pudo llevarse á cabo.

Cleomenes, deseando poner término á la oposicion de mal género de su cólega, se dirigió á la Pitia, hizo declarar al oráculo que Demarate no era de estirpe regia, y consiguió que lo depusieran. Leotíquidas, el heredero mas inmediato al trono, que en toda aquella intriga estaba de acuerdo con Cleomenes, sucedió al rey depuesto, y á fuerza de ultrajes le obligó á salir de Esparta. Demarate fué á reunirse con Hipias en el destierro, y mendigó como él la hospitalidad del protector de los reyes.

Cleomenes y Leotíquidas marcharon en seguida contra Egina y la obligaron á entregar diez rehenes que llevaron á Atenas. Este fué el último hecho de la vida pública del turbulento rey Cleomenes, que, perdida la razon, murió miserablemente de su propia mano. Leotíquidas, convicto de haber recibido dinero de un enemigo á quien debia combatir, murió en el destierro. Así, dice

Herodoto, castigaron los dioses el perjurio de dos príncipes. Los de Egina reclamaron sus rehenes, y como los atenienses se negaban á devolvérselos, se apoderaron por sorpresa de la galera sagrada que conducia al cabo Sunion á muchos de sus principales ciudadanos. Un eginense se ofreció á derribar el gobierno oligárquico, y se apoderó de la ciudadela; mas no pudo ser socorrido á tiempo, y dejó en poder de sus enemigos á setecientos de los suyos, que fueron degollados con la mayor sangre fria. Uno de ellos consiguió escaparse al pasar por delante del templo de Ceres; la puerta estaba cerrada, y se agarró al martillo sin que bastasen fuerzas humanas á hacer que lo soltase; en vista de lo cual, sus verdugos le cortaron las manos que, crispadas por la muerte, quedaron unidas al llamador. Herodoto, acostumbrado á estas guerras civiles, no tiene una palabra de horror para condenar aquella carnicería de setecientos ciudadanos; solo se hace cargo del sacrilegio cometido con uno de ellos. «Ningun sacrificio, dice, pudo aplacar la cólera de la diosa, y los nobles fueron arrojados de la isla antes de que expiasen el sacrilegio.» Esta guerra terminó en 481, nueve años despues de la segunda expedicion de los persas.

Maraton (490).

El nuevo ejército caminaba á las órdenes del meda Datis y de Artafernes, sobrino del rey. Darío les habia mandado que se apoderasen de Eretria y de Atenas, y que le enviasen cautivos sus habitantes. Deseaba ver por sus propios ojos á aquellos hombres cuya audacia se atrevia á desafiarle. En aquella expedicion, las naves para evitar la vuelta del monte Atos, enderezaron sus proas á través del mar Egeo. A su paso sometieron á Naxos, cuya capital y todos sus templos entregaron á las llamas, respetando el santuario de Delos, porque les dijeron que estaba consagrado al sol y la luna, divinidades que ellos adoraban, y llegando por último á Eubea, tomaron á Caristo y sitiaron á Eretria. Esta ciudad queria defenderse; los atenienses le ofrecian sus cuatro mil ciudadanos establecidos en la isla; pero los grandes, franquearon las puertas al enemigo que se entregó al saqueo, quemó los edificios, y redujo á la esclavitud á todos sus habitantes, sin distincion de amigos ni enemigos.

Desde Eretria fueron los persas á anclar á la bahía de Maraton. La llanura de este nombre, costeada por el mar, las lagunas y las últimas colinas del Pantélico y del Parnesio, tenia poco mas de diez y nueve kilómetros de ancho por tres de largo; era el terreno mas propio de toda la Atica para las evoluciones de la caballería, elegido no sin fundamento por Hipias, el rey desterrado. Los atenienses salieron al encuentro de los bárbaros. Cada tribu presentó un contingente de mil soldados, y á este ejército de diez mil hombres, se reunieron mil de Platea que se presentaron voluntariamente á socorrer á los que en otro tiempo les habian ayudado á arrostrar un peligro que llenó de estupor á los demás griegos. Este socorro fué el único que Atenas recibió de lo exterior, sin embargo de que habia enviado al corredor Fidípido á avisar á los espartanos del desembarco de los persas, el cual en menos de dos dias habia devorado los 240 kilómetros de distancia entre Atenas y Lacedemonia. Los espartanos, si bien estaban unánimes en enviar el socorro pedido, no podian emprender la marcha, segun una de sus leyes religiosas, antes de la luna llena, que entonces estaba en su noveno dia. Sin embargo, Fidípido, al trasponer las montañas de la Arcadia, oyó al dios Pan prometer su socorro á los ateniénses.

Once mil hombres fueron los que marcharon contra ciento diez mil enemigos (1). Iban aquellos á las órdenes de diez generales que debian turnar un dia cada uno en el mando. Uno de ellos era Milcíades, hijo de Cimon. Se habia hecho célebre como tirano del Quersoneso, principado que heredára de su tio, y los atenienses le debian la conquista de Lemnos, en cuyos habitantes vengára aquel antiguos resentimientos (2). El habia sido el que en la ex-

(1) Herodoto no dice el número de estos, por consiguiente no se sabe con exactitud.

(2) Los pelasgos de Lemnos, en una de sus correrías, se habian apoderado de unas mujeres del Atica, que estaban reunidas para una funcion religiosa, y despues por sospechas de una traicion habian muerto á ellas y á los hijos que de ellas tenian. Al intimarles Atenas que diesen satisfaccion, contestaron que se someterian cuando una flota salida de las playas atenienses llegase en un dia, impulsada por el viento N., á atracar á su isla. Imposible era cumplir con esta condicion; pero desde el Quersoneso, que habia llegado á pertenecer á un ateniense, pudo Milcíades en algunas horas de viento norte llegar á Lemnos, y tenia fuerza suficiente para obligar á sus habitantes á reconocer que habia llenado las condiciones de su respuesta.

pedicion de Darío á Escitia propuso romper el puente echado sobre el Danubio. Cuando despues de la toma de Mileto los persas se habian desparramado por las costas del Helesponto, él abandonó precipitadamente el Quersoneso, y atravesando con gravísimo peligro la flota enemiga, condujo á su patria cuatro trirremes cargadas de riquezas. Allí le esperaba una acusacion de tiranía; mas no tardó mucho en ser declarado absuelto, y poco despues le eligieron por uno de los diez generales.

Las opiniones andaban divididas: cinco generales opinaban que convenia esperar refuerzos, otros cinco deseaban presentar la batalla inmediatamente, porque temian las intrigas de Hipias y el oro de los persas, mas aun que su número. El ejemplo de Eretria les advertia de lo peligroso que era dar tiempo á que la traicion penetrase en su campo: este era tambien el parecer de Milcíades, que consiguió atraer á su dictámen al polemarca Calímaco, hombre de mucha influencia, y se resolvió empezar la lucha sin tardanza. Arístides (uno de los generales), reconociendo la superioridad de Milcíades, indujo á sus cólegas á que le cediesen su turno de mando; pero él no aceptó y supo esperar á que le llegase la vez. «Calímaco mandó, segun costumbre, el ala derecha, los de Platea formaban la izquierda. Los atenienses, para no verse envueltos, dejaron su centro y extendieron su línea hasta presentar un frente igual al de los persas, y amontonaron sus principales fuerzas en las alas, que además, estaban protegidas contra la caballería enemiga por una arboleda.

«En cuanto se dió la señal, descendieron corriendo de la eminencia que ocupaban, con grande asombro de los persas que no comprendian la locura de atacar á la carrera, en un número tan escaso de hombres, sin caballería ni arqueros.

«La batalla duró largo tiempo; los bárbaros vencieron en el centro: los persas y los sacios que lo ocupaban, abrieron la línea de los griegos, y los persiguieron hasta su territorio; por el contrario, los atenienses vencedores en las dos alas, dejaron huir al enemigo, se replegaron por ambos lados contra los que habian forzado el centro, y los persiguieron tan de cerca, tocándoles con sus aceros, que llegando al mismo tiempo que ellos á la orilla, atacaron sus naves, pidiendo á grandes voces fuego para incendiarlas.

«Pereció el polemarca así como Estesileos, uno de los diez generales; Cinegiros, hermano de Esquilo, se arrojó al mar para detener una nave puesta en fuga, y aun llegó á poner la mano en su popa, pero se la cortaron de un hachazo. Siete fueron las naves apresadas, salvándose las demás á fuerza de remos, sin tomarse siquiera tiempo para virar de bordo, y se apresuraron á doblar el cabo Sunion, avisados, dicen, por un escudo levantado en el aire, de que la ciudad estaba sin defensa. Pero los vencedores volvieron á marchas forzadas, y ya se habian acampado en el Cinosargo cuando las naves de los bárbaros aparecieron delante de Falera. El golpe fué en vago, y la flota tuvo que volver al Asia (Herodoto).»

En esta batalla, «la primera, segun el mismo Herodoto, en que los griegos se atrevieron á mirar de frente á aquellos medas cuyo solo nombre aterraba,» perdieron los bárbaros unos seis mil cuatrocientos hombres, y solo ciento noventa y dos los atenienses. Hipias quedaria probablemente entre los muertos. Herodoto no hace mencion del soldado que se trasladó en un vuelo, desde Maraton á Atenas, y entre las ansias de la muerte anunció la victoria á los magistrados. A bien que ignoraba otras cosas que el pueblo sabia acerca de aquella admirable victoria; puesto que unos decian haber visto á Teseo y otros á Equetos combatir en las filas de los atenienses.

Todos los honores que alcanzó Milcíades fueron el ser colocado en efigie, lo mismo que Calímaco, en los muros del Pecile en un grupo de semidioses y de héroes. ¡Qué heróica sencillez! Bien mirado, todo el pueblo de Atenas fué el que quiso luchar y el que venció en efecto, y la historia contestará á las acusaciones de celos populares, lo que aquel ciudadano de Atenas que dijo á Milcíades: «Cuando vos solo salgais vencedor de los bárbaros, para vos solo, Milcíades, será el honor de la victoria (1). Mas tarde se le-

(1) Cimon, Arístides y Temístocles no disfrutaron ni tampoco solicitaron mayores honras. El pueblo griego no gustaba mucho de que sobresaliese demasiado la personalidad de sus jefes. Pausanias, Pericles y Fidias tuvieron pruebas de lo contrario.—«Pues qué! (dice Peleo en la *Andrómaca* de Eurípides) el trofeo levantado por el ejército con los despojos del enemigo, ¿no es acaso obra del ejército entero? ¿Querrá uno solo usurpar toda la gloria que los demás alcanzaron? Pues él no ha disparado, como otros mil, sino un solo dardo; no ha hecho mas que cada uno de por sí.» Tambien los dioses tuvieron ocasion de queja. Los atenienses

vantó á Milcíades una tumba aparte en la llanura de Maraton, al lado de la que encerraba los restos de los ciudadanos. No léjos de esta, habia diez columnas una para cada tribu, y en cada una de ellas, los nombres de los ciento noventa y dos héroes. Dícese que los persas habian llevado á Maraton un pedazo de mármol de Páros, para hacer de él un trofeo, mármol que sirvió á Fidias para la estátua de Némesis, diosa de las justas venganzas (1). Los de Platea participaron de los honores como si hubiesen participado de los peligros, tuvieron una tumba aparte para sus muertos, y despues, siempre que el heraldo imploraba á los dioses por los de Atenas en los sacrificios, rogaba tambien por los de Platea.

Dos dias despues del combate llegaron los espartanos, habiendo empleado solo tres en el camino. Felicitaron por su triunfo á los atenienses, y se dirigieron al campo de batalla, que todavía estaba lleno de cadáveres. Al ver los trofeos y el entusiasmo de los vencedores, debieron comprender, que el dia en que el inmenso imperio persa habia recibido un ultraje tan sangriento, en Grecia habia nacido un gran pueblo.

Muerte de Milciades; Aristides y Temistocles; poderio maritimo de Atenas.

La guerra habia desaparecido del Atica; pero era necesario alejarla mas todavía, y formar al rededor de la Grecia un baluarte capaz de contener á nuevos invasores. Si se conseguia cerrar el mar Egeo á los persas, apoderándose de las Cícladas, no les quedaba mas que el largo y peligroso camino de la Tracia. Este fué el plan de Milcíades. Pidió á los atenienses setenta naves, prometiéndoles conducirlas á un país, de donde con poco trabajo volverian cargadas con una extraordinaria cantidad de oro. Esto les dijo no mas, y los pobres, fiados en su palabra, corrieron hácia él de todas partes. Dirigióse á poner sitio á Páros, «donde tenia una

habian prometido á Diana sacrificarle tantas cabras como enemigos venciesen, para lo cual hubiera sido preciso degollar todas las cabras del Atica; pero al fin capituló la diosa, contentándose con quinientas. Jenof., *Anabase* III; Plutarco, *de malignitate Herodoti*.

(1) En la llanura de Maraton se ve todavía un *tumulus* que se cree ser el de los héroes atenienses. Tiene 9 metros de alto por 183 de circunferencia. Los esclavos muertos en el combate tuvieron tambien su *tumulus*.

injuria personal que vengar;» aquellos habitantes se resistieron vigorosamente, Milcíades recibió una herida grave, y al cabo de veinte y seis dias tuvo que levantar el sitio. Los atenienses no habian tenido nunca completa confianza en el antiguo tirano del Quersoneso, y acabó de suscitar sospechas contra él esta expedicion emprendida á solicitud suya, y sobre cuyo objeto habia guardado silencio. Jantipo, padre de Pericles, y uno de los principales personajes de la ciudad, le echó en cara el haber despilfarrado el tesoro público y causado la muerte de muchos ciudadanos.

Diodoro, Cornelio Nepote y Plutarco han reunido acerca de este punto las circunstancias mas desfavorables para los atenienses. Herodoto, que pudo hablar con testigos presenciales del suceso, lo refiere mas sencillamente. «Jantipo, dice, intentó contra Milcíades un proceso capital, y lo acusó de haber engañado al pueblo. Milcíades no se presentó á justificarse, La gangrena que le roia una pierna, lo tenia en la cama, pero sus amigos acudieron á defenderle, y recordando la gloria que habia alcanzado en Maraton y en la toma de Lemnos, pusieron al pueblo de su parte. Quedó absuelto de la pena de muerte, pero fué condenado por su falta á una multa de cincuenta talentos (1,100.000 reales vellon). La gangrena que cada dia se fué extendiendo mas, acabó su vida; pero Cimon, su hijo, pagó los cincuenta talentos de la multa.» En este relato no se habla de la prision en que gimió el libertador de Atenas, ni del cuerpo del héroe piadosamente rescatado de manos del verdugo, que conservaba su cadáver, cargado todavía de hierros, ni de la hermosa Elpinice, entregada al rico Calias, por Cimon, su hermano, en cambio de los cincuenta talentos, exigidos por el fisco inexorable. Pierde en este relato el interés dramático, pero gana la verdad en él, y tambien el honor del pueblo ateniense, tan calumniado por los retóricos de todos los tiempos. Sin embargo, siguiendo perfectamente la ley, se ve que, (segun nuestras ideas modernas (1)

(1) Decimos nuestras ideas y no nuestras leyes. El general Ramorino murió fusilado en nuestros dias, condenado por un consejo de guerra, por una órden mal comprendida ó mal ejecutada. Dupont fué encarcelado por su capitulacion de Bailén; el almirante Bing fué condenado á muerte por una derrota. Todo capitan de buque que pierde su embarcacion tiene que presentarse ante un consejo, y se le condena con solo probarle que ha habido negligencia por su parte.

que castigan el crímen y no el error, la traicion y no la derrota) la justicia fué quebrantada; y el fin que tuvo el vencedor de Maraton, es una mancilla para Atenas. Tres hombres le reemplazaron: Jantipo, célebre únicamente por su victoria de Micala y por su hijo Perícles, Arístides y Temístocles.

Temístocles nació por los años de 535. Su padre era un hombre oscuro y su madre una extranjera. En la mercantil Atenas, las preocupaciones acerca del nacimiento, eran pocas y él contribuyó á disminuirlas. Los hijos de raza mezclada, no podian entregarse á los ejercicios gimnásticos sino en el cinosargo; Temístocles pudo lograr que concurriesen á él los hijos de los eupátridas desvaneciendo por este medio aquella distincion injuriosa. Preferia el trabajo á los juegos; pero miraba con poco afecto los estudios de especulacion ó recreativos, tan estimados de los griegos, y asistia gozoso á las lecciones de uno de aquellos hombres llamados sábios, y que se ocupaban con preferencia del arte de gobernar los estados. Un dia hacian burla de él porque no sabia pulsar la lira, y contestó: «No son para mí los cantares ni los juegos; mas dénme una ciudad pequeña y débil, y yo la haré grande y fuerte.» Al ver esta ambicion y estos bríos, uno de sus maestros predijo que habia de causar mucho bien ó mucho mal. Si procuraba brillar en los juegos olímpicos, era por lo mucho que se celebraba á los vencedores. Deseaba hacer creer á Atenas, que todos los labios pronunciaban su nombre. Con este objeto atraia á su morada á los artistas extranjeros y á las personas distinguidas que visitaban la ciudad. Su padre procuraba apartar su imaginacion de los negocios públicos. Un dia le enseñó unas galerías antiguas medio arruinadas que estaban en el mayor abandono en la playa, diciéndole: «Así trata el pueblo á sus jefes y así olvida sus servicios.» Pero estos consejos de la experiencia egoista, encuentran afortunadamente pocos adeptos. Temístocles estudió el arte de hablar, bien persuadido de que en una república, la elocuencia es el arma mas temible. Su prodigiosa memoria le permitia retener los nombres de todos los ciudadanos, y para ganar su confianza, defendia sus pleitos y los conciliaba en sus desavenencias. De este modo iba adquiriendo mucho crédito, cuando la guerra meda vino á desbaratar sus planes. Para resistir á los persas se necesitaba un general y no

un orador; los honores de la primera guerra fueron todos para Milcíades. Temístocles, interrogado por sus amigos, de cuyo trato se apartaba con aire sombrío, inquieto y pensativo, contestó que los trofeos de Milcíades no le dejaban dormir. Y sin embargo, no habia de tardar mucho en levantarlos él mismo; porque en la crísis de Atenas iba á ser necesario un hombre que no conociese el miedo ni la imprudente audacia, un hombre á quien nunca sorprendiese lo imprevisto, y que juzgase acertadamente las cosas, previendo sus consecuencias, y aplicando inmediatamente los remedios. Este hombre habia de ser Temístocles.

Habia combatido ya en Maraton al lado del que habia de ser su rival. Arístides se distinguió desde un principio por su severa probidad, y por medio de sus altas virtudes adquirió, sin pretenderlo, el influjo que con tanto trabajo habia alcanzado Temístocles con sus servicios. A la muerte de Milcíades, ellos dos, eran los primeros en la ciudad; pero eran tan diferentes en miras como en carácter. Temístocles buscaba con preferencia el apoyo del pueblo, Arístides estaba mas deseoso del favor de la clase elevada. El uno era omnipotente en la asamblea general, y el otro ante el tribunal de justicia. Nadie se atrevia á poner en duda los talentos de Temístocles; pero se sabia que era poco escrupuloso, cuando para alcanzar su objeto tenia que cometer una injusticia. Por el contrario, la equidad de Arístides se habia hecho proverbial. Amigo de Clistenes y sin compromisos con los partidos, era el hombre de la ley y de la justicia. Hubiera querido conservar la constitucion intacta y oponerse á los progresos de la democracia que Temístocles queria facilitar. De ahí sus contínuas luchas, aumentadas por la completa oposicion de sus caracteres, que tenian á la ciudad en contínua alarma. «Atenas no estará tranquila, decia Arístides, hasta que arroje á uno de nosotros dos al *báratro*.»

Temístocles consiguió realizar la mitad de este deseo, aunque solo á expensas de Arístides. Esparció cautelosamente el rumor de que Arístides se abrogaba en cierto modo facultades de rey, llamando á sí todos los procesos para terminarlos, por cuyo medio dejaba á los tribunales entregados á la inaccion. Este rumor produjo su efecto, y Arístides fué condenado al ostracismo (483). A este propósito se refiere que un ciudadano oscuro que

en la asamblea estaba sentado junto á Arístides, le pidió á este que escribiese su propio nombre en la concha que servia para dar el voto. «¿Os ha ofendido Arístides?» preguntó este, á lo cual respondió el hombre del pueblo: «No por cierto, ni siquiera le conozco; pero ya estoy cansado de oirle llamar Arístides el Justo.» Y el Justo al abandonar la ciudad rogó á los dioses que no sucediese ningun daño á su patria por su destierro.

Es de advertir, que un siglo antes, esta rivalidad se hubiera decidido por medio de las armas, llenando de sangre la ciudad, en vez de resolverse pacíficamente por el sufragio. Injusticia hubo sin duda; pero la Atenas de Temístocles no por esto vale menos que la de Pisístrato. Si se salvó de la guerra civil, tuvo que agradecerlo á sus libres instituciones. Por lo demás, Temístocles compensó aquella mala accion con sus servicios. Despues de la batalla de Maraton el pueblo creia terminada la guerra; el fué el único que comprendió que no habia hecho mas que empezar; que el señor del Asia, de Tracia y de las islas, no dejaria impune la afrenta que le habian inferido los habitantes de aquel rincon de la tierra. Tambien supo comprender, y este fué su principal mérito, que la salvacion de la Grecia dependia de su marina. Hizo prevalecer esta opinion entre el pueblo, que por fortuna se hallaba entonces comprometido en la guerra marítima contra Egina, de que ya hemos hablado, y le persuadió á que emplease en la construccion de cien galeras los productos de las minas del Laurion, que hasta entonces se habian repartido entre los ciudadanos. Mientras llegaba la ocasion de emplearlas en salvar á su patria, las empleó en asegurar su preponderancia en los mares de Grecia, imperio que le disputaban los de Egina. Temístocles humilló la marina enemiga, y al verse sin rival en aquellas aguas, fomentó cuanto le fué posible la extension de su comercio, que era al mismo tiempo la de su poderío marítimo. Al llegar la noticia de la marcha de Jerges, Atenas poseia doscientas galeras montadas y prácticas en las maniobras navales.

CAPÍTULO XI.

Salamina y Platea (1) (480-479).

PREPARATIVOS DE LOS PERSAS Y MARCHA DE JERJES.—PLAN DE RESISTENCIA DE LOS GRIEGOS.—COMBATES DEL ARTEMISION Y DE LAS TERMÓPILAS.—BATALLA DE SALAMINA (480).—BATALLAS DE PLATEA Y MICALA (479).

Preparativos de los persas y marcha de Jerjes.

Cuando Darío supo el desastre de Maraton, conoció que su gloria y poderío dependian del triunfo de aquella lucha. ¡Él, el soberano de un imperio inmenso, vencido por una nacion pequeña y oscura! Semejante ultraje no podia quedar impune, sin que su imperio recibiese un golpe funesto, sin que tratasen de rebelarse los numerosos pueblos sometidos á sus leyes. Si los escitas se habian librado del rigor de sus armas y burlado su persecucion, lo debian mas bien á sus desiertos que á su valor; además, la conquista de la Tracia hacia olvidar su vana tentativa emprendida á la otra parte del Danubio, y por último, aquellos pueblos errantes no tenian residencia fija, ni punto de apoyo donde pudiesen elevar un Estado rival, sólidamente establecido. Los griegos, por el contrario, tenian un territorio con límites demarcados, Estados constituidos con órden y talento, y ciudades ricas, pobladas de ciudadanos. La reciente audacia de aquel pueblo que ya antes habia ido á insultar al gran rey hasta Sardes, y en seguida habia burlado sus esfuerzos, renovó la memoria de los odios mal apagados entre la Grecia y el Asia, cantados por Homero. Gracias al poema inmortal, se conservaba el recuerdo de la solemne lucha cuyo teatro fueron los campos de Troya. Despues de un largo intérvalo, iba á comenzar el acto segundo de aquel gran drama, y se comprendia perfectamente la hilacion de aquellas diferentes guerras, por muy separadas que estuviesen una de otra. Cuando Jerjes se disponia á pasar el Helesponto, se detuvo á orillas del Escamandro, visitó el arruinado palacio de

(1) Herodoto, lib. VII, VIII y IX; Esquilo, *Los Persas.*

Príamo y ofreció sacrificios á Minerva-Iliada y á los héroes. Alejandro, el campeon del occidente hizo á su vuelta otro tanto en los mismos lugares: no se podia dudar de que la lucha era de un mundo contra otro.

Durante tres años, á contar desde la batalla de Maraton, el Asia entera estuvo agitada por los enganches de soldados, por el armamento de naves, por el acopio de caballos y de víveres. Al año cuarto se rebeló el Egipto, y Darío se preparaba para marchar á someterlo, cuando murió en 485. El primer cuidado de su hijo Jerjes, fué ahogar aquella rebelion; y en cuanto lo hubo conseguido, se dedicó á los asuntos de la Grecia.

El hombre mas deseoso de que se llevase á efecto aquella guerra, era un cuñado del rey, el turbulento Mardonio, que esperaba adquirir el mando y la gloria de la empresa. «La sumision de la Grecia, decia él, llevará en pos de sí la de la Europa, el país mas rico del mundo, que no debe obedecer mas que á un solo rey.» Estaban de su parte los príncipes griegos, arrojados al Asia por las revoluciones, particularmente los pisistrátidas que no por perder á Hipias habian perdido toda esperanza de reinar en Atenas, y que estaban solicitando contínuamente una intervencion armada en provecho suyo. Habian llevado á Suza al poeta adivino Onomacritos, gran recopilador de oráculos y de poesías antiguas, que entremezclaba en caso de necesidad, y que aseguraba á los persas que su triunfo estaba desde largo tiempo profetizado. No sé si Demarate, el rey de Esparta que Cleomenes había hecho desterrar y que salió profiriendo palabras amenazadoras, estaria muy impaciente; porque contínuamente se le vé dudar del éxito. Pero los alebadas, príncipes de Tesalia que deseaban consolidar y extender su poderío aun á costa de su dignidad, prometian á Jerjes el apoyo de la Tesalia entera. Una sola voz se levantó en el consejo contra la expedicion, y fué la de Artaban, hermano de Darío; pero una vision amenazadora que por dos veces acometió al rey en sus sueños y que presenció el mismo Artaban, desvaneció todos los escrúpulos y quedó resuelto hacer la guerra. Los persas, al acordarse despues de su derrota, se consolaban diciendo, que los mismos dioses les habian lanzado á la fatal pelea.

Cuatro años se necesitaron todavía para terminar los prepara-

tivos. «Entre las expediciones cuya memoria ha llegado hasta nosotros, dice Herodoto, no hubo ninguna tan grande como esta; comparadas con ella, todas las demás fueron nada.... ¿Hay nacion alguna en el Asia que Jerjes no armase y condujese contra la Grecia? Hay algun rio, exceptuando los mas grandes, cuyas aguas no se hayan agotado para apagar la sed de sus soldados? Innumerables pueblos le dieron, unos sus tesoros, otros sus combatientes de tierra, estos su caballería, aquellos sus hombres de mar y naves á propósito para el trasporte de caballos. Una nacion le proporcionaba grandes embarcaciones para hacer puentes, otra víveres y vehículos de carga.

Durante estos preparativos, que conmovian y estenuaban el Asia, mandó Jerjes ejecutar obras considerables, como la abertura del monte Atos, y el puente del estrecho que separa á Sestos de Abidos, es decir el Asia de la Europa. No era propio del suntuoso monarca del Oriente el atravesar aquel brazo de mar en un buque, como los simples mortales; en cuanto al monte Atos, quiso humillarle y castigarle por la derrota que hizo sufrir á las naves de Mardonio (1). En el istmo que une el Atos al continente, hizo abrir un canal de dos mil cuatrocientos metros de largo y bastante ancho para que lo pasasen dos triremes á la vez, del cual, aun hoy dia, quedan vestigios. Mil naciones diversas trabajaron en él; pero solo los fenicios supieron, por medio de rampas hábilmente dispuestas, evitar los desmoronamientos que ocasionaban á los demás una doble tarea, y por decontado, terribles accidentes. El déspota se complacia ante aquellos esfuerzos sobrehumanos; el canal era su pirámide de Memfis. El puente echado sobre el mar, era de buques fuertemente amarrados con cables, que proporcionaron los egipcios y los fenicios. Habiéndolo destruido una tempestad, Jerjes mandó dar trescientos azotes á las aguas del Helesponto, arrojar en su fondo dos amarras, y marcarlas con un hierro candente, diciendo: «Aguas amargas, vuestro señor os castiga porque le habeis ofendido sin causa. El rey Jerjes pasará por entre vosotras de

(1) Aun hoy dia los marinos griegos hablan con terror de los golpes de viento y de las corrientes que hacen tan peligrosa la navegacion al rededor del Atos. Leake, *Travels in Northern Greece*, t. III, p. 145.

grado ó por fuerza. Mereceriais que nadie os ofreciese sacrificios porque sois aguas inútiles y engañadoras.»

Esto al fin, no pasaba de ser una ridiculez, pero tras estas necias palabras, vino la crueldad. Jerjes mandó quitar la vida á todos cuantos habian dirigido aquella obra, culpables de que hubiese sucumbido en la lucha que trabó contra los elementos. Comenzóse de nuevo la obra, colocando sobre una doble hilera de naves, un piso sólido hecho de fuertes maderos, cubierto de una capa de tierra bien apisonada, y ceñido con una baranda á cada lado. De este modo no se descompuso en efecto. Cada uno de ambos puentes, tenia de mil quinientos á mil seiscientos metros de largo (1).

El ejército avanzaba dividido en dos grandes columnas. En el claro que las separaba, iba el rey con lo mas selecto de las tropas persas. Precedíale el carro de Júpiter, tirado por ocho caballos blancos de Nisa. El rey ocupaba tambien un carro magnífico. En Abidos, en la misma costa, le esperaba un trono de marfil, desde cuyo asiento vió extenderse por el mar sus numerosas embarcaciones, y presenció como entretenimiento un combate naval, del que salieron vencedores los fenicios. «Al contemplar el Helesponto, cuyas aguas desaparecian debajo de las velas, las orillas del mar y los campos de Abidos cubiertos de un número infinito de hombres, Jerjes se creyó el mas feliz y poderoso de los mortales y se regocijaba con esta idea; pero empañáronse de pronto sus ojos y lloró. Vióle Artaban y le dijo: ¡Oh gran rey, que poco espacio haceis mediar entre dos acciones tan diferentes! Hace un instante os gloriabais de vuestra felicidad, y ahora verteis lágrimas.—Lloro, contestó Jerjes, de lástima al considerar lo breve de la vida humana; al pensar que de esta multitud inmensa, no existirá un solo hombre dentro de cien años.» El gran rey contaba mucho por largo: dentro de cien años decia, debiendo decir dentro de un año.

Al dia siguiente, mientras se esperaba la salida del sol, se purificaron los puentes con perfumes y se tapizaba el camino con ramos de mirto. Al subir el astro del dia Jerjes dirigió una

(1) Herodoto, Estrabon y Plinio dicen 7 estadios; el duque de Ragusa, *Viaje por Turquía*, 700 toesas.

libacion al mar, con una copa de oro, se volvió hácia el Oriente, pidiendo al dios, qué no encontrase en su expedicion ningun obstáculo capaz de detenerle antes de tocar á los últimos límites de Europa, y en seguida arrojó al Helesponto la copa, una crátera de oro y una cimitarra.

Siete dias y siete noches empleó el ejército en pasar los puentes; cuando ya todos sus soldados pisaron el suelo de Europa, Jerjes quiso contarlos; que fué como si se valuara la mies que iba á segar el hierro de los griegos. A la manera que se miden los granos en las medidas comunes de capacidad, se fueron introduciendo las tropas en un recinto cerrado, en la vasta llanura de Doriscos, á orillas del Hebro, que podia contener diez mil hombres muy apiñados; y llenándolo y desocupándolo sucesivamente, cuando hubieron entrado y salido todos, se vino en conocimiento del número de hombres que componian el ejército. Las cifras que hallamos en Herodoto, son de lo mas extraordinario. Dejando sentado de antemano que carece de una estadística exacta, hace ascender las fuerzas salidas del Asia á un millon setecientos mil soldados de á pié, ochenta mil ginetes, veinte mil montando carros de guerra con sus camellos, quinientos diez y siete mil, repartidos en tres mil naves de convoy, y mil doscientos siete buques de guerra; á los cuales hay que añadir ciento veinte triremes y trescientos veinte y cuatro mil hombres salidos de Tracia y las provincias inmediatas, cuya suma forma un total de dos millones seiscientos cuarenta mil combatientes. A igual número poco mas ó menos hace subir los domésticos y gente de faena, de manera, que el completo llega á mas de cinco millones de hombres. Parecia que no habia de haber necesidad de combate; la Grecia entera iba á quedar sumergida debajo de aquella oleada de enemigos. «¿Creeis, preguntó Jerjes á Demarates, que los griegos se atreverán á presentarse á la pelea?—Temibles son los griegos, respondió el espartano, porque son pobres. Nada os importe su escaso número; los lacedemonios, y no hablo de los demás, aunque solo sean mil, aun que á mil no lleguen, os esperarán á pié firme, porque tienen un soberano poderoso: la ley que les ordena vencer ó morir.» Y el señor de aquellos soldados, que solo iban al combate á fuerza de latigazos, se reia al oir hablar de aquel *imposible* ¡hombres

que espontáneamente corrian al combate, solo porque la ley les ordenaba vencer ó morir!

Lo que comunicaba un aspecto aun mas terrible á aquella inmensa muchedumbre, era, que las cuarenta y seis naciones que la componian, avanzaban en confusion, con los mas extraños trajes y las armas mas diferentes (1). Los persas, los medas y los hircanos con sus vestidos de varios dibujos, sus corazas con escamas de bruñido acero, sus ligeros escudos de mimbre, sus flechas de cañaheja y sus cortas picas; los asirios, con sus cascos de extraña forma y sus ferradas mazas; los sacios, armados de hachas, los indios, vestidos de algodon, los árabes, con su *zeira* flotante, los eteopes, cubiertos de pieles de leon ó de pantera, que permitian ver su cuerpo, pintado la mitad de blanco y la mitad de encarnado; los de Sagarta, provistos de un puñal y una cuerda que terminaba en dos redes; y despues todos los pueblos del Asia Menor, y los tracios y otros ciento. Mardonio y otros dos generales, mandaban la infantería.

No es de admirar que los rios quedasen agotados al paso de aquella multitud espantosa, y que no hallasen víveres suficientes en territorios vastos. Los europeos, que veian aproximarse aquel torrente, estaban llenos de asombro, y preguntaban á los dioses si habian despoblado una parte del mundo para que sus habitantes fuesen á saquear la otra. Dícese que los abderitas, arruinados por el paso del ejército, dieron gracias á los dioses de que Jerjes no hiciese mas que una comida al dia; puesto que á ser estas dos, hubiesen tenido que venderse á sí mismos, despues de vender la ciudad. Una de aquellas comidas le costó á Taso, cuatrocientos talentos: era el tributo que pagaba en un año el Asia Menor, y casi la suma que Atenas pidió á los aliados para librarles de la dominacion persa.

En las márgenes del Estrimon, hicieron los magos un sacrificio de caballos blancos, en el sitio llamado *Las Nueve Vias;* cerca de Anfípolis, enterraron vivos á nueve mancebos y nueve doncellas. Hasta entonces Jerges no habia salido de su imperio.

(1) Los lidios, panfilios, chipriotas, carios, griegos asiáticos y algunos egipcios, es decir, las tropas que menos confianza inspiraban eran las únicas que llevaban una armadura propia para combatir á pié firme. El resto del ejército iba muy mal armado.

Un solo hombre se habia atrevido á desoir sus mandatos: el rey de los bisaltas, entre el Estrimon y el Axios, que se retiró con toda entereza, al ver que los persas iban llegando á las cumbres del Ródope. Habia mandado á sus seis hijos que le siguiesen, estos fueron á reunirse con Jerjes; pero á su regreso les mandó sacar los ojos.

Plan de resistencia de los griegos.

Entretanto los griegos estaban llenos de turbacion, como el montañés que oye caer rodando los aludes sobre su morada. Entre ellos habia traidores, y no es maravilla; porque ¡cuánto amor á la patria y á la libertad, cuánto valor é intrepidez no se necesitaba para esperar con sangre fria y á pié firme una ruina que parecia inevitable!

A la primera noticia de la marcha del rey, habian enviado espias á Sardes, para que se informasen del número de sus soldados. Los espías fueron descubiertos, y Jerjes, en vez de hacerlos matar, hizo que lo viesen todo, y los despidió para su campo llenos de terror. El mismo habia mandado heraldos, para que recibiesen el homenaje de aquellos á quienes hubiese acobardado el estrépito de sus armamentos. Los pueblos de Tesalia y de la Dorida, los locrenses, Tebas y todo el resto de la Beocia, á excepcion de los tespios y los de Platea, se le sometieron. Los argivos, débiles por la reciente pérdida de seis mil ciudadanos, resucitaron antiguas pretensiones, que les sirviesen de pretexto para permanecer neutrales. Otro tanto hicieron los aqueos.

Los griegos todos, en cuyos pechos ardia aun el amor á la patria, se habian reunido en el istmo de Corinto, resolviendo, antes que todo, poner fin á sus enemistades; Atenas y Egina se reconciliaron. Despues se enviaron embajadas á Corcira, á Creta y Sicilia, á Gelon, tirano de Siracusa, y tuvieron poco éxito. Corcira contestó que armaria sesenta naves, pero no lo hizo; despues de la victoria, dijo que las habian detenido los vientos contrarios. Creta se negó redondamente á prestarles socorro alguno, y Gelon les ofreció auxilios considerables, pero á condicion de que le habian de conceder el mando de las naves ó del ejército de tierra. Los lacedemonios rechazaron con altivez la idea de obedecer á un jefe siracusano; en cuanto á las naves, di-

jeron los atenienses, que si Esparta abandonaba su mando, ellos reclamarian como un derecho el desempeñarlo. «Parece, dijo Gelon, que no careceis de generales; volved pues á los que os envian, y decidles que el año ha perdido su primavera.» Con lo cual queria decir, que la Grecia, careciendo de su alianza, era como el espacio de un año, falto de su estacion mas hermosa. Lo que mejor da á comprender cuan inútil fué aquella embajada, es que Gelon estaba entonces en lucha con trescientos mil cartagineses.

De manera que los griegos, en vez de unirse en vista de aquel gran peligro, permanecian divididos. ¿Quién les salvó pues? Atenas que decidió vencer ó morir. «Esta opinion, dice Herodoto, podrá desagradar á muchos; mas yo no puedo callarla, pues la creo verdadera. Si en efecto los atenienses se hubiesen retirado ó sometido, no hubiera habido buques en estado de proteger las costas del Peloponeso que, sitiado como si fuera una ciudad, por la inmensa armada de los persas, hubiera sucumbido apesar del heroísmo de los espartanos.»

El oráculo consultado por los atenienses, no habia dado sino respuestas oscuras y terribles: «¡Oh desdichados, huid á los últimos límites de la tierra; abandonad las moradas y las altas colinas de la ciudad que se levanta en forma de círculo; porque, ni cabeza, ni cuerpo, ni manos, ni piés, nada de lo que está en medio ha de quedar: la muerte se aproxima. El fuego y el temible Marte, montado en un carro sirio, derribarán vuestras torres y otras fortalezas y reducirán á pavesas otros muchos santuarios de los inmortales! Los templos se bambolean, brota de sus paredes un sudor frio, y de su remate gotea sangre negra. Salid de mi santuario.—¡Oh rey, decian los enviados, danos una contestacion mas favorable, ó permaneceremos aquí hasta la muerte.» La Pitia replicó: «En vano procura Palas ablandar al padre de los dioses; Júpiter permite, sin embargo, que un muro de madera os sirva de baluarte inexpugnable. ¡Huid! ¡volved la espalda á los innumerables peones y ginetes! ¡Oh divina Salamina, cuán funesta serás á los nacidos de mujer!» La salvacion que se les prometia detrás de un muro de madera parecia un enigma. Los ancianos creian que era necesario volver á levantar la empalizada, que en otro tiempo rodeara la ciudadela; otros imagi-

naban, que los muros de madera, debian entenderse por naves. Entre estos se hallaba Temístocles, que quizás era el mismo que habia sugerido la contestacion de la Pitia. Su parecer fué el que prevaleció. Cimon fué el primero que subió públicamente á la ciudadela, á colgar del templo de Minerva un freno de caballo, en señal de que era preciso olvidarse de la tierra y ocuparse del mar. En este sentido se desplegó una actividad extraordinaria. Armáronse ciento veinte y siete triremes y otras cincuenta y tres quedaron dispuestas para seguirles. El pueblo mismo, se acostumbró á la idea de abandonar sus hogares.

Entretanto se habian adoptado dos planes, uno tras otro con respecto al ejército de tierra. Cuando Jerjes iba á pasar el Helesponto, se habian enviado diez mil griegos al desfiladero de Tempe, para cerrar por aquel punto la entrada de la Grecia. Despues, por advertencia de Alejandro, rey de Macedonia, se conoció que en los montes Cambunienses habia pasos abiertos, por lo cual era inútil estar defendiendo el que hemos citado. Por otra parte, parecia mas prudente no diseminar demasiado las fuerzas, porque equivalia á debilitarlas, sino por el contrario, irlas reuniendo en el corazon del país. En este concepto pues, fueron retrocediendo hasta otro paso que necesariamente tiene que atravesar todo el que quiera penetrar en Grecia por aquel lado del continente. El desfiladero, que al salir de Traquinia da entrada á la Grecia, tiene en su parte mas estrecha quince metros, y un poco antes y un poco despues de las Termópilas, cerca de Antela y de los Alpenes, tiene dos estrechuras que solo permiten paso para un carro. Estos dos puntos que distan entre sí unos mil seiscientos metros, vienen á ser las dos *puertas* del desfiladero; entre ellas hay algunos sitios mas anchos, con muchos manantiales de aguas calientes, saladas ó sulfurosas, de donde viene el nombre de Termópilas, esto es, *Puertas de las aguas calientes*, que se da á aquel paso. Las Termópilas tocan hácia el poniente á una montaña inaccesible que va á unirse al Eta; por el Oriente, el camino está limitado por el mar y por lagunas impracticables. La senda estuvo cerrada en otro tiempo por una pared en la cual se habia practicado una puerta. Esta pared, muy cuarteada y de antigua construccion, estaba en parte caida; pero se creyó oportuno reponerla, como un medio

mas de defensa. Los almacenes de víveres se establecieron en la aldea de los Alpenes.

Tal es el estrecho paso que los griegos resolvieron disputar á los persas. No léjos del mismo sitio (1), tenian sus naves tambien ventajosamente en el Artemision, brazo de mar comprendido entre la costa de Magnesia y la de Eubea.

Batallas del Artemision y las Termópilas.

A fines de junio, cuando los ejércitos de mar y tierra ocuparon las posiciones que se les habian señalado, Jerjes estaba ya en la Pieria. A medida que el ejército penetraba en Tesalia, por un ancho camino abierto en los bosques de los montes Cambunienses, la armada, que marchaba de reserva, iba adelantando á lo largo de la costa. Una avanzada apresó dos buques griegos. El mas hermoso de los cautivos, fué degollado sobre la proa de su misma nave. Así, por medio de sacrificios humanos, señalaban los bárbaros su camino. Las embarcaciones griegas que habia en el Artemision, que eran doscientas setenta y una, retrocedieron hasta el Euripo al ver aproximarse el enemigo. A la noticia de que el mar quedaba libre, la flota persa se fué acercando al golfo Maliaco; pero sorprendida en aquella costa sin puertos por una tempestad que duró tres dias, perdiéronse mas de cuatrocientos buques de guerra con los que los tripulaban, y gran número de barcos de trasporte. Los griegos atribuyeron este desastre á la proteccion de Boreas ó de Neptuno, y volvieron al Artemision, donde apresaron quince embarcaciones persas; pero tan grande era todavía la superioridad numérica de la flota enemiga, que los generales de Jerjes solo abrigaban un temor: el de que los griegos se les escapasen apelando á la fuga. Y en efecto, viendo lo mucho que Neptuno y los vientos les habian dejado por hacer, el lacedemonio Euribiades, jefe de los

(1) Desde el monte Cnemis en el continente, hasta el cabo Keleon en Eubea, solo hay la distancia de 2,400 metros. Toda esta costa ha cambiado mucho de aspecto desde los tiempos de Herodoto, merced á los aluviones el mar ha retrocedido tres ó cuatro millas; el Esperquio corre mas al S. y recibe al Diras, al Melas y al Asopo que antes desaguaban directamente en el mar. El sendero de Efialtes, hasta la cumbre de la montaña, sirve hoy dia de camino entre Zeitun (*Lamia*) y Salona (*Amphissa*), en el golfo de Corinto.



aliados, y Adimanto, general de los corintios, quisieron emprender la retirada. Temístocles, habia recibido dinero de los de Eubea para entretener á la flota en aquellos sitios, hasta que los insulares hubiesen puesto bien á salvo sus intereses, é hizo detener tambien á Euribiades, dándole parte de la suma. Apenas habian tomado esta resolucion, llegó un tránsfuga anunciándoles que acababan de partir doscientas naves para dar vuelta á Eubea y cercar á los griegos. Deciden estos anticiparse al enemigo, corren hácia él, y forman círculo con las proas hácia fuera, para no ser derrotados por el número. A la caida del dia llevaban á remolque treinta buques apresados; y la noche que siguió, fué aun mas funesta para los persas. Combatióles con violencia otra tempestad, y las naves que rodeaban á Eubea, sorprendidas en alta mar, fueron lanzadas contra las rocas y hechas pedazos. «Parecia que una divinidad hubiese tomado á su cargo el igualar las fuerzas de ambos adversarios.»

Al mismo tiempo los griegos habian recibido un refuerzo de cincuenta y tres galeras de Atenas; presentaron otra vez batalla, y los persas no se dieron por entendidos. Sin embargo, una escuadra de buques silicianos que se dejó sorprender, fué destruida. Los generales persas comenzaron á temer que Jerjes no les pidiese cuenta de tantos reveses, y reunieron todas sus fuerzas para una accion general. Los griegos quedaron tambien esta vez dueños del campo de batalla; mas habian sufrido pérdidas considerables y pensaban retirarse. La noticia de que estaba franqueado el paso de las Termópilas les hizo decidir.

Mientras que el ejército se alejaba, Temístocles recorrió con algunos buques veleros todos los sitios de la costa, á donde tenian que bajar los enemigos para proveerse de agua, y escribió en las rocas el siguiente aviso, que debia inspirar al rey sospechas contra los jonios ó determinar la defeccion de estos: «Jonios, cometeis una mala accion armándoos contra vuestros padres y contribuyendo á esclavizar la Grecia. Seguid nuestro partido, ó, si no os atreveis á ello, retiraos á lo menos y aconsejad á los carios que hagan otro tanto. Y si ni aun esto pudierais hacer, sed blandos en la pelea, recordando que nosotros somos vuestros padres y que vosotros sois la causa principal de esta guerra.» El ardid surtió su efecto: entre el fragor de la batalla de Salamina, los fenicios acusaron á los jonios de traidores.

Mientras se verificaban estos combates navales, perecia Leonidas en las Termópilas.

Cuando se tomó la resolucion de defender las Termópilas era la época de los juegos olímpicos, y de las fiestas de Apolo Carnio, que en Esparta duraban nueve dias. Los griegos no abandonaron sus fiestas por muy inminente que fuese el peligro; un reducido ejército, especie de vanguardia, fué enviado únicamente á las Termópilas: se componia de mil tegeos y mantineos, ciento veinte orcomenios, mil hombres del resto de la Arcadia, cuatrocientos de Corinto, doscientos de Fliunte, ochenta de Micenas, setecientos tespios, cuatrocientos tebanos, mil focios, y todas las fuerzas de los locrenses opuncios. Cada una de estas divisiones tenia su jefe particular; pero obedecian todas al rey de Esparta.

Durante cuatro dias, se estuvo Jerjes envaneciendo, de que el solo aspecto de sus tropas obligaria á los griegos á rendirse. Algunos hombres del Peloponeso, hablaron efectivamente de volverse para defender el istmo de Corinto; pero los detuvieron Leónidas, los focios y los locrenses. Al quinto dia, como los griegos no se retiraban, envió Jerjes contra ellos á los medas y los cisios con órden de que los trajesen vivos, y se sentó en un trono elevado para presenciar el combate y esperar á los cautivos. Atacaron los medas valerosamente, mas fueron rechazados despues de grandes pérdidas; reemplazáronles otros, sin obtener mejor resultado, y Jerjes comenzó á conocer que en su ejército habia muchísimos hombres y pocos soldados.

«Los medas, despues de sufrir grave quebranto, se habian retirado; ocupó su puesto el cuerpo de los inmortales; pero les sucedió lo mismo. En aquel estrecho desfiladero la superioridad del número, significaba muy poco, y tenian además la desventaja de las armas, pues sus picas eran mas cortas que las de los griegos. De cuando en cuando los lacedemonios volvian la espalda como huyendo, corrian detrás de ellos los bárbaros dando grandes voces; pero volvíanse á lo mejor los griegos y daban muerte á muchos. En aquel dia los espartanos tuvieron una pérdida de muy poca monta.

«Los bárbaros creian, que despues de un combate tan largo, ya no habia en el ejército griego mas que heridos, sin fuerzas para

hacer uso de las armas, y al dia siguiente intentaron un nuevo ataque; pero los resültados no correspondieron á sus esperanzas. Los griegos, ordenados por pueblos, tomaron parte por turno en aquellos diferentes combates, á excepcion de los focios que colocados en la montaña, estaban guardando sus senderos.

Mientras que Jerjes titubeaba sobre el partido que deberia tomar, un melio, llamado Efialtes, fué á su encuentro, y con la esperanza de una gran recompensa, le descubrió que habia en la montaña un sendero que iba á parar detrás del campamento griego. El rey mandó en seguida á Hidarnes que siguiese al traidor con la tropa de los inmortales. Los persas, que partieron del campamento á la hora de encender los fuegos, anduvieron toda la noche teniendo á su derecha el monte Eta y á su izquierda las montañas de Traquis. Al rayar la aurora, habian llegado al sitio mas elevado de aquel paso, sitio que ocupaban los mil focios destinados á guardar la senda. Mientras los persas subian la montaña, los focios no habian podido verlos, por ocultarlos á su vista numerosísimos robles; pero como el aire estaba tranquilo, el ruido de las hojas pisadas les reveló su presencia; en cuyo momento tomaron las armas y se previnieron, justamente al aparecer los bárbaros, que al verse delante soldados, quedaron sobrecogidos de asombro y de temor, pues iban confiados en que no habian de encontrar á nadie en aquellos lugares. El mismo Hidarnes creyó, que iba á tener que habérselas con lacedemonios; pero habiendo sabido por Efialtes á que nacion pertenecian aquellos soldados, dispuso á los persas para el combate. Los focios, perseguidos á flechazos, perdieron terreno y fueron retirándose hasta la cumbre de la montaña, donde creian perecer; mas sus enemigos, en vez de perseguirlos, bajaron por la pendiente opuesta.

«En aquel momento, el adivino Megistias examinaba las entrañas de las víctimas y predecia á los espartanos, que les esperaba la muerte al rayar el dia. No tardaron en llegar tránsfugas anunciándoles el rodeo que los persas iban á dar. Centinelas bajados de las alturas confirmaron la noticia cuando ya despuntaba la aurora. Deliberaron los griegos acerca del partido que tomarian, opinando unos, que era preciso defenderse, y otros, que lo mas oportuno era emprender inmediatamente la retirada: el acuerdo

fué imposible, y estos se pusieron en marcha para volver á sus hogares y aquellos persistieron en esperar á pié firme con Leónidas. Hay quien asegura, que el mismo Leónidas, dió á los primeros la órden de volverse, para salvarlos de una derrota indudable; pero diciendo al propio tiempo, que ni á él ni á los espartanos, convenia, bajo ningun pretexto, desertar de un puesto cuya defensa les estaba encomendada..... No se quedaron mas que los tespios y los tebanos, y aun estos, contra su gusto; pues Leónidas los conservó en clase de rehenes; pero los tespios lo hicieron voluntariamente.

Jerjes, despues de las libaciones de la salida del sol, esperó la hora convenida con Efialtes, para atacar de frente la trinchera. Al aproximarse los persas, saliéronles los griegos al encuentro, y trabaron su última batalla, en el sitio mas ancho del desfiladero, á fin de tener mas enemigos cara á cara y herir á los mas que les fuese posible antes de exhalar el último suspiro. Murió en esta accion un gran número de bárbaros. Aparte de los que perecieron al hierro de los griegos, como detrás de las filas de aquellos, habia jefes armados de látigos, ocupados constantemente en hacer avanzar á los soldados, á fuerza de azotes, muchos de estos así ostigados, cayeron al mar donde se ahogaron, y otros, en mayor número todavía, murieron pisoteados por la muchedumbre de sus compañeros, que se iban sucediendo sin interrupcion en un mismo sitio.

«Cuando los lacedemonios hubieron roto sus picas á fuerza de matar, siguieron peleando con la espada. Por fin murió Leónidas. Sobre su cuerpo se trabó un combate sangriento: cuatro veces rechazaron los griegos al enemigo. Todavía conservaban aquel glorioso trofeo, cuando aparecieron los bárbaros conducidos por Efialtes. Los griegos al verles, retrocedieron hácia lo mas estrecho de la senda. Dejaron atrás la pared y se detuvieron todos, menos los tebanos, sobre una eminencia, donde se ve hoy dia el leon de mármol levantado en honor de Leónidas. Allí, envueltos por todas partes, y despues de haberse defendido por última vez, con sus armas los que las tenian, y los que nó, con sus manos y sús dientes, cayeron todos bajo las nubes de piedras, y dardos que los bárbaros lanzaban.»

Agradábales á los griegos repetir, y aun tal vez amenizar, va-

rios incidentes de este gran drama, consagrados por la imaginacion del pueblo. Antes del ataque, Jerjes habia enviado un ginete persa á reconocer la posicion de los espartanos, y los encontró ejercitándose en la lucha ó peinando sus luenguas cabelleras: ni siquiera hubo uno que se dignase fijar la atencion en él. Asombrado Jerjes de esta tranquilidad, escribió á Leónidas: «Si quieres someterte á mi poder, te daré el imperio de la Grecia;» y le contestó este: «Mas quiero morir por mi patria, que esclavizarla.» Otro mensaje del Persa decia: « Rinde tus armas;» Leónidas escribió debajo: «Ven á buscarlas.» Al aparecer el enemigo, corria un griego gritando: «Los persas están cerca de nosotros;» y él contestó friamente: «Dí que nosotros estamos cerca de ellos.» Antes del último combate, hizo tomar un escaso refrigerio á sus soldados, y les dijo: «Esta noche cenaremos con Pluton.»

Los soldados eran dignos de su jefe: á uno de ellos le decia un traquinio: «El ejército persa es tan numeroso que sus dardos pueden oscurecer el sol.»—«Mejor, le contestó aquel, así pelearemos á la sombra.» Un lacedemonio tuvo que detenerse en el caserío de Alpenes, á causa de una fluxion que tenia en los ojos; pero al decirle que el enemigo se acercaba, toma sus armas, se hace guiar á la pelea por su ilota, llega, hiere y cae. Leónidas, deseando salvar á dos jóvenes espartanos, le encargó al uno que fuese á llevar una carta, y al otro una comision para los éforos; pero ellos le dijeron: «Aquí no hemos venido para llevar mensajes, sino para pelear.»

Veinte mil eran los persas que habian muerto, entre ellos, dos hijos de Darío. Por parte de los griegos, ni un espartano, ni un tespio se salvó. Algunos tebanos pidieron la vida. Jerjes mandó poner en una cruz el cuerpo de Leónidas; pero la Grecia recojió piadosamente sus huesos. En la tumba levantada despues á los lacedemonios se leia esta heróica inscripcion que Simónides hizo grabar en ella. «Pasajero, ve á decir á Esparta, que perecimos aquí por obedecer sus leyes.» El poeta habia dicho tambien: «¡Oh que glorioso destino el de los que murieron en las Termópilas.... su tumba es un altar! Nosotros les consagraremos un recuerdo imperecedero. Ni el moho, ni el tiempo destructor, borrarán el epitaño de los valientes. El espacio subterráneo donde reposan, encierra la ilustracion de la Grecia.»

Batalla de Salamina (480).

La Grecia quedaba abierta por mar y por tierra. Jerjes entró en su territorio guiado por los de Tesalia, que aprovechaban la ocasion de saciar su antiguo rencor contra la Fócida. El país quedó entregado á la devastacion mas horrible. En Beocia dividió Jerjes su ejército en dos cuerpos: el uno, debia apoderarse de los tesoros de Delfos, y el otro marchar sobre Atenas cuya destruccion habia jurado. Delfos habia sido abandonada por la mayor parte de sus habitantes; pero la divinidad habia prometido defender por sí misma el santuario. Mientras el enemigo iba marchando por calles silenciosas, presa de secretos terrores, extalló una tormenta, resonó el grito de guerra en el fondo del santuario, agitáronse las armas santas, y desde las cumbres del Parnaso cayeron rodando dos peñascos, que aplastaron á los primeros invasores. Los demás retroceden, huyen; los de Delfos los persiguen; imaginan aquellos ver dioses armados, y no se detienen en su fuga hasta las fronteras de Beocia, dejando en pos de sí el camino sembrado de cadáveres de los suyos. De esta manera, decia la tradicion, el dios se habia vengado por sí mismo. No hizo tanto Minerva en pro de su templo. Los atenienses esperaban que todas las fuerzas de los aliados irian á defender el Atica; pero al saber que los del Peloponeso se negaban á salir de su península, y que solo pensaban en cerrar el istmo por medio de un muro, les pidieron que á lo menos se detuviese su flota delante de Salamina. En cuanto hubieron llegado, se dió la voz de que todo ateniense procurase salvar á su mujer, sus hijos y sus esclavos, del mejor modo posible. Un presagio habia desvanecido los últimos escrúpulos: la serpiente sagrada, que se alimentaba en el templo de Minerva, habia desaparecido, señal de que la misma diosa abandonaba el santuario. Enviaron inmediatamente todos sus familias á Trezena, á Egina ó á Salamina; y los que podian manejar una pica ó mover un remo fueron á reunirse con la flota.

Reunida se hallaba á penas, cuando un fugitivo procedente de Atenas, hizo saber al consejo de los jejes, que los persas habian incendiado Tespia y Platea; que habian penetrado en el Atica y se habian hecho dueños de la ciudad, donde solo encontraron al-

gunos viejos y unos pocos ciudadanos, que, interpretando mal el oráculo, se habian refugiado en la ciudadela, detrás de unas empalizadas, desde donde se defendian con desesperado brio. Estos infelices fueron sorprendidos por fin y hechos pedazos; del templo de Erecteo no quedaba mas que un monton de ceniza. Esta noticia llenó de tanta consternacion el ánimo de muchos jefes, que sin esperar acuerdo alguno, saltaron á sus naves, mandaron izar velas y se dispusieron á partir. Los que se quedaron deliberando, resolvieron que no se combatiria sino delante del istmo de Corinto. Entretanto habia llegado la noche, y despues del consejo, volvió cada uno á su embarcacion respectiva.

«Temístocles habia vuelto á la suya.» Mnesífilos el ateniense, le preguntó que era lo que habia resuelto el consejo, y al saberlo le dijo: «Si las naves se van de Salamina, ya no os queda la »probabilidad de un combate que podria salvar la patria: uno á »uno irán todos abandonando la flota, para volver á sus hogares; »ni el mismo Euríbiades ni nadie en el mundo podrá impedir la »dispersion de las tropas, y la Grecia se perderá por falta de un »prudente acuerdo. Volved pues al consejo, mirad si hay medio »de revocar lo acordado, y haced que Euríbiades se comprometa »á no abandonar la posicion que ocupamos.»

Temístocles volvió en efecto á ver á Euríbiades, y á fuerza de ruegos, consiguió que se reuniese otra vez el consejo. Guardóse muy bien de hacer mérito en su presencia del verdadero motivo en que se fundaba Mnesífilos; porque era ofensivo para los demás jefes; pero hizo presente, que si se retiraban al istmo, se exponian á combatir en un mar abierto, desventaja considerable para una flota inferior en número; que además, quedaban sin necesidad abandonadas Megara, Salamina y Egina, y por último, que atraian al enemigo hácia el Peloponeso, de modo que, en caso de una desgracia ya no les quedaria esperanza alguna. Entonces aparecieron completamente de manifiesto los ciegos y estúpidos celos de los del Peloponeso. Adimanto el corintio quiso obligarle á que esperase su turno para hablar: «Temístocles, le dijo, los que emprenden la carrera antes de darse la señal, son vencidos en los juegos.—Y los que la emprenden despues, replicó el ateniense, no son los que ganan la corona.» Prosigue manifestando las ventajas del plan que les proponia; pero los de-

más jefes se obstinan y se encolerizan. El mismo Euríbiades, irritado al ver la confusion del debate, donde sobresale la voz del ateniense, se dirige á él con el baston enarbolado, y Temístocles le dice: «Dá, pero escucha.» Restablécese la calma y prosigue el debate : Adimanto se admira de que, solo para dar gusto á los atenienses, se trate de exponerles á todos (en caso de un descalabro) á no tener otro refugio que la isla de Salamina. «Por otra parte, añade : ¿qué necesidad tenemos de continuar escuchando á un hombre sin patria ?—¡ Nuestra patria está aquí, exclama Temístocles, en esas doscientas naves que hemos puesto á disposicion de la Grecia, nosotros, que por el bien de todos hemos consentido que nuestros templos fuesen derribados y nuestras casas incendiadas !» Y volviéndose á Euríbiades: «Si permaneceis aquí, obrais como hombre de corazon ; si no, perdeis á Grecia ; porque la suerte de la guerra depende de vuestras naves. Yo os conjuro pues que sigais mi consejo ; pero tened entendido que si no quereis seguirlo, vamos á embarcar á nuestras familias y á hacer vela para Italia, cuyos oráculos nos prometen en Siris prosperidad dilatada. Cuando ya no tendreis aliados como nosotros, os vendrán á la memoria las palabras de Temístocles.» Este lenguaje lleno de energía y esta amenaza, pudieron mas que todo, y se acordó definitivamente permanecer en Salamina.

Al dia siguiente les llegaron algunos refuerzos, con los cuales la flota griega reunió un total de 380 naves. La de los persas se componia aun de mas de 1000, que se habian ido colocando en órden en la rada de Falera. Al mismo tiempo, su ejército de tierra se acercaba al Peloponeso. Este movimiento despertó los temores de algunos que habian sido de opinion de retirarse sobre el istmo. Volvieron á levantarse murmullos y gritos ; reunióse otra vez el consejo, y la mayoría se mostró dispuesta á la retirada. En esta situacion extrema, Temístocles adoptó una resolucion tambien extrema. Salió del consejo y envió al general de los persas un hombre de su confianza, con este mensaje: «Temístocles, general de los atenienses, es en secreto adicto partidario del rey de Persia. Él me envia á deciros que los griegos no desconfian de nada, y que podeis cerrarles las dos bocas del Estrecho : encerrados de este modo los vencereis fácilmente.» Jerjes creyó sincero el avi-

so, y dió en seguida la órden para coger á los griegos entre dos divisiones suyas. Temístocles volvió al consejo, prolongando á propósito el debate. Un hombre preguntó por él : era Arístides, que acababa de atravesar la flota persa para pelear al lado de sus conciudadanos. «Continuemos siendo rivales, le dijo el desterrado; pero rivalicemos en celo por la salvacion de la patria. Mientras estais aquí perdiendo el tiempo en inútiles palabras, los bárbaros os rodean.—Ya lo sé, contestó Temístocles, este movimiento lo hacen por aviso mio ;» é introdujo á Arístides ante el consejo para que diese la noticia. Ya no habia mas remedio que combatir, y combatir en el palenque que Temístocles, con la audacia de su genio, les obligaba á aceptar.

«Bien pronto el dia, con sus blancos corceles, esparce por el mundo su luz resplandeciente; al instante se eleva de las filas griegas un clamor inmenso, modulado como un cántico religioso; el eco de las rocas de la isla responde á aquel grito con el acento de su voz retumbante. Contrariados los bárbaros en sus esperanzas, quedan sobrecogidos de espanto ; porque el himno sagrado que cantaban los griegos, no era por cierto un indicio de fuga. Al contrario, poseidos de la mayor intrepidez se lanzan á la pelea; el sonido de las trompetas enardece mas y mas los ánimos. Se dá la señal del combate ; inmediatamente azotan los remos en cadenciosa caida las saladas olas que se estremecen; no tarda la flota en aparecer por completo á nuestros ojos. Marchaba la primera el ala derecha en hermosa compostura ; seguíala el resto de la flota, y resonaban á lo léjos estas voces: «Marchad, oh hijos »de la Grecia, salvad á vuestra patria, salvad á vuestros hijos, á »vuestras mujeres, los templos de los dioses de vuestros padres »y las tumbas de vuestros abuelos : un solo combate va á decidir »de todo cuanto os es caro.» A estas voces contestamos nosotros con el grito de guerra de los persas : no hay que perder un instante. Ya las proas de metal chocan contra las proas ; la primera en el ímpetu, ha sido una nave griega que ha desmantelado á una fenicia. Uno contra otro se arrojan los buques de entrambas flotas. Al primer esfuerzo el torrente de las tropas persas no retrocede. Despues, ceñidas en un estrecho espacio nuestras innumerables embarcaciones, no pudieron en modo alguno socorrerse mútuamente. Entrechócanse unas contra otras, con su sa-

liente espiga de cobre, las hileras de remos se rompen del mismo modo, en tanto que la flota griega, verificando una hábil maniobra, los rodea y los hiere á todos con repetidos golpes. Nuestras naves quedan destruidas: desaparece el mar debajo de un monton de muertos y de despojos flotantes; las riberas y los peñascos están cubiertos de cadáveres. Las naves todas de los bárbaros remaban para huir desordenadamente, y al modo que los atunes y otros peces cogidos en redes, así golpean á los persas con pedazos de remo, con trozos de las arboladuras: así los despedazan. Por fin, la noche asomó su faz sombría, ocultándonos á la vista del vencedor. No refiero pormenores, puesto que si enumerase todas nuestras pérdidas, no tendria bastante con diez dias. Sábete solamente que nunca ha perecido tan gran número de hombres en un solo dia.

«Artambáres, el jefe de los diez mil ginetes, recibió la muerte en las escarpadas rocas de Silenia. Dadaces, que mandaba mil hombres, cayó de su nave, herido de un lanzazo. Tenagon, el mas valiente de los guerreros bactrios, quedó en aquella isla de Ayax, tan azotada por las olas. Lileo, Arsamo y Argesto, vencidos los tres á orillas de la isla querida de las palomas, se estrellaron la frente contra las rocas... El que mandaba á 30,000 ginetes de negros corceles, aquel Matalos de Crisia, murió; de su barba rubia, espesa, de erizado pelo, goteaba su propia sangre; su cuerpo estaba teñido del color de la púrpura. El mago Arabos y Artamo el bactrio, no volvieron á salir de aquella region salvaje..... ¡Ah, la ciudad de Palas es una ciudad invencible. En Atenas respiran hombres: ella es el baluarte inexpugnable!»

El mensajero que da estas tristes noticias á la reina Atosa, aun no lo ha dicho todo. «Otra calamidad ha herido tambien á los persas..... Aquella juventud de Persia, tan célebre por su valor, tan distinguida por su nobleza y por su fidelidad al rey, ha perecido miserablemente en una muerte sin gloria. Frente á Salamina hay una isla pequeña, de difícil acceso á las embarcaciodes, á donde el dios Pan suele guiar sus coros (1). Allí fué á donde Jerjes envió á sus guerreros. Despues de destruida la flota de los enemigos, ellos debian arrojarse sobre todos los griegos que

(1) Psitalia, donde Arístides, que no tenia mando en la flota, desembarcó con hoplitas y arqueros.

fuesen á buscar refugio en la isla, y apoderarse de los que el mar arrojase á la costa. Pero leyó mal en el porvenir. Los dioses concedieron la victoria á las naves de los griegos, y aquel mismo dia los vencedores, armados de todas armas, desembarcaron en la isla y toda la rodearon. Los persas no sabian ya por donde huir : la mano de los griegos los abate con una nube de piedras, y caen heridos por las flechas de los arqueros enemigos. En seguida los apresores se lanzan todos juntos de un salto, hieren, despedazan..... y mueren los nuestros sin quedar uno. Jerjes solloza ante aquel cúmulo de catástrofes, pues ocupa un asiento desde el cual todo el ejército está patente á su vista : es una colina elevada, no léjos de las orillas del mar. Desgarra sus vestiduras, lanza gritos de desesperacion, y dando la señal, huye con su ejército de tierra, precipitadamente y en desórden (1).»

No hemos querido interrumpir el relato de Esquilo, para poder citar algunos pormenores del combate de que en otra parte nos ocupamos. A cierta hora soplaba un viento determinado en el estrecho; Temístocles habia esperado que se levantase para dar el ataque. En medio de las olas agitadas, entrechocábanse las pesadas naves persas, y con dificultad podian evitar las rápidas acometidas de las griegas, que eran mas ligeras. A esta primera causa de desórden, se añadia la desconfianza que los jonios inspiraban á los fenicios, lo difícil de que tantas naciones diferentes se entendiesen y siguiesen unas mismas órdenes, y por último, la disposicion del sitio, muy desfavorable á los persas. En aquel estrecho, no podian en efecto desplegar todas sus fuerzas, y se estorbaban recíprocamente en sus movimientos.

Los fenicios que estaban frente á los atenienses, comenzaron el ataque. Su almirante Ariabignes, hermano de Jerjes, al lanzarse valientemente sobre una galera ateniense que acababa de acometer su principal buque, fué cubierto de heridas, y con su muerte, se introdujo el desórden en el ala derecha que él mandaba.

Distinguióse una mujer, Artemisa, reina de Caria. Como su

(1) Esquilo, *Los Persas*. Atenas enlazó el nombre de sus tres grandes poetas con el recuerdo de aquella famosa jornada. Dicen que Esquilo tomó parte en ella, Sofocles, condujo el coro de los adolescentes que acompañó el himno de victoria y danzó al rededor de los trofeos. Eurípides nació en Salamina durante la batalla.

galera sufria la mas viva persecucion por parte de una nave ateniense, volvióse ella contra otra persa y la echó á pique. El ateniense, creyendo entonces que habia estado persiguiendo á un amigo, le dejó en paz, y buscó otro adversario. Jerjes presenció la accion de Artemisa, pensó que el buque destrozado por ella era griego, y exclamó que aquel dia las mujeres peleaban como hombres y los hombres como mujeres. Para honrar su valor, la confió sus hijos en la retirada y ella los recondujo á Efeso.

Batallas de Platea y Micala (479).

Los persas habian perdido doscientas naves y cuarenta los griegos; por consiguiente aquellos continuaban siendo superiores en número. Jerjes fingió por un momento valor y confianza: mandó unir á Salamina con el continente por medio de una calzada, y disponer un nuevo ataque. Pero en el fondo de su corazon no conservaba esperanza alguna, y ya estaba temiendo que le cortasen el paso del Asia, si no volvia á ella cuanto antes. Mardonio, el que tan funesta expedicion le habia aconsejado, consideraba aquella derrota como su ruina. Para conjurarla, si era posible, se ofreció á quedarse en Grecia con 300,000 hombres que bastarian para acabar de conquistarla. «Porque los vencidos, decia él, han sido los de Chipre, Fenicia, Cilicia y Egipto; mas no los persas, que ni siquiera podian pelear.» Jerjes, que tenia grandes deseos de huir, aceptó gozoso esta proposicion, y apenas llegó en su precipitada fuga á Tesalia, autorizó á Mardonio para que de entre los soldados del ejército eligiese los que le habia pedido. Mientras que él buscaba su salvacion atravesando la Macedonia y la Tracia, sus naves salian de Falera durante la noche y trataban de llegar al Helesponto á toda prisa. Los griegos que recibieron el aviso demasiado tarde, los fueron persiguiendo hasta Andro, sin poderles dar alcance. Allí se celebró un consejo de guerra; Temístocles propuso que sin pérdida de tiempo se dirigiesen hácia el Quersoneso, para cerrar el paso del Asia á Jerjes y á sus tropas. Euríbiades hizo prevalecer la opinion contraria, diciendo, que la Grecia léjos de detener en su propio suelo á los bárbaros, y de lanzarlos á la desesperacion, debia mas bien facilitarles todas las salidas. Adhirióse Temístocles á esta opinion; pero envió secretamente otro mensaje á Jerjes, ya pa-

ra atribuirse el mérito de esta resolucion, ya para acelerar mas todavía la fuga de aquel rey. A pesar de todo, Jerjes empleó cuarenta y cinco dias en atravesar la Macedonia y la Tracia, dejando en su camino un gran rastro de cadáveres, que caian unos á los flechazos de aquellos habitantes, otros á los rigores del hambre, de la sed y de las enfermedades. Una tempestad habia roto los puentes; pero su flota que le esperaba, lo trasladó á Abidos, y mientras que el rey se dirigia á Sardes, las naves acudieron á Cima y Samos, para enfrenar los proyectos de rebelion que se revolvian en aquellas ciudades de la Jonia. Los griegos que por su parte imponian contribuciones á las Cícladas, para castigarlas por haber hecho traicion á la causa comun, sitiaron á Andro, á cuyos habitantes les decia Temístocles: «Me presento ante vosotros acompañado de dos divinidades poderosas: la Persuacion y la Necesidad. — Otras dos tenemos nosotros, replicaron aquellos, que nunca abandonan esta isla: la Pobreza y la Impotencia;» y tan bien se resistieron, que fué preciso desistir. Otras islas se libraron por dinero, que en secreto dieron á Temístocles. De vuelta á Salamina se hizo el reparto del botin, y con las primicias reservadas á Apolo levantaron una estátua colosal. En el istmo se confirió el premio del valor. Cada uno de los jefes se atribuyó á sí propio el primero; pero la mayor parte concedió el segundo á Temístocles. Esparta visitada por él, algun tiempo despues, manifestó bien á las claras la opinion de toda la Grecia con los inusitados honores que le tributó. Dedicáronle una corona de olivo, ofreciéronle el mas hermoso carro que se pudo encontrar en la ciudad, y á su partida le hicieron escoltar hasta las fronteras de Tegea por trescientos jóvenes pertenecientes á las principales familias.

La Grecia celebraba su triunfo, y la mitad de su territorio continuaba ocupada por el enemigo; pero una fundada esperanza se albergaba en todos los corazones. «Mientras Jerjes se hallaba en Tesalia, recibieron los lacedemonios un oráculo de Delfos, que les mandaba pedirle satisfaccion de la muerte de Léonidas y aceptar todo lo que en concepto de indemnizacion les diese. Los espartanos despacharon un heraldo que, conducido á presencia de Jerjes, le habló en estos términos: «Rey de los medas, los la«cedemonios y los heráclidas de Esparta piden satisfaccion de la

«muerte de su rey, que sucumbió á vuestras manos, peleando en «defensa de la Grecia.» El rey, admirado de aquel razonamiento, permaneció algunos momentos sin contestar; pero como Mardonio estaba á su lado, se lo designó al heraldo y le dijo: «Mardonio, que es este que aquí veis, dará á los lacedemonios lo que solicitan.» El heraldo aceptó la satisfaccion ofrecida y se marchó. En efecto, Mardonio era la víctima reservada para el sacrificio expiatorio.

Desembarazado, mas bien que desamparado Mardonio, con la partida del rey y de la tumultuosa multitud que le acompañaba, invernó en la Tesalia, y á la primavera envió á Alejandro de Macedonia á proponer la paz á los atenienses, diciéndoles: Que el gran rey, que admiraba su valor, deseaba tenerlos por aliados; que les devolveria su territorio, volveria á levantar sus templos y les daria además otras tierras, las que ellos mismos designasen. Esparta, sobresaltada por semejantes ofertas, mandó en seguida diputados para rebatirlas. Atenas dió una contestacion breve y enérgica: «Mientras que el sol siga en los cielos su carrera acostumbrada, los atenienses no harán alianza con Jerjes; pelearán contra él, fiando en los dioses protectores y en esos héroes de la Grecia, cuyas imágenes y templos ha incendiado el rey sin respeto alguno.» Por un decreto se mandó á los sacerdotes que consagrasen á los dioses infernales á todo el que estuviese en relaciones con los enemigos. Doloroso es tener que añadir, que un partido, el de los grandes, que ya habia comenzado la larga série de sus traiciones contra la libertad, tachó de insensata aquella abnegacion generosa. Uno de ellos tuvo atrevimiento para proponer que se sometiesen; otros, en la misma Platea, tramaron una defeccion. Esparta se habia ofrecido á alimentar durante toda la campaña á las familias de los atenienses; estos no lo aceptaron, y pidieron solamente que las tropas del Peloponeso estuviesen dispuestas muy de antemano, para que el Atica no fuese sacrificada por tercera vez, como lo fué.

Contentos los lacedemonios por haber roto aquella negociacion, regresaron á su península sin cuidarse de nada mas que de concluir el muro que cerraba su entrada. Así pudo Mardonio atravesar la Beocia sin obstáculo y penetrar en Atenas. El pueblo se habia refugiado otra vez en Salamina; Mardonio le reiteró

sus ofertas. Un senador que se atrevió á proponer que se abriese discusion acerca de ellas, fué apedreado, y los atenienses impusieron igual castigo á su mujer y á sus hijos. Para inmortalizar la infamia, así como inmortalizaban la gloria, levantaron tiempo despues una columna de bronce, que contenia el relato de la traicion y del castigo (1). Casi habia el mismo odio en contra de Esparta. Enviáronsela diputados para echarla en cara su indigno abandono; pero ocupados los espartanos en celebrar la fiesta de las Jacintias, no les hicieron el menor caso, y el dia antes de la partida de los embajadores, aun no habia salido ningun soldado de la ciudad. Sin embargo, un tegeo hizo presente á los éforos que si Atenas se concertaba con los persas, el enemigo tendria mil puertas abiertas para entrar en el Peloponeso. Convencidos finalmente de la necesidad de cumplir su palabra, mandaron salir aquella misma noche quinientos hoplitas, cada uno de ellos seguido de siete ilotas; y cuando los diputados atenienses se presentaron á los éforos para manifestarles que su indigna inaccion equivalia á una ruptura con Atenas, estos juraron que las tropas se habian puesto en marcha.

Advertido Mardonio de este movimiento por los argivos, abandonó el Atica que habia saqueado completamente; escogió en las llanuras de Beocia un terreno mas á propósito para la caballería, y se estableció en un campo atrincherado, á la orilla izquierda del Asopo. El ejército de los lacedemonios, á las órdenes de Pausanias, atravesó el istmo, recogiendo á su paso todos los griegos que habian permanecido fieles á su patria. Llegados á Eleusis, se les reunieron los atenienses que venian de la flota, y se dirigieron hácia las márgenes del Asopo, en número de ciento diez mil (2). Acamparon en las colinas, cerca de Eritrea,

(1) Demost. *Filip.* IV.

(2) Las fuerzas griegas constaban de 38,700 hoplitas, á saber: 10,000 lacedemonios, de los cuales 5,000 eran espartanos; 8,000 hombres de Atenas, 5,000 de Corinto, 800 de Leucades y de Anactorion, 500 de Ambracia, 300 de Potidea, 3,000 de Megara, 3,000 de Sicion, 1,500 de Tegea, 600 de Orcomena, 800 de Epidauro, 1000 de Trezena, 400 de Micenas y de Tirinto, 200 Lepreatas, 1000 de Fliunte, 300 de Hermione, 600 de Eretria y de Stirea, 400 de Calcis, 200 de Cefalonia, 500 de Egina y 600 de Platea. La caballería ligera se componia de 69,500 hombres, entre ellos, 35,000 ilotas, 7 por cada espartano. Para cada hoplita de los demás pueblos no habia mas que un soldado armado á la ligera. Tambien habia algunas tropas

donde se vieron frente al enemigo, fuerte de trescientos mil hombres y cincuenta mil auxiliares griegos. Pasáronse muchos dias en escaramuzas: Mardonio, para sacar á los griegos de la fuerte posicion que conservaban con empeño, los hizo atacar por su caballería, al mando de Masistios. Los de Megara tuvieron que resistir el choque por sí solos; y despues de una dura resistencia, enviaron á pedir socorros á Pausanias. El peligro era tan grave, que todos titubeaban. El ateniense Olimpiodoro, se ofreció á cubrir con trescientos hombres la retirada de los de Megara. Una vigorosa carga descompone las fuerzas enemigas, cae su jefe, y se traba una encarnizada lucha sobre su cuerpo, que queda en poder de los griegos. «Mientras que el ejército persa manifestaba su dolor con lastimeros gritos que resonaban en toda la Beocia, un carro paseaba entre las filas griegas el cuerpo de Masistios, y todos se acercaban á contemplar al que despues de Mardonio, era el hombre mas estimado, así del rey como de los demás persas.

Sin embargo, en la posicion que ocupaban, los griegos estaban expuestos á carecer de agua. Pausanias descendió á la llanura de Platea, regada por numerosos riachuelos, y acampó con sus lacedemonios junto á la fuente de Gargafia. Al distribuirse los demás puestos, hubo una empeñada contienda entre los atenienses y los tegeos. Solicitaban estos el mando del ala izquierda, reclamado por aquellos. Unos y otros sacaron á cuento las hazañas de sus abuelos: Tegea las del héroe Equemos, Atenas su victoria contra las Amazonas. Arístides supo llevar la cuestion á otro terreno, diciendo: «No hemos venido aquí á disputar un puesto, sino á combatir; decidan los lacedemonios: cualquiera que sea el lugar donde nos coloquen, será por nuestra bravura un puesto de honor.» Los espartanos se pronunciaron todos á una voz por Atenas.

Mardonio tambien habia hecho un movimiento, y los dos ejércitos se encontraron cara á cara, separados por el lecho del Asopo. Pero en ambos campos los presagios amenazaban con una derrota al primero que trabase el combate. Conveníales particu-

procedentes de Melos, Cea, Tenos, Naxos y Citnos y 1800 tespios. Los eleos y los mantineos llegaron despues de la batalla. Los últimos persiguieron hasta Tesalia el cuerpo de Artaban, y á su regreso desterraron á los generales cuya lentitud les habia privado de la honra de pelear.

larmente á los griegos esta especie de tregua, porque entretanto recibian de contínuo socorros y víveres; y el campo persa esperaba aprovecharse de ella, para corromper á algunos jefes aliados y disolver la liga. Mardonio fué el primero que perdió la paciencia, y á pesar de las reflexiones y los temores de los que le rodeaban, al cabo de diez dias declaró que empezaria el ataque antes de veinticuatro horas. Mas alta que los oráculos, decia él, está aquella antigua ley del país, que ordena conducir inmediatamente los persas al combate.

Al llegar la noche, se presentó en el campo griego un ginete, solicitando hablar con los generales. «Estad sobre aviso, les dijo, porque Mardonio, á pesar de los presagios, os atacará al rayar el dia. Aprovechaos de esta noticia, sin desconfiar de su certeza. Obligado á seguir á pesar mio el ejército de los persas, os doy una prueba evidente de mi amor á la Grecia; espero que no me descubrireis, y que mereceré vuestra gratitud por haberme expuesto á los mayores peligros solo por avisaros. Soy Alejandro, rey de Macedonia.» Dichas estas palabras volvió grupas á toda prisa.

A la noche siguiente Pausanias cambió su órden de batalla. Colocó á los atenienses frente á los persas, cuya manera de combatir conocian aquellos, y á los espartanos frente á los griegos auxiliares. Advertido el enemigo hizo otro cambio semejante, y los dos ejércitos volvieron á encontrarse en su posicion primera. Mardonio, que en aquellos movimientos creyó ver indicios del miedo de los espartanos, les hizo llevar por un heraldo un reto insolente, al que no contestó Pausanias. Entonces Mardonio mandó á toda su caballería una carga, que consiguió destruir la fuente de Gargafia. Los griegos no aprovechaban otras aguas que las de aquel manantial, porque la caballería enemiga no les dejaba acercarse á las orillas del Asopo, y como sus convoyes de víveres, que les llegaban por los desfiladeros del Citeron, estaban tambien interceptados, resolvieron levantar el campo á la noche y acercarse mas á Platea. A la hora convenida, se puso en marcha gran parte de las tropas; mas en lugar de hacer alto en el punto prefijado, continuaron marchando hasta un templo de Juno que tocaba á la ciudad misma. Los lacedemonios y los atenienses no emprendieron su marcha hasta los últimos de la no-

che. Pausanias no habia podido hacer que se retirase un valiente oficial lacedemonio, que consideraba como una bajeza retroceder. De este retraso resultó, que los dos cuerpos no estaban todavía muy separados, cuando á la salida del sol los persas se apercibieron de la retirada del enemigo.

Mardonio, lleno de gozo, pasó el Asopo, y lanzó á sus bárbaros desordenadamente en persecucion de los lacedemonios, que flanqueaban el pié de la montaña; los atenienses habian seguido el llano en derechura. Ya habian ganado y aun traspuesto las primeras colinas que bajan de Platea, cuando un urgente mensaje de Pausanias, les hizo sabedores del ataque de los persas, y torcieron en seguida hácia los lacedemonios para darles socorro; pero los griegos aliados de Mardonio habian descubierto sus huellas, y comenzaron la lucha con tantos brios,que ya aquellos solo pudieron ocuparse en su propia defensa. Así fué que los lacedemonios y los tegeos quedaron solos con sus tropas ligeras en número de cincuenta y tres mil hombres, y empezaron los sacrificios para saber los auspicios del combate. Como las primeras víctimas no dieron presagios favorables, se difirió el ataque. Este período de inaccion fué funesto á los lacedemonios que tuvieron muchos soldados muertos y heridos; porque los persas, despues de plantar en el suelo sus escudos, lanzaban los dardos desde aquel abrigo, y sin riesgo alguno abrumaban á aquellos. En situacion tan enojosa, desesperado Pausanias porque no obtenia de las víctimas respuestas favorables, volvió sus ojos al templo de Juno, y rogó á la diosa que no quedasen fallidas las esperanzas de la Grecia. «Aun no habia concluido su súplica, cuando los tejeos impacientes se incorporan y marchan hácia el enemigo. Un instante despues los lacedemonios obtienen presagios favorables, y se ponen tambien en movimiento. Los arcos de los persas eran muy débil defensa contra una falanje lacedemonia. En el primer momento, la lucha se trabó delante de los escudos, y una vez forzada aquella línea, se verificó un combate mas encarnizado junto al templo de Ceres, combate que duró largo tiempo, donde se luchó cuerpo á cuerpo: los bárbaros agarraban las picas de los griegos y las rompian con sus manos. Los persas mostraban tanta valentía como sus adversarios; pero carecian de maña y de experiencia, estaban mal armados,

peleaban casi desnudos contra hombres cubiertos de una armadura completa. No habia concierto alguno en sus ataques: tan pronto acometian aislados, como en grupos de á diez, ahora mas ahora menos, y siempre sin órden se dejaban caer sobre los espartanos, que los despedazaban fácilmente.

Donde mas estrechamente se vieron cercados los griegos fué en el punto que ocupaba Mardonio, montado en un caballo blanco, y rodeado de un cuerpo de mil hombres escogidos entre los mas valientes de Persia. Mientras él vivió, sus soldados sostuvieron los ataques de los lacedemonios; pero al caer él y quedar destruida aquella division escogida, las demás tropas volvieron la espalda.»

Los fugitivos se habian retirado al campo dispuesto por Mardonio; hasta allí corrieron los lacedemonios en persecucion suya; pero al tener que forzar la trinchera descubrieron su inexperiencia. Rechazados constantemente, se vieron obligados á esperar á los atenienses que habian tenido que sostener el choque con los griegos auxiliares. Por esta parte solo los tebanos fueron valientes en la pelea. Cuando hubieron emprendido la fuga se presentaron los atenienses, y despues de un rudo combate derribaron parte del muro. Precipitáronse los griegos apiñados por aquel estrecho espacio, y tal fué la carnicería que hicieron, que, segun Herodoto, de los trescientos mil hombres que habia conservado Mardonio, apenas sobrevivieron tres mil, si se exceptuan los cuarenta mil que Artabaza no hizo entrar en lucha, y que condujo camino de Tracia, al presenciar la catástrofe, esparciendo en el camino la voz de que Mardonio quedaba vencedor. Los lacedemonios solo habian perdido noventa y un soldados, los tegeos diez y seis, y los atenienses cincuenta y dos. Los demás griegos no habian peleado, á excepcion de los de Megara, que sorprendidos por la caballería en terreno llano, fueron desbaratados y perdieron seiscientos hombres (1).

Los lacedemonios y los atenienses se disputaban con ahinco el premio concedido al valor; un megarense les propuso que renunciasen á él, y todos los votos se reunieron en favor de los de Platea, que, segun costumbre, habian combatido con los atenien-

(1) Modestas son estas cifras de Herodoto. Plutarco dice que los muertos fueron 1360; Diodoro va mas léjos, y los hace subir á 10,000.

ses. Arístides hizo circular el siguiente decreto: «Los pueblos aliados formarán contra la Persia una liga defensiva, que armará diez mil hoplitas, mil ginetes y cien triremos. Todos los años enviarán diputados á Platea, donde con sacrificios solemnes se celebrará la memoria de los que han perecido en el combate. Cada cinco años se abrirán juegos que han de llamarse fiestas de la libertad, y los de Platea, encargados de hacer sacrificios y votos por la felicidad de la Grecia, serán considerados como una nacion inviolable y sagrada.» Levantóse en la plaza de la ciudad un altar dedicado á Júpiter libertador, y para la celebracion del primer sacrificio Euquidas, de Platea, corrió desde el campo á Delfos, á buscar el fuego del santuario patrio, único templo de la Grecia central no mancillado por los bárbaros. La distancia era de noventa y seis kilómetros largos, y el citado Euquidas volvió el mismo dia; pero se cuenta de él lo que del soldado de Maraton : cayó muerto al entregar á los sacerdotes el fuego sagrado.

Cayeron en poder de los vencedores riquezas inmensas. Consagróse un diezmo á los dioses, otro se regaló á Pausanias, y del resto se hizo un reparto. Eleváronse monumentos fúnebres á los espartanos, á los ilotas, á los tegeos, á los atenienses y á los megarenses muertos en el combate. Respecto á los griegos que no habian tomado parte en él, se procuró andando el tiempo hacer que se creyese lo contrario, y al lado de las verdaderas tumbas mandaron levantar cenotafios, como si en aquel gran dia de la libertad comun, hubiesen perecido en efecto sus guerreros. Los de Platea fueron instituidos guardianes de aquellas tumbas.

Los tebanos habian luchado encarnizadamente contra los persas. A los once dias despues de la batalla se presentó el ejército delante de sus muros, exigiéndoles que les entregasen los autores de la defeccion, y Pausanias tuvo que hacerles quitar la vida en Corinto.

El mismo dia en que los griegos alcanzaban aquel gran triunfo en Platea, sus naves, mandadas por el espartano Leotíquidas, obtenian una brillante victoria. La flota permanecia anclada en Delos, sin atreverse á pasar adelante, á pesar de los ruegos de los desterrados jonios que se empeñaban en que diese velas para las costas de Asia. Los diputados que les enviaron de Samos fue-

ron mas atendidos : Leotíquidas hizo rumbo á su isla, y como los persas huyeron al verle, fuéles dando caza hasta Micala. Los que montaban la flota persa bajaron á tierra para que les protegiesen los sesenta mil hombres del ejército de Jerjes, el cual permanecia aun en Jonia. Desembarcaron tambien los griegos y no tardó en reinar la mayor confusion entre sus enemigos. Temerosos de una perfidia desarmaron á los de Samos, y alejaron del campo á los milesios, só pretexto de que fuesen á guardar los pasos de las montañas. Al trabarse el combate, corrió la voz de que Mardonio acababa de ser vencido en Beocia. Esta noticia aumentó la audacia y la confianza de los griegos, que forzaron el campo y dieron muerte á los generales persas y á casi todos sus soldados. Aquel era el último año de Jerjes. Los atenienses, al mando de Jantipo, padre de Pericles, alcanzaron la principal gloria de aquella jornada, porque vencieron casi solos, puesto que los lacedemonios se habian desviado con el objeto de ir á envolver al enemigo.

De modo que los griegos, no solo habian lanzado la guerra de sus hogares, sino que ya la introducian entre sus enemigos. Esta última victoria equivalia á la conquista del mar Egeo. En menos de un año habian vencido á los persas en Salamina, en Platea y en Micala, y comenzando por ser atacados acababan por ser ellos los que acometian y triunfaban. ¿Quién hubiera creido pocos meses antes que la grandeza del Asia iria á sepultarse en Grecia? Todas las innumerables gentes de Oriente, no pudieron prevalecer contra aquel pequeño territorio, en cuyo seno vivia el genio, el genio de la civilizacion y tambien el de la libertad. Pero es que era un mundo jóven el que triunfaba de otro envejecido y gastado. Así lo comprendian los griegos : la divinidad que invocaban en Micala, su grito de union era Hebe, es decir la Juventud. El dia de la batalla de Salamina, los griegos de Sicilia salieron vencedores al par de los de la madre patria; Gelon el Siracusano habia destrozado cerca de Himera á trescientos mil cartagineses. ¡En todas partes sonaba la hora del advenimiento y del triunfo de la raza helénica!

Así fué tan duradero y tan fundado su gozo. Aquella grande epopeya de guerras medas tuvo su historiador inimitable en Herodoto y su poeta en Esquilo : Herodoto, que leyó fragmentos

de su historia en los grandes juegos de la Grecia embriagada de júbilo y de entusiasmo; Esquilo, soldado de Maraton y de Salamina, cuyos versos llenos de ardor y del fuego de la guerra arrebataban frenéticos aplausos en el teatro de Atenas. ¡Qué trasportes no habia de excitar en aquellas almas ardientes la vista de Atosa, la orgullosa reina que pedia á Darío mujeres de Esparta, de Argos y de Atenas para que la sirviesen, y que despues, careciendo de noticias de su hijo Jerjes que ha ido á buscar esclavos, pregunta inquieta á los ancianos persas:

Atosa. Amigos ¿en dónde dicen que está situada esa ciudad de Atenas?

El coro. Muy lejos, hácia el poniente, en los lugares donde se oculta el sol, nuestro poderoso dueño.

Atosa. ¿Y es ésa la ciudad que ha querido conquistar mi hijo?

El coro. Sí, porque una vez dueño de ella, toda la Grecia se someteria al gran rey.

Atosa. Pero ¿son innumerables los guerreros de aquel país?

El coro. Lo suficiente para haber causado ya mucho daño á los persas.

Atosa. ¿Poseen muchas riquezas?

El coro. Tienen un manantial de plata, tesoro que les regala la tierra.

Atosa. ¿Cuáles son las armas que brillan en sus manos? son el arco y las flechas?

El coro. Nó, que pelean de cerca con la lanza, y se cubren con el escudo.

Atosa. ¿Quién es el monarca que los gobierna y guia su ejército?

El coro. No hay hombre alguno de quien sean esclavos ni súbditos.

Atosa. ¿Pues cómo habian de resistir el ataque de nuestros guerreros?

El coro. Como hicieron algun dia con el inmenso y hermoso ejército de Darío: lo destruyeron.

Atosa. ¡Qué cosas tan terribles estás diciendo para las madres de los que partieron!

Despues aparece la sombra de Darío, y los ancianos le pregun-

tan cómo lo han de hacer en adelante para la felicidad de los persas.

«Guardaos, les contesta Darío, de atacar el territorio de los griegos, aunque vuestro ejército fuese todavía mas numeroso que el de Jerjes; porque hasta la tierra combate en favor suyo... y mata de hambre á nuestras tropas demasiado numerosas.» En otro párrafo dice «que el Asia abatida cae pesadamente de rodillas» El coro exclama : ¡Oh poderoso Júpiter! eres tú el que ha destruido aquel ejército de los persas tan arrogante y numeroso, tú el que ha sumergido en las tinieblas de la tristeza las ciudades de Susa y Ecbatana! ¡Cuántas mujeres desgarran sus velos con manos desfallecidas, y riegan su seno con lágrimas amargas!.... Hoy gime despoblada el Asia entera! Jerjes se lo llevó todo..... ¡ay! Jerjes lo ha perdido todo..... ¡ay! Jerjes montando una fragil nave lo entregó todo ¡imprudente! á la merced de las olas.» Y mas adelante : «Ya las naciones del Asia no obedecerán largo tiempo al persa; ya no pagarán el tributo exigido por el vencedor; ya no se prosternarán, hundida la frente en el polvo, ante la majestad soberana; porque el poderío del gran rey ha perecido.» Y en efecto, la forma republicana de los pueblos griegos vencia tambien al monarquismo de Oriente. «Ya no estará encadenada la lengua de los hombres, el pueblo emancipado manifestará libremente sus pensamientos; porque queda roto el yugo de la violencia.» Y era tambien cierto que la libertad del espíritu, podia mas que su envilecimiento.

Por último; se veia aparecer en escena al mismo Jerjes, abatido, dando gritos de desesperacion, despedazados los vestidos. Y como la venganza era para los antiguos un manjar delicioso, los griegos saborearon largo tiempo aquellas humillaciones del gran rey, á quien presentaba el poeta alternando en sus gemidos con el coro.

Jerjes. Prorumpe en llanto.

El coro. El llanto empaña mis ojos.

Jerjes. Corresponde á mis gritos con los tuyos.

El coro. ¡Ay, ay, ay!

Jerjes. Regresa llorando á tus hogares.

El coro. ¡Ay, ay! ¡Oh Persia, Persia, lanza un grito de dolor!

Jerjes. Sí, que el grito de dolor llene la ciudad toda.

El coro. ¡Exhalemos gemidos, y gemidos, y gemidos siempre!

Jerjes. ¡Ay, ay de nuestra flota! ¡Ay, ay que nuestras naves perecieron!

El coro. Yo te acompañaré con tristes lamentaciones.

Y el coro se retiraba dando gritos horribles, que eran ahogados por los aplausos de los griegos, jubilosos espectadores del drama representado por ellos mismos en otro tiempo sobre las sonoras olas de Salamina.



PERÍODO CUARTO.

SUPREMACÍA DE ATENAS (479--431). ESPLENDOR DE LAS LETRAS Y LAS ARTES.

CAPÍTULO XII.

Desde el fin de la invasion persa hasta la tregua de treinta años (479—445). (1).

GLORIA DE ATENAS; TEMÍSTOCLES; EL PIREO.—PAUSANIAS; CONFEDERACION DE ATENAS Y DE LOS GRIEGOS INSULARES (477).—LA CONSTITUCION DE ATENAS SE DEMOCRATIZA MAS TODAVÍA.—MUERTE DE ARÍSTIDES, PAUSANIAS Y TEMÍSTOCLES.—CIMON; SUS VICTORIAS CERCA DEL EURIMEDON (466); CONQUISTA DE TASOS.—TERCERA GUERRA DE MESENIA; DESTIERRO DE CIMON; GUERRA DE MEGARA; CAIDA DE EGINA.—DESASTRE DE LOS ATENIENSES EN EGIPTO; REGRESO Y MUERTE DE CIMON (449).—FACCIONES EN GRECIA; ATENAS RENUNCIA Á LA PREPONDERANCIA CONTINENTAL (445).

Gloria de Atenas; Temistocles; el Pireo.

Si bien el triunfo de la Grecia era general, habia no obstante un pueblo mas triunfador que los otros. El principal honor de la resistencia opuesta á los invasores, correspondia á Atenas (2). Por sí sola habia vencido en Maraton, y aun en Salamina habia encadenado á la victoria, obligando á los aliados á vencer á pe-

(1) Herodoto l. IX; Plutar. *Vidas de Temístocles, Arístides y Cimon;* Cornel. Nepot., *Vida de Pausanias.*

(2) Herodoto, l. VII, cap. XXXIX: «Los atenienses fueron los libertadores de la Grecia.»

sar suyo. La gloria de Micala le pertenecia casi por completo, y habia compartido la de Platea, donde los atenienses desplegaron su valor acostumbrado, menos imponente y quizás menos teatral que el de sus rivales; pero mas hábil y mas seguro. ¿Qué pueblo griego podia citar un nombre al lado de los de Milcíades, Arístides y Temístocles, de este sobre todo, el mas fiel representante de la raza griega, así por sus buenas cualidades como por sus defectos?

Conocido tenemos á este hombre extraordinario, genio práctico, mañoso, atrevido, fecundo en recursos aun en medio del peligro; poco escrupuloso, en verdad, en cuanto á los medios, con tal que le llevasen á su objeto, y que para conseguir sus propósitos echó mano de todo, hasta de la corrupcion. Segun dicen Herodoto y Plutarco, no fué un modelo de integridad, se dejó comprar; pero supo conciliar la venalidad con el patriotismo, y aun á veces empleó el oro de la corrupcion en provecho de la buena causa. La posteridad que condena siempre esas impuras alianzas, fué respecto á él, como Atenas, severa pero justa, y colocó mas alto que su nombre el de aquel ciudadano que vino á ser como el genio del bien para la ciudad, el de Arístides, á quien el pueblo reunido en el teatro saludó con el nombre de justo, y que gracias á su moderacion contenia á Temístocles y á los atenienses. Despues de la guerra proponia Temístocles una resolucion que exigia el secreto. La asamblea acordó por unanimidad que se pusiese en conocimiento de Arístides, y que su dictámen seria el de todos. Dijo este que el pensamiento era muy útil, pero muy injusto, y el pueblo, sin querer saber mas lo dió por rechazado. Parece que se trataba de prender fuego á todas las naves de los aliados, reunidas entonces en el puerto de Pagasa, en cuyo caso Atenas hubiera sido la única potencia marítima. Arístides habia combatido en Salamina; en Platea se enojaban los atenienses por los contínuos movimientos que les mandaba hacer Pausanias, para colocarlos frente á los persas, y Arístides les tranquilizó diciendo: «Todas las posiciones son buenas para el que sabe llenar fielmente su deber y morir en su sitio.» Despues del combate, tambien fué el Justo el que apaciguó la rivalidad de los dos pueblos.

Tales se mostraron los atenienses bajo sus ilustres jefes: brio-

sos, inteligentes, resueltos, dispuestos siempre y en todas partes á consagrarse á la causa comun.

Esparta, por el contrario, habia quedado oscurecida, aunque colocada en concepto de todos en el lugar preferente. En una y otra guerra, su inconcebible morosidad habia dejado á Atenas sola y desamparada. Respecto á grandes hombres, tuvo á Leónidas, el glorioso soldado de las Termópilas; á Euríbiades, que obtuvo el premio del valor, aunque no el de la prudencia, y en fin á Pausanias, el vencedor de Platea, que poco habia contribuido á la victoria, y que muy en breve mancilló su nombre con una ambicion culpable.

Sin embargo, era tan grande el prestigio del antiguo renombre de Lacedemonia, que Atenas, á pesar de sus servicios, encontraba en todas partes indiferencia ó envidia. Era una advenediza cuya gloria mortificaba el amor propio de las demás ciudades. Temístocles no se dejó deslumbrar por los honores de que le colmó Esparta, y que quizás despertaron contra él la suceptible desconfianza de la democracia á quien servia, y le tuvo alejado del mando en el memorable año de Micala y de Platea. Pero él vió el peligro y dió con el remedio. Atenas era un monton de ruinas: de la ciudad de Minerva ya no quedaba mas que el inexpugnable baluarte de que habla el poeta: los pechos de los valientes. Temístocles obtuvo del pueblo una patriótica manifestacion. Prohibióse á todos absolutamente volver á levantar sus casas, y hasta poner la mano en sus ruinas, mientras la ciudad no estuviese rodeada de una fuerte muralla. Todo el pueblo tomó parte en la obra, en su construccion se empleó todo: las piedras de los sepulcros, las columnas de los templos, las estátuas de los héroes y de los dioses. De este modo se hacia la muralla mas fuerte y mas de prisa.

No habia que perder tiempo, porque ya habian llegado á Esparta los emisarios de Egina, dando noticia de aquella obra. Esparta envió una diputacion á Atenas, que decia: No se debe fortificar ninguna ciudad que esté fuera del istmo de Corinto, porque equivale á preparar una ciudadela para los bárbaros ó una guarida que no vuelvan á dejar. La verdadera fortaleza de Grecia es el Peloponeso, cuya entrada será inexpugnable gracias á Esparta...» ¡Como si los bárbaros no pudiesen desembarcar en

otros mil puntos de la península! Ya se esperaba Temístocles aquel consejo hipócrita; pero la muralla no era todavía bastante alta para esperar sin miedo un ataque; era preciso ganar tiempo. Hizo que le enviasen solemnemente á Esparta para contestar en nombre de Atenas, viajó á jornadas cortas, y una vez dentro de la ciudad, no dió el menor paso para ver al senado ni á los éforos. Admirábanse estos de su conducta, y él respondió: «Espero para solicitar audiencia la llegada de mis cólegas, cuya tardanza debe consistir sin duda, en algun motivo de importancia.» Entre tanto hombres, mujeres, niños y ancianos, trabajaban en la muralla de Atenas. La noticia de esta obra llegaba á Lacedemonia por cien conductos diferentes. Interrogaron á Temístocles acerca de ello; negó él y aconsejó á los éforos que enviasen algunos de sus conciudadanos á cerciorarse de la verdad por sus propios ojos. Estos eran los rehenes que para su propia seguridad enviaba á Atenas. Encargó secretamente que los tuviesen seguros hasta su regreso, y cuando supo últimamente que la muralla estaba bastante adelantada para proteger á la ciudad renaciente contra todo ataque, se presentó erguido al senado de Lacedemonia, diciendo: «Los atenienses no tuvieron que aguardar vuestros consejos para abandonar su ciudad y ocupar sus naves; por consiguiente, tampoco les hacen falta para reconstruir su muralla. Envíenseles diputados para tratar asuntos razonables, y ellos darán pruebas de que se hallan en estado de comprender lo que conviene al interés general de la Grecia.» Los espartanos sabian disimular; fingieron calma al escuchar estas palabras, y se lamentaron de que su intencion hubiese sido mal interpretada.

En otra ocasion volvió Temístocles á excitar su despecho. Querian excluir del consejo anfictiónico á los pueblos que no habian combatido contra los persas, castigo blando en verdad, comparado con su indigno abandono. Pero Atenas tenia interés en tener de su parte á los estados secundarios como Argos, Tebas y Tesalia, contra la supremacía continental de Esparta. Temístocles hizo presente que aprobar aquella proposicion, seria entregar á dos ó tres ciudades al tribunal supremo de la nacion helénica, y la proposicion fué desechada. Esparta, como es de suponer, no olvidó al hombre que desbarataba todos sus planes.

No bastaba haber fortificado á Atenas, era necesario que tu-

viese un puerto digno de su nuevo poderío. El de Falera era pequeño é inseguro. Al O. de aquella bahía, y á 40 estadíos de la ciudad, la costa presentaba tres sitios bastantes á contener cuatrocientas naves bien abrigadas. Hacia ya mucho tiempo que Temístocles habia echado la vista á aquel punto del litoral, y como ya se habian ejecutado en él algunos trabajos, los continuó, cercando el Pireo y Muniquia con un muro de 40 codos (18 m, 50 de alto, de 60 estadíos (11 kilóm.) de largo, y bastante ancho para dos carros pasando de frente. Estaba construído de enormes piedras cortadas á escuadra y unidas con abrazaderas de hierro. Faltaba enlazar el Pireo con la ciudad por medio de otro muro que protegiese sus comunicaciones; idea que, concebida por Temístocles, llevaron á cabo Cimon y Pericles. Para conservar la supremacía marítima de Atenas, queria aquel que se construyesen veinte triremes cada año, y para aumentar el número de sus habitantes, hizo que aquellos ciudadanos ofreciesen ventajas á los extranjeros y particularmente á los artesanos que fuesen á establecerse en la ciudad (1). Este último consejo, practicado liberalmente, dió los mejores resultados. De todas partes acudió gente á la ciudad ¡hospitalaria, que en su poblacion creciente encontró los medios de enviar fuera las numerosas colonias que tanto contribuyeron á su poderío.

Pausanias, confederacion entre Atenas y los griegos insulares (477).

Despues del triunfo de Micala, los vencedores celebran consejo para decidir de la suerte de los jonios. Los espartanos dicen que no pueden estar protegidas las poblaciones del continente asiático; pero lo dicen con el objeto de que los jonios abandonen sus ciudades, y vayan á establecerse entre los pueblos griegos que no habian combatido por la libertad. Destruir á Mileto, Focea, Esmirna y Halicarnaso era entregar el Asia á la barbarie; pero nada le importaba esto á Esparta. Atenas contestó que nadie debia inmiscuirse en los asuntos de sus colonias, y dejó por el momento que los jonios se arreglasen como pudiesen con los persas, mientras llegaba á adquirir bastantes fuerzas para li-

(1) Hizo eximir de todo impuesto á los inquilinos de las casas y á los artesanos, á fin de atraer habitantes y obreros de toda clase. Diodoro, l. XI, cap. XLI.

brarlos de ellos. Quio, Lesbos, Samos y las islas del mar Egeo, fueron declaradas miembros del cuerpo helénico.

El triunfo de Micala hacia á los griegos dueños del mar Egeo; pero la Tracia quedaba aun en poder del enemigo: en su recinto se había establecido un gran número de persas, entre ellos muchos personajes, con su guarnicion correspondiente. Lo mas urgente era echarlos del continente europeo, arrojándolos al Asia, á donde se podria ir despues á perseguirlos. En este concepto, la flota partió para el Helesponto á destruir los puentes de Jerjes, que creian todavía en pié. Leotíquidas vió que el mar se había anticipado á su propósito, y volvió con sus naves á las costas del Peloponeso; pero Jantipo y los atenienses no quisieron haber hecho el viaje sin intentar alguna empresa, sin recobrar, cuando menos, el Quersoneso, que les pertenecia antes de la guerra. Entonces mandaba allí el persa Artiactes; sus violencias y exacciones lo habian hecho odioso á toda la poblacion griega. Eleonte no le perdonaba el haber profanado y saqueado su templo del héroe Protesilao. Los atenienses le sitiaron en Sestos, permaneciendo todo el otoño delante de la plaza. Artiactes tuvo que abandonarla, acosado por el hambre, y fué preso mientras iba huyendo. Trescientos talentos daba en rescate de su vida; pero entregado á los eleontinos, murió en una cruz, despues que hubieron dado muerte á su hijo en su misma presencia (478). Al partir de aquellos lugares las naves victoriosas se llevaron, con el objeto de consagrarlos en el acrópolis, los cables de los puentes de Jerjes, aquellas cadenas con que este habia tratado de sujetar al Océano.

Así fué que Atenas antes de surgir nuevamente de sus ruinas, reconstruia con sus naves su imperio marítimo. Desde el año siguiente sus arrojados marinos se lanzaron al agua. A los trescientos buques atenienses, mandados por Arístides y Cimon, hijo de Milcíades, se unieron veinte galeras del Peloponeso. La flota se dió á la vela para Chipre á las órdenes de Pausanias, echó á los persas de la mayor parte de la isla, volvió en seguida al Helesponto, y tomó á Bizancio en donde se apoderó Pausanias de muchos nobles persas.

El vencedor no supo agradecer su fortuna y su gloria; no se avenia con que el héroe de Platea debiese quedar reducido á la

condicion de simple rey de Esparta, vigilado cuidadosamente y enfrenado por los éforos. Sus cautivos le iniciaban en las costumbres de la corte de Susa; referíanle la manera de vivir de los grandes, su molicie, sus placeres, su poder sobre todo lo que era inferior á ellos; y aquella pintura seductora, si se comparaba con las severas leyes de Esparta, acabó de turbar la débil y vanidosa imaginacion del amo. Entre aquellos habia un eretrio que por una inútil traicion recibiera de Darío cuatro ciudades considerables de la Eólida; ¿qué no daria pues el gran rey, al que le entregase la Grecia? Desde aquel punto se entregó Pausanias á las mas lisonjeras esperanzas. Por medio de sus prisioneros, á quienes dejaba escapar, entró en relaciones secretas con Jerjes; pidióle á su hija por esposa, y le prometió llevar en dote la sumision de Lacedemonia. Como si ya en efecto fuese yerno del gran rey, dejó el traje griego por el persa, desplegó un lujo asiático á costa del oro de aquella nacion, y se rodeó de un cuerpo de guardias medas y egipcios. Hasta llegó á olvidar que sus súbditos eran hombres libres, y trataba á los aliados con la altivez y la insolencia de un sátrapa; pero sus súbditos se lo recordaron. Los de Egina y del Peloponeso se volvieron á su tierra, y los demás, negándose á obedecerle, se pusieron á las órdenes de Arístides y Cimon. La prudencia de estos dos jefes tuvo tanta parte en esta revolucion, como la temeridad de Pausanias (477).

Porque era en efecto una revolucion. En vano se apresuró Esparta á llamar á Pausanias, nombrando en lugar suyo otro almirante; los aliados siguieron tenaces en la resolucion tomada. La supremacía marítima de Esparta pasaba á Atenas, el cuerpo helénico se dividia: la nacion tenia dos cabezas. Division conveniente porque nace de la naturaleza de las cosas; pero ¿no podrá con el tiempo dar ocasion á una guerra terrible? Ya se empieza á hablar en Esparta de apelar á las armas para la conservacion de aquella supremacía que la misma Atenas habia reconocido diferentes veces en ella. Pero al propio tiempo, el segundo rey, Leotíquidas, el vencedor de Micala, enviado á Tesalia para arrojar de ella á los alebadas y otros aliados, se ha vendido al oro. Espantáronse los ancianos al ver la corrupcion que por todas partes se introducia en la ciudad de Licurgo, y un senador, fijándose en el ejemplo de Pausanias, demostró lo peligroso que

era para Esparta mandar á sus guerreros tan léjos en medio de los bárbaros y de las seducciones del Asia. Pero semejante prudencia no durará en Esparta mucho tiempo.

Arístides tuvo mucha parte en la resolucion tomada por los aliados. Cultivando de nuevo el proyecto que habia formado en Platea, de hacer una liga permanente contra el comun enemigo, logró por fin que fuese admitido. Encargóse por consentimiento unánime de formalizar el tratado de alianza y fijar las respectivas obligaciones de los confederados. Fué convenido que los griegos del Asia formarian una liga; cuyos intereses se discutirian en una asamblea general que se habia de celebrar en Delos, en el templo de Apolo; que la direccion de las operaciones militares corresponderia á Atenas, conservando cada una de las ciudades una absoluta independencia respecto á su gobierno interior, y no teniendo que dar sino hombres, buques ó dinero para la causa comun, segun el cuadro aprobado por la dieta. Este cuadro lo formó el hombre que, no solo era el mas justo de Atenas, sino de toda la Grecia. Para fijar con la mayor exactitud todas las cifras, recorrió Arístides el continente y las islas, averiguó el producto de las tierras, y estudió las fuerzas y los recursos de cada pueblo. La cotizacion anual en dinero ascendió á 460 talentos que quedaban depositados en Delos bajo la proteccion de Apolo. Arístides fué nombrado su tesorero, y desempeñó su cargo con tanta probidad, que despues de él, los aliados creyeron que el tesoro únicamente podia confiarse al cuidado de un ateniense; tan útil fué á su patria su virtud, aun despues de muerto.

La constitucion de Atenas se democratiza mas todavia.

Temístocles habia cambiado de sitio la tribuna de las arengas del Pnix, á fin de que los oradores pudiesen siempre llamar la atencion del pueblo sobre el mar, que se extendia á sus piés, como dominio suyo. Este era el asunto á que consagraba su talento y sus conatos, y alcanzó lo que se proponia. Atenas tenia ya una flota de guerra, otra mercante, y una poblacion numerosa; pero habia dado tanta importancia al Pireo, que segun la expresion de Aristófanes confundió la ciudad con el puerto. Este dominaba á aquella: la muchedumbre de marinos que concurria

al Pnix hacia prevalecer en él el elemento popular. Arístides, mas reservado y mas afecto á las familias antiguas y á la propiedad territorial, manifestó iguales tendencias al llegar á los últimos de su vida, declarando que todos los cargos públicos, hasta el de arconte, eran accesibles á todos los ciudadanos (1), lo cual era una nueva herida para el código de Solon; pero aquel código que tenia ya mas de un siglo, no podia permanecer inmutable cuando todo cambiaba al rededor suyo. Si Solon hubiese vivido en tiempo de Arístides hubiera hecho lo mismo que este. ¿Cómo algunos plantíos de olivos en el Atica ó tierras en Tracia hubieran podido dar el derecho de mandar sobre veinte mil ciudadanos, siendo estos los que dominaban ya en parte de la Grecia y de las islas? Por otra parte, aquella gloriosa democracia merecia una recompensa: bien merecedora de la igualdad de derechos políticos, era la que habia practicado la igualdad en la abnegacion y los sacrificios. Desaparecieron pues las distinciones antiguas fundadas en la diversidad de clases. Los tetas de la cuarta pudieron aspirar á todos los cargos; mas tambien tuvieron que pagar el impuesto de que Solon los habia librado.

Entonces tuvo Atenas aquel gobierno democrático que Herodoto no se cansa de admirar. «Es el nombre mas bello, dice, porque se llama *igualdad*. En él la deliberacion pertenece á todos, la accion á pocos, á los magistrados, y estos son responsables de sus actos (2).

De manera que las guerras medas habian convertido á Atenas en una república decididamente democrática. Mas todavía hay eupátridas en Atenas; su comercio aumentará el número de los ricos: estos y aquellos, formarán una segunda nobleza que disputará su influencia á los oradores del pueblo, y sujeterá durante largo tiempo á aquella democracia en la gloriosa senda que recorrió en tiempo de Cimon y de Pericles. Toda sociedad que vive ó se desarrolla, necesita un freno para que no se precipite, así como lo necesita el hombre para contener sus arrebatos. Ese

(1) Plutarco *in Aristide*, cap XXXVII: κοινὴν εἶναι τὴν πολιτείαν.

(1) Herodoto, l. III, cap. LXXX. Véase tambien el discurso de Pericles que dá Tucídides, l. II, cap. XXXV, XLVI, y l. II, cap, LX-LXIV; l. VI, cap. LXIX; l, VII, cap. XXI-LV; y tambien el discurso del jefe de la faccion de los nobles, Nicias, l. VII, cap. LXIX.

freno lo tuvo Atenas durante muchas generaciones, y Roma por espacio de siglos. La grandeza de una y otra república, consistió en la armonizada lucha de las dos facciones, la aristocrática y la popular que se moderaban mútuamente; pero que no eran bastante fuertes ni una ni otra para dominar á su rival y perderse en sus propios excesos.

Muerte de Arístides, Pausanias y Temístocles.

Al llegar al sitio de Sestos, punto donde termina la historia que escribió Herodoto, quedamos sin guia, y nos falta el conocimiento de los hechos que corresponden á los últimos dias de Arístides y de Temístocles. Ni siquiera se saben con certeza la época, el día ni las circunstancias de su muerte. Sobre todo es grande nuestra ignorancia en lo que hace referencia á Arístides. El gran ciudadano era tan pobre, á pesar de haber administrado mucho tiempo la mas rica hacienda de entonces, que el Estado tuvo que pagar sus funerales y dotar á sus hijas. Consagróse á su memoria un monumento público, y sus descendientes cobraron una pension del tesoro durante muchas generaciones.

Temístocles no tuvo la misma suerte. Cayó en el defecto de recordar demasiadas veces á sus conciudadanos que él los había salvado. El templo que levantó á la diosa del Buen Consejo, en cuyo recinto mandó colocar su estátua, parecia destinada á eternizar aquel reproche. Sus rapiñas le crearon tambien enemigos. Habia entrado en los negocios con tres talentos; una sola parte de sus bienes, la que sus amigos no pudieron sustraer á la confiscacion, remitiéndole su importe á Asia, produjo al tesoro 80 talentos segun unos, y 100 segun otros. Tuvo que sufrir la misma pena que él habia hecho recaer sobre Arístides, y fué condenado á diez años de destierro. «Como el plátano de anchas hojas, debajo del cual se busca abrigo durante la tempestad, y cuyas ramas se cortan al serenarse el tiempo, así (decia él) veo á los atenienses venir á mí cuando les amenaza el peligro y arrojarme de su lado al volver la paz.» Retiróse á Argos que hizo buena acogida al enemigo de Esparta (471); pero le obligó á huir al imperio Persa, despues de su supuesta complicidad con Pausanias.

Este que habia sido nuevamente llamado á Lacedemonia,

al cabo de cierto tiempo se habia escapado y dirigido á Bizancio, para tratar mas de cerca con el agente de Jerjes, Artabaza, sátrapa de Bitinia. Llamáronle otra vez, y con la confianza que sus tesoros le inspiraban, se atrevió á presentarse. La antigua virtud de Esparta se habia relajado mucho. La venalidad, defecto que los persas inocularon á la Grecia, y que fué la causa de su muerte, ni aun se tomaba la molestia de ocultarse. Apenas llegó Pausanias fué encarcelado; faltando pruebas en contra suya, obtuvo ó compró su libertad, y prosiguió en su anterior conducta, con mas audacia que nunca. Sorprendiéronle en el acto de seducir á los ilotas para que se sublevasen, con ánimo de derribar á los éforos y enseñorearse del poder absoluto. La ley no admitia el testimonio de un esclavo en contra de un espartano; pero él mismo proporcionó las pruebas de su delito. Un mensajero enviado por él á Artabaza, observó que de todos los que le habian precedido en aquellos mensajes, ninguno habia vuelto. Aguijoneado por la desconfianza, abrió la carta, y en ella leyó la recomendacion de que lo matasen como á los mensajeros anteriores, en vista de lo cual remitió la carta á los éforos. Mandáronle estos que se refugiase en un templo como si temiese la cólera de Pausanias, quien, avisado de lo que sucedia, se presentó al emisario instándole para que cumpliese su mision en seguida. Algunos éforos escondidos en el templo lo habian oido todo; la traicion era patente, y se resolvieron á prenderle. Por los ademanes de uno de ellos comprendió la suerte que le esperaba, y se refugió en el templo de Minerva Calciecos. No atreviéndose á sacarle por la fuerza de aquel sagrado asilo, tapiaron la puerta para que muriese de hambre. La primera piedra la llevó su madre. Cuando ya iba á exhalar el último suspiro, lo sacaron fuera del templo para que su cadáver no mancillase aquel lugar santo (467).

Pausanias habia hecho algunas confianzas á Temístocles. El ateniense era demasiado sagaz para unirse con aquel insensato; pero entre los papeles de Pausanias se encontraron indicios de sus relaciones, y los espartanos acusaron inmediatamente á Temístocles del crímen de traicion ante Atenas. El huyó de Argos á Corcira que le debia la posesion de Léucade y de allí al Epiro, al lado de Admeto, rey de los molosos. Años antes habia ofendi-

do á este príncipe y temia su cólera; pero entonces éste se hallaba ausenté. A su regreso lo halló sentado en su hogar. El desterrado tenia en sus brazos á uno de los hijos del rey que le rogaba en favor suyo. Admeto olvidó su odio y se negó á entregar el prisionero, proporcionándole por el contrario medios para su viaje á Asia (466). Temístocles se presentó osadamente en la corte de Susa, donde acababa de morir Jerjes. Cuando el ateniense se encontró cara á cara con el sucesor de aquel, le dijo: «Yo soy Temístocles, el griego que mas daño te ha causado; pero tambien el que mas bien viene á hacerte.» Invocó el supuesto favor que habia hecho á Jerjes, aconsejándole que huyese á toda prisa despues de Salamina, y pidió un año de plazo para aprender el idioma persa, á fin de poder explicar sus proyectos sin necesidad de intérprete. Artajerjes, admirado de su genio y su audacia, le dispensó benévola acogida y le dió tres ciudades del Asia Menor: una para el pan, otra para la carne y otra para el vino (1). Respecto á su muerte circulan relatos diferentes. Dicen algunos que viéndose apremiado para que cumpliese sus promesas, tomó un veneno antes que verse reducido á hacer armas contra su patria. Este rasgo podria hacer olvidar sus faltas, esta expiacion voluntaria purificaría su gloria; pero al relato de Diodoro es preferible el de Tucídides, y este dice que murió de enfermedad natural. Añádese que sus huesos fueron trasladados á Atenas. En el Pireo se enseñaba á los extranjeros su sepulcro, que quizás era un simple cenotafio.

La gran guerra ha terminado. Los hombres de la época heróica acaban de desaparecer. Otros son los tiempos que vienen. Bien pronto los vencedores de Platea y de las Termópilas, tomarán sin vacilar las armas de sus padres, para una guerra fratricida, armas calientes aun con la sangre de los bárbaros.

Cimon; sus victorias cerca del Eurimedon (466); conquista de Tasos.

Era Cimon hijo de Milcíades. Carecia de elocuencia, de aficion á las artes, de todas las cualidades que daban popularidad en Atenas. Su vida no era muy ordenada; pero era bienquisto por

(1) Estos dones eran considerables, pues una sola de dichas ciudades, la de Magnesia, le daba para el pan 50 talentos anuales. Tucídides, l. I cap. XXXVIII. Esta misma ciudad le dedicó un magnífico monumento fúnebre.

su carácter franco, resuelto y benévolo. Los bríos que habia mostrado al apoyar á Temístocles en los momentos de la invasion persa, y el valor que desplegó en Salamina, le habian hecho célebre, y cuando Arístides, para que los partidos conservasen su equilibrio, lo lanzó al teatro político como contrapeso de la influencia harto democrática de Temístocles, fué muy bien recibido. Parece que contribuyó mucho al decreto de destierro dado contra el vencedor de Salamina. Plutarco le acusa tambien de haber hecho condenar á muerte al hombre que en secreto acompañó á la mujer é hijos de Temístocles, al lugar del destierro de este. ¡Caiga, pues el borron de todas estas ingratitudes, no tanto sobre el pueblo de Atenas como sobre sus jefes, que le presentaban sucesivamente y siempre, por las mismas razones, la condena ó el destierro de sus mas eminentes ciudadanos como cosa necesaria á su reposo ó á su libertad! Hoy dia los partidos políticos se arrojan unos á otros del poder á la oposicion: en Atenas se arrojaban del poder al destierro.

Cimon, careciendo de elocuencia, no podia disfrutar de los triunfos de la plaza pública. Mas otros buscó en el vasto campo abierto á los atenientes, y aprovechó la ocasion de mejorar á un mismo tiempo los intereses de la causa nacional de todos los griegos y los particulares de su patria. En 476 comenzó por dos expediciones muy populares. Entró en Eion, pueblo de Tracia, cuyo jefe, el persa Boges, antes que rendirse prefirió morir entre las llamas con su mujer, sus hijos, sus esclavos y sus tesoros. Con la toma de Eion daba á su patria terrenos que se podian distribuir entre los ciudadanos pobres, y una importante posicion marítima y militar en las bocas del Estrimon. Con la conquista de la isla de Esciros, limpió el mar de piratas (á los que el consejo anfictiónico acababa de expulsar de la Grecia) y la colonia que en su territorio estableció Aténas, fué el primer eslabon de la larga cadena de sus fundaciones en la parte N. del mar Egeo. En Esciros pretendió Cimon haber hallado los huesos de Teseo; recibiéronlos los griegos en medio de solemnes fiestas, y los depositaron en un templo que fué consagrado como asilo inviolable en memoria del héroe, cuya vida estuvó constantemente dedicada, segun ellos decian, á la defensa de los desgraciados (1). En-

(1) Este templo el de mas antigua conclusion, y el mejor conservado de los

tonces se verificó un certámen de poesía, en el cual Sófocles muy jóven aun venció al viejo Esquilo.

Así continuaba Atenas en su gloriosa lucha con los persas y aseguraba la tranquilidad de sus aguas. El convencimiento de estos servicios la hizo obrar con dureza respecto á los aliados morosos en enviarla su contingente de guerra: dos ciudades fueron castigadas con rigor; Caristos en Eubea y la rica Naxos fueron tomadas despues de un largo sitio, convirtiéndose en súbditas de Atenas (466).

Este suceso era grave: daba á entender que Atenas, usando de un derecho legítimo, no permitiria á una ciudad aliada que se retirase de la confederacion, ni á ningun miembro de la liga el sustraerse á las obligaciones comunes, y aprovecharse de la seguridad obtenida á costa de todos. Esto era lo justo; así lo habian comprendido los mismos aliados: Atenas no hizo mas que poner en ejecucion las órdenes de la dieta de Delos. La única reclamacion que los aliados presentaron consistia en que se les permitiese cubrir con un aumento en su tributo el cupo de hombres y naves que hasta entonces habian presentado. Cimon estimó inmediatamente esta solicitud, que desarmando á los aliados debia dar á Atenas una supremacía marítima sin límites, y cambiar infaliblemente los confederados en súbditos.

Por lo demás Atenas no era una soberana ociosa: nada menos que esto. El mismo año de la toma de Naxos y como para borrar la memoria de aquel desagradable triunfo, armó Cimon doscientas galeras atenienses, cien dieron los aliados, y con todas ellas se dió á la vela para la Caria y la Licia, sublevó todas las ciudades griegas de ambas provincias, y arrojó á los persas de aquellas donde tenian guarnicion. En las bocas del Eurimedon habia doscientos buques enemigos que esperaban un refuerzo de ochenta triremos fenicios. Cimon previó que trataban de reunirse y se apoderó de parte de la flota, echando á pique el resto. Desembarcó acto continuo en la playa inmediata, donde acampaba un nu-

monumentos de Atenas, estaba edificado en medio de la ciudad, próximo al sitio dedicado á los ejercicios gimnásticos de la juventud ateniense. Es muy semejante al Partenon, tambien del órden dórico y de forma muy elegante, pero es mas reducido. No produce tan buen efecto, á causa de su situacion ni estaba adornado con las obras maestras que el otro; si bien encerraba muy hermosas pinturas.

meroso ejército, mandó á algunos de sus soldados vestir el traje de sus prisioneros, sorprende con este engaño á sus enemigos, los mata y los dispersa, y tiene todavía tiempo para salir al encuentro de los ochenta buques fenicios, y destruirlos sin dejar uno (466).

Este gran triunfo le dió ánimos para volver á sus proyectos respecto á Tracia, donde ocupaban los persas muchas posiciones, de las cuales los arrojó, excepto de Doriscos, que no pudo tomar. Entonces llamó su atencion otro asunto importante.

Atenas habia conocido muy pronto lo que valian sus adquisiciones en las bocas del Estrimon. Allí habia terrenos fértiles y bosques inmensos que le proporcionaban maderas de construccion, resina y las cosas necesarias para la marina. Por el rio se penetraba en el corazon de Macedonia, y se podian entablar relaciones muy útiles con los bárbaros, y por último, en sus inmediaciones se hallaban las célebres minas de oro del monte Pangeo. Allí acudieron, pues, muchos colonos procedentes de Atenas. De una sola vez se establecieron diez mil hombres en las Nueve Vias, sobre Eion. Los atenienses hubieran deseado sobre todo apoderarse de las minas, que pertenecian á los habitantes de Tasos. Atenas las reclamó como parte integrante del territorio que habia ganado á los persas, y al negarse los de Tasos á entregarlas, mandó á Cimon que atacase la isla, y este, despues de una victoria en aquellas aguas, puso sitio á la capital. Tres años duró este sitio. Cuando los de Tasos imploraron el auxilio de los espartanos (que cada dia estaban mas envidiosos de la ruidosa fama de Atenas) les prometieron estos su apoyo; pero una terrible catástrofe se opuso al cumplimiento de su palabra. Un terremoto que conmovió á Lacedemonia entera, produjo la muerte de veinte mil personas; en Esparta solo quedaron en pié seis casas.

A la noticia de este desastre los ilotas y los mesenios sublevados, se dirigieron á Lacedemonia. El rey Arquidamos, que habia previsto el movimiento, reunió á toda prisa á los ciudadanos con sus correspondientes armas. Su severa actitud salvó al Estado sobre las mismas ruinas de la ciudad. Los ilotas temblando por haberse atrevido un dia á mirar á sus dueños cara á cara, se dispersaron. Los mas valientes de entre ellos, siguieron á los mesenios al monte Itoma, donde se hicieron fuertes, y empezó por

tercera vez la guerra de Mesenia (464). Diez años duró, no sin gloria para los rebeldes, puesto que mas de uno de los sitios ilustrados anteriormente por Aristómenes, recibió una nueva consagracion. Un dia derrotaron en los campos de Esteniclaros un cuerpo de espartanos, que dejó trescientos muertos, entre ellos á Alimnestos, el que habia dado muerte á Mardonio en Platea.

Los de Tasos, abandonados á sí mismos, tuvieron que rendirse, aceptar condiciones tan duras como desmantelar su ciudad, entregar sus naves, sus minas de oro de Escapta-Hilea y sus posesiones en el continente, pagar una crecida multa, y un tributo todos los años (463). Durante esta guerra, los colonos atenienses de las Nueve Vias, sorprendidos por los tracios en una expedicion á lo interior del país, fueron exterminados. Recibió Cimon el encargo de vengarlos, y sin duda le faltaron medios para ello, porque no dió satisfaccion al honor nacional. El pueblo quedó tan descontento de esta circunstancia, que Cimon fué acusado de haberse vendido al rey de Macedonia. Unos dicen que salió absuelto, y otros que condenado á una multa de cincuenta talentos.

Tercera guerra de Mesenia; destierro de Cimon (461); guerra de Megara; caida de Egina.

Cimon en medio de sus triunfos no descuidaba tampoco su popularidad. Su patrimonio y las inmensas riquezas que tan gloriosamente habia ganado á los enemigos, parecian menos suyas que de sus conciudadanos. Empleábalas en plantar árboles en las plazas, en hermosear los jardines de la academia, en construir uno de los baluartes de la ciudadela y parte de los *largos muros* proyectados por Temístocles. Hizo derribar la cerca de los jardines para que fuesen accesibles al público, tenia constantemente mesa puesta para todos los ciudadanos de su demo, y no salia nunca de casa, sin llevar detrás un criado que distribuyese á los pobres vergonzantes dinero y vestidos. Todo esto lo hacia por humanidad, sin duda; pero tambien por interés del partido del cual era jefe, y por deseo de popularidad.

Y sin embargo, la popularidad le abandonaba. Los pobres comprendian bien que aquella era la paga de sus votos, con los cuales le colmaban de honores. Recordaban que Pisístrates distribuia tambien entre el pueblo el producto de sus jardines, y go—

zaban mas escuchando á un nuevo orador que les decia que el Estado era bastante rico para no permitir que un particular se tomase el cuidado de mantener á sus pobres. El nuevo orador era Pericles, el vengador de Temístocles, el ejecutor de sus vastos proyectos; pero mas grande que aquel, porque siempre supo respetarse á sí mismo. Cimon, aliado de los espartanos en la acusacion contra Temístocles, admirador de sus virtudes militares y de su poderosa disciplina, hasta el punto de dar á uno de sus hijos el nombre de Lacedemonios, olvidó que Atenas habia llegado á ser demasiado grande para oir sin disgusto los elogios tributados constantemente á su rival. A cada censura que dirigia Cimon á sus conciudadanos añadia: «No es así como se conducen los de Esparta.» Él y todos los de su partido estaban estrechamente unidos con la ciudad que representaba en Grecia el elemento aristocrático. Así fué que cuando los espartanos, incapaces de tomar á Itoma, imploraron el socorro de Atenas, Cimon dijo: «No debemos permitir que la Grecia quede coja, ni dejar á Atenas sin un contrapeso que le es útil.»

Sin duda los atenienses no creyeron en la necesidad de semejante contrapeso. «Dejadla sepultada bajo sus ruinas, exclamó Efialtes, y pisotead el orgullo de Lacedemonia.» Triunfaron sin embargo los afectos de honor y de magnanimidad, y Cimon fué enviado á Itoma con un numeroso ejército. No por esto daba el sitio resultado; los espartanos sospecharon alguna traicion, y conservando á los demás aliados, despidieron á los atenienses, so pretexto de que ya no les eran necesarios sus servicios. Cruel era la afrenta, Atenas correspondió á ella formando una alianza con Argos, que acababa de aprovecharse de la apurada situacion de Esparta para saciar sus antiguos rencores contra Micenas, á la que destruyó. Formaron los de Tesalia parte de la misma liga, y poco tiempo despues Megara, que odiaba á Corinto, admitió una guarnicion ateniense dentro de sus muros, y en su puerto de Pegea, situado en el golfo de Corinto. Ocuparon tambien los atenienses el otro puerto (Nisea) del golfo Sarónico y lo unieron á Megara, como habian unido el Pireo á Atenas, es decir, por medio de dos largas paredes de 1,600 metros de largo, cuya custodia conservaron.

Estos acontecimientos fueron otros tantos reveses para el ami-

go de Esparta, para el que no queria que el poder de Atenas se extendiese por el continente griego; y que acabó de excitar el descontento de las masas con su oposicion á una medida que debía completar el pensamiento de Arístides.

Este habia abierto hasta á los ciudadanos mas pobres el camino de los cargos públicos, es decir, que aquellos podian penetrar hasta el areópago; mas la aristocracia se mantenia firme en aquel consejo supremo, y se defendia en él convirtiéndole en foco de oposicion al gobierno (1). Un amigo de Pericles, Efialtes, hombre en quien se reunian la pobreza y la virtud de Arístides, propuso que aquel tribunal venerado dejase de entender en la mayor parte de las causas, cuyo conocimiento le competia entonces, sin duda en todas aquellas que juzgaba en virtud del poder censorio que Solon le habia dado. En vano se pronunció Esquilo, que era eupátrida, en pró del areópago haciendo representar su tragedia *Las Euménides*, en la que presentó á la misma Minerva fundando el tribunal. La proposicion fué aceptada. «Cimon, dice Plutarco, no pudo ocultar lo mucho que le indignaba el ver así envilecido el areópago, é hizo todos los esfuerzos posibles para que volviese á él, el conocimiento de las causas y para que se restableciese el gobierno aristocrático.» ¿Qué término alcanzaron sus esfuerzos? No se sabe. El pueblo los contuvo por medio del ostracismo: Cimon fué desterrado (461).

Esquilo, que le habia prestado su apoyo, se desterró por su voluntad al año siguiente, y se retiró á Sicilia á donde quizás ya habia ido en tiempo del rey Hieron. En el epitafio que para sí mismo escribió este genio varonil y altivo, seguro de la inmortalidad de sus versos, no habló mas que de sus hechos de armas. «Este monumento guarda á Esquilo. Nació ateniense y murió en los fecundos llanos de Gela. El famoso bosque de Maraton y el meda de larga cabellera dirán si fué valiente; que bien lo presenciaron.» Atenas no ratificó el voluntario destierro de su gran poeta. Al siglo siguiente, el orador Licurgo le hizo elevar una estátua de cobre como á Sófocles y á Eurípides, y se dió un decreto para que el notario de la república conservase una copia de sus

(1) Hasta 477 el areópago se compuso de arcontes elegidos entre las tres clases primeras. «En la democracia la clase que conspira es la distinguida.» Aristot., *Política*, l. V, cap. III.

obras, copia pagada con los fondos del Estado y á la que debian ajustarse textualmente los actores dramáticos.

El destierro de Cimon no fué obstáculo á los esfuerzos de Atenas, que antes al contrario, desplegó mas actividad que nunca. Existe todavía una inscripcion en la cual la tribu de Erectea celebra, con la magnífica sencillez de aquel tiempo, á sus guerreros muertos en las playas de Chipre, de Fenicia y de Egipto, en Haliea, en la Argólida y delante de Egina y de Megara. Atenas se habia propuesto lanzar á los persas de las islas y de todas las costas del Mediterráneo, y no olvidaba la mision que se habia impuesto. Doscientas galeras se habian hecho á la vela para arrojar de Chipre á los restos del ejército persa. El Egipto que se habia revelado contra el dominio de Inaros, llamó á los atenienses. Corrieron estos á las orillas del Nilo y vencieron á un ejército cuyos restos fueron sitiados en Menfis. De manera que el fatal ejemplo de la Grecia victoriosa estimulaba á todas las naciones sometidas al gran rey á sacudir sus cadenas. Maraton y Salamina, habian no solamente salvado á la Grecia, sí que tambien conmovido todo el imperio, que ya vacilaba á los reiterados golpes de los audaces hijos de Atenas.

Durante esta expedicion estalló una guerra dentro de la misma Grecia. Corinto, Egina y Epidauro se coligaron para castigar la defeccion de Megara. En uno de sus ataques fueron rechazados, y entretanto los atenienses se apoderaron de Trezena, desbarataron la flota aliada, que perdió 70 galeras, y pusieron sitio á Egina. Con objeto de salvar esta plaza, se dirigieron los corintios sobre Megara. Ya no quedaban en Atenas mas que niños y ancianos; pero todavía pudo Mirónides sacar de entre ellos un ejército, sin quitar uno solo de los soldados que sitiaban á Egina; combatió dos veces contra el enemigo, y por último, en las gargantas del istmo, le causó una sangrienta derrota (457).

Así se despedazaba la Grecia con sus propias manos, y extallaba la primera guerra del Peloponeso. ¿Sobre quién debia recaer su responsabilidad? Sobre todas aquellas ciudades, sin duda, en las cuales fermentaban odios seculares: sobre Egina y Atenas, Corinto y Megara, Argos y Micenas; en particular sobre Esparta, que dió la señal de aquella lucha sacrílega, con su ofensiva conducta con los atenienses. En aquel mismo momento recibia á un

agente de Artajerjes que, lleno de pánico, la iba á proponer el precio de una invasion de los del Peloponeso en el Atica, tal como se la habian prometido ya á los de Tasos. Pero aun no habia terminado la guerra de Mesenia, no habia valor suficiente para intentar grandes empresas, y se guardó el dinero, esperando sin duda tiempos mejores. Así lo comprendió Pericles y se dió prisa á concluir los *largos muros*.

En Atenas los grandes se agitaban. Un ejército espartano bajo pretexto de socorrer á los dorios contra los focios, habia penetrado en Beocia, y olvidando lo que habia hecho Tebas en la invasion persa, ayudaba á esta ciudad á fortificar sus murallas y á imponer su supremacía á los beocios, con el objeto de levantar en la Grecia central, delante de Atenas, una ciudad poderosa y enemiga. Aquel ejército, llamado en secreto por los nobles de Atenas, fué á acampar en Tanagra, junto á las fronteras del Atica. Corrieron los atenienses á su encuentro; Cimon, que se hallaba en las inmediaciones pidió que le dejasen pelear con su tribu; pero como habia graves sospechas, sino contra él, contra su partido, no se lo concedieron, y él se alejó dejando su armadura en manos de sus amigos. Reuniéronse estos al rededor de aquel noble trofeo, y allí se hicieron matar, absolutamente todos. La lucha fué encarnizada; en ella se distinguió Pericles por la mas notable valentía; pero la traicion de los de Tesalia dió la victoria á los espartanos (456). Lo único que ganaron en ella fué hallar abierto el paso del istmo; mas no por eso dejó de sucumbir Egina, despues de algunos meses, que entregó sus naves, derribó sus fortificaciones, y prometió pagar un tributo todos los años. Por fin habian conseguido los atenienses «quitar la paja del ojo del Pireo (455).» Ya antes de este importante triunfo, se habian resarcido de la derrota de Tanagra; puesto que Mirónides habia deshecho un numeroso ejército de beocios en Enofita (456); victoria que en Beocia, Fócida y la Lócrida Opuncia, daba la supremacía al partido popular y aseguraba en toda la Grecia central la influencia de Atenas.

Al año siguiente se armó una flota que incendió á Gitios y el puerto de Esparta, insultó á Corinto hasta dentro de su golfo, derrotó á los siciones, y se hizo dueña de Naupacta. Entonces era cuando terminaba la guerra de Mesenia. A los defensores de Ito-

ma se les habia concedido que saliesen libremente del Peloponeso; Atenas los acogió y les dió á Naupacta, su mas reciente conquista. De allí habian salido sus antepasados para la conquista de la península: igual porvenir podian esperar ellos (455).

Desastre de los atenienses en Egipto; regreso y muerte de Cimon (449).

Estas victorias hicieron menos dolorosas las derrotas sufridas en Egipto, donde habia perecido un ejército expedicionario y una escuadra de cincuenta galeras enviada á socorrerle; pero fracasó tambien una tentativa que tenia por objeto restablecer á un gefe tesaliense y castigar la traicion de Tanagra, y sufrió igual suerte una expedicion á Acarnania, conducida por el mismo Pericles (454). Entonces se acordaron del jefe á quién nunca habia vuelto la espalda la victoria, y á propuesta tambien de Pericles, llamaron á Cimon (453). La noble conducta de este y de sus amigos en Tanagra, habia demostrado que no se le podia confundir con el bando que habia hecho tratos con el enemigo, así como en Maraton y Platea los habia hecho con los persas, y que acababa de hacer asesinar al virtuoso Efialtes, sin duda por el mismo crímen que Platon le echa en cara: por haber mutilado el aróepago y haber dado de beber á largos tragos á los atenienses en la copa de la libertad. Plutarco, aunque era enemigo de los demócratas nos explica mejor cual fué el crímen de aquel amigo de Pericles; «Se habia hecho temible para los grandes por su firmeza en perseguir á los concusionarios y á todos los que habian cometido injusticias.»

Los tiempos siguientes son poco conocidos. La guerra decaia por una y otra parte; se anduvo negociando la paz durante mucho tiempo, y lo único que pudo conseguir Cimon, fué una tregua de cinco años (452). Apenas espiró el plazo, dióse aquel á la vela para Chipre con doscientas galeras, y puso sitio á Citio, con ánimo de pasar á Egipto; pero murió delante de aquella plaza, ya fuese de enfermedad, ya de alguna herida (449). Sus compañeros le hicieron los funerales tal como hubiera podido desearlos. Al trasladar sus restos á Atenas, se hallaron envueltos por una gran flota de naves fenicias y persas, y la destruyeron en Chipre á vista de Salamina; y desembarcando el mismo dia, dis-

persaron un ejército que los esperaba en la playa. Esta noble victoria fué el último acto de las guerras medas. Atenas la dió un glorioso término, comprometiéndose por medio de un tratado á no molestar al gran rey en sus dominios, y á no socorrer de modo alguno á los egipcios. Pero aquel por su parte dejaba libres á los griegos asiáticos del litoral, y reconociendo que el mar Egeo era mar griego, renunciaba al derecho de enviar ni un buque de guerra mas allá de las islas Celidonias, en las costas de Licia, y de las rocas Cianeas, á la entrada del Bósforo de Tracia (1).

Facciones en Grecia; Atenas renuncia à la preponderancia continental (445).

Si así renunciaba Atenas á las guerras medas, era porque se iban amontonando las nubes sobre la Grecia. La devoradora actividad de la raza helénica no podia avenirse á una paz duradera; y pronto renacieron las consabidas discordias civiles que la invasion persa habia apagado por un momento. Ya hemos visto á Argos aprovecharse de las embarazosas circunstancias de Atenas, para abrumar á Micenas, que la echaba en cara su defeccion en la guerra de la independencia (2), y á Corinto amenazando á Megara. Anteriormente, al terminar la segunda guerra de Mesenia, Esparta habia estimulado á los eleos á que arrojasen á los habitantes de la Pisátida, cosa que hicieron tan bien aquellos, que Pausanias no sabia donde encontrar las ruinas de Pisa. Y no solamente eran las guerras de ciudad á ciudad, sino que los siglos anteriores habian dejado en cada poblacion dos bandos, entre los cuales no podia levantarse para imponerles la paz, la clase intermediaria, producto de la industria y del comercio. Fuera de Atenas y Corinto, los Estados griegos eran todos agrícolas, todos ellos despreciaban profundamente la industria y la

(1) Se ha desmentido la existencia de este tratado, apoyándose en que Tucídides no le cita, ni se encuentra en los escritores que le sucedieron, los cuales además difieren respecto á su fecha y bases; pero leyendo detenidamente á Tucídides, se encuentra una prueba formal, aunque indirecta, de dicho tratado. Véase l. VIII, cap. LVI. También alude á el Demóstenes en su discurso sobre los rodios, *ad finem*.

(2) Micenas fué arrasada y no se volvió á levantar. Sus habitantes quedaron esclavos. Diodoro, l. XII, cap. LXVI. Todavía se ven las ruinas que de ella dejó Argos.

dejaban abandonada á los esclavos. De ahí aquellas sangrientas escenas en lo interior, aquellas constituciones con tanta frecuencia derribadas, y la mitad de un pueblo condenando á la otra mitad al destierro. Cada poblacion tenia sus proscritos, vagando al rededor de sus muros, y en tan gran número, que llegaban á componer ejércitos, como vamos á ver en breve.

Los delfios, aliados de Lacedemonia, tenian la intendencia del templo de Apolo; los focios, aliados de Atenas, se la quitaron. Un ejército espartano se la devolvió á los primeros; un ejército ateniense, conducido por Pericles, la puso otra vez en manos de los segundos (448). Estos paseos militares de los dos pueblos dominadores á través de la Beocia, enconaron los odios de ambos partidos. Los desterrados de Beocia, pertenecientes al partido aristocrático, se reunieron en cuerpo de ejército y sorprendieron muchas ciudades. El ateniense Tolmides, menospreciando su debilidad, les salió al encuentro con escaso número de tropas, á pesar de las advertencias de Pericles, y fué derrotado y muerto en Coronea (447). Esta derrota devolvió la influencia en todas las poblaciones al bando aristocrático, y la Beocia fué perdida para Atenas. El movimiento se comunicó á Eubea, donde los histieos degollaron á todos los tripulantes de una galera ateniense que habia caido en sus manos. Entonces hizo Atenas un grande esfuerzo. Pericles en persona condujo cinco mil hoplitas á la isla y todo cedió. La represion fué severa, pero no sangrienta. Salieron desterrados algunos ricos de Calcis, los hipobotas, y quedaron desposeidos los histieos de su ciudad y tierras que se repartieron entre los atenienses pobres. Pero Megara habia degollado tambien á los soldados atenienses de su guarnicion, y aprovechándose un ejército ateniense de esta revuelta, que por fin le abria las sendas del istmo, fué á saquear el territorio de Eleusis (445).

Mandaba este ejército el jóven rey Plistonax, á quien los éforos habian colocado bajo la direccion de Cleandrido; pero este se vendió á Pericles, y dió la vuelta con sus tropas sin haber peleado. Acusáronle de traidor, y tuvo que apelar á la fuga. Plistonax, condenado á una fuerte multa, buscó un refugio en Arcadia. Al presentar las cuentas al pueblo, Pericles hizo entrar en la suma una cantidad de diez talentos por el concepto de «gastos

necesarios.» El pueblo comprendió y aprobó, y una cantidad igual quedó consignada en el presupuesto anual de gastos de Atenas. El malicioso pueblo confió á ojos cerrados el empleo de aquellos diez talentos á Pericles, y este los remitia á Atenas para pagar los votos venales. Aquellos eran sus gastos de policía secreta.

Sin embargo, aquella guerra llegó á mal término. Por el tratado de 445 que establecia una tregua de treinta años entre Esparta y Atenas, abandonó esta los dos puertos de Megara que ya no podia conservar desde el levantamiento de la ciudad, de Trezena y de los puertos que ocupaba en Acaya, sobre el golfo de Corinto. ¿Fué este tratado una concesion arrancada por el bando aristocrático? Bien podria creerse al ver á su jefe Tucídides salir al año siguiente para el destierro y refugiarse en Esparta; á menos en que este hecho se quiera encontrar un acto de alta prudencia por parte de Pericles, que desde que se menoscabó la influencia ateniense en Beocia, pudo haber comprendido que no era conveniente para Atenas el buscar su engrandecimiento en la Grecia continental, donde no le servian sus flotas y tenia siempre en frente á Esparta. Este modo de ver era exacto y prudente. Por otra parte, Atenas conservaba á Egina y Eubea: esta, para que la alimentase, aquella para que la sirviese de avanzada contra el Peloponeso. Estas concesiones fueron sin embargo muy costosas para el orgullo de Atenas. Conservó un largo y fundado resentimiento contra Megara, causa principal de aquella guerra, y causa tambien (por la aborrecible traicion con que pagó los servicios de Atenas) del tratado que designaba el punto de parada, y quizas el de la decadencia que comenzaba para el imperio ateniense.

CAPÍTULO XIII.

Atenas en tiempo de Pericles (1).

PERICLES.—EL IMPERIO ATENIENSE: LOS SÚBDITOS Y LOS ALIADOS; GUERRA DE SAMOS (440).—LAS COLONIAS; GRANDEZA Y DEBILIDAD DEL IMPERIO ATENIENSE. —FUERZAS MILITARES Y RENTAS PÚBLICAS.—CAMBIO EN LA POLÍTICA EXTERIOR DE LOS ATENIENSES.—CONSTITUCION DE ATENAS Á MEDIADOS DEL SIGLO V.—MEDIDAS DE PERICLES PARA LA CONSOLIDACION DEL BIENESTAR Y LA GRANDEZA DE ATENAS.—CONCURREN Á ATENAS LOS MAS GRANDES GENIOS DE LA ÉPOCA. —LOS ATENIENSES SEGUN ARISTÓFANES Y TUCÍDIDES.—ATAQUES CONTRA PERICLES.—DESARROLLO DE LAS ARTES EN EL RESTO DE LA GRECIA.—PROYECTO DE PACIFICACION UNIVERSAL.

Pericles.

Nació Pericles 494 años antes de J. C. Su madre era sobrina de Clístenes, el primero entre los jefes del pueblo, despues del destierro de los pisistrátidas (2); su padre era Jántipo, el vencedor de Micala. Era hermoso de cuerpo, y la naturaleza, como para manifestar su vasta inteligencia, habia dado á su cabeza una anchura desmesurada, por cuyo motivo los artistas solian representarle cubierto con el casco. Pero cualesquiera que fuesen sus cualidades naturales, este hombre, mas que ninguno de los grandes hombres de la historia, fué un resultado de su educacion.

Desde su juventud se aplicó á los mas elevados conocimientos que hasta entonces hubiesen ocupado la inteligencia humana; comunicáronselos los mas admirables genios de la Grecia, que concurrian entonces á Atenas como á su patria comun. Zenon de Elea le trasmitió á la par que las doctrinas de su escuela, su maravillosa habilidad para defender todas las causas. El músico Damon, era en la apariencia su profesor de música; pero se cree que lo que le enseñaba era el arte de gobernar á los hombres, y tambien el de gobernarse á sí mismo, y de establecer en el alma

(1) Plutarco *Vida de Pericles*; Tucídid., l. I.

(2) Es interesante en Herodoto (VI; 126-131) la curiosa historia del casamiento de la hija de Clístenes, tirano de Sicion, con el ateniense Megacles, hijo de Alcmeon.

la perfecta armonía. Damon es el que, segun Platon decia, que no se pueden alterar las reglas de la música sin conmover las leyes fundamentales del Estado. Atacáronle los poetas cómicos, y fué condenado al ostracismo, como partidario de la tiranía. Tuvo además Pericles un tercero y sublime maestro, que fué Anaxágoras de Claromena, llamado el *Espíritu*, ya por su talento para las cosas abstractas, ya porque fué el primero que expresó con claridad la nocion de una inteligencia esparcida por el universo al cual gobierna. Indudablemente Pericles le debió parte de su elevacion de ideas y de carácter, que manifestándose en su conducta, le colocaron tan por encima de sus contemporáneos que estos le dieron, como á Jupiter, el dictado de *Olímpico*. Platon que era enemigo suyo, habla en los mismos términos que Tucídides de su vasta y excelente inteligencia (1).

Jamás se veian en él acciones súbitas, sino suaves y compuestas. La prudencia, en su mas alta acepcion, dirigia su conducta. Para él, todo estaba sujeto al raciocinio. «Nunca subió á la tribuna, dice Plutarco, sin rogar antes á los dioses que no dejasen escapar de su boca ninguna palabra inútil á la cuestion que iba á tratar. Del mismo modo que habia estudiado la física y la filosofía, meditó acerca del gobierno y estudió al pueblo ateniense. Nadie conoció mas á fondo este pueblo, nadie supo observar mejor sus debilidades, no para aprovecharse de ellas, sino, al contrario, para combatirlas. El fué el primero en comprender, que para un hombre político, no habia influencia duradera en aquel pueblo, sino á condicion de ser muy reservado, y obró de conformidad con esta idea, lo cual era mas difícil todavía. Supo que le achacaban alguna semejanza con Pisístrato en sus facciones y en su lenguaje, y se guardó muy bien de hacer caso á los pueriles recelos que ya se despertaban. Esperó: permaneció mucho tiempo en último término y se dió á conocer muy lentamente; solo procuraba desplegar el mas notable valor en el ejército. Nacido de raza noble, se sentia naturalmente poco inclinado al pueblo; pero la política y la razon le aconsejaron poner un freno á sus afectos: y así lo hizo. Cimon, que entonces estaba en el apogeo de su gloria militar, ocupaba el primer puesto en el partido aristocrá-

(1) Οὕτα μεγαλοπῶς σοφὸν ἄνδρα. *Fedra.*

tico; pero este primer puesto no estaba ocupado en el partido opuesto, y él lo ocupó. Desde la batalla de Maraton, el bando de los nobles no era mas que una minoría quisquillosa, una oposicion estéril: solo con el pueblo se podian hacer grandes cosas; Pericles se entregó al pueblo.

Apenas comenzó á ocuparse de los asuntos del Estado, se consagró á ellos completamente; pero á fin de no gastarse, casi nunca obraba por sí mismo, y sí por medio de agentes que lanzaba á la plaza pública. Sentíase su mano sin que la viese nadie, «así como la galera *salaminense*, dice Plutarco, que Atenas solo hacia aparecer en las grandes solemnidades, así él no se presentaba en público sino en las grandes ocasiones.» Pero entonces desplegaba la soberana autoridad de su palabra, que dió lugar á que se comparase su elocuencia con el relámpago y el rayo, que deslumbran y hieren. Desgraciadamente el tiempo no ha perdonado ni un fragmento de sus discursos, á no ser las pocas palabras que se trasmitian de boca en boca, como las siguientes, que revelan el alto carácter de su elocuencia: «Son inmortales, exclamó un dia hablando de los guerreros muertos por la patria; inmortales como los dioses; porque ¿qué es lo que nos dá á conocer á los dioses cuya esencia nos es desconocida? Nosotros no los vemos, solo los hombres que los honran nos lo revelan. Del mismo modo conocemos á los que cayeron por la salvacion de todos.» Tampoco le faltaba habilidad y vigor en la discusion. Uno de sus adversarios decia de él: «Es hombre que despues que se vé derribado y debajo de mí, empieza á decir que no lo he vencido y se lo hace creer á todo el mundo.» Tampoco carecia de gracia su varonil elocuencia. «Nuestra juventud ha perecido en el combate, dijo un dia, el año ha perdido su primavera.»

La prudencia de Pericles ante el público, no era un papel estudiado y representado con acierto: igual compostura, la misma dignidad se veia en su conducta privada. Era sencillo, modesto, frugal; su ánimo, tranquilo siempre, era inaccesible á la embriaguez que produce el triunfo y al resentimiento de los ultrajes. Uno de sus enemigos, hombre bajo y vil, le fué siguiendo un dia entero por la plaza pública, injuriándole é insultándole, hasta dentro de su casa. Pericles ni siquiera volvió la cara para verle; pero llamó á uno de sus esclavos, y le mandó que alumbrase á

aquel hombre hasta la puerta. No era aficionado á los placeres ruidosos, ni aceptó nunca invitacion alguna para fiestas ni banquetes. No se le veia salir de su casa, como no fuese para ir al consejo ó á la plaza pública. Para que su fortuna particular no le distrajese de los asuntos del Estado, y quizás tambien para que su frugalidad fuese notoria hacia vender todos los años de una sola vez los productos de sus tierras, y enviaba cada dia al mercado á comprar lo que se necesitaba en su casa, en la que reinaba una severa economía. Su carácter no era triste ni atrabiliario, no; en sus ratos de solaz recibia á sus amigos, y hablaba de arte con Fidias, de literatura con Eurípedes y Sófocles, de filosofía con Anaxágoras, Protágoras y Sócrates. La milesia Aspasia, lazo de union de aquella sociedad de grandes genios, sembraba en todas las cuestiones las gracias de su inimitable ingenio, que, mucho mas que su beldad, seducia á Sócrates.

La conducta de Pericles, tan reservada como digna, era una censura de la liberalidad egoista de Cimon; así como su probidad intachable, despertaba por medio del contraste el no lejano recuerdo de las rapiñas de Temístocles. Tucídides y Plutarco le hacen la justicia de decir que Pericles no aumentó de un solo dracma la fortuna que habia heredado de su padre.

Por fin habia encontrado el pueblo ateniense un jefe á quien podia estimar y no temer. Por esto depositó en él una confianza sin límites. Nunca hubo en Atenas hombre alguno con un poder semejante al suyo, nunca hubo poder alguno adquirido y conquistado por medios mas rectos. Pericles, sin tener título particular ni mando especial (1), por la sola autoridad de su genio y sus virtudes, fué tan soberano de Atenas, como Augusto lo fué de Roma, y aun aquel lo fué mas noblemente que este. Muchísimas veces pudo ser severo y tratar con dureza á aquella muchedumbre tan voltaria y caprichosa, segun dicen. El escrutinio del ostracismo que condenó á Tucídides su rival, no le amenazó nun-

(1) Verdad es que Pericles fué nombrado estratega todos los años; pero este era un título que compartia siempre con nueve cólegas suyos; arconte no lo fué nunca. Ahrens y Muller se empeñan en que uno de los diez estrategas habia de tener una autoridad mucho mayor que la de sus compañeros, tal como el estratega ἐπὶ τὰ ὅπλα de la época romana; y que por lo mismo Pericles en la expedicion á Samos no tuvo mas que cólegas subalternos.

ca. Bien dice un escritor antiguo que «el pueblo era tan difícil de domeñar como un potro desembridado, y se hizo tan audaz, que se negaba á la obediencia; pero mordió un dia la Eubea, y otro se arrojó sobre las islas.» La comparacion puede ser burlesca; pero es como de una historia llena de epígramas. Plutarco la tomó efectivamente de los poetas cómicos. Es menester representarse bien á los atenienses, no como la baja plebe de Roma que entregó á los Césares su libertad á cambio de congiarios, sino como una aristocracia, elevada á una condicion superior á la de los demás pueblos, por sus gustos, su elegancia, su cultura intelectual y sus hábitos de mando (1). En Atenas el pueblo eran los esclavos, los extranjeros, los metecas, en una palabra, aquella multitud de cien mil almas que pululaba por la ciudad y el Pireo(2); la aristocracia eran los quince mil ciudadanos, que pronunciaban fallos, hacian las leyes, nombraban á los que, solo de entre ellos, debian desempeñar cargos públicos, y eran árbitros de la mitad de la Grecia.

Desde este punto de vista todo se comprende y explica claramente. Para consolidar una dominacion necesaria, Pericles hizo lo que la fuerza de las cosas iba haciendo por sí sola: estableció á la cabeza de aquel imperio una casta privilegiada, cuyos sentimientos elevaban constantemente sus artistas y poetas por disposicion suya. Cuando se trate pues de los atenienses de aquella

(1) «¡Qué hombres generalmente los atenienses y qué ciudad la de Atenas! ¡qué leyes, qué buen gobierno, qué valor, qué disciplina, qué perfeccion en todas las ciencias y en todas las artes! Y tambien ¡qué cultura en el trato comun y en el lenguaje! Teofrasto, aquel narrador agradable, aquel hombre que tan divinamente se expresaba, fué reconocido por extranjero, y llamado así por una pobre mujer que le vendia yerbas en el mercado; esta mujer conoció que no era ateniense porque le faltaba un no se qué de ático, que los romanos llamaron despues urbanidad; y Ciceron refiere que aquel gran personaje quedó admirado al ver que habiendo encanecido en Atenas, poseyendo tan perfectamente el lenguaje ático y habiendo adquirido su acento con la práctica de largos años, no habia podido llegar á lo que el hombre ordinario tenia naturalmente y sin estudio alguno.» La Bruyere, *Discurso sobre Teofrasto*.

(2) Aristot. Política, l. II, cap. IX: «En un Estado bien regido es menester que las faenas necesarias para la vida, dejen libre á los ciudadanos el tiempo suficiente para tratar de los negocios públicos. Aquellas faenas deben ser ocupacion de los esclavos.

época, la palabra pueblo debe traducirse por la de nobleza ó cuerpo aristocrático.

Toda la administracion de Pericles está comprendida en dos propósitos:

1.° Consolidar la dominacion ateniense;

2.° Hacer á Atenas y al pueblo ateniense dignos de su imperio.

Examinemos ahora sus esfuerzos en este doble sentido.

El imperio ateniense; los súbditos y los aliados; guerra de Samos (440).

Si hemos de dar crédito á Aristófanes, las ciudades que estuvieron bajo el dominio de Atenas llegaron á mil, y se dividieron en tres clases: primera, las ciudades sometidas; segunda, las aliadas; tercera, las colonias.

Las conquistas de Cimon y de Pericles habian dado á Atenas, Egina y la Eubea, los dos baluartes del Atica; Tasos, que domina la costa de Tracia; Naxos, que está á la mitad del camino del Asia; Eion, llave de Macedonia y un gran número de posesiones mas al N. del mar Egeo y en el Quersoneso. En su nombre ocupaban los mesenios á Naupacta que dominaba la entrada del golfo de Corinto. Tres condiciones se habian impuesto á los súbditos: desmantelar sus ciudades, ó cuando menos, las fortificaciones de sus puertos; entregar sus naves de guerra, y pagar un tributo.

La confederacion cuyas bases estableció Arístides, se habia ido trocando poco á poco en dominio para Atenas y en dependencia para los aliados. Esta variacion estaba en la naturaleza de las cosas: era inevitable que la confederacion se disolviese ó que la sustituyese un imperio ateniense (1). Desde el momento en que aceptaron aquellos la proposicion de dar naves y dinero en vez de soldados, dejaron que se concentrasen en Atenas to-

(1) Heeren, tomo VII, pág. 192: «El que conozca la naturaleza de una confederacion y la dificultad de conservarla, convendrá en que casi era imposible desvanecer la apariencia del abuso de la supremacía: lo que para uno era abuso, para otro era un medio necesario para conseguir el objeto que se habia propuesto.» Ténganse en cuenta además dos causas muy activas de rompimiento: la repugnancia natural de los griegos hácia toda clase de union, y el odio de todas las aristocracias contra la democracia ateniense, cuyo esplendor era por sí solo un peligro de muerte para aquellas.

das las fuerzas de la liga, y que la pericia y el orgullo militar fuesen exclusivamente herencia de los atenienses. Mientras que aquellos labraban la tierra y hacian sus tratos mercantiles, Atenas llevaba á todas las playas su pabellon triunfante. Inutilmente hubieran deseado romper una alianza que por de pronto parecia carecer de objeto; Atenas tenia el derecho de recordarles el honroso fundamento de su imperio, y el juramento de los confederados y los sacrificios y las balas de hierro arrojadas solemnemente al fondo del mar, en señal de que la alianza debia ser perpetua. Podia arrostrar la impopularidad, con tal de llenar un deber imperioso (1), y aun señalar con el dedo las flotas fenicias, prontas á salir de sus puertos en cuanto ella retirase sus escuadras, ó dejase de ocuparse en la vigilancia de los mares. Por esto aceptaban los aliados aquella dominacion necesaria, que á lo menos les garantizaba la prosperidad de su comercio; y en la época á que nos referimos, no era odio lo que les inspiraba la gloriosa ciudad, sino agradecimiento. Lemnos le hacia homenaje de una estátua de Minerva labrada en bronce, la *Lemnea*, primera obra que firmó Fidias con su nombre, y la mas bella entre todas las estátuas de diosas, segun Pausanias y Luciano. Fué además la ciudad que ocupaba el segundo lugar en la confederacion; Samos fué la que pidió que el tesoro comun, depositado en Delos, fuese trasladado á Atenas, para que estuviese fuera del alcance de los del Peloponeso (460 ?). Aumentóse la contribucion en dinero, haciéndola subir de cuatrocientos sesenta talentos á seiscientos. Este aumento se debió quizás á la introduccion de otros miembros en la comun alianza; pero aunque solo hubiese pesado sobre los antiguos, apenas la hubieran sentido; pues desde 477 á 431, el dinero abundó mucho mas en Grecia, y bajó su valor, de manera que un aumento de un tercio en la contribucion, hubiera cuando mas, equivalido á la diferencia (2). Así es que no hallamos reclamacion alguna sobre este

(1) Tucídides, l. I, cap. LXXV-LXXVI; l. II, cap. LXIII.

(2) Segun dos pasajes de Plutarco y Aristófanes, se puede creer que desde Solon á Pericles el valor del dinero bajó de 3 á 1 ó sea $^2/_3$. En Francia, solo desde 1814 á 1849 bajó de 10 á 8, ó sea $^1/_5$. Leon Faucher, *Revista de Ambos Mundos*, junio de 1849. Bœckh, Shœmann y Hermann sostienen, á pesar del silencio de Tucídides, que el tributo de los aliados se pagó doble en algunos de los primeros

punto; ni hubo otra acusacion contra Atenas, por mas que quiera suponerse, que la de su inevitable supremacia. Los mitilenios rebelados no dijeron mas ni menos, y lo afirma tambien el orador de Atenas en Esparta.

Los aliados conservaban sus leyes y su constitucion interior, aun cuando fuese contraria al principio democrático, como sucedia en Samos, en Quio y en Lesbos. Solo durante la guerra del Peloponeso se adoptó como principio en Atenas el combatir en todas partes á la aristocracia, que en todas partes volvia á levantar Esparta. Tambien conservaban el derecho de guerra privada, como lo prueba la diferencia entre Samos y Mileto; y Atenas prosiguió tan perfectamente en considerarlos como verdaderos Estados, que Pericles les dirigió embajadores cuando los envió al Peloponeso y á la Beocia para el congreso pan-helénico, que en cierto momento habia pensado reunir. Atenas cometió una falta: la de dejar caer en desuso la asamblea de Delos. Hubiera debido conservar á sus aliados aquella participacion (que poco daño la hacia) en los debates interesantes para la liga. Así no se hubieran arraigado en las mentes las ideas de soberanos y de súbditos, que llevaron á algunos hasta la rebelion y á otros hasta la violencia. Mas ¿cuánta abnegacion no hubieran necesitado los atenienses para renunciar á aquel dominio sin traba alguna que se les iba á las manos espontáneamente? Verdad es que no fueron un pueblo de sábios; pero ¿ha habido uno en alguna parte? Ni el mismo Pericles pensó jamás en ello. Desde que Atenas tenia los mares libres y los persas léjos, decia él que nadie tenia que pedirle cuentas de nada (1).

El desaparecer la Dieta de Delos fué causa tambien de otra innovacion. Los aliados habian convenido al formar la liga, que la Dieta fallaria en todas las diferencias federales. Este derecho de alta jurisdiccion pasó de Delos á Atenas con la custodia del tesoro comun; pero tambien esta jurisdiccion, limitada sin duda al principio, y considerada como una infraccion patente de la alianza, invadió hasta la jurisdiccion civil, gracias

años de la guerra del Peloponeso. Grote lo niega. El discurso de Andócides, que lo afirma, es apócrifo, y el de Esquino está lleno de errores groseros.

(1) No solo no daban cuentas, sino que contrataban por si solo en nombre de todos; y excluyeron á los megarenses de todos los puertos de los aliados.

al asentimiento de las ciudades pequeñas, que de esta manera se vieron protegidas contra las grandes, y gracias tambien á la idea familiar á los griegos, que á pesar de su egoismo municipal, buscaban á veces la justicia fuera de sus muros. Los italianos de la edad media, para ser juzgados con mas imparcialidad, sometian la decision de sus causas á podestaes extranjeros; los griegos acudieron otras veces á jueces de otras ciudades. Los eginenses, verbigracia, hacian resolver sus diferencias en Epidauro, que era su metrópoli (1). Cuando Argos se propuso en 421 formar una confederacion de la cual habian de estar excluidas Esparta y Atenas, sentó como base, que solo formarian parte de ella las ciudades que tuviesen constitucion propia y jurisdiccion independiente (2). Esto prueba que algunas habria que no las tendrian. Los peloponesios tenian tambien un tribunal federal, á cuya presencia citaron los espartanos muchas veces á los atenienses.

La autoridad judicial de Atenas sobre sus aliados se extendió lo mismo que su autoridad política. Las sentencias de muerte, solo Atenas podia pronunciarlas (3); á su seno era llamada tambien toda causa política, toda desavenencia entre ciudadanos de dos ciudades, y tal vez todo litigio por cantidades mayores (4). De ahí las dilaciones, los gastos de viaje y permanencia, muy perjudiciales á los aliados; pero quizás de ahí tambien vino una justicia menos accesible á las pasiones locales. El mismo Tucídides dice, que los aliados preferian tener por jueces á todo el pueblo de Atenas, porque aquella justicia popular era su refugio y su amparo contra los excesos de los grandes (5); y en otra

(1) Herodoto, IV cap. LXXXIII.—M. Bœck llega á decir, l. III, cap. XVI: «Atenas al obrar de esta manera siguió muy probablemente el ejemplo de otros Estados, como Tebas, Elis y Argos.»

(2) Así á lo menos entiendo yo el pasaje de Tucídides, l. V, cap. XXVII: ἥτις αὐτόνομός τέ ἐστι καὶ δίκας ἴσας καί ὁμοίας δίδωσι.

(3) Antífones *Sobre la muerte de Herodes*, cap VII.

(4) Jenof (cf), *de República Athen*, pag. 694: Aristof.. *Aves*, V. 1422.

(5) Τόν δὲ δῆμον σφῶν τε καταφυγὴν εἶναι καί ἐκείνων [καλῶν κἀγαθῶν] σωφρονιστήν Tucídides, l. VIII, cap. XLVIII, 5. Isócrates va mas léjos; pues supone (Panegírico § 113, edic. Didot) que en tres meses los armostas lacedemonios dieron muerte, sin formacion de causa, á mas ciudadanos griegos que ajustició Atenas durante todo su imperio. Véase mas adelante la odiosa dominacion de Esparta que la Gre-

párrafo: «En su comercio con nosotros, los aliados tienen la costumbre de encontrar la igualdad mas perfecta. Nosotros estamos sometidos á las mismas leyes con que se les juzga, y perdemos con frecuencia nuestros litigios contra ellos.» Esta intervencion en la parte administrativa de las ciudades solo llegará á ser un verdadero inconveniente durante la guerra del Peloponeso, cuando Atenas se vea obligada por su propia defensa y por la de un imperio útil á la Grecia, á disgustar con repetidas demandas á los aliados, y, lo que es peor todavía, á cerrar los ojos á excesos cometidos por sus agentes.

Quio, Samos, Lesbos y tal vez Potidea, que á pesar de su orígen dórico solicitó ser admitida en la alianza, fueron las únicas que quedaron exceptuadas de aquella onerosa obligacion.

Estas ciudades que conservaban sus soldados, sus naves, y sus fortificaciones sin pagar tributo, y daban un contingente de guerra determinado, se puede decir que eran las únicas para quienes subsistia la primitiva alianza. Pero Atenas no podia ni debia permitir sino á las ciudades pequeñas que se separasen de ella. Justo era que contribuyesen todas á los gastos de una seguridad que á todas aprovechaba (1). Samos, no obstante, trató de eximirse. Entre esta ciudad y Mileto habia surgido una desavenencia, que dió ocasion á una guerra en que esta salió vencida. Pero en Samos se habia formado un partido democrá-

cia no pudo soportar 10 años. En otra parte he manifestado cuan difícil era para un súbdito de Roma el obtener justicia de un procónsul ó de un pretor. Tan poco comparable es la condicion de los súbditos de uno y otro imperio, como la organizacion aristocrática de los tribunales romanos, donde todo se vendia, con los δικαστήρια atenienses que mas obedecian á veces á la cólera ó á la piedad que á la justicia y á la razon; pero que á lo menos no podian ser comprados justamente por lo muy numeroso de sus individuos. En la misma Francia ¿no sucede muchas veces que habiendo fundado recelo se encarga la averiguacion de un delito á un tribunal ajeno al lugar donde se cometió?

(1) Tucídid., I, 75, 76, 99. Apenas se supo en Asia el desastre de los atenienses en Sicilia, cuando los sátrapas exigieron de las ciudades griegas el tributo que ya no pagaban hacia 50 años. (Véase mas abajo *ad hunc locum*, y Tucid., VIII, 5). La flota ateniense cubria á los griegos sicilianos y á los italiotas al mismo tiempo. Desde 480 á 410 Cartago no se atrevió á dirigir un solo ataque contra ellas, por temor de verse bajo las armas de la gran ciudad. Tucídides, VI, 34: Hermócrates aconsejó á los siracusanos que solicitasen el socorro de los cartagineses, que, segun dice, ἀεὶ διὰ φόβου εἰσὶ μή ποτε Ἀθηναῖοι αὐτοῖς ἐπὶ τὴν πόλιν ἔλθωσιν.

tico que solo esperaba el momento de derribar la fraccion oligárquica, dueña entonces del gobierno; partido que se unió á los de Mileto, para solicitar el apoyo de Atenas. Recibieron los de Samos órden de suspender las hostilidades y de poner su contienda en manos de un tribunal ateniense; pero se negaron á ello, y entonces dirigiéndose Pericles á Samos con cuarenta galeras, la dió una constitucion democrática, la hizo pagar una suma de veinte talentos por los gastos de la expedicion, y se llevó como rehenes cincuenta mancebos y cincuenta hombres que dejó en Lemnos.

Un gran número de samios, pertenecientes al bando vencido, se habia puesto en fuga y dirigido á Pisutnes, sátrapa de Sardes. Apenas se habian marchado los atenienses, cuando aquellos pusieron en pié setecientos hombres pagados con el oro del sátrapa; pasaron á Samos durante la noche, y derribaron el gobierno democrático. Pericles habia dejado en la isla una corta guarnicion ateniense, que fué entregada á los persas; y antes de que circulase la noticia de tan atrevido golpe de mano, fueron á recobrar sus rehenes depositados en Lemnos. Bizancio se asoció á aquel movimiento, y aun trataron de levantar el Peloponeso en general contra Atenas. La cuestion se debatió con calor en una asamblea que celebraron los aliados de Esparta. Corinto, que en aquel momento estaba muy animada contra una de sus colonias, tachó de rebelion la conducta de los de Samos, y aunque enemiga de Atenas, consiguió que la proposicion fuese desechada. Antes que pasen diez años tendrá que defender la causa contraria. Ante el nuevo acto de rebeldia de Samos, los atenienses nombraron, para reprimir la insurreccion, diez generales, en cuyo número entraron Sófocles, el poeta trágico, y Pericles. Tenian sesenta buques á sus órdenes; parte de ellos fué á observar á la flota fenicia que no tardaron en llamar en su auxilio los grandes de Samos; las cuarenta y dos restantes derrotaron las setenta galeras de Samos. Socorros llegados de Atenas, de Quio y de Lesbos permitieron desembarcar en la isla y sitiar la capital. Durante las operaciones del sitio, Pericles con sesenta velas fué á cruzar por las costas de Caria, en busca de los fenicios. Pero durante su ausencia los de Samos sorprendieron y echaron á pique parte de la flota ateniense, vencieron á

las otras naves é introdujeron refuerzos en la ciudad. Vuelve Pericles inmediatamente, rechaza á los de Samos dentro de sus muros, y estrecha fuertemente el bloqueo con doscientas galeras. Defendiéronse los sitiados por espacio de nueve meses completos, apesar del hambre y de las nuevas máquinas de guerra con que atacaba Pericles sus murallas. Esta guerra se hizo con tanto furor, que unos y otros marcaban á sus prisioneros con un hierro candente. Por último, se hizo indispensable la rendicion de la plaza, puesto que no les llegaba socorro alguno del Asia ni del Peloponeso. Los samios tuvieron que derribar sus fortificaciones, entregar sus buques, y pagar los gastos del sitio. La sumision de Bizancio tampoco se hizo esperar mucho.

Esta guerra tuvo á la Grecia como en suspenso durante algun tiempo. No habia carecido de peligros, porque los persas y los peloponesios estaban dispuestos á obrar al primer contratiempo grave que sufriesen los atenienses; y Tucídides (lib. V, cap. LXXVI) dice que Samos estuvo á punto de arrebatar el imperio del mar á Atenas. Y efectivamente, aquella isla habia conservado siempre una marina considerable, restos de su antigua prosperidad, que hubiera podido llegar á ser el nucleo de una liga marítima. Si aquella guerra hubiera sido menos grave, Pericles no hubiera incurrido en la presuntuosa ligereza de compararla al sitio de Troya, que duró diez años, decia él, mientras que el de Samos solo habia durado nueve meses.

Me quedan todavía algunas observaciones que hacer respecto á esta guerra. Veo en primer lugar las activas diligencias de los disidentes á fin de mezclar á los persas en su querella, lo cual legítima el imperio de Atenas, demostrando que á no ser por su firmeza en conservar reunidas las ciudades, sus divisiones les hubieran entregado sin defensa al gran rey; veo tambien la fidelidad de los aliados, de los cuales no flaqueó ninguno, prueba de que aquel imperio no era tan odioso; la moderacion de Atenas, que venciendo á Samos despues de una tenaz resistencia, no le impuso condiciones mas onerosas que las de Taxos, y Egina, sin venganzas particulares; y en fin, su derecho á castigar una defeccion culpable, puesto que en aquella ocasion no habia hecho mas que aplicar el principio proclamado por la misma Corinto su rival, y en otro tiempo su enemiga, en

medio del congreso de los peloponesios. «Cada uno de los Estados confederados tiene el derecho de reducir á los miembros rebeldes.» Bueno es insistir sobre estos hechos, porque rara vez se ha hecho justicia al pueblo de Atenas, á aquella gloriosa democracia, ingrata algunas veces, es cierto, violenta y variable; pero que expió sus faltas con su entusiasmo, con todo lo bello y grande, con las obras maestras que ha inspirado, con sus artistas, pensadores y poetas que ha dado al mundo. Esquilo, Sófocles y Eurípides, Fidias y Aristófanes, Sócrates y Platon, todos, y algunos de ellos á pesar suyo, aun militarán en su fávor en la posteridad (1).

Las colonias; grandeza y debilidad del imperio ateniense.

Además de las ciudades sometidas y aliadas, poseia Atenas colonias numerosas. Pericles habia comprendido la triple ventaja de las fundaciones coloniales, para disminuir en la ciudad el número de los pobres (2); para ocupar á grandes distancias, con be-

(1) Un sábio historiador de la Grecia, el obispo Thirlwall, habla de *«all the attempts which for the last forty years have been systematically made in our own literature, the periodical as well as the more permanent, ior political and another purposes to vilify the Athenians*. En Alemania el profesor Drumann, *Geschischte des Verfalls der grieschischen Staaten* ha excedido en este concepto á toda violencia. No olvidemos tampoco que *todas* estas noticias nos las trasmitieron los amigos de la oligarquía, los que son sistemáticamente opuestos á la democracia ó que la deben sufrimientos: Tucídides, á quien Dionísio de Halicarnaso echa en cara su amargura y su severidad para con su patria (*Juicio sobre los principales historiadores*, edic. Reiske, pag. 774); Aristófanes, cuyas virulentas sátiras no eran menos parciales que las comedias políticas de Francia; Platon, el discípulo de Licurgo lo mismo que de Sócrates; Jenofonte, á quien querriamos, como algunos filósofos, no considerarle autor del odioso tratado *de la República*. Entre los enemigos del pueblo ateniense debemos contar al mismo Voltaire, que atribuye todo lo de Atenas, su gloria y su poderío, á sus grandes hombres; pero porque al sostener esta tésis defendia su propia causa. Montesquieu tambien se atreve á escribir (espíritu de las leyes, l. VIII. cap. IV): «La victoria de Salamina corrompió la república de Atenas.» Pero ¿qué corrupcion es esta, de donde nacen tan grandes cosas? ¿qué mal es ese que da la vida y la fuerza? Hace trescientos años hacia Maquiavelo la observacion siguiente: «Siempre se puede hablar mal del pueblo, sin peligro alguno, aun allí en donde reina; pero (añade) *dei principi si parla sempre con mille timori e mille rispetti» Discorsi sopra Tito Livio*, l. IV, cap. LVIII.

(2) Estos colonos se llamaban *cleroucos*. El Estado les daba armas y dinero para su viaje. Tucídides, l. III, cap. L. Plutarco *Pericles*, cap. XXXIV.

neficio del comercio y poderío de Atenas, posiciones importantes; para dar á los ciudadanos tierras de producto mas seguro que el de los del Atica, expuesta, desde la defeccion de Megara, al pillaje de los del Peloponeso. La Eubea habia ya dado ingreso á 4000 colonos y otros 2000 ciudadanos fueron á establecer en su suelo, sobre las ruinas de Histiea, la ciudad de Orea que dominó la navegacion de los golfos Maliaco y Pagaseo. Otras habia en Calcis, que era la puerta de la Eubea. La isla que á falta de los trigos del Euxino, debia ser el granero del Atica, se halla por este medio cogida por uno y otro lado. Enviáronse quinientos á Naxos y doscientos cincuenta á Andro, para dominar desde allí las Cicladas. Las tierras de Esciros, una de las etapas de la travesía del Pireo á la costa de Tracia, pertenecian á propietarios atenienses. Ya hemos hablado de la importancia que daban á Tracia las minas de oro del monte Pangeo, sus maderas de construccion, sus fértiles terrenos, y sus rios que penetraban en lo interior de vastas regiones; estableciéronse mil colonos en la Bisalcia, y llevando á cabo Anon, hijo de Nicias, en 437 el proyecto de una colonia en las Nueve-Vias, proyecto que tan mal resultado tuviera anteriormente, quitó este territorio á los edonios, y fundó en él, entre dos brazos del Estrimon, la ciudad de *Anfípolis*, cuyo sitio la prometia un porvenir brillante. Imbros y Lemnos, á la entrada del Helesponto, estaban todavía ocupadas por los descendientes de los colonos que enviara Milcíades y que conservaban su título y sus derechos de ciudadanos atenienses. Entonces, lo mismo que hoy dia, eran celebradas las pesqueras del Euxino, y sobre todo la fertilidad de las inmensas llanuras á orillas de aquel mar, por la parte N. En ellas hacia casi todas sus provisiones la estéril Atica, por esto desde mucho antes habia procurado sentar el pié en su suelo. Aun antes de la guerra meda, Milcíades el antiguo ocupó ya el Quersoneso, desde donde se abre ó cierra á placer, el paso del mar Egeo al Euxino. Despues de Salamina la atencion preferente de Atenas, fué arrojar á los persas de aquel punto, á donde envió Pericles mil colonos; y para poner á dicha península al abrigo de las incursiones de los bárbaros, levantó de nuevo la muralla, fortificada á trechos, que el antiguo Milcíades habia construido sobre el istmo. Ya hemos visto que tambien se habia apoderado de Bizancio despues de la

rendicion de Samos. Hasta en el mismo fondo del Euxino llegó á tener establecimientos.

Sínope, colonia de Mileto, estaba desgarrada por las facciones. El partido democrático habia entrado en lucha con el tirano Timesilaos. No pudiendo esperar nada de Mileto, muy débil entonces, llamó en su auxilio á Pericles, que al frente de una flota numerosa, se dirigió á aquellos sitios para ostentar el poderío de Atenas. Pericles dejó en Sínope trece buques á las órdenes de Lamacos que hizo emprender la fuga al tirano. El partido vencedor ofreció en recompensa los bienes de los desterrados á seiscientos atenienses. Hácia la misma época Amisos recibió en su territorio á un gran número de atenienses, para que en tiempo de Mitrídates la poblacion de la ciudad fuese considerada como originaria del Atica.

Al mismo occidente enviaba Atenas sus colonias. Los habitantes de Sibaris, cincuenta y ocho años despues de la completa destruccion de su ciudad, habian intentado reedificarla. Los crotonenses veian ya á Sibaris levantarse de sus ruinas mas amenazadora, y dispersaron á los nuevos colonos. Estos desgraciados imploraron el apoyo de Esparta y de Atenas: la primera se negó á comprometerse en una empresa cuyo teatro estaba tan léjos; pero en Atenas, su peticion fué atendida, gracias á Pericles. Se llamó á todos los extranjeros que quisiesen formar parte de aquella colonia, y entre ellos se hallaron el historiador Herodoto y el orador Lisias. La ciudad de Turios, que tuvo la honra de contar estos dos nombres entre los de sus fundadores, no lo pudo considerar al principio como una gran suerte. Los restos de la antigua ciudad sibarita, manifestaban un orgullo y unas pretensiones que ofendieron á los nuevos pobladores, y fueron completamente esterminados en la terrible lucha suscitada por su vanidad. Desde entonces, Turios, que adoptó las instituciones de Carondas, permaneció tranquila así en lo interior como en lo exterior. Quizás tambien tomarian parte algunos atenienses en la fundacion de Parténope en el mar Tirreno.

En el antiguo sistema colonial de los griegos, no tardaba mucho la colonia en ser extraña á la metrópoli; mas Pericles que solo habia fundado tantos establecimientos para mantenerlos en estrecha union con Atenas, conservaba á todos los colonos

del mar Egeo su título y sus derechos de ciudadanos (1); ensayando así, aunque por otros medios, lo que tan bien supo Roma llevar á cabo. Pero Roma, potencia continental, colocada muy céntricamente en su imperio y con sus colonias al alcance de la mano, pudo mantenerlas bajo su dependencia tanto por su proximidad como por la formidable superioridad de sus fuerzas. Atenas, potencia marítima y comercial se vió obligada á esparcir sus colonias á lo léjos, demasiado léjos para que no cayeran en la tentacion de librarse de su influencia: un título inútil no era bastante contrapeso á la oposicion de sus intereses.

Por otra parte, la fundacion de colonias numerosas, no es mas que la mitad del sistema romano, sistema que se completaba con la admision en muy grande escala de extranjeros al título de ciudadanos; y Atenas no practicó nunca una política tan liberal. En 444, el príncipe libio Psamméticos, dueño de gran parte del bajo Egipto, hizo un presente de trigo para que se distribuyese entre el pueblo. Pericles formó una estadística de los verdaderos ciudadanos, y excluyó á todos aquellos que no eran hijos de padre y madre atenienses. Así perdieron aquel título mas de cinco mil habitantes, y el número de los que lo conservaron despues de aquella prueba fué poco mas de catorce mil. El mismo Temístocles, si hubiese vivido entonces, hubiera quedado como un extranjero en Atenas, puesto que su madre no era ateniense; y la ciudad que le debia su salvacion, lo habria vendido como esclavo, si hemos de dar crédito al relato que supone que Pericles hizo aplicar á los cinco mil metecas la rigorosa ley promulgada contra los que usurpaban el título de ciudadanos. ¡Qué diferencia si, como hizo el senado de Roma, Pericles hubiese abierto poco á poco la ciudad á los extranjeros; si los derechos políticos hubiesen sido concedidos á muchos en vez de quedar encerrados en un estrecho círculo! Atenas en lugar de catorce mil ciudadanos, hubiera tenido dos ó trescientos mil, como los tuvo Roma, y descansando el imperio sobre una ancha base, no se hubiera desplomado al primer embate. Segun opinion de algunos escri-

(1) Los colonos pagaban el impuesto cuando se estableció una contribucion territorial á Atenas, para que fuese patente que las colonias formaban en efecto parte del suelo ateniense. La ausencia motivada por un viaje á Lemnos y á Imbros, era aceptada por los tribunales de Atenas como una disculpa valida.

tores, Atenas mandaba á quince millones de hombres, cantidad que me parece exagerada; pero aunque aquellos no fuesen mas que la mitad, con la insignificante minoría de catorce mil ciudadanos, no podia tener sometida á tanta muchedumbre. Ahí está el secreto de su debilidad, y Pericles que tan claro veia, no tiene excusa de no haber visto que ó Atenas debia renunciar á su imperio, ó á su egoismo municipal (1).

Jenofonte, si bien es verdad que vivió una generacion despues, comprendió que allí estaba su salvacion única. «Favorezcamos á los metecas, escribia (2); de este modo aseguraremos una de nuestras mejores rentas, puesto que ellos son los que derraman la abundancia en nuestro seno, y que en vez de ser gravosos al gobierno, pagan un impuesto por sus viviendas. Suprimamos todas las servidumbres que les humillan, tan odiosas como inútiles para el Estado; y aun deberíamos dispensarles de servir en la infantería pesada como á los atenienses. Hagamos mas: recibámosles hasta en la clase de los ginetes; así nos ganaremos su amistad, así atraeremos hácia nosotros á todos los que en otra parte no tengan el derecho de ciudadanía, y con su número vendrán á aumentar la riqueza, la poblacion y el poderío de nuestra república.»

Esta era la verdadera política; mas Pericles, lo mismo que Platon y Aristóteles, solo comprendia la ciudad con la soberanía de una clase media poco numerosa. La Asamblea general no contaba nunca sino con unos cinco mil votantes. Aquello no era un pueblo, como ya he dicho: aquello era una corporacion que gobernaba un imperio.

(1) He examinado esta cuestion en mi *Historia de los Romanos*, tomo I, pag. 314 y siguientes. Sin embargo, hay que convenir en que Atenas no podia reclutar (como lo hizo largo tiempo Roma en el Lacio y en Italia) muchos hombres que tuviesen su mismo idioma, costumbres é ideas. El comercio y la industria no atraian á Atenas á los hombres del Peloponeso y de la Grecia central, sino asiáticos y tracios, cuyo espíritu era muy diferente: mas adelante veremos cuan pernicioso fué su influjo. Si esa mescolanza se hubiese verificado mas pronto y en mayores proporciones, quizás no hubiera rayado tan alto la pureza del espíritu ateniense en el siglo de Pericles.

(2) Rentas del *Atica*, cap. II.

Fuerzas militares y rentas públicas (1).

Verdad es que el imperio á que nos referimos, tenia para su defensa, recursos que parece la ponian en el caso de arrostrarlo todo. Poseia Atenas 300 triremos dispuestos á hacerse á la vela y vastísimos arsenales, cuya primera idea fué debida á Temístocles, para reparar brevemente las averías que con frecuencia sufrian aquellas naves, por la mala calidad de las maderas que en su construccion se empleaban. Esta flota estaba bajo la vigilancia del senado de los quinientos. Su tripulacion debia ascender á sesenta mil hombres.

Contando los ciudadanos y los metecas, á la primera señal podian entrar en campaña trece mil hoplitas; en las guarniciones se empleaban diez y seis mil, mas ó menos jóvenes. La caballería se componia de mil doscientos hombres bien montados, inclusos los arqueros á caballo; mil seiscientos arqueros entre los cuales habia mil doscientos escitas, servian á pié.

Sumando las fuerzas de mar y tierra se encuentra un total de noventa y dos mil, total enorme si se atiende á que la poblacion del Atica no excedia de quinientas mil almas, y aun quizás no llegase, ni con mucho á tanto. Pero allí, todos, jóvenes y viejos eran soldados; los metecas y los esclavos servian hasta en los buques, y aun se hacian enganches de extranjeros, arqueros escitas ó cretenses.

Si bien es verdad que el entretenimiento de los ejércitos no costaba en aquellos tiempos, tanto como en los modernos, porque no habia artillería, y porque cada ciudadano tenia que equiparse á sus expensas, no es menos cierto que tan gran número de hombres armados, ocasionaba gastos considerables. La construccion de los buques, el sueldo de los hoplitas y de los ginetes, el de los jueces, la indemnizacion á los ciudadanos que asistian á las asambleas, las distribuciones gratuitas de trigo, los crecidos gastos para las fiestas, y sobre todo para las grandes obras que

(1) Para todo este párrafo véase Boeckh, *Economía política de los Atenienses*. Exponemos con algunos pormenores el completo del presupuesto ateniense, porque los demás estados griegos tenian, aunque en proporcion menor, y segun las circunstancias, gastos semejantes. «A excepcion de los tributos, dice Boeckh, tom. II, pág. 4, los demás Estados griegos tenian iguales rentas.»

hizo Pericles, era muy fácil que costasen mil talentos, ó sean 20.866.620 reales al año. ¿Cómo hacer frente á tales gastos que se aumentaban á la mas pequeña guerra?

Los griegos no estaban por las contribuciones directas: les parecia tiránico, á no ser en casos de urgente necesidad, el hacer que los impuestos recayesen sobre la propiedad, el trabajo ó la persona de los ciudadanos. A su modo de ver, las mejores rentas eran las que provenian de los bienes del Estado y de los impuestos indirectos. Para los casos de peligro, contaban con los donativos voluntarios (que muy raras veces hacian falta), y para los períodos ordinarios, con los préstamos de los ricos. Respecto á los extranjeros que vivian en la ciudad y hacian su tráfico amparados por sus leyes, tenian que pagar un tributo como precio de la facilidad que Atenas proporcionaba á su comercio, y el esclavo, una capitacion, como rescate de su cabeza. En virtud de estos principios habia en Atenas seis orígenes principales de rentas.

1.° El producto de los *dominios* del Estado: bosques, pastos, terrenos laborables, casas, salinas, aguas, minas, etc. (1). Estos dominios estaban arrendados, á fin de ahorrar al Estado los inconvenientes que hubiera llevado consigo la creacion de un ejército de funcionarios públicos que los administrasen. El precio del arriendo se pagaba generalmente en metálico. Las minas de plata del Laurion, se extendian en una longitud de 11.000 metros, desde una á otra orilla, entre Anaflisto y Toricos, aldea junto á la cual se encontraban piedras semejantes á las esmeraldas. Esas minas llegaron á redituar hasta cuarenta talentos en tiempo de Temístocles, que los hizo emplear en la construccion de buques. En tiempo de Sócrates y de Jenofonte ya eran mucho menos productivas (2). El Estado sin enajenar la propiedad de las minas, las arrendaba á perpetuidad; de manera que su posesion era trasmisible entre los particulares. Los *poletas* vendian, aunque solo á los ciudadanos y á los isótelas el derecho de explotar

(1) Los templos, propiedad del estado ó de las comunas, tenian sus bienes, y los daba tambien en arrendamiento para atender con su producto á los gastos del culto. Boeckh, lib. II, cap. II.

(2) Este aserto es de M. Boeckh. Sin embargo, Jenofonte dice expresamente, *Rentas del Atica*, cap. IV: «Léjos de menguar, va en aumento su riqueza.»

porciones del valor de un talento poco mas ó menos. Además de este precio, el Estado solia percibir anualmente un veinte y cuatro avo del producto. Fuera del Atica tenian los atenienses las minas de oro de Tasos y las de Escapta-Hilea, en Tracia, que juntas producian de dos á trescientos talentos. El historiador Tucídides explotaba parte de las minas de Escapta-Hilea, donde escribió su historia.

2.° Las *multas*, las *costas* de los litigios y las confiscaciones. Estos eran ingresos de mucha consideracion: Jenofonte da á entender que bastaban para pagar los honorarios de los jueces (1).

3.° *Aduanas*. En el *emporio* donde se hacia el comercio marítimo al por mayor, se pagaban impuestos por arancel, é igualmente en el *mercado* donde se vendia al por menor. Además, toda mercancía importada ó exportada por mar, tenia que pagar un dos por ciento siempre en dinero, nunca en especie (2). Tambien se daba en arriendo el producto de este derecho. Los granos, solo pagaban por concepto de importacion, redituando anualmente unos diez talentos. Las demás mercancías, como el ganado, las salazones, el vino, el aceite, la miel, los metales, etc. producian mas. Es probable que se pagase tambien un uno por ciento por permanencia en el puerto, y otro los extranjeros por vender en el mercado. Acerca del comercio de tierra, nada se sabe.

4.° *El arancel de los extranjeros* domiciliados en Atenas *(metecas)*. Este era de doce dracmas anuales para las cabezas de familia y de seis para los niños. Las viudas de meteca pagaban tambien sies dracmas. Los libertos pagaban, además de este impuesto tres

(1) En las acciones públicas, el acusador que no obtenia por lo menos la quinta parte de los sufragios pagaba una multa de 1000 dracmas. En Grecia ni en Roma no se conocia el ministerio público, y así se tenia á raya á los sicofantas que por otra parte no siempre merecieron el desprecio que va unido á su nombre; pues los culpables hubieran tenido impunidad, si algun ciudadano no los hubiese hecho comparecer ante los tribunales, de su cuenta y riesgo. Lo que en un principio era abnegacion cívica y el pensamiento dominante en todos los buenos ciudadanos como Efialtes y Licurgo, se convirtió despues en un oficio. Todo tiene sus inconvenientes; ¿caso la institucion del ministerio público no quita hoy toda iniciativa al ciudadano?

(2) Este impuesto dió el año 400, treinta y seis talentos al Estado y seis al arrendatario. Lo cual supone un movimiento de solo dos mil talentos ó 41.733,280 de reales. Verdad es que Atenas aun no se habia repuesto de sus desastres. Andócides. *Sobre los Misterios*, cap. XXIII.

óbolos que probablemente seria la capitacion de cada esclavo pagada por su dueño. Sobre las cortesanas pesaba una contribucion especial. El meteca que no pagaba su cuota, era vendido.

5.° Los *tributos* de los aliados, que entonces importaban seiscientos talentos. Mas adelante fueron sustituidos con una vigésima sobre las mercancías, tanto por importacion como por exportacion, de modo que así se doblaba la renta.

6.° Las contribuciones de los ciudadanos, que eran de dos clases: el *impuesto sobre los bienes*, y las *liturgias* ó prestaciones debidas al Estado. Los huérfanos estaban exentos de la liturgia; pero no del impuesto. Habia cuatro liturgias principales: la *coregia*, ó preparacion y direccion de los coros para los espectáculos; la *gimnasiarquia*, ó conservacion de los gimnasios que proporcionaban luchadores para los juegos públicos; la *hestiasa*, ó cuidado de los festines públicos, que se celebraban en ciertas circunstancias, y la *architeoría*, para conducir á Delos ó á Delfos diputaciones solemnes.

La *trierarquía*, era una liturgia muy antigua y tambien la mas útil. Consistia en la obligacion impuesta á los ciudadanos mas ricos de ocurrir al armamento y conservacion de las galeras que el Estado construia. Esta obligacion duraba para cada ciudadano un año, cesaba durante dos, y turnaba al año siguiente. Los trierarcas eran en número de ciento veinte. Cada una de las diez tribus nombraba ciento veinte. A los últimos de la guerra del Peloponeso, reuniéronse los trierarcas menos ricos para repartirse el gasto que no hubiera podido sufragar uno solo. En 357 se les dividió en veinte clases, subdivididas segun las fortunas, en secciones de cinco á diez y seis miembros, y cada seccion quedó encargada de los gastos de conservacion de una galera, al mando de uno de sus individuos. En 340 introdujo Demóstenes una organizacion con la cual impidió que esta liturgia fuese una carga demasiado pesada. No por esto dejaba de ser onerosa; pero los que eran nombrados para ella podian eximirse, señalando á otro individuo mas rico que ellos: de modo que la tierarquía venia á ser el rescate de las grandes fortunas, pagado bajo un sistema igualitario. Atenas, que era menos celosa que Esparta, consentia en respetar la riqueza; pero á condicion de que esta se manifestase patriótica, y de que en nombre del Estado diese al pueblo ciertas

fiestas y trabajo; á condicion de que aprontase la caballería para el ejército de tierra, y los buques para los marinos que desde su puente defendian con su brazo y con su pecho la fortuna de Atenas (1). Es de advertir que los ricos no dejaban de encontrar una compensacion á sus gastos; porque por este medio se hacian presentes al pueblo para los dias de elecciones.

Fijar una cifra exacta de las rentas públicas, es imposible. Unos suponen que ascendian á mil talentos; Aristófanes las hace ascender á dos mil, cantidad que nos parece muy exagerada. No olvidemos, sin embargo, que apesar de los grandes gastos de Pericles, habia un sobrante de nueve mil sietecientos talentos en el tesoro, antes del sitio de Potidea. Ahora bien: como el dinero valia entonces siete ú ocho veces lo que hoy dia, contando solo con un ingreso de mil quinientos anuales por término medio, tendremos poco mas ó menos de ciento treinta á doscientos millones de reales, que viene á ser lo que tiene de ingreso la ciudad de París. Otro indicio de la riqueza pública y otro recurso para el Estado es la riqueza de los particulares, que allí para todos va en aumento, y aun es demasiado grande para algunos. En tiempo de Solon, era considerado como una gran fortuna un capital de siete talentos; en el de Cimon, el rico Calias, pagaba sin empobrecerse una multa de cincuenta talentos; Temístocles poseía el duplo ó el triple. Nicias tenia ciento, como Alcíbiades, y mas de mil esclavos que trabajaban para él en las minas; de modo que si la guerra

(1) Mr. Boeckh que no es amigo, ní mucho menos, de la democracia ateniense, no se presenta contrario á la trierarquía, que era la mas dispendiosa de aquellas liturgias que han dado orígen á tantas declamaciones contra Atenas. El mismo ha hecho observar que en Atenas nunca fué muy grande la desigualdad de las fortunas. Nosotros debemos añadir que esa desigualdad que encierra el doble peligro de crear una clase demasiado rica y con harta frecuencia ambiciosa y servil al mismo tiempo, y á otra clase demasiado pobre, servil tambien y siempre dispuesta á las revueltas; solo comenzó á hacerse sentir en tiempo de Demóstenes. Este orador dice que los ciudadanos creen gozar de una fortuna mediana cuando poseen 15 ó 20 talentos en bienes raices y pueden dar en dote á sus hijas 100 minas de oro. Aun despues de los treinta tiranos, no habia llegado á 5000 el número de ciudadanos que no poseyesen alguna propiedad territorial. Dionisio de Halicarn. *Lisias*, 32. En los buenos tiempos de Atenas son pocos los ricos y pocos los pobres: es el *aurea mediocritas* de Horacio, tan buena para el Estado como para el individuo. Montesquieu aprueba las liturgias.

hubiese dejado exhausto el tesoro público, los particulares hubieran podido reponerlo.

Esas fortunas eran muebles, puesto que tanto el Ática como el resto de la Grecia, era país de poco cultivo y de pequeñas propiedades. Los bienes raices de Alcíbiades no pasaban de veinte y ocho hectáreas, y sin embargo, eran tenidos por muy considerables. El comercio, la industria, la banca, eran los verdaderos orígenes de la riqueza, y sobre todo la repartian entre un crecido número de ciudadanos. La riqueza estaba entonces muy dividida. «No habia nadie, dice Isócrates, que fuese bastante pobre para avergonzar al Estado pordioseando (1).»

Cambio en la politica exterior de los atenienses.

Mas ¿para qué iba á servir todo aquel poderío? Cuando Pericles regresó de Samos á Atenas, despues de la rendicion de aquella isla, hizo la oracion fúnebre de los guerreros muertos en la pelea. De tal modo conmovieron á la multitud sus palabras, que al bajar de la tribuna, los atenienses corrieron á coronarle á porfía de guirnaldas y de flores, tal como se coronaba á los atletas vencedores al volver de Olimpia. Acercósele empero Elpinice y le dijo: «Por cierto que son magníficas tus hazañas, Pericles, en verdad que te has hecho digno de esas coronas! Nos has hecho perder muy excelentes ciudadanos, y no peleando contra los medas, los fenicios y los bárbaros, como hacia mi hermano Cimon; sino destruyendo una ciudad que es de nuestra propia sangre y nuestra aliada.»

(1) Isócrat., *Areópag.*, 38; Boeckh, lib. IV, cap. III. Atenas no participaba del desprecio de casi toda la antigüedad hácia los trabajos manuales. Tenia una industria floreciente y semejante á la de París. Como sucede con los artículos elaborados en la capital de Francia, sucedia con las armas, los objetos de metal, los muebles y la teneria de Atenas; siempre se vendian en todos los mercados con ventaja sobre los géneros análogos de otras partes. Su alfarería llegaba hasta Gades; sus obras de arte, sus libros, se extendian por todo el mundo conocido; sus tejidos eran tambien muy estimados. La actividad de su comercio era tal que Isócrates, *Panegírico* llama al Pireo «mercado de toda la Grecia» Otra ventaja tenia, y era su moneda, deseada en todas partes, como «lo han sido» las piezas francesas de 5 francos. «La mayor parte de las ciudades usa monedas que solo en su interior circulan; por cuyo motivo sus mercaderes se ven obligados á vender géneros á cambio de géneros. Solo Atenas hace circular por todas partes sus dracmas de plata.» Jenofonte, rentas del Atica, lib. III, cap. III.

Las palabras pronunciadas por aquella mujer, manifiestan el cambio que desde algunos años antes se habia verificado en el gobierno de Atenas. Pericles no pensaba ya en los bárbaros, á la sazon arrojados de los mares de Grecia, y que hubiera sido inútil ir á buscarlos al Asia; y reprendia con dureza á los que comenzaban á hablar de la conquista de Egipto, ó de hacer armas contra la Sicilia. Así como aquel sábio romano pedia á los dioses, no el acrecentamiento, sino la conservacion de la fortuna de Roma, así Pericles creia que mejor era emplear los recursos de Atenas en guardar sus posesiones, que en extenderlas, y que era necesario que aprovechase la paz las fuerzas que ya no aprovechaba la guerra. Atenas entregaba al genio del comercio y de las artes aquellos mares pacíficos y aquellas ciudades á quienes cubria con su proteccion poderosa. Al abrigo de aquella égida, se entregaba el pueblo griego á la fecunda obra de la civilizacion, siempre guiado por aquella ciudad que marchaba á su frente. Para esta no habia llegado aun la época de las locas empresas. Ocupada exclusivamente en materias de arte, de literatura y de comercio, renunciaba á la política agresiva de Cimon y todavía no aceptaba la aventurada de Alcíbiades. En esto consiste la belleza de aquel momento de la vida del pueblo ateniense y la verdadera grandeza de Pericles, que es quien preside á tan gloriosa y tranquila prosperidad.

Constitucion de Atenas à mediados del siglo V.

En tiempo de Pericles tomó la constitucion aquella forma que conservó hasta los últimos dias de la independencia de Atenas. Ya hemos visto como Arístides hizo declarar todos los cargos accesibles á todos los ciudadanos; como Efialtes arrebató al areópago, foco de oposicion aristocrática, sus mas importantes prerogativas, sin quitarle empero la pública estimacion y la influencia moral que aun dos siglos despues poseia aquel senado, como lo demuestran los dos hechos siguientes, referidos por Demóstenes en su discurso de la corona. Un desterrado que, burlando la ley penetró en la ciudad, supo seducir al pueblo con sus bellas frases, de manera que este le absolvió del quebrantamiento de su condena; pero el areópago mandó instruir de nuevo su proceso y le volvió á imponer igual castigo. En otra ocasion el

pueblo eligió diputado para el consejo anfictiónico al orador Esquino, cuya reputacion de integridad no estaba bien sentada; declara el areópago que conviene nombrar en lugar de aquel á Hipérides, y el pueblo acepta la eleccion y confiere sus votos á Hipérides.

En una ocasion que no podemos fijar, pero en que indudablemente obraba la influencia de Efialtes y de Pericles, se hizo dar un paso mas á la democracia. Existe en efecto una cosa mas democrática que la eleccion por el sufragio universal, y es la eleccion por medio de la suerte (1); porque los cargos accesibles para todos suele el pueblo confiarlos únicamente á los grandes, como sucedió en Roma, despues de la creacion del tribunado militar. Resolvióse pues, que las magistraturas se conferirian á los individuos designados por la suerte. Hay quien se pasma y quien se escandaliza de ver á los pilotos designados por el azar; pero ello era cosa muy posible tratándose de una ciudad pequeña, cuyo pueblo componia una verdadera aristocracia; donde cada ciudadano poseia una parte efectiva de soberanía, y formaba diariamente su educacion política en las discusiones del agora y en los tribunales de justicia. Las funciones mas delicadas é importantes, como las de general, fueron exceptuadas de aquel método. Los diez estrategas que tenian á su cargo todos los negocios militares y la política extranjera, los verdaderos magistrados de la ciudad, fueron siempre elegidos. Respecto á los arcontes y senadores, se dispuso que solo entrasen en suerte los que públicamente se habian presentado candidatos. Es de advertir que estos, al dar su nombre, tenian que sujetarse á un exámen, cuyo resultado podia ser una sentencia de indignidad; que al dejar su puesto tenian que rendir cuentas muy severas, porque entonces todo ciudadano tenia derecho para llamarlos á juicio; y por último, que durante el desempeño de sus funciones, estaban bajo la vigilancia de los siete custodios de la ley (los nomofílacos),

(1) Herodoto, lib. III, cap. LXXX; Aristóteles, *Política*, lib. IV, cap. IX; Montesquieu, *Espíritu de las leyes*, lib. II, cap. II; consideran como esencial en la democracia la eleccion de los magistrados por la suerte; pero debemos añadir que esto es con referencia á las ciudades griegas, que solo contenian algunos millares de ciudadanos, todos casi iguales en educacion ápesar de la diferencia de sus fortunas

que tenian poder para obligarles á ajustarse á las leyes. De manera, que la libertad habia ganado con aquel método: la parte dejada á la suerte era bastante poca para que inspirase temores.

Y en efecto, los magistrados cuyo cargo era debido al azar, nunca desempeñaron mas que funciones secundarias. Los arcontes y el senado fueron definitivamente despojados de su autoridad judicial, y no pudieron imponer sino pequeñas multas. El mismo areópago solo llegó á conservar de su antigua jurisdiccion las causas de homicidio. Como toda la autoridad militar y política habia pasado á los estrategas, pasó del mismo modo á los heliastas toda la jurisdiccion civil y criminal; estos se dividieron en diez tribunales, que se sorteaban para cada una de las causas, á fin de que la venalidad no fuese posible; y á veces eran en número de muchos miles, lo cual impedia la intimidacion. Se votaba en secreto bajo la presidencia del arconte que habia entendido en la instruccion preliminar de la causa. Así se presentaba en Atenas el gran principio de la division de los poderes, que ni Roma ni la edad media conocieron.

El poder legislativo permaneció por entero á la asamblea general. Pero ¡con cuántas ataduras no se encadenó por su propia mano esa democracia que se nos suele pintar tan loca y variable! En primer lugar, solo podia poner á votacion las proposiciones que emanaban del senado (1). Si queria cambiar una de las leyes *constitutivas*, tenia que recurrir al pausado procedimiento de los tesmotetas, cuyo establecimiento quizás sea debido á Pericles. Todo ciudadano tenia la iniciativa de las leyes; pero bajo una responsabilidad gravísima. Antes de que un orador propusiese una disposicion nueva, tenia que cerciorarse bien de que no era opuesta á ninguna ley antigua, y en caso de que existiese esa oposicion, debia darla á conocer y alcanzar por de pronto la modificacion necesaria, á fin de que la unidad de la legislacion no sufriese detrimento. El que olvidase esas prescripciones, podia ser citado ante los tesmotetas y sufrir un severo castigo (2). ¿Se-

(1) Esta restriccion fué derogada ó mal observada, como lo prueban los ejemplos que cita Schoenmann, *de Comitiis Atheniensibus*, pag. 98; pero ¿en qué época? no se sabe. El ejemplo mas antiguo es del año 405. Jenofonte, *Heleniq.*, lib. I, capítulo VII.

(2) Tal era la γραφὴ παρανόμων, que podríamos llamar la accion de ilegalidad.

ria inútil entre nosotros una institucion semejante, para evitar siquiera la confusion de nuestro *Boletin legislativo?*

He hablado ya de los siete custodios de la ley, (los *nomofilacos)* que fueron instituidos despues de la reforma del areópago por Efialtes, y á quienes se les conservó el *veto* contra los actos y las proposiciones de los magistrados que lastimaban las leyes existentes : digamos que era como el poder conservador de la sociedad ateniense.

Muchas son las veces que la gloria mata la libertad ; ó como decia un Romano, ¡cuántas veces el estrépito de las armas ha ahogado el grito de la ley violada! Pero no fué así con las victorias de Maraton, Salamina y Micala, que por el contrario, ensancharon la esfera de las libertades públicas. Bajo su influencia y la direccion de Arístides, de Efialtes y sobre todo de Pericles, se trasformó la constitucion quedando tan liberal como prudente, imágen del alma del que la comunicó ese gran carácter, del orador poderoso y cauto, del hombre de Estado innovador pero no exagerado: fuerza inmensa, y sin embargo dueña de sí misma.

Medidas de Pericles para la consolidacion del bienestar y la grandeza de Atenas.

Pericles sabia que la pobreza envilece y degrada las almas de poco temple (1), y por lo mismo quiso que todo ciudadano tuviese segura la subsistencia. Los mas pobres fueron enviados á las numerosas colonias que aquel fundó, de donde volvieron convertidos en propietarios. Los que permanecian en la ciudad encontraban grandes recursos en los trabajos de los arsenales, en las grandes construcciones con que Pericles hermoseaba á Atenas, y en el inmenso comercio de que esta era centro, en la indemnizacion de un óbolo, otorgada á los jueces (2) y á todo hombre del pueblo que asistiese á las asambleas, y por último, en el

(1) Franklin ha dicho enérgicamente: «Muy difícil es que un saco vacío se tenga de pié.

(2) Aristóteles, Política, lib. II, cap. X. Cleonte elevó el salario á 3 óbolos. Escoliast. de Aristófanes *ad Plutum.* Como el servicio de las armas llamaba á los jóvenes al exterior, los viejos eran los que en tiempo de guerra componian, sobre todo, los tribunales.

servicio militar, en el cual se cobraba un sueldo considerable (1). Todos los años permanecia armada durante ocho meses una escuadra de sesenta galeras, y se tenian guarniciones en muchos puntos militares. Cada hoplita percibia el sueldo de dos óbolos diarios y otro tanto para víveres, los oficiales cobraban doble, los ginetes triple. Ahora hay que añadir las distribuciones gratuitas de trigo, no periódicas como en Roma, á fin de no fomentar la pereza en el pueblo, y además, cosa que en la antigüedad solo se ve en Atenas, el Estado socorria á los ciudadanos cuyas dolencias les imposibilitaban para ganarse la vida (2), y educaba á los hijos de los que habian muerto por su causa.

Mucho se ha censurado el sueldo que percibian los jueces y los individuos de la asamblea general; pero no se ha tenido en cuenta que aquella aristocracia llamada pueblo ateniense, ajustaba en los tribunales de justicia y en las asambleas, no sus propios negocios, sino los de mas de la mitad del mundo griego, y tenia derecho á exigir una indemnizacion por el tiempo que empleaba en el servicio ajeno. Convengo en que debiera haber sido indemnizacion suficiente la honra de desempeñar aquellas funciones; pero es un principio de la democracia el satisfacer todos los servicios, y Atenas lo aplicaba, no solo á las funciones de la administracion, del ejército y de la justicia, sí que tambien á la asamblea general que, colocada á la cabeza del imperio, no era mas que una *cámara de representantes* mas numerosa que la nuestra (3).

(1) Dos óbolos por el sueldo μυσθὸς, y dos por los víveres σιτηρεσίων. Ulp. sobre Demóst., περι συνταξ, pag. 50 A.

(2) Aristót., *Política*, lib. II, cap. VI; Lisias, περὶ τοῦ ἀδυνάτου. El senado examinaba las solicitudes; la asamblea otorgaba los socorros; el pago se hacia por pritania; y á cada pritania correspondia un nuevo exámen del senado. Boeckh, lib. II, cap. XVII. El socorro, que primero consistia en un óbolo, despues fué de dos. No tenian mas los jueces.

(3) Esta última innovacion, la indemnizacion ó derecho de presencia en la asamblea general ha sido infundadamente atribuida á Pericles. Hubiera podido introducirse bajo su gobierno; pero á propuesta de cierto Calístrato, á quien no conocemos. El mismo uso existia en Rodas. Aristóteles, *Política*, lib. V, cap. V. Esta indemnizacion es lo que llamamos nosotros el tanto de asistencia. Es un uso que nos parece bueno y en nuestras academias acabamos de aprobarlo en favor de nuestros legisladores; creo pues que seríamos injustos censurándolo en la asamblea ateniense.

Es indudable que ocurrieron lances ridículos de los cuales sacó partido la sátira; mas ninguna censura llegó á ser fundada hasta la época en que la institucion dejó de ser legítima, por haber desaparecido las circunstancias á que debia su orígen. Cuando Atenas perdió su imperio, despues que ya solo tenia que entender en sus propios asuntos, se aumentó la indemnizacion en vez de abolirla : de un óbolo subió á tres (1) y aun á cinco. Así es como se depravan instituciones buenas en su principio; así deja de ser legítimo y justo lo que lo ha sido; así se postra y cae la ciudad bajo el peso de antiguos derechos convertidos en abusos.

Augusto y Luis XIV impusieron á aquellos que mas se les acercaban en dignidad el respeto de sí mismos, la aficion á las artes y á las letras que levantan el ánimo y ennoblecen los afectos. Lo que aquellos hicieron en pro de sus cortes lo hizo Pericles en pro de todo Atenas, y quizás fué el único de los hombres que han sido jefes de un Estado, que se ocupó tanto de la educacion moral de su pueblo, como de su bienestar y poderío. Instituyó luchas musicales para las panateneas, fiestas solemnes á que asistia toda la poblacion del Atica y los enviados de las colonias; donde los corredores, los atletas y los poetas iban á disputarse el premio ofrecido por la República, que consistia en una corona de olivo; donde habia una ley que mandaba leer al pueblo los poemas de Homero y la *Perseida* de Querilos, esclavo de Samos que cantó la victoria y la libertad y á quien Atenas dió una moneda de oro por cada uno de sus versos. Aumentó las fiestas hasta tal punto que ninguna otra ciudad de la Grecia tenia tantas : ochenta al año (2); pero no eran ochenta dias de pereza y desórden, sino grandes solemnidades patrióticas, duran-

(1) Hácia 394, sègun Boeckh, lib. II, cap. XIV. Hace subir el gasto de 3 óbolos para las asambleas, á 30 ó 35 talentos anuales. Nosotros creemos que, fijando en 8,000 el número de los concurrentes à las asambleas ordinarias, lo eleva demasiado, segun él mismo despues lo ha reconocido; pero aun así no es mas que un gasto de 600 á 700,000 reales al año. El presupuesto de nuestra asamblea nacional asciende á 29.640,000 reales; el del Instituto importa 2.167,140 reales; el del colegio de Francia, 8.100,000, (presupuesto de 1851). Mas para conocer el valor relativo, es necesario, como he dicho antes, multiplicar por 6 ó por 8 la suma de 600,000 reales, que vendria á dar un resultado de cuatro millones.

(2) Isocrat. *Panegir.*

te las cuales los mas delicados placeres del espíritu se asociaban á los mas imponentes espectáculos de las pompas religiosas, del arte mas perfecto y de la mas risueña naturaleza. Entonces era cuando sacerdotes, oradores y poetas se concertaban para reanimar los patrióticos recuerdos, y cuando el teatro, apesar del drama satírico y la comedia que se habian introducido en su seno, continuaba siendo una escuela; cuando Esquilo, segun atestigua Aristófanes, presentaba, no caracteres afeminados, «sino las proezas de los Patroclos y los Teucros de corazon de leon, para inspirar á todos los ciudadanos el deseo de competir con aquellos héroes cuando oigan la vibradora trompeta;» cuando la Antígona de Sófocles derramaba dulcísimas y penetrantes palabras de su corazon «hecho para el amor, no para el odio;» cuando Eurípides presentaba á Alceste, que consentia en morir por su esposo; cuando se cantaban, por fin, aquellos versos que enternecieron á los siracusanos y á Lisandro, y que dos veces salvaron á Atenas y á los atenienses.

Para que todo ciudadano pudiese asistir á la representacion de aquellas obras maestras, Pericles restableció la antigua costumbre de las entradas públicas, á lo menos para los pobres, y estableció una caja llamada *teoricon*, para pagar su sitio en el teatro; institucion que, como otras muchas, se pervirtió despues de su muerte. Se dió, á expensas del tesoro, demasiado auje á aquella caja de los placeres del pueblo, de la cual tuvo que pagarse la magnificencia de las fiestas, y por medio de una ley se impuso pena de muerte al que propusiese emplear aquellos fondos en gastos de guerra. Pericles no podia prever tan desdichada exageracion. Montesquieu ha dicho, á propósito de las mejores leyes que pueden convertirse en leyes detestables: «No es el licor lo que se ha corrompido, es el vaso.» El pueblo de Demóstenes no era ya el de Pericles.

Y aun, hasta acerca de este punto convendria hacer salvedades. Los que tanto han acusado á Atenas y á Pericles de locas prodigalidades, no hacen objeto de sus censuras las cantidades empleadas en monumentos. Han hecho recaer todo el peso de su cólera sobre las fiestas y los espectáculos. Pero olvidan que los gastos de un Estado, no solo se determinan por los objetos de primera necesidad, sino tambien por las exigencias de la opi-

nion que á veces son tan imperiosas como aquella. Lo que nosotros concedemos á nuestro bienestar, á nuestro lujo personal, los griegos lo daban al Estado y á la religion. En cada ciudad las fiestas formaban parte de la gloria nacional y del culto (1). ¿De qué dependia la fama de una ciudad griega? En cuanto á lo pasado, de sus proezas; en cuanto á lo presente, despues de su poderío, dependia de sus monumentos y espectáculos. Cuanto mas brillantes y numerosos eran estos, mayor era el esplendor de la patria; mas segura creian la proteccion de los dioses. Y no se equivocaban : lo que un pueblo gasta en fiestas patrióticas ó religiosas, lo gana en moralidad. Los grandes espectáculos inspiran las grandes ideas; porque van á remover hasta el fondo del alma los sentimientos nobles. Deberian formar parte de la educacion del pueblo; pero son ya desconocidos en nuestras sociedades modernas.

Era necesario que Atenas fuese digna de su pueblo y de su imperio, y con tal de hermosearla con monumentos inmortales, Pericles no tuvo reparo en echar mano del tesoro de los aliados. Mientras que Atenas cumpla sus compromisos dispensando una proteccion eficaz, nadie tiene que pedirla cuenta de nada. El pueblo y la ciudad se aprovechaban de esa blanda moral; y en el inmenso taller, digámoslo así, abierto por Pericles, encontraron modo de ganarse la vida honrosamente numerosos artesanos de toda clase de aptitudes. Organizáronse corporaciones de oficios, dirigidos por sus correspondientes jefes, para extraer y tallar el mármol, fundir el bronce, trabajar el oro, el marfil, el ébano y el cedro que se empleaban en la construccion de los edificios públicos y en las estátuas de los dioses; para esculpir los ricos adornos de los templos, ó para adornarlos con brillan-

(1) El teatro de Atenas podia contener 30,000 espectadores (Platon *Symposion*) M. Grote dice muy acertadamente, tom. XI, pág. 495: «The Theóric Fund was essentially the Church-Fund at Athens; that upon which were charged all the expenses incurred by the state in the festivals and the worship of the gods. The Diobely or distribution of two oboli to each present citizen, was one part of this expenditure, given in orden tho ensure that every citizen should have opportunity of attending the festival, and doing honour to the god.» Jenofonte, en su tratado de las *Rentas del Atica* (VI, 1) expresa bien esta idea diciendo: Que si se adoptasen sus ideas, las fiestas se celebrarian con mas magnificencia. (Nota de la segunda edicion.)

tes pinturas; puesto que hoy dia es un hecho conocido que los colores entraban por mucho en la decoracion de los templos. Las piedras, las esculturas del fronton, las del friso y hasta las de las métopas, llevaban tintas mas ó menos fuertes; los adornos de bronce dorado iban incrustados de varios esmaltes; y los dias de fiesta estaban colgados de guirnaldas, de modo que el edificio llevaba en la frente una brillante corona de flores, interrumpida por una cinta de pedrería (1).

Pericles dió la suprema direccion de aquellas obras al artista inmortal que arrojó para siempre de la Grecia el yugo del arte hierática y de los tipos consagrados por el tiempo, este fué Fidias. Fidias buscaba la belleza ideal, y la realizaba sin manifestar esfuerzo alguno: tal es el arte supremo, porque solo lo sencillo es bello (2). Tenia bajo su direccion, como Alejandro, oficiales dignos de mandar como jefes. El Partenon, templo de Palas, todo de mármol del Pantélico, y llamado por sobrenombre *Hecatompedon*, por su hermosa fachada, de cien piés de ancho, fué obra de Jetinos y Calícrates. El templo de Eleusis fué edificado por Corebos, Metágenes y Jenócles. Calícrates dirigió la construccion del tercer muro que dividia en dos zonas el largo y ancho paso que habia entre Atenas y el mar; á fin de que si el enemigo se apoderaba del uno, quedase el otro expedito para las comunicaciones entre la ciudad y sus puertos (3). El milesio Hi-

(1) En 1836, se encontró en el ala derecha de los propileos una inscripcion de los gastos hechos para el edificio, y trataba muy por menor de las pinturas.

(2) El arte hierática se encuentra aun en las estatuas de la escuela de Egina, no ya en los cuerpos, que rebosan vida y movimiento; pero sí en las cabezas que carecen de expresion. Fidias dió la mas alta verdad á las formas corporales, y una inteligencia y nobleza verdaderamente divinas á las cabezas. Uno de esos hombres que creen que el arte consiste en *copiar* la naturaleza, fué á preguntarle de dónde habia tomado el divino rostro del Júpiter Olímpico. «De Homero,» contestó Fidias y le recitó tres versos: «Habló el hijo de Saturno, el movimiento de «sus negras cejas dió la señal de mando; los cabellos del monarca perfumados de «ambrosía se agitan sobre su frente inmortal, y hace estremecer el vasto Olimpo.» En el magnífico retrato que hace Pericles del carácter de su pueblo, expresa muy bien esa sóbria y severa aficion á la belleza grande y sencilla que constituye el talento de los artistas atenienses: φιλοκαλοῦμεν μετ' εὐτελείας. Tucídides, lib. II, cap. XL.

(3) Los dos muros que descendian al Pireo tenian 7200 metros; el que iba á Falera 6400.

podamos terminó el Pireo, la primera ciudad de la Grecia edificada con arreglo á un plano regular, y la primera tambien cuya defensa y prosperidad comercial quedaron aseguradas con inmensas y costosas construcciones. El *Odeon*, destinado á los certámenes musicales, fué levantado segun el modelo de la tienda de Jerjes. El *Erecteion* (la obra mas maestra del órden jónico, así como el Partenon lo es del dórico), fué reconstruido (1). Los magníficos vestíbulos del acrópolis conocidos por *Propileos*, se deben al arquitecto Mnesícles; son de mármol, costaron dos mil doce talentos, es decir, mas que la renta anual de la república, y sin embargo, la obra no duró mas que cinco años.

En el mismo Partenon fué admirada durante largo tiempo la famosa estátua (de marfil y oro) de Minerva, obra de Fidias (2).

(1) El Partenon y el Odeon estaban terminados antes de 437; los propileos antes de 431. La guerra del Peloponeso impidió que se terminase el Erecteion y los templos de Ceres en Eleusis, Minerva en Sunion y de Nemesis en Rhamnons.

(2) Véase Emer. David, artículo *Fidias*, en la *Biografía Universal*, y O. Müller, *de Phidiævita*, que cita ocho estátuas de Minerva, debidas á Fidias de las cuales pertenecian cuatro al acrópolis de Atenas. La de Minerva Promacos entre los propileos y el Partenon, se veia desde alta mar. He hablado ya del *Templo de Teseo* y del de *Júpiter Olímpico*. Además se menciona el *Anaceion*, templo de Castor y Polux, donde se verificaba la venta de los esclavos; el Panteon, consagrado á todos los dioses y sostenido por 120 columnas de mármol de Frigia; adornaban su puerta principal dos caballos esculpidos por Praxíteles y el templo de los *ocho vientos*, torre octógona de mármol, que en cada una de sus ocho fachadas, correspondientes á la direccion de donde soplan los vientos principales, tenia esculpida la imágen de uno de ellos. Esta torre subsiste todavía así como el *monumento corágico de Lisícrates*, erigido por la tribu Acamandita que habia ganado un premio en un coro. Existe de él una copia en el parque de Saint-Cloud. El *Museo*, colina próxima á la ciudadela, se convirtió en un fuerte muchas veces ocupado, despues de Antígono por una guarnicion macedónica. En el *Pompeion*, á la entrada de la ciudad por la parte de Falera, se preparaba la pompa de las panegirias; en él se conservaban los objetos sagrados. En la pendiente sudeste de la ciudadela, se ven todavía los restos del *teatro de Baco*; pero el *estadio de Herodes Atico*, que segun Pausanias era una de las maravillas de Atenas, ha desaparecido. El *Cerámico* estaba en parte fuera de los muros, donde servia de cementerio público, y en parte enclavado en la ciudad, donde contenia muchos templos y una ἀγορά la mas frecuentada de Atenas. El *Liceo*, la *Academia* y el *Cinosargo*, tres gimnasios y paseos con árboles, estaban fuera de los muros. En el uno enseñó Aristóteles, en el otro Platon, en el tercero Antístenes. De ahí los nombres de las dos primeras escuelas y hasta de la tercera: la escuela cínica. El Liceo, situado á orillas del Iliso, fué llamado así con referencia á Apolo, matador de lobos, Λύκιος

Entre los artistas de aquel dichoso periodo, debemos citar tambien á Calímacos, inventor del órden corintio, y á Panenos, hermano de Fidias. La pintura no alcanzó en Grecia la perfeccion que la escultura, dígase lo que se quiera, sacando á cuento anécdotas antiguas, mas famosas que verdaderas; pero teniendo en consideracion el alcance de sus fuerzas, tambien floreció en Atenas, en la época á que nos referimos. Panénos, con la ayuda de Polignoto y Micon, adornó el Pecile con cuadros que eran lecciones animadas para los atenienses, puesto que les recordaban los altos hechos de sus predecesores.

Muchos eran, sin embargo, los que murmuraban á causa de las sumas considerables empleadas en aquellas obras. Los grandes, sobre todo, se oponian á aquella prodigalidad que arruinaba el tesoro, é invocaban los derechos de los aliados, cuyos tributos servian para «dorar y hermosear la ciudad, como si fuera una coqueta, para cubrirla de piedras preciosas; para levantar estátuas magníficas; para construir templos tan costosos, que el importe de uno de ellos ascendió á mil talentos.» Pericles les hizo callar con muy pocas palabras. «Atenienses, dijo un dia en plena asamblea, ¿creeis que gasto demasiado?—Sí, contestaron de todas partes.—Pues, entonces, contestó Pericles, lo pagaré todo yo solo; pero tambien será justo que quede grabado mi nombre solo, en todos los monumentos.» El amor de la verdadera gloria triunfó de aquellas mezquinas reclamaciones. Todo el pueblo exclamó á una voz que Pericles habia obrado bien, y que debia continuar hermoseando la ciudad, sin perdonar gasto alguno. Así es como gobernaba Pericles: oponiendo á las miras egoistas, los sentimientos elevados.

á quien estaba dedicado. Su entrada principal estaba adornada con una estátua del Dios. A lo largo de las paredes habia cuadros; sus jardines, contenian magníficas calles de árboles, donde Aristóteles enseñaba paseando, περιπατῶν; de ahí otro nombre de sus discípulos, los peripatéticos. La *Academia*, antiguos jardines de Académos, estaba en la parte del Cerámico situada fuera de la ciudad, á unos seis estadios de los baluartes. Allí habia paseos cubiertos, manantiales cristalinos y hermosos plátanos. Adornaban su entrada un altar y una estátua del amor. El Cinosargo estaba á corta distancia del Liceo. Mr. Beulé, que ha encontrado la verdadera entrada de la ciudadela, ha intentado probar en su libro sobre el *Acrópolis de Atenas*, que Fidias solo cincelaba el marfil y los metales, y que tal vez no se ocupó jamás en obras de mármol.

Un dia estaba el pueblo discutiendo con Fidias en la asamblea general, sobre el dibujo y la materia de la estátua de Minerva. El artista queria que fuese de mármol porque su brillo es mas duradero; pero añadió que al mismo tiempo saldria mas barata; y á estas palabras, como si la economía fuese una impiedad cuando se trata de cosas relativas á los dioses, se le mandó callar, y se le dijo que era menester que la estátua fuese de marfil y oro, de oro purísimo, y se le dieron para los adornos cuarenta talentos (1), es decir, unos doce millones de reales.

Mucho le será perdonado indudablemente á aquel pueblo, que se desprendia de sus riquezas adquiridas con el trabajo ó la fuerza de las armas, no como la plebe de Roma, para gozar de fiestas groseras ó de los sangrientos espectáculos de los anfiteatros, sino en nobles empresas, que son la admiracion de los siglos. No olvidemos tampoco, para redimir á Pericles y á su pueblo de la nota de derrochadores, que junto con las obras de arte hicieron obras útiles, como los tres muros que unian á Atenas con sus puertos, las fortificaciones de la ciudadela, el arsenal y las dársenas del Pireo, que por sí solas importaron mil talentos; y por último, que en todos aquellos gastos se observaba tan grande economía, que el tesoro público contenia un fondo de reserva de cerca de diez mil talentos.

Concurren á Atenas los mas grandes genios de la época.

Los persas habian puesto á los atenienses en el caso de tener que realizar grandes cosas, y durante dos generaciones marcharon estos por sí mismos, por la senda del heroísmo. No fué Pericles el que se la abrió; mas fué indudablemente el que los sostuvo al recorrerla, y esto basta á su gloria; aunque tambien debemos decir que nadie ha tenido mas gloriosos auxiliares. La naturaleza, pródiga para con su pueblo favorito, reunió en Atenas el mas brillante concurso de genios eminentes. Á todos atraia, como si fuese la capital de la inteligencia; y entonces vió uno de los rasgos mas vivos de civilizacion que han brillado en el mundo. ¡Qué época aquella en que pudieron reunirse en una ciudad, al lado de Pericles, Sófocles y Eurípides, Lisias y Herodoto, Meton

(1) Elijo la cantidad mas corta: otros dicen que fueron 44 talentos.

é Hipócrates, Aristófanes y Fidias, Sócrates y Anaxágoras, Apolodoro y Zeuxis, Poliñoto y Parrasio; en una ciudad que recientemente habia perdido á Esquilo; que iba á poseer á Tucídides, Jenofonte, Platon y Aristóteles (1); y que para hacer conciudadanos suyos á los hombres ilustres que habian muerto, les levantaba estátuas. ¡Píndaro, á quien Tebas no habia honrado, tenia una estátua de bronce bajo el pórtico real, que le representaba sentado, con un libro sobre las rodillas, la lira en la mano, y una diadema en la cabeza! ¿Qué discípulos habian de dar tales maestros? Los que efectivamente dieron: los señores de la Grecia y de todo el mundo. Tucídides lo dice: Atenas era entonces la que enseñaba á la Grecia y tambien la que la alimentaba (2). Contemplad á esa democracia selecta que vá del teatro de Sófocles al Partenon de Fidias, ó á la tribuna donde Pericles habla el lenguaje de los dioses; á escuchar á Herodoto, que les refiere los grandes choques entre la Europa y el Asia; á Hipócrates, que les descubre secretos de la naturaleza; á Anaxágoras, que separaba á Dios del mundo; á Sócrates, que funda la moral humana. ¡Qué lecciones! El arte, la poesía, la ciencia, la historia, la filosofía toman un levantado vuelo. No hay lugar allí para ningun talento ni género secundario. El arte que Atenas honra es el arte por excelencia: la arquitectura; su poesía es el drama, la mas alta expresion del talento poético, porque comprende todos los géneros, así como la arquitectura tiene á su servicio todas las artes (3); así en este sublime instante todo es grandioso, tanto la

(1) Aristóteles no nació en Atenas; mas en su recinto estudió y enseñó veinte años. Pericles atraía á Atenas á los extranjeros distinguidos. Lisias dice: «Mi padre vino aquí por consejo de Pericles.»

(2) Atenas era el primer mercado de cereales del mundo. Los insulares y los de muchas ciudades del continente hacian sus provisiones en el Pireo. Todas la enviaban todos los años las primicias de sus cosechas.

(3) No puedo detenerme ante dos grandes hombres de aquel tiempo, Sófocles y Eurípides; pero el lector puede verlos en la historia de la literatura griega de M. Pierron, pag. 241-266. Yo solamente haré observar que el *Edipo* rey de Sófocles fué vencido por la composicion que en competencia suya escribió Filocles; que la *Medea* de Eurípides solo obtuvo el tercer premio, siendo el primero para Euforio, hijo de Esquilo, y que sin embargo, estas dos tragedias son las mejores que conocemos de Sófocles y de Eurípides. Este murió en Macedonia, pero Atenas le erigió en el Pireo un cenotafio que decia: «El monumento de glória de Eurípides es la Grecia entera.»

soberanía de Atenas, como el genio de los hombres superiores que la guian y la ilustran.

Por esto se vé el orgullo patriótico en todo aquel pueblo satisfecho de su ciudad. Hasta el ciudadano mas oscuro, siente la importancia de su persona (1) porque tiene voto en las asambleas generales, donde rara vez asisten mas de cinco mil votantes; porque hace las leyes y las aplica en aquellos tribunales, á donde concurre para ser juzgado por él, mas de la mitad del mundo griego. Oye por todas partes á los oradores mas hábiles, discute con Fidias una cuestion de arte, da su fallo en los certámenes de tragedias entre Sófocles y Eurípides, hasta silba á veces á aquel de quien decia Platon que su alma era el santuario elegido por las musas, si Aristófanes lastima la exquisita pureza de su gusto y aquella ingeniosa elegancia del talento que, recibiendo el nombre de Atenas, se llamó aticismo. Todos los dias, al subir al Pnix, el ateniense vé partir sus buques del Pireo, los unos para el Euxino, la Tracia ó el Egipto, los otros para el Adriático ó las costas de Italia y Sicilia. Si separando los ojos del mar, que es su dominio, los pasea á su alrededor, vé que la grandeza de Atenas corresponde por sus monumentos á la grandeza de su imperio, y encuentra tan poca miseria y tanta actividad, tantos brazos y tanta inteligencia entre sus conciudadanos, que se dice á sí mismo que su pueblo es el primero de la tierra. Ese grito de orgullo no era mas que el eco de la creencia general. «Entonces todo era comun entre los griegos (dice uno de los interlocutores de Ateneo); pero solo los atenienses han sabido hallar la senda de la inmortalidad.» Entonces era ciertamente Atenas la ciudad de Minerva: la inteligencia armada.

Los atenienses, segun Aristófanes y Tucidides.

Nada de cuanto acabamos de decir, se asemeja al retrato que generalmente se suele hacer del pueblo ateniense, refiriéndose á Aristófanes. Escuchad al poeta cuando se rie del *pueblo juzgador*,

(1) Ya se habrá observado que en Atenas habia muy poca diferencia entre la educacion del rico y la del pobre. En Tucídides, lib. II, cap. XI, encuentro una frase característica: «En nuestra ciudad, dice, no es vergonzoso confesarse pobre; lo que sí es vergonzoso es no librarse de la pobreza por medio del trabajo.

Pníxero traga-las-habas (1) y de los badulaques de la asamblea. Uno de los personajes de la pieza titulada *Las avispas*, dice á Filocleon: «Ya lo vés: te seria muy fácil enriquecerte, pero ello es que esos supuestos amigos del pueblo siempre te dán capote. ¡Tú, que eres el señor de tantas ciudades, desde el Ponto-Euxino hasta Cerdeña, estás atenido al goce de un mezquino salario! Y lo mejor es, que te lo exprimen gota á gota, como se hace con el aceite de la lana; porque su intencion es que seas pobre. ¿Sabes por qué lo desean? Voy á decírtelo: es para que conozcas la mano que te dá el alimento; de ese modo el dia que quieran lanzarte contra alguno de sus enemigos, les obedecerás y harás pedazos al prójimo que ellos te señalen. Nada les seria mas fácil, si ellos quisieran, que dar medios de vivir al pueblo. ¿No tenemos hoy dia mil ciudades que nos pagan tributos? Pues en asignando á cada ciudad la obligacion de mantener á veinte hombres, nuestros veinte mil ciudadanos vivirian rodeados de delicias, coronados de flores, comiendo carne de liebre y bebiendo leche nueva, y disfrutando delicias dignas de los habitantes de esta tierra de los vencedores de Maraton. Pero entre tanto haceis como los que ván á la cosecha de la aceituna: seguís al que lleva el dinero en la mano.»

En otra parte presenta á Atenas abandonando sus antiguas y excelentes costumbres rústicas, por un lujo ruinoso. Los dos pueblos, el de Solon y el de Alcíbiades, están representados por el viejo bonachon Estrepsiade y por su hijo Fidípido que le arruina con su aficion á los caballos; el padre nó es mas que una máquina para pagar las deudas del hijo. Despiértase una noche por la angustia que estas le causaban, revuélvese agitado en su lecho, y oye á Fidípido que hasta en sueños habla de caballos y de prodigalidades. ¡Ay! exclama el desdichado padre, ¡ay que me muerde un de marca (2)! Estrepsiade era un excelente campesino, cuya felicidad estaba léjos de las ciudades; pero el lujo, y la civilizacion fascina, y todo lo atraen y lo abrasan como le sucede á la llama con la mariposa. Estrepsiade se dirige hácia su hijo que duerme, y dice: «¡Ah! maldita sea aquella que me hizo casar con

(1) Los votos en pro ó en contra se significaban con habas blancas y negras.

(2) Es como si dijéramos un alguacil; pero en el original la palabra tiene dos sentidos.

tu madre! Mi vida era en el campo dichosa, grosera, inculta, sin elegancia; yo vivia entre las abejas, los rebaños, y el orujo de la aceituna; pero caí en tentacion de casarme con una sobrina de Megacles, hijo de Megacles.... ¡yo, un campesino tomar por mujer á la hija de la ciudad, amiga del boato, del lujo, formada en la escuela de Corsira! Cuando ya estuve casado no pude acercarme á ella sin que la apestase el olor que la llevaba de las heces del vino, y tuve que echar mano de los cañizos cargados de manzanas.... Ella estaba bañada en ungüentos, en azafran, y solo me hablaba de gastos, de gollerías y de fiestas. No digo que viviese ociosa, porque tejía, y yo, enseñándole mi manto le decia: muchacha, tejes muy tupido.... Despues tuve el hijo que aquí está presente. Ella lo hacia sentar cariñosamente sobre las rodillas y le decia: ¿cuándo te veré yo hombre para que puedas guiar un carro para la ciudad como Megacles, cubierto con un manto de color de azafran? Yo por mi parte le decia: ¿cuándo te veré bastante hombre para conducir los rebaños, cubierto como tu padre, con una piel? Pero no ha seguido el mozo mis consejos, y ha causado á mi dinero la enfermedad de los caballos.»

En *Los caballeros* se desentiende Aristófanes de todo ambaje. El bueno de Demos no es otro que el pueblo, cuyo nombre lleva. Es un viejo irascible, algo chocho, pesado, un poco sordo; que se deja llevar de los aduladores y charlatanes. Tiene dos servidores fieles que son Nicias y Demóstenes; pero Cleonte, que es un pícaro esclavo, introduce el desórden en la casa. «El zurra-pieles, conoce el carácter del amo, y así le baila el agua, le mima, le adula, y le tiene atado con sus redes de cuero; así le dice luego: «Ea, basta, pueblo, ya has juzgado una causa; ahora vé á tomar un baño, toma un bocado, bebe, come, cobra los tres óbolos; ¿quieres que te sirva la cena?» Y se apodera de lo que nosotros hemos preparado y se lo ofrece generosamente al amo. Habia yo hecho para Pílos un pastelito de Lacedemonia; él encontró modo para hurtármelo, y fué y se lo presentó en lugar mio. No quiere que ninguno de nosotros sirva al amo, para que solo á él vea y conozca. Está siempre á su lado, de pié, con la correa en la mano para que no le molesten los oradores, y le echa oráculos tras oráculos: así está el viejo tonto y atestado de profecías. En cuanto el otro le vé tan atontado, aprovecha la ocasion para ganar terre-

no con sus intrigas: nos acusa, nos calumnia, y ya están lloviendo azotes sobre nosotros (1).»

Jamás tuvo tanta libertad ningun poeta, ni abusó de ella en tanto grado. En vez de tener en consideracion al pueblo que con tanta longanimidad permitia que públicamente se hiciese burla de él, se toma al pié de la letra la exageracion cómica, y pasa por retrato la caricatura (2). El Démos de Atenas, se parece tan poco al Démos de *Los caballeros*, como el Sócrates de Aristófanes al de Platon. El buen hombre, que comprende muy bien, hasta las medias palabras, no está chocho, no; proteje al poeta porque le divierte, mal que le pese á Cleonte y al que le apoya cuando se queja de las violencias del poeta; y permite al poeta que siga escribiendo sus excelentes comedias, y al otro le manda que se haga matar por él como un valiente en el combate de Anfípolis (3).

Para desmentir al poeta no necesitaríamos mas que lo que dijo un acérrimo enemigo de los atenienses y recordó un desterrado de Atenas. «Hay un pueblo, dijo, que solo vive de novedades; rápido en concebir, y mas aun en ejecutar; fuerte y mas audaz que fuerte, y mas confiado que audaz hasta en medio del peligro. Cuando vencedor, siente aumentar sus brios y se arroja en pos de la victoria; cuando vencido, no se deja dominar por el abatimiento. Para los atenienses no es la vida una propiedad que les pertenece: de tal manera la sacrifican gustosos por su patria. No tienen nada propio sino su pensamiento, que sin tregua está concibiendo nuevos designios en pro del Estado. Su fiesta mas grata es llevar á cabo la tarea que se imponen (4).

(1) *Los Caballeros*, segun la traduccion de M. Artaud.

(2) Es como si se escribiese la historia de nuestra época juzgándola por el contenido de un solo periódico, ó de una sola comedia satírica. Debe tenerse muy presente que en Atenas los poetas cómicos y los oradores llenaban la mision que hoy desempeña la prensa. A las injusticias de Aristófanes contra Sócrates y el pueblo ateniense, debemos añadir su encarnizada guerra contra Eurípides. Pero esto no ha obstado para que no se le haya creido bajo su palabra. Para muchos el verdadero retrato del pueblo de Atenas está en el *Perrin Dandin* de Racine. Tucídides, lib. I cap. LXXVII y el enviado de Atenas á Esparta ya habian dicho lo que significaba aquella extremada aficion á juzgar φιλοδικία.

(3) Véase lo que opina Plutarco respecto á los datos que se han tomado de los poetas cómicos para escribir la historia, *Pericles*, cap. XXIII.

(4) Tucídides, lib. I, cap. LXXI. Discurso de un corintio para que Esparta se

¿Qué era pues ese pueblo cuyo retrato desfiguraba tanto una mano enemiga? El pueblo que trataba con blandura al esclavo y acogia al extranjero; que aseguraba la subsistencia á los ancianos y enfermos; que daba á la patria por madre á los niños á quienes la guerra habia dejado huérfanos, y por último, que habia levantado en medio de su ciudad el altar de la Piedad, para que á él se acogiesen los desgraciados. Porque «entre los griegos solo los atenienses honraban la piedad, diosa que nos socorre en las vicisitudes de la vida (1).» Si, la historia puede decirlo como Pericles: «Atenas, para ser admirada, no necesitará de un Homero; la sencilla verdad basta á su gloria.»

Ataques contra Pericles.

Aristófanes no comenzó á escribir hasta tres años despues de la muerte de Pericles; por consiguiente no pudo atacarle; pero habia tenido precursores que se ensañaron con el *Olímpico*. Crátinos le llamaba «padre de los dioses, el mayor de los tiranos, y primogénito del tiempo y de la cábala.» Otro le exigia el juramento de que no se levantaria hasta el trono; Telíclides decia que ya era rey. A sus amigos solo se les daba el odioso nombre de *Pisistrátidas*. A Aspasia, con quien se casó despues de repudiar á su esposa, la llamaban la nueva Onfala, Deyanira y Juno. Mas Pericles no se dejó desviar de su camino, á pesar de aquellos ataques que no eran mas que el inconveniente que siempre acompaña á la gloria y el poderío. Ni siquiera se le puede atribuir una ley que tenia por objeto reprimir la insolencia de los autores cómicos y que muy pronto cayó en desuso.

Sin embargo, andando el tiempo, se comenzó á notar en la muchedumbre aquel estado de ánimo que hizo decir al hombre del pueblo: «Ya estoy cansado de oir llamar el justo á Arístides.» Los ataques se dirigieron á los amigos de Pericles. Fidias fué acusado de malversacion de parte del oro que se le entregara para la estátua de Minerva. Fuese que Pericles hubiese previsto la acusacion, fuese por deseo de que aquel oro pudiese ser de algu-

resolviese á la guerra. Despues de estas palabras de un enemigo, ya no me hace falta recomendar al lector el elogio de Atenas por Pericles. (Tucídides, lib. II, cap. XXXV-XLVI). Pero ¡qué elevacion, qué magnificencia encierra!

(1) Pausanias. lib. I, cap. XVII, § 1.

na utilidad para Atenas en casos de apuros; lo cierto es que habia aconsejado al artista que lo aplicase á la estátua de tal modo, que se pudiese quitar, sin perjuicio del buen efecto de su obra. La disculpa fué pues muy fácil para Fidias; pero se habia representado á sí mismo en el escudo de la diosa, bajo la apariencia de un viejo, y aun en otra figura se reconocia fácilmente el rostro de Pericles; y como segun las creencias religiosas de la época, los tales retratos eran un sacrilegio, Fidias tuvo que huir temeroso de una condena capital, y se refugió entre los eleos (1).

Esta condena, que fué uno de los errores del pueblo ateniense, era un tropiezo para Pericles, y un estímulo para sus adversarios. Entonces atacaron estos á Anaxágoras, que tambien era amigo suyo, acusándole de negar la existencia de los dioses y de enseñar doctrinas relativas á los cuerpos celestes, contrarias á la religion. Anaxágoras tuvo la misma suerte que Galileo, tuvo que huir de su patria para salvarse. Aspasia fué envuelta en la misma acusacion, y no se hubiera librado á no ser por la elocuencia y las lágrimas que derramó Pericles (2). Hubo bastante atrevimiento para acusar á este, y pedir que rindiese cuentas ante un jurado solemne; pero en aquella ocasion el pueblo retrocedió y respetó hasta en los últimos momentos de aquel gran ciudadano, la integridad y el talento que á tanta altura habian elevado el poderío de Atenas (3).

(1) Así dice Filocores, que escribió una historia de Atenas. Plutarco, que vino 400 años despues de Filocores dice que Fidias murió encarcelado. Véase acerca de este punto la discusion de Emerico David.

(2) Cuando las nuevas costumbres encerraron á la mujer griega en el fondo de los gineceos, sucedió lo que sucede en todos los paises donde se establece la clausura para las mujeres. y es que su inteligencia se va limitando á proporcion de su horizonte. Dejó de haber cambio de ideas entre ella y el esposo; y rechazado este del fondo de su casa, donde ya pasaba bien pocos ratos, buscó otras compañías. De ahí aquella depravacion (que tanto nos cuesta comprender) á que se entregaron los griegos, y de ahí tambien la influencia que ejercieron algunas mujeres hermosas, discretas y libres. Las cortesanas ocuparon el lugar de la esposa; y para una, como Aspasia, cuya influencia era benéfica, ¡cuantas otras no hubo que contribuyeron á derramar la corrupcion en que vivian! Corrompida murió la familia antigua, y donde la familia muere, poco le queda que vivir al Estado. Roma en donde fué tan sólido ese lazo durante los primeros siglos, cayó con ella, cuando tambien allí la cortesana eclipsó á la matrona y la matrona se hizo cortesana, y Roma en lugar de Lucrecias no tuvo mas que Lais.

(3) En 444 el pueblo le habia sacrificado á Tucídides, no el historiador, sino un

Desarrollo de las artes en el resto de la Grecia.

No tienen todos los pueblos un Pericles; pero todos tienen el sentimiento de las artes, aun aquellos que no las cultivan, y gracias á su entusiasmo, comunican la inspiracion á los artistas. Mirad como por todo lo largo de las sendas del Parnaso, ó por las orillas del Alfeo, se extienden las solemnes teorías que rodean á las víctimas sagradas, ó el inmenso cortejo que acompaña al poeta, al músico y á los atletas vencedores, en las espléndidas fiestas de Delfos y de Olimpia, en presencia de la mas encantadora naturaleza, en aquel suelo, como si dijéramos, impregnado de divinidad y de poesía, bajo aquel cielo trasparente que nunca abruma las almas con su peso. La muchedumbre se detiene: es que Herodoto recita algun párrafo de sus nueve libros de historia que los griegos en su entusiasmo apellidaron con los nombres de las nueve musas; ó es quizás que los rapsodas han recibido órden de cantar los versos de Homero, Hesiodo y Empedócles, ó bien algun artista acaba de exponer al público un nuevo cuadro ó estátua; porque estas fiestas son exposiciones públicas de toda clase de ingenio, de valor y de talento. Si se tributan coronas á la fuerza y la agilidad, cualidades esenciales de todo pueblo militar, tambien ha obtenido un imperio absoluto la belleza en todas sus manifestaciones, ya resida en el cuerpo, ya en el alma ya sea efecto del trabajo manual, ya de la inteligencia. Este cree instintivamente en aquello que antes de mucho le va á decir su filósofo-poeta: «Lo bello es el encanto de lo verdadero.» Y casi tanto como á la virtud, honra á la belleza (1).

En esas fiestas todos adquieren el gusto de las grandezas que han admirado, para comunicarlo á su ciudad natal. Rivalizan todas en magnificencia y tiende el genio sus alas. La arquitectu-

pariente de Cimon, jefe del partido aristocrático, que fué condenado al ostracismo, y se retiró á Lacedemonia.

(1) Los de Egesta, entusiasmados con la belleza de Filipo de Crotona, le dedicaron un templo. En Esparta, en Lesbos, entre los parrasios, las mujeres se disputaban igual premio en certámenes públicos. En Elida se establecieron certámenes semejantes para los hombres. Fidias grabó en un dedo del Júpiter de Olimpia: «Pantarces es hermoso.» Herodoto, lib. V, cap. XLVII; Ateneo, lib. XIII, cap. IV. Segun Simónides, la belleza es la segunda condicion de las cuatro que son necesarias para la felicidad. Platon, *Gorgias*.

ra y la estatuaria multiplican sus obras maestras; y los griegos; llevados siempre de su maravilloso instinto artístico, las colocan en sitios admirablemente escogidos (1). -Ved á Platea y Lemnos, que han pedido á Fidias una Minerva; Delfos quiere obtener de él, una Diana y un Apolo; Olimpia, aquella estatua de Júpiter que hizo visible la majestad del dios de los dioses (2); Delfos y Corinto, establecen certámenes de pintura, en los que Panenos queda vencido por Timágoras de Calcis; donde Polignoto obtiene un triunfo tan brillante que los anfictiones le otorgan los derechos de la hospitalidad en todas las ciudades griegas. Sicion, cuya escuela de pintura ha de suceder á la de Atenas, tiene ya á Policleto (3), afortunado émulo de Fidias, á quien tal vez sobrepujó en correccion de dibujo; y los arjivos le piden una estátua colosal de Juno, de marfil y oro, para poder vanagloriarse de poseerla, así como Atenas de su Minerva. Olimpia alaba su templo, rival del Partenon; Delfos su santuario, cuyo fronton esculpieron dos atenienses. Egina es un peñasco estéril, y sin embargo tiene cinco templos, cuyas ruinas guardaron para nosotros fracmentos preciosos (4).

(1) «La mayor parte de los promontorios del Peloponeso, del Atica, de la Jonia y de las islas del Archipiélago, estaban señalados por templos, *trofeos ó sepulcros*. Esos monumentos, rodeados de selvas y de peñascos, vistos con todos los accidentes de la luz, ora ceñidos de nubes y alumbrados por el relámpago, ora iluminados por la luna, por el sol poniente ó por la aurora, debian comunicar una belleza incomparable á las costas de la Grecia. La tierra así embellecida debia aparecer al navegante á semejanza de la antigua diosa que, *coronada de torres* y sentada al borde de la playa, mandaba á su hijo Neptuno que esparciese las olas á sus piés.» Chateaubriand, Itinerario, pag. 182.

(2) Esta estátua de márfil y oro, última obra de Fidias, tenia 18 metros de elevacion, aunque estaba sentada; llevaba en la mano derecha una victoria, y en la izquierda un cetro rematado por su águila. El trono estaba incrustado de ébano, oro, marfil y pedrería y cubierto de bajos relieves. Su coturno y su manto eran de oro. Los Eleos conservaron el taller de Fidias, y encargaron á sus descendientes que conservasen la estátua en todo su esplendor. (Pausanias, *lib.* V, cap. XI y XV). Parece que dicha estátua se perdió en Constantinopla, cuando las primeras cruzadas. El molde que nos queda del Júpiter olímpico tal vez sea una reduccion del original.

(3) M. Emerico David lo cree argivo. Para trasmitir á la posteridad las reglas de la estatuaria, hizo una estátua que las contenia todas; por cuyo motivo la llamaron la *regla ó* el *cánon*. Plinio XXXIV, 8, 19.

(4) Esas estátuas mutiladas las restauró Thorwaldsen y están hoy en la glipoteca de Munich.

Argos, castigada por su aislamiento con la esterilidad de su genio, no dió sucesor alguno á la poética y guerrera Telesila; tiene cuando mas, algunos músicos y un Polícletes, que no es el grande estatuario de Sicion. Corinto ha dedicado santuarios á todos los dioses del Olimpo y los adorna con magnificencia; mas para levantarlos, ha necesitado á los artistas de otras ciudades como si el arte, importacion extranjera, fuese para su suelo un mero objeto de lujo, del cual podia prescindir el buen gusto de sus ricos mercaderes. No entremos en Esparta, no; porque vamos en busca del genio, y en Esparta no hay mas que fuerza, y una virtud de relumbron algunas veces. A no ser por Píndaro, tampoco Tebas nos atraería mucho; y aun á Píndaro le dejó huir á la corte de Hieron.

Tambien las islas y las colonias tienen sus grandes hombres: Heraclea tiene á Zeuxis; Efeso á Parrasio, dignos émulos cuya mano guiaban las Gracias, y que correspondieron á la admiracion de los atenienses, el uno con el retrato alegórico de aquel pueblo violento y dulce, humilde y glorioso, lleno de debilidad y de grandeza; y el otro pintando aquella Elena, admirada todos los dias durante dos horas por el pintor Timomacos de Bizancio. Co producia uno de los genios mas varoniles de que se envanece la Grecia; aquel Hipócrates, que no solo fué el padre de la medicina, sino tambien un gran filósofo. Polignoto era de Tasos; pero Gnido lo adoptaba, haciéndole pintar en Delfos, en las paredes de la *Lesje ó Lesquea*, la toma de Troya y el viaje de Ulises á los infiernos. En una de estas islas se encontró la estátua mas bella que posee nuestro museo: la Vénus de Milo, de estilo franco y sencillo; tan casta en su desnudez, tan imponente y tan noble, sin ningun esfuerzo; *vera patuit dea* (1).

La magna Grecia, cuyo genio era mas severo, era menos rica de artistas que de legisladores y filósofos. Arquitas de Tarento Timeo y Zaleucos de Locres y Carondas de Catana, habian continuado con gloria la escuela de Pitágoras; Jenofanes habia fundado la de Elea, donde Parménides desenvolvia su austera

(1) Por mi parte no vacilo en declarar que esta maravillosa estátua es superior al Apolo del Belvedere, que no está absolutamente exento de defectos. La Vénus de Milo puede ponerse al lado de todo lo mas bello que nos ha legado la posteridad: la figura del Partenon, el Iliso, el Teseo, la Céres, la Proserpina y las Parcas.

doctrina y de la cual salió Zenon, uno de los maestros de Pericles. En Sicilia competian en esfuerzos Agrigento y Siracusa. La una repetia con orgullo los versos de Empedocles, en los que Aristóteles sentia respirar el genio de Homero; llamaba á Zeuxis, y le presentaba la mas hermosa de sus hijas, para que del conjunto de su belleza compusiera el artista la belleza divina de Juno; y ya meditaba la construccion de su templo de Júpiter, la obra mas colosal que han levantado los griegos. La otra no poseia aun á sus mas ilustres conciudadanos, como Arquímedes Teócrito y Moscos; pero Hieron atraia á su brillante corte á los poetas arrojados de su patria por su amor propio ofendido ó por ambicioso deseo de los favores regios. Simónides de Co, Pindaro y Esquilo la visitaban y Epicarmo representó ante aquel público su primera comedia.

En la otra parte de Grecia, en el fondo del Euxino, en Sínope, va á nacer pronto Diógenes el cínico; en Abdera, en la costa de Tracia, vive todavía Demócrito. Se habia arruinado en sus largos viajes, y ya iba á caer sobre él la nota de infamia como disipador. Leyó en defensa suya al pueblo su *Diacosmos* ó teoría del universo, y sus conciudadanos trasportados de entusiasmo le levantaron una estátua, y le daban mas de lo que habia perdido buscando la sabiduría.

En las colonias se apagaba la vida intelectual bajo la dominacion persa. El genio habia huido con la libertad. Herodoto se habia alejado de Halicarnaso, como Anaxágoras de Clazomena y y Parrasio de Efeso.

Proyecto de pacificacion universal.

Fuera de la sombra que se extiende por la costa de Asia, que tan animada y brillante estuvo en otro tiempo, el mundo griego está bañado en luz por todas partes. Todas las mentes piensan, todos los brazos obran. Los eslabones de la inmensa cadena con que los griegos han ceñido al Mediterráneo están enlazados merced á un comercio muy activo; y la prosperidad de Tarento, de Crotona, de Siracusa, de Agrigento y de Marsella correspondía á la de Sagunto, Cirene, Efeso, Sinope y Abdera (1).

(1) Sobre este punto hay que hacer algunas salvedades. Sucede en esas anti-

El centro, digamos el foco que tanta luz irradia es Atenas: de ella emana tambien la idea mas política de aquel tiempo, idea de Pericles que hizo un esfuerzo supremo para unir fraternalmente toda la raza helénica. Gracias á él, fueron elegidos veinte ancianos, que se dirigieron: cinco á los griegos del Asia y de las islas; cinco á los del Helesponto y la Tracia; cinco á la Grecia central y al Peloponeso, y los cinco restantes á la Eubea y la Tesalia. Estos ancianos, ministros de paz eran portadores de un decreto que convocaba en Atenas á los diputados de toda la Grecia, para deliberar acerca de la reconstruccion de los templos incendiados por los bárbaros; de los sacrificios ofrecidos á los dioses durante la guerra, y por último, de los medios de hacer efectiva la seguridad de los mares y de establecer la concordia entre todos los griegos. Imponente espectáculo hubiera sido el de la Grecia reunida á la sombra del Partenon, discutiendo con Pericles los mas grandes intereses, unida en un solo pensamiento santo, religioso,patriótico. Hubiera sido la fiesta mas hermosa de cuantas el sol ha alumbrado: la fiesta de la paz y la civilizacion. Si Maraton y Salamina habian dado el ser á Esquilo, Sófocles, Herodoto y Fidias; ¿puede dudarse que habrian nacido otros genios y otras obras maestras de aquella dichosa union de todo el mundo helénico?

Esparta obró vergonzosamente al hacer que se rechazara tan gran proyecto. Temia que no apareciese Atenas con ínfulas de metrópoli de la Grecia, y que á fuerza de engrandecerse con sus servicios y su gloria, envolviese en el olvido la estéril y envidiosa ciudad escondida entre los cañaverales del Eurotas. Por eso en vez de ver reunidos en su seno los estados generales de la Grecia, Atenas verá lanzarse hasta sus puertas la guerra destructora; porque esa guerra no cesará hasta que haya llevado á cabo, en todo y contra todos, su obra de destruccion; hasta que

guas ciudades que, comparado el hombre con el ciudadano, presenta igual diferencia que la habitacion particular comparada con el edificio público. Estos son magníficos, imponentes, aquellos miserables. Las costumbres privadas no podian ser mas repugnantes; las acciones y las palabras, licenciosas en extremo; y sobre aquella sociedad tan brillante, se extendia la esclavitud como una asquerosa llaga.

haya degradado el carácter griego; despedazado aquella civilizacion tan fecunda, que á pesar de todo, sus restos esparcidos á lo léjos, tendran la virtud de reanimar por un momento el antiguo y caduco Oriente, y llamar á la vida al Occidente, mas jóven, sí, pero bárbaro todavía.

FIN DEL TOMO PRIMERO.



ÍNDICE

DE LAS MATERIAS QUE CONTIENE EL TOMO PRIMERO.

PERÍODO TERCERO.

LAS GUERRAS MEDAS (492-479). UNION Y VICTORIAS.

PERÍODO CUARTO.

SUPREMACIA DE ATENAS (479-431). ESPLENDOR DE LAS LETRAS Y LAS ARTES.

FIN DEL ÍNDCE DEL TOMO PRIMERO.



